

# Sissi

*Emperatriz  
accidental*



ALLISON PATAKI



Lectulandia

**Agosto de 1853.** Tres mujeres descienden del carruaje que las ha traído desde su palacio a las orillas del lago Starnberg, en Baviera, hasta la Alta Austria. Elena, de dieciocho años, ha venido con su madre y su hermana menor, su principal apoyo. Todas esperan que, en los próximos días, se formalice el compromiso con su primo, el emperador de Austria.

Y sin embargo, no es la seria y formal Elena sino Isabel, Sissi como la llaman familiarmente, esa otra prima de quince años, bellísima, independiente, de espíritu libre y que ha sido educada en el ambiente liberal de la residencia de los duques de Baviera, la que hechiza a Francisco José I.

Nunca estuvo planeado que fuera emperatriz. Pero por una vez en la rígida y estricta corte austríaca el amor triunfó.

Allison Pataki

# **Sissi, emperatriz accidental**

**Sissi - 1**

ePub r1.0

Titivillus 09.06.2020

Título original: *The Accidental Empress*

Allison Pataki, 2015

Traducción: Ana Isabel Domínguez Palomo & María del Mar Rodríguez Barrena

Mapa: Jeffrey L. Ward

La traducción de las citas de *Sueño de noche de verano* procede de William Shakespeare, *Comedias, Obras completas, vol. 1*, edición al cuidado de Andreu Jaume, versión de Agustín García Calvo

La traducción de los versos del poema «Abandonada» (Gödöllő, 1886), de Isabel, Sissi, emperatriz de Austria procede de Brigitte Hamann, *Sisi, emperatriz contra su voluntad*, traducción de Herminia Dauer

Diseño de cubierta: Yolanda Artola

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

*Para mis padres, Libby y George*

*Como las aves marinas  
volaré sin descansar.  
La Tierra carece de un rincón  
donde yo pueda anidar.*

EMPERATRIZ ISABEL, SISSI, DE AUSTRIA

*Tan presto caen en confusión las claras cosas.*

WILLIAM SHAKESPEARE,  
*Sueño de noche de verano*, la obra preferida de Sissi





## Introducción

Corre el año 1853 y el Imperio austríaco abarca gran parte de Europa, extendiéndose desde Italia hasta la frontera rusa y desde el norte de Alemania hasta los Balcanes.

El emperador Francisco José, uno de los monarcas más poderosos del mundo, reina sobre más de treinta y cinco millones de almas, que incluyen católicos, protestantes, judíos y musulmanes. Sus súbditos son austríacos, húngaros, alemanes, checos, croatas, italianos, gitanos y personas de otras etnias.

Austria es la quintaesencia de ese imperio multiétnico, un rompecabezas políglota que se mantiene unido no por la nacionalidad, ni por la religión, ni por la lengua, ni siquiera por un sentimiento de afecto mutuo. Solo hay un vínculo común que mantiene unidas esas tierras, a esas gentes y esos intereses tan dispares: Francisco José. Un joven apuesto de poco más de veinte años, de pelo castaño cobrizo ondulado y de ojos azules con expresión seria que reina por derecho divino, una figura bendecida, una institución más que un simple hombre.

Francisco José llega al poder en 1848, año en el que las revoluciones asolan Europa, derribando monarquías en una oleada de idealismo liberal y de fervor nacionalista. En ningún otro lugar se alienta dicho fervor revolucionario, para después aplastarlo, como en el Imperio austríaco. Tras sofocar revueltas tanto en Hungría como en Italia, Francisco José le arrebató el trono a su tío, un hombre débil, y afianza su poder sobre el gobierno de Viena y de todo el reino.

Sin embargo, unos años después del comienzo de su reinado, un nacionalista húngaro ataca a Francisco José mientras pasea por Viena y le asesta una puñalada en el cuello. El imperio se estremece y reza mientras el emperador yace en la cama de un hospital, recobrándose de la herida. La necesidad de un heredero al trono de los Habsburgo nunca fue más evidente.

Gracias a su apostura, a su simpatía y, no en menor medida, a su rutilante imperio, Francisco José cuenta con un buen número de jovencitas deseosas de convertirse en su futura esposa.

Sin embargo, el consejero más poderoso de Francisco José no es un



general de porte rígido ni un burócrata bigotudo. La persona cuyos consejos más busca Francisco José es su madre. La archiduquesa Sofía es, al fin y al cabo, la persona que lleva toda la vida educándolo para que asuma ese papel y la que ha encontrado el modo de situarlo en un trono que no le pertenecía. Y ya tiene a una novia en mente.

Siguiendo el consejo de su madre, Francisco José envía una invitación a Baviera a su bella y joven prima Elena, quien se siente intimidada y a la vez halagada al recibirla. Cuando Sissi, la alegre hermana menor de Elena, de quince años, decide acompañarla, ninguno de los implicados sabía hasta qué punto iban a cambiar sus vidas... y el mundo.

## Prólogo

*Budapest, Hungría  
8 de junio de 1867*

—*Emperatriz, estamos listos.*

*Ella se vuelve, asiente levemente con la cabeza y hace una floritura con la mano.*

—*Ha llegado el momento de asumir el papel.*

*Pasa los brazos por las mangas. La prenda de seda, cortada y cosida por expertos, se amolda a sus curvas. ¡Por Dios...! Jamás se acostumbrará a semejante carga. Todas esas cosas parecen pesar más que su propio cuerpo, tan cansado.*

*Los criados y los asistentes parlotean con nerviosismo y discuten como abejas frenéticas en la colmena alrededor de su importante líder.*

—*¡Ahuecadle la falda!*

—*¡Cuidado con el bajo!*

—*¡Es hora de irse!*

—*¿Ya? No puede ser...*

—*¿Lista, emperatriz Isabel? —le pregunta la peluquera imperial, que está frente a ella con la antigua diadema entre las manos. Los diamantes relucen a la luz de las velas. La corona, tan delicada como una telaraña, ha sobrevivido sin embargo al paso de los siglos, más que las regias cabezas en las que descansó. Unas cabezas que a esas alturas están embalsamadas, con el pelo gris y marchito.*

—*Lista.*

*La emperatriz asiente y baja la barbilla para que puedan colocarle la diadema sobre su cabello castaño rizado. Ese cabello sí que es la joya más valiosa del tesoro de los Habsburgo. Según se dice, fue lo que conquistó el corazón del emperador.*

*Una vez con la diadema ceñida, avanza para mirarse en el espejo de cuerpo entero. Está deslumbrante. Hasta ella tiene que admitirlo.*

*El vestido está confeccionado con brocado de seda blanco y plateado,*

*adornado con hileras de diamantes y cosido de manera que se ajuste a su delgada figura. De sus hombros pende una capa de satén blanco que arrastra por el suelo. Pero es su rostro lo que casi siempre quieren ver, más que cualquier vestido imperial o una diadema antigua. Todos han oído hablar de sus ojos almendrados del color de la miel. De sus pómulos cincelados. De sus labios, esos labios de los que el emperador dijo en una ocasión que eran «tan refrescantes como las fresas». El emperador... El corazón le da un vuelco en el pecho. ¡Por Dios...! Qué cansada está. ¿Tendrá la energía suficiente para sobrevivir a ese día?*

*Alguien llama a la puerta y el corazón le da otro vuelco. Alza la vista y sus ojos vuelan hacia la recia puerta de roble. ¿Cuál de ellos estará al otro lado? ¿Será el emperador? ¿O será... él? La idea le arrebola las mejillas y ella misma se reprende. Pese a todo lo que ha superado, todavía se sonroja como una niña de dieciséis años al pensar en él, al oír su nombre. Ni su propio esposo consigue ruborizarla de esa manera.*

*La puerta se abre, gruñendo como un guardia perezoso que alguien ha despertado para que realice la ronda nocturna después de beber demasiada cerveza. Lo ve al instante, y él la ve a ella. La mira de arriba abajo. La expresión de su cara le indica que ha logrado dejarlo sin aliento. Parece un animal asombrado.*

*—Sissi... —Es lo único que atina a decir. Extiende los brazos como si quisiera abrazarla, pero se reprime al reparar en todos los criados que hay a su alrededor—. Majestad. —Carraspea—. ¿Está lista?*

*Ella inspira mientras medita la respuesta. ¿Está lista? No. Nunca lo ha estado, supone. Ese era el problema, ¿verdad? Aun así, levanta la barbilla y endereza los hombros.*

*—Lo estoy —contesta al tiempo que asiente brevemente con la cabeza. Avanza con elegancia. El vestido es un lastre. Tanta opulencia resulta demasiado pesada para su agotado cuerpo. Pero suspira y sigue caminando.*

*Ya puede oírlos al otro lado de los muros. No tanto los vítores y los gritos como una especie de latido sordo y persistente. Constante. Como el murmullo de las olas al romper en la orilla: inquebrantable, incesante.*

*Él le ofrece el brazo y ella lo acepta. Percibe el roce de su almidonado uniforme contra la suave piel del brazo. Alguien abre la puerta de par en par. Parpadea y ansía poder levantar una mano. Para protegerse, para ocultar su cara de todas esas miradas directas e inquisitivas. Unas miradas que la observarán, la escudriñarán como si fueran a comérsela. El instintivo y familiar deseo de huir, de escapar, se apodera de ella. Pero controla el*

*impulso. Se yergue un poco más.*

*Y entonces lo oye:*

*—¡Sissi!*

*Toma una bocanada de aire. Un instante para infundirse valor mientras se vuelve hacia él.*

*—Ha llegado el momento.*

*Y así era. Por fin había llegado el momento.*

## Primera parte

## Capítulo 1

*Castillo de Possenhofen, Baviera  
Julio de 1853*

Sissi se agachó y miró por encima del seto. Su expresión era vigilante, sus piernas estaban preparadas para entrar en acción, su corazón bombeaba la sangre por sus venas con esa velocidad que solo los perseguidos pueden soportar.

—¡Salid, cobardes!

En ese momento Sissi atisbó la figura que atravesaba el prado. Una silueta oscura que se recortaba contra las almenas del castillo blanco y el cielo azul. Se agachó de nuevo para ocultarse. Su hermano Carlos todavía no la había encontrado y, frustrado, detuvo su caballo como para recordar al animal quién mandaba, esa autoridad que sus hermanas menospreciaban con insolencia.

Sissi observó a Carlos y su desprecio aumentó a medida que le leía el pensamiento: mientras sujetaba las riendas, se veía como si fuera un guerrero germano a lomos de un semental, preparado para cargar contra los húngaros o los polacos y conseguir la gloria en el campo de batalla.

—¡Carlos el Benévolo, duque de Baviera, exige que os presentéis ante vuestro señor y os rindáis! —Buscó por la arboleda, y sus palabras encontraron a Sissi, si bien sus ojos no lograban localizarla—. Besad el anillo y os mostraré clemencia. Más clemencia de la que merecéis. Pero si seguís escabullándoos y escondiándoos como ratones, tendré que sacaros a la fuerza del escondite. ¡Y cuando lo haga, desearéis haberos rendido! —El caballo golpeó el suelo con los cascos, nervioso por culpa de la fuerza con la que Carlos aferraba las riendas.

Sissi ya estaba harta de ser la presa. No era justo. Si tuviera la oportunidad de montar su propio caballo, Bummerl, perseguiría a Carlos hasta la frontera de Baviera, y él lo sabía. Pero no imaginaba que tendría que defenderse de su hermano cuando se dirigía con su hermana, Elena, a la orilla del lago del bosque para coger flores.

—Deberíamos rendirnos, Sissi. —Elena estaba agachada a su lado. Su

rostro moreno acusaba su creciente preocupación—. Ya lo has oído. Si no lo hacemos, nos creará problemas.

—Bobadas, Elena.

Carlos era menor que Sissi pero la doblaba en tamaño. Tenía trece años, dos menos que ella, y un cuerpo robusto debido a la adolescencia, a la cerveza y a las salchichas. Pero aunque carecía de su físico, Sissi sabía que era capaz de batir a su hermano con la inteligencia.

—Le enseñaremos a Carlos el Benévolo el enemigo tan temible que es.

Sissi le hizo un gesto con la cabeza a su hermana al tiempo que cogía una piedra fría y suave. Elena replicó con un gemido.

—¡Que así sea! —gritó Carlos desde la linde del bosque, en el otro extremo del prado—. Habéis elegido vuestro destino. Y ese destino es... ¡el dolor! —Azuzó a su caballo clavándole los talones en los costados. El animal relinchó en respuesta y acto seguido Sissi notó que el suelo empezaba a temblar.

—Ahora sí que tenemos problemas, Sissi.

Elena se removía en su escondite como si fuera un animal herido mientras el sonido de los cascos del caballo se acercaba.

—Calla, Nené —dijo Sissi para silenciar a su hermana mayor. ¡Oh, cómo deseaba estar a lomos de Bummer!—. Elena, cuando yo diga «corre» echa a correr. ¿Entendido?

—¿Correr hacia dónde? ¿Hacia el lago?

—No. —Sissi negó con la cabeza—. En el sentido opuesto. Hacia casa, atravesando el prado.

—¿Hacia Carlos?

—Confía en mí, Nené, ¿de acuerdo?

Tras un breve silencio Elena asintió a regañadientes. Sissi asomó de nuevo la cabeza por encima del matorral y vio que su hermano casi había atravesado el prado. Cabalgaba hacia la arboleda donde ellas se habían ocultado, con los ojos entrecerrados mientras inspeccionaba la linde de matorral. Pero todavía no las había descubierto. Sissi levantó la mano que sostenía la piedra y apuntó. El golpeteo de los cascos del caballo retumbaba como cañonazos a medida que Carlos se aproximaba a ellas. Esperó con paciencia a que su hermano estuviera más cerca, y cuando lo tuvo a una distancia aceptable lanzó la piedra con toda la precisión de la que fue capaz.

—¡Ay! —Carlos gritó de dolor, detuvo el caballo y se dejó caer al suelo tras deslizarse de la silla.

A juzgar por el hilillo de sangre que le caía desde la nariz, Sissi supo que



había dado en el blanco.

Tenían que aprovechar el momento.

—¡Elena, corre! —ordenó Sissi al tiempo que se enderezaba. Echó a correr hacia el otro extremo del prado.

—¡Eres una bruja! —le gritó Carlos cuando la vio pasar, pero siguió tumbado en el suelo, aturdido por su ataque.

Sissi atravesó el prado a la carrera en dirección a la enorme casa, con el corazón ligero mientras saboreaba la embriagadora victoria. Sus piernas no podían llevarla tan rápido como las de Bummerl, pero eran fuertes y ágiles gracias a los años que había pasado escalando las montañas, nadando en el lago y brincando en el campo en busca de plantas y animalillos. Le bastarían para ponerse a salvo.

Echó un vistazo por encima del hombro para asegurarse de que Elena la seguía.

—¡Date prisa, Elena!

Aferró a su hermana del brazo y la obligó a seguir su paso. Compartían los mismos padres, pero poco más. Elena disfrutaba dentro de casa: aprendiendo idiomas, leyendo libros de filosofía, tejiendo o escribiendo en silencio en la penumbra de un rincón junto al fuego. Sissi siempre tomaba el mando cuando estaban en el exterior.

Unos cuantos pasos más y atravesaron el prado al completo cogidas de la mano. Una jadeante Sissi pasó junto a un sorprendido criado y entró en tromba en el vestíbulo del castillo, con Elena pisándole los talones. A través del cristal emplomado de la ventana vio que su hermano había vuelto a subirse a la silla y se alejaba del lago en dirección a la casa.

—¡Papá! —gritó Sissi al tiempo que entraba a la carrera en el salón—. ¡Ay, menos mal que estás aquí, papá!

La inerte figura del duque Maximiliano ocupaba un sillón enorme y mullido situado en un rincón de la oscura estancia. A sus pies, junto a sus botas manchadas de barro, resollaban dos perros adormilados y con las patas también embarradas. Ambos levantaron las cabezas a modo de descuidado saludo cuando las muchachas irrumpieron en el salón, pero el duque siguió roncando. Una voluta de humo ascendía de una pipa encendida y olvidada en el regazo del duque Max.

—¡Papá, despiértate! —Sissi le quitó la pipa antes de que le hiciera un agujero en los pantalones y la dejó en la mesita auxiliar—. ¡Despierta! —El duque logró soltar un último ronquido antes de emerger de su profundo sueño. El aliento le apestaba a cerveza—. Papá, Carlos nos persigue a Nené y a mí.

Por favor, despierta.

—¿Qué pasa? —El duque se frotó los ojos, enrojecidos y con los párpados hinchados.

Sissi oyó que su hermano preguntaba de mala manera a los sorprendidos criados:

—¿Adónde han ido?

La puerta principal se abrió y oyó que Carlos entraba en el vestíbulo. Sus pasos resonaron sobre el suelo de piedra.

—Ah, Sissi... —El duque Maximiliano se movió por fin y la miró con ojos vidriosos. Unos ojos que eran del mismo color que los de Sissi, aunque esa tarde no parecían muy lúcidos—. Has llegado justo a tiempo. Estaba aprendiendo una nueva canción de taberna. —El duque miró a su hija preferida con una sonrisa soñolienta mientras levantaba un dedo índice y empezaba a tararear una alegre tonada campesina—. ¿Ya se han marchado los demás? ¿Ya se han ido a casa? —El duque Maximiliano miró a su alrededor con expresión apática.

Sissi se encogió al oír los pasos de Carlos al otro lado de la puerta del salón.

—Papá, por favor...

—Tú, bruja, esta vez sí que me las vas a pagar. —En ese momento su hermano apareció en el vano de la puerta. Ya no parecía sangrarle la nariz, pero tenía un hilillo rojo reseco que le llegaba a los labios—. Me has dado en la cara con la piedra.

Sissi se enderezó y se volvió para enfrentarse a su hermano.

—Te lo merecías.

Elena empezó a lloriquear.

—Papá, por favor... —Sin embargo, su padre contemplaba las llamas que chisporroteaban en la chimenea al tiempo que empinaba la jarra de cerveza para ver si podía beber una última gota—. Sissi, ¿qué hacemos? —Elena retrocedió al ver a Carlos.

Sissi masculló un improperio al ver que su victoria acababa en derrota. Debería haber escuchado los ruegos de Elena y haber ablandado a Carlos. Su temerario orgullo las había llevado a aquella situación.

—Os enseñaré a desafiarme, par de rameras insolentes. —Al percibir su debilidad, Carlos se abalanzó en primer lugar hacia Elena.

—¡Apártate de ella! —Sissi apretó los puños y se preparó para lanzar el primer puñetazo antes de que llegara, indudablemente, su propia paliza. Cerró los ojos, de manera que no vio que alguien entraba por la puerta.

—Estáis aquí. —La duquesa Ludovica apareció en el salón. Era una mujer imponente, vestida de negro, con una falda abultada debido al miriñaque y unos marcados tirabuzones castaños. Carlos retrocedió de inmediato hacia un rincón oscuro al ver a su madre—. Bien, estáis todos aquí. —La duquesa atravesó la estancia con rapidez y descorrió las cortinas, levantando una nube de polvo—. Elena, Isabel, os he buscado por todas partes.

—¡Mamá! —Sissi corrió hacia su madre y se abalanzó sobre su alta y delgada figura. Cerró los ojos, mareada por el alivio.

—Sissi, niña. Pero ¿qué...? —Sin embargo, la duquesa dejó la pregunta en el aire cuando sus ojos abandonaron a Sissi y se posaron en la figura recostada de su marido y en el barro que manchaba la alfombra—. ¡Mira toda esa suciedad! —Ludovica suspiró. Sus hombros subían y bajaban con cada respiración. Estaba irritada—. Supongo que los criados tendrán que limpiarla de nuevo. —Y en voz baja añadió—: Y tendré que pedirles que limpien el polvo también. Esta cortina necesita un remiendo. Además, debo recordar preguntarles si las gallinas ponen huevos... —Volvió a suspirar al tiempo que tiraba otra vez de las andrajosas cortinas. A diferencia de su marido, que rara vez se preocupaba por los asuntos domésticos o por las peticiones de los campesinos (mucho menos por los asuntos de sus hijos), Ludovica siempre tenía muchas obligaciones, y poco tiempo para ocuparse de todas ellas.

La duquesa miró en ese momento a sus hijas, ambas encogidas como dos gatitas asustadas, y después reparó en la cara ensangrentada de Carlos. La expresión de su rostro dejó claro que comprendía lo que había sucedido. Soltó un suspiro cansado y miró por la ventana como si deseara escapar de aquella estancia oscura y sucia de barro.

—Gackl —dijo con voz severa—. ¿El caballo que está suelto en el jardín es tuyo? —Llamaba Gackl a Carlos, un apodo que le habían aplicado cuando era un bebé y dormía en la cuna, debido a los ruidos que hacía. Era también un localismo bávaro con el que se denominaba al gallo más sucio del corral. Sissi pensaba que a su hermano le iba como anillo al dedo—. A ver, ¿lo es o no? —insistió la duquesa al ver que Carlos no respondía.

Carlos miró hacia la ventana, refunfuñando a modo de respuesta. La duquesa lo silenció.

—Ve y lleva ese animal al establo de inmediato. Si no lo cuidas como es debido, no tendrás caballo alguno.

—Sí, madre —acató Carlos, si bien sus ojos tan oscuros como la tinta atravesaron a Sissi con una advertencia: «Esto no acaba aquí».

—Ese muchacho... —La duquesa apartó la mirada de su hijo, que ya salía

por la puerta, y la clavó en sus hijas—. Y vosotras no estáis mucho mejor. Tan sucias como un par de campesinas. —Miró a Sissi con el ceño fruncido, reparando en el bajo de su vestido manchado de barro. Sin embargo, no les prohibía vagar por los bosques en busca de flores ni tampoco les prohibía ir al lago a pescar.

—Cállate, Ludovica, apenas oigo lo que está diciendo frau Helgasberg. — Maximiliano miró a su esposa desde el sillón, tras detener momentáneamente la conversación que al parecer mantenía en su cabeza.

Sissi se estremeció al oír aquel nombre. Frau Helgasberg era una de las amantes preferidas de su padre. Que lo hubiera pronunciado en ese momento con semejante desvergüenza no era nada nuevo. Todos los habitantes de la casa conocían su existencia. Todos los habitantes del ducado conocían su existencia. No obstante, que su padre recordara de esa manera tan frecuente e insolente su infidelidad era algo que enfurecía a Sissi.

Ludovica, por su parte, se mostraba impávida y no demostró la menor reacción.

—Max, ¿y si damos un paseo hasta el lago? —La duquesa se acercó a su marido y se llevó a la nariz una de las jarras vacías que tenía cerca. Olió con gesto reprobatorio y cogió el resto de las jarras—. Arriba, Max, ya has tenido bastante disipación por hoy. —Con la mano libre tiró de la manta de lana con la que se cubría su marido, pero él impidió que se la quitara colocando los brazos sobre ella.

—¡Fuera de aquí! —masculló el duque. Un hilillo de baba le cayó por una de las comisuras de los labios.

—Max, te lo ruego. —Ludovica mantuvo la voz serena y el tono firme. Era la viva imagen de la compostura, aunque sintiera la misma frustración que estaba haciendo hervir de rabia a Sissi—. Levántate, por favor.

—Déjalo ya, Ludovica. ¡Y no me hables de esta manera delante de tus ilustres invitados! El barón y yo debemos acabar nuestra conversación.

La duquesa observó a su marido, que no estaba muy lúcido, al parecer sopesando la eficacia de seguir discutiendo con él. Después suspiró y se volvió hacia un criado.

—Café para el duque. Y tráelo deprisa, por favor —le ordenó. Acto seguido, miró a sus hijas y dio una palmada—. Niñas, será mejor que os aseéis y os cambiéis de vestido para bajar a cenar. Vuestro padre y yo... — empezó la duquesa, y dirigió una breve mirada al duque— tenemos noticias que daros.



—¡Sissi, mi polvorilla! ¡Elena! Venid a sentaros, estamos esperándoos, como de costumbre. —El duque parecía más espabilado a la hora de la cena, sin duda gracias a la jarra de café turco que su esposa le había puesto delante.

La familia se había reunido en el comedor formal de los banquetes y estaba rodeada por cabezas disecadas de enormes caribús, renos y zorros de intenso color naranja que adornaban las paredes. Los trofeos de las incontables cacerías de su padre. Si lo miraba en ese momento, con su porte descuidado y los ojos inyectados en sangre, a Sissi le resultaba difícil imaginar al duque Maximiliano cazando por toda Baviera. Sin embargo, sus habilidades como cazador eran bien conocidas. Rara vez pasaba más de un par de meses en Possenhofen sin que se marchara a alguna de esas cacerías. Al igual que Sissi, el duque adoraba la naturaleza. Más quizá que a las mujeres y la bebida.

—Vuestra madre ha insistido en que nos arreglemos para cenar. ¿Qué creéis que está tramando? —El duque miró a Sissi con una sonrisa y un brillo travieso en sus ojos ambarinos. El desdén que sentía Sissi disminuyó ligeramente.

En su desorganizada familia las cenas formales eran un acontecimiento. El duque rara vez se encontraba en casa por las noches. Su madre, aunque trataba con valentía de imponer cierto orden en un hogar que acusaba la ausencia de quien debía estar al frente del mismo, tenía dificultades para gobernar a sus hijos debido a su temperamento y su vitalidad. En esa época del año, con los días cada vez más largos y calurosos, las cenas de Sissi consistían en poco más que un cuenco de sopa fría cuando por fin entraba en casa, sonrojada por el sol y manchada de tierra tras haber pasado todo el día en los campos y los bosques.

Sissi supuso que la cena formal estaba relacionada con las noticias a las que su madre había aludido aquella tarde. ¿Sería posible que hubiera otro bebé en camino? Con los cuatro que habían nacido después de Carlos (María, Matilde, Sofía Carlota y el más pequeño, Max), Sissi ya se había acostumbrado a semejantes anuncios. Al parecer, por mucha enemistad que existiera entre sus padres, ambos se sometían de buena gana, y a menudo, a la tarea de producir herederos para el ducado. Todas las largas ausencias de su padre terminaban con su llegada inesperada, tras la cual siempre se producía una caótica y enredada reunión familiar a la que, semanas más tarde, seguía el anuncio del futuro nacimiento de otro bebé.

Pero Sissi sospechaba que esas no eran las noticias que su madre quería comunicarles en aquella ocasión. No lo eran porque su comportamiento de los

últimos tiempos no se parecía en absoluto al que había demostrado en los otros embarazos.

Sissi se sentó al lado de Elena a la larga mesa. Se había puesto, siguiendo los deseos de su madre, un vestido sencillo de crepé negro y la doncella, Ágata, le había cepillado la larga melena y se la había recogido en dos trenzas.

—Otra vez vestidas de negro esta noche. Siempre de negro —se había lamentado Sissi hablando con su hermana y la doncella mientras se arreglaban antes de cenar.

—Calla, Sissi. Que no te oiga mamá volver a quejarte por el luto —la había reprendido Elena. Al igual que el de su madre y el de Elena, el vestuario de Sissi estaba muy limitado por aquel entonces debido al reciente fallecimiento de una tía lejana.

—Pero estoy cansada del negro. No conocía a la tía abuela... como se llamara, y quiero ir de azul. O de verde. O de rosa. —Movi6 la cabeza con brusquedad para expresar su oposici6n a la tirantez de las trenzas que le estaba haciendo Ágata.

—Silencio, señorita Isabel —le dijo la doncella, una muchacha de cara redonda que hablaba con acento polaco, mientras colocaba de nuevo la cabeza de Sissi en posici6n—. Siempre tan impaciente... Intente ser amable, como su hermana.

Carlos, que estaba sentado a la mesa frente a Sissi, llevaba una elegante chaqueta y una corbata negras. Se había limpiado la sangre de la herida, pero empezaba a apreciarse un morat6n en el puente de su nariz. Mientras bebía un trago de cerveza, mirando a sus hermanas con el ceño fruncido y tirándose de la corbata que le apretaba, parecía más un golfillo buscapeleas que el heredero de un ducado.

Los cuatro hermanos menores, que aún no habían cumplido los doce años, no cenaban con la familia sino en la habitaci6n infantil con sus institutrices.

—¿Vino, señorito Carlos? —Ágata rodeó la mesa para llenar las copas mientras dos criados sorteaban los perros dormidos para dejar en ella bandejas con pan caliente, patatas y ensalada de col.

—No quiero vino, Ágata. Más cerveza —respondió él al tiempo que le acercaba la jarra vacía para que se la llenara de nuevo.

Sissi se percató de que Ágata lo hacía manteniendo una prudencial distancia con Carlos. Las manos de su hermano, al igual que las de su padre, tendían a vagabundear cuando había una mujer confiada cerca.

—Por fin estamos todos. —La duquesa Ludovica se sentaba muy derecha,

atenta y con modales exquisitos, al contrario que su marido, que estaba repantingado.

—Antes de que empieces —la interrumpió el duque meneando un dedo—, tengo algo importante que decir.

—¿Ah, sí? —Ludovica miró a su marido—. ¿De qué se trata, Max?

—Creo que los criados han estado tocando otra vez mis momias. —Max hizo caso omiso del repentino ceño fruncido de su mujer y siguió hablando, pronunciando las palabras con lengua de trapo—. No quiero que toquen...

—Max, se les ha dicho en incontables ocasiones que no deben tocar tus objetos egipcios. Te aseguro que no lo hacen. —La duquesa, que ocupaba el otro extremo de la larga mesa, atravesó un trozo de salchicha con su tenedor y lo dejó en su plato.

—Pero creo que lo han hecho. Te juro que el brazo de la momia parece fuera de su sitio.

Sissi había sido testigo de esa misma conversación bastantes veces para saber que su madre se veía obligada a reprimir el impulso de soltar una réplica mordaz.

El duque siguió farfullando.

—No pienso tolerar que los criados toqueteen unos tesoros tan valiosos.

Sissi sabía que su padre, cuando no estaba cazando animales, bebiéndose todo el licor de Baviera o engendrando hijos bastardos con campesinas, solo se preocupaba por la colección de antigüedades que había reunido en su gabinete del castillo de Possenhofen. Y más concretamente por las antigüedades con las que había regresado de Egipto décadas atrás, tras una expedición al templo de Dendur. Sissi se había pasado la vida aterrada por la momia de una mujer que su padre guardaba en su estudio, sobre todo después de que Carlos se explayara describiéndole cómo era el cadáver de la muchacha muerta, más o menos del mismo tamaño que ella, preservado bajo las amarillentas y tiesas vendas.

—Bueno, Max, si estás seguro... —dijo Ludovica antes de beber un sorbo de vino con los labios tirantes al tiempo que intercambiaba una mirada cómplice con Sissi—. Hablaré de nuevo con los criados para recordarles que no toquen la momia.

—Ni las piedras... No quiero que toquen tampoco las piedras del templo.

—Ni las piedras. —La duquesa logró esbozar una sonrisa tensa—. De todas formas, niñas... —Apartó la mirada de su marido y la posó en sus hijas, sentadas la una al lado de la otra—. Tal como ya os he dicho, tengo... tenemos unas noticias fabulosas.



—¿Qué ha pasado, mamá? —Sissi miró de reojo a Elena. Mientras se arreglaban, habían tratado de adivinarlo, pero ninguna había llegado a una conclusión razonable sobre cuál podía ser el anuncio que iba a hacer su madre.

—Tal vez hayan comprometido a Carlos —había sugerido Elena con un gesto desdenoso mientras ayudaba a Ágata a trenzar la larga melena rubia oscura de Sissi.

—Pobre muchacha, si ese es el caso —había replicado Sissi al tiempo que se reía con su hermana y su criada.

No obstante, para sorpresa de Sissi, las noticias parecían no estar relacionadas con Carlos.

—Vuestro padre y yo hemos estado pensando en vuestro futuro. —Ludovica levantó el cuchillo para cortar otra salchicha—. ¿No es cierto, Max?

Sissi se enderezó, tensando la espalda contra la silla.

—Seguro que recordáis a vuestra tía Sofía, ¿verdad? —La duquesa siguió comiendo despacio mientras su mirada iba de una de sus hijas a la otra.

—¿La tía Sofía, la austríaca? —preguntó Elena.

Sissi la recordaba. La había conocido cinco años antes durante un viaje a Innsbruck, Austria. La tía Sofía era una mujer fuerte, alta y delgada, que se parecía mucho a su madre. Pero a diferencia de Ludovica, la tía Sofía tenía un carácter afilado que se apreciaba en todas sus peculiaridades: en su voz, en sus gestos e incluso en su sonrisa.

Fue en 1848, año en el que las revoluciones se extendieron por toda Europa. Viena era un polvorín y la familia real austríaca, los Habsburgo, habían estado a punto de perder sus derechos ancestrales a la corona. La tía Sofía, que se convirtió en una Habsburgo al casarse con el hermano menor del emperador Fernando, suplicó a Ludovica que le mostrara su apoyo asistiendo a la reunión urgente que la familia real había organizado en Innsbruck.

Se reunieron en el pabellón imperial, situado en lo más alto de los Alpes austríacos. Sissi, que en aquel entonces tenía diez años, recordaba bien el viaje. Había crecido en las montañas, pero no había visto nada semejante a esas cumbres cubiertas de nieve hacia las que viajaban.

—Estamos en la cima del mundo —exclamó Elena a medida que el carruaje subía y subía.

Sissi recordaba haberse preguntado en qué lugar dejaba de existir el cielo y empezaba el paraíso.

Durante la primera noche en Innsbruck su madre las dejó en una oscura habitación infantil y se apresuró a reunirse con su hermana mayor y con una

multitud de hombres ataviados con immaculados y rígidos uniformes. Los adultos parecían muy ocupados y muy enfadados. Susurraban con los labios apretados y el ceño fruncido, y no dejaban de lanzar miradas furtivas.

La estancia en Innsbruck para Sissi fue una sucesión de horas interminables con severas y desconocidas institutrices en aquella silenciosa habitación infantil imperial. Carlos estaba muy contento. En aquella dependencia había un buen surtido de garrapiñadas, y disponía de los trenecitos y los soldaditos de juguete de sus primos. Pero Sissi añoraba a su madre. En su hogar apenas se separaban de ella más de un par de horas. Y rara vez pasaban los días estivales dentro de casa, sino que trasladaban las clases al exterior, escalando las montañas que rodeaban su querido Possi, como llamaban al castillo de Possenhofen, pescando en el lago, montando a caballo y observando la flora local.

Sissi había pasado horas durante aquella estancia contemplando las montañas a través de los relucientes cristales de las ventanas, preguntándose dónde se posaban los pájaros que volaban sobre ella en aquel paisaje pedregoso y yermo.

Durante una de aquellas tardes, inquieta y dolida por la ausencia de su madre, Sissi salió a hurtadillas de la habitación infantil. Tras una infructuosa búsqueda, se descubrió perdida en uno de sus largos pasillos. No sabía dónde estaba su madre y tampoco sabía cómo regresar con Elena y con la severa institutriz imperial, una mujer llamada frau Sturmfeder. En aquel momento Sissi se encontró con la conocida figura de su tía, cuyos zapatos de tacón resonaban a medida que avanzaba por el interminable pasillo.

—¡Tía Sofía, tía Sofía! —Se parecía tanto a su madre que, aliviada, Sissi se arrojó hacia ella con los brazos extendidos a la espera de que la rodeara con los suyos.

Pero Sissi recibió, a cambio, una fría bofetada en la cara.

—Cálmate, niña —la reprendió Sofía con un rictus en los labios que enfatizaba las arruguitas que los rodeaban—. No se corre en el palacio y no se habla a los adultos. Mi hermana está más decidida a criar a una prole de bárbaros que a convertiros en un grupo de nobles civilizados. A ver, ¿por qué estás sola? Vuelve a la habitación infantil de inmediato. —Dicho lo cual, enderezó la espalda, se alisó la falda allí donde las manos de Sissi se habían posado y siguió su decidida marcha por el pasillo. Ni siquiera volvió la cabeza para mirar otra vez a su sobrina.

—Exactamente, Elena. —La respuesta de su madre interrumpió los recuerdos de Sissi y la devolvió a la mesa y al anuncio de la duquesa—. Mi

hermana mayor, Sofía, la archiduquesa de Austria.

—¿Sabéis lo que se dice de vuestra tía Sofía? —El duque miró a Sissi con una sonrisa traviesa.

—Max, por favor, no es apropiado que... —La duquesa levantó una mano, pero no logró silenciar a su marido.

—La llaman «el único hombre en la corte de Viena». —El duque estalló en carcajadas y apartó la taza de café, optando en cambio por el vino.

La duquesa, con los labios firmemente apretados, esperó a que su marido dejara de reírse para seguir hablando con sus hijas.

—Las cosas han estado muy complicadas en Austria desde que el emperador, el cuñado de Sofía, abdicó al trono.

—¿No sucedió cuando estábamos en Innsbruck? —preguntó Sissi, que recordó de nuevo aquel desagradable viaje. Sus padres pocas veces discutían sobre política y Possi estaba tan lejos de Viena que a Sissi se le permitía demostrar semejante indiferencia por el tema. Sin embargo, sabía que su tía ocupaba una posición poderosa en el Imperio austríaco.

—Sí, Sissi —contestó su madre al tiempo que asentía también con la cabeza—. ¿Recuerdas aquel viaje? —Sissi asintió en silencio a su vez mientras su madre seguía hablando—. Mi hermana ha tenido que emplearse a fondo, digamos, a fin de mantener el trono a salvo para su hijo hasta que tuviera edad suficiente para asumir el poder.

Sissi recordaba a su primo de aquella visita a Innsbruck. Un adolescente serio, con el pelo del color de la canela. Era demasiado mayor para la habitación infantil, pero fue con sus trenecitos y sus soldaditos de juguete con los que jugó Carlos. Sissi solo lo vio en un par de ocasiones, siempre en compañía de sus tutores militares, sus asistentes y su madre. Recordaba de su primo Francisco que era un muchacho delgado que parecía encogerse cada vez que su madre hablaba. La miraba para pedirle opinión y esperaba que ella asintiera sutilmente con la cabeza antes de contestar cualquier pregunta que le hicieran. ¿Por qué habían elegido a un muchacho tan reservado y taciturno como emperador para reemplazar a su tío?, se preguntó Sissi.

Ludovica miró a Sissi, como si estuviera hablando solo con ella.

—Mi hermana, Sofía, ha logrado sobrevivir en Viena allí donde los hombres han fracasado. Aunque tal vez en ocasiones ha exhibido una fuerza que algunos tildan de poco adecuada para una dama, ha logrado salvaguardar el imperio y mantener el... ¿cuál es la forma más adecuada de decirlo? —Ludovica miró de reojo a su marido—. Mantener el decoro que se espera de su elevada posición.

—Supongo que tienes razón, Ludovica. Brindemos por la buena de Sofía. Tiene más pelotas que todos los demás. —El duque bebió un buen trago de vino, ajeno al ceño fruncido de su esposa.

—¿Y el primo Francisco ya es lo bastante mayor para asumir el poder? —preguntó Sissi, que se volvió para mirar de reojo a su hermana.

Elena guardaba silencio mientras masticaba un trocito de patata. Elena nunca tenía mucho apetito.

—Desde luego, Sissi —contestó la duquesa, cuya expresión se iluminó al ver que alguien prestaba atención a sus palabras—. Tu primo, Francisco José, ha ascendido al trono. Es el emperador de Austria.

—Y de momento está haciendo un buen trabajo, maldición. —El duque habló con la boca llena de carne y de ensalada de col—. La batalla que ha librado el pequeño Fran en la frontera italiana... ha sido un bautismo de fuego. Así es como los niños se convierten en hombres, Carlos, hijo mío. Esos italianos amenazaron con abandonar el imperio. —El duque estampó un puño en la mesa, haciendo que parte de la espumosa cerveza de su hijo se derramara por el borde de la jarra—. Y una vez que acabó con ellos, hizo lo mismo con el alzamiento húngaro. Los aplastó con ayuda de los rusos. No te puedes fiar de un húngaro, la verdad sea dicha.

La duquesa terció:

—Tu padre se refiere al hecho de que vuestro primo, el emperador, ha salvaguardado el imperio aun cuando en los últimos años algunos territorios se han sublevado.

—¿Cómo es que el primo Francisco se ha convertido en emperador si el trono le pertenecía a su tío? —preguntó Sissi, tratando una vez más de imaginarse a ese muchacho pelirrojo y tímido en el trono.

—La gente exigió que su tío abdicara —le explicó la duquesa—. Reconozco el mérito de mi hermana Sofía por haber presentado a su hijo como la alternativa viable que satisfaría al pueblo y mantendría a los Habsburgo en el poder, al mismo tiempo que se las arreglaba para no molestar al resto de su familia.

—Seguramente por eso todos los hombres gustan de señalar las pelotas de la señora. Menuda es Sofía... —murmuró el duque, que rio entre dientes.

Ludovica lo miró a modo de advertencia. Sissi se removió en su silla y miró de reojo a Elena mientras se hacía un breve silencio en la mesa.

Su madre siguió hablando tras unos minutos.

—Ahora que Francisco José ha asumido el poder, se enfrenta a una tarea de la mayor importancia. Un deber que todo el imperio desea ver realizado.

—¿Qué deber? —quiso saber Sissi.

Ludovica tomó una honda bocanada de aire mientras unía las yemas de los dedos sobre la mesa y adoptaba una expresión pensativa.

—El del matrimonio, por supuesto.

Sissi tragó saliva, sin saber muy bien por qué esa sencilla frase le había provocado un nudo en el estómago.

La duquesa Ludovica miró a su hija mayor y enarcó las cejas, adoptando una expresión interrogante.

—Francisco debe buscar una novia con la que engendrar un heredero que perpetúe la dinastía Habsburgo.

Pero ¿por qué miraba su madre de esa manera a Elena?, se preguntó Sissi. La sombra de la sospecha anidó en sus pensamientos cual silueta borrosa apenas discernible a través de una ventana empañada. No, su madre no podía estar refiriéndose a «eso». El silencio se hizo en la estancia de nuevo. Carlos se tiró de la corbata y ordenó que le sirvieran más cerveza. Elena, con las mejillas tan blancas como el mantel y las servilletas, mantuvo la vista gacha.

La duquesa apartó su plato y cruzó las manos sobre la mesa con gesto decidido.

—Nené, nunca me he permitido desear semejante futuro para mi hija. — La voz de Ludovica parecía cargada de emoción, y Sissi se sorprendió al ser testigo de ese extraño despliegue emocional en su normalmente compuesta y estoica madre. Antes de que Sissi pudiera desentrañar el significado de aquellas palabras, la duquesa añadió—: Y pensar que una de mis hijas va a sentarse en el trono de Viena...

Elena trató de articular la más débil de las réplicas:

—Madre, no te estarás refiriendo a...

La duquesa asintió con la cabeza.

—Elena, mi hermana te ha elegido a ti. Tú serás la prometida del emperador Francisco José. —Elena soltó el tenedor, que se estrelló contra el plato—. ¡Vas a ser emperatriz de Austria!

La duquesa miró a su pálida hija con una sonrisa deslumbrante, pero nadie en la mesa dijo nada.

Sissi entendía el mudo asombro de Elena. Su hermana, Elena, la muchacha que un rato antes había estado con ella cogiendo flores silvestres. La hermana que dormía a su lado por la noche y le colocaba los fríos pies debajo de las piernas para que se los calentara. La tímida muchacha que adoraba la filosofía y los principios religiosos, pero que aducía estar enferma para evitar las clases de baile. ¿Elena, emperatriz de Austria? ¿Presidiendo la

corte vienesa?

—Nené —continuó la duquesa, impasible ante el silencio de su hija—, y pensar que cuando alumbres un hijo serás la madre del futuro emperador, la mujer más poderosa sobre la faz de la tierra...

El duque alzó su copa y bebió un sorbo de vino a modo de celebración.

—Por Elena.

—Por Elena —repitió Sissi a regañadientes mientras escudriñaba la cara de su hermana en busca de alguna reacción. Pero el rostro de Elena era una máscara impenetrable.

—La casa de Wittelsbach está ascendiendo, ¿verdad, Carlos? ¡No te será difícil gobernar este ducado con una hermana sentada en el trono de los Habsburgo! —exclamó el duque, que había adoptado una actitud plenamente festiva.

Sin embargo, las reacciones del resto de los comensales eran variadas. Sissi seguía sin pronunciar palabra, observando con atención a Elena en un intento por leerle el pensamiento. La duquesa, exultante en un primer momento, parecía incrédula, asombrada por el silencio imperturbable de Elena. Y Carlos parecía lejos de alegrarse por las noticias del ascenso de su hermana.

Al final fue él quien puso fin al silencio.

—Mi hermana va a casarse. Elena, ¿sabes lo que esperará que hagas? —Pinchó un trozo de salchicha con el tenedor y lo sostuvo en alto delante de la cara de Elena con actitud amenazadora—. ¿Te apetece un poco de salchicha?

—¡Carlos! ¿Es que no tienes vergüenza? —masculló la duquesa mirando a su hijo hasta que este apartó la salchicha que colgaba del tenedor.

Sissi extendió el brazo para tomar la mano fría y sudorosa de su hermana por debajo de la mesa.

—Elena, es el mayor de los honores y nos sentimos muy orgullosos de que te hayan elegido. —La duquesa volvió a prestar atención a su plato y comenzó a partir la salchicha con presteza y eficiencia.

—Pero, madre... —dijo Elena por fin.

La duquesa la miró.

—¿Qué?

—Mamá, yo...

—Dilo ya, Elena. —Ludovica tenía poca paciencia para la timidez de Elena, un rasgo de su personalidad que claramente no había heredado de ella.

—No quiero casarme con el primo Francisco.

Tras dicha confesión, Elena ocultó la cara entre las manos. Carlos rio

entre dientes desde el otro lado de la mesa.

El duque, que observaba a su hija por encima del borde de su copa, miró a Sissi como si ella fuera la intérprete de Elena.

—¿Qué le pasa a tu hermana?

Sissi levantó una mano y se la colocó con ternura a Elena en el hombro al tiempo que le susurraba con suavidad que debía asimilar la noticia. Después añadió dirigiéndose a su padre:

—Papá, es un anuncio impactante. A lo mejor está demasiado impresionada.

—Sissi, ¿ahora presumes de leerme el pensamiento? —replicó su hermana con un tono brusco poco característico en ella—. Tú no eres a quien van a entregar como si fueras un objeto.

El comentario, una muestra de mordacidad extraña en la dulce Elena, logró silenciar a Sissi. Elena tenía razón. No era su destino el que estaban discutiendo. No era ella quien no podía decidir su propio futuro.

La duquesa la observaba en silencio, sopesando cómo reaccionar ante un giro tan inesperado de los acontecimientos. A la postre, habló.

—Elena, no lo entiendo. Todas las jóvenes quieren un buen marido.

Elena negó con la cabeza.

—Yo no. —Se echó a llorar. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

La duquesa suspiró.

—Pero sabías que algún día tendrías que casarte, Elena. Podría haber sido con un conde sajón, con un príncipe veneciano... Y ¿te pones a llorar porque es el emperador de Austria? Es el mejor pretendiente que podías esperar.

Elena negó con la cabeza de nuevo.

—Mamá, por favor, te lo suplico. No me obligues a hacerlo.

Ludovica volvió a suspirar.

—Elena, Francisco es un buen muchacho... un buen hombre. Te tratará con amabilidad. Y contarás con la ayuda de la tía Sofía para adaptarte a la vida en la corte.

—¡Pero no quiero casarme con él! —insistió Elena.

—Sin duda sabías que este día se acercaba, ¿no es así, Elena? Tienes dieciocho años. —La duquesa miró a Sissi como si buscara su ayuda.

—Pero, mamá, ni siquiera le conozco —señaló Elena.

Sissi se percató de la creciente exasperación de su madre.

—¿Qué tiene que ver eso con todo lo demás? Yo vi a tu padre por primera vez el mismo día que me casé con él. —La duquesa miró a su esposo, quien dio un sorbo de vino a modo de respuesta. Ludovica siguió hablando con



expresión firme y una mirada inexpresiva—. Sí, me pasé la noche de bodas llorando... Pero cumplí con mi obligación.

El duque no miró a su esposa y tampoco replicó. Elena, sin embargo, estalló en renovados sollozos.

—¡Por el amor de Dios! —La duquesa se levantó de la silla y se acercó a su llorosa hija—. Elena, mi bobita y asustada niña, no debes preocuparte tanto. Es la mejor fortuna que puede soñar una joven de tu posición. Vas a tener por marido al emperador de Austria, un hombre bueno y amable. ¿Qué más puede pedirse en un matrimonio?

—Pero es que no quiero casarme... nunca. —Elena permitió que su madre le secara las lágrimas.

—Chitón, Elena. Sin duda entiendes que evitar el matrimonio solo te dejaría con una alternativa viable, la de entrar en un convento —argumentó su madre—. No creo que desees eso. ¿Es que no quieres tener una casa bonita que gobernar? ¿No quieres niños?

El silencio de Elena fue su respuesta. Sissi sintió la misma sorpresa que atisbó en la cara de su madre. Ella, Sissi, que conocía a Elena mejor que nadie en el mundo, no había sospechado que su hermana deseaba un futuro tan solitario. A la postre, con un hilo de voz, Elena dijo:

—He pensado muchas veces en el convento, mamá.

Sissi vislumbró dos emociones batallando por imponerse en el rostro de su madre. En un primer momento sintió compasión por esa hija tímida y estudiosa. Pero después apareció la más poderosa de las dos emociones que desterró la compasión, de manera que Ludovica adoptó una expresión pétrea y decidida. Cada cual debía cumplir con su obligación. ¿Cuántas veces había escuchado Sissi a su madre pronunciar aquellas palabras? Una dama debía aceptar el papel que se le exigía que asumiera. ¿Acaso ella, una duquesa de Baviera, no había vivido siempre cumpliendo esa máxima por más desagradable que fuera la vida con su padre? Así eran las cosas.

Ludovica había recuperado la compostura cuando volvió a hablar.

—Elena, es una intención que te honra. Pero a la hija mayor del duque de Baviera no le está permitido malgastar su vida tras los muros de un convento. Es imposible rechazar al emperador. Te casarás con Francisco José y serás la emperatriz. Ya está decidido.

—Déjala que se haga a la idea, Ludovica.

Sissi se percató de que su padre ya se había cansado de la discusión.

—Solo es una muchacha tímida y apocada. Imagínate que la casáramos con algún conde prusiano sin modales, con cualquier Von Fulanito... La

pobre no duraría ni quince días.

La experiencia le había demostrado al duque una y otra vez que las mujeres acababan haciendo lo que se esperaba de ellas. Tomó otro sorbo de vino como si con ello zanjara la conversación.

Pero Elena se llevó una mano a la cara para ocultar un sollozo que la estremeció por completo.

—Señor, ¿por qué tengo que...?

La duquesa le colocó una mano en el hombro, si bien mantuvo el rostro impassible.

—Nené, hija mía, ya está bien. Basta de lágrimas. Siempre has sido una niña obediente. Ya verás, te encantará Viena.

Elena alzó la vista tras apartarse la mano de la cara.

—Mamá, pero me encanta vivir aquí.

Sissi vio un leve titubeo, el asomo de la compasión en los ojos de su madre. La duquesa estaba angustiada. Pero Ludovica se desentendió de dicha emoción con un autocontrol magistral. Suspiró, apartó la mano del hombro de su hija y enderezó la espalda, cuadrando los hombros.

—Todos debemos cumplir con nuestras obligaciones.

Padre e hijo siguieron comiendo mientras la duquesa regresaba a su silla con la cara pálida e inexpresiva, tras lo cual cogió de nuevo el tenedor. Sissi había perdido el apetito. Como al parecer también su hermana.

—En fin, Elena —dijo su madre rompiendo el tenso silencio—. No te he contado la segunda parte de las noticias.

—No deseo oír más noticias, mamá.

—Seguro que esto sí quieres oírlo. No irás sola a la corte.

Elena alzó la vista.

—¿No te gustaría contar con una acompañante en la corte? —Ludovica paseó la mirada de Elena a Sissi, que estaba sentada a su lado, aferrándole aún la mano. Sissi miró a su madre. Tenía el corazón desbocado, alentado por un tenue rayito de esperanza—. Sissi y yo te acompañaremos —dijo Ludovica con voz alegre—. ¿Ya te sientes mejor?

Elena sospesó la idea y, tras un largo silencio, asintió con la cabeza.

Por su parte, Sissi estaba emocionada con el plan y el corazón le latía ahora tan deprisa que le costaba respirar. Abandonar Possi. Viajar a la corte imperial, al lugar donde estaba el poder, las últimas tendencias de la moda y los cortesanos que ejemplificaban ambas cosas. Un mundo diferente por completo a la sencilla vida que llevaba en Baviera... Eran unas noticias aterradoras, pero fascinantes.

—¿Qué te parece, Sissi? —La duquesa miró a su hija.

—Me encantará ir —contestó ella con un tono excesivamente entusiasta. Se removió en la silla y se acercó a Elena—. Ay, Nené, ¿a que nos vamos a divertir juntas?

—¿Que os vais a divertir? —Su madre frunció el ceño y su voz se tornó severa—. Isabel, esto no es una aventura como la de esas novelas románticas que lees.

Sissi sintió que su júbilo se desvanecía, un poquito, ante la dureza de las palabras de su madre.

—Debes entender que tu papel en la corte será el de ayudar a tu hermana a encontrar su lugar. La servirás como cualquier dama de compañía sirve a una reina, ¿lo entiendes?

Sissi asintió al tiempo que contenía la sonrisa que pugnaba por asomar a sus labios.

—Sí, mamá. —Pero, por dentro, el corazón le dio un vuelco. Iba a acompañar a Elena en su nueva vida. ¡A Elena, la emperatriz de Austria! Ella, Sissi, sería testigo de todo.

—Siempre debes dejar a Elena en buen lugar —siguió la duquesa—. ¿Entendido?

—Puedo hacerlo —prometió Sissi, que rodeó los huesudos hombros de Elena con sus brazos—. Elena, ¿lo has oído? ¡Estaré allí contigo! —Las hermanas se abrazaron y, por primera vez desde el anuncio, Elena logró esbozar una trémula sonrisa.

—Y —dijo la duquesa inclinándose hacia Sissi— espero no tener que recordarte que en la corte hay muchas formas de meterse en problemas, Isabel. La tía Sofía es muchísimo menos indulgente que yo, y estará vigilando. Irás allí para atender a tu hermana y poco más. No deseo enterarme de que te has enamorado de algún conde húngaro. —Ludovica frunció el ceño, y Sissi se sonrojó y evitó la abrasadora mirada de Carlos—. Estaré pendiente de lo que hagas, Isabel.

—Lo entiendo, mamá.

—Buena chica. —Su madre asintió una vez más y su expresión se ablandó hasta el punto de sonreír con aprobación—. Nada de pretendientes para ti. Al menos no hasta que hayas ayudado a tu hermana a asumir su nuevo papel.



A Elena le permitieron retirarse de la mesa y a Sissi le dieron permiso para acompañarla al dormitorio. Subieron la escalera en silencio, ambas sumidas

en sus caóticos pensamientos y dudas.

¡La corte de los Habsburgo! Para Sissi, las noticias habían espoleado su curiosidad y despertado su inquieto espíritu. Su mente esbozaba a toda prisa escenas imaginarias que contemplaría al lado de su hermana, la emperatriz. Aquellos salones con altísimos techos donde habían inventado el vals, se celebraban banquetes y se ofrecían bailes a los que asistirían mujeres con faldas tan amplias que parecían las campanas de una catedral. Y ella, Sissi, experimentándolo todo con tan solo quince años.

—Qué alivio que vayas a venir conmigo.

Elena le aferró la mano cuando llegaron a la parte superior de la escalera y enfilaron el pasillo de su dormitorio, iluminado por la luz de las velas. Los pensamientos de su hermana, se percató Sissi, eran de naturaleza menos entusiasta que los suyos.

—¿Quieres que llame a Ágata para que nos traiga un poco de vino? — Sissi empujó la pesada puerta del dormitorio y la dejó entreabierta.

—No, Sissi. Siéntate conmigo un momento. —Elena se sentó en la enorme cama de caoba que compartían—. Todavía no me he recuperado de la impresión.

—Estaré a tu lado, Nené.

Sissi descorrió las cortinas, dejando que entraran los últimos y delicados rayos del sol estival. A través de la ventana contempló el tranquilo crepúsculo que caía sobre Possenhofen. Los bosques que se alzaban al otro lado del prado y que bordeaban el lago Starnberg relucían con un tono azulado bajo el manto de la inminente noche. En el prado, un campesino caminaba despacio hacia el pueblo, seguido por un caballo cansado. El humo de las distantes chimeneas ascendía hacia el cielo en el horizonte, alzándose desde las casas apenas visibles que salpicaban las boscosas laderas de los Alpes bávaros. Era un tapiz muy familiar. Una vista muy querida, una vista que Sissi era capaz de recrear con los ojos cerrados. Y esa noche, a sabiendas de que pronto se iría lejos, la saboreó con renovado afecto. ¿Cuántas noches más podría disfrutar de esa visión?, se preguntó.

—Solo estarás conmigo hasta que consigas un marido. ¿Qué pasará después? —La preocupación de Elena sacó a Sissi de su crepuscular ensoñación, y la joven se volvió hacia su hermana y hacia aquel dormitorio cada vez más en penumbra—. Seguramente él insistirá en llevarte a su palacio de Prusia, de Sajonia o de Hungría. ¿Y qué haré yo entonces? —Los labios de Elena empezaron a temblar con la amenaza de nuevas lágrimas.

—Ya has oído a mamá. —Sissi se acercó a su hermana—. Estaré en la

corte para asistirte. Te prometo que ni siquiera pensaré en el matrimonio hasta que estés instalada y feliz, y tengas al menos media docena de príncipes y princesas reales austríacos.

La promesa de Sissi pareció apaciguar el pánico de Elena. Pero solo durante un instante.

—El matrimonio parece algo espantoso, ¿verdad que sí? —reflexionó Elena en voz alta al tiempo que se quitaba el pesado vestido de la cena y dejaba que cayera al suelo.

Sissi no pudo evitar fijarse en la figura de su hermana, expuesta en ese momento ya que solo llevaba la camisola y la ropa interior. Estaba muy pálida, y era delgada y frágil. Sin embargo, ese sería el cuerpo encargado de dar a luz al siguiente emperador de Austria.

Como si le hubieran dado pie, Carlos apareció en el vano de la puerta y Sissi se reprendió por haberla dejado abierta.

—¿Así que esa será la vista que tenga el emperador en su noche de bodas? —Consciente de que el equilibrio de poder en la familia había cambiado en cierto modo, Carlos parecía renuente a desafiar abiertamente a sus hermanas y prefirió quedarse en el umbral de la puerta—. Te he oído hablando sobre tu marido. —Sonrió sin dejar de mirar a su hermana medio desnuda, quien no tardó en ocultarse detrás de un biombo.

—Fuera, Gackl —masculló Sissi, y le arrojó uno de los zapatos que Elena se había quitado.

Carlos se agachó para esquivar el golpe, pero siguió donde estaba.

—No, yo no me voy. Las que os vais sois vosotras. Elena se va a Viena para que Francisco José le meta la salchicha austríaca. —Rio entre dientes—. Pobrecita Elena, la inocente, que seguramente acabará pillando la sífilis de alguna de las putas del palacio de Francisco.

Sissi hizo caso omiso de las palabras de su hermano y le habló a Elena.

—Y Gackl seguramente no se la meterá a ninguna muchacha en su vida. ¿Quién va a querer esa cara llena de cicatrices y su apestoso aliento a cerveza?

El insulto solo sirvió para encolerizar aún más a Carlos, que contraatacó.

—Elena, yo en tu lugar no desearía que llegara mi noche de bodas. Francisco José es el emperador y, en fin, siempre consigue lo que quiere. ¿De qué forma podrás compararte con todas esas cortesanas tan experimentadas? —Sissi dio un respingo, algo que pareció alentarle a continuar—. Y Sissi, ¡a saber quién te desflorará a ti! Ninguna de las dos imagina siquiera lo que os va a pasar, ¿a que no? ¿Por qué creéis que mamá siempre está diciendo que se

pasó la noche de bodas llorando?

Atemorizada, pero más furiosa si cabía, Sissi enderezó la espalda y atravesó el dormitorio en dirección a Carlos. Cuando habló, lo hizo con más autoridad de la que sentía.

—¿Y cómo crees que mirará el emperador al hermano que ha atormentado a su querida esposa? Me aseguraré de que sepa quién es nuestro hermano, un gallito del corral que se merece un buen picotazo.

Sorprendido por la vehemencia de su ira y por la autoridad de su voz, Carlos se dio media vuelta y se marchó.

—¿Quién le ha enseñado a ser tan ruin? —se preguntó Sissi en voz alta al tiempo que relajaba los puños mientras Carlos se alejaba. Escuchó unos suaves sollozos procedentes de detrás del biombo—. Por el amor de Dios, Nené, sal de ahí detrás. —Sissi se tumbó en la cama, agotada ya de la tarea de apoyar a su hermana. Su posición en la corte le resultaría muy exigente—. No te creas ni una sola palabra de lo que ha dicho. Carlos está celoso porque el emperador nos ha invitado a la corte y él tiene que quedarse aquí con los niños.

Elena salió de detrás del biombo con una expresión horrorizada en sus ojos negros.

—Pero parece espantoso, ¿verdad?

—¿Qué? ¿Gobernar un imperio? ¿Llevar las diademas y los vestidos más bonitos de toda Europa? ¿Bailar al son de los violines imperiales durante toda la noche? —Sissi se pasó una mano por el pelo y fue deshaciéndose las trenzas para permitir que los brillantes rizos le cayeran por los hombros.

—No. Lo que ha dicho Carlos... lo de la noche de bodas —susurró Elena.

—No sé. —Sissi guardó silencio. Su madre siempre había insinuado cosas, pero apenas les había ofrecido información sobre el calvario que realmente implicaba la noche de bodas. Unas insinuaciones que habían asustado y confundido a Sissi en la misma medida. Palabras como «deber» y «sumisión». Actos que requerían «tolerancia», que debían «soportarse por el bien del marido y de la familia». Pero la doncella le había ofrecido a Sissi una versión diferente—. Ágata dice que, según lo que ha oído, puede ser muy... bueno, agradable. No parece tan malo.

—¿Y dónde ha oído eso? —preguntó Elena con los ojos como platos.

—Ah, es que hablan de ese tema a todas horas en la cocina. Las únicas que no sabemos de esas cosas somos las que vivimos en las estancias principales del palacio. —Una circunstancia ridícula, pensaba Sissi, cuando eran las habitantes de las estancias principales del palacio y sus cuerpos los

que cargaban con el pesado deber de continuar las dinastías.

Elena reflexionó al respecto.

—Carlos parece estar muy bien informado.

Sissiladeó la cabeza.

—No gracias a la experiencia, de eso podemos estar seguras.

Elena se permitió soltar una carcajada antes de desanimarse de nuevo.

—¿Crees que cuando me convierta en la esposa de Francisco José tendré que...? Bueno, tú ya sabes.

—Sí, Elena —respondió Sissi sin inflexión en la voz—. Tendrás que hacerlo.

Elena pareció desmoralizarse aún más.

—Espero que tengamos un largo compromiso.

Sissi trató de animarla hablando con alegría mientras se desvestía para acostarse.

—No temas. No tendrás que hacerlo muchas veces. Solo hasta que le des a Francisco José unos cuantos hijos varones.

Elena sopesó la idea.

—Piensa en nuestra familia. Estamos tú y yo, Carlos, María, Matilde, Sofía Carlota y Max. ¿Puedes creer que mamá y papá lo hayan hecho siete veces? —le preguntó a su hermana.

—No, me resulta sorprendente —respondió Sissi meneando la cabeza, y ambas empezaron a reírse como dos tontas.

—Bueno, me alegro de ver que otra vez estáis de buen humor —dijo desde la puerta la duquesa Ludovica, que les traía unas velas—. Espero que te hayas resignado al terrible destino de casarte con el emperador, Nené.

—¡Mamá!

Sissi la invitó a entrar con un gesto de la mano. La duquesa dejó las velas en la mesita de noche y después besó a sus hijas en la frente.

—No os quedéis despiertas hasta muy tarde. —Ya al otro lado de la puerta, aferró el pomo para cerrarla al salir—. Y que no se os olvide.

—Lo sabemos, lo sabemos —replicó Sissi en respuesta—. Las oraciones.

—Buenas noches. —Ludovica sonrió y desapareció.

Sissi se subió a la cama y apartó las sábanas de una patada. Estaba acalorada por culpa de la emoción y por la cálida noche estival. Suspiró y observó a su hermana mientras se cepillaba el pelo oscuro frente al espejo manchado.

Consciente de que el pánico inicial de Elena había remitido un poco, de que su ánimo tal vez fuera distinto, Sissi retomó el tema de conversación.



—En serio, Elena, las noticias no son tan horribles. Además, ¡un emperador! A juzgar por tu reacción, cualquiera pensaría que te han dicho que estabas comprometida con el carnicero del pueblo.

Elena reflexionó un instante mientras dejaba el cepillo de marfil en la mesita de noche y se reunía con Sissi en la cama.

—Si me casara con el carnicero del pueblo, al menos viviría cerca de casa. Podría venir a cenar a Possi todos los domingos.

—Sí, y tu marido el carnicero y tú podríais traer el animal sacrificado para la cena —añadió Sissi.

—Y Carlos me dejaría tranquila, por temor a acabar en el estofado —replicó Elena, que rio a regañadientes acompañando a su hermana.

Sissi apoyó la cabeza en la almohada cuidando que su larga melena quedara extendida.

—Voy a echar esto de menos, eso sí —dijo al cabo de un momento.

Elena asintió y su rostro, iluminado por la parpadeante luz de las velas, se tensó por la preocupación.

—Me pregunto cómo es Francisco José —murmuró Sissi mientras recordaba al muchacho tímido y de pelo castaño rojizo que conoció años atrás—. Parece todo tan... irreal. —Se imaginó el encuentro de Elena y de aquel primo suyo que había acabado siendo emperador. Rodeados por todas las princesas, condesas y marquesas despechadas de la corte que los observarían sin perder detalle en busca de un indicio de debilidad por parte de Elena, en busca de una oportunidad para lanzar un contraataque. ¿Sería capaz su hermana de reunir el valor necesario para conquistar a ese joven gobernante, el soltero más poderoso y codiciado de toda Europa? Tendría que hacerlo. No le quedaba otra—. Piénsalo —dijo en voz alta mientras reflexionaba—. Elena, nacida duquesa de Baviera de la casa de Wittelsbach, se convierte en la emperatriz de Austria.

Elena se limitó a acurrucarse bajo las sábanas, aunque la noche era cálida.

—Nené, estás demasiado callada. —Sissi extendió un brazo hacia el otro lado de la cama y se aovilló junto a su hermana. ¡Oh, cómo iba a echar eso de menos! Pero tragó saliva para alejar de sí la tristeza. ¿Su trabajo no consistía en ser fuerte para Nené?—. Dime algo. ¿Qué sientes?

Elena respondió tras un breve silencio.

—No me siento muy... imperial.

—Ay, Nené. Mi tímida y callada hermana. No permitiré que dudes de ti misma. Ni siquiera eres consciente de tu dulzura. Ni de tu belleza. —Su voz, en comparación con la de su hermana, sonó estridente mientras añadía con

determinación—: Estarás espléndida. Le presentaremos al emperador una novia tan preciosa que dirá que en la vida ha visto una mujer que pueda rivalizar con su belleza.



Esa misma noche, más tarde, cuando Elena se sumió en un sueño inquieto, Sissi se levantó para mirar por la ventana, animada por sus pensamientos y por la luz de la luna, que bañaba con su brillo los campos y las laderas. El sueño la eludía, algo habitual. Al otro lado de la ventana la noche aguardaba, cálida y serena, tentándola para que saliera de casa.

Buscó la bata a tientas, con cuidado para que no crujieran los tablones del suelo mientras lo hacía. Se puso sus chinelas preferidas, unas muy suaves de terciopelo rojo. Las cómodas zapatillas, un regalo que recibió al cumplir los quince años, eran sus compañeras inseparables cada vez que salía para disfrutar de sus aventuras nocturnas. Estaban manchadas con la tierra de Possenhofen, y llevaban pegadas en las suelas briznas de hierba y barro. En ese momento Sissi decidió que sus chinelas rojas la acompañarían a la corte. De esa manera, pensó con alborozo, siempre podría caminar sobre su amada tierra bávara.

En el exterior un búho entonaba su melancólico ulular. Los grillos cantaban en los campos, sus cuerpos parecían pequeños violines cuyos valeses nocturnos existían desde mucho antes de que Johann Strauss comenzara a componer en Viena. Las ranas del cercano lago Starnberg croaban y lanzaban al viento sus habituales rapsodias amorosas. Sissi extendió los brazos en cruz y miró la luna mientras reía, exultante y maravillada por lo que la noche le ofrecía.

Sus padres no la habían educado para que profesara una fe religiosa estricta. Espiritual sí, pero no dogmática. Su padre incluso se había mostrado tolerante con los reformistas del ducado, los protestantes que con tanto descaro desobedecían a la Iglesia católica y que en cualquier otro sitio eran castigados por hacerlo.

Sin embargo, los duques habían despertado en Sissi la capacidad de apreciar la presencia del Todopoderoso en todo aquello que la rodeaba. Mientras que Dios parecía esquivo y difícil de encontrar en las húmedas y viejas iglesias, con sus palabras pronunciadas en un latín incomprensible, Sissi sentía su innegable presencia en la majestuosidad de las montañas, en la certeza del amanecer y la delicadeza de la luz de la luna. Dios era el poder invisible que ponía la naturaleza en marcha. Las estaciones con su ciclo

cambiante, cada cual hermosa a su manera. Los rebecos, que saltaban por los riscos sin cansarse. El semental, que corría más que el viento.

¡Oh, cómo iba a añorar Possi!

Estuvo mucho rato fuera, caminando por el perímetro del castillo de planta cuadrada. De repente sus reflexiones se vieron interrumpidas por un sonido. Un sonido que no lo había provocado ni un grillo ni un búho. Un sonido humano. Se volvió y lo vio: una silueta avanzaba por el prado en dirección al pueblo. Estaba oscuro, pero supo al instante de quién se trataba.

—Papá —dijo. En voz baja, para que no la oyera. Seguro que había salido para ver a una de sus amantes. Suspiró—. Por favor, que Francisco José le sea más fiel a Elena de lo que papá le ha sido a mamá —le suplicó a la cálida y tranquila noche.

## II

*¡Qué joven y rica fui un día  
en ilusiones y esperanzas!  
Creí poseer inmensas fuerzas,  
y el mundo se abría ante mí.*

EMPERATRIZ ISABEL, SISSI, DE AUSTRIA

## Capítulo 2

*Residencia imperial de verano de Bad Ischl, Alta Austria  
Agosto de 1853*

A Sissi le resultó muy difícil no desanimarse al ver a su hermana, sentada junto a ella en el carruaje, temblando como una paloma asustada ante el arco de un arquero.

—Vas a estar preciosa, Nené. ¡Pero tienes que sonreír! —La duquesa parecía presa de la misma angustia mientras hablaba con su hija mayor. Elena no replicó—. Dentro de pocas horas podremos detenernos y refrescarnos. Nos cambiaremos de ropa antes de llegar a la residencia imperial de verano. —Ludovica consiguió hablar con voz animada, pero Sissi se dio cuenta de que no intentaba sonreír. No intentaba ocultar la gravedad del dolor de cabeza que la había aquejado durante la mayor parte del viaje.

Su madre se había pasado casi todas las largas horas en el carruaje con los ojos cerrados, y haciendo una mueca cada vez que las ruedas topaban con un bache en el camino mientras se masajeaba las sienes con gesto cansado. Cuando por fin abrió los ojos tenía una expresión inquieta y no dejaba de dirigir la vista a una hija y a otra. ¿Eran imaginaciones de Sissi o Ludovica estaba analizándolas, como si las comparase? ¿Se debía a los vaivenes del carruaje o la duquesa meneaba la cabeza de forma apenas perceptible y suspiraba siempre que su mirada pasaba de Sissi a Elena?

La semejanza entre ellas pareció desvanecerse en cuanto partieron del castillo de Possenhofen. Sissi, revitalizada por el viaje y ansiosa por reunirse con su tía y su primo, se había ido entusiasmando y alegrando a medida que las semanas transcurrían y la acercaban a su destino. El aire fresco del camino de los Alpes le sentaba bien; tenía las mejillas sonrosadas, sus ojos ambarinos brillaban, despiertos y alertas, y su voz era alegre al hacer comentarios sobre los campos y los pueblos por los que pasaban.

A su lado, desmadejada en el asiento, iba Elena, que había estado demasiado nerviosa para comer o dormir durante el viaje y cuya tez cenicienta parecía casi traslúcida contra el negro riguroso de su vestido.

—Lo primero que haremos será deshacernos del luto —dijo su madre, que se estaba repitiendo. Como si un cambio de guardarropa pudiera transformar a Elena en la novia imperial en la que tenía que convertirse.

Sissi se mantuvo ocupada en la tensa atmósfera del interior del carruaje clavando la vista al otro lado de las ventanillas mientras se imaginaba cómo sería vivir en todas y cada una de las casas alpinas por las que pasaban. Si bien las granjas parecían idílicas, llegó a la conclusión de que los cabreros vivían mucho mejor. Porque los cabreros tenían libertad para salir todas las mañanas de sus cabañas en los riscos y dirigirse a las colinas. Armados con queso, una hogaza de pan y una bota de vino, podían deambular y explorar las montañas y los arroyos sin responder ante nadie. O podían encontrar un prado iluminado por el sol en el que tumbarse en la hierba y ver pasar las horas con un cielo tan cercano que Sissi anhelaba estirar los brazos y coger un trocito de su inmensidad azul.

—A Bummerl le encantarían esos campos. —Sissi pensó en el caballo que había dejado en Possi y sintió una punzada de nostalgia por su hogar—. Nos perderíamos en ellos durante horas. —Ni su madre ni su hermana dijeron nada—. Mamá, ¿podré montar a caballo en Viena? —preguntó Sissi.

—No lo sé, Sissi. —La duquesa contestó quitando importancia al asunto, con la cabeza apoyada en el panel acolchado del carruaje—. Supongo que estarás demasiado ocupada para pensar en tus actividades lúdicas. Tendrás que conocer a toda la corte y habrás de aprender unas normas de protocolo que te llevarán años. ¿Crees que a la nobleza austríaca le importa que montes a caballo? No. Esperan recibir a una dama bien educada y con modales exquisitos. Tu hermana y tú debéis preocuparos por aprender las costumbres de los Habsburgo.

—No sé cómo voy a soportarlo si no puedo montar a caballo —pensó Sissi en voz alta. Pero fue un error decirlo, y lo supo de inmediato al ver que su madre abría los ojos de repente.

—Harás lo que se espera de ti —masculló Ludovica.

—Mamá... —se quejó Sissi, sorprendida por la repentina irritabilidad de la duquesa.

Su madre suspiró a modo de respuesta y cerró los ojos una vez más. Un tenso silencio viajó con ellas en el carruaje.

A la postre la duquesa volvió a hablar.

—Lo siento, Sissi. Es que... En fin, temo que... —Titubeó antes de decir —: Ojalá que las dos triunféis.

Sissi meditó esas palabras. ¿Cuán distinta iba a ser la vida en la corte? Al

fin y al cabo, eran hijas de un duque. Y además, la preocupación tan patente de su madre no ayudaría a Elena a ganar confianza antes del importante encuentro con su novio. Con más seguridad de la que sentía en ese momento, Sissi dijo:

—No te preocupes, mamá. Por supuesto que triunfaremos. —Clavó la mirada con expresión decidida en los ojos de su hermana, como si intentase convencer a Elena de lo inevitable de su comentario—. Además, como has dicho, contaremos con la ayuda de la tía Sofía.

La duquesa abrió los ojos en ese momento, y la mirada dubitativa que dirigió a su hija no le ofreció consuelo alguno.

—Ojalá que contemos con la ayuda de Sofía —se limitó a decir.

Sissi sintió pena de su madre porque sabía que la gran preocupación de la duquesa era el bienestar de sus dos hijas. La alegría que Ludovica experimentó al recibir la invitación a la corte se había desinflado a lo largo del último mes, hasta quedar reemplazada por una lengua afilada y una mirada inquisitiva. El comportamiento de Sissi y de Elena que hasta el momento habían permitido, incluso esperado, parecía provocar a esas alturas unas duras regañinas. Como cuando, durante el viaje, Sissi se había bajado del carruaje para ayudar al mozo a dar agua a los caballos y se había manchado el vestido sin querer.

«¡No puedes dar de beber a los caballos como un mozo de cuadra!», fue la última de una larga letanía de reproches y sermones que no se había esperado.

«No replicarás a tu tía cuando Sofía te hable.»

«No correrás por los pasillos de palacio como un rufián salvaje.»

«No aparecerás a la hora de la cena sucia como una campesina.»

La duquesa, que solía ser muy comedida, parecía enfrentarse a un miedo atávico en lo referente a su hija mayor. Unos días antes de que se marcharan de Possenhofen, Sissi oyó sin pretenderlo una conversación que sus padres mantenían en el gabinete del duque.

—Pero ¿y si dicen algo que lo ofenda sin querer? O, peor todavía, ¿y si dicen algo que ofenda a Sofía? No tienen ni idea de lo estricto que es el protocolo en la corte.

—No son granjeras, Ludovica, son unas muchachas muy agradables —repuso el duque—. Y de linaje noble, por cierto.

—Sí, pero son muy ingenuas, Max. En vez de hacer que tomen lecciones de idiomas y de baile, hemos permitido que monten a caballo en los prados y que pesquen en el lago. —Ludovica, que se paseaba por el atestado gabinete, habló con un tono de urgencia que Sissi casi nunca había oído en la voz

imperiosa de su madre—. Apenas han visto el mundo que hay más allá de Possenhofen. Sofía las manejará a su antojo en menos de media hora.

—Eso es justo lo que tu hermana desea. —El duque se encogió de hombros y posó la vista en el fuego con gesto cansado—. Sofía quiere una esposa para su hijo a la que pueda controlar. Creerá que la ingenuidad de Elena es algo positivo, que es algo que puede utilizar para sus fines.

Ludovica sopesó sus palabras sumida en un silencio pensativo. A la postre suspiró y dijo:

—Max, empiezo a creer que no es lo más satisfactorio que puede pasarle a nuestra hija. Tal vez la hayamos tomado por una oportunidad mejor de lo que es en realidad, sin tener en cuenta lo que semejante futuro significará para Elena. Y para Sissi.

Sissi se tensó al oír su nombre, pues percibió verdadero pánico en la voz de su madre en ese momento. Se pegó más a la puerta del gabinete.

—Me estremezco al pensar en la llegada de Sissi a la corte. Si es solo una niña... Y una niña muy activa y libre. Si apenas es capaz de decir una frase entera en francés. Y jamás ha bailado con nadie a excepción de su tutor.

Sissi se mordió el labio, molesta por esos comentarios. Era joven, sí. Y lo que su madre decía no era mentira. Pero seguro que no sería un auténtico fracaso. De hecho, decidió en ese preciso instante demostrar a su madre que se equivocaba.

—No se puede decir que no cuando la Madre Imperial aparece y te pide la mano de tu hija en matrimonio —replicó el duque—. No les pasará nada.

—Max, descubrimos muchos agravios en nuestros padres a lo largo de los años. Unirnos en este... matrimonio. Sé muy bien que estabas enamorado de otra. Y tú sabes muy bien que yo sentía mucha nostalgia y que lloraba todos los días. Me pregunto si no estaremos haciendo con nuestras hijas lo que hicieron con nosotros.

Sissi fue incapaz de contenerse y asomó la cabeza por la puerta, ansiosa por ver la respuesta de su padre a tan abierta y sincera pregunta.

—¿Qué alternativa tenemos? —El duque se encogió de hombros y dio una honda calada a su pipa—. Cuando se tienen hijas y un título es lo que se hace.

Sissi se quedó allí, en el vano de la puerta, mientras los segundos pasaban y sus padres permanecían sentados junto al fuego que se apagaba. Al cabo de un rato su madre dijo:

—Voy a echarlas mucho de menos. Ojalá pudiéramos quedarnos con Sissi unos cuantos años más. Solo es una niña.

—Yo también las echaré de menos —replicó el duque con un suspiro, y



Sissi se sorprendió, incluso se emocionó, al oír la confesión—. Pero es lo mejor para ellas. Debemos intentar alegrarnos por esta oportunidad.

La duquesa, que seguía sentada en el brazo del sillón de cuero de su marido, guardó silencio.

—A Elena le irá mejor de lo que crees, Ludovica. Y Sissi se ocupará de ella. Es muy lista. Tal vez esté un poco asilvestrada, en eso tienes razón. Pero Sofía la controlará. Para Sissi será un bautismo de fuego, así lo veo yo.



Se corrió la voz como la pólvora, como suelen difundirse los rumores en las aldeas, y toda la gente salió a la calle para verlas marchar. Algunos de los campesinos y de los habitantes del pueblo sonrieron, otros lloraron, pero todos bendijeron a las mujeres Wittelsbach con sus oraciones mientras agitaban pequeñas banderas azules y blancas, los colores de Baviera.

Sissi, cuyos baúles se habían cargado en el segundo carruaje, abrazó a su padre y a sus hermanas menores, ya que no sabía cuánto tiempo iba a pasar hasta verlos de nuevo.

—Vas a ganarte a toda la corte, Sissi. —El duque estrechó a su hija contra su pecho largamente, como no había hecho jamás. Tal vez la abrazara así cuando era niña, pero había pasado demasiado tiempo para que Sissi lo recordase. Al percibir que sus sentimientos eran sinceros y cálidos, sintió que su cuerpo se plegaba a aquel abrazo. De repente, en un gesto poco frecuente en ella, devolvió el abrazo a su padre mientras deseaba que no la soltase nunca—. No sé qué voy a hacer sin ti aquí, mi pequeña salvaje —dijo él, y se le quebró la voz.

—Ay, papá. —Sissi rompió a llorar y apoyó la cabeza en el hombro del duque—. Por favor, cuida de Bummerl por mí, ¿quieres? Y cuando María sea lo bastante mayor para montar, puede quedárselo como su caballo.

—Eso es, niña. —El duque le dio unas palmaditas en su larga melena. Por primera vez desde hacía mucho tenía los ojos brillantes por las lágrimas, no por el alcohol—. Demuestra a esos Habsburgo cómo montar los sementales que tienen en las caballerizas reales.

—Te echaré de menos, papá. —Sissi le cogió la mano y miró esos ojos de color avellana que siempre le habían dicho que ella había heredado—. Haz el favor de cuidarte, papá, ¿sí?

El duque entornó los párpados y asintió con la cabeza.

—¿Lo prometes, papá? —Le dio un apretón en la mano.

—Prometo que lo intentaré. —Cuando volvió a mirarla había recuperado

la compostura—. Tú recuerda una cosa: la casa de los Wittelsbach es un linaje muy digno. No tienes nada por lo que sentirte inferior delante de esos austríacos, ¿entendido?

—Sí, papá. —Sissi le apretó la mano con más fuerza, reacia a soltársela.

Fue el duque quien dio por terminada la despedida.

—Vete ya, niña. Vete y haz que tu viejo padre se sienta orgulloso. Sé que lo conseguirás.

—Adiós, pequeño Max. —Sissi besó las regordetas mejillas de su hermanito—. Y también a vosotras, María, Matilde y Sofía Carlota. —Besó a cada una de las niñas y les acarició el suave y sedoso pelo—. Cuando vuelva a veros es posible que ni me recordéis. —Se limpió una lágrima de la mejilla con la esperanza de que su tristeza no aumentara el miedo de Elena.

Cuando se acercó a Carlos para despedirse, él la abrazó. Sorprendida por ese gesto de amor fraternal, lo rodeó con los brazos.

—Adiós, Gackl —dijo—. Cuida de papá mientras mamá está con nosotras.

—No tendré que cuidarlo mucho tiempo —le susurró él al oído—. Volverás antes de que los granjeros hayan terminado con la cosecha de otoño.

Eso era más propio del Carlos que ella conocía. Revitalizada por su desafío, Sissi enderezó los hombros y ladeó la cabeza.

—¿Por qué lo dices?

Carlos miró de reojo a su hermana Elena antes de volver a mirar a Sissi.

—En cuanto el emperador eche un vistazo a la hogareña y llorosa novia que su mamá le ha escogido os mandará de vuelta a Baviera.

En todo caso, la pulla solo afianzó la determinación de Sissi de conseguir el éxito para su hermana y para ella. Carlos no tendría la satisfacción de regodearse con su fracaso. No, no volverían al castillo de Possenhofen, se juró Sissi, a menos que fuera en el carruaje real, con el blasón imperial de los Habsburgo.



—¡Niñas, mirad! Ahí está el río. —La duquesa señaló por la ventanilla del carruaje hacia un bosquecillo de frondosos árboles. La vista del río Traun indicaba que se aproximaban a las afueras de la ciudad alpina de Bad Ischl, donde la corte imperial pasaba los veranos. El carruaje había empezado el descenso hacia el valle—. Las aguas de Bad Ischl son terapéuticas. —Ludovica observaba la corriente que bajaba, lenta, junto al camino—. Por eso Francisco lo escogió como residencia veraniega. ¿No sería estupendo que

tuviéramos tiempo para tomar las aguas? Ahora mismo nos vendría muy bien un refrigerio.

El carruaje siguió avanzando con decisión por el estrecho paso de montaña, internándose despacio en un valle flanqueado por todos lados por escarpadas cumbres verdes. El paisaje se fue ensanchando a medida que el carruaje las conducía a la amplia olla del poblado valle situado más abajo. Elena, que no había hablado desde su frugal desayuno, miró por la ventanilla.

—Todavía no hemos llegado, ¿verdad, mamá?

—Estamos cerca, cariño. Nos encontramos en las afueras de la ciudad. — La duquesa señaló un punto más adelante del camino, donde las siluetas de los edificios de caliza amarilla se agolpaban en el valle como ramilletes de *edelweiss*, la flor de las nieves—. Ahí tenéis Bad Ischl. La ciudad de montaña digna de un emperador —murmuró la duquesa con la vista clavada en la población mientras se aproximaban.

Empezaban a distinguirse con nitidez los edificios, y Sissi atisbó la aguja de una iglesia que se elevaba por encima de las demás estructuras y que perforaba el cielo azul como un delgadísimo dedo de piedra.

Más adelante, a un lado del camino, se alzaba un sencillo edificio de caliza, quizá una taberna o una especie de cafetería.

—¡Detened el carruaje! —gritó Ludovica por la ventanilla para hacerse oír por encima de los cascotes de los caballos y del traqueteo de las ruedas. El cochero obedeció. El lejano trino de los pájaros, mezclado con el leve borboteo del río Traun, llenó el silencio que las rodeaba—. Nos cambiaremos de ropa en esta taberna, niñas, así estaremos preparadas para presentarnos en la residencia imperial.

—Me muero por deshacerme del luto —admitió Sissi, que ya se estaba quitando la cofia negra con la que había viajado. Sacudió la cabeza para soltarse la melena—. El negro es agobiante con tanto calor. Y muy soso... Quiero ponerme mi vestido más colorido.

—No seas descarada, Isabel. —La mirada de reprobación que su madre le dirigió indicó a Sissi que había molestado a la duquesa una vez más.

La puerta del carruaje se abrió y el mozo extendió el brazo para ayudar a las damas a salir a la soleada tarde.

—Hans, ¿dónde está el otro carruaje?

La duquesa, que fue la primera en salir, miró al cochero antes de desviar la vista hacia el desierto camino de montaña. Cerca, un hombre bajo y bastante corpulento salió de la taberna, intrigado por los recién llegados.

Cuando Sissi se apeó del carruaje y se situó junto a su madre se dio cuenta

de que el segundo carruaje, en el que viajaba Ágata con el equipaje, no estaba a la vista.

—Permítame, señorita. —El cochero, Hans, sujetó la mano de Elena mientras la joven descendía del carruaje con delicadeza.

—¿Y bien, Hans? —Ludovica miró al cochero—. ¿Dónde está el segundo carruaje?

Hans agachó la mirada.

—Señora... Señora, hemos perdido a los demás.

—¿Que los has perdido? ¿Qué quieres decir con eso de que los has perdido? —La duquesa, pese al dolor de cabeza, pareció muy alerta de repente, más alerta de lo que Sissi la había visto en la vida. Miró de reojo al tabernero antes de mirar de nuevo al cochero—. ¿Qué quieres decir, Hans? ¿Cómo?

—Nos hemos separado, duquesa Ludovica.

—Hans, dime, por favor, cómo se puede perder de vista un carruaje enorme tirado por cuatro caballos.

El cochero mantuvo la vista fija en el embarrado camino mientras contestaba:

—Verá, señora, nos hemos detenido tantas veces durante el trayecto... a causa del dolor de cabeza de Su Excelencia y demás. —Hans se metió las manos en los bolsillos de los pantalones.

—Eso no explica nada. ¿Dónde están nuestros vestidos?

—Parece ser que nos hemos distanciado hace poco, señora. Durante una de nuestras paradas imprevistas.

La duquesa masculló un juramento y empezó a caminar en círculos delante del carruaje. Miró una vez más a sus hijas, sus cuerpos fatigados por el viaje, vestidas con aquellas tristes ropas negras, y se le desencajó la cara.

—Pero no tiene que preocuparse, señora —continuó el cochero—. Estoy seguro de que los vestidos han llegado en perfectas condiciones al palacio.

—Sí, pero no los necesitamos en perfectas condiciones en palacio, ¡necesitamos llevarlos puestos cuando entremos en él! —La duquesa estaba furiosa. Miró al cochero y después a su hija mayor—. Elena, no llores. Ay, por favor, no llores. —Ludovica abrazó a su hija mientras le dirigía a Sissi una mirada, incapaz de disimular el pánico.

—Llevo semanas con este vestido, mamá. No puedo lucirlo cuando lo conozca.

—Estás preciosa, Elena.

—Tonterías, mamá.

—El emperador te elogiará por el hecho de llevar luto por un familiar fallecido. Y te encontrará recatada y humilde. ¿No es verdad, Sissi? — Ludovica miró a su hija menor con expresión inquieta.

—Cierto. —Sissi asintió con la cabeza y siguió el juego a su madre—. Nené, quiero que Francisco vea el alma buena y pura de mi hermana... no una cabeza y un cuello llenos de joyas.

—Exacto —convino la duquesa.

Sin embargo, Elena no estaba convencida. Con los ojos clavados en el suelo, gimió:

—Ay, ¿por qué tuve que ser la primera en nacer?

—Elena. —Ludovica, exasperada, agarró a su hija de los estrechos hombros—. No puedes cambiar el orden de tu nacimiento de la misma manera que no puedes cambiar la posición de las estrellas en el cielo. No debes lamentarte por algo semejante.

—Pero es tener muy mala suerte, mamá. No quiero ser emperatriz.

—Elena, ¿crees que me he pasado la vida quejándome porque mi hermana mayor se casara con un Habsburgo mientras que yo tuve que...? —Ludovica se interrumpió y miró a Sissi—. En fin, da igual. Lo que pretendo decir es que tenemos que vivir la vida que nos ha tocado. Y tenemos que vivirla plenamente.

—No estoy preparada para la vida que me habéis elegido —dijo Elena al tiempo que levantaba la barbilla—. Ojalá hubieras mentido y hubieras dicho que Sissi era la mayor.

Sissi intercambió una mirada con su madre por encima de la cabeza de Nené. Había algo peor que el ceño fruncido de Elena y su ropa tan poco favorecedora y deprimente: si su hermana seguía con ese estado de ánimo tan abatido, Sissi estaba segura de que Francisco se fijaría en otra.



Las campanas de la iglesia repicaron tres veces mientras el carruaje recorría las calles adoquinadas de la ciudad, marcando la hora como si quisieran dar la bienvenida a Bad Ischl a la duquesa y a sus hijas.

La población era un hervidero de actividad y estaba abarrotada con la llegada de austríacos que la habían tomado con la esperanza de ver al emperador. Desde luego, estaba mucho más llena que la pequeña y adormilada plaza de Possenhofen. A través de las ventanillas del carruaje Sissi vio las hileras de pulcras tiendecitas pintadas en alegres tonos blancos y amarillos. Las *hausfraus* gritaban a los niños pequeños mientras cruzaban las

calles, con los brazos cargados de hogazas de pan, trozos de carne y fruta fresca, que aún conservaba el calor del sol estival. Los chiquillos, con las mejillas sonrosadas y ataviados con petos cortos, se internaban entre los carruajes y los caballos, más preocupados por los escaparates de las tiendas de caramelos que por los gritos de sus madres o los cascos de los caballos que deambulaban a su alrededor.

—Ya estamos cerca. —La duquesa observó la escena a través de la ventanilla mientras se apretaba con fuerza las manos en el regazo—. Elena, cuando lleguemos tienes que sonreír. Sobre todo cuando te reúnas con Francisco, ¿entendido?

Elena asintió con la cabeza una sola vez. Un gesto dubitativo que no aseguraba nada.

El carruaje dejó atrás la explanada principal, y el tráfico disminuyó y los edificios pasaron de ser tiendas a residencias particulares. Casas modestas flanqueaban el camino adoquinado, con las ventanas entreabiertas y los muros pintados en tonos claros y cubiertos por hiedra trepadora. El sol vespertino se encontraba muy alto en el cielo y se derramaba sobre los residentes que estaban sentados en las entradas, delante de las jardineras cuajadas de flores y las cortinas corridas. Observaron el paso del modesto carruaje con poco interés.

Una recia verja de hierro forjado las aguardaba al final de la explanada. Si bien los habitantes del pueblo no habían reparado demasiado en el paso del carruaje de Sissi, la docena de guardias imperiales armados apostados en la verja sí que lo hicieron.

La *Kaiservilla*, el palacio imperial, era un extenso complejo apartado de la explanada principal, emplazado justo donde la ciudad se internaba en la espesura alpina. El conjunto abrazaba la base de las escarpadas montañas que enmarcaban el valle por un costado antes de descender con una suave pendiente hacia las orillas del río Traun por el otro. La estructura principal de la *Kaiservilla*, una edificación de piedra caliza de color crema, había sido el hogar de un aristócrata, diseñada con el estilo neoclásico tan popular.

La duquesa explicó a Sissi que cuando el joven emperador visitó las aguas termales de la ciudad por primera vez aseguró que el lugar era «el paraíso terrenal». Al oír el comentario de su hijo, Sofía se apresuró a comprar la casa más grande de toda la zona y trasladó la corte a ese lugar para pasar los meses más calurosos del año, a fin de disfrutar de las aguas termales y del limpio aire de montaña en vez de sufrir el hedor de Viena y la amenaza de las fiebres.

—Ya hemos llegado, niñas. —Ludovica apenas había pronunciado esas palabras cuando el carruaje se detuvo delante de la verja.

Sissi observó a los guardias con sus uniformes blancos, almidonados hasta lo indecible y adornados con seda roja y dorada. «Resulta increíble tener a un grupo de soldados siempre apostados delante de tu puerta», pensó. ¿Había que pedirles permiso cada vez que se quisiera entrar o salir de casa?

Tras lanzar una orden seca a Hans, el cochero, un guardia con mostacho se acercó al carruaje y observó a través de la ventanilla a las tres mujeres, cansadas por el viaje, que estaban sentadas al otro lado.

—¿Me permiten? —Con un gesto de la mano enguantada indicó que quería abrir la portezuela.

Ludovica asintió con la cabeza.

—Buenos días. —La madre de Sissi se irguió en el asiento cuando el guardia abrió la portezuela y alzó la barbilla.

Sissi se maravilló por el aura de autoridad con la que su madre se había envuelto de repente, como si la ansiedad de los días previos, de esas últimas horas, fuera una capa molesta de la que la duquesa se hubiera deshecho en ese momento.

—Soy la duquesa Ludovica de Baviera, de la casa de Wittelsbach, hermana de la archiduquesa de Austria, Sofía de Habsburgo-Lorena. Mis dos hijas, Sus Altezas Reales de Baviera, me acompañan por invitación especial de Su Majestad Imperial, el emperador Francisco José, y de su madre, la archiduquesa Sofía.

—Alteza Real. —El joven soldado saludó, cuadrándose—. Las estábamos esperando.

—Si no le importa... —Ludovica levantó una mano, como si se le acabara de ocurrir algo—. ¿Ha llegado nuestro otro carruaje ya?

El guardia asintió con la cabeza.

—Sí, hace menos de una hora, alteza.

—Condúzcanos hasta él —indicó la duquesa, con voz más animada mientras miraba a Sissi y a Elena—. Contiene nuestros baúles y tenemos que cambiarnos antes de entrar en el palacio.

El guardia alzó la mano enguantada y habló con voz formal, pero no cedió.

—Lo siento, duquesa Ludovica. Tenemos órdenes de dirigirlas inmediatamente al vestíbulo principal, donde Su Alteza Imperial la archiduquesa Sofía espera su llegada. —Acto seguido miró al cochero, le hizo un gesto seco con la barbilla y retrocedió—. ¡Adelante!

Ludovica frunció el ceño y susurró a sus hijas mientras la portezuela se cerraba y el carruaje entraba en la propiedad:

—Lo he intentado.

Los cascos de los caballos resonaron en el patio empedrado mientras los muros que rodeaban las dependencias del palacio envolvían el carruaje, proporcionándoles un frío abrazo de piedra caliza y ladrillo. Aunque la propiedad era bastante espaciosa, Sissi comprobó con cierta sorpresa que no era más grande que el castillo de Possenhofen.

Claro que no era el tamaño de la edificación lo que importaba. Sissi percibió, nada más traspasar la verja de hierro, la presencia imperial. Los numerosos e intangibles indicios del poder de Francisco José flotaban allí como la niebla o como una sombra que lo envolvía todo. Era algo difícil de expresar con palabras, pero imposible de negar. Las banderas de los numerosos reinos de Francisco José colgaban de la fachada principal: Austria, Hungría, Croacia, Bohemia, Véneto, Lombardía y Galitzia. Grupos de soldados, erguidos con sus uniformes rojos y blancos, marchaban con paso firme para cumplir varios recados por toda la propiedad. Parecía más una ciudad en miniatura que el hogar de un hombre. Los criados se afanaban en sus labores, los perros ladraban, los secretarios y los asistentes deambulaban por el patio inmersos en sus quehaceres. Se respiraba un ambiente bullicioso tanto allí como en los edificios que lo flanqueaban, recordando al visitante que esa remota población asentada en las montañas se había convertido de repente en el centro del imperio... y todo porque una persona se encontraba en ese lugar.

Y ellas también habían acudido allí por un asunto relacionado con el emperador. La persona que regía todo aquello había ordenado que una muchacha y su familia recorrieran los azarosos caminos desde Baviera hasta Bad Ischl para ir a verlo, y que la joven se dispusiera a casarse con un desconocido. Y lo habían obedecido. Desde luego, no porque el niño tímido y pelirrojo que fue hacía años se hubiera convertido en alguien lo bastante poderoso para imponerles a cualquiera de ellas su destino, sino porque la posición que ocupaba le otorgaba una autoridad sobrenatural. Y Elena, su novia, alcanzaría ese mismo estatus de deidad. La magnitud del nuevo papel de su hermana abrumó a Sissi de repente y se quedó callada, sobrecogida por el espectro del poder imperial.

Los caballos relincharon y el carruaje se detuvo, indicando así el final de su viaje y el comienzo de su tarea.

—Muy bien, niñas, ya hemos llegado. —La duquesa parecía haberse



desprendido de la espantosa migraña, ya que en ese momento estaba sentada muy derecha y hablaba con frases cortas y tajantes—. Ya habéis oído al guardia: Sofía... la archiduquesa nos espera. —Ludovica se apeó. Al ver que sus hijas no la seguían, aguardó—. Vamos. ¿Elena?

La aludida permaneció sentada.

—Madre, no puedo...

—Pero tienes que hacerlo. Vamos.

Elena meneó la cabeza, pero el resto de su cuerpo permaneció inmóvil.

—Has venido para ver a tu primo Francisco y a tu tía Sofía —dijo la duquesa con un suspiro impaciente—. Piensa en ellos de esa forma.

—Sí, a mi primo y a mi tía, que da la casualidad de que son el emperador y la archiduquesa de Austria.

Ludovica echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que nadie estaba escuchando antes de inclinarse hacia delante y susurrar dentro del carruaje:

—Elena, te han elegido. Tú eres su invitada y estás aquí en respuesta a su invitación. Tienes más derecho a estar en este lugar que cualquier otra persona de este recinto.

Elena cerró los ojos y meneó la cabeza una vez más. La protesta más tímida y recatada de todas.

—Elena, hemos llegado hasta aquí. Vas a hacerlo. —La duquesa volvió a mirar por encima de su hombro y saludó con una sonrisa seca a un asistente que pasaba por allí y que llevaba la chaqueta adornada con el blasón dorado de un águila de dos cabezas. Sissi supuso que era el blasón de los Habsburgo.

—Nené. —Sissi le cogió la mano a su hermana—. Estaremos juntas.

Elena se aferró a su mano con los dedos helados, y con más fuerza de la habitual.

—No me dejes, Sissi.

—No lo haré. —La muchacha le devolvió el apretón en silenciosa respuesta—. Ahora, vayamos a conocer a tu prometido, Nené.

—Eso es algo que debe cambiar, niñas. —Ludovica se inclinó un poco más y susurró para que un guardia que pasaba junto a ellas no la oyera—: Se acabó lo de Nené y lo de Sissi. A partir de ahora sois Elena e Isabel, hijas del duque bávaro Maximiliano, de la casa de Wittelsbach.

—¿De verdad, mamá? —preguntó Sissi al tiempo que bajaba del carruaje y tiraba de su hermana—. ¿Ni cuando estemos a solas? Parece un poco...

—Sí, ni cuando estemos a solas, Isabel —masculló Ludovica. Pero más hiriente que su tono fue la mirada que dirigió a su hija menor—. Y no

avergonzarás a nuestra familia al discutir con tus mayores, ¿entendido? —Se atusó las faldas con un movimiento impaciente y tenso, en un intento inútil por alisarse las arrugas producidas tras varios días de viaje.

En cuanto a Sissi, se quedó callada de la impresión y solo atinó a responder con un débil gesto de la cabeza.

—Ahora sois dos jóvenes duquesas en la corte imperial y debéis comportaros como merece vuestra posición. Eso quiere decir que se acabaron los apodos infantiles —zanjó Ludovica con voz seria, secamente, pero Sissi creyó percibir un atisbo de tristeza en los ojos de su madre—. Y también quiere decir que se acabaron los lloriqueos, Elena. Y las réplicas, Isabel, y mucho menos a tu tía Sofía. ¿Me he explicado con claridad?

—Sí, mamá —contestaron ellas al unísono.

—Bien. —La duquesa asintió con la cabeza—. Ahora... no debemos hacer esperar al emperador. Estoy segura de que está ansioso por conocer a su novia.



El guardia de la entrada cerró la puerta tras ellas y las dejó en un vestíbulo fresco de techos altos. Sissi entrecerró los ojos para adaptarse a la oscuridad de la estancia tras el brillante sol del exterior. El bullicio de los patios quedaba amortiguado por los gruesos muros del palacio, y se mantuvieron en silencio un momento. Formaban un trío titubeante que no sabía cómo proceder.

Un criado con peluca se adelantó y sobresaltó a Sissi con su voz estentórea.

—Duquesa Ludovica —dijo con una reverencia—. Por favor, si Su Alteza y sus hijas tienen la amabilidad de acompañarme...

Sin pronunciar una sola palabra, el trío siguió al criado a través del vestíbulo. A continuación llegaron a lo que parecía una sala de recepción, con las paredes de color crema, desnudas salvo por las mismas banderas que Sissi había visto a su llegada, las insignias de los numerosos reinos del imperio de Francisco José.

Abandonaron esa estancia a través de una puerta muy alta y, de inmediato, llegaron a una sala mucho más pequeña. La habitación era muy luminosa gracias a una pared cuajada de ventanales del suelo al techo. Sissi parpadeó, ya que sus ojos se habían acostumbrado al oscuro y fresco pasillo.

—Alteza Imperial, archiduquesa Sofía... Su Alteza, la duquesa Ludovica Guillermina, esposa del duque Maximiliano de Baviera, de la casa de

Wittelsbach.

Sissi dirigió la mirada hacia el criado que acababa de hablar y reparó en la figura de su tía. Sofía estaba sentada a una mesita, con un hombre a cada lado. Los tres rostros estaban iluminados por los rayos del sol vespertino que se filtraban por las cristaleras y por los ventanales. Los acompañantes masculinos de la archiduquesa, uno bastante joven y otro de más edad, debían de ser un soldado y un ministro, supuso Sissi. Había más personas en la estancia. La mirada de la muchacha se trasladó hasta el siguiente rincón, donde, apartada de las personas sentadas, vio a una mujer canosa de pie, con la tez cenicienta y una expresión avinagrada. A diferencia de los criados con peluca que había diseminados por la estancia y que mantenían la vista gacha y una cara inexpresiva, la mujer canosa observaba a las tres bávaras recién llegadas sin disimulo, y alcanzó su veredicto con los dientes apretados y una mirada recelosa. ¿Quién era?, se preguntó Sissi.

La joven se fijó acto seguido en su tía, que miraba al trío con expresión inquisitiva, curiosa, pero no encantada. Tras la presentación del secretario, Ludovica dio un paso hacia delante, se recogió las faldas y realizó una profunda genuflexión con una elegancia que sorprendió a Sissi.

—Y sus hijas. —El criado, que parecía no saber muy bien quién era quién, les hizo un gesto para que se adelantaran a la par—. Sus Altezas Elena Carolina Teresa e Isabel Amalia Eugenia, duquesas de Baviera, de la casa de Wittelsbach.

Ambas siguieron el ejemplo de su madre y realizaron una genuflexión. A Sissi le resultó raro, incluso un poco gracioso, que se refirieran a ella con una retahíla de nombres tan rimbombantes.

Un gesto casi imperceptible del índice de Sofía les indicó que podían entrar en la estancia y acercarse a la mesa donde se encontraba. Con la duquesa al frente, las tres atravesaron el vano de la puerta y se acercaron a Sofía.

—Despacio, niñas —susurró Ludovica entre Elena y Sissi—. Cabezas gachas —les recordó.

Sin embargo, Sissi no resistió la tentación de dirigir una mirada a la figura a la que se acercaban. La archiduquesa era tal cual la recordaba: una versión de su madre con facciones más marcadas. Como en el caso de Ludovica, dos tirabuzones enmarcaban el rostro de Sofía. Su tía tenía el pelo castaño claro con algunos mechones grisáceos y lo llevaba recogido en un moño bajo, en la nuca.

El vestido de color salmón de Sofía se extendía sobre un amplio

miriñaque; los pendientes de esmeraldas se mecieron junto a sus mejillas, sonrosadas con unos toques de colorete, cuando movió la cabeza de un lado a otro mientras observaba a cada una de sus visitantes. Tenía unos ojos pequeños que parecían más penetrantes y menos dispuestos a la risa que los de Ludovica.

Sofía debía hablar en primer lugar, en opinión de Ludovica, pero la mujer no parecía tener prisa por romper el silencio, de modo que solo se oyó en la estancia el sonido de los tacones de las recién llegadas al cruzar el suelo de mármol. Las tres se detuvieron a varios metros de su anfitriona. Sissi estaba lo bastante cerca para percibir el perfume de Sofía, una potente mezcla de aromas florales dulzones. Desde tan corta distancia, Sissi se percató de que su tía era más corpulenta que su madre en las caderas y en el pecho, seguramente por los banquetes imperiales de los que disfrutaba con su hijo. De hecho, la mesa a la que se sentaba estaba llena de teteras, galletas, pasteles en miniatura y bandejas con frutos secos y fruta. En ese momento Sissi fue consciente del hambre que tenía después de haber pasado tantas horas viajando.

Un perrito con el pelaje de color crema y tupido observaba con gesto altivo a las tres visitantes calladas desde su puesto delante del servicio del té, sentado en el regazo de la madre del emperador. Los dedos de Sofía, llenos de anillos, lo acariciaban y en un momento dado levantó al animal para susurrarle alguna tontería cariñosa, acercando los labios a una de sus orejas puntiagudas.

Ludovica carraspeó, y Sofía hizo que el perro volviera a mirarla de nuevo.

—Así que las bávaras han llegado. —Dado que el comentario no les daba opción a réplica, las tres visitantes permanecieron en silencio—. ¿Qué ocurre? —añadió—. Ludovica, ¿te interesan tanto los suelos de mi palacio que ya ni miras a tu hermana mayor?

Al oírlo, Ludovica alzó la vista y miró a Sofía con una sonrisa.

—Hola, Sofía. Me alegro de verte.

—Hola, Ludie. Yo también me alegro de verte. Empezaba a creer que no me habías reconocido de lo oronda que estoy por culpa de los cocineros imperiales.

Y tras ese comentario, Ludovica soltó una carcajada, se acercó a la silla de su hermana y extendió los brazos en un saludo que era mitad reverencia y mitad abrazo. Las dos mujeres se unieron en aquella muestra de afecto, que sirvió para tranquilizar los alterados nervios de Sissi. Solo esperaba que tuviera el mismo efecto en Elena.

¿Harían lo mismo Nené y ella algún día?, se preguntó Sissi. ¿Serían dos hermanas que se reunían como dos desconocidas tras décadas de distanciamiento? ¿Las separarían hijos, maridos y tierras distintas como si nunca hubieran compartido de niñas una cama, ni conversaciones nocturnas ni un hogar? No, decidió Sissi. Elena nunca se volvería tan distante. Jamás se convertiría en una mujer capaz de usar su autoridad y su poder como un promontorio desde el que mirar con superioridad su vida anterior. Y Sissi nunca permitiría que pasaran demasiado tiempo sin verse.

Sissi empleó la distracción del abrazo para observar con más detenimiento a su alrededor. Los dos hombres que flanqueaban a su tía se habían puesto en pie al entrar las damas. Por un lado estaba el mayor de los dos, un caballero con peluca que lucía un traje de color gris perla y unos tirabuzones blancos. Sissi se reafirmó en su suposición de que debía de ser algún ministro de algo. No observaba la reunión que tenía lugar delante de él, sino que mantenía la vista clavada en la mesa con una expresión altiva y desinteresada. Al otro lado de Sofía se encontraba un hombre de menor edad con uniforme militar de gala. Sería un ayudante militar o un consejero, volvió a pensar Sissi, si bien, a juzgar por su aspecto, bastante joven. Joven y muy apuesto. Tenía los ojos claros, el pelo castaño rojizo un poco ondulado y un fino bigote. Era de complexión delgada, pero Sissi reconoció para sí que estaba arrebatador con su uniforme blanco y rojo con galones dorados. El joven oficial levantó la vista y pilló a Sissi observándolo. A toda prisa, ella apartó la mirada, pero no antes de que el rubor tiñera sus mejillas. Ay, tendría que cuidarse mucho en la corte, ¡expuesta de repente a tantos hombres guapos! No, no podía permitirse distraerse con el ayudante militar de la tía Sofía ni con ningún otro caballero cuando tenía que ocuparse de que Elena llegara a ser la esposa del emperador.

Las dos hermanas dieron por finalizado el abrazo. Sissi reparó en que ambas tenían las mejillas húmedas por las lágrimas, aunque Sofía se las secó enseguida y volvió a sentarse.

—En fin, Ludovica, apártate para que pueda ver a tus preciosas hijas. —El frío acerbo de la autoridad de Sofía se había suavizado un poco por la demostración de afecto filial. Pero una sequedad intangible seguía impregnando su serio rostro.

—Por supuesto, Sofía. Te...

—Vaya, vaya, ¿ahora te tomas la libertad de olvidar mi tratamiento real? —La archiduquesa ladeó la cabeza y clavó en su hermana menor una mirada inquisitiva al tiempo que torcía el gesto—. ¿Ya te sientes tan a gusto?

—Ah. —Ludovica carraspeó—. ¿Tengo... tengo que llamarte...?

—Solo era una broma —respondió Sofía con un movimiento de la mano, como si estuviera espantando una mosca—. Una chanza.

Pero ¿lo era?, se preguntó Sissi.

—Apártate, Ludovica.

—Sí, por supuesto. —Ludovica retrocedió, como una yegua inquieta que no comprendiera del todo las órdenes de su adiestrador y temiera el látigo. En ese momento y por primera vez, la mirada de la tía Sofía se posó en sus sobrinas—. Ludovica —dijo con los ojos entrecerrados—, ¿por qué van de luto?

Lo que sucedió a continuación fue un intercambio rápido de miradas, del que Sissi no se habría percatado de no estar observando a su tía con atención. Sofía miró de soslayo al joven que tenía al lado, al oficial, como si le preguntase algo. Una comunicación silenciosa. Y, de repente, se volvió de nuevo hacia Ludovica con expresión fría y crítica.

—¿Por qué no os habéis quitado el espantoso luto, Ludovica? —Sofía cruzó los brazos por delante del pecho.

—Era nuestra intención, Sofía. De verdad que sí. Pero resulta que...

—Deberíais haberos cambiado en el camino.

—Lo intentamos, Sofía. Pero el carruaje que traía nuestros baúles se adelantó.

—Has pecado de falta de previsión.

—Y cuando llegamos aquí, nos hicieron pasar al palacio inmediatamente.

—Para un encuentro semejante, deberías haberte preparado mejor.

Para la absoluta sorpresa de Sissi, su madre guardó silencio al oír la regañina de Sofía. A la postre, Sofía suspiró.

—Es una suerte que cuenten con su juventud y su belleza como carta de presentación —continuó Sofía, que hablaba de sus sobrinas como si no estuvieran presentes—. Deja que lo adivine: ¿es la mayor, Elena? Veo el gran parecido familiar. Es una belleza.

—No, Sofía, esa es mi hija menor, Sissi... Quiero decir Isabel —se corrigió Ludovica, que se colocó delante de Sissi y le puso las manos a Elena sobre los hombros—. Esta es nuestra Elena. Nuestra dulce, amable y obediente Elena, nuestra hija mayor.

—Ah... —Sofía apartó la vista de Sissi para fijarla en Elena, y se detuvo un instante para asimilar su error—. ¡Ah! ¿Esa es Elena? —preguntó, como si quisiera que la corrigiesen. Cuando Ludovica asintió con la cabeza, el suspiro de Sofía fue evidente. Un suspiro de... ¿De qué? ¿De decepción?—. No lo habría adivinado en la vida. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que

os vi, niñas. —Sofía escudriñó a Elena sin el menor reparo, como inspeccionaría a un caballo que pensaba comprar para las caballerizas imperiales—. Pero pareces... No sé... Más joven que la otra.

Ludovica movió los pies mientras se devanaba los sesos en busca de una respuesta que resaltara la elegancia y la feminidad de la delgada figura de Elena. Tanto esta como Sissi habían bajado la mirada, de modo que parecían absortas en los bajos de sus vestidos negros.

—¿Qué diferencia de edad hay entre ellas? —preguntó Sofía.

—Isabel solo tiene quince años. Elena acaba de cumplir dieciocho, la edad perfecta para casarse —contestó Ludovica.

—¿En serio? —Sofía ladeó la cabeza, nada convencida—. Sigue teniendo el cuerpo de una niña. No parece tener dieciocho años.

Ludovica se encogió de hombros y mantuvo una sonrisa tensa.

—En fin, te aseguro que los tiene. Al fin y al cabo, yo estaba presente cuando nació.

—¿Y cuántos años has dicho que tiene la otra?

—Isabel cumplirá dieciséis dentro de unos meses.

—¡Ah! Todavía es una criatura. —Tras una larga pausa Sofía continuó—: Has tenido unos cuantos hijos más después de estas niñas, ¿verdad?

—Cierto —contestó Ludovica—. Tienen un hermano, Carlos, que es el heredero del ducado. Y cuatro hermanos menores, tres niñas y otro varón. Todos ellos se han quedado en casa con su padre, el duque.

—Todas esas pequeñas a las que casar... —comentó con un suspiro Sofía, que seguía observando a Elena con los ojos entrecerrados—. Pero dado que la mayor se va a convertir en una Habsburgo, no creo que te falten pretendientes para las demás.

Ludovica asintió con la cabeza.

—Tienes razón, por supuesto.

—¿Será fértil? Parece más delgada que un palo.

Ludovica soltó una carcajada seca y nerviosa, y Sissi percibió la irritación de su madre.

—Sofía, por favor, yo nunca he tenido problemas de fertilidad y mis hijas tampoco los tendrán.

En ese instante Sissi estableció contacto visual con el oficial de pelo castaño rojizo que estaba junto a Sofía y, de forma involuntaria, le sonrió. Él le devolvió la sonrisa, una comunicación secreta que Sissi esperaba que nadie más hubiera captado mientras bajaba la mirada una vez más. Sentía las mejillas acaloradas, todo el cuerpo, de hecho.

—Ojalá que sea así. Pero no me gusta el luto, Ludovica, no le sienta bien.  
—La voz de Sofía seguía siendo seca, recelosa.

—Como he intentado explicarte, Sofía, todavía no hemos tenido tiempo de quitarnos el luto. —Ludovica mantuvo los labios apretados al contestar—. Espero fervientemente poder localizar nuestra ropa lo antes posible.

Sofía asintió con la cabeza.

—Acércate, niña.

Sofía levantó una mano, apartándola del perrito, e hizo un gesto a Elena para que se adelantara. La muchacha obedeció. Sissi observó los pasos de su hermana, y solo apartó la vista de Elena durante un momento para mirar de reojo otra vez al joven militar. Este seguía pendiente de ella, de modo que sus ojos se encontraron durante un largo segundo antes de que Sissi se obligara a mirar de nuevo a su hermana.

—Dime, sobrina, ¿qué tal ha sido el viaje? —Sofía esperaba una respuesta, pero su mirada recorría el cuerpo de Elena con un millar de preguntas adicionales: ¿sería fértil de verdad? ¿Sería agradable con su hijo? No habría que preocuparse por su virginidad siendo tan joven y obediente, esperaba. Elena languideció bajo el intenso escrutinio visual—. ¿Y bien? Te he hecho una pregunta: ¿qué tal ha sido el viaje, sobrina?

Elena, con la vista todavía clavada en el suelo, no contestó. Se mordió el labio inferior, un gesto nervioso que Sissi siempre le había dicho que debía desterrar antes de que la presentaran formalmente en la corte vienesa.

—Elena, tu tía Sofía te ha hecho una pregunta. —Ludovica le dio un empujoncito a su hija mayor, pero la apocada muchacha siguió sin responder.

Sofía se echó a reír por la timidez de su sobrina.

—¿Nervios?

—Supongo. —Ludovica sonrió, pero fue una mueca nada más—. Elena es una muchacha muy intelectual. Sorprende a todos sus tutores. Tal vez sea un poco seria... Claro que el arte de la conversación siempre puede aprenderse. Y, cómo no, tu corte es mucho más imponente que nuestro ducado bávaro. Solo necesita tiempo para sentirse cómoda.

—¡Ja, esto es una nimiedad! Es un retiro estival. Espera a que volvamos a Viena. —Sofía se irguió en el asiento y empezó a acariciar al perrito, aunque uno de sus anillos se enredó con el pelo del animal—. Recuerdo la primera vez que llegué a la corte. Me negué a mostrar lo nerviosa que estaba. Elena, ¿sabes que soy bávara de nacimiento? Como tu madre.

—Sí, alteza. —Elena asintió con la cabeza.

Sissi se habría echado a llorar del alivio; al menos, su hermana había



podido realizar ese pequeño gesto comunicativo.

—Dime, Elena, ¿qué te parece Austria en comparación con Baviera? —Al ver que Elena tampoco contestaba esa pregunta, Sofía prosiguió—: Por mi parte, no deseo regresar a esa tierra oscura y fría. Seguro que nuestros Alpes y los prados austríacos fueron un alivio tras los opresivos bosques de tu tierra, ¿no?

Un silencio atronador se extendió entre la mujer sentada y sus tres visitantes, y el único sonido que se oía en la estancia eran los jadeos del perrito que descansaba en el regazo de la archiduquesa. El joven oficial, que seguía de pie, carraspeó.

Sofía bebió un sorbo de té y lo intentó de nuevo.

—Bueno, ¿qué tienes que decir a eso, Elena? ¿Te parece que Austria es bonita?

«¡Contesta!», quería gritarle Sissi a su hermana. La miró de reojo instándola a responder. Sin embargo, Elena, que continuaba mordiéndose el labio inferior, permanecía tan muda como los guardias apostados en todas las puertas de la habitación.

Sofía enarcó las cejas.

—¿Has perdido la lengua por el camino al mismo tiempo que el baúl con tus vestidos limpios?

Una rápida mirada a su madre confirmó a Sissi lo mal que lo estaba haciendo Elena. Ludovica, con el ceño fruncido, aferraba las manos a los pliegues negros de sus faldas. El rictus tenso de sus labios indicaba que no encontraba las palabras necesarias para intervenir.

Como tantas veces antes, Sissi reaccionó y dio un paso al frente para colocarse junto a su hermana.

—De hecho, alteza, mi hermana se ha quedado tan impresionada por los paisajes alpinos que está agotada. —Sissi hizo una marcada reverencia delante de su tía y se percató de que el joven oficial, más erguido que antes, la miraba fijamente. Se obligó a no mirarlo a su vez—: ¡Soy incapaz de repetir la cantidad de comentarios que Elena ha hecho acerca de la belleza de su nuevo país! Tanto era así, que mi madre y yo creímos que ya se había olvidado de sus raíces bávaras por la emoción de abrazar su nueva tierra.

—¿Es eso cierto? —Sofía, que acariciaba al perro lentamente, clavó la mirada en Sissi—. ¿Tu hermana no paraba de hacer comentarios? Me cuesta creerlo.

—En fin, es difícil no dejarse llevar por la emoción cuando se contemplan los paisajes de la Alta Austria —repuso Sissi.

Para el alivio de las tres visitantes, Sofía esbozó una sonrisa, si bien ínfima.

—¿Y qué te ha parecido a ti, sobrina Isabel?

—Es una tierra de una belleza increíble —contestó Sissi con sinceridad—. Creo que no habría una vida más gloriosa que la del cabrero austríaco.

Al oírla, Sofía se deshizo en carcajadas y sus marcadas facciones se arrugaron. El sonido hizo desaparecer la tensión de la estancia como una tormenta eliminaba el abrumador calor estival.

—Por el amor de Dios, Ludovica, has criado a una niña muy briosa, ¿verdad? Una duquesita que ansía ser cabrera... Nunca había oído nada semejante. —Sofía se volvió hacia el joven oficial y se miraron con una sonrisa.

Sissi también captó la mirada del joven y sintió que se ruborizaba. La observaba tan fijamente que tuvo la sensación de que quería algo de ella.

—En fin, ¿vas a sentarte, Ludie? Las niñas y tú debéis de estar deseando algún tipo de refrigerio. Té, té... —Sofía agitó una mano y tres criados se acercaron a la mesa para ayudar a las damas a tomar asiento y para llenar con té humeante las tazas de porcelana decoradas con un delicado estampado vegetal.

Sissi se sentó junto a su hermana y se reunió con su tía y con los demás en torno a la mesita redonda. La mujer de cara avinagrada y pelo canoso seguía de pie en un rincón, sin moverse. Podría haber sido una estatua de no ser porque el movimiento de su pecho indicaba que respiraba.

—Veamos, Isabel, explica cómo el destino de un cabrero austríaco puede ser superior al del emperador de Austria. —Sofía parecía haberse olvidado por completo de Elena, ya que solo se dirigía a su sobrina más joven.

—Por supuesto, mi tía sabe que no hay destino más glorioso que el de ser emperador de Austria. —Sissi miró con anhelo las galletas que tenía delante, en la mesa. ¿Debía esperar a que la archiduquesa las invitase a comer? Se volvió hacia su tía—. Pero nunca me permitiría imaginarme semejante vida, ya que ese papel solo le corresponde al elegido de Dios, mi querido primo Francisco José, y por tanto, las personas normales no podemos ansiarlo.

—Tú no eres una persona normal, eres la hija de un duque. —Sofía se llevó una tartaleta de limón a la boca y le dio un mordisco, pero no las invitó a hacer lo propio.

Ludovica se bebió su té despacio. Elena se quedó sentada muy quieta.

—Desde luego, pero al lado del emperador Francisco José, todos nos sentimos personas normales y corrientes. —Sissi inclinó la cabeza una vez

más y clavó los ojos en el regazo con gesto humilde.

—Cierto —dijo Sofía, y un trocito de la tartaleta se le quedó en la barbilla.

Era muy sencillo, pensó Sissi. Lo único que esa mujer quería oír eran cumplidos para ella, para su país y, sobre todo, para su hijo.

—Esta es muy despierta. —Sofía se volvió hacia el ministro entrado años y vestido de gris, que estaba sentado a su lado. Y después, como si sus dos sobrinas no se hallaran en la estancia, se dirigió a su hermana menor—. Ludovica, es una pena que Isabel no sea la mayor. Tiene el aspecto y la disposición más adecuados para la corona.

Sissi hizo una mueca, pero no se atrevió a alzar la mirada por temor a fulminar a su tía. ¿Cómo se atrevía a insultar de semejante manera a Elena?

—Eres muy amable al halagar a mi Isabel, Sofía. —Ludovica habló con los dientes apretados, con una voz más sumisa de la que Sissi le había oído en la vida—. Isabel tiene mucho brío, pero no está ni mucho menos tan bien educada como Elena. Y Sissi... Isabel ha prometido dedicar todo su empeño para ayudar a su hermana, mientras Elena se prepara para el augusto papel con el cual la has honrado.

—¿Es eso cierto? —Sofía miró a una y otra sobrina como si comparase dos retazos de seda: su mirada, al igual que la del oficial de ojos azules que estaba a su lado, se detuvo en Sissi. Con un suspiro resignado, Sofía se volvió hacia la muchacha elegida para su hijo—. Elena, entiendo que el viaje ha sido agotador. Pero te pido que te deshagas del luto. Un poco de color en las mejillas te sentará muy bien y tal vez una sonrisa de vez en cuando. Y, por el amor de Dios, deja de morderte ese pobre labio como si quisieras comértelo. Estás aquí por una proposición de matrimonio, no por un funeral.

Ludovica se inclinó hacia delante y habló casi con tono quejumbroso.

—Nuestra intención es localizar nuestros baúles y cambiarnos enseguida, hermana. Tan pronto como tengas a bien excusarnos. De hecho, apreciaría la oportunidad de cambiarnos antes de conocer al emperador.

—¿Conocer al emperador? —Sofía miró a su hermana con una sonrisa y un dulce en los dedos—. En fin, me temo que ya es demasiado tarde para eso. Está justo aquí. —Sofía señaló hacia su izquierda con la cabeza, hacia el apuesto oficial que se hallaba a su lado. El hombre a quien Sissi había tomado por un consejero militar o un ayudante.

—¡Majestad Imperial! —exclamó Ludovica, y se levantó de un brinco para hacer una reverencia. Tenía los ojos pegados al suelo y hablaba en susurros—. Mis más sinceras disculpas. No tenía la menor idea. Por Dios, ha

crecido tanto y ha cambiado tanto que ni siquiera lo he reconocido.

¿Ese joven ataviado con uniforme militar era el emperador? ¿Su anfitrión y el dueño de ese palacio? ¿El novio de Elena? En ese momento Sissi recordó a un niño de facciones delicadas y con el pelo del color de la canela. La cabeza empezó a darle vueltas y estaba convencida de que en su rostro se advertía la sorpresa. Pero recuperó la compostura enseguida. Reaccionó como su madre y se levantó del asiento para hacer una reverencia. La pobre Elena se tambaleó a su lado, como si estuviera a punto de desmayarse.

El joven las miró con una sonrisa y habló por primera vez.

—No es necesario que te disculpes, tía Ludovica. —Sus ojos azules, más amables y cálidos que los de su madre, se posaron en cada una de ellas mientras les hablaba—. Por favor, levantaos. Todas. Sois mi familia, no mis súbditos.

—Ay, no nos has presentado, Sofía —dijo Ludovica al tiempo que miraba a su hermana con expresión desconcertada.

—Es un pequeño truco nuestro. Así Fran puede observar a sus anchas... algo que nunca tiene ocasión de hacer cuando se sabe quién es.

—Pero estoy avergonzada de que ni mis hijas ni yo lo hayamos saludado formalmente. —Ludovica seguía con la vista fija en su hermana, y en su voz se captaba la incomodidad y la irritación que sentía—. No se puede estar frente al emperador sin haberle demostrado el debido respeto.

—No pasa nada —le aseguró Francisco con voz tranquila, todo lo contrario a la de su madre—. Me gusta pasar desapercibido de vez en cuando. Observar sin ser observado. —Francisco apartó la mirada de su tía y la posó en Sissi, y esos ojos azules se clavaron en los suyos como un trocito de cielo despejado—. Por favor, levantaos. No puedo permitir que sigáis inclinadas después del agotador viaje que habéis realizado por mí.

—Por Dios, Francisco... —Ludovica sonrió a su sobrino al sentarse de nuevo—. Qué emperador más apuesto eres.

Francisco extendió una mano y sorprendió a su tía al coger la suya.

—Tía Ludie, me alegro muchísimo de verte. Y bienvenida a Austria. Estoy deseando conocer mejor a tus hijas.

Estaba comprometido para casarse con Elena, pero los ojos de Francisco se posaron en Sissi mientras pronunciaba esas palabras.

### III

*Cuando las puertas se abren, Sissi se queda de piedra por la explosión de color, por el sonido de los clarines. Cientos de cortesanos flanquean su avance, agitando banderas mientras la miran con los ojos muy abiertos y moviendo los labios para pronunciar vítores que no alcanza a entender y plegarias.*

*Visten sus mejores galas, y las mujeres lucen peinados perfectos. Tras ellos, la plebe se amontona entre codazos y vitorea, en una marea de mercaderes, campesinos, niños y comerciantes. Todos ellos atestan la ruta procesional con un único propósito: atisbar, aunque sea de forma fugaz, a la reina.*

*Delante de Sissi, los aristócratas enarbolan sus pendones y abren el camino hacia la catedral, situada sobre la colina. Los músicos imperiales se acercan los clarines a los labios mientras los guardias permanecen firmes, flanqueando el camino que pisan en esos momentos los pies reales.*

*Sissi mantiene la mirada gacha mientras camina, apenas unos pasos tras él. Escucha los gritos del pueblo, que corea su nombre como el de una deidad.*

*—Éljen Erzsébet! ¡Larga vida a la reina Isabel!*

*El único sonido que se impone al vocerío de la multitud es el estruendo de los cañones, un concierto tan atronador como una tormenta de verano. Los cañones disparan salvas mientras los monarcas ascienden la colina.*

*Al llegar a las enormes puertas de la catedral, las campanas empiezan a repicar con tanta fuerza que Sissi cree que el campanario se derrumbará. El órgano comienza a emitir un sonido ensordecedor cuando se une a los clarines.*

*—Vamos allá. —Él se vuelve hacia ella y se ajusta la capa una última vez. Sissi asiente con la cabeza.*

*—Sí, vamos allá.*

*El cuerpo le tiembla, tal como le tembló el día de su boda, pero se obliga a sonreír. Ese día no se parecerá en nada al día de su boda. Ella no se parece en nada a la muchacha que avanzaba al son de la marcha nupcial.*

## Capítulo 3

*Residencia imperial de verano de Bad Ischl, Alta Austria  
Agosto de 1853*

Su ánimo mejoró muchísimo cuando llegaron a sus aposentos y descubrieron que sus baúles se encontraban allí.

—¡Ágata! —Sissi corrió hacia su doncella polaca y la abrazó con fuerza.

—¡Hola, señoritas! —La muchacha de cara redonda se echó a reír. Ante ella estaban los baúles, abiertos y con coloridos montones de ropa.

—Ágata, te hemos echado de menos. —Sissi se quedó junto a su criada, complacida con aquella presencia familiar en ese palacio desconocido—. ¡Y hemos echado de menos nuestros vestidos!

—Señorita Sissi, qué contenta la veo. —Ágata se apartó un poco de ella y la miró de arriba abajo—. No, no parece ni un poquito cansada de su viaje. ¿Y cómo se siente la señorita Elena? —Ágata miró, nerviosa, a una Elena mucho más apocada.

La aludida se encogió de hombros.

—Cansada. Me alegro de verte, Ágata.

—Ay, nuestros vestidos. ¡Mira, Elena! —Sissi cogió del baúl abierto el que estaba en lo más alto, un vestido de noche de seda verde esmeralda, y dio una vuelta alrededor de la estancia—. Ágata, no sabes lo hartas que estamos del luto.

—Ya lo veo. —La doncella polaca se echó a reír y el rubor de sus mejillas se extendió por toda su cara.

—¿Cómo estás tú, Ágata? ¿Cómo ha sido el resto de tu viaje?

La doncella retomó la tarea de organizar la ropa y sacó una chaqueta de montar, que colocó junto a la falda correspondiente.

—¿Contesto con franqueza, señorita Sissi?

—Por supuesto, Aggie.

Ágata hizo una pausa y sopesó sus palabras.

—El viaje ha sido largo. No tenía ni idea de que estaría tan lejos de casa.

—Estamos muy lejos de Possi, ¿verdad? —convino Sissi—. ¡Ay, esto lo

reconozco! —Sissi se inclinó sobre el baúl y sacó sus zapatillas de terciopelo rojo, que seguían manchadas por el barro y la tierra de su hogar. Se agachó, se quitó las botas de tacón y metió los pies en las cómodas chinelas—. Mucho mejor. Ahora siento que tengo un trocito de Possenhofen. ¿Crees que a la archiduquesa Sofía le importaría que me las pusiera para la cena?

—¡Señorita Sissi! —Ágata se llevó una mano a la boca para ocultar la sonrisa.

—Elena, ¿qué haces acostada en esa cama? Tienes que venir a ver esto. ¡Por fin tenemos ropa limpia! —Sissi volvió a meter la mano en el baúl abierto y en esa ocasión sacó un vestido de noche de color índigo.

Elena se acercó a la doncella y a los baúles.

—Hola, Ágata —dijo, y abrazó a la doncella con sus delgados y debiluchos brazos.

—Eso está mejor, señorita Nené. —Ágata le devolvió el abrazo.

—Ya no podemos usar ese apodo nunca más —dijo Sissi medio en serio, pero también con voz lastimera, mientras examinaba un vestido de gala confeccionado en brillante seda marfil—. Órdenes de mi madre.

—¿Es eso verdad? —preguntó Ágata.

—A partir de ahora solo podemos llamarnos Isabel y Elena. Unas duquesitas muy formales. —Sissi suspiró. Después se volvió hacia su hermana y dijo—: ¿Qué opinas, duquesa Elena? ¿Nos quitamos el luto?

Elena frunció el ceño, pero la doncella se echó a reír.

—¿Qué vamos a ponernos para la cena de esta noche? —Sissi sostenía en alto un vestido amarillo con encaje de color crema y se lo pegó al cuerpo.

—¿De quién va a ser este dormitorio? —preguntó Ágata, que seguía organizando la ropa y formando dos montones con los vestidos de las muchachas. El de Elena era el doble de alto, dada su mayor importancia durante esa visita.

—Vamos a compartirla —contestó Sissi.

Aunque la *Kaiservilla* tenía habitaciones de sobra para que cada una ocupara la suya propia, Elena había pedido a Sissi que durmiera con ella.

—No puedo decir que me sorprenda. —Ágata sonrió—. ¿Y la duquesa ya tiene asignada una habitación?

—Sí, Ágata, está al final del pasillo. —Sissi señaló el lugar al que la mujer de cara avinagrada de la sala del té había acompañado a su madre—. La condesa Canosa la ha llevado hasta allí.

—Será mejor que vaya a ayudar a su madre a instalarse —dijo Ágata—. Pueden terminar de sacar los vestidos solas, ¿verdad? Si no es así, pediré que

les manden ayuda. Seguro que hay más de mil criados en este palacio.

—Nos las arreglaremos. —Sissi asintió con la cabeza. Lo último que le apetecía en ese momento era tener a una desconocida en la habitación que pudiera espiarlas y aumentar así el nerviosismo de Elena.

—Volveré para ayudarlas a vestirse para la cena si tengo tiempo.

—Sí, por favor, ven si puedes. Me gustaría que me trenzaras el pelo. —Sissi sonrió a su doncella.

—Dentro de poco ya no necesitará que la peine... ahora que Elena va a casarse con el emperador. De hecho, me imagino que las dos tendrán un montón de peluqueras, ayudantes y doncellas para cada una.

—No te pongas celosa, Aggie. Siempre serás nuestra preferida —replicó Sissi.

Ágata se echó a reír y salió de la estancia.

El dormitorio que les habían asignado a Sissi y a Elena contaba, por suerte, con un pequeño aseo contiguo en el que había una enorme bañera de porcelana. Algún criado ya la había llenado con agua caliente, y bañarse fue una experiencia maravillosa tras varias semanas de viaje. A Sissi le encantó que el olor del agua perfumada permaneciera en su piel incluso después de ponerse una de las batas de seda que colgaban de unos ganchos, también proporcionadas por un criado sin rostro de los Habsburgo.

El dormitorio en sí era amplio y luminoso, con ventanales orientados a los jardines traseros del palacio. Sissi, con el pelo aún húmedo tras el baño, pegó la frente al cristal del ventanal.

Clavó la mirada en el patio y observó aquel hervidero de actividad. Un buen número de asistentes con peluca se cruzaban en sus trayectorias, llevando papeles, libros y otros paquetes. Los soldados armados hacían la instrucción en líneas perfectas. Las secas órdenes de su comandante se oían por encima de los ladridos de varios perros que, cerca de allí, meneaban el rabo, mientras que las doncellas llevaban cestas cargadas de hortalizas a lo que Sissi supuso que debía de ser la cocina.

—¿Qué crees que están haciendo todos?

Elena, que estaba en la bañera, no oyó la pregunta de Sissi, ni habría contestado de haberlo hecho. Cuánto bullicio en la casa de un solo hombre... ¡y de uno soltero! Sissi suspiró, y su cálido aliento empañó el cristal al tiempo que recordaba las miradas penetrantes de su primo.

Al otro lado del patio, tras unos edificios bajos de uso administrativo, Sissi atisbó una edificación amplia que tenía todo el aspecto de ser las caballerizas. Se le aceleró el corazón al pensar en recorrer las colinas



circundantes a caballo. Decidió que daría una vuelta a lomos de uno en cuanto Elena tomara posesión de su cargo. Desde luego no antes de que su hermana se instalase. «No seas egoísta», le había insistido su madre a lo largo del viaje. Una vez más, el apuesto rostro de su primo irrumpió en su mente. Parpadeó para que la imagen se desvaneciera.

Dio la espalda a la ventana y examinó el dormitorio. Aunque hacía poco tiempo que la *Kaiservilla* se había convertido en el retiro estival de Francisco, a esa estancia no le faltaba comodidad alguna. El fuego crepitaba en la chimenea pese a ser una calurosa tarde de agosto. Cubrían el suelo de madera alfombras coloridas, y la cama con cuatro columnas, parecida a la que tenían en Possi, estaba decorada con mullidos almohadones y una colcha de seda bordada a mano.

En ese preciso momento Elena salió del aseo, con el pelo húmedo. Se la veía algo más recuperada tras el baño.

—¡Elena! Pareces como nueva. Vamos a elegir qué te pondrás esta noche.

Sissi atravesó la estancia y miró en el baúl abierto de su hermana, tras lo cual sacó los pocos vestidos que Ágata no había retirado aún.

Elena se colocó tras el biombo, cuyos paneles de seda estaban decorados con delicadas mariposas, y se quitó la bata.

—Dime, Elena... —Ahora que estaban solas se sentían más cómodas y podían charlar—. ¿Qué te parece? —Sissi se miró en el espejo de cuerpo entero mientras decidía si el vestido de seda azul marino le sentaría bien a su hermana. No era lo bastante alegre para esa cálida noche estival, pensó.

—¿Qué me parece qué? —Elena salió de detrás del biombo ataviada con los calzones y las enaguas.

—Tu prometido, por supuesto. —Sissi enarcó las cejas y miró a los ojos a Elena a través del espejo.

Ella se encogió de hombros.

—No sé. —Rebuscó en la montaña de vestidos.

—Elena, por favor. —Sissi suspiró y bajó el vestido azul marino—. Soy yo. Puedes contestar con sinceridad. —Cogió el vestido amarillo una vez más y lo sostuvo en alto para ver el efecto en la cara de Elena.

—Ese no. —Elena apartó el vestido de un manotazo—. No he tenido oportunidad de formarme una opinión sobre el primo Francisco.

—En fin, pues te diré lo que me parece a mí —repuso Sissi, que se pegó al cuerpo el vestido amarillo y se observó en el espejo.

—Muy bien. —Elena miró a su hermana con gesto burlón—. ¿Y qué te ha parecido, Sissi?

—Es muy apuesto.

—Supongo que sí. —Elena apartó los ojos de los de su hermana.

—Incluso tú tienes que haberte dado cuenta.

Elena se encogió de hombros.

—Si te gustan los hombres con uniforme militar...

—Ha demostrado tener una actitud muy amable y cercana, Elena. Recuerda que nos dijo que no nos postraríamos ante él. Parece mucho menos preocupado por su posición que su madre. —Sissi pensó de nuevo en su agradable primo, aunque aún le costaba mucho creer que fuera el mismo niño al que había conocido hacía años. Muy a su pesar, se ruborizó al recordar todas las veces que sus miradas se habían encontrado en la sala del té—. Desde luego que me llevé una sorpresa al enterarme de que era el emperador —siguió, si bien expresó solo la mitad de lo que pensaba. Se había sorprendido, cierto. Y tal vez también se había llevado una decepción. Pero parpadeó y obvió esa idea antes de que pudiera enraizar en su cabeza—. No se parece en nada a como lo recordaba. Aunque la tía Sofía casi no ha cambiado.

—Sissi, ¿no crees que nuestro primo y la tía Sofía han sido muy ladinos al ocultar su identidad?

Sissi meditó la respuesta y deseó que ambos no les hubieran jugado esa mala pasada. De haber sabido desde el principio que estaba mirando al prometido de su hermana, nunca habría reconocido para sí que era guapísimo. Pero, por supuesto, no podía admitir eso delante de Elena.

—Me he mostrado muy tímida, ¿verdad? —Elena se reunió con Sissi delante del espejo.

—Tal vez podrías haber hablado un poco más —admitió Sissi, que devolvió el vestido amarillo al baúl.

—Pero no se me da bien conversar.

—No lo sabes. Nunca lo has intentado.

—¿Y si quedo como una tonta? ¿Y si...?

—¿Qué dice Goethe? —Sissi se volvió para mirar a su hermana—. ¿Cómo era? Vamos, tú eres la erudita.

—Pero tú eres la romántica. Vamos, dímelo.

—«Lánzate y la red aparecerá.»

—No me apetece mucho saltar —protestó Elena al tiempo que cogía un vestido gris y se lo pegaba al cuerpo para comprobar el efecto en el espejo.

Sissi se inclinó hacia su hermana y le quitó el vestido gris de las manos.

—Nené, no vas a ir de gris. Acabas de llegar de luto. ¿Qué te parece si te

pones algo de color?

—Pero me gusta el gris. —Elena intentó coger el vestido que Sissi le había quitado.

—¿Qué me dices de algo más llamativo?

—Este me queda bien. —Elena se adelantó y recuperó el vestido gris de manos de su hermana.

—¿Ni siquiera intentarás hacer ver que te alegras de reunirse con tu prometido? —Sissi suspiró, cada vez más frustrada con Elena.

—No puedo ocultar cómo soy —contestó ella con un tono de voz tan inexpresivo como su semblante.

—Una cosa es ocultar cómo eres en realidad y otra muy distinta negarte a mostrar tus cualidades más encantadoras y atractivas. Vamos, durante todos estos años nunca te había visto tan empeñada en permanecer callada como hoy durante el té.

Era verdad. Era como si Elena, desde que anunciaron su compromiso, se hubiera encerrado en sí misma, incluso para la hermana que la conocía mejor que nadie en el mundo. Elena siempre había sido tímida y callada, cierto, pero también adorable y cariñosa, y de repente se había convertido en una joven altiva, quisquillosa y muda.

—Si Francisco se niega a casarse conmigo porque he elegido un vestido gris para la cena, prefiero que lo diga lo antes posible, Sissi.

¿Intentaba Elena hacer que Francisco perdiera el interés por ella? ¿O se trataba tan solo de que su timidez la dominaba? Su hermana era tan amable, tan buena y tan encantadora como cualquier muchacha del Imperio austríaco, y tan merecedora de atención como cualquier princesa prusiana o cualquier condesa húngara. Sissi se armó de valor y se negó a cambiar de tema. Elena se casaría con el emperador.

—Nunca hemos tenido muchas oportunidades para conocer a jóvenes en Possenhofen, ¿verdad? —Sissi intentó otra táctica—. Hemos vivido muy aisladas, solo con la familia, en el castillo. Entiendo que todo esto pueda resultarte muy abrumador. —Elena se volvió hacia su hermana y su mirada se suavizó un poco. Sissi siguió—: Pero, Elena, sabes que mamá tiene razón. Todas las muchachas harían cola en las calles con tal de tener una oportunidad con un hombre como Francisco. Parece agradable. Y es muchísimo más apuesto de lo que me había imaginado. No tienes tan mala suerte como crees.

—Si hay tantas muchachas haciendo cola para ganarse su atención, ¿por qué no puede casarse con una de ellas?

—Nené, podría buscar en todo el reino con la certeza de que nunca encontraría a una persona más amable que tú. A ver si te das cuenta de que te lo mereces.

—No lo entiendes. —Elena miró a su hermana, y el brillo de sus ojos indicó a Sissi que se echaría a llorar en cualquier momento.

—¿Qué es lo que no entiendo? Explícamelo. —Sissi habló con voz tranquila y cogió una fría mano a Elena.

—Echo de menos Possi —fue lo único que ella consiguió decir.

—Por supuesto que sí. —Sissi suspiró—. Yo también lo echo de menos. Pero, Elena, Possenhofen está exactamente igual que como lo dejamos y así seguirá. —Le rodeó los hombros con un brazo—. No había nada en Possenhofen. No había nadie con quien casarte. Nadie con quien hablar, a excepción de mí. Y de mamá. ¿No esperabas algo más grande? ¿Más aventuras? —Sissi insistió a su hermana con lo que esperaba que fuera un entusiasmo contagioso.

—No —contestó Elena sin un ápice de emoción en la voz.

—¿Estás diciendo que estabas contenta en Possi? ¿Cuando todos los días eran iguales: lecciones y paseos por el lago y comidas con nuestros padres? ¿Cuando el único muchacho al que veíamos era nuestro hermano Carlos?

—Sí, estaba contenta con eso. —Elena asintió con la cabeza.

Sissi, en cambio, no comprendía cómo su hermana no estaba emocionada por la nueva vida que le ofrecían. Ella siempre había sabido que su espíritu indomable la llevaría a algún lugar muy lejano. Los mejores momentos de su vida en Possenhofen eran los que pasaba en la silla con Bummerl, galopando en libertad por los bosques y los campos, tras haber obtenido el permiso de su madre. Quería aventuras. Quería amor, un amor como el que encontraba en los libros que tenía escondidos y que se llevaba a las cimas de las montañas. Un amor que devoraba, como el que Isolda vivió en su trágica historia. O un amor como el que experimentaban las jóvenes de Shakespeare, unas mujeres que se enfrentaban a naufragios, a campos de batalla, a villanos y a la insidiosa mano del destino.

Como si hubiera leído el pensamiento de su hermana, Elena afirmó sin tapujos:

—Sissi, no soy como tú. Nunca lo he sido. Siempre te he admirado por todas tus diferencias, pero nunca he querido lo mismo que tú. No quiero una vida como esta... —Elena agitó un delgado brazo hacia los ventanales, hacia el exterior donde reinaba la bulliciosa actividad—. Una vida con un montón de desconocidos a los que conocer, de cenas que atender y con un prometido

al que impresionar. —Elena meneó la cabeza—. No, yo quiero una vida tranquila. Una vida en soledad no me asusta. De hecho, me parece muy agradable.

Sissi ya conocía ese detalle de su hermana: Elena tenía tendencia a la introspección, era casi una ermitaña. Sabía que los límites de Posi bastarían para contener su vida, y para vivirla plenamente. Pero como cualquier muchacha, Elena no podía permitirse ese lujo. No podía rechazar un matrimonio para permanecer en el aislado ducado de su padre. Tenía que casarse con el hombre que la eligiera. O, mejor dicho, con el hombre que eligieran para ella.

El hecho de que dicho hombre fuera amable, bueno y guapo, y de que además fuera el emperador de Austria, le parecía a Sissi un increíble golpe de suerte.

—Esperaba que mamá me permitiera entrar en un convento —confesó Elena al cabo de un momento, y agachó los hombros mientras lo decía—. Y estaba pensando en pedírselo. Pero todo esto ha sucedido muy deprisa.

Sissi no le permitió continuar.

—Mi querida Nené, las dos sabemos que es algo totalmente imposible. Ya has oído las explicaciones de mamá.

—Sí, lo sé. —Elena se puso el vestido gris, despacio.

—En fin, mi querida Nené... —Sissi se puso las enaguas y se acercó a la ventana para observar a los habitantes de la casa que su hermana mayor tendría que gobernar—. Esta es tu nueva vida y sé que vas a sacarle el mayor partido posible. Serás una esposa tan buena que Francisco te adorará, tal como yo te adoro.



—Está preciosa, señorita Isabel. —Ágata admiró a Sissi, cuyo largo pelo acababa de peinar con su estilo preferido: dos trenzas recogidas en un amplio moño—. Señorita Elena, ¿está segura de que no quiere que le arregle el pelo para la cena?

—Estoy segura. Gracias, Ágata. —Elena, que seguía las instrucciones de su tía, se estaba aplicando un poco de colorete en las mejillas, pero había insistido en llevar el pelo negro recogido con su estilo habitual: la raya en medio y un moño bajo en la nuca.

—Debemos reconocerle el mérito, Ágata. —Sissi miró la imagen de su hermana reflejada en el espejo—. Nené nunca será la clase de reina que cambiará su estilo para ajustarse a los dictados de la moda del momento.

Aunque su hermana se había empeñado en ponerse un vestido gris, Sissi había escogido uno celeste con encaje blanco y adornos de perlas. Se emocionó al mirarse en el espejo y ver, una vez más, colores alegres. No pudo contener la sonrisa.

—En fin, veamos a mis niñas con ropa nueva. —Ludovica entró en el dormitorio como si fuera un torbellino de brocado de color frambuesa con tirabuzones oscuros.

—Hola, mamá. —Sissi corrió hacia la duquesa.

—Sissi, estás preciosa. ¿A que ha sido un alivio disfrutar de un buen baño y de ropa limpia? —Ludovica parecía mucho más animada que durante la presentación de esa tarde. Aunque los ánimos le duraron hasta que vio a su hija mayor—. Ay, Elena, ¿gris? ¿Tienes que ponerte una ropa tan deprimente?

—¿Qué le pasa al gris? Me gusta el gris. —Elena repitió la justificación que había dado antes a Sissi al tiempo que se apartaba del tocador.

—El gris está bien para la misa durante la Cuaresma. Pero ¿no puedes ponerte algo más alegre para cenar con tu prometido? —Ludovica rebuscó en el montón de vestidos que sus hijas habían sacado de los baúles—. ¿Qué te parece este bonito vestido amarillo? O tal vez algo en un tono melocotón. ¿Por qué no te pones el que lleva Sissi? —Ludovica señaló a su hija menor—. Sissi, deja que Elena se ponga el azul claro.

—Pero, mamá, me lo he puesto yo —replicó Sissi, y cruzó los brazos por delante del pecho para proteger el vestido.

Ludovica miró a Sissi con el ceño fruncido, irritada.

—Sí, pero tal vez tu hermana mayor debería llevarlo en tu lugar.

—No quiero ponerme ese vestido. —Elena meneó la cabeza.

Ludovica agachó los hombros, y la energía con la que había entrado en el dormitorio desapareció de repente.



Cuando anunciaron el nombre de Francisco José, este entró en el salón de recepción flanqueado por unos hombres que lucían el mismo uniforme blanco y rojo. Todas las personas que esperaban en la antesala le hicieron una reverencia.

—Prima Elena, prima Isabel. —Se acercó a ambas en primer lugar—. Por favor, levantaos. Permitid que os diga lo guapas que estáis las dos esta noche.

Elena no atinó a responderle, en cambio se dedicó a lanzar miraditas de reojo por la estancia, aunque sus ojos oscuros evitaban las miradas curiosas de

los guardias y de los cortesanos, que murmuraban entre sí. Sissi se percató del pánico que atenazaba a su hermana por la idea de hablar con esos desconocidos. Por temor a parecer groseras, contestó a su primo.

—Gracias, Majestad Imperial.

—Por favor —dijo él al tiempo que levantaba una mano enguantada—, llamadme Francisco.

Sissi sonrió, sorprendida a la par que halagada, de que el emperador les hablase directamente. Cuando levantó la mirada tras la reverencia se dio cuenta con cierta culpa de que él la miraba a ella, y deseó que no reparase en el rubor que teñía sus mejillas.

Francisco no se había quitado el uniforme militar blanco y rojo que lucía esa tarde, pero se había peinado hacia atrás y olía a la fresca fragancia de la colonia. El rígido y alto cuello de su chaqueta le confería un aire muy digno.

Se escuchó el gong que anunciaba la cena. Tras extender un brazo hacia cada una de sus primas, Francisco sonrió.

—¿Puedo acompañaros hasta el comedor?

Sissi esperó a que Elena aceptara en primer lugar, y después iniciaron una agradable conversación. Sin embargo, mientras caminaban hacia el comedor, reparó en que Elena no hablaba.

Salieron de la antesala y recorrieron un pasillo iluminado por las velas de los candelabros de cristal y flanqueado por dos hileras de criados imperiales.

Sissi los observó, todos idénticos con sus libreas almidonadas blancas y negras, con los ojos fijos y el bigote recortado, con un estilo muy parecido al de su primo.

—Están muy serios —comentó Sissi sin dejar de mirarlos. Tenían los ojos clavados al frente, en un punto fijo, de modo que mientras pasaba entre ellos le dio la impresión de que no la veían.

—No les tengas miedo, prima Isabel. Parecen más intimidantes de lo que son en realidad —le susurró Francisco.

—¿Cómo pueden estar tan quietos? —se preguntó Sissi en voz alta—. Parecen estatuas.

—Con mucho adiestramiento —contestó Francisco—. Tú harías lo mismo si fuera necesario.

—Lo dudo —repuso Sissi con una carcajada.

Francisco mantuvo la vista clavada en Sissi mientras los tres recorrían el pasillo hacia el salón de banquetes.

—¿Te gusta la *Kaiservilla*?

—Ah, mucho. —Sissi asintió con la cabeza y apartó la vista de los criados

inmóviles para clavarla en su primo.

Cuando sus ojos se encontraron, Sissi se obligó a no sonreírle. Y después apartó la mirada. No tenía motivo alguno para recrearse en los cristalinos ojos azules del prometido de su hermana.

Los acordes de los violines, que interpretaban una preciosa melodía, flotaban en el ambiente, y Sissi echó un vistazo al comedor a través del arco que conducía hasta la estancia. Muy a su pesar, ahogó un suspiro al ver el esplendor al que se acercaban a la luz de las velas.

—¡Dios mío!

El comedor estaba iluminado por una luz ambarina que provenía de una hilera de arañas que colgaba del techo, todas con un sinfín de velas. Una larga mesa central situada bajo esas lámparas recorría casi toda la extensión de la estancia, cuyas paredes estaban forradas con paneles de madera. Sissi se quedó maravillada, sin saber muy bien cómo dispondrían la comida entre semejante cantidad de candelabros de plata, jarrones de porcelana llenos de flores estivales y bandejas a rebosar con aperitivos de paté, rollitos de mantequilla y pepinillos.

—Es como un cuadro —susurró Sissi, más para sí misma que para los demás.

Francisco se volvió de nuevo hacia ella, con el rostro iluminado por la luz de las velas y una sonrisa tierna.

—Creo que una de mis primas es feliz. ¿Qué me dices tú, Elena? —El emperador miró a su prometida, a quien tenía a la izquierda.

—Es bonito. —La respuesta de Elena parecía forzada, pero al menos fue amable.

Sissi no entendía de ninguna de las maneras cómo era posible que su hermana no estuviera encantada, pero reprimió el deseo de intervenir una vez más.

—Aquí están. Francisco, niñas, venid a sentaros. —Sofía, a quien un hombre uniformado algo mayor que Francisco había acompañado al comedor, se colocó a la cabecera de la mesa, en el extremo más alejado de la estancia. Mientras la archiduquesa se acomodaba, varios criados solícitos se congregaron a su alrededor—. Vamos, que todo el mundo se siente. No mordemos —añadió al tiempo que un criado le dejaba el perrito en el regazo.

Sissi, tras un momento de duda, reconoció al hombre sentado a la derecha de su tía Sofía; era el ministro que la acompañaba esa tarde. Se había quitado la peluca blanca, de modo que su pelo negro parecía flotar alborotado alrededor de su cabeza. Había una silla vacía a la izquierda de su tía.



La archiduquesa les indicó que se adelantaran haciendo una floritura con una mano llena de anillos.

—Detesto que me hagan esperar, sobre todo cuando tengo hambre. —Le colocaron delante una bandeja de aperitivos: rebanadas de pan con paté de oca, albóndigas de ternera, salchichas vienesas y ensalada de arenques ahumados—. Isabel, siéntate a mi lado. —Sofía señaló a Sissi el asiento que estaba vacío—. Francisco, suelta el brazo de tu guapa prima; exijo que sea mi compañera durante la cena.

—Lo mejor es hacer lo que dice —susurró Francisco a Sissi—. Disfruta de la cena.

Tras intercambiar una sonrisa con su primo, Sissi se soltó de su brazo. Cruzó la estancia hacia su tía, consciente de que los ojos de los ministros ya sentados a la mesa estaban fijos en ella.

—Hola, mamá —musitó al pasar junto a la duquesa.

Francisco no soltó a Elena del brazo, sino que la acompañó a una silla emplazada en el extremo opuesto al lugar que ocupaba Sissi. Cuando Elena estuvo sentada, el emperador hizo lo propio a la cabecera, frente a su madre, justo al lado de su prometida. Ludovica estaba sentada a su otro lado, enfrente de su hija mayor.

—Caballeros, les presento a mi sobrina, Isabel de Baviera —dijo Sofía dirigiéndose a los comensales situados en su extremo de la mesa, y se volvió hacia el ministro de pelo oscuro que la había acompañado durante el té—. Es muy graciosa, ¿verdad? De hecho, llegó a decirme esta tarde que le encantaría ser cabrera. —Sofía estalló en carcajadas mientras los hombres miraban a Sissi con expresiones que iban de un manifiesto interés al más absoluto desconcierto. Tras esa presentación, Sissi aceptó la mano de un criado y tomó asiento—. Isabel, te presento a algunos de mis ministros... de los ministros de Francisco, del emperador —continuó Sofía mientras cogía con los dedos una rebanada con paté de oca—. Este es el ministro del Interior, el barón Alexander von Bach. —Señaló al caballero que tenía al lado, sentado frente a Sissi—. Le permito quitarse la peluca para la cena por el calor asfixiante que hace en esta casa. —Tras esa queja, un criado apareció para abanicar a la archiduquesa.

Sissi sonrió al ministro a modo de saludo.

—Barón Von Bach —dijo, y asintió—, es un honor conocerlo. —En ese preciso momento un criado se colocó a su lado y le ofreció una copa de flauta llena de burbujeante champán.

—Duquesa Isabel. —Bach la saludó con una inclinación de la cabeza.

Sin la peluca, parecía décadas más joven. Tenía una melena negra larga y alborotada que le caía hacia un lado, y un poblado bigote del mismo color. Aunque Bach se había deshecho de la peluca para contrarrestar el calor estival, seguro que seguía sintiéndolo porque bajo la gruesa chaqueta negra lucía una camisa blanca, un chaleco y una corbata ancha, según alcanzó a ver Sissi.

—Y el hombre que tienes al lado, a la derecha... —Sofía era la única que estaba comiendo de la bandeja de aperitivos que tenía delante, dando cuenta en ese momento de una albóndiga de ternera. Sobre el hombre uniformado que la había acompañado dijo—: Es el hijo de uno de los generales y consejeros de confianza de mi hijo, el conde Karl Grünne.

—Conde Grünne, también es un placer conocerlo.

—Alteza, duquesa Isabel. —El conde Grünne asintió con la cabeza y esbozó una breve sonrisa.

—Te interesa ganarte su beneplácito, sobrina. Porque es la persona a quien Francisco hace más caso. ¿No es verdad, conde Grünne?

Sissi se maravilló por la naturalidad con la que su tía conversaba con esos hombres, mucho más directa y exigente que cuando su madre se dirigía a los oficiales y a los ministros.

—Por supuesto, cualquier opinión que le comunique humildemente al emperador siempre queda supeditada a su leal y admirable madre, la archiduquesa —contestó Grünne con una sonrisa encantadora. Aunque ya tenía sus años, bastantes más que Francisco, resultaba atractivo.

—Tonterías, Grünne. La humildad no te sienta bien. Grünne es la clase de hombre que te interesa tener cerca durante un ataque —añadió Sofía, que enarcó las cejas de forma sugerente hacia el aludido mientras se llevaba otra albóndiga de ternera a la boca. A Sissi le resultó una forma muy curiosa de describir a una persona, pero no hizo preguntas a su tía—. Y enfrente de Grünne se encuentra Su Excelencia Pyotr Kazimirovich Meyendorff. —Sofía dio una albóndiga a su perro—. Embajador del Imperio ruso en Austria. Un amigo especial y un invitado de excepción.

—Excelencia. —Sissi lo saludó inclinando la cabeza. Luego lo miró. Tenía un rostro amplio y moreno, con una frente que parecía todavía más ancha debido a la calvicie y al ralo pelo castaño. Sus facciones no eran atractivas, pero sí llamativas: unos labios carnosos y una gran nariz bajo unas pobladísimas cejas.

—Es un placer conocerla, duquesa Isabel. —El embajador la saludó con un gesto seco. A diferencia de Grünne, hablaba con un marcado acento que

confirmaba su origen extranjero.

—Y esta es... —Sofía señaló un punto más alejado de la mesa, y Sissi identificó a la misma mujer de rictus avinagrado que había visto esa tarde en la sala del té, a la que había apodado «condesa Canosa»—. Es la condesa Sophie Esterházy —dijo Sofía—. La condesa no solo comparte mi nombre, sino que también es mi amiga más querida. —La miró con una sonrisa y ella respondió al comentario con un gesto adusto de la cabeza.

Sissi dedujo, a juzgar por el breve intercambio, el funcionamiento de esa relación: la archiduquesa expresaba su opinión sin tapujos y la condesa Esterházy le daba la razón en todo, sin titubear.

—Tengo entendido que es de Baviera, duquesa Isabel. —El traje de gala del embajador ruso se le antojó a Sissi más propio del invierno siberiano que de una cena veraniega en Austria. Lucía una gruesa chaqueta negra de cuello alto, con hojas bordadas en oro alrededor del mismo. De su hombro izquierdo pendían tres pesadas condecoraciones—. ¿El castillo de su padre se llama Possenhofen?

—Así es, excelencia —contestó Sissi.

—¿Y lo llamas castillo? —se burló Sofía al tiempo que inclinaba la copa para que se la rellenasen con champán.

—Me lo han descrito como un lugar muy bello —terció Grünne.

—Yo, desde luego, lo veo así. —Sissi sonrió haciendo caso omiso de la pulla de su tía respecto de su hogar.

—¿El castillo de Max? ¿Un lugar muy bello? —Sofía se acercó una mano llena de anillos a los labios como si quisiera ocultar su risilla y lanzó una mirada elocuente a la condesa Esterházy—. Ah, pero ya sé a lo que te refieres. Te refieres a que el paisaje es bello. Sí, supongo que Baviera tiene su encanto. Los modales me resultan un poco... campestres. Al menos, en comparación con los austríacos.

—¿Ha sido un viaje muy largo? —preguntó el conde Grünne, que tuvo el acierto de intervenir y que miraba a Sissi con expresión educada.

—Pobre Ludie. —Sofía entabló una conversación con la condesa Esterházy, la cual Sissi tuvo que escuchar por fuerza—. Debe de haberse alegrado mucho al alejarse de él.

Sissi parpadeó y tardó un momento en recuperar la compostura. Se le formó un nudo en el estómago al oír la forma tan desdeñosa con la que su tía hablaba de su padre. Pero el conde Grünne le había hecho una pregunta. ¿Qué le había preguntado?

—Ha debido de ser un viaje agotador —le recordó Grünne con expresión

amable y solícita.

—Ah, sí, desde luego —consiguió afirmar Sissi—. Hemos llegado esta misma tarde.

—Perdieron sus baúles de camino —apostilló Sofía con una ceja enarcada y sin apartar la vista de la condesa Esterházy.

—Un camino muy largo. —Meyendorff miró a los ojos a Sissi—. Pero no tanto como el de San Petersburgo.

—Hablando de San Petersburgo, Pyotr, toma, tienes que probar primero los arenques. —Sofía se inclinó para coger el plato de pescado, acompañado con cebollas, pepinillos, guisantes y salsa de yema de huevo y vinagre—. Una especialidad rusa... La hemos preparado en tu honor, por supuesto.

—¡Ah, arenques! Es muy amable, archiduquesa. —El embajador Meyendorff aceptó el plato y se sirvió una ración modesta.

—Sobrina Isabel, ¿sabías que Rusia es nuestro mayor aliado? —dijo en voz alta y clara Sofía, como si quisiera asegurarse de que el embajador la oía.

—Ah, vaya —contestó Sissi.

—¿Habla ruso, duquesa Isabel? —preguntó la condesa Esterházy, con una mirada de indiferencia en sus ojos claros.

—Pues no.

¿Acaso esperaban que hablase ruso?, se dijo Sissi.

—¿Vino, duquesa Isabel? —Un criado apareció junto a ella; otra pregunta que le dirigían sin avisar.

—Ah, no, gracias. Tengo champán.

—Pero también has de beber vino —insistió Sofía—. Al fin y al cabo, esto es una celebración. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que disfruté de la presencia de mi hermana y de sus dos hijas? —Sofía miró por encima de la mesa hasta clavar la vista en Ludovica.

En cuanto todas las copas estuvieron llenas, la archiduquesa levantó la suya con champán y las conversaciones que se habían entablado por toda la mesa, así como la música de los violines, cesaron.

—Por la salud del emperador. —Sofía miró hacia el otro extremo de la mesa, hacia su hijo—. Larga vida al emperador Francisco José.

—¡Larga vida al emperador Francisco José! —corearon los ministros y los cortesanos sentados a la mesa.

Sofía se llevó la copa a los labios.

—He ordenado que sirvan el vino embotellado el año de tu nacimiento. He estado reservándolo durante veintitrés años. Casi exactos, dado que tu cumpleaños se acerca, Francisco. He pensado que por fin deberíamos beberlo.

Después de todo, tenemos mucho que celebrar esta noche. —Sofía miró a su hijo con una sonrisa deslumbrante antes de beber un sorbo.

Sissi, que se disponía a hacer lo mismo, se percató de que los ministros e incluso Francisco parecían esperar para beber. Los hombres sentados a la mesa observaban a Sofía en silencio, como si buscaran en su rostro alguna reacción.

La archiduquesa apuró la copa de champán y la bajó ya vacía, chascó los labios y emitió un suspiro satisfecho.

—Una añada digna de un emperador —afirmó al tiempo que le tendía la copa vacía a un criado para que se la rellenase.

Quienes rodeaban a Sissi se echaron a reír de buena gana, como si se hubiera derribado algún tipo de barrera, y con las risas la tensión desapareció. Los violines retomaron el vals que habían estado tocando y los comensales alzaron sus copas, bebieron y las conversaciones se iniciaron de nuevo.

Sissi dio un sorbo a su copa y saboreó el burbujeante dulzor de la bebida, una sensación maravillosa en la sofocante estancia. Los criados se inclinaron sobre la mesa para servir el primer plato: sopa de ternera vienesa. El caldo parecía demasiado pesado para la noche, pero Sissi aceptó su cuenco.

Sofía, que estaba bebiendo su segunda copa de champán, hablaba en voz demasiado alta con el embajador ruso.

—Pero los turcos amenazan con ir a la guerra, Pyotr. ¿Está el zar preparado para una contienda?

El embajador, que masticaba un trozo de arenque, meditó la respuesta.

—El zar nunca ha rehuido la guerra, sobre todo cuando la obra de Dios está en juego, archiduquesa Sofía.

Grünne se inclinó hacia Sissi y le habló en voz baja para que solo ella se enterase.

—La archiduquesa se refiere a la respuesta turca a los rusos. Verá, el zar Nicolás acaba de realizar una incursión militar en los territorios turcos de Valaquia y Moldavia.

—Por supuesto.

Sissi asintió con la cabeza, aunque no le cupo la menor duda, a juzgar por la sonrisa de Grünne, de que no lo había engañado. Nunca había hablado de política sentada a una mesa semejante. De hecho, nunca se había sentado a una mesa semejante. Bebió un buen sorbo de champán.

—Estamos preparados para la contienda, archiduquesa —añadió el embajador Meyendorff en voz más alta, tal vez irritado por la conversación privada de Grünne—. Tenemos la convicción de que la guerra con los turcos

es la única forma de solucionar el Problema Oriental.

Sissi observó, sorprendida, que depositaban más comida en la atestada mesa. Los criados reaparecieron para dejarles un plato de *tafelspitz*, ternera cocida con manzanas y rábanos picantes. A continuación, uno con fideos de patata rebozados con mantequilla y semillas de amapola. También sirvieron *rindfleisch*, la parte de la ternera preferida de Francisco, y *salzburger nockerln*, unos bocaditos de masa rellena que el emperador recibió con un aplauso. Al final aparecieron varios platos más con productos frescos procedentes de las huertas de la ciudad: rodajas de tomate aderezadas con aceite y vinagre, pepinos con zanahorias tan finamente ralladas que parecían papel y patatas salteadas con pimientos y cebollas.

Antes de que pudiera vaciar su copa los criados le sirvieron más champán, como si tuvieran órdenes de llenársela tras cada trago. La bebida la refrescó por dentro como un bálsamo burbujeante, una sensación que recibió de buen grado tras el largo viaje y la tensa recepción. Después de varios sorbos, se sintió lo bastante segura para entablar otra conversación.

—Discúlpeme, conde Grünne, pero ¿qué es eso del Problema Oriental? —susurró Sissi a su compañero de cena mientras aceptaba el plato que él le ofrecía, repleto de peras cocidas y nueces.

—Los turcos que gobiernan el Imperio otomano son débiles; de hecho, se debilitan con cada día que pasa. —El conde Grünne se limpió la boca con la servilleta—. Rusia quiere asegurarse de que cuando el sultán pierda poder reconozca a Rusia como legítima regidora de los cristianos que están dentro del Imperio turco.

—Pero Rusia está justo ahí. ¿Quién más se creería con derecho a gobernar sobre esos súbditos? —preguntó Sissi.

—Francia se ha mostrado muy osada últimamente bajo el mandato de ese nuevo Napoleón, el sobrino del primero, que se cree como su tío. Rusia solo desea recordar a Turquía que quien lidiará con los otomanos en el futuro será el zar, y no las potencias del occidente de Europa que no tienen cabida en tierras turcas.

La voz de Sofía se impuso a la de Grünne, y Sissi prestó atención.

—Tienes toda la razón, Pyotr. Ese fantoche que se cree Napoleón no tiene derecho a meter las narices en tierras orientales. Esa es la zona de influencia de Rusia.

—Si le permitís que tenga poder sobre los súbditos que son rusos de pleno derecho, ¿qué será lo siguiente? —preguntó el conde Von Bach—. Solo faltaba que ese sobrino de Napoleón, ese advenedizo, se crea el dueño de

todas las rutas fluviales comerciales. Hoy son los turcos, mañana será el mar Negro.

—Es como lo que hicimos... lo que mi hijo hizo en Hungría. Estaban envalentonándose demasiado. ¿Qué hicimos? Fuimos y les recordamos que nosotros ostentamos el poder. —Sofía bebió un sorbo de vino, muy satisfecha—. Y no hemos tenido más problemas con los húngaros desde entonces.

—El zar es de la misma opinión. —El embajador ruso asintió con la cabeza—. No huirá de su deber como Padre por Obra de Dios de Sus Súbditos que es.

—Tal vez por eso somos tan buenos amigos. —Sofía también asintió con la cabeza al tiempo que se inclinaba hacia el embajador ruso. A la archiduquesa empezaban a cerrársele los ojos, y lo observó entre parpadeos mientras bebía otro sorbo de champán.

Sissi se desentendió por el momento de la conversación sobre política exterior y recorrió con la mirada la larga mesa, llena de jarrones y de velas, hasta atisbar a Elena en el extremo más alejado. Su hermana parecía escuchar con expresión educada la conversación vivaracha de Francisco. Le estaba prestando atención, aunque no participaba demasiado, se percató Sissi.

—Pero ya basta de hablar de política exterior. Hablemos de algo agradable. —Sofía llamó la atención de Sissi—. Hablemos de mis visitas. ¿A que esta es muy bonita? —Sofía, sonrojada por la gran ingesta de comida y de vino, miró a Sissi con sorna—. Ten cuidado, sobrina Isabel. Eres muy joven. Muy inocente e ingenua. Puede que a los hombres de la corte les guste lo que ven.

Sissi no supo quién se avergonzó más por el comentario, si los estirados ministros o ella. Bebió un buen sorbo de champán. Su tía, en cambio, parecía no sentir incomodidad alguna.

—¿Sabes por qué me caes bien, sobrina Isabel? —Sofía se metió otro trozo de salchicha en la boca.

—Es muy amable, Alteza Imperial.

—Me caes bien porque me recuerdas a mí —siguió la archiduquesa, a quien se le escapó un trocito de salchicha medio masticado de entre los labios sin que se diera cuenta—. Cuando era más joven. Señor, mirad todo ese precioso pelo... ¿No se parece al mío, Bach? —Sofía miró al ministro que tenía al lado.

—Desde luego, su sobrina es encantadora y se le parece mucho, Alteza Imperial —contestó Bach, tal cual se esperaba de él. Además, parecía consciente de que cuanto antes respondiera, antes se zanjaría el tema.

—Su pelo está especialmente bonito esta noche, archiduquesa Sofía —dijo la condesa Esterházy, en ese tono tan formal en ella que hasta un halago sonaba serio.

—Y también eres muy lista, Isabel. —Sofía se sirvió otra ración de arenques, demostrando así que no había saciado su apetito.

—Gracias, majestad —contestó Sissi. Por fin sabía lo que Elena sentía cuando las palabras se le quedaban atascadas en la garganta y se negaban a salir.

—Puedes llamarme tía Sofía. Incluso tita, si lo prefieres. —Sofía se limpió las comisuras de los labios con un pico del mantel blanco.

—Gracias, tía Sofía.

—¿Te gusta el champán, Isabel? —preguntó la archiduquesa.

—Desde luego, tía Sofía.

—Veintidós años, a punto de cumplir veintitrés. Como mi Francisco. —Sofía suspiró. El silencio se impuso en su extremo de la mesa, aunque ella lo rompió—. Los franceses han conseguido hacer algo bien, por más que me duela admitirlo. Bebo nuestra cerveza y también vino italiano, pero nadie es capaz de elaborar champán como un francés. Bebe conmigo, Isabel. —Alzó su copa—. ¡Por Austria!

—Por Austria, y también por Su Alteza —añadió Sissi.

Bebieron al unísono. Sissi se dio cuenta de que debía moderarse con el espumoso y dio un respingo al ver que un criado ya le había rellenado la copa.

—Posee lo que denominaría «porte real», ¿no es cierto? —Sofía se dirigió en ese momento a Bach, mascullando las palabras. Aunque había empezado a hablar en un susurro, sus siguientes comentarios fueron audibles para los que estaban sentados junto a ella, incluida Sissi—. Es una verdadera pena que sea la pequeña. Que quede entre nosotros. Pero Francisco es un buen muchacho, sabe que no debe escoger a su emperatriz guiándose por una cara bonita. —Y tras decir eso, Sofía dejó de beber champán y atacó el vino, dándole un buen sorbo mientras miraba con anhelo a los músicos emplazados en un rincón.

Al otro lado de la mesa Elena no parecía estar disfrutando de sus compañeros de cena mucho más que Sissi. Por suerte, la joven estaba lo bastante lejos de su tía para no haber oído ese último retazo de conversación. Sissi aguzó el oído, pero le resultó imposible oír de qué hablaban Elena y Francisco. Su madre, sentada junto a ellos, reía alegremente de todo lo que su sobrino decía, y aunque Ludovica parecía estar disfrutando mucho de la cena, Sissi se percató de que apenas había tocado la comida.

—Isabel, vendrás con nosotros a Viena cuando nos vayamos de Bad Ischl,



¿verdad? —Sofía se apartó de la mesa y entregó el perrito a un criado para poder cruzar las manos sobre su voluminoso vientre.

—Desde luego, tía Sofía.

—Eso será en cuestión de un mes. Los trabajadores tienen que empezar la remodelación de esta casa. Es espantosamente pequeña. Este verano hemos estado muy apretujados. Pero el próximo será un palacio digno de un emperador.

—Estoy segura de que será el mejor retiro estival de toda Europa.

—¿Sabes por qué lo compré? —preguntó la archiduquesa.

—¿Por qué, tía Sofía?

—Como regalo de bodas adelantado para Francisco. Ahora solo nos queda celebrar el enlace. —Sofía lanzó una mirada inquisitiva hacia el otro extremo de la mesa—. A ver, a ver, ¿de qué estáis hablando por ahí, tortolitos? —Había alzado tanto la voz que todas las conversaciones cesaron—. ¿Mmm? —Golpeó la mesa con los nudillos, impaciente por obtener una respuesta—. No la acapares, Francisco. Insisto: ¿de qué estáis hablando tu prometida y tú?

—He preguntado a mi prima... —Francisco hizo una pausa, y Sissi consideró que no era buena señal que hubiera elegido esa palabra, «prima». Si Francisco sentía algo de afecto por Elena, ¿no se habría referido a ella como su prometida?—. He preguntado a mi prima Elena qué le gusta hacer en su tiempo libre —concluyó.

—Ah, ¿y qué te ha contestado? ¿Cómo te gusta pasar el tiempo, Elena? —Sofía enarcó las cejas y eructó con los labios cerrados mientras esperaba la respuesta de Elena.

La aludida mantuvo la vista fija en el plato, donde había estado dando vueltas a los fideos sin apenas comer.

—Me gusta leer, Alteza Imperial.

La tía Sofía no le ofreció la misma deferencia que a Sissi cuando le dio permiso para dejar de utilizar el tratamiento de cortesía.

—¿Y qué te gusta leer, Elena?

La joven se quedó callada, pensativa, antes de contestar en voz baja.

—Todo tipo de cosas. Filosofía. Historia. La Biblia.

Sofía se echó a reír.

—Tienes una novia muy piadosa, Francisco. ¿Y qué más te gusta leer, Elena?

—A santo Tomás de Aquino.

—Ah, una muchacha piadosa e intelectual. —Sofía miró a su hermana con una mueca desdeñosa, y Ludovica se encogió. La respuesta adecuada para

Elena habría incluido baile, canto o tocar el piano. Leer antiguos libros filosóficos y religiosos no se consideraba una actividad adecuada para una joven aristócrata. Era casi tan malo como los pasatiempos preferidos de Sissi, que consistían en montar a caballo, pescar, ir de excursión y escribir poesía.

Claro que Sofía no había terminado.

—Pero me refería a qué haces para entretenerte, Elena. —Sofía se volvió hacia su sobrina con los ojos vidriosos por la ingesta de champán—. ¿Qué haces para entretenerte?

Elena meditó la respuesta. Sissi sabía sin temor a equivocarse que su tímida hermana deseaba ocultarse bajo la mesa, esquivar toda la atención que le estaban dedicando. Pero fue un alivio ver que Elena respondía.

—Hablo con mi hermana. —Elena alzó los ojos hacia Sissi, suplicándole con la mirada que la rescatase.

—¡Ah! —La archiduquesa, con expresión más animada, se volvió hacia Sissi—. Sí, hablar con Isabel es muy entretenido, desde luego.

En ese momento le tocó a Sissi sentir la abrumadora incomodidad de la mirada de Sofía... y las miradas del resto de los comensales.

—Dime, niña graciosa, ¿qué haces para entretenerte?

Pillada por sorpresa, Sissi no supo qué contestar salvo la verdad.

—Muchísimas cosas, tía Sofía. —Al darse cuenta de que su tía se aprovechaba de lo que percibía como una debilidad en los demás, Sissi enderezó la espalda y continuó con voz más decidida. También ayudó que el champán hubiera eliminado parte de su timidez—. Me encanta montar a caballo. Me encanta caminar por los bosques en busca de flores silvestres. Me encanta leer poesía y también componer mis propios poemas.

—¿Te encanta montar a caballo? —preguntó Francisco.

Sissi se volvió hacia su primo, en el otro extremo de la mesa, agradecida de que le hubiera quitado las riendas de la conversación a su madre.

—Así es, majestad.

—A mí también. —Sus ojos relucían con verdadero interés—. Sobre todo en estas montañas.

—¿Acaso no nos encanta a todos? —Sofía se mecía de un lado a otro, con las facciones relajadas por el vino—. Francisco cree que no hay nada más atractivo que una joven que sepa montar a caballo.

El emperador, haciendo caso omiso del comentario de su madre, miró fijamente a Sissi.

—Tenemos unas caballerizas llenas de caballos estupendos, prima Isabel.

—Sí, me ha parecido verlas desde lejos.

Francisco continuó.

—No están tan bien acondicionadas como las caballerizas imperiales de Viena, pero sí lo suficiente para el verano. Puedo enseñártelas mañana, si te apetece. —Aunque era el emperador y podría haber formulado la sugerencia como una orden que Sissi debía cumplir, no había nada imperioso en su tono de voz. No, de hecho, parecía casi tímido. Como si se lo estuviera suplicando. Como si temiera que no fuera a aceptar.

—¿Oh? —No se trataba de una respuesta, era más una forma de ganar tiempo, ya que a Sissi le incomodaba el rumbo que había tomado la conversación delante de su madre. Sin embargo, la invitación le provocaba una tremenda emoción que no podía controlar del todo.

Reparó de pronto en la mirada gacha de Elena y en la expresión desesperada de Ludovica, y comprendió que debía redirigir la invitación.

—Elena, ¿no será estupendo acompañar a nuestro primo? —Sissi miró a su hermana en un intento por hacer que participase de la conversación. Elena se encogió de hombros. Miró a Francisco y esbozó una sonrisa inocente antes de contestar—. Primo, si no le importa que me una, será un placer acompañarlo con mi hermana a las caballerizas mañana.

Francisco apartó la mirada de Sissi y la posó en Elena sin saber qué hacer durante un instante mientras recuperaba la compostura.

—Es muy amable al incluirme para que los acompañe —insistió Sissi—. ¿A que es amable, Elena? —Sissi miró a su hermana abriendo mucho los ojos.

—No tengo claro que yo estuviera invitada —contestó Elena con sinceridad.

—Ah, sí, por supuesto que puedes acompañarnos. —Francisco señaló con la cabeza a Elena y esbozó una sonrisa forzada que no le llegó a los ojos—. Nada me haría más feliz que nos acompañaras, Elena.

Sissi esperaba que los demás comensales no estuvieran dando vueltas a lo mismo que le rondó la cabeza a ella durante el resto de la cena: si la idea de que Elena los acompañara hacía tan feliz a Francisco, ¿por qué parecía tan decepcionado?

## IV

*¿Cómo es posible que alguien no quiera a ese hombre?*

SISSI, hablando de Francisco José en Bad Ischl  
Agosto de 1853

## Capítulo 4

*Residencia imperial de verano de Bad Ischl, Alta Austria  
Agosto de 1853*

—Quizá sea mejor que yo no vaya. —Sissi se detuvo en la amplia escalinata. La idea del paseo matinal la incomodaba. En un primer momento fue una invitación dirigida a ella, dejando de lado a Elena.

Sin embargo, el recuerdo de Francisco José la noche anterior durante la cena, la sincera esperanza que asomó a su rostro cuando la miró... Sissi extendió un brazo para aferrarse al pasamanos, a la espera de que se le pasara el repentino mareo.

—Por supuesto que debes venir, Sissi. Sabes perfectamente que a mí no me gustan los caballos —replicó Elena, que dio un tirón a la manga del vestido de su hermana.

Sissi inspiró hondo y habló despacio.

—Pero creo que esta puede ser una buena oportunidad para que Francisco José, el emperador, y tú estéis juntos.

—Sissi. —Elena tomó a su hermana de la mano y le sonrió. ¿A qué venía esa expresión burlona?—. Fue a ti a quien invitó en primer lugar.

Eso era lo que la incomodaba tanto. Miró de reojo a Elena.

—Lo hizo simplemente porque soy la única que va a hablar con él. ¿Puedes intentar ser agradable con tu prometido, por favor?

—Estoy intentándolo —le aseguró Elena con un matiz de malhumor en el tono de voz.

Sissi habló más bajo mientras observaba las grandes y oscuras estancias junto a las que pasaban a fin de asegurarse de que nadie las escuchaba a hurtadillas.

—Bueno, ¿y si lo intentas con más ahínco?

Elena suspiró y clavó la vista al frente.

—Vamos, Nené. —Sissi la tomó del brazo—. ¿Vas a intentarlo con más ahínco que anoche?

—¡Por Dios! ¿Eres mi hermana o mi madre? —Elena meneó la cabeza—.

Me sorprende que mamá no haya encontrado la manera de acompañarnos a las caballerizas. Ya sabes, para supervisar el cortejo. Ojalá dejara de preocuparse tanto. Me pone más nerviosa si cabe.

—Solo desea que todo salga bien.

—Bueno, Sissi, pues no es tan sencillo como ella y tú me hicisteis creer. Siento mucho no compartir la devoción de nuestra madre por las obligaciones. Siento mucho no tener como tú la capacidad para ser frívola, para albergar ideas tan fantasiosas como la del romance.

Sissi se volvió hacia su hermana, dolida por el incisivo comentario. Elena mantuvo la vista al frente con tozudez y, sumidas en un tenso silencio, las dos muchachas avanzaron hasta salir por la puerta trasera del palacio.

La brillante luz matinal las hizo parpadear. Elena se colocó en la cabeza el sencillo sombrero de paja que llevaba y, a la postre, habló.

—Tampoco me gusta que tú también me riñas.

Sissi sopesó sus palabras un instante antes de replicar.

—Es que no entiendo por qué te opones tanto a este matrimonio. ¿No ves que muchas se considerarían enormemente afortunadas por tener semejante...? —Sin embargo, se interrumpió y se tragó sus siguientes palabras, consciente de que la delatarían si se permitía pronunciarlas. De manera que disimuló mientras se colocaba el sombrero, mucho menos sencillo que el de Elena. Esa mañana había descubierto en el jardín unas cuantas flores silvestres y había hecho con ellas una guirnalda que en ese momento adornaba el ala.

—No discutamos, Sissi, por favor. No lo soporto.

Elena parecía estar al borde de las lágrimas, algo que haría que la visita matinal fuera más incómoda de lo que ya prometía ser.

—Muy bien —convino Sissi—. Sabes que no puedo estar mucho tiempo enfadada contigo, Nené.

—Ese nombre está prohibido, ¿o no?

Sissi se echó a reír.

—En ese caso, Elena, permíteme dedicarte un cumplido: esta mañana estás muy guapa.

—Gracias, Isabel, tú también.

—Tu novio debería mostrarse muy interesado en ti.

—¡Sissi!

—Lo siento, lo siento.

Mientras atravesaban el patio en dirección a las caballerizas se cruzaron con una hilera de guardias uniformados que marchaban con paso marcial,

acompañados por el estruendo de sus botas sobre los adoquines. Tras ellos iban varias criadas, que miraron a Sissi y a su hermana de forma penetrante y escrutadora.

—Siempre hay mucha gente dando vueltas por todas partes —murmuró Elena al tiempo que se bajaba el ala del sombrero para protegerse de las miradas curiosas.

Sissi se volvió y lanzó una miradita furtiva a su hermana mientras andaban. Era a Elena a quien todos deseaban ver, a la mujer que sabían que iba a convertirse en la prometida del emperador. Su cumplido había sido sincero. El traje de montar de Elena, de color ciruela, le sentaba muy bien. Ella, por su parte, había elegido un atuendo de seda esmeralda.

—Allí está —dijo Elena en voz baja.

Sissi se protegió los ojos de la brillante luz matinal con una mano y miró en dirección a las caballerizas. En efecto, allí estaba Francisco José. Una silueta esbelta recortada contra las sombras que proyectaban los edificios.

—¡Hola! —las saludó él cuando las vio al tiempo que agitaba la mano—. ¡Aquí!

Parecía cómodo esa mañana, incluso relajado. En vez del almidonado uniforme, llevaba unos pantalones de montar y una chaqueta verde. El sol se reflejaba en su pelo rojizo, creando un halo cálido y dorado alrededor de su alegre rostro.

Sissi sonrió en contra de su voluntad.

—Buenos días, primas —les deseó en cuanto se acercaron, e inclinó la cabeza.

—Majestad Imperial —respondieron al unísono con sendas reverencias.

Otra figura salió en ese momento de las caballerizas.

—¿Recordáis al conde Grünne de la cena de anoche? —preguntó Francisco José a modo de presentación.

Sissi y Elena saludaron al conde.

—Espero que las habitaciones os hayan resultado cómodas —prosiguió Francisco José dirigiéndose a las dos, si bien sus ojos estaban fijos en Sissi.

—Desde luego, majestad —le aseguró ella—. ¿No es así, Elena? —añadió al tiempo que tomaba a su hermana del brazo.

—Sí —convino Elena, y afirmó con la cabeza.

—Prima Isabel, me percaté de que mi madre no dejaba de rellenarte el plato. Confieso que he estado preocupado. ¿Nuestra rica comida vienesa no te ha empachado?

—Ah, qué amable por su parte que me pregunte, pero nada más lejos de la

realidad. Disfruté mucho anoche. —Sissi sonrió—. En nuestro extremo de la mesa mantuvimos una conversación muy alegre, ¿no es así, conde Grünne?

—Por supuesto. Creo que su prima Isabel posee una habilidad excepcional.

—¿Ah, sí? —Francisco José miró a Sissi después de mirar al conde, interesado—. ¿Y cuál es?

—Isabel posee la habilidad de complacer a su madre, majestad. —El conde Grünne asintió.

—En efecto. Yo también me he dado cuenta. —Francisco José cambió el peso del cuerpo de un pie a otro y permitió que se hiciera un breve silencio entre los cuatro—. Bueno, ¿caminamos un rato?

Ofreció un brazo a Elena, y el gesto a Sissi le provocó alivio y una punzada de algo mucho menos agradable, algo involuntario. Ella aceptó el brazo del conde Grünne y los cuatro entraron en las caballerizas.

El olor fue lo primero que la asaltó. Ese olor tan familiar y embriagador. La penetrante mezcla del heno, el cuero y la madera pulida. Incluso en unas caballerizas de esas dimensiones, el doble de grandes que el establo de Possenhofen, y lustrosas tras haber recibido poco antes una capa de barniz, los caballos y sus guarniciones habían conspirado para perfumar el lugar con su característico y familiar aroma.

Era el olor de su pasatiempo preferido. El olor de Possenhofen: de las noches estivales antes de la cena, cuando cepillaba el brillante pelo de Bummerl hasta que su madre la llamaba para que entrara a cenar. Sissi se relajó de inmediato.

Dado que no estaban en el palacio imperial en Viena, las caballerizas no eran tan lujosas como esperaba que fuesen. Pero lo que les faltaba en esplendor lo suplían con su pulcritud y limpieza.

Examinó una pared de la que colgaban numerosos bocados, riendas, cabezadas, mantas de lana, cajas con los utensilios para asear a los caballos, tiras de cuero y sillas de jinete. ¡Qué barbaridad! Todos los habitantes del palacio, incluidos los criados, podrían montar a la vez dada la gran cantidad de equipación y el gran número de caballos que albergaban las caballerizas. Por sí solas, las sillas debían de costar más que el establo de Possenhofen al completo. Eran de suave cuero marrón, y sus delicadas curvas se amoldarían perfectamente a los fuertes lomos de los animales sobre los que descansarían.

Pero el rasgo más sobresaliente de las caballerizas eran sus caballos. Hileras e hileras de cuadras que se extendían ante ella, cada una con un ejemplar que a buen seguro costaba lo mismo que ganaba una familia entera



en un año.

—Mira qué caballos —exclamó Sissi.

Sin darse cuenta se soltó de Grünne y recorrió el pasillo para mirarlos de cerca. Cómo deseaba extender un brazo entre los barrotes de las puertas para tocar a esos animales. Cada cuadra que inspeccionaba parecía albergar un ejemplar más fuerte que el anterior. Era evidente que las caballerizas imperiales solo acogían caballos poderosos y en las mejores condiciones. También había yeguas, de cuerpos esbeltos y ligeros, criadas durante generaciones para que corrieran sin agotarse. Eran todos purasangres, altivos y nerviosos. Varias cuadras las ocupaban hannoverianos, los caballos alemanes que se criaban por su invencibilidad en la batalla, con sus musculosos y anchos pechos y sus cuellos tan gruesos como toneles. También vio ágiles caballos de caza de color canela, de razas más delicadas que seguramente serían las preferidas por las damas de la corte.

En el extremo más alejado se encontraban unos cuantos lipizzanos, los caballos bailarines de Austria, con sus pelajes moteados, blancos con pequeñas manchas negras y grises. Ese fue el grupo que más atrajo a Sissi, ya que eran de la misma raza que Bummerl.

Se acercó a una yegua de tamaño mediano y leyó el nombre escrito en la puerta de madera.

—Diamant —dijo en voz alta—. Hola, Diamant. —Se quitó el guante de montar y extendió la mano para que la yegua la olfateara antes de pasarle los dedos por el suave hocico moteado—. Ah, qué guapa eres, ¿verdad que sí? —la halagó mientras la yegua recibía de buena gana sus caricias yladeaba la cabeza.

—Ah, sí, esta parece tener un manto lleno de diamantes. —Francisco José se había acercado sin que ella se percatara, y Sissi se sobresaltó al oír su voz, apartando la mano de la yegua—. Yo mismo le puse el nombre cuando nació. Es hija de esta. —Señaló la cuadra adyacente, donde se alojaba otra yegua similar en tamaño y en color a Diamant—. Esta es Blume. Pero su nombre completo es Dame von Blume.

—La Dama de las Flores. —Sissi no pudo evitar reírse al conocer el nombre, y miró a la yegua que había engendrado a Diamant—. Hola, Blume.

—Es por esto, ¿ves? —Francisco José le tomó la mano desnuda y señaló el pecho de Blume, donde un mechón de pelo blanco surgía de entre una constelación de motas grises. A Sissi le dio un vuelco el corazón, muy consciente del suave roce de Francisco José—. Parece una *edelweiss*, ¿a que sí? —le susurró él cerca de su oreja.

La yegua acercó el hocico a las manos extendidas de Sissi y de Francisco José para que la acariciaran.

—Sí que lo parece. Es preciosa —respondió Sissi, sonriendo por la repentina confianza de la yegua. Se percató de que Francisco José todavía le sostenía la mano y la cabeza le dio vueltas.

—¿Te gustan mucho los caballos? —Francisco José le soltó la mano, pero siguió cerca de ella sin dejar de mirarla.

—Muchísimo.

—Entonces espero que te sientas cómoda aquí. Por favor, considera estas caballerizas como si fueran tuyas.

—Es muy amable, majestad.

—Por favor —replicó él agitando una mano—, te ruego que me llames Francisco.

Sissi miró hacia el otro extremo de las caballerizas y vio que Elena y el conde Grünne estaban hablando afablemente junto a una pared llena de sillas de montar. ¿Cómo era posible que su hermana pudiera mostrarse cordial con un completo desconocido como el conde Grünne y que, sin embargo, se quedara petrificada cuando se relacionaba con Francisco?

Francisco siguió su mirada.

—Tu hermana me dijo anoche que no le gusta montar a caballo. No tanto como a ti.

Sissi clavó la vista de nuevo en su primo. Agradeció que, dada la penumbra del establo, el rubor de sus mejillas fuera menos visible.

—Salgamos —propuso Francisco en voz baja—, solos tú y yo.

—¿Adónde? —preguntó Sissi, espantada.

Francisco señaló la yegua.

—A dar un paseo.

—Ah, estoy segura de que a Elena le encantaría acompañarnos —replicó Sissi al tiempo que miraba de nuevo a Diamant, sintiéndose culpable por el mero hecho de haber recibido semejante invitación.

—Vamos, Isabel. ¿Puedo llamarte así? ¿Isabel?

Ella asintió con la cabeza de forma distraída, ya que tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar.

—Por favor, Isabel. Rara vez tengo tiempo para divertirme. Me encantaría llevarte a dar un paseo a caballo. Sé que te gusta mucho. Puedes montar a Diamant. ¿O prefieres a Blume? La elección es tuya. —Hizo un gesto en dirección a las cuerdas sin dejar de mirarla a los ojos.

La muchacha titubeó, pero él insistió.

—Ordenaré que ensillen mi caballo. —La miraba con una intensidad que a Sissi le resultaba extraña e incómoda. Jamás había sido la receptora de una mirada tan fija por parte de un joven tan atractivo. Que para más inri era el emperador.

—No estoy segura de que este sea un buen momento —respondió, si bien su voz sonó tan débil como pobre era la excusa que había usado.

—¿Por qué no? Estás vestida adecuadamente para montar. He pedido al conde Grünne que despejara mi agenda para esta mañana. Y, como puedes ver, los caballos no tienen ningún otro compromiso.

Sissi cambió el peso del cuerpo de un pie a otro y acarició con los dedos la guirnalda de flores que adornaba su sombrero, un gesto distraído y propio de una niña.

—Vamos a dar un paseo —insistió Francisco de nuevo.

—Bueno, a lo mejor Elena quiere acompañarnos —balbució Sissi al tiempo que miraba con irritación a su hermana, que parecía ajena por completo a la conversación.

Francisco también miró hacia el otro extremo del pasillo, a Elena. Y después, sin detenerse siquiera, gritó:

—Grünne, ¿te importaría acompañar a mi prima Elena de vuelta a la villa? Me gustaría dar un paseo a caballo con mi prima Isabel.

Sissi vio que, en el oscuro rincón de la caballeriza, Elena abría la boca por la sorpresa y clavaba su mirada en ella. Sissi, frenética, le devolvió la mirada. «Perdóname, Nené. No pretendía que esto sucediera.»

Francisco siguió hablando con voz afable:

—Isabel me estaba contando que es una amazona estupenda. Y me encantaría comprobarlo. —Tras mirar a una hermana y luego a la otra, añadió —: Prima Elena, me has dicho que no te gusta montar, ¿verdad? El conde Grünne está a tu entera disposición durante el resto de la mañana. Puedes hacer lo que te apetezca. ¿Un paseo por los jardines? ¿Un paseo en carruaje hasta la ciudad? Grünne, sus deseos son órdenes para ti, ¿entendido?

Grünne, que miró a una hermana y luego a la otra, pareció entender la situación con meridiana claridad. Y como buen diplomático que era, replicó con voz agradable:

—Por supuesto, majestad.

—Bien, pues ya está decidido. —Francisco asintió con la cabeza y se volvió hacia Sissi—. Ordenaré que ensillen de inmediato a Diamant. Creo que su paso te resultará agradable.

Elena, que aún no había dicho nada, miraba a su hermana como si fuera

cómplice de aquella falta. Sissi sintió que la culpa le atravesaba las entrañas como un puñal. «Me cambiaría por ti, Nené.»

—¿Nos vamos, duquesa Elena?

Sin mediar palabra, Elena aceptó el brazo que Grünne le ofrecía y dio media vuelta para salir de las oscuras caballerizas. Mientras atravesaba el umbral y salía al decidido rayo de sol que iluminaba el patio miró a Sissi por encima del hombro. ¿Qué significaba esa mirada?, se preguntó Sissi, inquieta. ¿Su hermana se sentía dolida y enfadada? ¿O se sentía aliviada tal vez?

—Veamos, toma, vas a necesitar esto. —Francisco echó a andar hacia el muro de las guarniciones y cogió un *bombe* negro, un casco de montar de lujoso terciopelo.

—¿Cómo dice? —Sissi parpadeó, y dejó de mirar hacia el lugar por el que se había marchado su hermana para mirar de nuevo a su primo. Clavó la vista en el casco que le ofrecía, sin comprender lo que le había dicho—. Ah, sí, por supuesto. —Extendió los brazos para quitarse el sombrero de paja mientras pronunciaba un distraído «gracias».

Francisco levantó el casco y desabrochó la hebilla delantera.

—¿Me permites ayudarte?

—Ah —exclamó mientras se quitaba el sombrero. Cuando lo hizo, sus brillantes rizos rubios oscuros se soltaron y le cayeron por los hombros, enmarcándole la cara. Se recogió el pelo como pudo y logró hacerse una trenza un tanto despeinada, consciente de la intensa mirada de Francisco.

—Se pone así.

Su primo se inclinó hacia ella y le colocó el casco con suavidad antes de abrocharle la hebilla bajo la barbilla. Las puntas de sus dedos le rozaron las mejillas y después la parte superior del cuello.

Sissi sintió un escalofrío que no podía haber causado la cálida brisa matinal, y cerró los ojos.

—Lista.

Una vez que la hebilla estuvo cerrada, los dedos de Francisco se demoraron un momento bajo su barbilla. Si bien intentó bloquear las sensaciones lo mejor que pudo, el cálido roce de la piel de Francisco contra la suya le recordó de nuevo que eso era lo más cerca que había estado en la vida de un joven.

—Gracias —logró decir al tiempo que apartaba la mirada de su primo y la clavaba en la yegua.

En ese momento apareció un mozo de cuadra y agradeció que fuera ese desconocido quien la ayudara a montar en lugar de Francisco.

Su primo montó su caballo, un corpulento hannoveriano con un pelaje tan suave y exquisito como el chocolate.

—Este es Sieger. —Francisco se inclinó hacia delante para acariciar el grueso cuello de su caballo.

—Hola, Sieger. Un nombre apropiado, parece todo un campeón. —Sissi asintió mientras admiraba la estampa que formaban Francisco y el imponente Sieger.

—De momento no hemos perdido nunca —replicó su primo—. ¿Verdad que no, Sieger?

La manta que descansaba bajo la silla de montar de Francisco era de grueso terciopelo de color púrpura oscuro con un escudo de armas hecho con hilo de oro. Sissi examinó el blasón, pero le resultó difícil desentrañar el significado del complicado bordado.

Francisco siguió su mirada.

—¿Hablas latín?

Sissi leyó las palabras bajo el escudo.

—*Viribus unitis*. Algo sobre... ser uno. Oh, me temo que mi latín es escaso. Perdóneme. —Sissi desvió la mirada, avergonzada. Podría decirle el nombre en latín de cualquier flor silvestre. Podría recitar de memoria cualquier verso de Shakespeare o de Goethe. Pero ¿traducir antiguos textos latinos? Jamás había sentido el menor interés por las cosas «muertas». No, prefería interesarse por lo que estaba «vivo».

—«Con unión de fuerzas» —dijo Francisco, que parecía estar conteniendo una sonrisa—. Es el lema familiar de los Habsburgo.

—Y el blasón que hay encima...

—¿Sí?

—Es interesante —dijo Sissi—. Veo la corona sobre el águila. Un águila que parece muy majestuosa y orgullosa... Pero ¿por qué tiene dos cabezas?

Francisco esbozó una sonrisa misteriosa.

—Es porque los Habsburgo han decapitado a tantos enemigos que creemos que todo el mundo debería nacer con dos cabezas.

Sissi tragó saliva sin saber qué replicar.

—¡Prima Isabel! —Francisco soltó una carcajada—. Estoy bromeando.

—Ah. —Sissi sonrió, más relajada—. Gracias a Dios.

Francisco parecía encontrarse la mar de a gusto.

—Deberías haber visto la cara que has puesto.

Sissi bajó la mirada, sonrojándose a causa del calor de la mañana y de la calidez de la mirada de su primo.

—Pues entonces explíqueme qué significa.

—Cuando María Teresa, mi tatarabuela, se convirtió en emperatriz se casó con Francisco Esteban, duque de Lorena. —Francisco colocó los pies en los estribos mientras se explicaba—. No solo tuvieron un matrimonio feliz sino que además gobernaron juntos en armonía.

—Un logro encomiable —repuso Sissi al pensar en la unión de sus propios padres. «Felices» no era la palabra que ella usaría para describir su vida en común.

—Desde luego. Más difícil de lo que parece, imagino —replicó Francisco.

Sissi asintió con la cabeza. Solo sabía de su existencia por los libros de poesía. Y, sin embargo, semejantes matrimonios se daban en la vida real.

—Desde dicho matrimonio, la rama de Lorena ha formado parte de nuestra casa. Así que yo soy Francisco José, de la casa de Habsburgo-Lorena.

—Eso explica las dos cabezas del águila.

—Exacto. Dos familias, una casa. —Francisco asintió.

Una vez en la silla de montar, la incomodidad de Sissi pareció disminuir considerablemente. Al fin y al cabo, a lomos de un caballo era donde más a gusto se sentía.

—Y ahora creo que ya estamos listos para salir a pasear.

Francisco chascó la lengua a fin de que su caballo se pusiera en marcha y precedió a Sissi para salir de las caballerizas. Tomaron un camino que los alejaba de la villa.

Al llegar a una verja trasera un guardia los saludó y les franqueó el paso. Sissi, cuyos ojos aún no se habían acostumbrado al reluciente sol, parpadeó.

—Pero María Teresa no fue del todo afortunada al final. —Francisco retomó la historia conforme se alejaban trotando del palacio en dirección a campo abierto.

—¿Por qué? —preguntó Sissi, intrigada, mientras su yegua se adaptaba al ritmo que imponía Sieger.

—Verás, María Teresa consiguió casar a su hija preferida con un partido excelente. Un matrimonio que todas las muchachas de Europa envidiaban.

—¿Con quién se casó? —preguntó Sissi.

—Esa hija se casó con un tal rey Luis. Se llamaba María Antonieta.

—¿María Antonieta? ¿La reina francesa? —El nombre procedía de una lección de historia que Sissi estaba segura de que jamás olvidaría.

—La esposa de Luis xvi. Ambos encontraron un final poco ceremonioso en la guillotina, me temo.

Sissi nunca había relacionado esa lección de historia con la familia de su

primo.

—¡Madre mía! Era su tía abuela.

—Pues sí —confirmó Francisco moviendo la barbilla.

—En mi opinión, eso hace que uno se replantee el deseo de llevar la corona —reflexionó Sissi en voz alta antes de darse cuenta del mal gusto del comentario. Debía aprender a moderar su lengua, se reprendió—. Eso ha sido... Perdóneme, no quería insinuar que... seguro que todo el pueblo lo quiere y...

—No pasa nada, prima Isabel —la interrumpió Francisco agitando una mano—. Entiendo lo que quieres decir. Y planeo mantener la cabeza donde está ahora mismo... con el cuello y todo.

Avanzaron en silencio unos minutos y Sissi se percató, con una creciente incomodidad, de que la expresión del emperador se había tornado seria, incluso ensimismada. Aún mortificada por su irreflexivo comentario, siguió callada. A la postre, Francisco puso fin al silencio.

—Pretendo ser un monarca que trabaje para su pueblo y que lo sirva bien. Con suerte, no les daré motivo alguno para que deseen mi muerte. —La miró con una expresión adusta, y Sissi se sorprendió de nuevo por lo apuesto que era el prometido de su hermana.

—Y el pueblo lo amará en respuesta —replicó. Estaba convencida de ello.

—El amor no es mi principal preocupación —señaló él como si nada mientras recorría los campos con la mirada—. Que amen a su reina. A sus príncipes herederos y a sus princesas. Pero al emperador deben respetarlo. Eso es de vital importancia.

Sissi frunció el ceño ante la afirmación.

—Pero seguro que aspira a obtener ambas cosas, ¿verdad? Me refiero al amor y el respeto del pueblo.

Francisco se volvió para mirarla y habló como si estuviera recitando un edicto que se hubiera aprendido de memoria hacía mucho tiempo, durante sus primeros días en la habitación infantil imperial.

—Reino por mandato divino. Si mi pueblo ama a Dios me amará a mí. Pero para gobernar... para gobernar un rey necesita respeto.

Sissi sopesó sus palabras mientras retorció las riendas entre los dedos.

—¿No cree que es más fácil motivar el corazón de la gente, su amor, antes que cualquier otra cosa?

Francisco se volvió hacia ella una vez más y la miró con tal intensidad que Sissi deseó removerse sobre la silla de montar. Sin embargo, se obligó a mantener esa mirada de ojos azules. Tras lo que se le antojó un silencio

interminable, él apartó la vista y dijo:

—Tal vez tengas razón, prima Isabel.

Sin embargo, Sissi no estaba segura de que en el fondo lo creyera.

Francisco se encogió de hombros y adoptó un tono de voz más ligero mientras cambiaba de tema de conversación.

—Ya está bien de política. —Hizo un gesto para abarcar el paisaje y comentó—: Las vistas no están mal, ¿verdad?

Sissi contempló los campos abiertos y admiró los kilómetros y kilómetros de interminables pastos verdes. Más allá de los campos se erigían las rocosas montañas hacia el cielo y justo en el punto donde las laderas se alzaban desde la llanura localizó una pequeña granja. A medida que se acercaba a ella Sissi vio a varias niñas que corrían tras una cometa mientras su madre trabajaba encorvada en un huerto cercano.

—Hola. —Sissi saludó a las chiquillas cuando pasó junto a ellas. Ajenas a la visita imperial, las pequeñas siguieron jugando, si bien la mujer alzó la vista.

—¡Majestad Imperial! —exclamó la campesina, que dejó caer al suelo las hortalizas que llevaba en el delantal—. Niñas, quietas. ¡Hacedle una reverencia al emperador! —Sus hijas recogieron la cometa y se quedaron como estatuas, presas del asombro, mientras Sissi y Francisco se alejaban.

—Hace un día precioso para volar cometas —comentó Francisco, y permitió que una sonrisilla ablandara el impacto de su rígida postura.



Al cabo de varios minutos llegaron al límite de los campos de labor e iniciaron una lenta subida hacia las colinas más cercanas. Sissi miró hacia atrás, hacia el prado que acababan de atravesar, y se percató de que tras ellos iban unos cuantos jinetes. Hombres uniformados de rígida postura a lomos de unos corpulentos caballos de batalla. El grupo estaba pasando junto a la granja de la mujer y las niñas a quienes acababan de saludar.

—Majes... Francisco —se corrigió Sissi. Observaba al grupo, que mantenía una formación similar a la de un pequeño ejército—. Creo que nos siguen.

—Desde luego. —Francisco la miró de reojo sin inmutarse.

—¿Quiénes son?

El emperador ladeó la cabeza.

—La guardia imperial.

—¿La guardia? —Sissi entrecerró los ojos para poder ver mejor. Habría



unos doce jinetes, todos a lomos de hannoverianos idénticos. Distinguió el blasón de los Habsburgo-Lorena en las mantas de los caballos—. ¿Lo siguen a todas partes?

—A todas partes salvo al excusado y al dormitorio —respondió Francisco mirando al frente.

Sissi se ruborizó.

—Vamos a cabalgar un poco. Las vistas mejoran según se asciende. — Francisco clavó los talones en los lomos de Sieger, indicándole que apretara el paso, y aumentó la distancia con Sissi y Diamant.

—Muy bien —replicó la joven, y azuzó a Diamant.

Alcanzó a su primo y ambos galoparon colina arriba, codo con codo, durante un trecho. En un momento dado Sissi miró a Francisco de reojo y volvió a reparar en lo guapo que estaba a lomos de su caballo. Tenía una expresión relajada en la cara y su postura irradiaba seguridad.

Francisco se volvió y la sorprendió mirándolo, de manera que aminoró el paso. Sissi hizo lo propio.

—Montas bien, Isabel.

—Gracias —dijo ella, con la respiración alterada. Recordó las palabras que su tía Sofía había dicho la víspera: «Francisco cree que no hay nada más atractivo que una joven que sepa montar a caballo».

Francisco interrumpió sus pensamientos.

—Es raro que una jovencita sea capaz de montar tan bien como un hombre, ¿verdad? Mi madre siempre se cansa antes que los hombres cuando vamos de cacería.

Sissi se ruborizó, ya que no sabía si el comentario implicaba una velada crítica o puede que incluso una censura.

—Mi padre ha sido... en fin, menos tradicional, podría decirse. —Se negó a añadir que, a veces, era tan poco convencional que había animado a sus hijas a montar a pelo, como los campesinos con los que él se relacionaba y con los que se divertía—. Mi padre hace caso omiso de las convenciones que restringen la educación de las jóvenes. Cree que no hay nada más digno para nuestra educación que pasar tiempo en la naturaleza.

—Me lo habían comentado. Mi madre.

¿Se lo habían comentado? ¿Qué quería decir eso? ¿Tal vez le habían «advertido» de su peculiar formación? Sissi se hizo todas esas preguntas al recordar el desdén con el que su tía Sofía había hablado de su padre la noche anterior y el recuerdo la enfureció.

—Entonces ¿el conde te animaba a montar a caballo a menudo? —le

preguntó Francisco.

Sissi sintió la necesidad de salir en defensa de su padre.

—Papá no cree en ese pensamiento convencional que asegura que las mujeres son el sexo débil —respondió—. Mis padres tal vez hayan sido bastante laxos con nuestra educación en comparación con otros progenitores de su misma posición. Pero se lo agradezco.

Francisco la miró con admiración, como si su defensa le resultara graciosa.

—La joven que han criado es capaz de mantenerse a la altura del mismo emperador. Supongo que esa es la prueba más evidente de que deberíamos permitir que las mujeres se ejerciten.

Así pues no estaba decepcionado, pensó Sissi. De hecho, parecía admirar su resistencia.

—¿De modo que no hubo manera de mantenerte en casa bordando y tomando lecciones de baile, prima Isabel?

—Ya ha visto mi incompetencia con el latín. —Sissi sonrió—. No, mi lección preferida era siempre estar fuera de casa. —Recordó los días pasados en Possi, los días pasados en los bosques, con su padre. Tal vez añorara su hogar. Tal vez fuera la certeza de que Francisco había recibido una educación totalmente distinta. Pero desde la distancia, su padre, el duque, adquirió un lustre diferente en la mente de Sissi, como si fuera una versión más atractiva de sí mismo. Menos tembloroso, con los ojos menos enrojecidos, menos errático y más liberal, como ella misma—. Papá me llevaba a escalar las montañas y yo saltaba y brincaba como un rebozo mientras él me hablaba de la flora y la fauna salvajes. Mis lecciones de historia eran los relatos que él me contaba mientras montábamos a caballo, codo con codo.

Francisco asintió, atento a sus palabras.

—Pero, por lo visto, a tu hermana Elena no le gusta montar como a ti...

Era la primera vez que el nombre de su hermana surgía entre ellos, se percató Sissi, y notó que la culpa le provocaba un nudo en la boca del estómago.

—Me temo que no —confirmó—. Sufrió una mala caída cuando éramos pequeñas. Desde entonces se ha negado a montar a caballo.

—Ah, deduzco que tú, en cambio, has tenido suerte. ¿Te has librado de semejante trauma?

—Ah, no, me caí muchas veces. Di unos sustos terribles a mi madre. Pero me negué a dejarlo. A papá le gusta bromear diciendo que, si no hubiéramos nacido como nobles, él y yo habríamos sido artistas de circo.

Francisco se echó a reír, y Sissi no pudo contener la sonrisa. Estaba disfrutando de la compañía de su primo más de lo que esperaba. Bajo ellos, a los pies de la colina, la guardia imperial avanzaba siguiéndoles los pasos.

Francisco miró a sus hombres y después a Sissi con un brillo travieso en sus ojos azules.

—¿Quieres que los obliguemos a ejercitarse?

—¿Cómo dice?

—¿Quieres que intentemos despistarlos? —le propuso Francisco, queladeó la cabeza hacia ella con una sonrisa.

Sissi se enderezó en la silla de montar, emocionada por el desafío.

—Si hay dos jinetes capaces de lograrlo, somos nosotros —afirmó Francisco—. ¿Qué me dices?

Sissi aceptó.

—¡Vamos, Sieger, al galope! —Francisco sacudió las riendas y el caballo se lanzó a la carrera sin titubear, llevando su carga imperial directa a la cima de la colina.

—¡Diamant, vamos! —Sissi lo siguió al punto tras azuzar a su yegua.

Diamant era tan fuerte como cualquier yegua en la flor de su juventud, y corría veloz con paso suave y firme. Sissi jamás había experimentado una emoción semejante, y se dejó llevar por el aire que le azotaba la cara, aromatizado por el olor de los pinos, y por el ritmo ensordecedor de los cascos del animal. Respiraba jadeando, casi con dificultad, y al poco tiempo se percató de que le dolían los brazos y las piernas. Pero era una fatiga que le resultaba conocida y muy gratificante. Esa era la sensación de cansancio que siempre esperaba encontrar tras una buena cabalgada, de manera que el corazón empezó a latirle a toda velocidad.

En un momento dado el camino dejó de ser tan empinado y Francisco aminoró el paso.

—Más despacio, Sieger. Los hemos despistado. Buen chico, buen chico.

Sissi tiró de las riendas de Diamant para que se adaptara al ritmo de Sieger. Los caballos, al igual que sus jinetes, estaban sin resuello y perlados de sudor.

—Creo que deben de estar a algo más de un kilómetro —dijo Sissi entre jadeos.

—Vamos a beber agua de este arroyo.

Francisco detuvo a Sieger y desmontó. Tras atarlo, tomó a Sissi de la mano y la ayudó a desmontar.

Acalorada por la temperatura y por la cabalgada, la joven se desabrochó el

casco y se lo quitó, permitiendo que el pelo le cayera suelto en torno a los hombros.

—Espero que no haya sido demasiado agotador.

Francisco la observó mientras la tomaba del brazo para guiarla arroyo arriba a fin de beber, como ya hacían sus caballos.

Sissi sonrió.

—En absoluto.

—Estoy impresionado, prima Isabel. ¿No te has cansado?

—Solo estoy sedienta —respondió.

—Bueno, pues aquí podremos solucionarlo.

El claro era pequeño, lo justo para que el arroyo hubiera conformado un estrecho lecho entre los pinos y la tierra cubierta de musgo. Los árboles que lo rodeaban estaban llenos de pájaros, criaturas libres que recibieron con sus trinos la llegada de los dos visitantes. Era un lugar precioso. Demasiado bonito, de hecho, y Sissi lo sintió de nuevo: el nudo que le provocaba la culpa en la boca del estómago. ¿Qué estaría haciendo Elena en ese momento al pie de la colina?

Sissi apartó los ojos de Francisco y señaló el manantial, cuyas aguas conformaban una charca limpia y reluciente.

—¿Este es uno de los famosos manantiales de Bad Ischl? —preguntó con un tono de voz que esperaba que fuese alegre y despreocupado. El tono de voz que se usaba con los amigos.

—Desde luego. ¿No decías que tenías sed?

Sissi asintió con la cabeza.

—Personalmente dudo mucho de las historias que aseguran que esta agua es terapéutica y que tiene poderes medicinales. Pero la verdad es que está muy buena. —Francisco se arrodilló en el mullido suelo y se inclinó sobre el manantial—. Mi madre asegura que fue esta agua lo que... —Guardó silencio de repente.

—Lo que ¿qué? —preguntó Sissi, que se percató de que las mejillas de su primo habían adquirido un profuso sonrojo, un detalle que le resultó gracioso.

—Lo que... eh... le permitió tenerme.

—En ese caso, será mejor que yo no beba —replicó Sissi con voz cantarina. Una réplica impulsiva que se le antojó demasiado escandalosa en cuanto la pronunció.

Sin embargo y para su alivio, Francisco estalló en carcajadas.

—Creo que hay otras variables involucradas en el asunto. —Clavó la vista en el suelo y se puso aún más colorado.

Sissi apartó la mirada en un intento por contener las carcajadas, que parecerían infantiles.

—En todo caso... —Francisco cuadró los hombros, recuperando su porte sereno—. En todo caso debes probar el agua, prima Isabel. Insisto.

Introdujo las manos en la charca, quebrando con el movimiento la tranquila superficie y provocando una serie de ondas que avanzaron por el manantial. Cuando se llevó las manos a la boca, unidas y ahuecadas para formar un cuenco, llevaba agua suficiente para beber.

Sissi hizo lo propio.

—Salud —dijo Francisco con una sonrisa.

—Salud —repitió ella—. A su salud, primo Francisco.

—No, a la tuya, Isabel.

Bebieron, y la fresca dulzura del agua provocó un agradable escalofrío a Sissi, si bien metió de nuevo las manos en el manantial para beber más.

—Cabalgar en pleno verano provoca mucha sed. Y despierta el apetito. Debería haberseme ocurrido traer un poco de pan y queso. —Francisco también bebió por segunda vez.

—De momento me basta con el agua —repuso Sissi, que se limpió la boca antes de agacharse otra vez para beber más.

Cuando lo hizo captó un ruido a lo lejos. Al principio fue algo débil, dos voces. Se sentó con la espalda recta y escudriñó el bosque. Francisco también lo había oído y se puso en pie.

En ese momento dos personas salieron de la espesura, discutiendo a voz en grito.

—¡Te he dicho que un poco más abajo, el agua está demasiado fría aquí arriba!

—Marga, tengo sed.

Un hombre apareció por el camino en primer lugar, pero no desde la dirección que debía tomar la guardia imperial. Él y la mujer que lo seguía llegaban desde más arriba, tras haber descendido por la montaña.

—Vaya, perdón, caballero y señorita. —El paseante, de pelo canoso, se detuvo y miró a su acompañante.

Sissi supuso que eran marido y mujer.

Su ropa dejaba claro que no pertenecían a la corte ni tampoco eran habitantes de la ciudad de Bad Ischl, situada más abajo. No, todo indicaba que llegaban desde alguna villa remota situada en plena montaña. El hombre llevaba unos sencillos pantalones negros y una camisa gris de arpillera. La mujer, sudorosa y morena por el sol, lucía un vestido descolorido cubierto por

un delantal blanco que parecía tener unos cuantos años.

Aunque la piel arrugada y la escasez de pelo delataban la edad avanzada de la pareja, aparecieron por el camino andando con una agilidad que dejó bien claro que estaban cómodos y conocían bien las montañas. La mujer llevaba una cesta llena de algo que a Sissi le parecieron setas y el hombre cargaba con un saco de leña a la espalda.

—Mira, Gunnar, excursionistas. —La mujer observó a Francisco y a Sissi mientras dejaba la cesta junto al manantial—. Y por su aspecto diría que son nobles. Buenos días, señorita y caballero.

—¿Bebiendo agua y disfrutando del maravilloso día? —El hombre entabló conversación de forma amigable mientras se inclinaba para beber. Cuando terminó de hacerlo, alzó de nuevo la vista y miró a Francisco. Lo reconoció de inmediato—. No... —Sus ojos estaban clavados en él—. No puede ser. ¿Es...?

Francisco sonrió y miró a Sissi antes de contestar.

—Eso depende de quién crea que soy.

—Pero no puede ser... ¿Su Majestad Imperial? ¿El emperador? —El anciano se volvió hacia su esposa y susurró—: Marga, ¿crees que es él de verdad?

La mujer negó con la cabeza de forma enfática.

—¿Aquí arriba? ¿Y sin su guardia? No seas tonto, Gunnar.

Pero el anciano no estaba dispuesto a claudicar. Se volvió hacia Francisco y le preguntó:

—¿Es... el emperador en persona?

—Lo soy —contestó Francisco con una sonrisa amable y modesta, incluso tímida para asombro de Sissi.

—¡Señor Todopoderoso! —El anciano tendió una mano a su mujer, que esta aferró mientras ambos hacían una reverencia—. Marga, es él. ¡El emperador Francisco José en carne y hueso!

—Majestad Imperial. —Marga se santiguó varias veces mientras inclinaba la cabeza—. Perdone nuestra vulgaridad. No estoy acostumbrada a ver reyes paseando por las montañas. La verdad sea dicha, no estoy acostumbrada a ver reyes en ningún sitio.

Sissi soltó una carcajada ante tan inocente afirmación.

—Por favor, levantaos. —Francisco miró a Sissi como si estuviera incómodo.

—¡Majestad! —Gunnar mantuvo la vista pegada al suelo—. He subido a la montaña pensando en recoger leña y beber del manantial... y he acabado

viendo al mismísimo emperador. —El hombre tenía los ojos llenos de lágrimas y soltó la mano de su mujer para santiguarse—. ¿Te lo puedes creer, Marga?

—Háblale de Rolphe. ¡Cuéntaselo! —le dijo la mujer a su marido.

—Majestad Imperial, si me perdona, nuestro hijo, Rolphe, está muy enfermo. ¿Le importaría rezar por él?

La mujer añadió:

—El único motivo de que sigamos subiendo hasta aquí es para recoger estas setas. Son las preferidas de Rolphe, ¿sabe? Hacemos cualquier cosa que suponga un consuelo para nuestro pobre muchacho.

—Será un honor rezar por su hijo. —Francisco asintió con la cabeza. Su voz era amable, pero formal—. ¿Se llama Rolphe?

—Sí, majestad —respondió el anciano con un gesto afirmativo lleno de agradecimiento.

—¿Y quién es su guapa acompañante? —preguntó la mujer, refiriéndose a Sissi al tiempo que esbozaba una desdentada sonrisa—. No he oído que Su Majestad Imperial se haya casado... perdón, que haya elegido una emperatriz, quiero decir. Claro que las noticias tardan en llegarnos aquí en las montañas.

—¡Oh, no! —Sissi bajó la mirada y negó con la cabeza.

—Esta es mi prima, la duquesa Isabel de Baviera —la presentó Francisco.

—¡Señor Todopoderoso! No sabía que había muchachas tan guapas en Baviera. Creo que voy a hacer un viajecito a Baviera cuando mueras, Marg. —Gunnar dio un codazo a su mujer.

—¡Esa lengua! No puedes hablar así delante del emperador y de su prima. —Marga dio un guantazo en un hombro a su marido—. Esos modales, Gunnar.

—No, no pasa nada, os lo aseguro. —Francisco no pudo contener una carcajada—. Es cierto, mi prima es muy guapa. —Se volvió hacia Sissi, haciendo que las mejillas de esta adquirieran un rubor involuntario.

—Bueno, llevamos un tiempo rezando para que encuentre pronto a su emperatriz, majestad —dijo la anciana—. Todos queremos que Su Majestad Imperial tenga un hijo.

En ese momento le tocó a Francisco ponerse colorado. Cambió el peso del cuerpo de un pie a otro al tiempo que murmuraba una apresurada réplica.

—Son muy amables al rezar por mí.

—Creo que esta sería una buena opción —susurró Gunnar dirigiéndose a su esposa, si bien no lo hizo en voz muy baja.

—¡Calla, Gunnar, que pueden oírte!

Sissi y Francisco se miraron y sonrieron, avergonzados.

—Bueno, si no les importa, había pensado en llevar a mi prima más arriba. Será mejor que nos pongamos en marcha.

—Por supuesto, majestad. —Gunnar hizo una reverencia—. Marga, ¡acabo de dejarle paso al mismísimo emperador!

—Mi hermana no va a crearme. —La campesina seguía mirando a Sissi y volvió a santiguarse—. Ojalá pudiera enseñarle lo guapa que es, duquesa Isabel.

—Que disfruten del día, majestad. Y si alguna vez les apetece probar el estofado de setas de Marga... es el mejor. Lleva carne de conejo y también especias. —El hombre se relamió los labios mientras hablaba—. Vivimos a una hora colina abajo, menos si van a caballo. Pueden venir cuando gusten — los invitó Gunnar con expresión seria.

Francisco asintió con la cabeza.

—Gracias. Rezaremos por su hijo, Rolphe, y por su recuperación.

—Es muy amable, majestad. —Gunnar hizo una nueva reverencia y su mujer lo imitó.

—Buenos días. —Francisco ayudó a Sissi a montar antes de hacer lo propio y la guio camino arriba, hacia la cima de la montaña.

Gunnar y Marga los siguieron atónitos con la mirada mientras se alejaban, como si fueran un par de píos suplicantes.

Cabalaron en silencio durante varios minutos. Sissi se sentía repentinamente apocada tras haber presenciado el despliegue de emocionada admiración hacia su primo. El asombro de los campesinos al ver a Francisco le había recordado la responsabilidad de la posición que ocupaba. Lo veían como una deidad que caminara entre ellos.

—Debe de pasarle con frecuencia —dijo poniendo fin al silencio. Un pájaro trino en respuesta desde una rama cercana—. Que la gente se le acerque y lo reconozca. Que lo trate como si fuera un dios.

—Sí. —Francisco ladeó la cabeza en actitud pensativa—. Pero rara vez hablo con ellos. Rara vez se les presenta la oportunidad.

—¿Por qué?

—Si estoy con mi guardia o con mis asistentes, o con Grünne o mi madre, no se les permite acercarse. La archiduquesa jamás consentiría semejante comportamiento.

Sissi frunció el ceño. En Baviera su padre se relacionaba constantemente con los campesinos y con los habitantes del pueblo. Tal vez más de lo que debería. Pero eso lo había convertido en un gobernante querido.



—¿No ansía el contacto con su pueblo? —preguntó—. ¿Escuchar de primera mano sus esperanzas y sus problemas? A mí me parece un gesto bonito.

Francisco meditó al respecto. Tras un breve silencio respondió, si bien sus palabras parecieron una lección repetida a menudo más que una afirmación convincente.

—Nunca se debe olvidar la posición que se ocupa.

Sissi dejó el tema y se sumió en sus pensamientos. No podía saber lo que suponía para Francisco que lo reconocieran y lo persiguieran allá donde fuese, se dijo. Que todos los plebeyos con los que se cruzaba supieran al instante quién era y lo miraran con asombro al pasar. Mantenerse apartado de todas aquellas personas que lo veían como un icono viviente, consciente de su propia fragilidad y, sin embargo, siendo receptor del amor, las alabanzas, las penas y el sufrimiento de todos sus súbditos. La pesada carga que debía de llevar su primo sobre los hombros la abrumó de repente. Estaba a punto de decírselo en voz alta cuando Francisco habló, poniendo fin a sus pensamientos.

—Mi madre siempre me ha dejado muy claro la importancia de mi papel. Siempre me ha dicho que debe existir cierta distancia entre el gobernante y el súbdito. Un gobernante debe inspirar asombro e incluso temor.

Sissi reflexionó de nuevo sobre ese razonamiento. No le sorprendía que su tía Sofía abogara por un estilo de liderazgo rígido. Al fin y al cabo, esa era la manera en la que ella parecía vivir su vida. Pero no estaba de acuerdo con la opinión de su tía. Francisco, sospechaba Sissi, tenía un carácter más sensible que su despótica madre. Tenía la firme convicción de que si su primo lograba desentenderse un poco de la férrea influencia de su madre se convertiría en un gobernante magnánimo, amado por su pueblo.

—Estás muy pensativa, prima Isabel.

Sissi lo miró y negó con la cabeza al comprender que no había escuchado ni una sola palabra de su último comentario.

—Lo siento.

—¿No vas a compartirlos?

—¿Cómo dice?

—Tus pensamientos. ¿No vas a compartirlos conmigo? —La contemplaba con una mirada extremadamente seria—. No es una orden, por supuesto —añadió al tiempo que clavaba la vista en el camino que se extendía ante ellos y retorció las riendas entre las manos—. Es más... un ruego. Si eres tan amable...

—Sí, por supuesto —replicó Sissi—. Es solo que alguien que impone temor puede despertar con facilidad odio o, peor, ser depuesto. Pero el amor, que debe ganarse, una vez ganado jamás se pierde.

Francisco meditó al respecto sin apartar la vista del camino. No parecía convencido.

Sissi habló y repitió una frase que ella había estudiado con frecuencia.

—«Nada es tan fuerte como la dulzura, nada es tan gentil como la verdadera fuerza.»

—Me gusta. —Francisco la miró—. ¿Dónde lo has oído?

—Lo he leído. Es de Goethe.

—Goethe —repitió su primo—. Tal vez deba leer más obras suyas. Apenas las recuerdo.

—Creo que cualquiera se beneficiaría de su lectura —afirmó Sissi—. Estaré encantada de prestarle mis libros, Francisco.

—Oh, no es necesario, estoy seguro de que tenemos muchas copias en las bibliotecas imperiales.

—Sí, por supuesto. —Sissi se puso colorada. Qué tonta debía de haber parecido, ofreciendo libros al emperador.

—Entonces ¿es una actividad de la que disfrutas estando dentro de casa? ¿Leer a Goethe?

Sissi bajó la mirada e hizo un mohín para contener la sonrisa que pugnaba por aparecer en sus labios.

—¿Quién ha dicho que deba leerse a Goethe en casa?

Francisco observó su expresión.

—Pero sí, me gusta Goethe. —Sissi se removió en la silla bajo la intensa mirada de su primo—. Cuando salgo a pasear siempre me llevo un libro, suyo o de poesía, y me puedo pasar toda una tarde leyendo feliz al sol en algún prado.

—Qué agradable parece. Te imagino perfectamente, prima Isabel. —Seguía mirándola—. Me encantaría hacer lo mismo. Contigo.

Sissi obvió el comentario, si bien percibió el vuelco que le dio el corazón al escucharlo. Se sumieron en un apacible silencio y continuaron cabalgando, acompañados por el esporádico canto de alguna alondra y por el susurro del agua del manantial al caer por las rocas.

—Un lugar muy sereno, ¿verdad? —Francisco volvió a mirarla.

—Precioso —convino su prima. Y lo era. Parecían estar completamente solos, completamente apartados del resto de la gente y del mundo.

—Ya casi hemos llegado a la cima, nos queda poco —anunció Francisco.

Siguieron montaña arriba. La arboleda era más espesa allí y formaba un impenetrable muro verde que los protegía del sol, creando un refugio fresco y húmedo. La brisa, que se colaba entre las ramas de los árboles, llevaba consigo el dulce olor a pino y a savia.

Y, de repente, la subida se niveló. Los árboles dieron paso a un claro que apareció frente a ellos. Sissi jadeó mientras contemplaba la panorámica que ofrecía el cielo azul en lo que parecía ser el techo del mundo. Los caballos se detuvieron sin que nadie se lo ordenara, sobrecogidos también por la belleza que se extendía ante ellos.

—¡Qué alto estamos! —Sissi bajó de un salto de Diamant, la ató sin pérdida de tiempo a un arbolillo y corrió hacia el borde. Allí contempló el gran manto azul y verde—. Tenemos el mundo entero a nuestros pies. —Soltó una carcajada y, con los brazos en cruz, pretendió abarcar cuanto tenía delante.

Francisco afianzó el nudo de las riendas de Diamant e hizo lo propio con Sieger.

Sissi saltaba cerca del borde, contemplando las cimas de las montañas más bajas y los campos que se extendían a lo lejos.

—Por favor, ten cuidado, prima Isabel. —Francisco se aproximó con precaución.

—¡Menuda vista! —Lo invitó a que se acercara más.

—Es una maravilla, ¿verdad? —El emperador se colocó al lado de Sissi, si bien se aferró a una rama algo endeble—. Mira, allí está la *Kaiservilla*. —Señaló una forma abajo, una mancha amarilla que destacaba en el verdor.

—La distingo, aunque a duras penas —reconoció Sissi, maravillada ante la complejidad de aquella edificación.

—Y aquella es la granja junto a la cual pasamos. ¿Puedes ver la cometa que aún hacen volar las niñas?

—No... No consigo verla —dijo la joven con los ojos entrecerrados.

—Y eso es Bad Ischl. —Francisco señaló un edificio minúsculo en el valle. La única estructura distinguible era la aguja de la iglesia.

—Estamos en la cima del mundo —exclamó Sissi mientras extendía los brazos de nuevo—. Esto debe de ser lo que ve Dios.

Francisco se había aproximado todavía más a ella.

—O el emperador.

—O Gunnar —replicó Sissi, acercándose más al borde—. Solo que él sube hasta aquí a pie y nosotros hemos venido a caballo.

—Creo que voy a sentirme celoso por los elogios que dedicas a Gunnar.

—Francisco estaba tan cerca que Sissi notó su aliento en la mejilla.

—¿Cómo va a lograr la hija de un duque que un emperador se ponga celoso?

Sissi se volvió para mirarlo. El corazón le dio otro vuelco, como si hubiera resbalado con un pie por aquel abismo, al ser consciente de la intensidad con la que la observaba.

—Te sorprenderías —dijo Francisco con una sonrisa tan luminosa como la mirada que le dedicaba.

La joven era consciente de que se encontraban al borde de un peligroso precipicio. Sus palabras, sus miradas, su proximidad los estaban acercando a un lugar al que no deberían ir. Qué fácil sería traspasar la frontera de la amistad, adentrarse en un territorio desconocido que, aunque aterrador, le parecía natural. Incluso inevitable.

Se miraron el uno al otro en silencio, envueltos por esa trama que se tejía entre ellos cuyo hilo los acercaba más y más en ese quedo momento. Pero antes de que alguno hiciera algo de lo que después pudiera arrepentirse, Sissi se volvió y rompió el hilo. Se apartó del borde y echó a andar hacia el manantial.

—¡Vamos a beber! —exclamó con tono alegre.

Francisco la siguió con la mirada, pero no dijo nada.

Sissi clavó la vista en el arroyo.

—Qué pena que Elena se haya perdido todo esto. —Tragó saliva y se obligó a añadir—: La próxima vez debe traerla.

—No veo cómo, si no le gusta montar a caballo —repuso Francisco, que se acercó a Sissi.

—Es el emperador —le recordó ella al tiempo que se volvía para sostener su mirada—. Encontrará el modo de traer a su novia hasta aquí.

—Supongo que sí. —Francisco encogió los hombros de tal forma que el gesto confundió a Sissi. De manera que se sintió agradecida cuando cambió de tema de conversación y dijo—: Hace mucho calor. ¿Te importa si me quito la chaqueta?

—Solo si no le importa que yo me quite la mía —respondió la joven. De haber estado cabalgando sola, o con su padre, durante un día tan caluroso se habría quitado varias capas de ropa mucho antes.

—De acuerdo pues. —Francisco se tiró de las mangas de la chaqueta para despojarse de la pesada prenda.

Sissi se desabrochó la chaqueta de seda y se la quitó para poder disfrutar de la ligereza de la camisa blanca sobre la piel.

—Mucho mejor —dijo Francisco al tiempo que dejaba su prenda en el suelo, a su lado. Miró a su prima y, al verla con la camisa, clavó los ojos en ella.

Sissi se sintió incómoda. Acababa de caer en la cuenta de que no llevaba corsé. No solo le resultaba molesto bajo el traje de montar, sino que, además, la prenda convertiría en una experiencia horrorosa cabalgar, una de sus actividades preferidas. Lo único que la cubría de cintura para arriba a ojos de Francisco era la fina camisa y la delicada ropa interior que llevaba debajo. Cruzó los brazos por delante del pecho.

—¿Agua? —El emperador enarcó las cejas y señaló el arroyo.

—Ah, sí.

Él se agachó de nuevo para beber del manantial. Cuando lo hizo, Sissi reparó en la gruesa cicatriz que tenía en la parte posterior del cuello. La piel estaba descolorida y arrugada. Era la cicatriz de una herida que había sanado, pero que jamás desaparecería.

—Francisco —dijo—, ¿qué es eso? —Extendió una mano hacia delante de forma instintiva. No se dio cuenta de lo que había hecho hasta que fue demasiado tarde. Hasta que sus dedos rozaron la piel arrugada de la parte posterior del cuello de su primo.

—¿Esto? —Francisco se tensó y levantó un brazo para atrapar la mano de Sissi antes de que ella pudiera retirarla.

—Tiene una cicatriz —señaló la joven, más preocupada en ese momento por el hecho de que Francisco le hubiera cubierto la mano con la suya que por la piel desfigurada de la antigua herida.

Se miraron a los ojos, aún tocándose. Sissi percibía el calor de la palma de Francisco. Tras un silencio, su primo apartó la mano y ella dejó caer la suya en su regazo. Azorada, trató de recuperar la compostura y recordar la pregunta.

—¿Qué le pasó?

Francisco se tocó la cicatriz y su expresión se tornó sombría.

—Un intento de asesinato.

—¿De verdad? —preguntó alarmada.

—Fue un húngaro llamado Libényi.

—¿Trató... trató de matarlo?

El emperador asintió con la cabeza.

—¿Cómo?

—Caminaba por las murallas de Viena, inspeccionando las fortificaciones, cuando el tal Libényi apareció detrás de mí y me apuñaló

aquí.

Sissi se llevó una mano al cuello en un acto reflejo.

—Qué horror —dijo.

—Me salvaron dos cosas. En primer lugar, el uniforme. El que llevaba anoche. Es muy grueso y da mucho calor, pero es resistente. Lo bastante para protegerme de la afilada hoja.

Sissi miró la chaqueta que descansaba en el suelo, entre ellos, una chaqueta de montar de estilo más informal. Aunque era recia, no lo era tanto como parecía serlo el uniforme blanco. Consciente de sus pensamientos, Francisco añadió:

—Solo me pongo esto cuando estoy aquí. En Viena llevo el uniforme todos los días. Ya lo verás. Las cosas son muy... distintas en Viena.

Sissi no pudo evitar fruncir el ceño al oír el comentario y se preguntó a qué se referiría. Pero decidió guardar silencio al respecto. En cambio, preguntó:

—Ha dicho que lo salvaron dos cosas. ¿Cuál es la segunda?

—Mis hombres. La lealtad de mis hombres. Se enfrentaron al húngaro.

Sissi asintió con la cabeza.

—A Dios gracias. Pero de todas formas parece... —Sissi titubeó—. Horrible.

Francisco suspiró.

—Mi madre se llevó un susto espantoso. La hizo odiar Hungría todavía más. Y no deja de repetir lo importante que es que me case. Que engendre un heredero. Y pronto. —Se echó a reír, pero no fue una risa franca—. Sin embargo, en cierto modo, casi me alegra que sucediera.

—¿Le alegra?

—Haber sufrido una herida hace que me sienta... no sé, más merecedor. Como si por fin pudiera entender a lo que se enfrentan todos los soldados. Me acerca más a ellos.

Sissi parpadeó y desvió la mirada hacia el agua.

—Es una forma de verlo.

—Desde entonces la guardia imperial se ha convertido en mi sombra.

—Tal vez hayamos cometido un error al despistarla. —Sissi recorrió con la mirada la arboleda en la que estaban sentados a solas, sin rastro alguno de la guardia.

—Aquí me siento seguro. ¿Tú no? —Francisco sonrió y volvió el torso para poder observarla—. Pero estás tan blanca que pareces un fantasma, Isabel. ¿Te ha asustado mi relato?

—Es horrible pensar que... —Sissi dejó la frase en el aire.

—¿Te preocupa la idea de que me hagan daño? —Francisco la miraba con una expresión esperanzada, expectante, en los ojos.

Ella asintió con la cabeza.

—Por supuesto —contestó.

Francisco sonrió y le cubrió con delicadeza una mano. Ella se lo permitió, aunque sabía que debería apartarse de inmediato.

—En ese caso, estoy doblemente agradecido por lo sucedido —repuso él en voz baja—. Porque me ha concedido la oportunidad de ganarme tu compasión.

Sin saber bien cómo responder, Sissi se limitó a quedarse sentada mientras reflexionaba sobre la conversación. Sobre lo aterrador que debía de ser el hecho de que hubiera personas en el mundo dispuestas a matar a su primo. Sobre la abrumadora presión con la que debía de vivir.

Francisco interrumpió sus cavilaciones tras varios minutos.

—Por Dios, qué calor. —Apartó la mano para limpiarse el sudor de la frente.

—Desde luego —convino Sissi, que se sentía un poco mareada. No sabía si se debía al calor y al ejercicio físico, o si más bien era por otra cosa muy distinta. Por Francisco. Por la imagen de Elena, que no paraba de rondarle la cabeza. Por sus frenéticos, delirantes y confusos pensamientos.

—Me gustaría nadar un rato —afirmó Francisco de pronto mirando el agua.

—Me llevaré a Diamant y emprenderé el camino de regreso si le apetece meterse en el agua —sugirió Sissi, e hizo ademán de levantarse—. Nos encontraremos en el camino.

—No, no, no. —Francisco meneó la cabeza y la sujetó de un brazo para mantenerla a su lado.

Sissi se volvió y su mirada voló hacia la mano que la aferraba. Francisco la apartó, liberándola.

Ella tragó saliva y dijo con voz alegre:

—¿Por qué? Se merece un baño.

El emperador desvió la mirada, arrancó una brizna de hierba y la soltó para que se la llevara la brisa.

—Aquí nace el agua que luego bebe la gente. Se supone que no es para bañarse. Eso haría que llegara contaminada a los pueblos del valle.

—Ah, entiendo. Sí, supongo que siendo quien es no se le permite el menor descuido. Tal vez el emperador, más que nadie de entre todas las

personas, esté obligado a acatar las reglas.

Francisco meditó al respecto un momento y arrancó más hierba de la alfombra verde que se extendía bajo ellos. Sus manos parecían inquietas, al igual que sus pensamientos.

—¿Y si decidiéramos ser imprudentes? —preguntó mirándola a los ojos de nuevo con una intensidad alarmante—. ¿Y si hiciéramos algo imprudente? ¿Y si no pensáramos en los demás, sino en lo que queremos nosotros? ¿Y si hiciéramos lo que parece adecuado para nosotros, tú y yo?

Y, de repente, Francisco ya no estaba hablando de bañarse en un manantial.

—Pero no podemos —respondió Sissi con un hilo de voz.

—¿Por qué no podemos?

—Porque... se debe a su pueblo. —Y a Elena, pensó. Tenía la boca seca, tan seca que ni toda el agua del manantial sería capaz de refrescársela—. Sus decisiones no solo conciernen a su persona. O a mí. También debe pensar en el imperio. —¿Cuál era la máxima que le había inculcado su madre? «Cada cual debe cumplir con su deber.» El suyo era apoyar a Elena.

—¿Acaso un emperador no tiene derecho a ser feliz?

—Por supuesto que sí.

—¿Qué sentido tiene ser emperador si no puedo tener lo que más deseo... aquello que me haría feliz?

Contempló la imagen que se reflejaba en la cristalina superficie del agua con el ceño fruncido. Instantes después dio una palmada al suelo y se puso de pie, tras lo cual echó a andar hacia su caballo.

Sissi supuso que la excursión había llegado a su fin.



Descendieron la montaña sumidos en un tenso silencio. Saltaba a la vista que Francisco estaba de mal humor. Cuando llegaron a las caballerizas entregó las riendas a un mozo de cuadra y abandonó a Sissi con un somero:

—Discúlpame, prima Isabel.

—Gracias por el paseo, primo Francisco —respondió ella, si bien él ya se alejaba.

Francisco se detuvo y miró hacia atrás por encima del hombro.

—¿Te veré a la hora de la cena, Isabel?

—Sí.

—Bien. Vamos a celebrar un cotillón. —Su voz adoptó un deje frustrado—. Un baile, en mi honor. A las doce de la noche cumplo veintitrés años.



—¡Oh! —exclamó Sissi—. Es verdad.

Francisco titubeó.

—Sí, bueno. Adiós.

Y con esas palabras se volvió y atravesó el patio con rapidez, dejando a Sissi sumida en un nuevo silencio, confuso y angustiado.



La brusca marcha de Francisco era tan difícil de desentrañar como lo había sido su comportamiento a lo largo de todo el día. ¿Por qué había insistido en pasar tiempo con ella, en hacerle todas esas insinuaciones veladas y todas esas afirmaciones indescifrables? ¿Qué sentido tenía?, se preguntó. Las caricias de sus dedos en la piel le resultaban enloquecedoras. Su sonrisa, la expresión de esos claros ojos azules rebosantes de... ¿Qué era? ¿Esperanza? ¿Afecto? ¿Por qué no podía reservar todas esas miradas tan afectuosas y desconcertantes para Elena, con quien estaba comprometido?

Era como sentarse a la mesa de un banquete, una mesa llena de todas las delicias que había deseado probar, y oler las salsas mientras se imaginaba los maravillosos sabores, solo para coger el tenedor y oír que no se le permitía probar nada.

¿Por qué tenía que ser Francisco tan maravilloso? ¿Tan bueno con los demás? ¿Tan guapo? ¿Tan atento con ella? El corazón le rebosaba de alegría, le provocaba una sensación vertiginosa cuando recordaba cómo la había tomado de la mano. Lo suave que era la piel de su cuello.

Pero lo peor era la sospecha de que él sentía lo mismo por ella. Y esa irrefutable convicción la carcomía y le dolía, como si fuera un diente podrido que no pudieran extraerle, pero en lo más hondo de sí misma.

Caminó de un lado al otro del patio, incapaz de entrar en el palacio. En el palacio de Francisco. En su dormitorio, que compartía con la prometida de él... que daba la casualidad de que era su querida hermana. Elena, su confidente y única amiga.

Elena. Sissi se compadecía de Nené y, sin embargo, también estaba furiosa con ella. ¿Cómo podía ser tan cruel como para desperdiciar semejante oportunidad, para no apreciar el incomparable regalo que le habían ofrecido al comprometerla con Francisco? ¿Acaso su desinterés no había allanado el camino para que Francisco y ella descubrieran la atracción que existía entre ellos? «¡Ay, Elena, cómo te envidio! ¡Y cómo me odio por hacerlo!»

También estaba enfadada con Francisco. La enfurecían sus gestos amables y sus veladas insinuaciones cuando sabía perfectamente que jamás podría ser

suyo. ¿Estaría jugando con ella por diversión? ¿Él, que podría conseguir a cualquier muchacha de toda Europa, estaba disfrutando con ella porque la consideraba su conquista más reciente?

Sin embargo, debajo de todo eso, y más poderoso si cabía que la ira dirigida a Elena y a Francisco, latía un profundo desprecio por sí misma. ¿Cómo era posible que hubiera cometido la imprudencia de colocarse voluntariamente en semejante situación? ¿De disfrutar tanto con las atenciones de Francisco? ¿De devolverle las sonrisas, de permitir que se convirtieran en carcajadas? ¿Por qué había sentido la necesidad de defender a su hermana y, al hacerlo, de desviar la atención de Elena al instante? ¿Por qué había accedido a cabalgar con Francisco y, lo que era peor, por qué había disfrutado tanto como lo había hecho? ¿Y cómo, oh, cómo había cometido la imprudencia de enamorarse del prometido de su hermana?

## V

*Se miran a los ojos, comunicándose en silencio. Incluso después de tantos años, después de todo el dolor que se habían provocado el uno al otro, solo ellos dos pueden lograrlo. Lo que los espera al otro lado de las puertas es algo a lo que deben enfrentarse juntos.*

*—Ha llegado el momento. —Un sacerdote bajito entra en la antesala con la casulla arrugada por la velocidad de sus pasos. Tras la reverencia de rigor, se incorpora y les da instrucciones.*

*Los dos asienten con la cabeza. Él se levanta de la silla y se coloca junto a Sissi. Ella acepta la mano que le tiende y le da un apretón, un último gesto de apoyo.*

*—¿Estás lista? —le pregunta él.*

*—Lo estoy. ¿Y tú?*

*—¿Está alguien listo para dividir su imperio por la mitad?*

*—Francisco —dice ella tras darle otro apretón en la mano—, estás manteniendo tu imperio intacto.*

*Francisco clava la mirada al frente con los labios apretados. Cuando sus ojos vuelven a ella, la mira fijamente. Sissi se queda sin respiración, temerosa de lo que va a decir. Y después él suspira y pregunta:*

*—Pero ¿qué pasa con nosotros?*

## Capítulo 5

*Residencia imperial de verano de Bad Ischl, Alta Austria  
Agosto de 1853*

—Duquesa Isabel, ¿me concede el honor?

Sissi levantó la vista y vio la cara sonriente del conde Grünne. El oficial, con el uniforme almidonado y recién afeitado, se hallaba delante de ella.

Sissi no estaba del todo segura, pero parecía que la mano que le tendía era una invitación, por inexplicable que pareciera, para bailar.

—Per... perdón, ¿cómo dice?

Elena, sentada al lado de Sissi y evitando su mirada, movió los dedos con nerviosismo tal como había hecho toda la noche. Al otro lado de Elena, Ludovica observaba la escena con una expresión nerviosa y desconcertada en el rostro.

Como respuesta, el conde se limitó a agitar la mano enguantada y a sonreírle.

—¿Me concede este baile, duquesa Isabel?

—Ah, pero... pero desconozco los pasos...

Sissi no concluyó la frase. Un conjunto de violines empezó a tocar un vals. Los hombres y las mujeres se emparejaron y ocuparon su sitio en mitad del salón.

A decir verdad, Sissi nunca había bailado en un cotillón. Jamás había asistido a uno. La única pareja de danza que había tenido era su instructor en Possenhofen, el estricto herr Hausmann, que aparecía en el castillo a intervalos irregulares e intentaba obligarlas a Elena y a ella a familiarizarse con los vales, las cuadrillas y las polcas.

—Me pondré en ridículo —alegó Sissi.

Se resistió al tiempo que sentía que se le ruborizaban las mejillas. Pero más inquietantes que la mirada expectante del conde Grünne eran las miradas curiosas que le dirigían desde todos los puntos del salón. Cortesanos, ministros y criados la escudriñaban, moviendo los labios mientras cuchicheaban tras unas manos y unos abanicos que ocultaban bien poco. Y

allí, al otro lado del salón atestado, Francisco José estaba sentado, observando. Bach y Sofía se hallaban junto a él, y su tía hablaba con varios cortesanos y miraba la pista de baile como para supervisar a las parejas.

El consejero, con uniforme de gala, se inclinó hacia Sissi en ese momento con la mano extendida. Enarcó una ceja al hablar.

—La ayudaré.

Sissi se puso en pie y aceptó la mano, pero no dijo nada. Mientras Grünne la conducía al centro de la estancia tuvo la sensación de que las miradas de todos los presentes podrían agujerear la seda de su vestido con la intensidad de su escrutinio.

Grünne se acercó a ella con los ademanes de un profesor de baile.

—Perdóneme, duquesa, pero debo rodearle la cintura con un brazo. —Lo hizo, y Sissi se ruborizó—. Y ahora empezamos. —Sus pies comenzaron a moverse al compás de tres por cuatro y ella lo siguió. Grünne la sujetaba con tanta firmeza que, tras los primeros pasos, la joven se dio cuenta de que podría haber levantado los pies del suelo y él la habría llevado en volandas durante todo el vals—. La archiduquesa me ha pedido que sea su pareja en este baile.

Sissi miró a Grünne a los ojos por primera vez.

—¿Cómo dice?

Grünne sonrió.

—Por favor... Seguro que ya sabía que era lo que todos estaban esperando.

—¿Qué?

—Verla bailar, por supuesto.

—Pero... ¿por qué?

—Porque el emperador piensa pedirle que cierre el baile con él.

Sissi tragó saliva con fuerza... convencida de que, de no ser por los brazos de Grünne, le habrían fallado las piernas.

Así no era como quería que acabara la noche. Un poco antes, después del paseo a caballo, había doblegado sus atribuladas emociones y había regresado a la *Kaiservilla* con una firme determinación: Francisco era el prometido de Elena. Ella, Sissi, estaba allí para apoyar a su adorada hermana, y eso era justo lo que pensaba hacer.



Tras entrar en su dormitorio Sissi descubrió a Elena en la cama, envuelta en la colcha y con las cortinas corridas.

—Nené.

Se quedó en el vano de la puerta.

Su hermana levantó la vista y le dirigió una mirada inexpresiva antes de apartar la cara, blanca como el papel.

—Ay, Nené, perdóname. Por favor. —Corrió a su lado—. No ha sido nada, Nené, solo un paseo a caballo. —Se sentó en el borde de la cama, apenas tocando el colchón. No sabía si Elena le pediría que se marchara. Pero su hermana no lo hizo—. Francisco sabía que no te gusta montar a caballo. Solo estaba mostrando la cortesía de un buen anfitrión.

—Cortesía, desde luego.

—Por favor, solo ha sido un...

—Basta. —Elena levantó una mano y silenció a Sissi—. Ya basta, ¿de acuerdo? No es culpa tuya —dijo a la postre, si bien con un deje acerado en la voz—. Sé que te pidió que lo acompañaras. —Sus ojos negros fulminaron a Sissi, y aunque los había visto toda su vida, en ese momento parecían distintos. Inaccesibles, velados e impenetrables.

—Sí, pero, Elena, no ha significado nada —mintió Sissi al tiempo que cogía la laxa mano de su hermana. No podría significar nada. Haría cuanto pudiera para que Elena se ganase la atención y el afecto de Francisco. Arreglaría las cosas para su hermana. Por más que le doliera a ella.

Elena escuchó en silencio mientras Sissi describía su paseo a caballo de la forma más anodina posible. Por el bien de Elena, no mencionó todas las sonrisas que habían compartido; ni la agradable conversación y la sensación de camaradería; ni los roces accidentales de sus cuerpos; ni la forma tan tensa y alterada en la que Francisco se había separado de ella.

Elena se había relajado poco a poco junto a Sissi al escuchar el relato de esa tarde. Las continuas promesas de Sissi de que no había significado nada. Conforme pasaron los minutos, sus ojos negros adoptaron una expresión algo más tierna.

A Sissi le dolía el corazón mientras consolaba a Elena a través de omisiones, mientras la tranquilizaba con verdades a medias. Detestaba mentir a su querida hermana, pero también le dolía porque estaba renunciando a la conexión que había llegado a sentir con Francisco. «Pero es una conexión a la que no tengo derecho», se recordaba.

De modo que cuando Nené por fin aceptó la vehemente declaración de que no había significado nada, Sissi casi se echó a llorar por el alivio. Su hermana accedió a intentarlo de nuevo, a tratar de ganarse al prometido por el que había ido a ese lugar. Incluso aceptó vestirse como le correspondía.

Sissi estaba convencida de que no destacaría con el vestido rosa claro que se había puesto al lado del elegante vestido de seda de color marfil con plumas de avestruz de Elena. Mientras que ella se había peinado con sus habituales trenzas y peinetas, su hermana había permitido que Ágata y Sissi le recogieran el pelo oscuro con una delicada guirnalda de hiedra. Parecía muy majestuosa con sus escarpines plateados y sus guantes de cuero.

Al otro lado de la ventana de su dormitorio el sol se puso sobre el castillo y las colinas adyacentes. Mientras terminaban de vestirse la luna se alzó en el cielo despejado, con apenas una ligera y fría brisa que anunciaba el final del verano. Era la noche perfecta para celebrar el cumpleaños de Francisco. Y, decidió Sissi, también sería la ocasión para que Elena por fin ocupara su puesto al lado del emperador. Reconciliadas, las hermanas salieron del dormitorio cogidas de la mano.

Y sin embargo, cuando llegaron al comedor a Sissi la sentaron junto a Francisco. Elena, con una expresión sorprendida en la cara, acabó al otro lado de la estancia, más lejos del emperador que las coles cocidas. Donde Sissi debería haber estado.

La cena fue un evento de lo más incómodo, ya que Francisco no dejaba de volverse hacia Sissi para preguntarle su opinión acerca de todo, desde la comida, pasando por la música que le gustaba hasta el baile. Fue demasiado. Con el estómago revuelto por toda esa atención que no había buscado, Sissi apenas tocó la comida. Fue incapaz de mirar al otro extremo de la mesa, donde se sentaba su hermana flanqueada por la desagradable condesa Esterházy y el seco conde Von Bach.

Y en ese momento allí estaba ella, bailando con el ayudante de campo de Francisco, un consejero del emperador que le había advertido que él solo era el aperitivo. Que le había dicho que Sofía, al reconocer la clara preferencia de su hijo, había pedido a ese curtido oficial que guiara a la nerviosa e inexperta Sissi en su primer baile.

Cuando terminó el vals, la joven se dio la vuelta para regresar a su asiento, pero se vio obligada a detenerse.

—¿Isabel? —Francisco estaba delante de ella con una sonrisa expectante, como la que había mostrado durante su paseo a caballo.

—¿Sí?

Sissi se detuvo delante de él. Sentía el corazón desbocado contra la sofocante jaula que formaban sus costillas y el corsé. ¡Cómo detestaba ponerse ese artilugio! De repente tuvo la sensación de que se quedaba sin aire y se llevó una mano al estómago.

Francisco, ajeno por completo a su inquietud o tal vez malinterpretándola por la debida timidez, siguió sonriendo.

—¿Me concederías el gran honor de este baile?

Sissi, con la boca seca y los ojos desorbitados por el pánico, desvió la vista de Francisco a Grünne. A continuación miró a Elena y a su madre. A Sofía. Todos los ojos de los asistentes estaban clavados en ella. Había mujeres jóvenes cuyos nombres ni siquiera conocía que se habían congregado en grupitos de dos o tres para observar la escena y cuchichear.

Francisco la miraba con una sonrisa, sin dejarse distraer.

Viendo que no tenía otra alternativa, Sissi aceptó la mano que le tendía y se obligó a sonreír.

Los violines empezaron a sonar de nuevo y las parejas llenaron los huecos que quedaban libres a izquierda y a derecha del emperador y de la pareja que había escogido.

Sissi movió los pies al compás de los suyos y siguió a Francisco, tal como había hecho con Grünne. Su primo no la sujetaba con tanta fuerza ni la conducía con tanta seguridad como su ayudante de campo, pero dado que la melodía era muy alegre y sencilla fue adquiriendo confianza a medida que bailaban.

—Me siento muy honrada, primo.

Sissi se mecía con él, muy consciente de su mano en su cintura. Muy consciente de las diferentes emociones que se arremolinaban y luchaban en su interior. Lo feliz que se sentía por estar tan cerca de él. Lo natural que le resultaba estar tan cerca de él. Y sin embargo, lo poco natural que todo eso era en realidad. Las miradas curiosas e inquisitivas que la taladraban desde todos los rincones del salón, provocándole una increíble incomodidad y las ansias de salir corriendo. Y también estaba el sentimiento de culpa. La certeza de que su hermana estaba sentada, observándolos, con las esperanzas hechas añicos tras ese último golpe.

«No se suponía que fuera yo.»

—Una vez más, Isabel.

Alzó la vista hasta clavarla en los ojos de Francisco.

—¿Cómo?

—Que te has ensimismado una vez más. —La miraba con una sonrisa—. ¿No quieres compartir tus pensamientos?

—Es solo que... En fin, me ha concedido un gran honor. Pero no entiendo muy bien el motivo.

Francisco siguió mirándola con expresión alegre mientras su pelo castaño



relucía a la luz de las velas que brillaban a su alrededor.

—¿Acaso un hombre no tiene derecho a bailar con la dama de su elección en su cumpleaños?

Sissi evitó la mirada de Elena cuando los pasos del vals los acercaron a ella. Nadie la había invitado a bailar. Ni una sola vez. Sissi tragó saliva con fuerza y se detestó, si bien al mismo tiempo se sentía emocionada por la atención de Francisco. ¿Cómo era posible tener dos sentimientos tan encontrados a la vez?

—Creo... Albergó la esperanza de que... —La voz de Francisco interrumpió sus pensamientos—. De que será un cumpleaños muy feliz para mí. Un cumpleaños para el recuerdo.

Sissi lo miró a los ojos, pero le resultó imposible sostenerle la mirada. Preguntarle a qué se refería. Al apartar la vista atisbó a Sofía, que los observaba con los ojos entrecerrados. Y después, de forma inexplicable, su tía esbozó una sonrisa deslumbrante. Aun así, no era una expresión encantada. Era una forma de comunicación. Un mensaje: «Todos te observan. ¡Sonríe! ¡Estás delante del emperador!».

Sissi reaccionó y se armó de valor para sonreír. Le temblaron los labios. Y después, de repente, la música se interrumpió.

¿Cómo podía volver a su asiento, cómo iba a mirar a Elena a la cara? Sin embargo, unos criados la estaban rodeando con cestas llenas de flores (rosas, amapolas y *edelweiss*) que ofrecieron al emperador. La música había cesado por completo, y los murmullos que se extendían por el salón la sustituían. A Sissi le costó la misma vida quedarse donde estaba en vez de salir corriendo.

Los murmullos cesaron cuando Francisco introdujo una mano en una de las cestas de flores y cogió dos puñados. Sissi lo observaba, al igual que el resto de la corte. El silencio era tal que Sissi no tenía muy claro que hubiera alguien respirando en la estancia. Se estaba llevando a cabo una especie de ritual, pero a ella se le escapaba el significado.

Y en ese momento Francisco, con las manos llenas de flores, le hizo una reverencia y dejó caer los pétalos, que formaron una fragante cascada a sus pies, moteando su vestido rosa. Los presentes estallaron en aplausos mientras Sissi observaba la escena sin comprender.

¿A qué venía eso? ¿Por qué aplaudían todos? ¿Por qué coreaban su nombre? Sin saber qué hacer, pero segura de que echarse a llorar en público era la peor opción, masculló:

—Primo Francisco, por favor, perdóneme.

Y mientras los aplausos seguían sonando a su alrededor, Sissi salió

corriendo del salón. No volvió la vista atrás, no deseaba ver la expresión desconcertada de Francisco ni la mueca de desaprobación de Sofía. No soportaría ver las esperanzas hechas añicos de su madre. Pero, sobre todo, no tenía la menor idea de cómo enfrentar la expresión confundida y dolida de Elena.

Cruzó el pasillo, dejando atrás a guardias y a criados. Subió la escalinata corriendo, aunque le costaba respirar y ya estaba jadeando. Hizo un último esfuerzo hasta llegar a la oscura intimidad de su dormitorio.

Allí sintió que el control se le escapaba y, tras tirarse en la cama, se permitió llorar. Se rindió por completo y encontró solaz en los sollozos desgarradores que le brotaban del alma. Lloró como una niña pequeña. Como una niña desconsolada. Como una niña desconcertada. Como una niña que sentía una esperanza abrumadora y, al mismo tiempo, una culpa infinita.

Los sollozos sacudían su cuerpo, aumentando la presión del corsé y provocándole una respiración agitada y dolorosa. Se llevó las manos al pecho y agradeció el dolor. Era un castigo muy pequeño por el acto inexcusable y egoísta de enamorarse del prometido de su hermana. Y, lo que era peor, por la felicidad que la embargaba por el hecho innegable de que él parecía corresponder dicho amor. Por el hecho de que la quería a ella, a Sissi, aunque Elena fuera su prometida. De modo que, sumida en la oscuridad, lloró.



Mucho tiempo después la puerta se abrió y entró Elena.

—¿Sissi? —Elena entró de puntillas en la habitación y cerró tras ella—. Debería haber venido antes, pero mamá insistió en que tenía que quedarme allí. Tu marcha ha causado mucho revuelo. La tía Sofía corrió hacia nuestro lado e intentó poner buena cara. Nos dijo que sonriéramos y que conversáramos como si no pasara nada. Me he visto obligada a quedarme. Ay, Sissi, pero ¿estás bien?

—Elena —dijo Sissi con un hilo de voz—. Ay, Elena, lo siento mucho. — Fueron las únicas palabras que consiguió pronunciar antes de estallar en lágrimas una vez más.

—Sissi, deberías haber visto su cara cuando te marchaste.

Sissi miró sin comprender a su hermana. Era increíble que Elena soportara estar en su presencia.

—Parecía sufrir un terrible dolor, Sissi. Nos preguntó si debía enviar a su médico para que te atendiera.

Sissi cerró los ojos, deseando poder desaparecer bajo la mullida colcha de

su cama.

—No dejaba de insistir en que había sido culpa suya. Que te había obligado a dar un paseo a caballo demasiado agotador esta tarde. Y que después te obligó a bailar. Cree que el esfuerzo ha sido demasiado para ti.

—Seguro que me odias. Te prometo que nunca fue mi intención...

Sin embargo, Elena levantó una mano enguantada para silenciar a su hermana y hablar.

—Parece que te tiene afecto.

—No. —La voz de Sissi sonó muy débil y tuvo que tragar saliva con fuerza—. Es muy amable al preocuparse, pero no es necesario que lo haga. Nené, todavía no es tarde. Todavía puedes... —Pero se le quebró la voz. ¿Qué podía hacer su hermana? ¿Qué podía hacer cualquiera de las dos?

Elena suspiró y la miró mientras se tumbaba en la cama, a su lado, ambas vestidas.

—Sissi, es evidente para todos. Sobre todo para mí.

—¿A qué te refieres? —preguntó Sissi con la fútil esperanza de que su hermana no estuviera a punto de decir lo que se temía.

Elena esbozó una sonrisa, una sonrisa amable y sincera. La misma que Sissi había estado buscando en ella desde que llegaron a Bad Ischl. Le rompió el corazón vérsela en ese momento.

—Sissi. —Elena la cogió de la mano y la miró a los ojos. La palma de Sissi estaba ardiendo, mucho más en contraste con la mano fría y húmeda de su hermana—. Pues por las flores. Mamá ha dicho que es la forma tradicional con la que el emperador indica a la corte qué dama ha obtenido sus favores. Sissi, es evidente para todos nosotros que Francisco te quiere.

—Elena... —Sissi empezó a sollozar de nuevo. Tardó un buen rato en poder articular una palabra más por culpa de las lágrimas—. Elena... —Apretó la mano de su hermana—. Lo siento mucho. Lo siento muchísimo. Ni siquiera sé cómo ha pasado.

Elena se pegó más a ella y apoyó la cabeza en el hombro de Sissi.

—No lo sientas.

Pero la muchacha siguió llorando.

—Sissi, tranquila. No lo sientas. Yo no lo siento.

Su hermana negó con la barbilla.

—Vamos, Sissi. —Elena le dio un pañuelo, que ella aceptó.

—¿Cómo puedes mirarme a la cara?

—He tenido mucho tiempo para pensar. En primer lugar, cuando no me invitó a montar a caballo. Y después cuando no me sacó a bailar. —Elena

esbozó una sonrisilla toda vez que levantaba una mano para acariciar el pelo trenzado de Sissi—. No soy una buena pareja para él. —Hizo una pausa y se llevó las manos al regazo—. Francisco lo sabe y yo lo sé. No soy la adecuada para él. Pero... tú sí lo eres.

—Elena, por favor, no digas eso. —Sissi meneó la cabeza, asombrada por el hecho de que Nené no la odiase.

—Calla, Sissi. —Su hermana la miraba con una expresión rara, como si no estuviera decepcionada en absoluto. De hecho, los ojos de Elena relucían como si fuera feliz por primera vez desde hacía muchos días. Incluso desde hacía semanas.

—¿Por qué me miras así?

Elena se limitó a sonreír.

—Al verte de pie delante de él esta noche... —Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos—. Dios, me echo a temblar con la simple idea de tener que hacer algo así. Pero ¿tú, Sissi? Tú parecías perfecta. Y él... él te miraba con mucha ternura.

—Elena, no, no es tarde para... Todavía puedo arreglar las cosas. No era mi intención arruinar...

Su hermana levantó un dedo que colocó sobre los labios de Sissi para silenciarla.

—He dado lo mejor de mí. Aunque no te lo creas, lo he intentado. Confieso que incluso me enfadé bastante contigo. Pero no estoy ciega. Soy consciente de que hay alguien mejor para él. Mejor para su vida. Es su elección, ¿no te das cuenta? —Se inclinó hacia ella con el rostro más radiante de lo que lo había tenido desde que salieron de Baviera—. Y eso quiere decir que yo... soy libre. —Sissi asimiló sus palabras en silencio mientras se quedaba boquiabierta. Elena se inclinó hacia ella y añadió—: Hacéis una pareja impresionante: tú con las trenzas doradas y con tus sonrisas deslumbrantes, y él con el pelo castaño y el uniforme militar. Sissi, su forma de mirarte...

—Elena, por favor. —La joven se secó los ojos; la cabeza le daba vueltas.

—¿Lo... lo quieres? —Elena la miraba con curiosidad, pero por lo que percibía Sissi, no lo hacía con rabia ni con celos.

No podía mentir, no a Elena. Ya no.

—Me... me temo que sí.

—En fin, eso es bueno. En ese caso, tú tienes que sentir lo mismo que él.

—Pero mis sentimientos no importan. Además, no soy lo bastante buena para ser su emperatriz. Tú, mi querida Nené, serías la emperatriz perfecta.

Tan amable y tan buena... Tus súbditos te adorarían, tal como lo adoran a él.

—La mera idea de tener súbditos... —Elena se estremeció—. ¿Todas esas personas observándome a todas horas? Por favor, si casi no soy capaz de sobrevivir a una cena en la corte.

—Elena, deberías ver cuánto lo quieren. El pueblo.

—No sé lo que sienten sus súbditos por él; sin embargo, me doy cuenta de que tú lo quieres. —Elena sonrió.

—Pero es irrelevante. ¿Cuántas veces lo hemos oído?

—No si es lo que él quiere también —replicó Elena—. Al fin y al cabo, es el emperador.

Sissi sopesó esas palabras y rememoró la conversación que había mantenido con Francisco en las colinas. Y durante el baile.

—Pero su madre te quiere a ti, Nené.

Elena reflexionó un momento y cuando habló lo hizo con una determinación que Sissi rara vez apreciaba en su hermana.

—Es un buen hombre, Sissi. Pero no lo quiero y él no me quiere a mí. Hay una alternativa, una alternativa que haría que los tres tengamos justo lo que deseamos.

—Nené, no dirás en serio que...

—Mañana explicaré a mamá que no puedo casarme con nuestro primo. Sugeriré que tú seas su prometida en mi lugar, Sissi.

La frase, una vez pronunciada en voz alta para ser escuchada, le aceleró el corazón, pero Sissi aplastó enseguida la esperanza que nació con esas palabras. Una esperanza absurda.

—Elena, piénsalo bien. Las dos sabemos que Sofía nunca lo permitirá. Nadie indica a nuestra tía cómo hay que hacer las cosas. Tú eres la que ella ha elegido como novia. Si rechazas a su hijo, dará la espalda a nuestra familia.

—Tal vez no, Sissi. Es una mujer inteligente, y estoy segura de que ve lo mismo que todos los demás. Que su hijo se ha enamorado de ti.

—¿Cuántas veces lo ha dicho, Nené? «Ojalá hubieras nacido la primera.» Soy la hija pequeña de un duque menor. Mi dote y mi prestigio son demasiado insignificantes para el emperador.

Elena suspiró mientras meditaba el asunto.

—¿Qué le importa eso a un hombre enamorado?

—¿Qué tiene que ver el amor con la forja de un imperio? —preguntó Sissi a su vez, repitiendo el desolador y frío realismo de su familia, la verdad que su hermana se negaba a aceptar.

Elena no supo qué contestar a eso y las dos se quedaron tumbadas, la una

junto a la otra, en silencio. Al cabo de un rato Elena habló de nuevo:

—Se lo diré mañana. Que no deseo casarme con Francisco más de lo que él desea casarse conmigo.

—Nené, ya oíste a mamá: «Es imposible rechazar al emperador de Austria».

—Precisamente, Sissi. —Elena se levantó para desvestirse—. Por eso espero que aceptes su proposición cuando te pida matrimonio. Estoy convencida de que lo hará.

Sissi permaneció tumbada, meditando sobre su situación. Al día siguiente su tímida y apocada hermana haría lo que ninguna otra muchacha en toda Europa tendría la temeridad de hacer: rechazar la proposición de matrimonio del emperador de Austria. Era una afrenta tanto para Francisco como para su imperio. Sin duda alguna él lo aceptaría con elegancia, se dijo Sissi. Era una persona elegante, y tal vez la situación se ajustara a sus propios deseos.

Pero ¿qué haría Sofía? Seguro que no pensaba consentir semejante insolencia. Mucho menos un insulto a su adorado hijo. Y no toleraría que destrozaran los planes que había trazado para él tan cuidadosamente. Sissi estaba convencida: Sofía las mandaría de vuelta a Possenhofen sin despedirse siquiera y no volverían a saber nada de ella.

A partir del día siguiente su estancia en la corte llegaría a su fin. Sissi se vería obligada a olvidarse de Francisco. Nunca vería Viena. Volvería a Possenhofen y, con una hermana caída en desgracia, seguramente no tendría ni un solo pretendiente. Ningún soltero decente perdería el tiempo con la hermana pequeña de la muchacha que había rechazado a los Habsburgo.

Sissi vio cómo su vida se extendía ante ella, la misma de siempre, salvo que sabría que había hombres como Francisco en el mundo. Un hombre al que habría podido amar y que la habría amado a su vez. Y que ese amor, tal cálido como el sol cuando brillaba sobre ella, nunca sería suyo. ¿Cómo era posible anhelar tanto una vida junto a alguien a quien apenas había conocido unos días antes?, se preguntó.

Y sería totalmente imposible soportar la vida con Carlos. Su hermano observaría con una satisfacción ufana e insufrible el regreso de sus carruajes a Possenhofen, llevándolas de vuelta a las pocas semanas de su marcha, con las esperanzas del futuro matrimonio destrozadas. La caída en desgracia y el fracaso serían los únicos recuerdos de su breve estancia con el emperador. Tal como él había predicho. Destinadas a la soltería mientras Carlos heredaba el ducado. Estarían a merced de su hermano. Si Carlos, o su esposa al casarse, decidía echarlas del castillo de Possenhofen tras la muerte de su padre estaría

en su derecho. Seguramente incluso fuera una obligación.

Abrumada por ese torrente de pensamientos deprimentes Sissi acabó sumida en un duermevela que, por suerte, no le provocó pesadillas.



Las dos hermanas desayunaron en el dormitorio al día siguiente, el día que marcaba el vigésimo tercer cumpleaños del emperador.

—¿Todavía piensas hacerlo? —preguntó Sissi al tiempo que untaba mermelada de fresa en una tostada que no tenía ganas de comerse.

Fuera hacía otro día despejado y cálido. Por los ventanales les llegaban los ruidos del patio: los pasos apresurados, las ruedas de carruajes sobre el empedrado y los ladridos de los perros. Eran los ruidos de un personal doméstico que realizaba las tareas de una calurosa mañana estival.

—Estoy decidida —contestó Elena—. Primero se lo diré a mamá para ponerla sobre aviso. Ya veré si me aconseja hablar antes con la tía Sofía o con Francisco directamente.

¿Cómo era posible que de repente su tímida hermana se mostrara tan decidida, tan segura?, se preguntó Sissi con pesar. Sofía se tomaría la noticia como una afrenta, como una humillación. A saber cómo respondería, pero si el comportamiento apocado de su madre delante de la tía Sofía servía de indicio, había motivos para temer la ira de esa mujer. Las mandaría de vuelta a Possi, seguro.

Francisco se casaría con alguna duquesa o princesa y llevaría una vida absolutamente feliz. Una vida de la que Sissi leería en los periódicos y de la que se enteraría por los cotilleos de los habitantes de Possenhofen. Sabría cuándo tendría hijos reales o cuándo anexionaba nuevos territorios a su imperio.

Sissi bajó la vista y reparó en que le temblaban las manos, de modo que soltó la tostada en el plato de porcelana. Apartó la silla de la mesa y se puso en pie. Tenía que verlo una vez más. Tenía que decirle lo que sentía, aunque después no volviera a hablar con él.

Se puso a toda prisa un vestido de seda lila que se le antojó muy fresco para el calor de agosto. Era muy sencillo, pero estaba confeccionado para ceñirse a su figura, y remató el conjunto con una sarta de perlas. No perdió tiempo en trenzarse el pelo, sino que se recogió la melena rubia oscura como mejor pudo, de manera que descansaba sobre sus hombros.

El pasillo al que daba su dormitorio estaba desierto y en penumbra. Sissi descendió la escalinata ojo avizor por si Francisco estaba en la planta baja.

Pero, para su consternación, no fue a él a quien encontró.

—Isabel, buenos días.

Sofía estaba sentada en un mullido sillón tapizado en el salón principal, acariciando el perrito que tenía en su regazo. Al ver a Sissi hizo un gesto a su acompañante, la condesa Esterházy, para que se marchara.

—Buenos días, tía Sofía.

—Acércate, sobrina.

Sissi cambió el peso del cuerpo de un pie al otro, inmóvil como estaba en el vano de la puerta del salón.

—No era mi intención interrumpirla, tía.

—No me interrumpes. Solo estaba atendiendo la correspondencia. —La archiduquesa se removió en el acolchado sillón y se sentó más erguida. Miró a Sissi con los ojos entrecerrados—. En fin, pareces repuesta esta mañana. Espero que el cansancio de anoche ya se haya pasado.

—Desde luego. Gracias, tía Sofía.

—Francisco estaba muy preocupado por ti cuando dejaste el baile de esa forma tan repentina. —Su voz adoptó un tono gélido, aunque mantenía la sonrisa en los labios—. Me vi obligada a recordarle que había asuntos de mayor importancia que requerían su atención.

—Mi primo es muy amable —afirmó Sissi.

El perrito que Sofía tenía en el regazo gruñó cuando la vio acercarse, de modo que la joven se quedó quieta.

—En fin, se lo ha sacado de la cabeza, desde luego. Ha salido a cazar para celebrar su cumpleaños. Estará fuera todo el día.

A Sissi se le cayó el alma a los pies. De todas formas se las apañó para esbozar una sonrisa educada.

—Me alegro por él. Esperaremos ansiosas el relato de la cacería durante la cena de esta noche.

—No, no lo oiréis —replicó Sofía. El perrito empezó a ladrar a Sissi, un ladrido agudo y muy molesto—. ¡Calla, Oskar! —lo regañó Sofía al tiempo que levantaba a esa bola de pelo y se la acercaba a los labios para darle un beso indulgente—. Francisco cenará esta noche con sus ministros.

¿Eran imaginaciones suyas o su tía le observaba la cara con más interés del habitual? Tal vez buscaba algún indicio de que ella, Sissi, acaba de llevarse una decepción al enterarse.

Como no deseaba que interpretara sus sentimientos, Sissi mantuvo la calma mientras su tía seguía hablando.

—Mi hijo necesita pasar tiempo con sus hombres. De modo que esta



noche las damas cenaremos solas. Tú y yo, con tu madre y la prometida de mi hijo.

¿La prometida de su hijo? Vaya... ¿De repente Sofía demostraba cierto cariño por Elena?

—Estupendo —dijo Sissi—. En fin, si me perdona, tía, me marchó. — Tras una breve reverencia se dio la vuelta y salió del salón. Se obligó a regresar a su dormitorio con pasos lentos y comedidos, a pesar de que el corazón le latía desbocado.



Puesto que Francisco estaría fuera todo el día, Elena decidió posponer su anuncio. Con la sensación de que lo preferible sería evitar el contacto con su tía, Sissi pasó la jornada en los jardines y en las caballerizas, visitando a Diamant y Blume. Sintió una punzada de tristeza al ver la cuadra de Sieger vacía; el caballo estaba disfrutando unas horas con Francisco, tal como había hecho ella el día anterior.

La cena fue un evento tenso e incómodo. Como no había ministros ni hombres de relevancia presentes, el grupito de cuatro mujeres se congregó en un comedor pequeño con las paredes forradas con paneles de madera oscuros. Los platos que se sirvieron fueron menos extravagantes que los de las noches anteriores, pero esa informalidad supuso un alivio para Sissi. Al saber que solo estarían ellas cuatro, no se molestó en cambiarse de ropa y apareció con el mismo vestido lila que había llevado todo el día.

Sofía estuvo hablando durante casi toda la cena, con la atención fija en Elena. Estuvo detallando los planes para la remodelación de la *Kaiservilla*.

—Nunca será tan magnífica como el palacio de Schönbrunn, pero nada podría serlo, ¿sabéis? ¡Schönbrunn tiene más de mil cuatrocientas habitaciones!

Ludovica contestaba con buenas maneras cada vez que tenía la oportunidad, pero Sissi y Elena permanecieron en silencio. Elena evitaba la mirada de su hermana y esta tal vez bebió más vino de la cuenta para bajar el pescado pasado de sal.

El postre fue todavía más incómodo, ya que el criado no llevó el plato deseado.

—¿Suflé de chocolate? —Sofía miró el plato con asco—. Por favor, si nosotras nos estamos convirtiendo en suflé por el calor. Pedí expresamente helado de limón.

El pescado estaba duro y salado, el suflé de chocolate estaba demasiado

caliente para la calurosa noche y Sissi había bebido demasiado vino. Se excusó de la mesa muy nerviosa y acalorada, y decidió que un sorbo del manantial de Bad Ischl sería lo mejor: un refrigerio maravilloso tras la larga e incómoda cena.

Salió por una puerta lateral con la esperanza de que nadie la viera adentrarse en la tranquila noche. A oscuras, encontró el camino hacia el pequeño jardín situado en la parte posterior del palacio, donde había visto una fuente con su bomba de agua. Antes de dar un sorbo permaneció de pie, agradecida por la fresca brisa sobre la piel.

Vio un banco de piedra y se sentó. La noche era oscura y reconfortante, y los escarpados picos de las montañas brillaban con un fulgor plateado mientras parecían querer alcanzar el trocito de luna que se atisbaba en el cielo. Sería maravilloso poder dormir allí fuera, pensó, disfrutando del murmullo del agua al brotar de la fuente. Miró la luna, y se permitió regresar al prado que había junto al lago en Baviera, al lugar donde le encantaba escaparse por las noches para observarla. Cerró los ojos y se concentró en los murmullos: el agua, los búhos y las cigarras, los sonidos habituales de la noche. En algún lugar dentro de palacio, sonaba un vals.

En ese momento una voz rompió su solitaria vigilia, desconcertante por su cercanía.

—¿Estás sola aquí fuera?

La voz de Francisco. Sissi dio un respingo, abrió los ojos y echó un vistazo a su alrededor. Desvió la mirada hacia el tenue brillo que se derramaba sobre el jardín procedente de una habitación, acompañado de una suave música. Allí estaba su primo, asomado a la ventana abierta.

—¡Francisco!

Se levantó del banco y echó a andar hacia él, avergonzada por lo mal que ocultaba la alegría de verlo. Recuperó la compostura y se recordó que no debía correr a su encuentro.

—Buenas noches, Isabel. —Él también esbozó una amplia sonrisa, sin intentar ocultar su alegría.

Sissi se estremeció.

—Francisco, me sorprende verlo. Su madre nos dijo que cenaría con sus ministros.

—¿En serio? —El emperador la miró con expresión desconcertada—. Mi madre me pidió que hoy cenara en mi despacho. Me dijo que las damas necesitaban estar solas esta noche para hablar de asuntos importantes.

Sissi miró por encima del hombro de Francisco y, en efecto, sobre el

robusto escritorio de nogal había una bandeja con platos vacíos, rodeada de varios libros abiertos. De modo que a él no le había disgustado tanto el pescado salado, se percató ella.

—He aprovechado el tiempo para seguir tu sugerencia —dijo Francisco, que se volvió hacia el escritorio y cogió un libro—. He estado leyendo a Goethe.

Sissi fue incapaz de contener una sonrisa.

—Pero me temo que necesito tu ayuda. —Francisco soltó el libro en el escritorio—. Es bastante denso, ¿no?

—Será un placer comentarlo juntos —contestó Sissi en un susurro apenas audible.

—¿De qué habéis hablado las damas durante la cena, qué eran esos asuntos tan importantes? —Francisco estaba asomado por la ventana, con el sonriente rostro iluminado por la cálida luz de las velas del despacho.

—De nada —respondió Sissi con voz seca—. De nada en absoluto.

El emperador estalló en carcajadas y, antes de que Sissi se diera cuenta de lo que hacía, pasó las piernas por encima del alféizar de la ventana y saltó al jardín. En ese momento lo tenía delante. Los músicos que se habían quedado en el despacho dejaron de tocar, como si no supieran qué hacer.

—Seguid tocando —ordenó Francisco, e hizo un gesto con la cabeza hacia la ventana abierta.

Y lo obedecieron sin titubear. ¿Qué se sentiría al tener tu propio quinteto a tus órdenes?, se preguntó Sissi.

Se acercó a él, perdido el interés por el manantial de agua que había anhelado antes. Tenía un aspecto muy informal, mucho más que de costumbre ya que había dejado la chaqueta del uniforme en el despacho. Solo llevaba una camisa, con el cuello desabrochado y remangada hasta los codos.

Lo miró a los ojos.

—En fin, ¿ha estado de caza todo el día? ¿O ha estado escondido?

—Pues sí que he ido de caza, al menos eso es verdad —contestó él—. No entiendo por qué mi madre me ha dicho... —Francisco se encogió de hombros.

Sin embargo, Sissi se hacía una idea: la tía Sofía intentaba mantenerlos alejados.

—¿Qué haces sola en los jardines? —Francisco la miró con una sonrisa—. ¿Una cita secreta con un pretendiente desconocido? Debo conocer su nombre al punto y expulsarlo de la corte.

Sissi bajó la mirada, agradecida por la oscuridad del jardín.

—Ojalá fuera algo tan intrigante. Solo quería un sorbo de agua. La cena estaba salada.

—En ese caso, sírvete.

Se apartó y Sissi regresó junto a la fuente, donde acercó la boca al hilo de agua que brotaba.

—¿Está buena?

—Sí.

Se apartó de la fuente y se secó los labios. En ese preciso momento la melodía más hermosa del mundo empezó a sonar, brotando de la ventana abierta del despacho de Francisco. Sissi se quedó quieta, embobada, mientras la escuchaba. Era un ritmo vivo y rápido que se extendió por todo el jardín con su ligereza y su alegría.

Francisco, al percatarse de su reacción, le preguntó:

—¿Conoces el *Die Schlittschuhläufer-Walzer*?

—¿*El vals de los patinadores*? —Sissi repitió el título—. No, nunca lo había oído. Pero es una melodía maravillosa.

Francisco alzó una mano y la agitó. Acto seguido se la ofreció.

—¿Serías tan amable?

Sissi lo miró en silencio.

—Por favor, Isabel, no tienes que ser tan tímida conmigo. Hay mucha menos presión que anoche.

La muchacha aceptó la mano que le tendía y le permitió que la acercase a su cuerpo. Acompasó sus pasos a los de Francisco e iniciaron un lánguido vals por el jardín. Tenía razón, no se parecía en nada a la noche anterior. Ese baile, que solo compartían ellos dos, parecía real. Sincero. Totalmente distinto.

Era un magnífico bailarín que fluía con pasos seguros y elegantes. Sus pies seguían el compás y sus movimientos eran lentos mientras los violines tocaban la emotiva melodía. Eran casi de la misma estatura, de modo que mientras bailaban Sissi estaba obligada a ver el azul cristalino de sus ojos. Sintió que le ardían las mejillas, pero se negó a apartar la vista de su mirada expectante.

—Este vals se compuso para que la mente piense en *les patineurs*.

—Los patinadores —tradujo Sissi del francés.

—Es bonito tener en mente una escena invernal en una noche tan calurosa como esta, ¿no te parece? —preguntó Francisco con una sonrisa tan fresca y clara como los copos de nieve que Sissi se imaginaba gracias a la música.

—Desde luego —convino—. Pero no termino de decidirme. Es bonita,

delicada. Aunque también me parece...

—¿Cómo?

—Triste en cierto sentido.

—Sí. —Francisco asintió con la cabeza. Cuando volvió a hablar sus labios estaban tan cerca de Sissi que ella sintió su aliento en la suave piel del cuello como una neblina cálida y subyugante—. A veces algo es tan hermoso que al mirarlo te provoca una enorme tristeza. Ya sea porque no podrá permanecer así para siempre o... —dijo con expresión intensa, ansiosa— porque no puedes tener esa belleza que anhelas poseer.

Sissi esperaba que la noche fuera lo bastante oscura para ocultar su rubor. Francisco apartó las manos, dando por terminado el baile de repente. A la mortecina luz, Sissi se percató de que se había puesto muy serio, tal vez incluso parecía preocupado.

No dijo nada y clavó la vista en el cielo aterciopelado, en las escarpadas cimas de las montañas que se alzaban para tocarlo, abriéndose paso en el paisaje cuajado de estrellas. Se preguntó cuál era la cima a la que Francisco y ella habían subido el día anterior.

A la postre, Francisco rompió el silencio.

—Verás, tenía que aclararme las ideas. Por eso he ido de caza. —Hizo una pausa—. Pero no ha servido de nada.

Sissi sopesó la confesión y se percató de que el corazón le latía muy deprisa en el pecho.

—Estoy segura de que tiene muchas preocupaciones que lo atenazan a todas horas, Francisco.

—No, últimamente solo tengo una.

—Oh. —Le faltaba el aire, como si llevara un buen rato galopando por la montaña a lomos de Diamant.

—Isabel, ojalá no hubieras venido.

No era lo que había esperado oír, mucho menos lo que ansiaba oír. Esas palabras, pronunciadas con tono desapasionado, podrían haber estado dirigidas a una criada. O, peor todavía, a una desconocida. Dolida, Sissi retrocedió unos pasos.

—Le pido disculpas si mi presencia le disgusta, Francisco. Seguro que sabe que solo he venido para apoyar a mi hermana.

—Ya... ¿Eso es que me quieres como el marido de tu hermana? —Francisco soltó una carcajada amarga—. ¿Como tu hermano?

—No lo organicé yo, Francisco. —Era lo más que podía decir sin cruzar la línea del decoro.

—¿Me quieres como a un hermano?

Sissi sabía cuál era la verdadera respuesta, pero ignoraba cómo expresarla.

—¿Te parece que esto es lo que debería sentir un hermano por su hermana? —preguntó Francisco al tiempo que agitaba una mano entre ellos.

—No lo sé —consiguió decir ella, y se dio la vuelta—. No, claro que no.

—¿Cómo podía enamorarme de Elena contigo a su lado? ¿Cómo? —Su voz había cambiado, denotaba la misma angustia que ella sentía—. Tal vez Elena y yo podríamos haber tenido una oportunidad... si no te hubiera conocido. —Se pasó los dedos por el pelo, alborotando las ondas rojizas que solía llevar tan peinadas—. Pero ahora, ahora... sería como beber un sorbo de vinagre tras probar el más dulce de los vinos.

—¿Vinagre? ¿Se da cuenta de que está hablando de mi querida hermana? —replicó Sissi con un deje seco en la voz.

Había salido en defensa de Elena de inmediato, de forma instintiva. Pero ¿qué más estaba sintiendo? ¿Esperanza? Sí, esperanza.

—No era mi intención ofender a Elena. Es una muchacha encantadora que será una esposa maravillosa para algún hombre. Pero no para mí. Elena no es la adecuada para mí.

Francisco hizo una pausa. El borboteo de la fuente sonó muy fuerte de repente, y Sissi no estaba segura de aguantar el silencio de Francisco un minuto más. A la postre, la miró. Dio un paso hacia ella. A Sissi le latía tan fuerte el corazón que le retumbaba en los oídos. En ese momento Francisco estaba delante de ella y levantó las manos. Sus ojos, iluminados por la tenue luz de la luna, examinaron los suyos. Le tomó la barbilla con los dedos y la instó a ladear la cara para que lo mirase a los ojos. Después le preguntó en voz baja:

—¿No te das cuenta, Isabel?

«¿De qué?», ansiaba preguntar ella.

—Me has arruinado la vida —siguió él.

Sissi cerró los ojos en un intento por recuperar la compostura. Cuando volvió a abrirlos notó que una lágrima se deslizaba por su mejilla y que Francisco se la enjugaba con los dedos.

—¿Cómo debo sentirme, Francisco? —Levantó una mano y la colocó sobre la de él, que seguía en su mejilla.

—¿Eso quiere decir que no me equivoco, Isabel? Pero... te fuiste del baile tan deprisa anoche. Y justo después de que yo dejara muy claras mis intenciones. ¿Significa que no soy un tonto por esperar que sientas lo mismo que yo?

Podría haberse echado a reír. O a llorar. ¿Cómo podía pensar que sus intenciones habían aclarado algo su situación?

—No, Francisco, no te equivocas —dijo tuteándolo por fin.

Sissi vio que la expresión de su rostro se aclaraba como el amanecer, despejando las sombras. Y sin pensar en lo que hacía, se acercó a él y pegó los labios a los suyos. Experimentó una enorme conmoción y se quedó paralizada al comprender lo que acababa de hacer. Francisco sabía a brandi y a arenques salados, y la novedad de besar a un hombre le resultó un poco rara al principio. Sin embargo, cuanto más tiempo estaban en contacto sus labios, más agradable se volvía esa extraña sensación.

A Francisco no pareció molestarle su impulsividad. De hecho, a sus ojos todo su cuerpo había cobrado vida, respondiendo con igual interés y anhelo.

Levantó las manos y le tomó la cabeza mientras la besaba, con ternura al principio, pero poco a poco con más ansia y pasión, tanto que el cuerpo empezó a arderle. En ese momento su abrazo ya no se le antojaba raro ni desagradable. No, besar a Francisco le resultaba lo más natural del mundo, lo que más podía desear, y se permitió abandonarse a él por completo.

Creyó que él iba a apartarse y extendió los brazos para atraerlo de nuevo a ella, impidiendo que pusiera fin a ese instante de perfección. A la postre, Francisco lo intentó de nuevo y apartó la cara, y Sissi se dio cuenta de que le faltaba el aire.

—Me has arruinado la vida. —Lo dijo con un hilo de voz, su aliento casi más fuerte que las palabras. Pero a Sissi le gustó menos esa segunda vez. ¿Por qué era su ruina? ¿Por qué no podía ser su salvación?

Antes de que pudiera reunir el valor necesario para preguntárselo, Francisco se apartó. De repente no podía rozarlo. Muy erguido y tenso, dijo:

—Tengo que irme.

—Francisco... —Intentó cogerle las manos, impedir que se fuera. ¿Cómo podía dejarla en ese momento?—. Por favor, espera.

—No —dijo con sequedad—. Tengo que irme.

—Pero...

—Buenas noches.

Mientras ella se debatía en busca de unas palabras que no le salían, Francisco se dio media vuelta y la dejó en el jardín, más sola, y más perdida, que antes de que apareciera.



Sissi pasó la noche en vela, pero la idea de ver a Francisco durante el

desayuno le ofrecía un rayo de esperanza. Al menos podría aprovechar ese momento para hablar con él. ¿Qué había significado la noche anterior para él? ¿No había confesado albergar sentimientos parecidos a los suyos? De ser así, ¿por qué se había ido tan de repente? Y sin dar una explicación, además.

Quizá, pensó, lo había ofendido con su impulsivo beso. Claro que él no le pareció ofendido en lo más mínimo cuando se lo devolvió. En ese caso, tal vez todo era un juego para él; tal vez iría a por su siguiente conquista después de haberse divertido con ella. Tal vez le parecía menos atractiva tras haberle confesado sus sentimientos. Pero no parecía algo propio de Francisco... ¿verdad? Claro que tampoco lo conocía tan bien.

Abandonó el dormitorio con decisión, convencida de que no desentrañaría la maraña de pensamientos hasta que hablara con Francisco en persona. Pero cuando Elena y ella entraron en el comedor matinal por la mañana se percató con una punzada de desesperación de que solo su madre se encontraba en la estancia.

—Buenos días, niñas.

Ludovica alzó la vista en cuanto entraron. No le habían contado a su madre la conversación que habían mantenido. Aunque, sin duda alguna, la duquesa sabía que algo iba mal; al fin y al cabo, ella también había presenciado lo sucedido esos últimos días.

Sissi se sentó a la mesa en silencio. Su madre la observó con los ojos entrecerrados y gran interés.

—Pareces cansada, Sissi.

La muchacha se obligó a sonreír y se encogió de hombros antes de darle la vuelta a la taza que tenía delante para que le sirvieran un café.

—¿Cómo has dormido?

—Bien —mintió Sissi.

Ludovica miró con expresión inquisitiva a sus dos hijas mientras untaba un poco de queso fresco en su tostada. Reparó en los vestidos formales que ambas lucían.

—Ambas estáis muy guapas esta mañana. —Parecía más una pregunta que una afirmación.

Se habían vestido con sumo cuidado, como si se prepararan para una tumultuosa serie de batallas. Elena lucía un vestido gris de satén ribeteado en negro. Sissi había elegido uno de seda rosa palo que resaltaba el color de su pelo y de su piel, y que se ceñía a su figura. Un vestido como el que se había puesto para el cotillón, cuando Francisco la sacó a bailar.

—¿Y tú, Elena? ¿Cómo estás hoy? —Ludovica cogió otra tostada de la



bandeja del desayuno—. Os he visto menos a vosotras que a Ágata.

Antes de que Elena pudiera contestar se oyó otra voz.

—Ah, me sorprende que estés despierta esta mañana. —Sofía estaba en la puerta—. Creía que estarías agotada después de tu cita clandestina anoche.

Ludovica y sus hijas miraron con desconcierto a la archiduquesa, que entraba ya en la estancia. Sofía se detuvo junto a la mesa y entrelazó las manos por delante de la cintura. Su vestido, muy abultado por los lados, hacía que pareciera tan ancha como alta.

—¿Va a desayunar, archiduquesa?

Sofía despachó al criado con un gesto de la mano: No. Tras eso, los criados que llevaban las bandejas con las pastas y el café parecieron fundirse con las paredes forradas de brocado al retroceder.

Sofía no se sentó. Sissi la miró, inquieta. Su tía sonreía. Era una expresión cordial y calmada, pero también forzada. Colocó ambas manos llenas de anillos en la mesa y se inclinó hacia delante. Su voz, aunque sonó dulce, era tan forzada como su sonrisa.

—Estoy impresionada por el hecho de que fueras capaz de hacerlo. ¿Cómo lo has conseguido? Después de todo lo que le he inculcado acerca del autocontrol, del deber y del honor. A saber lo que le has dicho.

Para las tres mujeres sentadas a la mesa estaba muy claro que la pregunta iba dirigida a la más joven, pero fue Ludovica quien contestó.

—¿A qué te refieres, Sofía? —La madre de Sissi siguió untando el queso en la tostada caliente mientras intentaba mantener la voz tranquila, si bien la preocupación era visible en su rostro. O puede que fuera el miedo. Sí, se percató Sissi, su madre sabía que eso iba a suceder. Se había preparado para ese momento, seguramente desde que Francisco la sacó a bailar.

—Sabes muy bien lo que quiero decir, Ludovica, así que no creas que puedes engañarme. Todo esto lo habéis orquestado entre tu hija y tú.

—Te ruego que te expliques, Sofía. —La duquesa dejó el cuchillo junto al plato tras emplear un tono calmado tan falso como el de su hermana.

—Nunca has podido aceptarlo, ¿verdad? —Sofía se inclinó hacia delante y habló en voz baja—. Nunca has aceptado que yo sea la archiduquesa, una Habsburgo. Siempre te has arrepentido de ser la hermana que se casó con el peor partido de todos. Elisa es reina de Prusia. María Ana es reina de Sajonia. Mi hijo es el emperador. Mientras que tú... tú te consumías en la casa de ese pordiosero en Possenhofen. No, viste a tu hija y pensaste en mi hijo, y pusiste tus miras en mi trono.

Ludovica bajó la mirada mientras aceptaba las pullas con estoicismo.

—Sofía, no entiendo lo que dices. Por favor, te pido que recuerdes que fuiste tú quien pidió que mi hija se prometiera con tu hijo.

—¡Quería a esa! —Sofía señaló a Elena, mirándola por primera vez—. Pero tú... tú sabías que la mayor era débil. Lo sabías, al igual que todos los demás. Llegó aquí con aspecto sencillo y hogareño... ¡Vestida de luto!

—Estábamos de luto —murmuró Ludovica, y apenas se escuchó su voz.

—Y te trajiste a esta... tan cantarina como un pajarillo. Que no deja de parlotear de lo mucho que le gustan los caballos. Con trenzas en el pelo y mirada inocente. No ha dejado de sonreír a mi hijo desde que entró en palacio. —Sofía se volvió hacia Sissi y la fulminó con la mirada, como si fuera su enemiga—. ¿Crees que no me di cuenta de tus intenciones? ¿Crees que no he reparado en cómo has estado paseándola por aquí aunque aún es una niña y no sabe nada de la vida que lleva mi hijo?

Ludovica se volvió para mirar a Sissi y en su cara se vio... ¿qué? ¿Lástima por su hija menor? ¿Sorpresa? Claro que Sofía no había terminado.

—Esta es salvaje y briosa, y no permitiré que desequilibre mi... la corte de Francisco. —Sofía seguía hablando en voz baja, pero su cuello y su escote adquirieron un tono similar al de las pastas de frambuesa que había en la mesa—. Ninguna de vosotras está al tanto de lo que se necesita para sobrevivir en la corte. No tenéis ni idea de lo que hace falta.

Tras inspirar hondo varias veces, Ludovica replicó mientras doblaba la servilleta que tenía en las manos.

—Sofía, entre tu hijo y mi hija menor ha nacido algún tipo de afecto que ha sido el resultado de una atracción natural e insospechada. Nada ha sido orquestado ni... planeado. —Ludovica miró de reojo a Sissi antes de dirigirse de nuevo a su hermana—. Pero debo decir que tu reacción a este giro inesperado me resulta muy inquietante.

—¿Inesperado? No hagas como que no lo habías arreglado —replicó Sofía, tras lo cual se le escapó una carcajada seca—. No pienso tolerar que destrocéis mis proyectos, no después de todo lo que he hecho para asegurar la posición de mi hijo en una corte traicionera.

—Sofía, te ruego que recuerdes que somos familia. Jamás se nos ocurriría venir con la idea de...

Sofía levantó una mano para silenciar a Ludovica.

—Mi propia hermana, una invitada en mi casa, comportándose como si no tuviera planes egoístas.

—Eso mismo, tu propia hermana —apostilló Ludovica, y asintió con la cabeza—. Y también puedo decir, como hermana tuya que soy, que deseo lo

mejor para tu hijo. ¿Por qué no puede elegir él?

Frustrada por la oposición de Ludovica, comedida pero inamovible, Sofía se dirigió a su sobrina.

—Isabel, seguro que sabes que no tienes derecho a casarte con mi hijo. Eres la segunda hija de un duque insignificante. —Sissi dio un respingo al oír el insulto, pero Sofía continuó—: Un asunto tan importante como el matrimonio del emperador no debería cimentarse en una atracción pasajera. El hecho de que mi hijo pueda haberse... encaprichado no significa que puedas ser su emperatriz. Solo eres una niña. No permitiré que los ministros de los Habsburgo se vean obligados a convertirse en tutores ni que las salas oficiales se llenen con la frivolidad de una habitación infantil, ¿lo has entendido?

Sissi no replicó. Sofía, al creer que el silencio era una señal para insistir, se inclinó hacia delante y dijo con un tono más amable:

—Isabel, eres una muchacha lista. —Sofía esbozó una sonrisa, pero el labio superior le temblaba—. He sido muy buena contigo desde que llegaste y seguiré teniéndote en muy alta estima. Incluso te organizaré un matrimonio estupendo... algo a lo que jamás habrías podido aspirar. —Su voz tenía un tono condescendiente—. Pero me encargaré de que así sea. Solo necesito que me garantices que no aceptarás la proposición de mi hijo si comete la tontería de hacértela. —Extendió los brazos y apresó una mano de Sissi entre las suyas. Tenía las palmas húmedas—. ¿Puedo contar con tu colaboración?

Sissi, que reprimió el deseo de apartar la mano, ni siquiera tuvo que meditar la respuesta.

—Lo siento, tía Sofía, pero no.

En ese momento fue Sofía la que no daba crédito. Soltó la mano de Sissi y la sonrisa desapareció de su rostro.

—¿Qué has dicho?

—No, no puedo prometerle que vaya a rechazar la proposición de su hijo. Si Francisco desea casarse conmigo, aceptaré encantada.

—¿Cómo? Ah, qué tonterías dices. —Sofía, boquiabierta, miró a Sissi, a Ludovica y después a Elena. Tras clavar la vista en Sissi una vez más, consiguió decir—: No puedes hablar en serio. ¿Tú, con tus modales campesinos? ¿Tan salvaje como el pordiosero de tu padre? ¿De verdad debo creer que te imaginas como la nueva emperatriz de Austria? —Sofía miró a Elena—. ¿Y tú? Tú, que apenas has pronunciado dos palabras seguidas desde que bajaste del carruaje, ¿vas a permitir que tu hermana te quite a tu prometido? ¿Que te quite el título? ¿Que te quite la vida para la que yo... para

la que te hemos elegido?

Elena cogió la mano de Sissi por debajo de la mesa y se la apretó. Era lo que necesitaba, de modo que Sissi tomó una honda bocanada de aire y se armó de valor para defenderse. Pero antes de que pudiera replicar a su incrédula tía reparó en la figura que aguardaba en el vano de la puerta. Francisco. Había aparecido sin que nadie se diera cuenta. El corazón le dio un vuelco al verlo. Era la viva imagen del emperador, ataviado con el uniforme almidonado y con el pelo peinado hacia atrás para despejar su expresión serena.

—¿Madre?

Sobresaltada, Sofía se volvió hacia su hijo.

—¡Ay, Francisco! Vaya, no te esperaba. —Sonrió y, tras dirigir a Sissi una mirada elocuente, se sentó a la mesa como si estuviera muy cansada.

—Madre, me preguntaba si puedo hablar contigo un momento. —Francisco tenía un tic nervioso en la mejilla, pero consiguió mantener un control absoluto de sus emociones mientras miraba fijamente a Sofía.

—Estoy charlando con tus primas, Francisco. Dame un momento. ¿Por qué no vas a...?

—Madre, por favor. —Francisco alzó una mano enguantada y la interrumpió—. Me temo que no puedo esperar. —Su mirada se desvió hacia Sissi. Apenas fue un segundo, pero bastó para que tanto Sofía como Sissi se dieran cuenta.



Sissi, su madre y su hermana estuvieron dando vueltas por la ciudad durante el resto del día, acompañadas en un itinerario interminable de actividades por un secretario de palacio llamado herr Lobkowitz. Fue sugerencia de Francisco, una argucia velada y sutil para que salieran de palacio. La idea de que las muchachas se quedaran para oír, incluso participar, en la discusión sobre su futuro ni se planteó.

Les enseñaron la catedral de la ciudad, la plaza del mercado y la ribera del río. Aunque ninguna de las tres tenía ganas de conversar, escucharon con educación al guía del palacio, al tal herr Lobkowitz, cuando las llevó a almorzar y después las condujo en una caminata hasta uno de los manantiales del valle.

La mente de Sissi volaba en todo momento a la *Kaiservilla*, donde esperaba que Francisco estuviera ganándose el derecho a decidir su futuro. ¿Tenía alguna oportunidad contra la férrea voluntad de su madre, una

negociadora afamada que había conseguido la corona para su hijo con las palabras como única arma?

Regresaron a la villa imperial por la noche, donde las recibió la avinagrada expresión de la condesa Esterházy antes de que las condujesen a un pequeño comedor sin ventanas. Allí les sirvieron una copiosa cena consistente en sopa de patata vienesa, seguida por fiambre de ternera con salsa de ajo y perejil. Ninguna de las tres tenía mucha hambre, ni tampoco ganas de conversar.

Después de la cena se trasladaron al salón, y Sissi se percató de que, si bien las trataban como invitadas de honor, sus acompañantes no variaron: la condesa Esterházy, con su ceño perpetuo, y el tal herr Lobkowitz, un hombre bajito que usaba monóculo y que tenía una edad indeterminada. Ambos se mostraban dispuestos para atenderlas mientras aguardaban de pie en los rincones de la estancia, observándolas como si fueran sus institutrices.

Les sirvieron una copa tras la cena. Les ofrecieron jugar a las cartas, pero ellas rechazaron la sugerencia. Un músico de la corte entró para tocar el piano. Cayó la noche y la estancia se oscureció. Sissi empezó a dar vueltas por el salón, inquieta, preguntándose cómo despistar a sus guardianes para encontrar a Francisco. Al cabo de un momento herr Lobkowitz se acercó con una sonrisa solícita en el rostro. Miró a Ludovica y les preguntó si tanto ella como sus hijas «estaban preparadas para regresar a sus aposentos».

—Sí, estupendo —contestó la duquesa, que apuró su copa de vino y soltó la servilleta en la mesa con gesto airado. Aunque masculló por lo bajo, dijo en voz lo suficientemente alta para que su acompañante la oyera—: Ahora ya sé qué se siente durante un arresto domiciliario.

No habían visto ni sabían nada de Francisco y de Sofía desde el desayuno, y Sissi no soportaba la idea de regresar al dormitorio sin saber cómo estaba la situación. Pero cuando las condujeron hacia la escalinata principal oyó unas voces amortiguadas procedentes del despacho de Francisco. Conocía esas voces y se detuvo en seco.

—No está preparada, es así de sencillo. Es demasiado joven, una niña, en realidad, demasiado frívola. Es incapaz de asumir las responsabilidades del cargo.

—¿Acaso mi amor no hace que esté más preparada que cualquier otra, madre?

—¿Amor? El amor no tiene nada que ver. —La voz de Sofía tenía un matiz implorante, algo que Sissi jamás le había oído en público. Era un tono reservado para su adorado hijo—. Vaya, el amor no es más que un capricho

pasajero. Por favor, querido Francisco... Siempre has tomado la decisión correcta. Siempre has hecho lo mejor para el imperio. Seguro que en este caso te das cuenta de que es totalmente inadecuada para...

—Madre, ¿acaso lo mejor para el imperio no es tener un emperador feliz?

—Pero te equivocas si crees que ella podrá hacerte feliz. ¿Ella? ¿Con su carácter brioso? No, estás siendo impulsivo y te niegas a escucharme. —Sissi notó que la voz de Sofía empezaba a tener un tono desesperado; no estaba acostumbrada a que le llevaran la contraria—. Una decisión tan importante como la del matrimonio no se toma dejándose llevar por el amor. Nunca te había visto demostrar un comportamiento tan imprudente e insensato...

—Señorita Isabel, por favor.

El solícito guía, herr Lobkowitz, apareció al lado de Sissi, más pesado que una mosca. Estaba a la espera. Insistiendo para que continuara por la escalinata a la mayor brevedad posible. Sissi ansiaba protestar, decirle a aquel hombre que ella era la joven cuyo destino pendía de un hilo al otro lado de esa puerta y que eso le daba derecho a escuchar. Pero una mirada ceñuda de su madre le indicó que era mejor rendirse, de modo que consintió en subir los escalones a regañadientes.

—Por favor, que lleven vino a mi habitación —dijo Sissi al hombre bajito y con monóculo. Si quería pegar ojo esa noche tendría que diluir de alguna forma la abrumadora ansiedad.



A la mañana siguiente les sirvieron el desayuno en el dormitorio. Antes de que terminaran el café alguien llamó a la puerta. Sissi aferró con fuerza la mano de Elena.

—Adelante.

Asomó una cara conocida.

—¡Ágata! —Sissi se levantó de la mesa y corrió para saludar a su doncella.

—¡Señorita Sissi! —Ágata entró a toda prisa y miró a su joven señora con expresión calculadora—. Señorita Sissi, ha provocado un gran revuelo en la casa. En la cocina no se habla de otra cosa. De que el emperador se está enfrentando a su señora madre por su prima Isabel.

—Ágata, hemos estado aisladas por completo. ¿De qué te has enterado? —preguntó Sissi en un susurro.

—Solo de que llevan días discutiendo, desde su llegada. Es muy raro que discutan. Pero el emperador se niega a ceder. —Ágata se volvió para mirar,

nerviosa, por encima del hombro. Se oían pasos en el pasillo enmoquetado—. Alguien viene.

La doncella corrió hacia la cama para coger la bacinilla justo a tiempo. La condesa Esterházy apareció en el vano de la puerta. La mujer avinagrada miró a Ágata con expresión escéptica, pero la dejó pasar con la bacinilla. La pobre Ágata seguramente se llevaría un rapapolvo por atreverse a subir a la planta alta cuando se suponía que debía quedarse en la cocina.

La dama de compañía desvió la mirada de Ágata, que se marchaba, a Sissi.

—Perdónenme, pero me han enviado para decirle que desean verla, duquesa Isabel.

La joven asintió con la cabeza y echó a andar hacia la seria condesa. Elena se puso en pie para acompañar a su hermana.

—No, lo siento. —La condesa levantó una mano para que Elena se detuviera, aunque no parecía sentirlo en absoluto—. Solo la duquesa Isabel.

¿Hacia qué destino se dirigía? Sissi bajó la escalinata tras la aliada de su tía, deseando que caminase más deprisa. La hicieron pasar al gran comedor.

—Por favor, siéntese, duquesa. —La condesa Esterházy indicó con una mano enguantada la silla de madera labrada situada junto a una mesa.

—Gracias.

Sissi esperó lo que se le antojó una eternidad. Miró en numerosas ocasiones la repisa de la chimenea: la aguja del reloj de mármol se movió sin pausa, hasta recorrer tres cuartos de hora. Inquieta, Sissi se levantó del asiento y comenzó a dar vueltas por la amplia estancia.

Cuando se acercó a la ventana reparó en una figura inesperada en el patio. ¡Francisco a lomos de Sieger! De forma instintiva golpeó los cristales en un intento de llamar su atención. Pero Francisco no se dio cuenta, clavó los talones al caballo en los flancos y salieron disparados del patio, pasando frente a Sissi y los guardias de la verja de entrada para abandonar de la villa imperial.

Y desapareció de su vista. Se había marchado del palacio. Era imposible que fuera una buena señal, pensó Sissi con el corazón en un puño. Francisco se había rendido.

—Discúlpeme, duquesa Isabel. —La condesa Esterházy reapareció.

¿Sería capaz de componer una expresión que no fuera de desaprobación perpetua?, se preguntó la joven.

—¿Sí? —Sissi seguía inmóvil junto a la ventana.

—Debo acompañarla de vuelta a su dormitorio.

—Pero... no he visto a nadie —protestó ella—. ¿Qué sucede?

La dama de compañía se encogió de hombros y no le ofreció más información.

Sissi suspiró y siguió a la condesa de vuelta a su habitación.

—¡Sissi! —Elena la estaba esperando, dando vueltas por el dormitorio—. ¿Hay noticias?

—Nada en absoluto. —Sissi se dejó caer, cansada, en un sillón. Se dio cuenta con gran pesar de que su hermana había hecho el equipaje mientras ella estaba en la planta baja—. ¿Has empaquetado todo?

—Por si acaso. No porque crea que...

—No, es una decisión acertada. No he visto a nadie. Pero sé con seguridad que Francisco se ha marchado.



Pasó el mediodía, pero no les sirvieron el almuerzo ni les informaron de lo sucedido entre Sofía y Francisco. A primera hora de la tarde Sissi se asomó al pasillo y vio a la condesa Esterházy deambulando por él como una centinela infatigable. Así que ese era el motivo de que Ludovica no hubiera aparecido.

Sofía debía de estar regodeándose en su victoria. Una vez más, era la madre devota y la consejera, dispuesta a hacer lo necesario para proteger a su hijo. No solo lo había salvado de un matrimonio desastroso, sino que también había dejado bien claro su posición como la mujer más poderosa de su vida. Había demostrado, otra vez, por qué muchos la apodaban la Emperatriz.

—Disculpe, duquesa Isabel. —En esa ocasión fue herr Lobkowitz quien apareció en la puerta.

—Sí, ¿qué sucede ahora? —masculló Sissi, agotada la paciencia hacía mucho. Si Francisco había perdido, ¿acaso no podían permitirle volver a casa sin recibir más castigo?

—¿Tendría la amabilidad de acompañarme de nuevo, duquesa? —El ayudante se tocó el monóculo con un gesto nervioso allí donde se apoyaba en su cara.

—Por supuesto. —Sissi miró a su hermana con el ceño fruncido—. Tampoco tengo tantas cosas que hacer.

Volvieron a conducirla al enorme comedor, y la dejaron allí, sola, de nuevo con el tictac del reloj como única distracción de sus pensamientos.

La espera fue más corta esa vez. La puerta se abrió sin aviso, y Sissi se quedó de piedra al ver la cara de su tía.

—Voy a prescindir de las formalidades, porque sabes muy bien cuál es mi



opinión. —Sofía entró en el comedor y se sentó enfrente de ella. Era la misma mesa de roble en la que habían cenado con tanta alegría la primera noche—. La boda se celebrará dentro de ocho meses.

Sissi se quedó inmóvil, segura de no haber oído bien a su tía. O, cuando menos, de haber malinterpretado sus palabras.

—Será tiempo de sobra para acallar los rumores de que estás... embarazada. Aunque no es ni mucho menos el tiempo necesario para enseñarte a ser una emperatriz. —Sofía miró a su sobrina con evidente desaprobación—. Se necesita una vida entera para prepararse. Ya era arriesgado invitar a Elena a sabiendas de la clase de... educación que habéis recibido en tu casa. Con tu padre y su comportamiento. Con tu madre, que no se ha esforzado en enseñaros disciplina. —Sofía jugueteó con los anillos que llevaba en los dedos, cuyas piedras preciosas reflejaban la luz—. Pero Elena al menos tenía la personalidad adecuada. Es tímida, digna, sabría cuál es su sitio. Y es mucho más madura que una niña. Pero ¿tú? Tú tienes la personalidad equivocada. —Sofía hablaba con un tono irritado. Apartó la vista de Sissi y la clavó en el suelo. Las siguientes palabras que masculló fueron un compendio de las faltas que encontraba a la muchacha que tenía delante—: Briosa. Independiente. Demasiado obcecada. —Miró a Sissi—. Y no te has hecho un favor al llevarme la contraria en tu conquista del corazón de mi hijo. —Sissi intentó replicar, trató de defenderse. Pero antes de poder hacerlo, Sofía la silenció levantando una mano—. Deja que termine. Parece decidido a seguir adelante con esta... —La archiduquesa hizo una pausa y apretó los labios como si la palabra la asqueara—. Con esta unión. —Exhaló un suspiro—. Os casaréis en abril. En Viena, en la *Ausgustinerkirche*, la iglesia de los Agustinos. Es donde se casan todos los Habsburgo.

Sissi esbozó una sonrisa asombrada mientras que el ceño de Sofía dejaba claro que detestaba conceder semejante honor a su sobrina.

—Si no llegas virgen a tu noche de bodas, lo sabré, ¿entendido? Y tendré a un sacerdote cerca para anular la unión antes de que te sientes a desayunar a la mañana siguiente.

Sofía siguió hablando mientras le exponía toda una lista de advertencias: su francés debía ser impecable para la boda; debía mejorar sus lamentables habilidades como bailarina... Añadió que su guardarropa era horroroso. Y que ya podía enderezarse y blanquearse los dientes, porque de lo contrario sería el hazmerreír de Viena.

Sin embargo, Sissi había dejado de prestarle atención. Los insultos y las amenazas resbalaron sobre ella como gotas de lluvia. Solo había un retazo de

información de toda la retahíla que la archiduquesa le estaba soltando que le importaba: el anuncio de que iba a casarse con Francisco. Y al asimilar ese hecho llegó la felicidad. Francisco había ganado. Ella, Sissi, había ganado. ¡Sería la esposa de Francisco! El alivio y la alegría se apoderaron de la joven hasta que cometió la temeridad de soltar una alegre carcajada.

—¿Qué te hace tanta gracia, niña? No es para tomárselo a risa.

No tenía gracia, pero Sissi siguió riendo a carcajadas.

—Deja de reírte ahora mismo. —Sofía, con los ojos como platos, adoptó una expresión avinagrada—. Es inapropiado.

Eran unas noticias maravillosas, unas noticias maravillosas e incomprensibles: iba a casarse con Francisco. Ella, Sissi, sería la emperatriz de Austria.

Sofía seguía observándola con desaprobación.

—Será mejor que vayas a cambiarte. Tenemos que reunirnos con mi hijo en la iglesia dentro de una hora. Iremos a rezar. Vas a necesitar toda la ayuda de Dios para enfrentarte a la corte de Viena.

## Segunda parte

## VI

*Me he despertado de un sueño.*

EMPERATRIZ ISABEL, SISSI, DE AUSTRIA, 1854

## Capítulo 6

*Castillo de Possenhofen, Baviera  
Septiembre de 1853*

Sissi jamás creyó posible que un buen día su vida habría de resultarle totalmente extraña. Desconocida. Como si, una vez comprometida con el emperador Francisco José, los primeros quince años de su existencia solo hubieran sido un sueño. El recuerdo de otra muchacha.

Cuando regresó aquel otoño de Bad Ischl a Possenhofen descubrió un modo de vivir que le era ajeno. Sus días ya no le pertenecían. Ya no era libre para disfrutar de aquella estación que era su preferida del año para perderse en los bosques a lomos de su caballo.

«¡No tenemos tiempo que perder!», se convirtió en el dicho diario y frenético de su madre.

Los tutores imperiales fueron los primeros en descender sobre Sissi con sus pesados libros, sus relucientes anteojos y sus labios de rictus severos y cubiertos por bigotes. Acompañaban a Sissi desde que se despertaba hasta mucho después de la cena. Hablaba un italiano deplorable, no sabía húngaro y su francés debía mejorar. En ese punto todos parecían estar de acuerdo. Incluso su uso del alemán, su lengua nativa, presentaba problemas. Sissi no solo debía hablar con corrección, sino conversar adecuadamente. Además, en cuestión de meses, tenía que convertirse en una experta en la historia de Austria, la familia Habsburgo y la vida en la corte. Sobre este último tema existían numerosos tratados del protocolo que debía aprender y una lista interminable de nobles y cortesanos con los que tenía que familiarizarse, además del inventario de las nuevas casas, propiedades y responsabilidades.

A Francisco José lo habían educado para asumir su papel desde su más tierna infancia. No había conocido otra compañía que la de los parientes reales, los elegantes cortesanos y sus atentos tutores. En el caso de Sissi, debía olvidar quince años de educación laxa y provinciana, y en cuestión de meses había que solucionarlo. Nadie a su alrededor lo creía posible.

Las habilidades de Sissi para el baile, tal como Sofía había señalado en

repetidas ocasiones, también eran claramente insuficientes. Viena le había dado al mundo el vals. Y se esperaba que Sissi ocupara su lugar en los salones imperiales al lado del emperador, un bailarín consumado, sin ofender a los Habsburgo. De manera que, en vez de ejercitar las piernas con interminables caminatas y escaladas a las cimas de las montañas bávaras con las que siempre había disfrutado, Sissi se destrozó los pies ese otoño durante incontables horas practicando valeses, polcas y cuadrillas. Incluso oía en sueños los violines tocando un compás de tres por cuatro.

Ni siquiera su propio cuerpo parecía pertenecerle. La midieron, examinaron y tallaron como nunca antes. Desde Viena llegaron dentistas para enderezar los dientes de la joven prometida y para aplicar una pasta que su tía Sofía esperaba que diera como resultado un apropiado y reluciente tono blanco. Sombrereras, sastres, zapateros y modistas procedentes de toda Baviera arribaron a Possenhofen para coser y bordar de la mañana a la noche. Ninguno de ellos creía posible completar el ajuar imperial para la fecha en la que la novia debía partir a Viena. Se envió un anuncio urgente a todos los conventos de la región: las monjas debían ayudar a la duquesa a tener un guardarropa digno de la esposa de un emperador. Tenían que rezar por Sissi, pero lo más importante, tenían que coser para Sissi. Hasta Dios, según parecía, fue requerido para que ayudara a esa pobre muchacha tan mal preparada.

Cuando no estudiaba historia o practicaba el arte de la conversación, o del baile, o estaba descansando porque le dolía un diente, se pasaba el tiempo sentada. Pasaba horas y horas en esa posición mientras los artistas imperiales le hacían retratos. La gente estaba ávida por conocer a la joven que había conquistado al emperador. Una muchacha cuya belleza ya era alabada por quienes habían tenido la buena suerte de ver a la desconocida duquesa en Bad Ischl. Su cara, según dijeron a Sissi los artistas imperiales, sería la más popular de Viena antes de que ella pusiera un pie en la capital.

Se recibieron regalos durante todo el otoño y todo el invierno. Al principio era algo que emocionaba mucho a Sissi. Le encantó introducir la mano en una bolsita de terciopelo y sacar una miniatura de su prometido. Y soltó una exclamación de sorpresa cuando vio la pulsera de diamantes que la acompañaba, donde debía prender el pequeño retrato de Francisco José para llevarlo siempre consigo. Él también la llevaba a ella, según le había asegurado su enamorado prometido.

A veces, cuando abría los nuevos paquetes y enseñaba el contenido a su emocionada madre y a su silenciosa hermana mayor, Sissi atisbaba una

expresión difícil de descifrar en la cara de Elena. ¿Era envidia? ¿Anhelo? Al percatarse de la extraña tensión que aparecía en el rostro de Nené y la rapidez con la que esta se excusaba para marcharse de la estancia, Sissi decidió que tal vez fuera mejor no mostrarse tan entusiasmada con su propia felicidad cuando su hermana estaba presente.

Cada día parecía llegar un regalo nuevo. Francisco le envió un juego de desayuno de plata con sus iniciales grabadas. También le mandó una suave capa de terciopelo azul ribeteada con armiño. Y un broche de piedras preciosas con forma de capullo de rosa, junto con un ramo de rosas frescas, y eso que estaban en pleno invierno y no había rosas por ningún lado. Le hizo llegar guantes de piel de cabritilla de todos los colores, y vestidos ceremoniales bordados con hilo de oro, y vestidos de invierno, y de verano, y sombreros adornados con flores de manzano y plumas de avestruz. Recibió capas, monederos, mantillas y escarpines de seda. Su regalo preferido fue el loro que Francisco le envió junto con una nota en la que afirmaba estar deseoso de enseñarle el zoológico privado del palacio de Schönbrunn.

Su prometido le escribía con regularidad y le confesaba con gran emoción que sus pensamientos rehuían los documentos gubernamentales y rememoraban los días maravillosos que habían pasado juntos en las montañas. Le aseguraba que su madre estaba muy emocionada con la inminente boda. Tal vez en un esfuerzo por ganarse de nuevo el favor de su hijo, o quizá para congraciarse con la joven novia que pronto se mudaría a su hogar, el comportamiento de Sofía había cambiado por completo. Según Francisco, la archiduquesa hablaba maravillas de la «divina jovencita» que el emperador había elegido a todo aquel que estuviera dispuesto a escucharla. Sofía incluso había decidido que la nueva ala de la *Kaiservilla* sería un homenaje a la prometida de su hijo.

Para su decimosexto cumpleaños, la víspera del día de Navidad, Sissi recibió una carta que detallaba los esfuerzos de su tía para preparar la suite imperial que ocuparían los recién casados después de las nupcias. Si bien no pedía opinión a Sissi, su tía le aseguraba que todo estaba haciéndose pensando en su comodidad y disfrute. Sofía había comprado a su sobrina un juego de artículos de tocador de oro macizo. Las cortinas de la cama y de las ventanas serían de seda de Lyon de un pálido azul. Había ordenado que la joven tuviera porcelana china, alfombras tejidas a mano, muebles hechos a medida y cuadros procedentes de la colección familiar de los Habsburgo.

Sissi también recibió para su cumpleaños una diadema con diamantes y ópalos, la misma que su tía Sofía había lucido el día de su boda. Llegó junto

con los pendientes y el collar a juego, y con una nota en la que la archiduquesa le suplicaba que tuviera mucho cuidado con las joyas durante el viaje a Viena. Eran algunas de las piezas más queridas de la colección de los Habsburgo, y el hecho de que pudieran extraviarse o sufrieran algún desperfecto tendría consecuencias inimaginables. Sissi lloró al recibir el regalo y la advertencia. Además del peso que ya llevaba sobre los hombros ¿también debía asegurarse de que las valiosas joyas de los Habsburgo llegaran intactas a Viena?



Sissi experimentó muchas sensaciones a medida que se acercaba el día de la boda. Emoción. Miedo. Gratitud. Agotamiento. Pero la que jamás la abandonó, la que nunca flaqueó aunque las demás iban y venían, era la incredulidad. ¿Francisco la había elegido a ella? ¿Toda esa gente estaba de verdad trabajando para ayudarla y prepararla a fin de que asumiera su papel? ¿Todos esos vestidos de seda, de brocado, de tul y de satén eran de verdad para ella? ¿La multitud que se congregaba en las calles de Possenhofen el día de su partida, ondeando la bandera azul y blanca de la provincia y lanzándole flores, estaba de verdad ahí para despedirla a ella?

Fue una partida totalmente distinta de la anterior. Meses atrás se marchó en un carruaje humilde camino de Bad Ischl siendo la hermana menor que participaba en una especie de emocionante aventura. En ese momento era la novia imperial que viajaba a la capital del imperio, donde todos aguardaban con avidez para ver aunque solo fuera de lejos a su nueva emperatriz.

Sissi subió, muda de la impresión y pálida, junto con sus treinta y cinco baúles, al buque de vapor *Francisco José*. La travesía por el Danubio duró tres días. Tenían todo el río para ellos solos ya que se había prohibido el tránsito para las demás embarcaciones. El barco surcaba con determinación el agua en la que flotaban guirnaldas de rosas mientras decenas de miles de curiosos contemplaban su avance desde las orillas. Todas las tierras por las que pasaban eran ahora suyas: las huertas con los árboles cargados con la primera fruta de la temporada. Las antiguas ruinas que se desmoronaban en las ciudades medievales. Hasta la gente que se agolpaba junto al río durante todo el trayecto; los campesinos que comían al aire libre y las bandas de música que interpretaban en honor de Sissi sus himnos nacionales, el antiguo y el nuevo. Las campanas repicaban en todas las ciudades y los pueblos, y la multitud ondeaba las banderas de Austria y de Baviera mientras ella saludaba con la mano, agitando un pañuelo de encaje tal como le había enseñado su



profesor de baile. Oía su nombre pronunciado a gritos desde la mañana hasta el anochecer, y se mantenía en cubierta durante todo ese tiempo, cumpliendo con su deber hasta que los brazos le dolían y sentía que las mejillas le temblaban de tanto sonreír.

Se pasaba el día interpretando un papel. Le resultaba tan agotador que por las noches, a solas en su camarote, se echaba a llorar mientras se quitaba el incómodo corsé y se ponía sus viejas chinelas rojas. Lloraba por el agotamiento. Lloraba por Possenhofen. Lloraba por su cama de la infancia, y por la reconfortante presencia de Nené y de los criados que conocía desde que era niña. Unos criados que le habían prohibido llevarse consigo. Lloraba por la despreocupada frivolidad de montar a caballo con un vestido cómodo y unas sucias botas de cuero. Lloraba por el carácter sencillo e indulgente de sus padres, tan diametralmente opuesto al de su tía Sofía. Sabía que llorar era ridículo. Ella, la muchacha más afortunada de toda Europa, no tenía derecho a llorar. Ella, que había conquistado el corazón del emperador más guapo y bueno que existía, solo debería sentir júbilo.

De manera que todas las mañanas se vestía de nuevo, se ponía obedientemente un corsé demasiado ajustado y unos inestables zapatos de tacón, y se recordaba que todo saldría bien. Estaba enamorada de Francisco José. Una vez que lo viera, una vez que se reuniera con su prometido, todo saldría bien.



El día de la boda amaneció despejado y frío. Una perfecta mañana de abril, lo que confirmó a todos los habitantes de la capital, desde el más humilde tabernero hasta el mismo emperador, que Dios sonreía a la pareja imperial.

Al parecer, Austria al completo se había congregado en Viena, dispuesta a dar la bienvenida a la novia con un aplastante abrazo. El retrato de Sissi estaba expuesto por toda la ciudad. Colgado en los escaparates de las cafeterías de la plaza de San Esteban, pintado en los platos de porcelana en los restaurantes de Kärntner Strasse. El blanco y el azul, los colores de la Baviera natal de Sissi, adornaban la capital desde las marquesinas de los lujosos hoteles hasta los sombreros expuestos en los aparadores de las sombrererías y en los ramos de las floristerías.

Sissi se despertó temprano al oír el tañido de las campanas. Se sentía cansada antes incluso de que el día diera comienzo. Su madre y Nené, que habían llegado a Viena poco después de que ella lo hiciera, fueron a su habitación para ayudarla a vestirse.

—Feliz día de tu boda, Sissi —dijo Nené en voz baja cuando entró.

Sissi percibió en su rostro de nuevo esa expresión indescifrable, una especie de mueca que Elena se esforzó por disimular.

—Buenos días —respondió Sissi, que se sentía demasiado cansada para tratar de sonreír a su madre o a su hermana.

Desayunaron de forma frugal, mordisqueando apenas las tostadas e intercambiando pocas palabras. Después llegó la hora de arreglarse. Mientras Sissi se quitaba el camisón, su nueva dama de compañía, la severa condesa Esterházy, irrumpió en el dormitorio.

—Buenos días, duquesa Isabel. —La mujer le hizo una reverencia y entró antes de que la invitaran a hacerlo. Ese era otro de los acontecimientos diarios a los que Sissi no acababa de acostumbrarse.

—Buenos días, condesa Esterházy. —Sissi se colocó el camisón delante del cuerpo para cubrirse mientras intercambiaba una mirada con Nené.

—Vamos, siga vistiéndose —le ordenó la condesa con una voz que le recordó al picoteo de una vieja gallina. Se acomodó en uno de los sillones de la estancia—. No la molestaré. Leeré mientras Su Alteza se viste.

Y tras decirlo, empezó a leer uno de los voluminosos libros que habían preparado para la futura emperatriz. El material de lectura incluía el *Procedimiento ceremonial para el progreso oficial de Su Majestad Imperial, la princesa Isabel*, junto con un panfleto sobre el rito nupcial titulado *Sencillos recordatorios*. Y, por último, el libro con el que Sissi se sentía más incómoda era el grueso *Libro de la realeza*. Un listado, al parecer interminable, de nombres con su rango y con el saludo preciso con el que debía recibir a los miles de invitados que la felicitarían el día de su boda.

Por más tediosos que Sissi encontrara esos textos, la condesa Esterházy parecía disfrutar con ellos y se detenía cada pocas frases para hacerle alguna pregunta.

—Ha leído estos libros, ¿verdad, alteza? —le preguntó la condesa, y suspiró mientras Sissi trataba de recordar a una familia de condes prusianos.

—Sí, lo he hecho. Lo prometo. Pero es que...

—No importa. Sigamos con la historia de Austria —la interrumpió su dama de compañía, que apretó los labios y frunció el ceño para expresar su desaprobación al tiempo que pasaba las páginas—. Por favor, duquesa Isabel, dígame, si es tan amable, cuál es el título completo de su futuro marido.

Sissi inspiró hondo pensando la respuesta mientras Nené y su madre trajinaban a su alrededor, preparando los cepillos, las joyas y los artículos de tocador. Sabía la respuesta. Se la había estudiado.

—Es... —Tenía las palmas de las manos sudorosas, algo que empeoró cuando oyó que la condesa golpeaba el suelo repetidamente con el tacón de una de sus botas—. Lo sé —le aseguró Sissi, haciendo caso omiso de la mirada crítica de la mujer—. Es Francisco José I, emperador de Austria por la gracia de Dios, rey de Hungría y Bohemia, rey de Lombardía y el Véneto, gran duque de Toscana y de Cracovia, duque de Lorena, gran duque de Transilvania, margrave de Moravia, duque de la Alta y la Baja Silesia, de Módena, de Parma, de Piacenza y... —Sissi titubeó. No recordaba más. Miró a su madre.

—Creo que eso es más que suficiente —terció Ludovica. Se acercó a su hija después de desabrochar la hilera de botones de perlas de la parte posterior de su vestido de novia—. Es impresionante que haya memorizado tanto. Y ahora, querida, vamos a vestirte.

—Toda preparación es poca. —La condesa Esterházy se levantó y carraspeó—. Este será su reino. Y se espera que Su Majestad Imperial sepa todas estas cosas —añadió la mujer con tono imperioso—. Y ahora, duquesa Isabel, por favor, sigamos, si no le importa. Si es tan amable, dígame cuántos habitantes viven en las tierras de nuestro bendecido emperador.

—Aproximadamente cuarenta millones de personas —contestó Sissi, que se percató de que Nené asentía con la cabeza en señal de aprobación. Su hermana mayor había sido su tutora más devota durante los pasados meses.

—¿Y de dónde procede el nombre Habsburgo? —preguntó la condesa.

—Del castillo de Habichtsburg, el primer condado de la familia.

—Hábleme del castillo de Habichtsburg.

—Significa «castillo del Halcón». Estaba en Suiza.

—¿En qué lugar de Suiza? —insistió la condesa. El único movimiento de su rostro fue la solitaria ceja que enarcó en esa frente tan ancha que tenía.

El buen ánimo de Sissi flaqueó. No recordaba esa parte. La condesa Esterházy hizo un sonido gutural para expresar su desaprobación.

—Estaba en Argovia, Suiza, duquesa Isabel. —Y con esas palabras siguió hojeando el libro en busca de su siguiente pregunta. En un momento dado carraspeó—. ¡Ah! Esto es importante. Dígame, ¿quién fue el primer regente Habsburgo?

—¡Carlomagno! —exclamó Sissi, e intercambió una mirada triunfal con Nené—. Fue coronado en el año 800. —Cruzó los brazos. Tenía la impresión de que no lo estaba haciendo tan mal durante su primera prueba para atestiguar su preparación.

—¡Mal! —masculló la condesa, y pareció estar encantada de decirlo.

—¿Mal? —A Sissi la sonrisa se le borró de la cara—. Pero estoy segura de que Carlomagno era un Habs...

—Era un Habsburgo, sí. Pero los Habsburgo austríacos se remontan al conde Werner I, quien reinó en torno al año 1000.

—Esa pregunta tenía truco —protestó Sissi, si bien su madre la interrumpió.

—Creo que ya ha sido suficiente. —La duquesa Ludovica levantó las manos y se interpuso entre su hija y la condesa Esterházy—. Debemos vestirme, Sissi, o no estarás lista a tiempo.

—La parte más importante —siguió la condesa a la vez que miraba con expresión ponzoñosa a la madre de la novia, sujetando el libro de protocolo como si fuera una reliquia preciosa— serán los nombres y los saludos con los que tendrá que recibir a las damas de la corte. Su Majestad Imperial disfrutará de un momento especial para visitarlas durante la Ceremonia del Besamanos Imperial. Sería muy... indecoroso confundir sus nombres, ya que todas están ansiosas por conocerla. Causar una buena impresión es de vital importancia.

Sissi asintió con la cabeza, intimidada por la expresión de la condesa y por la idea de los deberes del día. Su cuerpo le parecía demasiado frágil para aguantar el peso del vestido de novia que sostenía su madre.

—Ya está bien. Se comportará con alegría, frescura y educación, como hace siempre. —Ludovica se colocó delante de la condesa Esterházy y levantó el vestido de color marfil a modo de escudo—. No nos olvidemos de que fue Francisco quien la eligió, no una de esas damas de la corte.

La condesa replicó enarcando una ceja, como si quisiera retar a Ludovica. Sin embargo, fuera cual fuese la réplica mordaz que hubiera preparado, se refrenó y en vez de hablar apretó los labios y siguió leyendo datos históricos de la familia Habsburgo, aunque Sissi estaba segura de que se sabía el libro de memoria.

El vestido de novia era el más pesado y adornado que Sissi había visto en la vida, a pesar de haber recibido cientos de vestidos durante los últimos meses. Estaba ribeteado con hilo de oro, adornado con pedrería y encaje, y llevaba rosas bordadas. Lo cosieron sobre su cuerpo. El escote y las mangas le caían por debajo de los hombros, dejando a la vista la marfileña piel de su cuello y de sus hombros, que rivalizaba con el exquisito color del vestido.

Su cintura quedó reducida a un contorno que parecía imposible, y los aros del miriñaque eran tan grandes que cuando llegó el momento le costó mucho trabajo acomodarse en el carruaje que la llevaría a la catedral. La ayudaron varios criados y tuvo que aferrarse a la mano de su madre, que viajó con ella.

Un lacayo de porte rígido hizo una señal y los ocho caballos lipizzanos tiraron del carruaje, con sus crines trenzadas y adornadas con hilos de oro y borlas escarlatas.

Sissi atravesó la puerta de Hofburg, reservada a los miembros de la familia real. La recibió una multitud tan grande que no se veía el final. La iglesia de los Agustinos estaba a menos de un kilómetro del palacio, pero el carruaje tardó varias horas en llegar a su destino porque las calles estaban atestadas con miles de personas que querían ver a la emperatriz. La precedían varios heraldos tocando las trompetas, lacayos ataviados con impecables pelucas blancas y guardias que portaban la bandera de los Habsburgo. El camino estaba flanqueado por la guardia imperial y hasta los caballos que tiraban del carruaje parecían arrogantes, como si se percataran de la importancia del cortejo del que formaban parte.

—Veamos, Sissi, ¿y si sonríes? —Ludovica, sentada junto a su hija en el carruaje, parecía cansada.

Sissi se volvió para mirarla a los ojos con la boca seca mientras sopesaba su respuesta. Pero esa mujer era su madre, seguro que podía mostrarse sincera con ella.

—¿Soy la única que encuentra todo esto aterrador? —La joven se echó a temblar y una solitaria lágrima le resbaló por la comisura de un ojo.

Ludovica se enderezó y le limpió la lágrima de la mejilla antes de que la multitud que había a su alrededor pudiera percibirla.

—Ya casi estamos, Sissi. Recuerda que Francisco te aguarda al final de todo esto. Piensa en él.

Sissi asintió con la cabeza.

—Sí. —En cuanto viera a Francisco, todo iría bien.



Cuando Sissi llegó a la iglesia, una legión de asistentes se abalanzó hacia ella a fin de atusarle el vestido, examinar sus joyas e inspeccionar hasta el último mechón de su pelo para darle la aprobación. Le ajustaron el vestido de satén marfil que la envolvía con capas de encaje y pedrería. Le ajustaron la diadema de ópalos de la tía Sofía y le colocaron los rizos rubios oscuros adornados con diamantes y perlas. Sissi se maravilló y comentó lo hermosa que acababa siendo una mujer cuando tenía el respaldo de la corte imperial, con todas sus modistas, costureras y artistas del bordado, conspirando para convertirla en una figura digna del imperio del que iba a formar parte tras su matrimonio.

En la iglesia de los Agustinos, una catedral medieval que la familia real

había mandado erigir en la plaza de San José de Viena, no cabía ni un alma. Había más de mil invitados en su interior y relucían más de diez mil velas. Varios obispos aguardaban delante del altar ataviados con sus casullas bordadas con hilo de oro, solemnes y listos para bendecir la unión divina.

Indicaron a Sissi que se acercara a su padre. Juntos esperaron en la entrada de la catedral, contemplando los impresionantes techos góticos que se levantaban sobre unos pilares blancos que parecían tan frágiles como los huesos más delgados. Las arañas doradas conformaban un dosel etéreo y resplandeciente a lo largo del pasillo. Las bancas, de delicada talla y lacadas, estaban ocupadas por los cortesanos, nobles que por un momento olvidaron sus modales aristocráticos y se dieron codazos mientras estiraban el cuello para ver por primera vez a la amada de Francisco José. El atronador sonido de los órganos se mezcló con las fanfarrias de los clarines y de las cornetas, asombrando a todos los presentes y abrumándolos con el augusto poder de la dinastía de los Habsburgo.

—¿Lista, Sissi? —Su padre le tomó la mano y esperó para emprender la larga marcha hasta el altar.

Ella asintió con la cabeza. Sí. Aunque estaba segura de que nadie podría estar nunca listo para enfilear ese camino.

—Entonces vamos, pequeña. —El duque Maximiliano lucía un aspecto muy digno con su antiguo uniforme militar y su porte era estoico, aunque le temblaron las manos cuando besó a su hija por última vez.

Sissi se sintió intimidada a lo largo de la caótica y agotadora jornada por el asombro que la abrumaba. El mismo asombro que veía reflejado en las caras de los invitados a la boda. Esa no era una muchacha alemana de dieciséis años a punto de casarse con el joven que amaba. Ese día el protagonista era el imperio y la continuación del linaje de los Habsburgo-Lorena.

El recuerdo que Sissi estaba segura de que saborearía durante el resto de su vida fue la mirada de su prometido. «Francisco te aguarda al final de todo esto. Piensa en él.» Francisco, que la esperaba ante el altar dorado de la iglesia, con los ojos fijos en ella, rebosantes de tanto amor y anhelo que casi se ruborizó delante de todos los presentes. Francisco, que siguió mirándola en todo momento, inmutable, mientras ella caminaba por el pasillo, más despacio de lo que le gustaría por culpa de los ajustados escarpines de seda y del pesado vestido. Francisco, que le sonrió justo después de pronunciar los votos matrimoniales. Y también recordaría que, en ese momento, un batallón de granaderos emplazados en el exterior de la iglesia dispararon una salva de

cañonazos. Toda Viena supo, en ese momento, que el emperador ungido por Dios acababa de unirse a una belleza bávara llamada Isabel.

—¡Dios mío! —Sissi se sobresaltó por la salva. Los cañonazos se mezclaron con el rugido de la multitud reunida delante de la catedral—. Creo que hasta en Rusia se han enterado de que nos hemos casado.

Francisco la miró con una sonrisa y la tomó de las manos.

—Si no lo han hecho todavía, pronto lo harán.



Una vez de vuelta en el palacio de Hofburg un numeroso grupo de asistentes y ayudantes recibieron a la pareja imperial a fin de que cumplieran a rajatabla y sin tropiezos el protocolo que se esperaba de ellos. Ya convertidos en marido y mujer, Francisco José y Sissi aparecieron en el balcón principal situado sobre la escalinata de acceso al real edificio. Bajo ellos, una multitud conformada por cientos de cortesanos, ataviados con sus galas más imponentes, los contemplaba y los saludaba, dándose codazos en un intento por conseguir un lugar mejor desde donde verlos.

—*Repräsentations-pflicht* —le dijo Francisco a su mujer, sin separar mucho los labios. Al igual que ella, estaba saludando a la multitud con la mano.

—¿Cómo dices? —le preguntó Sissi rompiendo el protocolo al mirar a su marido.

—Mantener la fachada. Eso es lo que debemos hacer hoy. Cumplir con nuestro papel. Y, después, esta noche, por fin podré estar contigo.

Sissi se volvió hacia la multitud que los observaba desde abajo con la esperanza de que todos supusieran que su repentina sonrisa y su rubor era por ellos y no debida a los susurros de su flamante esposo.

Después, en el salón de recepción contiguo, la pareja iba a celebrar su primera audiencia como marido y mujer. El honor de ser los primeros se reservó para los generales que habían llevado a Austria a la victoria en la guerra contra los húngaros tras las sublevaciones de 1848 y 1849. Tras ellos les llegó el turno a los emisarios de la corte y a los embajadores, así como a los ministros de Francisco. Sissi dedicó una sonrisa especial al conde Grünne, el único hombre cuyo rostro recordaba. El conde se inclinó ante ella con una reverencia.

—Está imponente, emperatriz —le susurró.

En último lugar, ocupando la posición de menor dignidad, aparecieron los nobles húngaros. Sissi se asombró al ver a esos hombres altos de bigotes

oscuros, orgullosos y distantes, cubiertos con pieles de leopardo y con espuelas en las botas. Se percató, con interés, de que Sofía se marchaba del salón cuando entraron mientras Francisco los recibía con cordialidad.

Una vez que la recepción llegó a su fin la pareja entró en el salón de los Espejos para que diera comienzo la parte de la jornada que Sissi más temía. Se iba a llevar a cabo la Ceremonia del Besamanos, el momento en el que las damas de la corte, cientos de ellas, tendrían la oportunidad de acercarse a la emperatriz, de una en una, para conocerla. Las aristócratas tendrían permiso para hacer algo que ninguna otra persona del imperio, salvo su familia más cercana, podría hacer a partir de ese momento: tocar a Sissi. O más concretamente, el día de su boda, las damas de la aristocracia tenían permiso para besar, a partir de ese instante, su mano imperial.

—¿Esto es la Ceremonia del Besamanos? —susurró Sissi dirigiéndose a Francisco mientras las aristócratas entraban en el salón con la cabeza adornada con plumas y frutas, escudriñándola—. ¿O es el Desfile de los Corazones Rotos?

Francisco rio al escuchar la broma, pero Sissi reparó en que su suegra fruncía el ceño. En ningún lugar de la guía de protocolo se afirmaba que los novios podían cuchichear. Ni mucho menos que pudieran reírse entre dientes durante el día de su boda.

Las primeras damas se acercaron sin que se produjera el menor incidente. La condesa Esterházy se mantuvo al lado de Sissi, susurrándole los nombres a fin de que Sissi pudiera mantener la pretensión de que estaba sobradamente preparada. Tenía la mano apoyada en un mullido cojín de seda. Estaba sentada con la espalda muy recta en un sillón de respaldo alto mientras las damas desfilaban ante ella. Algunas eran de su misma edad, otras tan mayores como para ser abuelas. Todas miraban furtivamente a su emperatriz mientras realizaban obsequiosas reverencias. Sissi también se percató de las miradas de reojo que algunas dirigían a su marido. Las más jóvenes, las más guapas, también le sonreían. Al ver que él devolvía la sonrisa a algunas, Sissi lo comprendió. Francisco había crecido relacionándose con ellas. Se sentó más derecha si cabía en el incómodo trono con su alto respaldo, repentinamente consciente del gran número de mujeres que habían deseado ocuparlo.

Habían pasado más de doce damas cuando Sissi localizó una cara conocida en la fila.

—¡Elena! —Sissi no esperó a que ella se acercara, sino que se levantó del trono y corrió a abrazarla, tirando al suelo el cojín—. ¡Ay, Nené, qué contenta estoy de verte! —Estuvo a punto de tropezarse mientras se dejaba abrazar por



su hermana.

—¡Sissi! ¡Ay, Sissi!

De inmediato fueron conscientes de las exclamaciones entrecortadas de la multitud, que resonaban en el salón como si fueran pequeños disparos. Sofía se acercó a ellas.

—Emperatriz, se olvida de sus deberes —le advirtió su tía con un hilo de voz.

—Ah, tía Sofía. —Sissi se apartó de Elena y se limpió una lágrima—. Pero es mi hermana. ¿No se me permite abrazar a mi hermana el día de mi boda?

—Emperatriz... —Sofía la miraba con los labios apretados y una expresión tan rígida como su postura—. Así no se hacen las cosas.

Sissi soltó la mano de Elena y tragó saliva. Y allí estaba. Sissi se percató de nuevo de la expresión del rostro de su hermana. Y entonces lo comprendió. No era una mirada de envidia ni de amargura lo que Sissi había visto en la cara de Nené durante todos esos meses. No, era una mirada de lástima. Su hermana no codiciaba su papel, ni sus joyas, ni su novio, ni su vida. Su hermana le tenía lástima por el destino que de tan buena gana había aceptado.

Al comprenderlo, Sissi se apartó de la fila y evitó la mirada de Francisco, la de su hermana y la de su suegra.

Elena se alejó, ya que su turno había pasado, y la siguiente dama se acercó e hizo una reverencia frente al incómodo trono de respaldo alto. Sin embargo, Sissi empezó a verlo todo borroso por culpa de las lágrimas mientras observaba cómo se iba su hermana, como si fuera un bote salvavidas que se alejara de un desesperado bañista en necesidad de auxilio. «¡Nené!» Se le aceleró el corazón y descubrió que deseaba marcharse con ella del salón. «¡Nené, vuelve! ¡Por favor, no te vayas!»

De repente cayó en la cuenta de que no había probado bocado desde por la mañana y sintió un hambre atroz. Intentó tomar una honda bocanada de aire que le diera fuerzas, pero se topó con la barrera del resistente corsé, demasiado ajustado, y en cambio tuvo la impresión de estar a punto de asfixiarse. La aristócrata aún aguardaba, inclinada delante de ella. A la espera de que la emperatriz pronunciara su nombre y la invitara a besar la mano imperial. Pero Sissi solo oía los atronadores latidos de su corazón. En el caso de que la condesa Esterházy hubiera pronunciado el nombre de esa mujer, Sissi no lo recordaba. Además, apenas distinguía la cara de la dama y no sabía siquiera a quién tenía que dirigirse.

Con las manos sudorosas y el corazón latiéndole desbocado contra el

corsé, Sissi se volvió hacia Francisco, sentado a la espera de que ella llevara a cabo la simple tarea que se le había encomendado. Sin embargo, desconocía el nombre de esa mujer.

Y en ese momento, rompiendo el protocolo por enésima vez durante el día, murmuró:

—Disculpadme.

Acto seguido y aunque no se le había aclarado la visión, se levantó y atravesó la estancia con paso inseguro. Acababa de llegar a una puerta por la que se accedía a una pequeña antesala cuando las lágrimas empezaron a brotarle.

Se inclinó hacia delante y se aferró la cintura. Sus jadeos se topaban con la barrera del corsé y el vestido, demasiado ajustado. Se apoyó en la pared para no perder el equilibrio y se percató de que el mareo empeoraba al tiempo que el sudor le perlaba la cara.

—¡Isabel! Cariño, ¿estás bien? —Francisco entró en la estancia detrás de ella con la preocupación pintada en su serio rostro—. ¡Dios mío, estás blanca como un fantasma! Debemos llamar a un médico de inmediato. —Varios asistentes corrieron para cumplir la orden del emperador.

Sofía entró al instante con el rostro demudado. Le temblaba el labio inferior.

—¿Qué significa esto? ¿Es que no las oís cuchichear ahí fuera? —Colocó una mano en el hombro de su hijo, cubierto con el uniforme militar—. Este era el momento más importante de todos. Ya sabes cómo corren los rumores de labios de esas mujeres. Sus opiniones se convierten en hechos fehacientes. Isabel, ¿acaso no te lo ha repetido una y mil veces la condesa Esterházy?

Sissi bajó la cabeza de nuevo y se deslizó por la pared hasta sentarse en el suelo, desmadejada entre las capas de seda y diamantes, con la carne de gallina.

—Lo... lo siento muchísimo —fue lo único que logró decir.

—Isabel se siente mal, madre.

Sofía suspiró.

—Me da igual que se sienta mal. ¡Me da igual que haya contraído la peste! Tiene un deber que cumplir. Debe salir y completar la ceremonia.

Francisco desvió la mirada de su madre a su esposa con el rostro demudado por la preocupación. Cuando habló, su tono era más suave que el de Sofía. Sus palabras fueron una súplica desesperada.

—Isabel... ¿Crees que serás capaz de hacerlo?

Sissi tardó un instante en contestar ya que estaba ocupada recobrando la

respiración. A la postre, asintió con la cabeza.

—Buena chica. —El semblante de Francisco se relajó por el alivio—. Te prometo que cuando esto acabe solo nos quedará el banquete y el baile.

Sissi cerró los ojos y se obligó a seguir respirando. Solo era su primer día como emperatriz y ya tenía la sensación de que sería incapaz de lograrlo.



Esa noche, su noche de bodas, Sissi se alegró de desterrar sus atribulados pensamientos. De olvidar sus meses de formación. Las lecciones de sus obsequiosos asistentes y de su severa suegra. Su fallo en la Ceremonia del Besamanos. Había cometido varios errores y torpezas durante el día, pero al menos ya había acabado. Era la esposa de Francisco José. Y estaba segura de que su marido no estaría pensando precisamente en el protocolo esa noche.

Su madre y su tía Sofía la acompañaron desde el salón de baile hasta sus nuevos aposentos poco después de medianoche. Una vez en ellos, ambas mujeres la ayudaron en silencio a quitarse el vestido de novia. Le desabrocharon los botones de perlas y le retiraron las capas de seda, el miriñaque, las enaguas y el corsé. Sissi se puso muy colorada cuando se desprendió de la camisola, ya que su cuerpo quedó expuesto a la inquisitiva mirada de su suegra.

Ágata, la única criada que le habían permitido conservar después de mucho suplicar, retiró el sinfín de peinetas, horquillas y perlas que adornaban los rizos rubios oscuros de Sissi. A la postre, la ayudó a ponerse el delicado camisón de satén que le habían confeccionado especialmente para esa noche.

—Iré a buscarlo. —Sofía salió del dormitorio, dejando a Sissi a solas con su madre y con Ágata.

Sissi sintió que por fin podía respirar.

—Ojalá se hubiera ido antes —dijo con un suspiro una vez que la puerta se cerró detrás de Sofía.

Ludovica frunció el ceño y la piel situada entre sus cejas se arrugó como si fuera papel blanco.

—Sissi, supongo que tendrás que acostumbrarte a su compañía. —La duquesa tomó una de las manos de su hija entre las suyas, que estaban frías. La miró a los ojos con expresión suplicante mientras le decía—: Déjala ayudarte. Obedécela. Por favor, no te presentes como su rival.

Sissi bajó la vista.

—Madre, por favor. Ahora no. No en mi noche de bodas. —Bastantes preocupaciones tenía en la cabeza sobre esa noche en cuestión como para

tener que pensar también en la madre de su flamante marido.

—Muy bien, muy bien. —Ludovica asintió con la cabeza—. Vamos a meterte en la cama.

—Por aquí, emperatriz Isabel. —Ágata hizo un gesto con la mano, con expresión sombría, mientras ella y Ludovica ayudaban a Sissi a subirse a la enorme cama con dosel.

Sissi se colocó allí donde le habían apartado las sábanas, un lugar que un sacerdote había rociado con agua bendita para bendecir a los recién casados incluso mientras dormían... o no dormían.

—Supongo que ha llegado la hora. —Sissi sintió que la emoción la embargaba y se aferró a la fría mano de su madre una vez más. Era como una súplica implorante: «Por favor, no te vayas».

Ludovica no perdió la compostura mientras tomaba la mano tendida de la emperatriz y hacía algo que no estaba permitido: besarla. Ágata hizo una reverencia y abandonó la estancia, dejando a solas a la emperatriz y a su madre a la luz de las velas. Ludovica se sentó en un sillón cercano mientras Sissi se acurrucaba en la cómoda cama y esperaba a que su marido llamara a la puerta.

La espera hizo que el nudo que sentía en el estómago empeorara por los nervios. Era su primera noche como emperatriz, su primera noche en su nuevo dormitorio, situado en los aposentos imperiales. Echó un vistazo al conjunto de la habitación y reparó en los numerosos almohadones de la enorme cama y en el inmaculado dosel de color azul hielo. Ese espacio era su hogar a partir de ese momento.

No se parecía en absoluto a Possi. Mientras que Possi tenía un aspecto ajado (sus sofás deshilachados, su porcelana descascarillada), el palacio de Hofburg relucía con sus superficies doradas y flamantes. Las paredes estaban tapizadas con brocado de seda de color crema y contaban con ventanales desde el suelo hasta el techo que estaban orientados a los jardines imperiales. Los sillones y los sofás, encerados y pulidos, crujían cuando Sissi se sentaba en ellos, de manera que temía romperlos. Las sillas y las mesas auxiliares estaban dispuestas conformando pequeños lugares de reunión delante de los ventanales. En un armario descomunal estaban guardados los vestidos que había llevado consigo más los numerosísimos que había recibido.

Sus aposentos contaban con una salita de estar muy amplia, contigua al dormitorio, donde recibiría a sus invitados más cercanos. En ella había una serie de sillones y canapés tapizados en seda y situados en torno a una mesa baja lacada. Los altos techos estaban decorados con escenas pastorales que

parecían ocurrir más en el jardín del Edén que en Viena.

Tras dicha estancia se emplazaba un gabinete excesivamente grande donde Sissi dictaría su correspondencia, leería el correo y recibiría a aquellos invitados con los que no tuviera una relación estrecha. Y lo haría rodeada por los numerosos rostros de los hijos y las hijas de los Habsburgo, que la mirarían desde los retratos que ocupaban todas las paredes con sus marcos dorados.

El resto de los aposentos imperiales lo componía un vestidor, una sala de los espejos, un comedor y una antesala. Desde luego eran unos aposentos dignos de un emperador y su esposa. Solo le quedaba acostumbrarse a la idea de ser dicha esposa. El estómago le dio un vuelco al pensarlo. Ella era la emperatriz de Francisco José. Todo eso era suyo. Él era suyo.

Por fin oyeron que alguien llamaba a la puerta. Los ojos de Sissi volaron hacia el lugar mientras el corazón le latía con fuerza contra las costillas. Ludovica se levantó del sillón y se alisó las faldas mientras miraba de reojo a su hija.

—Adelante —dijo Sissi al tiempo que se apartaba el pelo por última vez para que le cayera por los hombros, tal como le gustaba a su marido.

Miró a su madre y después miró de nuevo hacia la puerta.

Francisco la abrió. Entró con dos copas en una mano y con una licorera a medio llenar de brandi. En vez del uniforme militar llevaba una bata de color crema y unas pantuflas de cuero. Sissi sonrió al verlo, consciente de la intimidad de mostrarse el uno al otro con la ropa de dormir. Relajó los tensos hombros de inmediato, pero no del todo. Francisco parecía cansado pero feliz.

Y tras él entró Sofía. Los ojos de su tía se clavaron directamente en ella, que estaba reclinada contra el cabecero. Sissi estuvo a punto de exclamar por el horror de que su tía la viera acostada en el tálamo nupcial, de manera que se deslizó debajo de las sábanas y volvió la cabeza para que el pelo le ocultara la cara ruborizada.

—Sofía, ¿nos vamos? —Ludovica atravesó la estancia con rapidez—. Creo que se merecen disfrutar de un poco de intimidad por fin.

Sissi habría saltado de la cama para dar un abrazo a su madre de lo agradecida que estaba. Pero permaneció inmóvil, oculta bajo las sábanas. Las dos mujeres se marcharon y la gruesa puerta silenció sus murmullos en cuanto se cerró tras ellas. No obstante, antes de salir, Sofía la miró por última vez.

Por fin estaban solos. Un emperador y su emperatriz. Un novio con su novia. El silencio reinaba en la estancia.

—Buenas noches, majestad. —Francisco se acercó sin dejar de mirar la

figura acurrucada de Sissi, y ella tuvo que resistir el impulso de subir las sábanas todavía más para cubrirse los hombros.

El delicado camisón de seda se le antojaba de repente una prenda vergonzosamente reveladora. ¡Ojalá tuviera un grueso camisón de lana!

Respiró hondo y se obligó a replicar.

—Buenas noches, Francisco.

Qué raro le parecía mirarlo. Era el hombre, el emperador en cuyo honor se habían congregado multitudes ese día y se habían organizado desfiles y celebraciones. Él era el centro de su imperio. Sin embargo, allí estaba. Era su marido. Había aparecido delante de ella para su noche de bodas ataviado con la ropa de dormir, tal como haría cualquier otro hombre. Sintió una especie de vértigo, provocado por las emociones que experimentaba: amor por él y un miedo atroz por la posición que ocupaba. Una posición que ella, como su compañera, todos esperaban que asumiera.

—Qué cómoda estás en esa cama grande, ¿eh? —Francisco se acercó a Sissi. Las pantuflas de cuero resonaban contra el suelo. Se detuvo al llegar a su lado—. ¿Brindamos?

Sissi aceptó la copa que él le ofrecía y dejó que la llenara con brandi. Se percató, mientras le servía la bebida, de que no solo era su mano la que temblaba.

—Por nosotros —dijo Francisco al tiempo que acercaba su copa a la de Sissi, que fue incapaz de sostener su mirada.

—Por nosotros. —Asintió con la cabeza de forma casi imperceptible.

Ambos apuraron el licor. Francisco se sentó despacio en el borde de la cama y se quitó las pantuflas moviendo los pies. Antes de mirarla, se detuvo un momento en silencio. Sissi se obligó a mirarlo en ese instante y, en cuanto posó la vista en sus ojos azules, el temblor involuntario de sus manos cesó un poco. Un poco.

—Bueno, señora de Habsburgo-Lorena... —Francisco hizo una pausa para llenarle de nuevo la copa y hacer lo propio con la suya. Mantenía una distancia respetuosa entre el cuerpo recostado de Sissi y el suyo, sentado con la espalda muy derecha en el borde de la cama—. ¿Qué te ha parecido tu boda?

Sissi sintió que la cabeza le daba vueltas al pensarlo.

—Muchísima gente... —contestó con franqueza mientras bebía un sorbo de la segunda copa de brandi—. Jamás recordaré todos sus nombres y estoy segura de que ofenderé a más de la mitad de esas personas antes de que llevemos un mes casados. Me refiero a la otra mitad... a la que no he

ofendido hoy.

Francisco se echó a reír.

—Sí, demasiada gente. —Apuró la bebida y se inclinó hacia ella llevando el olor dulzón del licor en el aliento—. Prefiero con mucho el tamaño de esta multitud. —Despacio, Francisco bajó las sábanas, revelando su camión de seda y su casi desnudo cuerpo. Se quedó paralizado un momento, al igual que Sissi. Después se acercó y besó uno de sus hombros, demorándose un instante con los labios sobre su piel—. Por fin solos —susurró, respirando contra su cuello, lo que provocó a Sissi un escalofrío involuntario que le erizó la piel.

—Solos —convino ella al tiempo que asentía con la cabeza.

Aún sentado, Francisco le quitó la copa de la mano y la dejó junto con la suya en la mesilla de noche. Ella lo miró, sin aliento. Jamás le había parecido más guapo y jamás se había sentido tan aterrada. De repente, las multitudes que se agolpaban en las calles de Viena, en la catedral y en los salones del palacio le parecieron manejables.

—¿Puedo acostarme a tu lado? —le preguntó con una súbita timidez.

Sissi tragó saliva y asintió en silencio.

Lentamente, Francisco se subió a la cama para colocarse a su lado. La miró a la cara. La voz le temblaba cuando le preguntó:

—¿Estás asustada?

—No —respondió Sissi. Una mentira. Una que le habían inculcado, de la misma manera que le habían inculcado el protocolo que regía las ceremonias nupciales de los Habsburgo.

La noche de bodas era algo que había que soportar. La tarea más importante de la novia durante las celebraciones era satisfacer a su marido esa primera noche. Sobre todo si él era el emperador Habsburgo.

—Bien. —Francisco contempló su rostro un instante antes de bajar la mirada hacia su cuerpo, recostado en la cama—. Yo tampoco. —Se inclinó hacia delante y la besó en los labios con mucha delicadeza, pero con firmeza.

Sissi cerró los ojos. No la había besado así desde la noche que se encontraron en los jardines de Bad Ischl. Recordaba lo placentero que le resultó entonces y se percató de que en ese momento también se lo parecía.

Francisco acabó de acomodarse en la cama, pegándose a Sissi. Tenía los labios a escasos centímetros del rostro de Sissi cuando ella abrió los ojos y vio que la estaba mirando.

—He deseado tenerte así desde la primera vez que te vi. ¿Recuerdas cuando llegaste a Bad Ischl?

—Por supuesto que me acuerdo.

Recorrió el contorno de su cara con los dedos. Sus claros ojos azules estaban iluminados por la luz de las velas. Se descubrió, de repente, menos nerviosa. Si supuestamente eso era algo que debía... soportar, ¿por qué estaba disfrutando tanto de la cercanía de Francisco?

—Ni siquiera sabías que era yo la primera vez que nos vimos. Que yo era el emperador.

—Pero me fijé en ti, Francisco.

—¿Lo hiciste, Isa?

«Isa.» ¿Así iba a llamarla? Sissi sonrió, dándole el visto bueno.

—Por supuesto, Francisco. Me fijé en lo apuesto que estabas con el uniforme. Estaba segura de que eras un guardia imperial.

—¿Me habrías querido de ser cierto, aunque solo hubiera sido un guardia? Sissi sonrió mientras asentía con la cabeza.

—Claro que sí. Quizá incluso más.

—No me digas... ¿Acaso no te gusta todo esto? —Francisco hizo un gesto con la mano, abarcando el enorme dormitorio y los ventanales con vistas a los jardines imperiales.

Sissi meditó la respuesta.

—Me resulta...

—¿Sí?

—Un poco... oh...

—¿Un poco qué?

—Excesivo.

Francisco se echó a reír y la besó en la nariz. Sin soltarla de la mano, dijo:

—Tal vez lo sea. Pero ahora es todo tuyo. Y no olvides jamás, amor mío, que no hay nada que no puedas tener.

Sissi tragó saliva, reflexionando al respecto mientras él la besaba.

Después apartó la cara de la suya y la miró a los ojos.

—Recuerdo que sentí que la esperanza me abandonaba cuando tu madre explicó que eras su hija menor.

Sissi suspiró al rememorar la batalla que habían librado para poder estar juntos.

—¿Me creerás si te digo que a mí también se me rompió el corazón cuando descubrí que eras el prometido de mi hermana?

—Por más que me pese saber que tu corazón sufrió... me alegra saber que te sentiste así.

—Francisco... —Sissi le colocó una mano en la mejilla, porque mirarlo no le bastaba. Ansiaba sentirlo, saber que era suyo—. ¿Se enfadó mucho tu



madre cuando te opusiste a ella y me elegiste a mí?

Notó que se tensaba a su lado. Fue un movimiento casi imperceptible, pero lo percibió como si se estuviera alejando del momento de intimidad que compartían hasta entonces. Francisco soltó el aire antes de contestar:

—Todo eso es agua pasada. Y en el pasado debe quedarse. Estoy mucho más interesado en el presente, en el asunto que tengo entre manos.

La besó en el cuello, logrando que Sissi cerrara de nuevo los ojos, sorprendida y encantada.

No sabía que los besos pudieran ser tan poderosos. Lo bastante para dejarla sin aliento, pero a la vez tan delicados como para relajarla, para detener sus frenéticos pensamientos. Y así, con esa facilidad, se entregaba a él, se perdía entre sus brazos, incapaz de resistirse. Pero ¿por qué le había dicho su madre que iba a ser una experiencia desagradable?

Le habían advertido que Francisco no llegaría virgen al tálamo nupcial. Ludovica también la había preparado para ese hecho inevitable. Los hombres superaban ciertos ritos de iniciación en la juventud, a los que todos los caballeros tenían derecho, mucho más si se trataba del emperador. Era evidente que ya había hecho eso antes, tal cual lo evidenciaban sus manos, que se habían colado con destreza por debajo del camisón. Parte de su mente, una parte lejana, se preguntó con una punzada de celos quiénes serían las otras mujeres. ¿Las conocería en la corte? ¿Algunas de ellas le habían besado ese día la mano en el salón? ¿Le sonreirían a sabiendas de que ellas también habían conocido a su marido de la manera más íntima?

Sin embargo, Sissi se obligó a desterrar esos inquietantes pensamientos, a olvidar los celos que le provocaba el hecho de que su marido hubiera realizado ese acto con otras mujeres. Saltaba a la vista que era con ella con quien quería estar en ese momento porque estaba cubriéndola de besos. Como si deseara saborear cada centímetro de su cuerpo.

—En fin, como emperador, no siempre soy tan paciente como debería ser. —Los labios de Francisco trazaron un sendero desde sus labios hasta su cuello. Sissi suspiró, alentando sus caricias—. Pero creo que he sido muy paciente. Sí, creo que ya he esperado bastante.

Sus labios descendieron por el cuello de Sissi al mismo tiempo que le bajaba el tirante del camisón para besarle el hombro. Al sentir que reemplazaba la caricia del satén con besos, Sissi jadeó y le enterró los dedos en el pelo.

—Francisco... —dijo, pronunciando su nombre en voz alta y encantada de poder hacerlo sin pudor ni recato. Al cuerno con el título, pensó, y se echó

a reír.

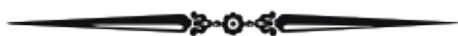
Al cuerno con la condesa Esterházy, con su tía Sofía y con el protocolo. Y al cuerno también con su madre, que se había equivocado en sus advertencias. Era evidente que a ella no la habían acariciado de esa forma. Se descubrió disfrutando por primera vez durante ese día. Y le sorprendió mucho. Francisco era su marido y se entregó por completo a él, con el cuerpo rendido por el deseo de convertirse en su esposa.



Sin embargo, no se convirtió en la esposa de Francisco esa noche. Al menos no según la definición más estricta del término. Aunque parecía amoroso e impaciente, no cruzó la línea para la que ella estaba preparada. En cambio, se acercó a ella y luego se alejó. Se bajó de un salto de la cama y le dijo que quería otra copa. Después se acostó de nuevo a su lado y le dijo, incomprensiblemente, que prefería hablar.

Durante la segunda noche, tras un día plagado de banquetes, encuentros e interminables desfiles, Francisco le preguntó si podían limitarse a dormir abrazados. Sissi accedió, tal como le habían ordenado que hiciera. No obstante, mientras yacía entre sus brazos, percibiendo el deseo que Francisco sentía por ella como una especie de tensión entre ambos, no pudo evitar la perplejidad. La frustración. Si ella estaba dispuesta, incluso ansiosa, por convertirse en su mujer, ¿qué estaba haciendo mal? ¿Lo estaba decepcionando?

—Por favor, Isa, perdóname. —Sus palabras pusieron fin al silencio que reinaba en la oscura estancia, interrumpiendo las cavilaciones de Sissi durante esa segunda noche—. Es que estoy... cansadísimo. —Francisco suspiró y le acarició el brazo con el índice. Y así, mientras los pensamientos de Sissi giraban como un torbellino de dudas (¿No estaba dejándole claro su deseo? ¿O estaba manifestándolo de forma tan aparente que él se sentía asqueado?), se quedó dormido.



De resultas, las mañanas eran terribles. Los despertaban los criados y los vestían, y después desayunaban con sus madres. Durante ese momento Sofía les preguntaba si la unión había sido consumada, y Sissi no podía evitar que el rubor le tiñera las mejillas mientras bajaba la mirada y negaba con la cabeza. Los ojos de Sofía, dos gélidas cuentas de mármol, le confirmaban que de alguna manera ella era un fracaso. Que estaba demostrando ser inadecuada

para la tarea que se le había asignado. Que Francisco seguramente se arrepentía ya de la novia que había elegido.

Esa noche, después de que durante las dos anteriores se repitiera ese comportamiento tan inaudito e incomprensible, Francisco llegó al dormitorio de Sissi con un decantador de vino lleno hasta la mitad.

—Hola, Francisco. —Sissi estaba en la cama, con el pelo suelto, agotada pero con el cuerpo vibrando por los nervios.

Francisco no dijo ni media palabra mientras se servía una copa que se bebió de dos tragos, tras lo cual se sirvió otra. Por fin, una vez que el decantador estuvo vacío, se volvió y se subió a la cama. Olía a vino, pero se movía con agilidad, sin el letargo que Sissi esperaba.

Ella se quedó inmóvil, sin saber qué esperar. El corazón le latía con un ritmo clamoroso. Francisco apagó las velas y se acercó a Sissi en la más completa oscuridad. Tanteó bajo las sábanas hasta dar con ella y la acercó a él. No pronunció ni media palabra. Fue su cuerpo el que le dijo lo que debía hacer. Esa noche, la tercera desde que estaban casados, Sissi se convirtió en la esposa de Francisco José.



A la mañana siguiente Sissi se despertó eufórica. Bostezó mientras miraba por los ventanales, a través de cuyas cortinas, agitadas por el viento, entraban los rayos del sol. Se levantó para vestirse, con la esperanza de encontrar solo a su marido a la mesa del desayuno. No obstante, cuando entró en el pequeño comedor descubrió que era la cuarta persona en llegar. Sofía, Ludovica y Francisco ya estaban sentados, bebiendo café y pasándose platos con hojaldres y quesos.

Sissi se ruborizó cuando esos tres pares de ojos se clavaron en ella. Los desayunos en compañía le resultaban dolorosamente bochornosos. Bastante difícil era que sus damas de compañía (un grupo de desconocidas) la sacaran de la cama y la vistieran. Pero lo que le resultaba intolerable era tener que ver a su marido por primera vez todas las mañanas bajo la inquisitiva mirada de Sofía y las avergonzadas miradas de su madre.

—Buenos días a todos —murmuró con la vista gacha.

—Buenos días, querida. —Francisco se puso en pie al verla entrar y le sonrió. Tenía una expresión alegre y sonriente esa mañana.

Al mirarlo a los ojos Sissi regresó de nuevo a la noche anterior y todo su cuerpo se acaloró por los recuerdos. Ojalá pudieran estar a solas en ese momento para sonreírse y susurrar sobre la noche que habían pasado juntos.

—Por favor, acompáñanos, Isa.

Francisco señaló el sitio libre que quedaba en la mesita con una mano enguantada, otra de las nuevas reglas de la corte que Sissi había aprendido: todas las comidas debían hacerse con guantes.

La aguardaba una bolsita de cuero frente a ella. La miró mientras un criado vestido con librea le retiraba la silla.

—¿Qué es esto?

Nadie le respondió. Su madre siguió con los ojos clavados en el plato que tenía delante.

Sissi levantó la bolsita y miró el contenido. Estaba llena de dinero.

—¿Francisco? —A sus ojos asomaba la confusión que sentía.

Francisco carraspeó y masticó un trozo de tostada.

—Es un... un regalo.

—¿Un regalo? —Sissi dejó de mirar a su marido para mirar a su madre, confundida—. ¿Por qué motivo?

—Es tu *morgengabe* —respondió Francisco a modo de aclaración.

—¿Mi regalo matinal? —repitió Sissi al tiempo que fruncía el ceño.

—Por el considerado esfuerzo que hiciste anoche —terció Sofía, y se llevó a la boca un trozo de tostada cargado de mantequilla—. Las sábanas se han examinado y la condesa Esterházy ha confirmado lo que mi hijo me ha jurado: que realmente eras virgen. Ya no, por supuesto.

Sissi dejó que la bolsa se le escurriera de los dedos, de manera que cayó sobre la mesa con fuerza. Apartó la vista de la mirada directa y arrogante de su tía, y en cambio miró los ojos azules de Francisco. «¡Francisco, qué tonto eres!», ansiaba gritar. ¿Cómo había podido ponerla en semejante tesitura? Se preguntó por qué se mostraba su marido tan dispuesto a incluir a su madre hasta en un momento tan íntimo.

Había llegado a ese desayuno repleta de júbilo y alivio, confiada en la certeza de que por fin había demostrado que era capaz de desempeñar su nuevo papel al menos en un aspecto concreto. Entonces ¿por qué era la mirada altiva de Sofía la que resplandecía con un brillo triunfal esa mañana?

## VII

*El trayecto hasta el altar dura una eternidad, y Sissi se recuerda que debe mantener la mirada en el suelo y la expresión serena. La imagen de la humildad, aunque las personas que atestan la catedral crean que es, en cierto sentido, divina.*

*Cuando llegan al altar los esperan dos tronos. Allí se sentarán, el uno junto al otro. Dos mortales imperfectos que serán recordados, juntos, en este momento. Qué raro, piensa ella, formar parte de lo que sin duda pasaría a la historia y preocuparse al mismo tiempo de no tropezar por culpa de las pesadas faldas.*

*Su vestido es muy incómodo, de modo que él la ayuda a levantarse las faldas para subir a la zona del altar. Y luego ella se vuelve para mirar la nave de la catedral y recorre con la mirada el mar de miles de caras que se funden en un paisaje borroso.*

*Pero hay una cara en concreto que busca, mientras examina con mirada ávida las filas de espectadores. «Que no vean el anhelo en tu mirada», se recuerda. Suelta el aire muy despacio. ¿Ha ido?*

*El ruido es tan atronador que desea poder taparse las orejas para acallar el estruendo, pero sabe que no debe hacerlo. Una deidad no se echa a temblar solo porque la multitud esté jaleando. Una emperatriz permanece inmóvil, inalterable; la calma imperturbable que no se inmuta aunque el mundo ruja. Aunque ella sabe, desde el primer día, que eso no es cierto.*

## Capítulo 7

*Palacio de Hofburg, Viena  
Abril de 1854*

Sissi se habría echado a llorar por el alivio cuando Francisco le dijo, durante la quinta noche de su matrimonio, que se la llevaría lejos de la corte.

—¿Qué te parece la idea de irnos de *flitterwochen*, emperatriz?

—¿De luna de miel?

Sissi cerró los ojos y se acomodó en los almohadones mientras la vela que había junto a la cama se consumía. Una oportunidad de alejarse de esos interminables y agotadores días. Un respiro de los consejos que Sofía le daba sin que se los pidiera y de sus miradas desaprobatorias. Y, sobre todo, un respiro de la constante multitud de personas que los rodeaban, observándolos, murmurando y analizando. No solo durante los almuerzos oficiales y los banquetes por las noches, sino a lo largo de todo el día.

Siempre estaban acompañados de al menos seis personas: Sofía, desde luego; al igual que la condesa Esterházy y el conde Grünne, y muchos de los secretarios y de los ministros a quienes Sissi conoció en Bad Ischl. El asistente bajito y con monóculo, a quien le presentaron como herr Viktor Lobkowitz, se había convertido en su sombra.

Había más. Mujeres que, en pocas semanas, se habían convertido en asiduas de la rutina diaria de Sissi. En ese momento y en contra de su voluntad contaba con un cortejo. Damas de compañía. Hermosas jóvenes a quienes conoció en la Ceremonia del Besamanos, pero que hablaban como si fueran amigas íntimas de Francisco. Había heredado a dicho grupo junto con sus aposentos, y en él estaban incluidas la condesa Paula Bellegarde, la condesa María Festetics de Hungría y la condesa Karoline de Lamberg.

Era otra de las obligaciones de su nueva posición que abrumaba a Sissi; le resultó muy raro que esas aristócratas, las estrellas rutilantes de la corte, fueran las mismas mujeres que hubieran aspirado a casarse con Francisco José. Aun así, ¿debía confiar en ellas para que entregaran sus cartas, le organizaran la ropa y la ayudaran a levantarse y a bañarse por las mañanas?

Sí, un respiro de todo eso era justo lo que necesitaba. Abrió los ojos y miró a Francisco en la penumbra de la habitación.

—Me gusta mucho la idea de una luna de miel. ¿Adónde?

—No lejos, me temo. —Francisco se apoyó en un codo para mirarla. Estaban tumbados, el uno junto al otro, en la cama. Sissi adoraba esos momentos, las pocas horas de intimidad de las que podían disfrutar en cuanto despachaban a los ayudantes y a los criados—. A uno de mis... a uno de nuestros castillos a las afueras de la ciudad. El castillo de Laxenburg.

—El castillo de Laxenburg —repitió Sissi—. ¿No podemos irnos más lejos?

Francisco se echó a reír con expresión sorprendida antes de cambiar de postura.

—Me encantaría llevarte más lejos. —Se interrumpió y meneó la cabeza—. Pero la situación es inestable en el extranjero.

Sissi frunció la nariz, aunque en realidad quería preguntar: «¿Qué tiene eso que ver con nuestra luna de miel?».

—En ese caso, nos quedaremos en Austria. Pero vayámonos a un lugar muy lejano.

Francisco volvió a negar con la cabeza.

—Rusia ha declarado la guerra a los turcos. E Inglaterra y Francia han aprovechado la oportunidad para desafiar al zar. Mientras tanto, Hungría amenaza con provocar una revolución dentro del imperio. Me temo que no puedo ausentarme mucho tiempo: la política internacional no esperará a que tengamos nuestra luna de miel.

Sissi le puso una mano en la mejilla, acariciando la piel que se había sonrojado mientras le enumeraba todos esos problemas.

—Te llevaría a París. O a Florencia si me fuera posible. Pero...

Le colocó un dedo en los labios para silenciarlo.

—Laxenburg me parece maravilloso, mi querido Francisco.

A decir verdad, se refería a que cualquier lugar lejos de la corte, cualquiera lejos de su nueva posición, le parecía maravilloso. La primera semana de su matrimonio había supuesto una serie de interminables banquetes y desfiles y presentaciones y valeses. Días ajetreados seguidos de noches en vela. Desayunos en familia para continuar con más días ajetreados. Y siempre iban acompañados, seguidos incluso, de una multitud de rostros expectantes.

Sissi no se creía capaz de aprender un solo nombre más o de enfrentarse a una acelerada conversación durante la cena, llena de sonrisas tan permanentes

que le dolían las mejillas y de miradas tan penetrantes que tenía la sensación de que sus invitados eran capaces de verle las enaguas. Lo único que deseaba de su luna de miel era un descanso, la oportunidad de pasar tiempo a solas con su marido, sin nadie más. La oportunidad de hablar sin tener que sonreír, de despertarse por la mañana sin encontrarse una legión de caras nada más abrir los ojos.



Sin embargo, Laxenburg no brindó a Sissi esa oportunidad.

La primera mañana que pasaron allí se desperezó en la cama, adormilada todavía. Un rayo de sol matutino se filtraba por las cortinas abiertas y unos pajarillos trinaban en la rama de un olmo cercano. Si mantenía los ojos cerrados podía imaginar que estaba de vuelta en Possi, muy lejos de Viena, del palacio de Hofburg y de los molestos criados y los cortesanos desconocidos. Bostezó y extendió el brazo en busca de su marido. Por fin había podido dormir bien. Y tenían el día por delante. Pero al tantear las sábanas no encontró el cálido cuerpo de Francisco. Abrió los ojos. Las sábanas estaban revueltas y los almohadones descolocados en el lugar de la cama que ocupaba Francisco. Estaba vacía.

—¿Ágata? —Sissi llamó a su doncella aunque se sabía sola en la habitación, consciente de que siempre había alguien al otro lado de la puerta, sin importar la hora. La doncella, despierta y arreglada desde el amanecer, sería avisada de que su señora la requería.

—Buenos días, emperatriz. —La doncella polaca entró en la estancia momentos después, con un jarrón de cerámica en las manos lleno de azucenas y gladiolos. Era la única doncella que Sissi se había llevado del palacio de Hofburg—. ¿Ha dormido bien, majestad?

Sissi asintió con la cabeza. Ágata dejó el jarrón en la mesita de noche antes de buscar las chinelas rojas de la emperatriz y ofrecérselas.

—Gracias, Aggie. —Sissi bostezó—. Pero ¿dónde está Francisco?

La sonrisa de Ágata se desvaneció. Antes de que pudiera contestar a su señora, otra persona irrumpió en el dormitorio.

—¡Buenos días, Isabel! —Sofía entró sin invitación, y su voz estridente destrozó la paz que había reinado en la estancia como una ráfaga de aire levantaba el polvo—. Vaya, has dormido hasta muy tarde, tanto que me he preguntado si debería venir a despertarte. Pero Francisco me ordenó que te dejara descansar.

Sissi se enderezó en la cama y tiró de la ropa de cama para ocultar su fino



camisón. Cruzó las piernas, como si quisiera ocultar las desgastadas chinelas rojas a sabiendas de que formaban parte de su antigua vida, una vida que la archiduquesa rechazaba de forma vehemente.

—Tía Sofía... Hola. ¿Ha venido desde Viena?

Cierto que el trayecto en carruaje desde la capital hasta Laxenburg era muy corto. Al fin y al cabo, Francisco y ella habían realizado el viaje en poco más de una hora la noche anterior. Pero Francisco no había mencionado que no estarían solos durante su luna de miel.

Sofía asintió al tiempo que descorría las cortinas para que entrara más luz. El día sería muy cálido.

—Francisco... el emperador ha vuelto al palacio de Hofburg para atender los asuntos de Estado y reunirse con sus ministros. —Sofía se volvió y miró a su sobrina con una mueca altanera en los labios—. El imperio necesita que alguien lo dirija, esté un hombre de luna de miel o no. Y mi Francisco nunca descuida sus obligaciones.

Sissi dejó caer los hombros.

—¿Cuándo... cuándo volverá?

—No pongas esa cara. —Sofía agitó las manos y cruzó la estancia hacia el armario de Sissi—. Tu marido volverá para la cena. Se ha negado a estar lejos de ti más tiempo.

Eso al menos fue un consuelo. Sissi solo tenía que soportar el día. Esa noche durante la cena hablaría con él, le suplicaría que no volviera a dejarla sola al día siguiente.

—Ahora, ¿por qué no te vistes para pedir a la condesa Esterházy que nos acompañe a pasear por los jardines? —La archiduquesa se acercó a la cama con un vestido violeta claro en las manos para que Sissi se lo pusiera—. He ordenado que sirvan ternera empanada, su plato preferido.

Sissi se quedó sin aliento.

—¿Eso quiere decir que piensa quedarse? ¿Para la cena?

Sofía se irguió y cuadró los hombros.

—No solo para la cena, querida. A Francisco lo aguardan unas semanas muy atareadas con eso de tener que ir a Viena todas las mañanas y después regresar aquí. Alguien ha de hacerte compañía. Yo me he ofrecido, por supuesto. Ha sido un gran alivio para Francisco saber que no estarías sola todo el día.



Tal como había anunciado, Francisco volvió a Laxenburg por la noche. Sin

embargo, lo que no esperaba Sissi era cenar en compañía de la archiduquesa, de la condesa Esterházy y del conde Grünne.

Francisco saludó a Sissi con un beso.

—¿Qué tal te ha ido el día, querida? ¿Mi madre y tú lo habéis pasado bien? ¿A que la propiedad es maravillosa? Supuse que te gustaría dar un paseo por los jardines.

Antes de que Sissi pudiera contestar, Francisco se volvió hacia el conde Grünne, que estaba sentado a su izquierda.

—Grünne, ¿has recibido ya respuesta de París?

Francisco pasó el resto de la cena discutiendo el hecho de que Francia hubiera declarado la guerra a Rusia. Sissi permaneció callada y sin apenas tocar la ternera empanada que su suegra había ordenado que sirvieran la primera noche de su luna de miel, mientras la condesa Esterházy contaba a Sofía los problemas conyugales de algún húngaro.

Más tarde Francisco llamó a la puerta del dormitorio.

—¿Isa?

—Adelante. —Sissi estaba sentada delante del espejo, destrenzándose el pelo. Era tarde, ya que Francisco había pasado varias horas con Grünne después de la cena.

—Hola, esposa mía. —Francisco entró en la habitación con dos copas y una botella de champán—. Me alegro de que sigas despierta.

—Por supuesto que sigo despierta. No pensaba perderme la única oportunidad que tengo de verte en todo el día.

Se volvió hacia él. En caso de que Francisco se hubiera percatado de su tono seco, decidió no hacerle caso.

—Bien, porque he creído que deberíamos celebrar.

—¿Celebrar el qué? —Sissi se apartó del tocador y se quitó de un puntapié las chinelas rojas mientras se dirigía a la cama.

—Pues ¿qué va a ser? Nuestra luna de miel. —Francisco llenó con el burbujeante líquido las dos copas, primero la suya y luego la de ella, y una pequeña cantidad resbaló por los bordes y le mojó los dedos—. Para ti —dijo, ofreciéndole la bebida.

Sissi no brindó con él, aunque había extendido el brazo para hacerlo, sino que se llevó la copa a los labios y dio un buen sorbo.

—¿Te gusta? —Francisco se inclinó hacia ella para apagar algunas velas. Ella asintió y dejó su copa.

—Estupendo, porque he pedido cien botellas más. Como regalo para ti. Es mi añada preferida.

Sissi no le dio las gracias. No necesitaba más regalos. Lo necesitaba a él.

—Pareces muy apagada esta noche, Isa. Apenas has probado bocado. — Sonrió y se inclinó hacia ella—. ¿No te gusta la ternera empanada vienesa?

—La cena ha estado bien. —Apartó el cuerpo de él.

—¿Vuelves a echar de menos a tu madre?

—Francisco... —Sissi suspiró. ¿Por qué le costaba tanto hablarle con sinceridad a su marido?—. Te he echado de menos a ti.

Franciscoapuró su copa y se la rellenó, sin mirarla a los ojos. Sissi lo observó, vio cómo la luz de las pocas velas que aún estaban encendidas creaba sombras en su cara.

—Lo sé —repuso él.

—Me entristeció mucho ver que te habías ido esta mañana.

—Me marché antes de que te despertaras para no alterarte con una despedida.

Sissi no pudo evitar fruncir el ceño ante semejante lógica.

—Pero me alteró despertarme y descubrir que te... —Meneó la cabeza mientras intentaba mantener la calma—. Es nuestra luna de miel, ¿verdad?

—Isa, lo siento. Como te he dicho, la situación es muy inestable ahora mismo. —Se rellenó la copa una vez más.

—Pero a lo mejor mañana no tienes que irte. Como has dicho, los jardines son preciosos. Y todavía no he montado a caballo desde que llegué a Viena. Tal vez mañana podamos...

—Ya es bastante malo que me haya marchado de la corte, Isa. No puedo aislarme por completo. Mi madre no puso muy buena cara cuando le dije que... —Francisco le dirigió una mirada fugaz, un leve titubeo, antes de hacer una pausa y suspirar—. No puedo abandonar por completo mis obligaciones.

Sissi suspiró a su vez.

—En fin, en ese caso, ¿puedo acompañarte?

—Cariño mío, te aburrirías soberanamente. Me dedico a trabajar todo el día. No, no, no. Quédate aquí. Estás agotada después de este último mes. Descansa. Puedes apañártelas sin mí durante el día. Al menos mi madre ha tenido la amabilidad de ofrecerse a hacerte compañía.

Francisco se inclinó hacia delante y, antes de que ella pudiera resistirse, la besó. Sus labios estaban fríos y dulces por el champán. Su beso no era tan tierno como de costumbre. Parecía agitado, inquieto incluso. Le hizo el amor deprisa. Después yacieron tumbados el uno al lado del otro, en silencio.

—¿Francisco? —Sissi se incorporó sobre los codos.

—¿Mmm?

El emperador tenía la vista fija en el techo, y sus ojos carecían del brillo con el que solía hechizarla todas las noches.

—¿Va... va todo bien?

No lo entendía. Las cartas que le había mandado antes de la boda eran interminables páginas en las que le contaba lo mucho que añoraba el tiempo que habían pasado en Bad Ischl. En ellas le decía que, una vez que estuvieran casados, montarían a caballo juntos como durante ese verano. Que cuando no estaba a su lado ansiaba tenerla junto a ella. Y ahora que la tenía allí, ¿pensaba abandonarla durante todos los días de su luna de miel?

Francisco dejó escapar otro suspiro, se llevó los dedos a las sienes y cerró los ojos.

—La guerra en Crimea... es un absoluto desastre. Los rusos esperan que declaremos la guerra a Inglaterra y a Francia para ponernos de su parte. Y debería hacerlo. Sé que debería hacerlo. Rusia es mi mejor aliado. Pero ¿puedo permitirme ganarme a Francia y a Inglaterra como enemigos acérrimos? —Tras una larga pausa Francisco dio una palmada y abrió los ojos mientras se incorporaba. Cuando habló, lo hizo con una falsa alegría—. Pero da igual. Te juro que nunca hablaré de política contigo. —Le colocó una mano en la mejilla—. No provocaré arrugas en esta preciosa cara con mis preocupaciones por el imperio.

—Francisco, puedes hablar conmigo. Pues claro que puedes hablarme de tus asuntos. Deseo saber qué...

—No —la interrumpió con voz firme de repente. Una voz que Sissi nunca le había oído antes. Pero después le sonrió, como si quisiera mitigar el impacto de su negativa—. No, cariño mío. —Habló en voz baja, casi contrita. Le acarició la mejilla con los dedos, que después se deslizaron por su cuello y sobre la clavícula—. Para mí eres pura, Isa. Mi fuente de bondad.

Sissi lo miró con la mente convertida en un torbellino, arrastrada por los súbitos cambios de humor de Francisco. Reparó en que tenía la cara tensa, una expresión que lo envejecía de alguna manera. Pensó en lo que acababa de decirle. Si necesitaba que fuera su antídoto, el contrapunto a sus ajetreados y pesados días... ¿podría serlo?

—Por favor, Isa. —Se inclinó hacia ella y le colocó un dedo bajo la barbilla. Parecía cansado, incluso más cansado de lo que ella se sentía—. Por favor, déjame escapar contigo.

Suspiró al oírlo.

—Muy bien, Francisco. —Le tomó la mano entre las suyas y le besó los dedos—. Hablemos de otra cosa. ¿De qué te gustaría hablar?

Francisco meditó su pregunta.

—De mi abuelo —contestó al tiempo que servía otras dos copas de champán.

—¿De tu abuelo? —preguntó Sissi—. ¿Qué pasa con tu abuelo?

—¿Sabes lo buen emperador que era, Isa? —Francisco le dio la copa llena.

A Sissi ya empezaba a darle vueltas la cabeza por los conocidos efectos del alcohol. Sospechaba que las bebidas nocturnas con su flamante marido eran la causa de los dolores de cabeza con los que se despertaba por las mañanas.

—También era el emperador Francisco. Me pusieron ese nombre en su honor. *Franz der Gute*.

—Francisco el Bueno —tradujo Sissi—. Como estoy segura de que tú lo serás algún día.

—Fue más un padre que un abuelo para mí. Recuerdo cuando enfermó. —Francisco hablaba en voz queda, con expresión distante y la vista clavada en el otro extremo del dormitorio—. Yo solo tenía cinco años. El médico de la corte le dijo que únicamente podía tomar té. ¿Sabes lo que hice?

—¿Qué? —Sissi se apoyó en un codo, dejando que el pelo le envolviera el cuerpo mientras se giraba para escucharlo.

—Dije a mi institutriz que yo también tomaría solo té. Y lo hice. No tomé nada más que té hasta que mi abuelo... murió.

—¿Con cinco años? Por Dios... ¿Cuánto tiempo estuviste así?

—Unos pocos días nada más. Por suerte, mi dedicación como nieto no me sometió a una prueba extrema. De lo contrario mi madre habría intervenido.

Sissi lo miró y le apartó con un dedo un mechón rebelde que le había caído sobre los ojos.

—¿Te acuerdas bien de él, Francisco?

—Sí. Recuerdo que iba a la habitación infantil y me observaba mientras jugaba con mis soldaditos. Recuerdo que solía llevarme al patio de los palacios para ver a las tropas imperiales hacer la instrucción. Y me dio mi primer uniforme militar. Cuando solo tenía cuatro años.

Sissi meditó sus palabras. Pensó en los años de ventaja que le llevaba su marido en la preparación para su papel como emperador.

—Recuerdo que una noche... —Francisco estaba sumido en sus vivencias y su voz tenía un deje melancólico—. Mi abuelo no apareció por la habitación infantil. Creo que había estado cazando. Esa noche habría un gran baile. Yo lloraba, un berrinche terrible, y decía a mi institutriz, la baronesa Von

Sturmfeder, que echaba mucho de menos a mi abuelo, que no podía acostarme sin verlo. En fin, la buena de frau Sturmfeder intentó explicarme que mi abuelo era el anfitrión de un baile esa noche y que lo vería a la mañana siguiente. Pero yo no me calmaba.

—¿Y qué hiciste?

—Frau Sturmfeder me puso una bata y me sacó a hurtadillas al pasillo. Me condujo al balcón que hay sobre el *redoutensaal*, el gran salón, y allí estuve, viendo el baile. Recuerdo a mi madre, muy guapa con un tocado de plumas, y al abuelo con aspecto muy digno ataviado con su uniforme militar. Recuerdo a los cortesanos haciendo cola para presentarles sus respetos. Recuerdo pensar en aquel momento... que allí estaba el emperador. — Francisco hizo una pausa para tragar saliva. El silencio los envolvía en el oscuro dormitorio. Tras un momento siguió hablando—. A veces me siento de nuevo como ese niño pequeño, mirando desde arriba. Acobardado por todo. Como si el verdadero emperador se hallara en otra parte y yo solo estuviera sustituyéndolo temporalmente.

Sissi suspiró y reflexionó qué responder a esa confesión. Ansiaba decir a Francisco que no había nada más comprensible que esa sensación. Que ella sentía lo mismo, que lo había sentido desde el día que le pidió que se casara con él. Que él era un simple mortal, aunque le exigieran más de lo que era humanamente posible. Entreabrió los labios para decirle todo eso, pero Francisco se le adelantó.

—Sé que es una tontería, por supuesto, dado que soy, al fin y al cabo, uno de los elegidos por Dios para esta posición —dijo Francisco con seguridad. La miró en ese momento con una expresión clara en sus ojos azules, otra vez con el control absoluto.

¿Estaba de acuerdo con él? No lo sabía con seguridad. Desde luego que era lo que Sofía sentía. Y el resto de los habitantes de Viena. Pero si los reyes gobernaban por derecho divino, ¿por qué deponían a tantos?

—Ah, Isa, ¡mi maravillosa esposa! —Se inclinó hacia delante y la besó en la frente, con más calma que antes—. Frunces el ceño cuando estás meditabunda. ¿Adónde te has ido? ¿En qué estabas pensando?

Pero por algún motivo que era incapaz de explicar, ni a Francisco ni a ella misma, no le contestó.

Francisco se acercó más a Sissi mientras le preguntaba:

—¿Te he inquietado con mis problemas?

—No, cariño, claro que no —le aseguró con una sonrisa inocente—. Solo estaba pensando en lo mucho que te quiero.

Francisco se colocó sobre ella bajo las sábanas y su deseo fue patente una vez más mientras la besaba. Sissi sabía que una buena esposa no debía alentar el excesivo apetito físico de un hombre. Debía satisfacer sus necesidades, sí. Pero se suponía que no debía animarlo. Como tampoco debía sentir el mismo anhelo.

Sin embargo, rompió esa regla. Después de pasar días enteros lejos de Francisco y sin un momento de respiro, ya fuera de obligaciones o de acompañantes, esos preciosos instantes eran los únicos en los que tenía a su esposo solo para ella. En esos instantes, al menos, se comunicaban con un lenguaje exclusivo. En la oscuridad de la noche sabía que Francisco no deseaba a nadie más, solo a ella. De modo que recibió de buena gana sus besos, a sabiendas de que al menos con esa demostración física estaba diciéndole que la quería.



Pese al fervor con el que adoraba las noches que pasaban juntos, Sissi debía reconocer que las relaciones conyugales le resultaban un poco decepcionantes. Siempre empezaban bien. Le encantaba cómo Francisco la miraba cuando se reunía con ella en la cama. Su forma de besarla. La sensación de que estaba prisionero del amor que sentía por ella.

Sin embargo, en vez de apaciguar el profundo deseo que moraba en su interior, cuando todo terminaba solo parecía dejarle un anhelo mayor, animarla a pedirle que siguieran haciendo el amor. No tenía ni idea de lo que estaba buscando con exactitud. Únicamente sabía que su cuerpo clamaba por seguir unido al de su esposo, y que cuando él se apartaba con tanta rapidez después de satisfacer sus necesidades ella sentía una profunda insatisfacción. Un deseo que no había saciado. Se dormía con esa sensación, a sabiendas de que por la mañana él habría abandonado el lecho antes de que ella despertase.

A medida que la luna de miel continuaba, Sissi empezó a notar el cambio que Francisco experimentaba cada noche. Después de satisfacer sus necesidades se apartaba al otro extremo de la cama aduciendo un cansancio extremo o, incluso, un dolor de cabeza. Y de repente, en ese instante, era distinto. Ella lo buscaba con las manos y le preguntaba si lo había ofendido de alguna manera, y él siempre le respondía con una sonrisa: «Por supuesto que no, cariño mío». Pero estaba distinto. Distinto del amante cariñoso, solícito y atento que acudía a su dormitorio y a su lecho al principio de la noche.

Tras varias semanas con semejante comportamiento, Sissi empezó a sentir la frustración. Laxenburg había pasado de ser su luna de miel a convertirse en

una condena. Descubrió que cada vez le costaba más morderse la lengua cuando Sofía le ofrecía consejos que no le había pedido acerca de cómo debía vestirse. Descubrió que cada vez le costaba más no fruncir el ceño cuando su tía y la condesa Esterházy se pasaban el almuerzo intercambiando cotilleos de la corte, citando nombres que ella desconocía y mencionando escándalos que no le importaban lo más mínimo. Descubrió que la ausencia diaria de Francisco cada vez le resultaba más insoportable. Y se descubrió furiosa cuando Sofía rechazaba una y otra vez su sugerencia de salir a montar a caballo, insistiendo en que las tres realizaran alguna otra actividad.

Sissi se aburría aunque tenía cada minuto del día programado; se sentía sola, aunque tenía la constante compañía de su tía y de la condesa Esterházy. Se sorprendió al darse cuenta de que estaba ansiosa por regresar al palacio de Hofburg, aunque solo fuera para cambiar de aires. Al menos allí podría escabullirse a las caballerizas imperiales y ensillar a Blume o a Diamant para escapar a los bosques cercanos.

Francisco le había dicho que Laxenburg sería su respiro, una escapada de la corte y una oportunidad para pasar unos días más relajados. Pero no le parecía una luna de miel dado que apenas veía a su marido. Todos los días Francisco regresaba a Viena con sus ministros y sus documentos antes de las cinco de la mañana. Por la noche no volvía hasta que era la hora de la cena, un evento multitudinario y apresurado. La excusa era siempre la política, pero se negaba a darle más explicaciones.

Por más inquietante que fuera, Sissi esperaba que las cosas mejorasen al volver a Viena. Allí Francisco se sentiría más a gusto. Y ella no tendría que soportar durante el día la distancia física que los separaba. Le suplicó que la llevara a la capital con él. Al final, Francisco accedió y su luna de miel concluyó.



—Vamos a ponernos manos a la obra. —Sissi observó a Ágata mientras esta organizaba los baúles tras volver de Laxenburg—. Me gustaría terminar antes de que llegue la condesa Esterházy. Si te ve deshaciendo el equipaje insistirá en quedarse para dirigir el proceso.

Sissi había vuelto a Viena y estaba instalándose, con el resto de la corte, en la residencia de verano emplazada en el palacio de Schönbrunn.

—¿Dónde quiere que coloque esto, emperatriz? —le preguntó Ágata mientras le enseñaba unos guantes de cuero.

—Dámelos.



Sissi se los guardó en el bolsillo. Pensaba salir a montar más tarde.

—¿Quiere que organice estos documentos, emperatriz?

Sissi se apartó de los baúles y miró los papeles que había en su escritorio de palisandro. Casi todos procedían de las distintas familias reinantes de Europa y parte de la aristocracia: felicitaciones de boda, buenos deseos para el matrimonio y un hogar lleno de niños. Por más penosa que fuera la tarea, debía contestar todas esas cartas. Pero debajo del montón la esperaban dos misivas muy valiosas.

—¡Luis! —Sissi sonrió al pronunciar el nombre en voz alta, ya que había reconocido la conocida letra de su primo—. Ágata, te acuerdas de mi primo Luis, ¿verdad?

—Por supuesto, emperatriz. ¿Cómo podría olvidarme de Luis?

Sissi sonrió. Era un secreto a voces que todas las criadas de Possi habían caído rendidas ante el encanto de su primo. Luis, que era varios años más joven que Sissi, también era de Baviera, de donde era príncipe heredero.

—Ah, qué maravilla tener noticias de Luis. —Sissi suspiró—. El verano siempre hace que me acuerde de él.

Luis era casi un espíritu afín y lo había sido desde que eran niños. Había pasado muchos veranos en su casa, en Possi.

La segunda carta era de Elena, que seguro que le detallaba el viaje de vuelta a casa desde Viena y todo lo que necesitara saber del hogar familiar. Sissi sintió que la alegría le inundaba el corazón.

—Ay, Ágata, ¡tengo cartas de Luis y de Nené! ¿Puedes encargarte de los baúles tú sola? Me gustaría leerlas.

—Por supuesto, majestad. —La criada asintió con la cabeza mientras organizaba un montón de pañuelos de seda.

—Bien. En ese caso me las llevo a mi gabinete. Buscaré a herr Lobkowitz para que me ayude con la correspondencia.

Se levantó de la cama de un salto y miró debajo de la misma en busca de sus chinelas rojas.

—¿Ágata?

—¿Mmm? —La aludida estaba sumida en un mar de seda.

—Ágata, ¿dónde están mis chinelas? —Sissi se agachó junto a la cama, con el corsé clavado en el estómago—. Las rojas que me traje de Possi.

Ágata apartó la mirada y la fijó en el baúl que tenía delante.

Sissi entrecerró los ojos, ya que conocía a la perfección el lenguaje corporal de su doncella después de tantos años juntas.

—Ágata, ¿qué pasa? ¿Dónde están mis chinelas rojas?

Sin embargo, la muchacha parecía sumida en una frustrante y obstinada reticencia. En ese preciso momento la condesa Esterházy entró en el dormitorio sin avisar con las manos llenas de más cartas que había que contestar. Sissi apretó los dientes, pero apenas dio importancia a la aparición de la mujer, sino que mantuvo la vista clavada en la doncella. Cuando habló, lo hizo en voz baja.

—Ágata, ¿qué ocurre? Te estoy preguntando dónde están mis chinelas rojas... ¿Las has visto mientras deshacías el equipaje?

—¿Chinelas? —dijo la condesa Esterházy sin que nadie la invitara a participar en la conversación—. ¿Acaso Su Majestad Imperial se refiere a esas... zapatillas rojas destrozadas?

—Sí —contestó Sissi, y se irguió, muy tiesa, para mirar a los ojos a la condesa—. Las chinelas que mi padre me regaló por mi decimoquinto cumpleaños, las que me traje de Possenhofen.

—Sí, sé cuáles son —repuso la condesa mirándola fijamente a su vez.

—En ese caso —continuó Sissi mientras la irritación comenzaba a hacer mella en ella—, ¿tiene idea de dónde pueden estar?

—La archiduquesa me ordenó que me... deshiciera de ellas.

A Sissi se le aceleró el pulso, pero se obligó a mantener la calma.

—¿Que se deshiciera de ellas?

—Que las tirase. Cuando estaba recogiendo sus cosas en los aposentos de Laxenburg.

Sissi se acercó despacio a la condesa Esterházy.

—¿Y por qué iba a ordenar la archiduquesa algo así?

La condesa Esterházy señaló uno de los inmensos volúmenes que descansaba en la mesita de noche de Sissi, un libro titulado *Procedimiento ceremonial para el progreso oficial de Su Majestad Imperial, la princesa Isabel*.

—Seguro que a estas alturas Su Majestad Imperial ya ha llegado a la parte de las chinelas. —La condesa enarcó una ceja y adoptó una sonrisa servil.

—Por favor, tenga la amabilidad de refrescarme la memoria, condesa Esterházy, sobre lo que dice el libro acerca de las chinelas.

—Sí, desde luego. —La condesa ni se inmutó, se limitó a entrelazar sus largos dedos por delante de la cintura—. El protocolo dicta que la emperatriz no luzca unas chinelas más de una vez.

—¿Y cuál es el motivo?

La condesa soltó una carcajada seca.

—Pues porque se ensuciarían, por supuesto. ¡La emperatriz no puede

aparecer en público con los zapatos sucios! La archiduquesa creía que, una vez terminada la luna de miel, debía empezar a regirse por el protocolo de la corte. Al fin y al cabo, Su Majestad Imperial es un ejemplo para todo el palacio.

—Condesa Esterházy... —dijo Sissi con voz temblorosa a causa del llanto reprimido, pero no quería que esa mujer, con su sonrisa condescendiente y sus pullas en voz baja, se regodeara con semejante muestra de debilidad—. Por favor, discúlpeme, condesa Esterházy. Me gustaría descansar. Puede irse.

La condesa hizo una reverencia con una sonrisa en los labios.

—Como desee, majestad. —Se dio la vuelta y echó a andar hacia la puerta—. Si necesita algo, estaré sentada con la condesa Paula y la condesa Karoline al otro lado de la puerta.

—Sí, lo sé. —Sissi se obligó a sonreír, aunque su voz pareció cualquier cosa menos jovial.

Una vez que la condesa Esterházy se marchó, Sissi se lanzó sobre la cama y enterró la cara en los almohadones. Le ardían los ojos por las lágrimas de frustración. Uno de los pocos recuerdos que le quedaba de su vida anterior... ¡había desaparecido! Y sin que le pidieran permiso ni la informaran de ello.

—Perdóneme, majestad. —Ágata se acercó a la cama y habló con voz contrita—. Quería decírselo, de verdad que sí. Pero no hemos tenido la oportunidad de quedarnos a solas. No sin esa... mujer... aquí con nosotras.

Sissi se volvió para mirar a la doncella.

—Ay, Ágata, ¿sabes cuánto me gustaban esas chinelas! No me las quitaba cuando estaba en Possi.

—Lo sé —dijo Ágata, que también tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Y todo por una regla ridícula. ¿A quién le importa cuántas veces me pongo mis chinelas?

—La comprendo, majestad. —Ágata se saltó el protocolo al extender un brazo y tomar una de las manos de Sissi entre las suyas. Se sentó en el borde de la cama—. Pero no puede permitirse alterarse tanto.

—Ay, pero esto hace que eche mucho de menos mi hogar —sollozó Sissi, que apretó la mano de Ágata.

—Claro, Sis... emperatriz. Pero, por favor, no se ponga a llorar así. No puede ser bueno. No en su estado.

Sissi miró a la doncella a los ojos. Había dejado de llorar de repente. Se secó las mejillas.

La doncella se había puesto muy colorada.

—Majestad Imperial, seguro que se ha dado cuenta de que... —Ágata

dejó la frase en el aire.

—¿De qué me he dado cuenta? —Sissi se inclinó hacia ella.

—Majestad Imperial... —Ágata agachó la mirada—. No ha sangrado este mes.

Sissi reflexionó. ¿Cuándo fue la última vez que tuvo su menstruación? La verdad fuera dicha, no lo recordaba. Había estado tan preocupada desde su llegada a Viena que se le había pasado por completo.

—Tienes razón. —La emperatriz frunció el ceño, desconcertada.

Ágata esbozó una sonrisa y sus mejillas regordetas parecieron dos manzanas muy rojas.

—Señora, lleva un niño en su seno.

—¿Un niño? —Sissi jadeó y se acercó una mano a la boca abierta—. Pero ¡si acabamos de casarnos! —Ciertamente que Francisco y ella habían mantenido relaciones conyugales con regularidad desde la boda. Y se había percatado de que tenía los pechos más sensibles, un hecho que había atribuido a la dolorosa presión del corsé. Pero ¿embarazada tan pronto? La idea la dejó conmovida. Aunque no podía negar que también la alegraba muchísimo—. ¿Un niño? —repitió, como si quisiera confirmar su estado—. Ágata, estoy embarazada... ¡Voy a tener al heredero de Francisco! —Se inclinó hacia delante y abrazó a la muchacha. Las dos se echaron a reír, sin importarles los dictados del protocolo—. Un bebé... —Asintió con la cabeza. Se acarició el vientre plano, donde el bebé todavía no había manifestado su presencia. Pero en algún lugar de su interior crecía el hijo de Francisco. Tal vez fuera un niño, el futuro emperador de Austria—. Ay, Ágata, soy muy feliz. Al cuerno con las chinelas. Al cuerno con las cartas que tengo que mandar a Inglaterra, a Bohemia y a Prusia. ¡Debo comunicárselo a mamá y a Elena enseguida!

Se puso en pie de un salto y corrió hacia el escritorio, emocionadísima por la noticia que podía compartir con la familia que le quedaba en Baviera. Quizá su madre volviera a la corte para ayudarla con el embarazo y el parto.

Se encorvó sobre el escritorio y empezó a redactar a toda prisa:

Querida mamá:

Me emociona decirte que serás la primera en saber que...

Y en ese momento se le ocurrió algo que la llevó a dejar de escribir.

—¿Ágata?

—¿Sí, emperatriz?

—Ágata, ¿cómo sabías que yo...? En fin, ¿cómo sabías que estoy esperando un hijo? —La expresión de la doncella confirmó los temores de

Sissi—. ¿Sabe ella...? ¿Lo saben los demás?

La doncella dejó caer los hombros.

—Emperatriz, lo siento. —Ágata parecía desolada—. Fue la condesa Esterházy. Entraba en el dormitorio para examinarlo todas las mañanas, después de que Su Majestad Imperial se fuera a desayunar. Le dije que no tenía que preocuparse por la cama. Que ese era mi cometido como doncella. Pero ella siempre encontraba una razón para estar presente. Decía que era algo que tenía que hacer... Protocolo de la corte.

—¿Eso significa que ha estado comprobando mis sábanas? —Sissi apretó los dientes en un intento por mantener la calma. Se obligó a controlar los latidos de su corazón—. No es culpa tuya, Aggie. Debería haberme esperado algo así. —Miró el papel que tenía delante y lo hizo pedazos con dos movimientos furiosos. Se negaba a que ese hecho la alterase, no cuando tenía tantos motivos para ser feliz—. Pues cambio de planes. —Sissi escribió una nota deprisa y se la entregó a su doncella—. Asegúrate de que llega a manos del emperador. Puede reunirse conmigo en la capilla imperial. Iré allí ahora mismo para rezar por mi bebé. Dile que venga de inmediato.

—Sí, emperatriz.

Sissi cogió el rosario y el libro de oraciones y salió del dormitorio, aunque antes comprobó su aspecto en el espejo. Se obligó a sonreír. Parecía cansada, sí. Pero aunque fuese producto de su imaginación, creía atisbar cierto brillo en sus mejillas y una nueva calidez en sus ojos del color de la miel. ¡Iba a tener el hijo de Francisco! Sin duda ese hecho los acercaría tal como ella ansiaba. Sin duda él se alegraría de la esposa que había escogido al comprobar lo pronto que se había quedado encinta. Al cuerno con las damas chismosas, eso era algo que Francisco y ella compartirían. Dio unas palmadas y se echó a reír mientras agradecía en silencio semejante buena nueva.

Las damas de compañía estaban sentadas en la antesala, con los bordados olvidados en los regazos. Junto a ellas había varios guardias, y Sissi descubrió al grupo dedicado a la actividad tan habitual en palacio de chismorrear y coquetear.

La condesa Esterházy, la condesa Paula y la condesa María se levantaron al ver llegar a Sissi. Karoline de Lamberg permaneció sentada mientras hablaba en susurros con un guardia cercano:

—Nunca tendría un amante ruso: el hedor del vodka me revuelve el estómago.

—En fin, en ese caso es una suerte que yo nunca lo pruebe...

La condesa Esterházy carraspeó, y los dos dejaron el intercambio de

comentarios ya que el guardia se puso firme.

—Majestad Imperial —dijo la condesa Esterházy, y las cuatro damas agacharon la mirada y se inclinaron ante ella en una muestra de sumisión muy bien ensayada, si bien poco creíble.

Sissi cruzó y descruzó las manos, y adoptó un aire pomposo que no sentía.

—Señoras, voy a la capilla de los Habsburgo. Rezaremos por... Su Majestad el emperador.

Karoline de Lamberg, una morena muy chismosa, y Paula de Bellegarde, la rubia que estaba a su lado, intercambiaron una mirada elocuente. La condesa Esterházy, que era mucho mayor que esas mujeres, tanto que podría haber sido su madre, esbozó una sonrisa sagaz. Solo María Festetics, la condesa húngara, mantuvo los ojos clavados en el suelo con discreción, y Sissi se dijo que tal vez ella fuera la única dama en la que podía confiar de todas ellas.

—Como desee, señora. —Karoline asintió con una sonrisa edulcorada—. ¿Cómo se siente Su Majestad Imperial esta mañana?

A Sissi se le cayó el alma a los pies. La condesa Esterházy se lo había contado. Todas sus damas de compañía sabían que llevaba al hijo de Francisco en su seno. Lo que quería decir que los guardias también lo sabían. Y Ágata le había dicho sin rodeos que los criados estaban revolucionados por la noticia. ¿Acaso nada iba a ser privado allí? ¿Acaso su marido y ella serían las dos últimas personas en enterarse de sus propios asuntos?

Sissi aferró las faldas de su vestido con fuerza, pero mantuvo la compostura.

—Vámonos —dijo, y condujo a las damas a través del palacio en dirección a la iglesia cercana, seguidas por una escolta de guardias imperiales.

En el interior de la silenciosa capilla de piedra el ambiente era mucho más fresco que en el exterior. Se encontraba vacía, ya que se reservaba para los miembros de la familia real. La estancia, con el techo en forma de cúpula, era de mármol y muy luminosa. Los muros estaban decorados con las imágenes de los santos, así como con sutiles recordatorios de la magnanimidad de la familia Habsburgo... y de su poder. El olor del incienso se le antojó a Sissi más fuerte de lo habitual, incluso llegó a revolverle el estómago, y eso la llevó a recordar la confesión de su madre acerca de que el embarazo aumentaba la sensibilidad de la mujer hacia los olores.

Sissi mojó los dedos en la pila de agua bendita y se santiguó antes de arrodillarse en la vieja banca de madera acolchada con terciopelo situada delante del altar. Se acercó el rosario a los labios y besó la cruz, tras lo cual

empezó a dar las gracias por el bebé que llevaba en su seno. El organista estaba ensayando en la nave central para la misa del mediodía, y la música sumió a Sissi en una plácida y serena vigilia. Ay, ¡cuánto iba a cambiar su vida en cuanto hubiera dado a luz al heredero de los Habsburgo! ¿Cómo había tenido la suerte de concebir tan deprisa? Ella, a quien su tía le había advertido en incontables ocasiones acerca del desastre que suponía la infertilidad.

Los susurros que le llegaban desde la banca que tenía detrás pronto la distrajerón de sus oraciones, y se volvió para fulminar con la mirada a Karoline y a Paula. Estas agacharon la cabeza y se quedaron calladas. Pero en cuestión de segundos volvieron a reírse entre dientes.

—Señoras. —Sissi las miró de nuevo, y aunque intentó ocultar su irritación, no pudo—. Si no van a rezar, les pido que se lleven esta bolsita y les den las monedas a los pobres que hay en las puertas. Me están distrayendo.

—Rezaremos, majestad. —Karoline agachó la cabeza en un exagerado gesto de contrición.

—Lo siento, majestad. —Paula siguió el ejemplo de Karoline.

Sissi intercambió una mirada elocuente con María, a quien también parecía molestarle mucho el comportamiento de sus compañeras.

—¡Isabel! —Otra voz la distrajo al punto, una voz familiar que recibió de buena gana. Francisco entró en la capilla por una puerta lateral, y el sonido de sus botas militares resonó en los fríos muros de piedra—. ¡Isabel, he venido nada más leer tu nota! ¿Es cierto? —Francisco jadeaba, ya que llegó hasta ella a la carrera. Sissi se levantó.

—Majestad Imperial. —Sissi se inclinó ante él, tal como le habían enseñado que debía hacer al saludar a su marido en público.

—Ah, no estás sola. —Francisco se detuvo al ver a las cuatro damas de compañía en las bancas situadas detrás de Sissi—. Condesas... —Francisco las saludó con una sonrisa educada. Karoline y Paula soltaron unas risitas a la espalda de Sissi.

—Majestad Imperial. —Las cuatro damas de compañía hicieron una genuflexión al unísono.

Sissi se volvió a tiempo para ver que Karoline le lanzaba una mirada elocuente a Paula. Su familiaridad le resultó, una vez más, totalmente inapropiada: la forma en la que miraban a su marido a los ojos, las sonrisas furtivas que se dirigían la una a la otra y las miraditas que creían que ella no veía.

Francisco se volvió hacia su esposa, reclamando toda su atención.

—Ay, Isabel, me da igual quién se entere. ¿Es cierto? —Colocó la mano en el vientre de Sissi y la observó con palpable esperanza.

—Es cierto. —Sissi puso la mano sobre la suya. A esas alturas solo podía sentir las ballenas del corsé bajo las capas de tela. Pero se inclinó hacia delante para susurrar—: Vamos a tener un bebé.

Francisco soltó un grito que parecía más adecuado para un campo de batalla que para una tranquila capilla. Sissi no pudo contener la carcajada al ver su júbilo. Sin previo aviso, el emperador se inclinó y levantó el volandas a su mujer antes de ponerse a dar vueltas con ella por la capilla.

—¡Un bebé! ¡Un heredero!

En ese momento Sissi temió que no solo sus damas de compañía se enterasen de la noticia, sino que lo hicieran todos los congregados en la nave central de la iglesia.

—Francisco —lo regañó, aunque lo hizo con voz indulgente, incluso tierna—. Francisco, suéltame.

—No hemos tardado mucho, ¿eh? ¡Por el amor de Dios! Elegí a la esposa adecuada, ¿verdad?

Francisco se volvió hacia la puerta de la capilla y Sissi se puso muy colorada al darse cuenta de que el conde Grünne y los guardias de su marido estaban allí de pie, observando toda la escena.

—Francisco, por favor. —Sissi bajó la mirada.

—¡No pienso mostrar pudor alguno! —se jactó el emperador al tiempo que le daba un largo y apasionado beso en los labios.

Aunque la demostración de afecto era poco apropiada, sobre todo al estar en una iglesia, a Sissi no le molestó demasiado el gesto de su esposo. «Bien», pensó. «Que esos chismosos comprueben lo enamorado que está mi marido de mí. Quizá cuando vean lo mucho que el emperador quiere a su emperatriz me tratarán con más respeto. A lo mejor la condesa Esterházy le va con el cuento a la archiduquesa.»

Sin embargo, en ese momento fue Francisco el que se apartó de repente ya que otro grupo entró en el reducido espacio.

—¡He venido en cuanto he podido! —Sofía irrumpió en la capilla acompañada por el embajador ruso, Pyotr Meyendorff, con el ministro, el barón Von Bach, y con varios criados ataviados con librea—. Habría venido antes, en cuanto me enteré —siguió Sofía—, pero Meyendorff nos estaba exponiendo a Bach y a mí su último informe de San Petersburgo. Y luego no sabía muy bien dónde encontrarte. Da igual, ya estoy aquí. ¡Me he enterado de la noticia!



—¿Te has enterado de la noticia de Isabel, madre? —preguntó Francisco con una sonrisa en la cara—. ¿A que es maravilloso?

—¡Desde luego que es maravilloso! —Sofía juntó las palmas de las manos, muy enojadas, y sonrió a su hijo—. Bien hecho, Francisco. Has cumplido con tu deber. Y tú también. —Sofía miró a su sobrina—. También has hecho tu parte en todo esto, por supuesto.

—Es muy amable, tía —repuso Sissi con una sonrisa tensa mientras contenía las ganas de fruncir el ceño.

—¿De cuánto tiempo...? En fin, ¿cuándo crees que concebiste? —preguntó Sofía, que fingió no saber nada del tema, aunque Sissi sabía perfectamente que la archiduquesa había hecho examinar sus sábanas y sin duda ya conocía la respuesta.

—Ha pasado un mes como mucho —contestó Sissi, que le siguió el juego tanto por el bien de Francisco como por el suyo propio; no pensaba hacer saber a su suegra hasta qué punto conocía sus tejemanejes.

—En ese caso estás de muy poco tiempo. Y te expones a un riesgo muy alto. Es preciso que extremes las precauciones. Francisco, debemos cuidar muy bien a tu emperatriz.

—Desde luego. —Francisco rodeó la cintura de Sissi con los brazos y la besó en el cuello.

—¡Francisco José! —exclamó Sofía—. ¿Es necesario que te recuerde que estamos en público y en la casa del Señor? ¿Y que semejante comportamiento es del todo inaceptable?

—Lo siento. —Francisco apartó los brazos, dejándolos caer a los lados, al tiempo que retrocedía.

Sofía apretó los labios mientras miraba a su hijo y a su nuera.

—En fin, Francisco, detesto distraer tu atención de tan maravillosas noticias, pero hemos recibido respuesta del zar, así como la respuesta que estábamos esperando de Hungría.

—¿Y? —preguntó Francisco, que de repente dejó de pensar en su esposa—. ¿Quién ha enviado la respuesta desde Hungría?

—El conde Andrásy. —La forma en la que Sofía pronunció el nombre dejó claro a Sissi que ese tal conde Andrásy, fuera quien fuese, no era un personaje muy popular en la corte imperial vienesa.

—¿Y qué tiene que decir nuestro querido amigo Gyula Andrásy? ¿Ha sido razonable? —quiso saber Francisco.

—La respuesta de Gyula Andrásy ha sido tan irracional como el propio Gyula Andrásy —contestó Sofía, y negó con la cabeza.

—En otras palabras: no —resumió Francisco.

Sofía asintió.

—He tenido la oportunidad de hablar de este giro de los acontecimientos con Meyendorff y Bach esta mañana.

—¿Quién es Gyula Andrásy? —preguntó Sissi.

Tanto Sofía como Francisco se volvieron para mirarla como si, por un instante, se hubieran olvidado de su presencia.

—Es... esto... —Francisco miró a su madre y luego a su esposa. Se habría dicho que su pregunta lo había distraído—. Andrásy es húngaro.

—No te preocupes, Isabel. —Sofía se interpuso entre ellos—. Pero, Francisco, deberías volver al consejo con nosotros y discutir los siguientes pasos que vamos a dar. Siempre que... —Y en ese momento clavó la mirada en Sissi—. Siempre y cuando, por supuesto, hayas terminado aquí.

—Sí, ya hemos terminado. Por supuesto, volvamos con los ministros para hablar del problema húngaro ahora mismo. —Francisco se llevó la mano de Sissi a los labios y le dio un beso fugaz—. ¿Nos vemos luego, amor mío? —Y tras decir eso se marchó de su lado.

—No lo sé, ¿nos veremos?

Sissi lo miró mientras se alejaba, y el alma se le cayó a los pies al reparar en que su marido ladeaba la cabeza para prestar atención a los imperiosos susurros de su madre con expresión muy atenta. Mientras que ella se quedaba en la capilla, silenciosa una vez más, bajo el escrutinio de sus damas de compañía.

Sissi se volvió hacia ellas y carraspeó antes de ordenar con voz autoritaria:

—Retomaremos nuestras oraciones.

Se arrodilló nuevamente delante del altar y cerró los ojos, pero su mente ya no podía concentrarse en lo divino. ¿Qué era esa sensación que se había apoderado de ella cuando Francisco y Sofía se alejaron a toda prisa con los rostros inclinados el uno hacia el otro?

Tal vez fueran celos. ¿Cómo no iba a sentir celos cuando había tantas facetas de Francisco que él no le permitía conocer y, en cambio, parecía más que dispuesto a compartir con su madre y sus ministros?

Pero no, en ese preciso instante la abrumaba algo mucho más potente que los celos. Sentía la soledad: la fría y dura certeza de que, aunque estuviera rodeada de personas, se encontraba totalmente sola.



La decepción que sintió Sissi tras la reunión en la capilla quedó totalmente olvidada por el comportamiento de Francisco cuando horas más tarde entró en su dormitorio.

Hicieron el amor con ternura, despacio, y Francisco recordó a Sissi el cariño que le tenía con cada dulce beso. Los demás podrían conocer sus preocupaciones políticas y militares, pero solo ella lo acompañaba en ese momento tan íntimo. Solo ella le provocaba la maravillosa alegría cada noche; estaba con ella en ese instante, y sus latidos y su cuerpo atestiguaban el hecho de que era suyo, de modo que se aferró a Francisco con ansia.

—Te quiero, Isa —le susurró al oído, y parecía a punto de echarse a llorar.

—Yo también te quiero, Francisco. —Le acarició con un dedo la delicada piel del cuello, deteniéndose en la cicatriz que le dejó el intento de asesinato.

—¿Crees que hay algún otro emperador en toda Europa que quiera a su reina tanto como yo te quiero? —Francisco la miró con expresión serena.

—Seguro que es imposible. —Le sonrió y el pelo le ocultó la cara, pero Francisco se lo apartó con delicadeza.

—¿Sabes cuánto te adoro, Isa?

Sissi cerró los ojos y le acarició el cuello con la nariz.

—Tal vez no tanto como te quiero yo.

Nada más pronunciar esas palabras sintió un terrible dolor porque la paralizaba el miedo de que fueran ciertas. Sin embargo, Francisco las deseó con una carcajada.

—Nunca tendrás que preocuparte por eso, cariño mío.

—¿De verdad? —Oyó la desesperación de su propia voz al preguntarlo.

Quería hacerle más preguntas: «Entonces ¿por qué te siento tan lejos? ¿Por qué no me cuentas nada de lo que haces? ¿Por qué permites que otros se interpongan entre nosotros? ¿Por qué tengo que esperar todo el día para verte?». Antes de que pudiera formularlas, antes de que pudiera expresar las preocupaciones que amenazaban con ahogarla, Francisco habló. Lo hizo con un tono que pretendía zanjar la cuestión.

—Vamos a beber champán. Creo que debemos celebrarlo.

Tiró del cordón que había junto a la mesita de noche. Un criado, ataviado con una gruesa librea de lana incluso en pleno verano, apareció para recibir sus órdenes. Regresó al cabo de unos minutos con una botella de champán helado y dos copas, que Francisco no tardó en llenar.

—Por nuestro bebé —propuso.

—Por supuesto —convino Sissi.

—Por este y por otros muchos más.

—Empecemos por este primero. —Sissi se echó a reír al ver el entusiasmo de su marido—. ¿Te sientes emocionado por ser papá, mi querido Francisco?

Él bebió un sorbo y se encogió de hombros con actitud tranquila.

—Pues claro. Todo emperador necesita un heredero.

—Sí. —Sissi se apoyó en un codo y se inclinó hacia él—. Pero ¿por ser papá? ¿Por el hecho de tener a un niño sentado en tu rodilla? ¿Por el hecho de ver a nuestro pequeñín crecer?

Francisco ladeó la cabeza y se quedó callado un momento. Tomó aire y lo soltó despacio antes de contestar:

—Supongo que nunca he pensado mucho en esos aspectos del trabajo.

Sissi no pudo contener una carcajada.

—En fin, pues tal vez sea el momento de que empieces a pensar en ellos.

—No te preocupes por eso, amor mío —dijo Francisco al tiempo que bebía un largo sorbo de champán—. Tendrás toda la ayuda del mundo. A nuestro principito no le faltará de nada.

—No estoy preocupada, Francisco. —Sissi se llevó una mano al vientre, que en ese momento era más accesible a través de la fina sábana que cubierta por el corpiño del vestido—. La verdad es que estoy ansiosa por que nazca.

—¿Cómo vamos a llamar... al bebé? —preguntó Francisco al tiempo que le acariciaba el hombro con un dedo.

Sissi se deleitó con el contacto, piel contra piel, mientras meditaba una respuesta.

—Si es un niño, se llamará Francisco, por supuesto.

Él sonrió antes de beber otro sorbo de champán.

—¿Y si es una niña?

—Si es una niña... ¿Te enfadarás mucho conmigo? —Miró a su marido.

—Pues claro que no, Isa. —Francisco le besó la punta de la nariz y se rio de ella—. Si es una niña, me regocijaré con la oportunidad de ir a por el niño. Y a por muchos más después.

A Sissi le gustó su respuesta. Era un alivio saber que al menos él no se lo echaría en cara, aunque estaba convencida de que su suegra encontraría la forma de hacerlo.

—Si es una niña, se me ha ocurrido algo —dijo.

—¿Qué?

Sissi se incorporó y se sintió algo cohibida cuando la sábana se deslizó y dejó al descubierto su cuerpo desnudo. Pero al ver que atraía la atención de su marido resistió el impulso de taparse.

—En fin, ¿por qué estamos juntos? ¿Qué fue lo que nos unió?

—Tu belleza —contestó Francisco—. El hecho de que quisiera casarme contigo nada más verte.

—No. —Sissi se echó a reír y apartó de un manotazo su mano curiosa—. ¿Cómo nos conocimos?

—Por mi madre. Mi madre me dijo que os invitara a Elena y a ti. ¿Significa esto que quieres llamarla Sofía?

—No exactamente —repuso Sissi, que no consiguió ocultar el ceño. Tras una pausa añadió—: Hablaba de mi hermana. Elena es el motivo de que nos conociéramos.

—¿Elena? —Francisco siguió su razonamiento—. ¿Quieres poner el nombre de Elena a nuestro bebé si es niña?

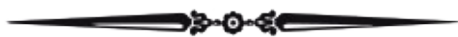
Sissi asintió con la cabeza.

—Elena. —Francisco repitió el nombre—. Elena de Habsburgo-Lorena, archiduquesa de Austria. —Lo meditó un momento—. Me gusta.

—¿De verdad?

—Creo que es una idea brillante.

Le besó la punta de la nariz una vez más y tiró de ella. Sissi repitió el nombre en voz alta antes de rendirse a sus abrumadores besos.



Aunque Sissi sabía que era casi una herejía para la esposa del emperador desear algo que no fuera una rápida sucesión de hijos varones sanos, no podía negar que en su fuero interno anhelaba una niña. Una niñita con el pelo castaño y los ojos azules de Francisco. Una niñita a la que cubrir de encaje y tul. Una muñeca a la que su esposo mimaría, como estaba segura de que haría. No le cabía la menor duda de que Francisco sería un padre atento y cariñoso. ¿Sería ella tan paciente y constante como su propia madre? Sí, lo sería, se aseguró. Su hija y ella serían las mejores amigas, un ejemplo para las mujeres de la corte: dulces y elegantes, pero también fuertes. El estilo de Sofía, que usaba la fuerza bruta y las órdenes, parecería algo indeseable, y el poder de la archiduquesa se iría desvaneciendo a medida que la influencia de la emperatriz aumentaba.

Tras haber hablado de esa posibilidad con su marido, la esperanza de tener una niñita consumía a Sissi. Cuando estaba sola, sin más compañía que la de Ágata en su dormitorio, se refería a su cada vez más abultado vientre como «Elena». Al mirarse en el espejo, mientras veía cómo tenían que ensanchar sus vestidos casi todas las semanas, se preguntaba: «¿Cómo es posible querer algo que hace apenas unas semanas ni siquiera sabía que existía?».

El comportamiento de Sofía cambió por completo durante ese verano. De repente, la archiduquesa buscaba la compañía de Sissi en vez de fingir que no reparaba en su presencia. Las mañanas en las que la joven se encontraba mal, Sofía se saltaba las reuniones del consejo privado y corría al dormitorio de su nuera para enjuagarle la cara con un paño húmedo y sujetarle la bacinilla mientras vomitaba. Si Sissi tenía calor, su suegra ordenaba a Ágata y al resto de las criadas que la abanicaran; si tenía frío, exigía saber por qué no la habían tapado con mantas de cachemira.

El único problema fue que, si bien sus damas de compañía se vieron relevadas de la mayoría de sus funciones («Su parloteo irritaría al bebé», afirmó Sofía una mañana tras despacharlas con brusquedad), la archiduquesa se había convertido en la constante compañera de Sissi. La condesa María Festetics tenía permiso para quedarse, a petición de Sissi, para que la ayudara a contestar la correspondencia y a responder a las notas de felicitación que habían llegado desde todo el imperio y desde el resto de Europa. Pero salvo por el papel específico que desempeñaba la condesa María, Sofía parecía casi tener celos de cualquiera que intentase acercarse a su nuera. Las mañanas que Sissi atendía peticiones en su gabinete, la archiduquesa también estaba presente y se sentaba a su lado, y prohibía la entrada a los enfermos, además de contestar en nombre de Sissi en muchas ocasiones.

—Tienes que descansar, niña. El bebé que crece dentro de ti es el futuro emperador, y tiene mucho carácter. Es mejor darle lo que desea.

Todos los cambios que tenían lugar en el cuerpo de Sissi eran, en opinión de Sofía, la confirmación de que sus predicciones acerca de la perfección del bebé eran ciertas. Y de que sería varón.

Sissi engordó mucho más deprisa que otras damas embarazadas de la corte, porque «Francisco había plantado un hijo fuerte en la matriz de su mujer».

El apetito de la futura madre durante el almuerzo se volvió más voraz que de costumbre, porque «el hijo de Francisco ya tiene el apetito de un emperador». Y Sofía ordenaba que llevaran otro pudín de chocolate y almendras a su nuera.

A finales de julio Sissi acabó extenuada por las festividades y los oficios religiosos en honor a santa Ana, la patrona de la fertilidad, y la archiduquesa la excusó.

—Santa Ana ya nos ha bendecido.

El cambio fue un alivio para ella, aunque seguía recelando de su formidable tía. Sin embargo, las atenciones de Sofía continuaron todo el

verano. La archiduquesa le mandaba regalos todos los días, de modo que Ágata y su asistente, herr Lobkowitz, entraban siempre con cestas de frutas, sombreros a la última moda llegados desde París o nuevos vestidos de seda, que Sofía había ordenado que Sissi se pusiera sin corsé. Las cartas que le llegaban desde Possi le indicaron que los alardes de Sofía habían llegado hasta Baviera. «De repente, mi hermana está encantadísima con la elección de su hijo. Parece que ha olvidado por completo lo mucho que se opuso a la unión», escribió su madre. «Bravo, querida hija. Según los informes que recibo de mi hermana, creo que te has ganado tu puesto y que ya no debes poner en duda el afecto de tu suegra.»

Sofía insistió en que su nuera pasara el tiempo a salvo entre los muros de palacio mientras los meses de verano transcurrían en Viena y el aire de la ciudad era hediondo y ardiente. Ordenó a Sissi que no visitara el zoo imperial, donde le gustaba contemplar al loro que Francisco le había regalado por su boda.

—Tienes que dejar de mirar ese bicho, niña.

—¿Por qué? —preguntó Sissi alarmada por ese último consejo, que no le había pedido.

Su tía apretó los labios y se puso muy colorada.

—He hablado con el médico al respecto. Es peligroso mirar continuamente a los animales. Porque, según te formes una idea en la mente, así se formará el futuro emperador. Es mejor pasar el tiempo mirando retratos de tu apuesto marido.

Sissi se llevó una mano a los labios en un intento por contener una carcajada. Pero en aras de la tranquilidad siguió el consejo.

Montar a caballo estaba tajantemente prohibido. De modo que en vez de sus adoradas excursiones a los Alpes, Sissi pasó el verano entre los muros de palacio, escuchando a los músicos de la corte mientras cosía las diminutas prendas con las que pronto vestiría a su bebé. Sofía la acompañaba a diario en paseos en carruaje, durante los cuales los caballos avanzaban a un paso muy tranquilo, pero salvo por eso, restringía las salidas diarias de Sissi.

—No podemos permitir que te sofoques —decía Sofía.

Sissi lo aceptó todo sin pestañear, y se reía de lo atenta y cuidadosa que se había vuelto su espinosa suegra; a veces incluso se deleitaba con el hecho de que se jactaba tanto de ella como del bebé.

—Un mes, eso es lo que ha tardado en concebir. ¿Te lo puedes creer? ¡Seguro que es una hazaña para los Habsburgo! —Sofía invitó al barón Von Bach a almorzar un día, a finales de septiembre—. Por favor, ¡ni siquiera

María Teresa con su prole de dieciséis niños se quedó embarazada tan rápido!

Sissi casi se atragantó con un poco de paté. ¡Dieciséis niños!

Sofía continuó:

—Creo que esta unión traerá muchos principitos y muchas princesitas. ¡Pero mira lo fértil que es! No han pasado ni cinco meses y ya puedes ver su abultado vientre.

—Desde luego que lo parece —repuso Von Bach con las mejillas muy coloradas tras su canoso mostacho. A Sissi siempre le daba la impresión de que el barón Von Bach no llevaba demasiado bien los comentarios francos y secos de Sofía.

—Von Bach, si casamos a toda su prole, tendremos a un Habsburgo en todos los tronos de Europa.

El ministro asintió con la cabeza con educación, pero tenía la vista clavada en su plato.

—Isabel, querida.

—¿Sí, tía Sofía?

—Tras el almuerzo tienes que dar un paseo por los jardines. Pero asegúrate de pasar por delante de las puertas, ¡y ve despacio! Quiero que la gente de la calle te vea el vientre. Así podrán volver a casa o a la cafetería... o a donde sea y contar a todos que te vieron bien gorda con el principito.

La idea de pasearse por los jardines con su abultada barriga abochornaba a Sissi. Como una actriz delante de la multitud que siempre se agolpaba al otro lado de la verja con la esperanza de verla.

—Tía Sofía, no estoy segura de que...

—No, no, no discutas, niña. Tienes que hacer lo que te digo. Pretendemos que todo el imperio vibre de emoción por la llegada del príncipe heredero.

Algo estaba claro, desde luego: si Sofía quería a su nieto aunque fuera la mitad de lo que quería a su hijo, Sissi no tendría que preocuparse jamás de que su vástago no tuviera apoyos en la corte.



El calor abandonó Viena y se llevó consigo el hedor estival y la pegajosa humedad. Una vez que dejó de ser una amenaza, Sofía aseguró que el frío otoñal era un peligro incluso mayor y prácticamente prohibió a su sobrina pasar tiempo en el exterior a menos que llevara una capa muy gruesa.

Sissi se echó a reír por la fragilidad que su tía le presuponía. ¡Si octubre era su mes favorito en Possenhofen! Terminada la cosecha, todo el pueblo se reunía para celebrar la *Oktoberfest*; las ferias y las actuaciones musicales



duraban semanas, y tanto los habitantes del pueblo como los granjeros se daban un festín con la cerveza elaborada y con productos de sus campos.

A través de las cartas que le llegaban desde Possi, Sissi sabía que sus padres iban a recibir a una ingente cantidad de invitados durante las festividades de octubre. Muchos primos, incluido Luis, el futuro rey de Baviera, viajarían a Possenhofen para probar la espesa cerveza, para bailar la polca y para conocer a las preciosas mujeres alemanas por las que era famosa la zona. Tal vez Carlos incluso conociera a su futura novia durante ese mes de festejos.

Sissi sintió una punzada de nostalgia por su hogar durante esa época. A medida que pasaban los días recordaba la libertad de la que disfrutaba, una libertad que aprovechaba para ir al pueblo a caballo en compañía de Luis y de Nené. Allí se internaban en la multitud y se convertía en una persona anónima, solo era una participante más de la fiesta. De modo que, de noche, la joven emperatriz abrazaba con más fuerza a su marido y se recordaba que no había otro lugar en el mundo en el que preferiría estar más que al lado de Francisco.

El emperador estaba radiante de felicidad por su abultado vientre. Hablaba a menudo de su hijo, y detallaba a Sissi los títulos y las tierras que concedería al futuro príncipe. Pero aunque las visitas nocturnas a su dormitorio continuaban, ya no deseaba hacerle el amor.

—¿Ya no me encuentras atractiva ahora que estoy así? —Se lo preguntó una gélida noche de octubre mientras yacían, totalmente vestidos, bajo el edredón de plumas de oca. Sissi se miró la abultada barriga mientras intentaba asimilar que todavía le faltaban varios meses—. Me preocupaba perder mi atractivo cuando empezara a engordar.

—¡Isa! —Francisco frunció el ceño al oírla—. Créeme, no has perdido tu atractivo. —Apartó el edredón y dejó al descubierto los pechos hinchados y el vientre abultado de su mujer, unas curvas apenas cubiertas por el ceñido camisón—. ¡Mírate! No creo haberte visto más hermosa en la vida.

—En ese caso, ¿qué problema hay, Francisco? —Intentó besarle, pero él se apartó.

Sissi se sentó en silencio. El súbito cese de sus relaciones conyugales le resultaba inquietante.

—Me han advertido, Isa... de ciertas cosas.

Se volvió para mirarlo.

—¿De qué cosas?

—De que podría ser peligroso para la salud del bebé si continuamos...

como marido y mujer. Si seguimos...

—¿Haciendo el amor?

Francisco asintió con la cabeza. Sissi nunca había oído nada semejante. De hecho, Ágata le había dado algunos consejos bastante subidos de tono según los cuales copular durante esos meses era algo bueno. Se decía que ayudaba a la mujer embarazada a encontrar cierto consuelo.

—¿Quién te lo ha dicho, Francisco? —Aunque nada más preguntarlo, supo la respuesta—. ¿Ha sido tu madre?

Francisco volvió a asentir.

Sissi no pudo contener el suspiro que se le escapó.

—Francisco, ¿vas a dejar que te controle en algo así?

—En fin, no solo ha sido ella. —Francisco se agitó inquieto y se apartó de su esposa en la cama—. El doctor Seeburger también ha hablado conmigo. Y me lo ha desaconsejado vehementemente.

Sissi conocía muy bien al doctor Seeburger, el médico del emperador. Sofía lo llevaba a sus habitaciones casi todos los días.

—Es interesante que no lo instara a desaconsejármelo a mí —masculló Sissi—. De cualquier forma, no me lo creo. Estoy segura de que el doctor Seeburger te ha dicho lo que tu madre le ordenó que te dijera. Y tengo entendido que muchas parejas continúan yaciendo juntas bien avanzado el...

—Isa, por favor. No seas vulgar.

—Francisco, ya es bastante malo que tu madre trate de controlarte en el gobierno. No pienso permitir que también controle tu comportamiento en nuestra cama.

—Isabel, basta ya. —El tono de voz de Francisco la sobresaltó—. Te pido que no me faltes al respeto, ni que se lo faltes a mi madre, de semejante manera. No me controla.

Se sentía dolido, se percató ella mientras analizaba su cara.

Sissi soltó el aire muy despacio.

—Perdóname, Francisco —dijo al tiempo que intentaba cogerle la mano. Detestaba la idea de discutir con él.

Sin embargo, se apartó de ella, enfadado.

—Además, te pido que ejerzas cierto decoro femenino. Demostrar demasiado apetito por esas cosas no es apropiado en una dama. Esperaba algo mejor de ti.

En ese momento fue ella quien se sintió dolida. Tanto que se quedó sin palabras. Era la primera vez que Francisco la reprendía. Y lo que era peor, había conseguido que se sintiera avergonzada por haber expresado su opinión.

Se apartó con torpeza por el volumen de su cuerpo y se tumbó en el otro lado de la cama antes de cubrirse con el edredón de nuevo.

—Por favor, no te alejes de mí —le pidió con voz dulce Francisco, y le dio un tironcito del brazo.

—Estoy cansada —dijo Sissi al tiempo que se zafaba de su mano.

Francisco se tumbó detrás ella para poder abrazarla.

—Mi dulce Isa, por favor, no te enfades conmigo.

No replicó. Seguía dolida por sus críticas. Él la rodeó con los brazos y le colocó las manos sobre el vientre. Tras una larga pausa, Sissi se volvió y habló con una voz que sonó demasiado alta en el silencio del dormitorio.

—Francisco, estas visitas nocturnas son lo único que tenemos. ¿Acaso ya no voy a verte más? ¿Qué será lo siguiente? ¿Empezarás a dormir en un camastro en tu vestidor porque tu madre te ha dicho que debes darme espacio en la cama?

—Calla, Isa. ¿Por qué te preocupas por esto?

—¿Cómo vas a soportar los siguientes cuatro meses?

Sabía tan bien como cualquier otra persona que cuando los hombres no encontraban satisfacción con sus esposas la buscaban en otra parte. ¿Acaso en su infancia no había sido testigo de la naturaleza infiel de los hombres? ¿Y si a Francisco le resultaban irresistibles los encantos de otras mujeres de la corte?

Francisco pareció entender sus miedos, ya que frunció el ceño mientras la miraba y su expresión se suavizó por completo.

—No te preocupes por mí, mi dulce Isa. —Se inclinó para besarla—. La tuya es la única cara que deseo mirar.

—¿Estás...? ¿De verdad estás seguro?

—Estoy seguro. —La besó a modo de respuesta antes de posar la vista en su vientre—. Además, tampoco puede faltar tanto. ¡Mira lo enorme que te has puesto!

—Cuatro meses más —dijo al tiempo que se pegaba a él.

Se besaron durante un buen rato, y Sissi se dio cuenta de que su marido la deseaba.

—Tenemos que buscar algo que hacer por las noches —dijo él con un suspiro tras apartarse y dejar varios centímetros entre ellos en la cama.

—¿Como qué? —Clavó la mirada en el inquieto rostro de su esposo.

—Se me ha ocurrido algo.

Francisco saltó de la cama, cruzó la estancia y salió por la puerta a toda prisa.

Cuando regresó lo seguían varios criados encorvados sobre el enorme bulto cubierto por una sábana que transportaban en un carrito.

—Dejadlo aquí mismo. —El emperador señaló un punto junto a la chimenea.

—Francisco... —Sissi se echó a reír y se tapó todavía más con el edredón, aunque los criados mantuvieron la vista apartada—. ¿Qué es?

Él apartó la sábana y la retiró con una floritura.

—Esto, mi querida Isa, es un piano.

—¿Qué vamos a hacer con un piano aquí?

—¿Qué vamos a hacer? ¡Tocarlo, por supuesto! —Francisco se sentó ante el instrumento y levantó la tapa—. Eso es todo, gracias. —Al ver el gesto de su mano, los criados hicieron una reverencia y se marcharon.

—¿Puedes tocar en la oscuridad? —preguntó Sissi, que encendió varias velas emplazadas junto a la cama.

—Pues claro. —Francisco empezó a tocar las teclas de marfil, arrancándoles una melodía que tarareaba a la par—. Mis dedos se conocen tan bien este tema que podría interpretarlo con los ojos cerrados.

Sissi tardó varios acordes en recordar la canción.

—La conozco —dijo mientras intentaba hacer memoria—. La he oído antes.

—Ya lo sé. —Francisco siguió tocando, moviendo la cabeza al compás de la música.

—¿Dónde la he oído antes?

—Conmigo. En la rosalada de Bad Ischl.

—Sí, *Los patinadores* —recordó Sissi—. Me encanta este vals.

—¿Te acuerdas de aquella noche? Fue nuestro primer beso. —Francisco asintió con la cabeza—. ¿Lo oyes, pequeña Elena o pequeño Francisco? —preguntó con voz juguetona—. Es el vals preferido de tu mamá, así que será mejor que empieces a memorizarlo.

Sissi se dejó caer en el colchón y empezó a tararear el vals, recordando la primera vez que lo oyó hacía ya más de un año. Cómo había cambiado la vida para aquella muchacha inocente de quince años. Una muchacha que estuvo en un fragante jardín, con la vista clavada en las montañas iluminadas por la luz de la luna mientras admitía que se había enamorado. Una muchacha que, sin haber visto nada del mundo ni conocer a las personas, había creído que el amor era lo único necesario para ser feliz.

## VIII

*Dicen de mí que soy la primera dama del imperio,  
y yo creo que soy la incomprensida que no encaja.*

EMPERATRIZ ISABEL, SISSI, DE AUSTRIA

## Capítulo 8

*Salzburgo, Austria  
Diciembre de 1854*

Sissi nunca había visto que una población cobrara vida gracias a la Navidad de la forma en la que durante su primer invierno como la mujer de Francisco lo hizo la remota ciudad alpina de Salzburgo. Parecía que toda ella, así como la ingente cantidad de personas que vivía en las casas de montaña cercanas, se había agolpado en la plaza principal en Nochebuena, como peregrinos modernos que iban a ver el Nacimiento, con la esperanza de ver también al emperador y a su esposa embarazada.

Las calles relucían como si estuvieran iluminadas por velas; las puertas estaban engalanadas con coronas de arándanos rojos y ramitas de pinos, y el aroma procedente de las pastelerías flotaba por toda la ciudad mientras las galletas de jengibre y los dulces *pfefferkuchen* tentaban a los transeúntes de mejillas sonrosadas que pasaban por delante de sus escaparates.

La visita imperial a Salzburgo en Navidad sería el mayor evento que tendría lugar en ella en varios años, tal vez en una generación, y los habitantes no repararon en gastos para recibir a la pareja imperial. Para Sissi sería el último viaje antes de afrontar la etapa final de su embarazo, y tras eso llegaría el parto. De modo que estaba decidida a disfrutar de cada sabor, de cada sonido y de cada olor de la alegre ciudad, así como del tiempo al lado de su marido. Seguro que la tía Sofía no permitiría semejantes estímulos en cuanto regresaran al palacio de Hofburg para pasar el invierno.

La víspera de Navidad, una oronda Sissi, envuelta en un vestido de terciopelo color ciruela ribeteado de pelo de conejo, se subió a un trineo acompañada por Francisco, por Sofía y por varias docenas de guardias imperiales. Partieron de sus aposentos en el *Mirabellgarten*, y los caballos se abrieron paso a través de la nieve recién caída hacia la plaza y la iglesia de San Nicolás.

El aire era frío y en él flotaban copos de nieve, como también el sonido de las campanillas y los villancicos. Los niños, emocionados, asomaban la

cabeza por las ventanas de las casas que flanqueaban las calles y llamaban a su madre para avisar de que la emperatriz se acercaba.

—Te quieren —comentó Francisco mientras saludaba con la mano a la multitud que se agolpaba en la avenida.

—¡Emperatriz Sissi!

—¡Que Dios bendiga a la emperatriz Sissi!

—¡Larga vida a Sissi!

Francisco oyó los vítores procedentes de la marea de personas con una expresión que proclamaba su sorpresa y su asombro.

—Por el amor de Dios, Isa, te adoran.

—Solo porque llevo a tu hijo en el vientre, Francisco. —Sissiladeó la cabeza y, desentendiéndose del ceño desaprobatorio de Sofía, le acarició el cálido cuello a su marido con la nariz.

—No. ¿Sabes lo que dicen?

—¿Qué?

—Que eres la mujer más hermosa del mundo.

Sissi bajó la mirada y parpadeó cuando los copos de nieve se le quedaron prendidos en las pestañas.

—Pero a mí me da igual que lo crean —dijo. Y era verdad—. Siempre y cuando lo creas tú, Francisco.

—En fin... —La besó en la frente, y un copo de nieve se le pegó al bigote—. Pues es lo que creo.

La antigua capilla de San Nicolás parecía muy acogedora a la ambarina luz de las velas y gracias a la calidez de los cientos de personas que atestaban las bancas de madera. Sissi recorrió despacio el pasillo central y se sentó en la primera banca con su marido y su suegra. Los monaguillos ofrecieron velas blancas a cada uno. Tras ellos se sentaba el *bürgermeister*, el alcalde de Salzburgo, y su familia, junto con las damas de compañía de Sissi y los ministros de Francisco.

Herr Lobkowitz había dicho a Sissi ese mismo día que esa era la iglesia en la que se había compuesto el villancico preferido de toda Europa, *Stille Nacht*. Después de la eucaristía, las velas que flanqueaban la iglesia y el altar se apagaron, de modo que las únicas encendidas eran las que sostenían los congregados.

Un breve silencio expectante flotó en el ambiente antes de que el sacerdote empezara, y los asistentes comenzaron a cantar el villancico sin acompañamiento musical.

*Noche de paz, noche de amor  
claro sol brilla ya.  
Y los ángeles cantando están:  
«Gloria a Dios, gloria al rey celestial».  
Duerme el niño Jesús.  
Duerme el niño Jesús.*

El poder de todas esas voces reunidas envolvió a Sissi, emocionándola. La escena tan conmovedora la abrumó: una joven madre con su hijo dormido, descrito de una forma tan tierna y acompañado todo por una melodía perfecta. Se le llenaron los ojos de lágrimas y buscó la mano de su marido. No pudo evitar sentir que, en ese momento, era tan feliz como lo fue la joven María, tantos años antes, mientras acunaba al pequeño bebé sagrado en un pesebre de Belén. «Un pequeño retazo de la divinidad», pensó al tiempo que se llevaba la mano de Francisco al vientre. Sofía, que los miraba de reojo, frunció el ceño y chascó la lengua. Sissi fingió no darse cuenta.



Esa misma noche, ya acostado en la cama junto a su esposa, Francisco la sorprendió con un rollo de papel muy bien sujeto.

—Para ti.

Sissi miró sus manos tendidas.

—¿Qué es?

—Cógelo —insistió Francisco al tiempo que agitaba frente a ella el papel atado con un lazo—. Es un regalo de cumpleaños.

—Te has acordado. —Sonrió y aceptó el rollo de papel.

—Pues claro que me he acordado. —A la suave luz de las velas Sissi vio la expresión satisfecha de Francisco, que parecía muy orgulloso—. Qué maravilloso regalo de Navidad debiste de ser cuando llegaste en Nochebuena hace diecisiete años.

—¿Qué dice el papel?

—Ábrelo —contestó, instándola a desatar el lazo dorado que sujetaba el rollo de papel.

Sissi lo miró y vio que estaba lleno de notas musicales. En la parte superior de la hoja podía leerse: *Elisabethklänge*.

—¿Qué... qué es, Francisco?

—Sabes que acabo de contratar a un nuevo músico para la corte, ¿verdad?



—¿El maestro Strauss?

—Sí, el maestro Johann Strauss. —Francisco asintió con la cabeza—. Le he encargado un nuevo vals, en tu honor.

Sissi bajó el papel y miró a Francisco con la sorpresa reflejada en el rostro.

—Dime que no lo has hecho.

—Lo he hecho. —Francisco se irguió—. ¿Ves esta parte? —Señaló un grupo de notas mientras tarareaba—. El himno bávaro. Y esta parte —dijo, y tarareó otra tonada, mucho más lánguida que la alegre polca bávara— es el himno imperial austríaco.

Sissi asintió y empezó a tararear con él.

—Es como una combinación perfecta de los dos —comentó al tiempo que miraba el papel una vez más.

—Exacto. —Francisco pronunció la palabra con la mano sobre el abultado vientre de su esposa—. Al igual que lo será nuestro pequeño.

—Me encanta —dijo Sissi, que sujetó el papel con ambas manos para examinar el contenido. Su propio vals—. *Elisabethklänge*. Me muero de ganas de oírlo.

—Por desgracia, este dormitorio no cuenta con un piano como el que tenemos en Viena. ¿Puedes esperar a mañana?

—Me muero de ganas —insistió, pero asintió y enrolló con cuidado el papel antes de volver a atarlo con la cinta dorada.

—¿De verdad te gusta?

—Francisco, me encanta. —Se acercó a él sobre el colchón tras dejar el papel en la mesita de noche—. Ahora... si me dejaras demostrarte cuánto me gusta... —Empezó a besarlo, y Francisco sucumbió a sus atenciones, pero solo un instante.

—¡Isa! No. —Se apartó de ella.

Sissi suspiró.

—No sé cómo lo aguantas, Francisco. Tienes mucho más control que yo.

—Ya falta poco —le recordó él toda vez que le daba unas palmaditas en la barriga—. Además, tienes que abrir más regalos. —Saltó de la cama y anduvo de puntillas por el suelo de madera de la villa de alquiler en la que se alojaban—. ¡Por Dios, qué frío hace! —Abrió un cajón de la cómoda y sacó un paquetito envuelto con un lazo rojo.

—Te vas a congelar. Vuelve a la cama.

Francisco corrió hacia su mujer y se sentó de un salto a su lado.

—Aquí tienes, amor mío.

—¿Qué es?

—Ábrelo.

Sissi se tomó su tiempo para desenvolver el paquete. A la mañana siguiente, que sería Navidad, habría un intercambio de obsequios en el salón. Sin duda alguna Sofía les daría una montaña de regalos a su hijo y a su nuera: ropa cara, joyas de valor incalculable, dulces y caramelos. Pero ese era distinto, especial, y Sissi disfrutó quitándole el envoltorio.

Tras romper el papel, Sissi vio un collar con un pequeño colgante de oro con forma de caballo.

—Francisco, es precioso —murmuró mientras admiraba el fino trabajo de la figurita dorada.

—Usamos a Diamant como modelo. Para celebrar tu amor por los caballos y la maravillosa tarde que pasamos en Bad Ischl, el día que supe que tenía que casarme contigo.

—Por favor... —Sissi abrió el broche y le dio la cadena a su marido—. Pónmelo. Lo llevaré siempre.

Francisco le puso la cadena al cuello.

—¿Echas mucho de menos montar a caballo?

—Muchísimo —admitió con la vista clavada en la abultada barriga—. Pero es por una buena causa.

Francisco se echó hacia atrás y observó el colgante, que descansaba entre sus clavículas.

—¿Qué te parece?

—Perfecto para una emperatriz. —Francisco le guiñó un ojo mientras se servía una copa de oporto—. Pero todavía no he terminado.

—¿Hay más?

—Solo uno más.

Sacó otro paquetito envuelto de forma similar pero algo más grande. Sissi lo abrió rasgando el papel para descubrir un pequeño sonajero de plata.

—Para nuestra pequeña Elena —adujo Francisco antes de beber un sorbo—. Su primer juguete. Y verás que lleva una inscripción: «Con amor, de mamá y papá».

—¿De verdad crees que es una niña? —preguntó Sissi, y acarició la inscripción con los dedos.

—Pues sí.

—¿Por qué? —quiso saber al tiempo que hacía sonar el sonajero para disfrutar del sonido.

—No estoy seguro. —Francisco se encogió de hombros—. Solo es una

sospecha. Creo que te gusta tanto llevarle la contraria a mi madre que tendrás primero a una niña con tal de no darle el gusto.

Sissi no pudo contener una carcajada al oírlo.

—Y tu último regalo —siguió Francisco— es algo que no puedo envolver. En fin, supongo que podríamos envolverlo, pero no le haría mucha gracia.

—¿Es un caballo? —supuso Sissi, emocionada.

—¿Un caballo? No. —Francisco frunció el ceño—. Isa, tienes a tu disposición las caballerizas imperiales. Puedes montar cualquier caballo que te apetezca. ¿Para qué ibas a querer otro caballo?

—No, es verdad. No necesito más caballos. Además, adoro a Diamant —contestó Sissi mientras se tocaba el colgante de oro—. ¿Qué es?

—He contratado a tu peluquera personal —le anunció Francisco con una expresión satisfecha y una mirada expectante, ansioso por recibir su gratitud.

—Ah —dijo Sissi mientras asimilaba la noticia—. Una peluquera.

Francisco se cruzó de brazos.

—No pareces emocionada, Isa.

—Vaya, pues lo estoy. —Se sirvió un vaso de oporto al tiempo que esquivaba su mirada—. Gracias, Francisco.

—No, Isa. Sé cuándo te alegra algo y ahora no estás contenta.

Sissi suspiró con la copa entre las manos.

—Es que...

—¿Sí? Vamos, dímelo.

—Ágata siempre me ha arreglado el pelo. Me gusta cómo lo hace.

Francisco asintió, si bien empezó a cruzar y a descruzar los brazos.

—¿A ti no te gusta? —preguntó Sissi.

—Me encanta cómo te arregla el pelo, Isa, pues claro.

Lo miró de reojo sin sonreír.

—Por favor, si todo el mundo me dice que la verdadera joya de la corona de los Habsburgo-Lorena son los rizos rubios de mi esposa. No te preocupes ni un instante por eso.

—En ese caso, ¿para qué cambiar? —Sissi bebió un sorbo de oporto.

—Es que... a mi madre le ha parecido que sería una buena idea ahora que...

—Ah. —Una sonrisa amarga afloró a sus labios. Movié afirmativamente la cabeza—. Tu madre ha creído que necesitaba una nueva peluquera.

—Por favor, Isa, no tienes por qué ponerte así. Mi madre quería que fuera un regalo, no una afrenta.

—¿Qué tiene de malo la forma en la que Ágata me arregla el pelo?

—Nada en absoluto. Mi madre solo ha creído que... que te gustaría probar un estilo más sofisticado. No un cambio radical. Solo que tal vez algunos peinados están fuera del alcance de Ágata y de sus habilidades.

—¿Y de quién debería copiar mis peinados?

—No tengo la menor idea de esos asuntos femeninos. —Francisco se encogió de hombros antes de rellenarse la copa—. Sabes que a mi madre y al resto de las damas de la corte les gustan unos peinados muy complicados.

—Dime una cosa, ¿el peinado de tu madre se hace conforme dicta el protocolo de la corte? Por favor, estoy rodeada de personas que ella tiene que aprobar. He de pasar los días según ella crea oportuno. Me veo obligada a lucir chinelas que ella escoge. A llevar guantes en todas las comidas. ¿Ahora también debo peinarme como ella? —Sabía que estaba mostrándose muy beligerante, pero era incapaz de controlar el resentimiento de su voz. Meses y meses de morderse la lengua por las órdenes de Sofía, por las insinuaciones de la condesa Esterházy y por la indiferencia de Francisco parecían haber confluído en un arrebató de amargura que ya no podía contener—. ¿Ahora quieres que intente parecerme a tu madre?

—Dicho así, Isa... Desde luego que no deseo que te parezcas a mi madre.

—¿Puedes hacerme un favor, Francisco? ¿Podemos pasar una sola noche en la cama sin mencionar a tu madre? —Se estaba comportando como una insolente, pero dar rienda suelta a la rabia era un alivio, como si estuviera soltando la presión que crecía en ella desde antes de la boda—. Siempre estás con «Mi madre ha dicho esto» o «Mi madre cree lo otro»... Ya es bastante malo que controle cada minuto de tu día, pero ¡estoy harta de que tu dichosa madre se meta en la cama con nosotros!

—Isabel. —Francisco la miró fijamente, boquiabierto, durante varios segundos antes de hablar—. Este lenguaje no me resulta atractivo en absoluto. Te pido que dejes de insultar a mi madre. Hace muchísimo por ti. Y también por mí. Por los dos.

—Sí, a veces hace demasiado.

—Todo lo que hace es para ayudarte.

—¡Ja! —Sissi soltó una carcajada seca—. Ojalá no me ayudara tan a menudo.

—Deja de hablar así ahora mismo. —Francisco estaba muy colorado y tenía una expresión extraña en el rostro que a Sissi le hizo pensar que no lo conocía.

—No, no pienso hacerlo. No hasta que ella deje de interferir.

—No se puede ser más irrespetuosa.

—¿Y qué respeto nos demuestra ella, Francisco?

Él no contestó y ella, exhausta, se quedó callada. Siguieron sentados el uno frente al otro, sumidos en un silencio incómodo, hasta que Francisco apartó la ropa de cama. Se puso en pie y se acercó al banco que había al pie del lecho.

—Francisco, ¿adónde vas? —Sissi se incorporó y lo vio ponerse la bata sobre los hombros.

—Creo que esta noche dormiré en mi vestidor.

—¿En tu vestidor?

—Ahora mismo no me siento bien recibido en este dormitorio. —Francisco se negó a mirarla a la cara mientras se ataba el cinturón de la bata con gesto tirante.

—Francisco, por favor. —Sissi se levantó de la cama, haciendo caso omiso de la gélida temperatura mientras corría hacia él y lo abrazaba con fuerza—. Por favor, no te vayas.

—¡Me voy! —Se zafó de ella, sacudiéndola con tanta fuerza que perdió el equilibrio y tuvo que apoyarse en la cama para no caerse—. Y tal vez te lo pienses mejor la próxima vez que tengas ganas de hablar así.

Sissi lo observó marcharse y cerrar de un portazo al salir, sin mirarla siquiera. Se quedó de pie, temblando. Quizá debería llamar a un criado para que avivara el fuego. Pero no lo hizo. Solo fue capaz de quedarse allí plantada, inmóvil, con la vista clavada en la puerta por la que su esposo se había ido. Después de varios minutos, tal vez incluso de un cuarto de hora, se convenció de que no regresaría y volvió a la cama.

Era la primera noche que dormían separados desde la boda y se la pasó llorando. Había acabado acostumbrándose a los días sin él, aunque los detestaba, pero ¿las noches? Las noches eran su momento. Se sentía muy sola sin tenerlo a su lado, sin su cálido cuerpo para calentar la cama y llenar el silencio con el conocido sonido de sus suaves ronquidos.

La noche transcurrió, silenciosa, aunque la mente de Sissi estuvo plagada de miedos aterradoros, de recriminaciones y de dudas. Cuanto más repasaba la discusión, más se arrepentía de haber sacado a colación a su suegra. Por más que detestara las injerencias de Sofía, no conseguía nada si permitía que esa preocupación alejara a Francisco. Sofía era una realidad inmutable en su vida. Lo había aceptado, sabía que no tenía alternativa al respecto.

Cuando el débil amanecer llegó por fin, el sol invernal se abrió paso por las ventanas y Sissi se levantó. En el exterior el día de Navidad estaba

nublado, con un cielo muy gris que amenazaba una lluvia gélida, cuando no una nevada. Se acercó a la chimenea y atizó las brasas con la esperanza de conseguir un poco más de calor. Se disculparía durante el almuerzo. Así zanjaría el enojo. No soportaba que Francisco estuviera enfadado con ella, no soportaba la idea de pasar otra noche sin tenerlo a su lado.



El banquete fue un evento jovial y largo, aunque el ambiente alegre contrastaba con el malhumor de Sissi. Los criados, las criadas y los cocineros imperiales debían de haber pasado en pie toda la noche anterior, ya que el salón de la villa alquilada se había transformado por completo. Los platos de plata brillaban tras haber sido pulidos. Las coronas de pino perfumaban el aire con su intenso aroma. Los platos, los cuencos y las salseras estaban llenos de salsas, de pudines y de pasteles de carne.

Sissi se obligó a arreglarse para la ocasión. Había elegido un vestido de color esmeralda que Sofía le había regalado y se había adornado el moño trenzado con un ramito de acebo. Pero incluso con el elegante atuendo, sospechaba que tenía un aspecto horroroso. Al entrar en la estancia deseó que la corte achacara sus ojos hinchados y su palidez a la fatiga del embarazo.

—Feliz Navidad, Isabel. —Sofía corrió a su lado y le ofreció una copa con sidra templada—. Y Feliz Navidad a mi pequeño nieto. —Las regordetas manos de la archiduquesa se posaron sobre el vientre de Sissi, que intentó no dar un respingo—. El año que viene tendremos a un principito al que mimar con trenecitos de juguete y soldaditos de madera y de plomo... ¿A que será maravilloso? ¡Ay, a mi pequeño Francisco le encantaban sus soldaditos de madera!

—Feliz Navidad, madre. Isabel. —Francisco apareció junto a ellas.

Abrazó a la archiduquesa, pero dio un frío beso a Sissi en la mejilla. En el salón los cortesanos hicieron una reverencia al verlo entrar. El emperador agitó una mano para que se incorporaran. A diferencia de Sissi, parecía muy descansado y estaba guapísimo con su uniforme, con el pelo peinado hacia atrás y el bigote pulcramente recortado.

—Francisco. —Sissi se volvió hacia su marido, alejándose de su suegra, que los miraba e intentaba captar la conversación. Se inclinó hacia él a fin de susurrar solo para sus oídos—. Anoche no pegué ojo. Por favor, no te enfades conmigo. Lo siento.

Francisco no respondió. De hecho, parecía muy atento a Grünne, que charlaba cerca con una belleza de pelo oscuro. Una dama a la que Sissi no

había visto antes.

Sissi observó con desolación que la mirada de Francisco pasaba de Grünne a la mujer morena, demorándose en sus risueños ojos castaños, en los carnosos labios que susurraban una réplica tan mordaz a Grünne que le arrancó una sonora carcajada.

—¿Quién es? —preguntó Sissi mientras intentaba no parecer muy interesada. Tragó saliva con fuerza—. La dama que habla con el conde Grünne...

—¿Mmm?

—Francisco, ¿puedes mirarme? —Sissi le dio un tironcito de la manga almidonada del uniforme.

—¿Qué pasa? —Francisco miró a su mujer con una expresión más fría que el mármol.

—Estás siendo muy distante.

—Tengo que saludar a Grünne. Te veré en la cena.

Los regalos se intercambiaron en el salón, y Sofía insistió en que Sissi fuera la primera en abrir el suyo. Sentada en un sillón junto a la chimenea encendida, la archiduquesa empezó a jactarse de su nuera y del bebé que llevaba en su vientre.

Sofía fue fiel a su gusto por las grandes demostraciones, de modo que hicieron falta seis criados para transportar todos los regalos de Sissi. Había cuatro vestidos nuevos, todos anchísimos en la cintura pero que podían arreglarse una vez que naciera el bebé. Una cuna de madera de olmo con animalitos tallados. Varios patucos ribeteados de piel para el principito, así como una pequeña espada de madera y un diminuto tambor. También había una caja de champán que abrirían los padres la noche del nacimiento de su hijo. Y el colofón fue una diadema de plata con una constelación de diamantes incrustados, que entregaron a Sissi sobre un cojín de terciopelo morado.

—Para la colección de nuestra familia. Una tiara digna de la Reina Madre, que lucirás en el bautizo de tu hijo —dijo Sofía dirigiéndose a la atestada habitación, que estalló en aplausos en reconocimiento a la increíble generosidad de la archiduquesa.

—Muchísimas gracias, tía Sofía —musitó Sissi, muy abrumada y un poco agobiada por la actitud tan desprendida de su tía. El tapiz pastoral que había encargado para regalarle a ella de repente le pareció inapropiado.

—Por favor, Isabel, llámame madre —repuso Sofía, que asintió con la cabeza con gesto humilde aunque, acto seguido, preguntó al barón que se

sentaba a su lado si alguna vez había visto que le entregaran una diadema como aquella a una nuera.

A continuación Grünne dio a Sissi una capa confeccionada con lana de cordero y adornada con pelo de conejo. Karoline y Paula se pusieron de acuerdo para comprar a su emperatriz un mitón y una manta de trineo a juego. La condesa Esterházy había encargado un espejito enmarcado en oro, así como un libro de oraciones encuadernado en cuero. María Festetics, consciente de la melancolía que había asolado a Sissi, le regaló un libro con las canciones y los poemas populares de Baviera.

—Un recuerdo de la Navidad en casa —adujo la condesa húngara.

—Me encanta, María —le aseguró Sissi, conmovida hasta lo indecible por ese gesto tan considerado y personal.

Elena y Ludovica le habían enviado ropita para el bebé tejida con lana bávara, y el duque Maximiliano había mandado varias láminas con paisajes bávaros, junto con unos cuantos barriles de cerveza bávara.

El embajador Meyendorff regaló a Sissi una caja del mejor vodka ruso y otra de caviar, y el barón Von Bach la obsequió con unos guantes de montar. El doctor Seeburger y su asistente, herr Lobkowitz, a ninguno de los cuales habían invitado al banquete formal, le mandaron una manta de cachemira y un nuevo escritorio de madera, respectivamente.

—En fin, parece que Sissi empiece a fatigarse. Vamos a ir terminando. Es el turno de tu marido —dijo Sofía, y se volvió hacia el lugar donde estaba su hijo, callado en un rincón junto a Grünne y la morena desconocida.

—Francisco, sal de ahí. ¿Qué haces? ¿Dónde está tu regalo para tu esposa?

—Ah, le di mis regalos anoche —contestó Francisco antes de beber un sorbo de vino—. Algunos fueron mejor recibidos que otros.

Las palabras golpearon a Sissi como puñetazos. Francisco no había ocultado el tono despechado delante de la corte que se congregaba en el salón.

Sissi se puso muy colorada al sentir todos los ojos clavados en ella. Karoline se inclinó hacia Paula y le susurró algo al oído. La condesa Esterházy frunció el ceño y miró a Sofía. Consciente de que todos la observaban y de que esperaban ver algún indicio de incomodidad o de debilidad, Sissi se obligó a conservar la calma.

—Mi marido es muy gracioso. —Sissi ladeó la cabeza—. Y también muy atento. Sabe muy bien que me encantaron todos los regalos que me dio anoche. ¿Os habéis enterado de que ha encargado un vals al maestro Strauss solo para mí? Ese fue mi regalo preferido. Me gustó tanto que se me olvidó



darle las gracias por algunos de los otros presentes.

Sofía entrecerró los ojos para mirar a su hijo y a su nuera en busca de algún malentendido conyugal. A la postre, habló.

—Francisco, siempre ofrecemos los obsequios juntos, en familia. ¿Por qué le diste los suyos en privado? —Al ver que su hijo no contestaba, Sofía se encogió de hombros y agitó una mano—. Da igual. ¿Quién es el siguiente en abrir regalos?

La multitud insistió en que Sofía fuera la siguiente, una sugerencia que ella aceptó entre grandes protestas. Y así continuó la velada, con mucha lisonja y adulación, mientras Sissi intentaba participar sin revelar lo desolada que se sentía.



Francisco se pasó toda la cena hablando con Meyendorff, a quien tenía a la izquierda. Una vez concluida, se levantó de la mesa y, tras disculparse, abandonó el comedor. Sissi se quedó sentada, intentando mantener la compostura.

—Feliz Navidad, emperatriz Isabel.

Sissi alzó la vista y vio la cara de su dama de compañía Karoline de Lamberg. Sorprendida, asintió con la cabeza.

—Gracias, Karoline. Igualmente.

Karoline se quedó a su lado, cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro. Tenía los labios de un tono oscuro después de todas las copas de vino tinto que había bebido durante la cena. Al cabo de un momento se inclinó hacia la emperatriz.

—Majestad, ¿va todo bien? —Deslizó la mirada hacia un lado, hacia el asiento vacío de Francisco—. Solo quería asegurarme de que... —Una vez más miró la silla vacía del emperador—. De que Sus Majestades Imperiales están disfrutando de la Navidad juntos. —Las palabras brotaron con demasiada ansia de sus labios; eran unas palabras que delataban la esperanza de Karoline de que, pese a lo que acababa de decir, pasara todo lo contrario.

Sissi enderezó la espalda.

—Todo va estupendamente, Karoline. Disfruta de la Navidad.

—Claro... —Karoline se apartó y se dio la vuelta—. Bien.

—Estás muy pálida, Isabel —le dijo Sofía, que acababa de acercarse a Sissi.

La archiduquesa dejó un plato con fruta confitada, nueces y un trozo de tarta de chocolate delante de su nuera, y se sentó en la silla que su hijo había

dejado libre. Karoline se alejó y cruzó la estancia hacia el lugar donde la esperaba Paula. Sissi se concentró en su suegra.

—¿Lo estoy, tía Sofía?

—Y apenas has probado la comida. ¿No te ha gustado? Come algo de postre... La tarta es lo mejor, aunque no sé por qué le ponen tan poca nata. — Tras decir eso, Sofía cogió un tenedor y pinchó una generosa porción de la tarta que le había puesto delante a Sissi un momento antes.

—Me ha encantado la comida —mintió Sissi.

Fingió disfrutar de un bocado de las peras al vapor cubiertas de azúcar moreno caramelizado. Tenían un sabor dulzón de lo más nauseabundo. Soltó el tenedor y recorrió la estancia con la mirada en busca de Francisco.

—Estás agotada, Isabel. Ha sido demasiada actividad para ti. Debes acostarte. Haré que te lleven un poco de vino y de sopa de pollo.

—No, estoy bien, tía. —Sissi meneó la cabeza sin dejar de buscar por el salón.

Sofía se irguió, molesta porque había despreciado su consejo.

—Isabel, el banquete ha terminado. Los hombres están a punto de retirarse a la biblioteca para fumar y beber, mientras que las damas empezaremos a cantar villancicos en el salón. No te perderás nada si te retiras ahora, te lo aseguro.

Al darse cuenta de que su tía no aceptaría una negativa, y dado que se sentía demasiado cansada para acompañar a las demás damas a la habitación contigua donde seguirían celebrando la Navidad, Sissi cedió.

—Muy bien —convino al tiempo que asentía. La idea de fingir disfrutar de los villancicos con Sofía era demasiado.



Sissi descubrió a Francisco en un rincón del salón iluminado por las velas, hablando con Grünne. Cerca, Karoline y Paula charlaban con la guapa mujer morena que había visto con el conde al principio de la velada. Aunque fingían estar absortas en la conversación, solo pendientes de ellas tres, Sissi se percató de las miradas de reojo que le dirigían mientras se acercaba al emperador.

—Perdón... ¿Francisco? —Señaló con la cabeza a Grünne—. Le pido disculpas por la interrupción, conde.

—No tiene que disculparse jamás, emperatriz Isabel.

Grünne le hizo una reverencia y se alejó para ofrecerles intimidad. Se sumó enseguida al grupo de Karoline y Paula, y Sissi oyó sus carcajadas

alegres mientras se inclinaba hacia su marido.

—Francisco... —Habló en voz baja, aunque era consciente de que él tenía los ojos fijos en la escena que se desarrollaba tras ella, en el grupo al que Grünne se había unido. Sissi se interpuso entre ellos y su marido—. Voy a retirarme temprano. Estoy cansada.

Francisco asintió, pero siguió sin mirarla.

—¿Me acompañas? —Fue consciente de que se le quebró la voz.

—Si lo deseas... —respondió él, y le ofreció el brazo. Muy educado, pero la frialdad era inequívoca.

—Feliz Navidad, emperatriz Isabel —la felicitó Grünne cuando ella se dio la vuelta para marcharse.

—Vuelvo enseguida, Grünne —dijo Francisco—. Acompaño a la emperatriz y regreso.

—Tómese su tiempo, majestad.

Sissi apretó con fuerza el brazo de Francisco mientras la acompañaba a la puerta.

—¿Tardarás mucho?

Un tic nervioso apareció en el mentón de Francisco.

—Todavía es temprano. Y es Navidad. No pretenderás que me retire tan pronto, ¿verdad?

Sissi se mordió el labio inferior, pero se obligó a sonreír.

—Claro que no. Deseo que disfrutes de la Navidad. —Su mente era un hervidero, pero intentó mantener un tono de voz neutro, como si no le importase el tema, cuando le preguntó—: ¿Quién es la dama?

—¿A quién te refieres? —Francisco saludó con un gesto de cabeza a los cortesanos mientras caminaban hacia la puerta.

—La morena que hablaba con Grünne. No la había visto antes.

—No me he dado cuenta.

Sissi miró de reojo a Francisco, boquiabierta.

—Seguro que sí.

Él no la miró.

—Es bastante guapa.

—¿Lo es?

Se acercaban a la puerta. Los criados hicieron una profunda reverencia cuando la atravesaron.

—Seguro que te has fijado en ella, cariño mío —replicó Sissi, con el corazón en la garganta y el pulso en los oídos. La belleza de la mujer era mucho más aterradora debido al hecho de que Francisco se mostraba reacio a

reconocerla ante ella, su esposa. Respiró hondo en un intento por calmarse—. Francisco, por favor... Perdóname. Fui muy petulante anoche. Pero tengo que hablar contigo.

—Ahora no, Isabel —rehusó él con un deje impaciente en la voz—. Deseo disfrutar de lo que queda de Navidad.

—En fin... —titubeó sin saber qué decir—. ¿Vendrás esta noche a mi habitación? Te lo ruego.

Tras una larga pausa, Francisco contestó con los dientes apretados.

—Más tarde.

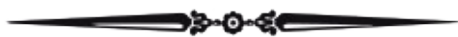
El alivio que sintió Sissi fue tal que casi se echó a llorar.



Sissi se despertó en mitad de la noche, y Francisco no estaba en la cama a su lado. La somnolencia desapareció al punto. En el exterior reinaba una oscuridad casi absoluta, con apenas un retazo de púrpura en el cielo. Estaba a punto de amanecer, debían de ser cerca de las cuatro de la madrugada, pero no había ni rastro de Francisco. ¿Dónde se había metido? Sissi recordó la cena, cuando su tía le dijo que las mujeres se retirarían al otro salón para cantar villancicos mientras los hombres bebían y fumaban. Sin duda, tras varias copas, estos se habrían reunido con las damas en el salón y la fiesta se habría desbocado. Borrachos por el vino de Navidad y alegres por el ambiente festivo, el grupo seguro que había empezado a bailar. Grünne acompañaba a esa joven de ojos oscuros, así que no le cabía duda de que habría arrastrado a Francisco para que apoyara su causa.

Una idea inquietante se apoderó de Sissi y se enroscó en su cuello como una soga asfixiante. Su tía se había mostrado ansiosa por conseguir que se retirase. ¿Se debía a que le preocupaba su cansancio o a que quería deshacerse de ella? ¿Había elegido Sofía esa noche para distraer la atención de su hijo, tal vez para presentarle a una dama de la corte joven y dispuesta a sustituir a la esposa del emperador en sus horas bajas? ¿Había elegido esa noche, cuando era más que evidente para todos que Francisco, siempre tan atento y afectuoso, estaba molesto e irritado con ella? ¿Y estaría Francisco, tras llevar meses absteniéndose de mantener relaciones con su mujer, en el punto adecuado para sucumbir a la tentación?

El sueño eludió a Sissi, y el amanecer la descubrió en su dormitorio presa de una amarga y ansiosa determinación. Esa ridícula discusión, esa lucha por controlar el afecto de su marido, había durado demasiado. Y ella estaba perdiendo. Necesitaba encontrar el modo de recuperar a Francisco.



Sissi se alegró de ver a Ágata cuando esta apareció por la puerta con la bandeja del desayuno.

—Siguen todos dormidos, señora —anunció la doncella al tiempo que dejaba la bandeja sobre las piernas de Sissi para avivar el fuego—. Supuse que le gustaría desayunar en la cama después de toda la actividad del día de ayer.

—Pues sí, gracias. —Sissi bebió un sorbo del cálido té, aunque la taza le temblaba en las manos. Tras dos noches sin dormir podía sentir los efectos. Cerró los ojos un momento. Tenía los nervios a flor de piel y la mente más agitada que un caballo salvaje. Soltó el aire y dejó la taza en la bandeja antes de mirar a la doncella—. ¿Has disfrutado del día de Navidad, Ágata?

La muchacha se apartó de la chimenea.

—Ay, ha sido estupendo. Me temo que hemos pasado toda la noche despiertos en las dependencias de la servidumbre. —Ágata se echó a reír antes de seguir avivando el fuego.

Sissi la observó mientras tarareaba a la vez que realizaba las tareas: avivaba el fuego, vaciaba la bacinilla, recogía la ropa de Sissi de la noche anterior. ¿Cómo era posible que Ágata, cuya vida parecía mucho menos emocionante y rica que la suya, siempre estuviera canturreando y sonriendo a la par que llevaba a cabo sus tediosas tareas? ¿Por qué a ella le costaba tanto recordar lo que era ser así de feliz... como lo fue antaño?

—¿El emperador le regaló muchas cosas bonitas? —preguntó Ágata con expresión inocente, tan ansiosa como la de un niño pequeño.

Sissi frunció el ceño, pero luego se le ocurrió algo.

—¡Ay, Ágata, perdona! Con todo el jaleo de estos últimos días se me ha olvidado darte tu regalo de Navidad. —Metió la mano en el cajón de la mesita de noche y sacó el paquetito que había envuelto para su doncella—. Feliz Navidad.

—¿Para mí? —La doncella puso los ojos como platos—. Ay, por favor, señora, no esperaba... Vaya, no he...

—No te disculpes, Aggie. —Sissi sonrió, la primera sonrisa verdadera en varios días—. No quiero que me regales nada, ya haces bastante por mí. Solo deseaba entregarte este obsequio.

—Es muy amable, señora.

—Ábrelo.

La doncella rompió el papel y descubrió un broche.

—Señorita Sissi... quiero decir, majestad. Emperatriz... No sé si debo

aceptarlo.

—¿Sabes qué piedra es, Ágata?

La doncella negó con la cabeza, avergonzada.

—Es un rubí.

Ágata soltó un gritito.

—¿Un rubí? Pero es demasiado caro. ¿Cómo va a haber un rubí en las dependencias de los criados?

Sissi cubrió las manos de Ágata con las suyas, saltándose así el protocolo, y la instó a cerrar los dedos agrietados y callosos sobre la joya.

—Tonterías, Ágata, quiero que lo tengas. El rubí hace juego con tus preciosas mejillas sonrosadas. La sonrisa de tu cara suele ser la única que veo en todo el día.

A Sissi se le quebró la voz al confesar la verdad y reprimió el deseo de echarse a llorar delante de la doncella. De todas formas, Ágata se percató de que algo preocupaba a su señora.

—Señorita Sissi... quiero decir, majestad, ¿se encuentra bien esta mañana?

—Pues no.

—¿Está enferma? ¿Mando llamar al doctor Seeburger?

—No, tranquila, Ágata. Ahora mismo no estoy bien. Pero lo estaré. Por favor, te ruego que no les cuentes a las demás criadas que estoy triste. ¿Me lo prometes?

—Pues claro que no diré nada, majestad.

Ágata cogió la mano a Sissi y se sentó a su lado en la cama. Muy bajito, la doncella empezó a cantar el villancico bávaro preferido de su señora: una canción sencilla acerca de un padre que no podía permitirse comprar regalos para llenar los calcetines de sus hijos, pero que se las apañó para cortar el pino más alto de la Selva Negra y lo decoró con arándanos rojos y piñas. Sissi dejó que le cantara y apoyó la espalda en la almohada.

—Gracias, Ágata. —La amabilidad de la doncella le llegó al corazón—. Y te agradezco la discreción de no mencionar el asunto.

—¿Mencionar qué, emperatriz?

—Por favor, Aggie. Sabes tan bien como yo que el emperador lleva dos noches sin compartir mi cama.

Tras decir eso, Sissi apartó la bandeja del desayuno y se tapó la cara con las manos. Y, al lado de Ágata, se echó a llorar.



En el exterior el sol apenas era un débil disco gris tras un muro de espesas nubes. Al ver que pronto sería mediodía y que Francisco seguía sin aparecer, Sissi ya no lo aguantó más. Decidió vestirse y salir en su busca.

Tal como sospechaba, los pasillos estaban desiertos. Y menos mal, porque se suponía que no podía deambular por ellos sin sus acompañantes.

«Las cosas no se hacen así», le había advertido Sofía una y otra vez cuando Sissi intentaba escabullirse a las caballerizas o a los jardines. «Una emperatriz no debe andar sola por ahí. La gente murmurará.»

Como si no murmurasen ya, pensó Sissi, que contuvo un amargo gemido mientras recorría el silencioso corredor que la alejaría de sus aposentos. Ese día los pasillos respondían a su propia soledad con susurros de piedra. Ay, ¡cómo echaba de menos Possi en Navidad! El olor de las coronas de pino y de las botas llenas de sidra. La acogedora casa repleta de familiares, criados y campesinos de mofletes sonrojados, de vecinos que habían acudido para compartir la cerveza y la música del duque Max. La alegre multitud que reía mientras los niños pasaban de unas manos a otras, cantando y bailando sin prestar atención al protocolo o a la posición social.

Llegó al invernadero, una estancia de techos altos con helechos y macetas, donde los cortesanos se habían reunido el día anterior para oír villancicos. Al cruzar la enorme estancia, vacía en ese momento, en dirección al salón oyó los acordes de un piano. Suspiró y recordó las noches que Francisco y ella habían pasado en su dormitorio cantando mientras él tocaba. Siguió el sonido de las notas.

Era Francisco quien tocaba el piano en el extremo más alejado del salón. Sissi se detuvo, ya que verlo encorvado sobre las teclas la sorprendió. Lucía el mismo atuendo que durante el banquete de la noche anterior, pero tenía el pelo alborotado y el cuello de la camisa desabrochado. Parecía totalmente absorto mientras interpretaba esa pieza lenta y melancólica, ajeno a su audiencia.

Sissi se quedó en el vano de la puerta, en silencio, y se dejó embargar por la triste melodía. Cuanto más oía tocar a su marido, mayor era la desesperación que la ahogaba: la sensación de que jamás volvería a ser feliz.

Francisco dejó de tocar. Las últimas notas vibraron en el aire antes de desaparecer. Sin volverse hacia ella, le preguntó:

—¿Te ha gustado?

De modo que sabía que estaba allí.

Sorprendida por la pregunta, consiguió responder:

—Es exquisita, Francisco.

Él asintió con la cabeza, pero siguió sin mirarla.

—Pero también dolorosa —añadió ella.

Francisco soltó una carcajada seca y amarga.

—¿Cómo se titula?

—Es la *Sonata para piano 14*, de Ludwig van Beethoven —contestó él con la vista clavada en las teclas, cuyos dedos apenas acariciaban—. La sonata *Claro de luna*.

Sissi echó a andar hacia el piano, animada por el hecho de que le dirigiese la palabra.

—Hablando de la luna... No viniste anoche a mi habitación.

—Surgió algo.

Fue una respuesta hiriente. Muy vaga y abierta a posibilidades inquietantes. ¿Había pasado la noche con otra mujer? ¿Con Paula? ¿Con Karoline? ¿Con la morena de Grünne?

—Lo que me gusta de las canciones tristes... —dijo Francisco sin alzar la vista del teclado— es que son sinceras.

—Ya basta de canciones tristes, por favor. —Se sentó en el banco del piano junto a su marido. Aunque Francisco había dejado de tocar, se negaba a mirarla—. Toca *Los patinadores* —le suplicó—. O mejor aún, toca nuestro tema, el que ha compuesto el maestro Strauss para nosotros.

En vista de que Francisco no lo hacía, Sissi se puso a tararear. Lo único que recordaba de su vals era que se trataba de una mezcla de los himnos bávaro y austríaco.

—De acuerdo, de acuerdo, la tocaré. —Francisco colocó los dedos sobre las teclas de marfil, pero se detuvo—. La tocaré si me prometes que nunca más volverás a echarme un sermón semejante, Isabel.

Ella se inclinó hacia delante y le colocó la mano en el brazo.

—Y yo te prometo que jamás volveré a echarte un sermón, Francisco, si tú prometes que no volverás a abandonarme de esta manera.

—¿Cómo? ¿Ahora mi esposa también quiere negociar? —Francisco la miró y suspiró.

Una vez más Sissi se quedó maravillada por lo apuesto que era, por lo poderoso que era el amor que sentía por él. Era aterrador, porque estaba casi segura de que su amor no sería suficiente para recuperarlo.

Sin embargo, la expresión de Francisco se suavizó un poco. No lo bastante para esbozar una sonrisa, pero la fría y distante cortesía de los últimos días desapareció, haciendo que abrigara un rayo de esperanza.

—Isa, a veces creo que se te olvida que soy el emperador.



«Y tú te olvidas de que soy una muchacha de diecisiete años. Que estoy aquí sola, lejos de casa, solo porque te quiero.» Aunque se sentía dolida, se recordó que debía recuperarlo, no alejarlo todavía más con otra discusión.

—Ay, Francisco, ¿sabes acaso lo mucho que te quiero? —exclamó con un suspiro, y lo decía en serio—. Pero aunque en ocasiones desearía que no fuera así —siguió con una sonrisa al tiempo que ladeaba la cabeza—, ¿cómo voy a olvidarme de que eres el emperador? —Se calló e hizo un amplio gesto con la mano—. Con todo esto.

—¿Desearías que no fuera el emperador?

Sissi se mordió el labio para no precipitarse en su respuesta.

—Tal vez. A veces.

Francisco se volvió para mirarla, y Sissi atisbó el cansancio en sus ojos y en sus mejillas sin afeitar.

—El emperador parece fatigado —susurró ella al tiempo que le ponía un dedo en la mejilla y se la acariciaba.

Francisco posó una mano sobre la de ella.

—¿Cómo es posible?

—¿Qué?

—He ganado batallas en Italia y en Hungría. Soy el emperador, por el amor de Dios. Pero tú serías capaz de conquistarme con una sonrisa.

Sissi se inclinó hacia él y le dijo al oído:

—Te quiero, Francisco. A ti. No porque seas el emperador. Te quiero porque eres el hombre que ronca a mi lado en la cama y que toca el piano para mí, que sube a las montañas conmigo y que susurra mi nombre con tanto amor que desearía no apartarme jamás de él. —Le besó el cuello, un trozo de piel que solía ocultar su uniforme militar, un lugar que solo le pertenecía a ella—. Por favor, amor mío, no soporto que estés enfadado conmigo.

Francisco esperó un momento antes de soltar el aire muy despacio.

—Y ya me has conquistado.

La soga que le apretaba el corazón se soltó, permitiéndole respirar una vez más, cuando Francisco la rodeó con los brazos, aunque le costó por su abultado vientre.

—¿Sigues queriéndome, Francisco?

—Sabes que sí, Isa.

—Y yo te adoro. Pero no quiero a la peluquera de tu madre.

—Si te beso, ¿te callarás?

—Solo hay una forma de averiguarlo.

Se inclinó hacia ella, y Sissi se permitió albergar la esperanza de haber

recuperado a su marido por el modo en que la besaba.

—Toca nuestra canción, Francisco —le dijo poco después.

Él colocó los dedos sobre las teclas y empezó a interpretar el vals mientras los dos tarareaban la conocida melodía, dos tonos dispares que se fundían en una sola voz. Tras eso, Francisco tocó su vals preferido, el de Bad Ischl, *Los patinadores*.

Sissi cerró los ojos y se dejó llevar por la melodía.

—Francisco, ¿qué te parece si el año que viene por Navidad oímos esta canción mientras salimos a patinar? ¿Qué te parece? Podemos dejar que las fuentes del palacio de Hofburg se congelen y así tendremos nuestra pista de patinaje particular.

Francisco se echó a reír por la idea.

—Siempre y cuando no lleves a otro hijo mío en el vientre.

—En fin, no voy a decir que sea imposible. Lo cierto es que tenemos que recuperar mucho tiempo perdido una vez que nazca este bebé —respondió ella, y los dos se echaron a reír.

—Baila conmigo, Isa. —Francisco se levantó del banco sin dejar de tararear la canción y la instó a ponerse en pie.

—Estoy demasiado gorda para bailar —protestó ella.

—Estás perfecta para bailar —insistió Francisco.

Se abrazaron el uno al otro y se movieron al compás de la música, pero Sissi fue incapaz de ignorar la pregunta que le rondaba la cabeza, y su presencia era como un nudo muy apretado que no podía deshacer.

—Francisco, ¿dónde estuviste anoche?

Él la miró, aunque no parecía querer contestarle.

—No te preocupes por eso, Isa. Es agua pasada.

Sissi dejó de bailar y se soltó. Cuando Francisco intentó cogerle las manos, se zafó de sus brazos.

—Francisco, dímelo.

—Isa, no pienso...

—¿Dónde estuviste? Tengo que saberlo. —Y fue así como se coló en su mente una imagen de su pasado: su padre marchándose de casa. Yéndose sin más explicación que un «voy al pueblo». Y después un recuerdo mucho menos lejano. El corrillo de mujeres de la noche anterior: Karoline, Paula y la otra. Las murmuraciones, las miraditas robadas. Cualquiera de ellas estaría encantada de recibir al emperador en su cama. ¿Acaso no era la mayor aspiración de una mujer en la corte la de acostarse con el emperador? ¿Estaba ella, Sissi, dispuesta a repetir la infinidad de noches solitarias que había

padecido su madre? Se echó a temblar y se encorvó mientras se sentaba en el banco del piano—. Francisco, ¿estuviste con otra mujer?

Su esposo le puso las manos en los hombros, clavándole los dedos. Sissi volvió a zafarse de él.

—No, no estuve con otra mujer, Isa. Por el amor de Dios, ¿es que siempre tenemos que discutir? —Se sentó con cansancio en el banco a su lado.

—¿Y por qué no me lo dices?

—Es por los húngaros —masculló Francisco.

—¿Los húngaros? —Era lo único que no esperaba oír—. ¿Qué pasa con los húngaros?

Francisco se sujetó la cabeza con las manos, enterrando los dedos en el pelo.

—Los húngaros claman por la independencia. Ese alborotador, el conde Andrásy, ha jurado volver del exilio. Asegura que regresará a Budapest y no hace más que soliviantar al pueblo.

Andrásy. Sissi ya había oído a Francisco y a Sofía pronunciar ese nombre.

—La situación empieza a ser insostenible, y ahora mi madre aconseja emprender acciones militares contra los húngaros para evitar una rebelión.

Sissi asimiló esa información, aturdida por el alivio de saber que Francisco no tenía una amante. Era ridículo, pero la guerra parecía una insignificancia mientras su matrimonio siguiera intacto.

—¿Por qué no podías contármelo, Francisco?

Él movió la cabeza.

—Pero ¿por qué no? Mi deseo es apoyarte cuando tienes problemas. Desde luego que tu madre lo hace...

—¡Ya basta! —Francisco se volvió hacia ella con la mano levantada, perdida ya la paciencia—. Ya basta. No lo soporto. No soporto estar en guerra también contigo, Isabel.

Se quedó callada, presa del asombro. Y permaneció inmóvil junto a él con la vista clavada en los pies.

Francisco le señaló el voluminoso vientre.

—No pienso inquietarte hablando de la guerra. No en tu estado. Mi madre me aconsejó no preocuparte con esto.

Aunque el comentario hizo que le hirviera la sangre, Sissi contuvo el deseo de replicarle como se merecía. Al fin y al cabo, acababan de reconciliarse. Al fin y al cabo, él era su único aliado y lo necesitaba.

—Muy bien, amor mío. —Le tomó la mano—. Lo entiendo.

—¿En serio?

—Sí.

Francisco suspiró y echó la cabeza hacia atrás. Cerró los cansados ojos.

—Vamos, estás agotado.

—No —protestó él, nervioso—. No puedo dormir. Tengo una reunión del consejo dentro de una hora. —Se levantó precipitadamente y le tendió una mano—. ¿Te importa que sigamos bailando y que hablemos de cosas bonitas? Si quisiera hablar de la guerra, le pediría bailar a Grönne o a Bach, no a mi esposa.

Sissi aceptó la mano y permitió que la pusiera en pie. Empezaron a bailar otra vez.

—Pero ¿cuándo habrá guerra?

Francisco suspiró. Aun así, le contestó al cabo de un momento.

—En cuanto se derrita la nieve, en primavera.

—¿Tendrás que ir?

—Pues claro que tendré que ir. Soy el emperador.

## IX

*La guardia imperial, consciente de que el humor de la multitud está cambiando, empuja a la creciente avalancha de personas y amenaza con desenvainar las espadas. Ella percibe la incomodidad que se refleja en el rostro de él.*

*Sin embargo, sus ojos no descansan. Desesperada, escruta de nuevo la multitud en busca de otro rostro. «¿Ha venido?», se pregunta. ¿Ha venido por ella, tal como le había prometido?*

*Por fin lo ve. Está cerca de la primera fila, casi oculto por el recargado tocado que lleva el obispo que tiene delante. Lo encuentra más guapo que nunca. Sus ojos oscuros brillan, y un abrigo ribeteado con piel cubre su alta figura. Ha estado mirándola durante todo ese tiempo. Cuando sus ojos se encuentran, ella sonríe. Le da igual que la vean.*

*—¿Sissi?*

*Reacia, aparta la mirada de él y se vuelve hacia su marido y descubre que tiene una expresión interrogante. Una ceja enarcada, el destello de la certeza en sus ojos claros. Y, en ese momento, no le cabe la menor duda: el emperador conoce su secreto.*

## Capítulo 9

*Palacio de Hofburg, Viena  
Marzo de 1855*

Los dolores del parto comenzaron poco después del amanecer. Sissi se despertó sobresaltada, creyendo que su malestar formaba parte de una pesadilla. Pero siguió creciendo, abrumándola por entero de tal forma que acabó gritando. El rostro de su esposo, visible gracias a un rayo de luz matinal, la miraba con la misma preocupación que ella sentía.

—Isa, ¿qué ocurre?

—Francisco, creo que el bebé ya está aquí.

En cuanto lo oyó saltó de la cama y, a la carrera, fue en busca del médico.

Sofía fue la primera en llegar. Entró en tromba en el dormitorio sin llamar, con la cabeza cubierta por los bigudíes de seda con los que se hacía los tirabuzones y sin nada que la cubriera salvo una liviana bata.

—El doctor Seeburger viene de camino. ¿Cuánto tiempo llevas con contracciones? —Sofía se acercó a la cama, despachando a las doncellas con órdenes precisas mientras se acomodaba al lado de su nuera.

—Acaban de empezar. Pero la cama está mojada —contestó Sissi.

—Has roto aguas —le explicó Sofía.

—¿Ah, sí?

—Es normal —le aseguró su suegra.

—Madre, ¿dónde está el doctor Seeburger? —Francisco se acercó a la cama y cogió la otra mano a Sissi.

—De camino. Francisco, no deberías estar aquí. Bastante malo ha sido que hayas pasado todos estos meses con ella. El parto es demasiado para ti. Insisto.

—Madre, he prometido a Isa que estaría a su lado durante todo...

—Francisco, escúchame... ¡Debes marcharte ahora! —Sofía se puso en pie y aunque era más baja que su hijo, fue él quien se sintió intimidado—. Este es lugar para una mujer, no es el sitio adecuado para el emperador. ¡Fuera, fuera, fuera!

—Francisco, por favor. —Sissi miró a su marido y le dio un apretón en la mano, deseando que se quedara. ¿Acaso no le había prometido que estaría a su lado? Pero en ese momento le sobrevino otra contracción que se apoderó de su cuerpo, y lo único que atinó a hacer fue gemir por el dolor.

Su esposo dejó de mirarla y se volvió hacia su madre con el rostro demudado por la preocupación.

—¡Francisco! ¡Mira lo que le estás haciendo! —exclamó Sofía con las mejillas y el cuello sonrojados mientras Sissi se removía en la cama, aferrada a las manos de ambos—. ¡Debes irte ahora! Si quieres serles útil a tu mujer y a tu hijo, ve a la capilla y reza. ¡Fuera!

Antes de que Sissi pudiera protestar, Sofía sacó a su hijo prácticamente a empujones, al tiempo que entraba el doctor Seeburger con cuatro enfermeras.

—Hemos llegado. —El médico parecía descansado y alerta, vestido y afeitado pese a lo temprano de la hora—. ¿Cada cuánto se suceden las contracciones?

—Acaban de empezar —contestó Sofía, que tomó de nuevo la mano de Sissi y se sentó a su lado.

Francisco se había ido. Sissi empezó a sollozar y apartó la mirada de su tía. Pero antes de que pudiera llamar a gritos a su esposo otra dolorosa contracción se apoderó de ella.

—Van muy rápido —comentó el médico, que miró a Sofía después de mirar a Sissi.

A partir de ese momento la actividad que se desarrollaba en torno a Sissi fue para ella una especie de nebulosa de la que salía y entraba, algo distante y poco importante comparado con el dolor que parecía estar desgarrándola por dentro. Los agudos chillidos que brotaban de su garganta se le antojaban totalmente ajenos, y se preguntó cómo podían aguantarlos el médico y las mujeres.

—Muy bien, niña, muy bien. —Sofía permaneció a su lado enjugándole la frente con un paño fresco—. Ya queda poco. Sigue respirando.

Las enfermeras se afanaban en sus quehaceres en torno a Sissi, llenando palanganas con agua limpia, enhebrando agujas y cambiando paños empapados por otros secos y limpios. Cuando Sissi vio la pila de paños sucios que se amontonaban en el suelo, jadeó, horrorizada. ¿Toda esa sangre era suya?

—Ya casi está aquí, emperatriz —anunció una enfermera que se encontraba junto a ella, en el lado opuesto a Sofía—. El bebé viene muy rápido. Diremos a Su Majestad Imperial cuándo debe empujar.

—Piensa en tu hijo. Estás haciendo esto por tu hijo, Isabel. —Los ojos de Sofía estaban clavados en los pies de la cama, donde el médico movía las manos con eficacia y habilidad.

Sissi sintió el impulso de reñir a su suegra, de decirle que se callara y que trajera a Francisco de vuelta, y decidió hacerlo. Pero cuando abrió la boca, lo que salió de ella fue un gruñido ininteligible, confuso.

—¡Bravo, Isabel, esa es mi niña, fuerte y valiente! —Sofía, que era muy lista, la animó a seguir empujando apretándole la mano con tanta fuerza que Sissi recibió de buen grado el dolor que sintió en los dedos porque suponía una distracción del dolor que sentía allá abajo. Aunque fuera momentánea.

—Ahora, emperatriz Isabel. —La cabeza del doctor Seeburger apareció por encima de la montaña de mantas que era la parte inferior del cuerpo de Sissi. Asintió en dirección a la enfermera que estaba a su lado.

La enfermera se inclinó hacia ella.

—Emperatriz Isabel, si es tan amable de empujar... El bebé está preparado para nacer.

Sissi frunció la cara y apretó las manos que aferraba, empujando con todas sus fuerzas hasta que estuvo segura de que iban a salirse las entrañas.

—¡Casi, casi está aquí! —gritó Sofía.

—¡Empuje, majestad! —La voz del médico parecía ronca y Sissi lo miró, como si lo viera por primera vez—. Emperatriz, lo está haciendo de maravilla. El bebé casi está aquí. ¿Sería tan amable de empujar una vez más, majestad?

Sissi apretó los dientes y gimió, tras lo cual apretó la mano de la enfermera mientras empujaba con todas sus fuerzas. Estaba segura de que si el bebé no salía en esa ocasión, ella moriría. Oía a su suegra y a la enfermera animándola. Oía el gemido ronco de su propia voz. Y después otro sonido. El llanto agudo y lastimero de unos pulmones recién nacidos que se expresaban por primera vez en ese dormitorio frío y oscuro.

—¡Ya está aquí! —exclamó Sofía, que soltó la mano de Sissi y se trasladó a los pies de la cama—. ¿Un niño? ¿Es un niño?

El doctor Seeburger se levantó mostrando entre sus brazos un cuerpecito cubierto de sangre cuyas piernas se agitaban casi con rabia. Se volvió hacia la flamante madre y le dijo:

—Emperatriz Isabel, felicidades. Su Majestad Imperial acaba de dar a luz a una niña sana.

Sissi asimiló la noticia, pero estaba tan exhausta y era tanto el alivio de haber logrado empujar lo suficiente para que el bebé naciera que dejó caer la cabeza en la almohada.



—Una niña —musitó para sí misma—. Elena.

Empezó a llorar. Eran lágrimas de agotamiento, lágrimas de alegría, lágrimas de consuelo porque el calvario hubiera acabado. Su mente voló a Possi. «Elena.»

Sofía y el doctor Seeburger se llevaron a la niña a un rincón del dormitorio, para bañar ese cuerpecito rosado y envolverlo en una manta.

—Quiero a mi bebé. —Sissi, que estaba demasiado cansada para levantar la cabeza, se obligó a pronunciar esas palabras—. Quiero a mi Elena. Y quiero a Francisco.

—Tranquilícese, tranquilícese, emperatriz Isabel. —Era la misma enfermera amable que había estado a su lado. Le tomó de nuevo una mano—. El médico tiene que lavar a la hija de Su Majestad Imperial. Después podrá coger a su princesita.

—Quiero a mi bebé —repitió presa del delirio—. Por favor, mi bebé. Y que venga Francisco.

Sissi levantó la cabeza a tiempo para ver que Sofía acunaba a su hija, ya limpia y envuelta en una manta, en sus brazos.

—Mi pequeña *chou-chou*. Mi dulce y pequeña *chou-chou* —decía al bebé, cuyo llanto era cada vez más fuerte—. Calla, no llores. La abuela te cuidará. Tranquila, no llores.

—Por favor, Sofía, mi bebé —pidió Sissi dirigiéndose al otro extremo de la estancia. Sin embargo, o Sofía no oyó su frágil súplica o decidió no hacerle caso.

—Tranquila, mi dulce criatura. —Sofía mantenía la vista clavada en esa carita rosada—. ¿Cómo vamos a llamarte, eh?

—Elena —contestó Sissi, pero Sofía no la oyó.

La archiduquesa siguió hablándole a la niña que tenía en brazos.

—¿No te gustaría llamarte como tu abuela? ¿Y si te llamamos Sofía?

Y con esas palabras la archiduquesa salió del dormitorio con los ojos fijos en su nieta, sin mirar en ningún momento a la madre que aún no había abrazado a su hija.



—¡Isa, estás despierta! ¡Por fin! —Francisco se levantó del sillón que ocupaba delante de la chimenea y corrió hacia su mujer, que seguía en la cama—. Creía que ibas a dormir durante días.

—Francisco. —Sissi se despertó desorientada a causa del profundo sueño, pero inmensamente aliviada por el hecho de ver el rostro de su marido nada

más abrir los ojos. A medida que recobraba la conciencia, trató de incorporarse. Pero al notar que le dolía todo el cuerpo decidió no hacerlo—. Francisco, ¿dónde está Elena?

—Nuestra preciosa niñita está descansando felizmente en su moisés. — Francisco, que estaba al lado de la cama, tomó a Sissi de la mano para cubrísela de besos—. Isa, es perfecta, ya lo comprobarás cuando la veas.

Sissi echó un vistazo por el dormitorio, buscando el moisés. Parpadeó, aún desorientada. Tenía la boca tan seca que se temía que le salieran grietas.

—¿Dónde está?

—Con su abuela, en la habitación infantil.

—¿Con Sofía?

—Sí. —Francisco asintió con la cabeza y le besó la mano de nuevo—. Mi madre ha encontrado a una nodriza perfecta. Ay, Isa, estoy muy orgulloso de ti. Has sido muy valiente, cariño mío. ¡Bravo!

—Francisco, quiero ver a Elena. Todavía no la he cogido en brazos. —De forma instintiva, Sissi se tocó los pechos, que notó más hinchados de lo que habían estado durante el embarazo e insoportablemente sensibles—. Quiero amamantarla.

—Ah, un momento, Isa. —A Sissi no le gustó la expresión que asomó al rostro de su marido—. Ya te has esforzado bastante.

—¿Cómo? Menuda tontería. Quiero a mi bebé.

—En el palacio las cosas se hacen de una manera determinada. — Francisco hizo una pausa y bajó la mirada apartándola del rostro de su mujer para clavarla en la mano que sostenía entre las suyas—. La emperatriz no amamanta a sus hijos.

—¿Cómo? ¿Por qué no?

—Pediré a mi madre que te lo explique... o a las enfermeras. La verdad, no es un tema que yo deba tratar contigo.

—Da igual —replicó Sissi, demasiado cansada y ansiosa por ver a su hija para discutir al respecto—. Bueno, pues no la amamantaré, pero quiero ver a Elena.

—A ver, es mejor que no nos apresuremos a la hora de elegir el nombre. —Francisco se removió, si bien siguió sentado en la cama.

—¿A qué te refieres con lo de apresurarnos? Ya lo decidimos hace meses. Eso no es apresurarse.

—Pero, Isa, te repito que en el palacio las cosas se hacen de una manera determinada. Y poner nombre a los niños es algo en lo que también participan los abuelos. En fin, a mí me pusieron el de mi abuelo.

Sissi sintió un nudo en la boca del estómago.

—Isa, no te enfades —añadió Francisco de antemano.

—¿Tu madre quiere elegir el nombre de nuestra hija?

—Sí. Y creo que debemos permitirselo. Solo esta vez. Como muestra de respeto.

—¿Qué nombre quiere ponerle?

—Mi madre ha pensado que sería bonito ponerle un nombre familiar.

—Elena es un nombre familiar, Francisco.

—Mi madre ha sugerido llamarla... Sofía.

—Qué sorpresa —replicó Sissi con ironía—. Sofía. Como ella.

—Exacto —convino Francisco ajeno a la ira que sentía Sissi—. El sacerdote ha redactado el anuncio que se ha distribuido por las parroquias de todo el imperio. Todo el reino rezará por la princesa Sofía durante una misa especial que se celebrará mañana.

—Así que ya está decidido... —dijo Sissi, y se preguntó qué otras decisiones habrían tomado con respecto a su hija mientras ella dormía—. ¿También la habéis bautizado sin mí? ¿Habéis concertado su matrimonio?

—Teníamos que bautizarla. —Francisco se echó a reír, como si fuera lo más normal del mundo—. Dios no quiera que le pase nada, pero no podíamos dejar su alma recién nacida en el limbo.

Sissi sintió un nudo en la garganta al tragarse las palabras que se moría por pronunciar.

—Habéis... ¿habéis bautizado a mi hija sin mí?

—No es nada. La ceremonia es muy sencilla en el caso de las niñas. Una misa corta en la capilla familiar. Era mejor hacerlo pronto. Ya sabes que esos acontecimientos son mucho más festivos cuando se trata de un niño. En ese caso, es una cuestión de Estado.

Sissi estaba al borde del llanto, pero se sentía tan agotada que su cuerpo ni siquiera era capaz de producir lágrimas.

—No puedo creer que hayáis bautizado a mi hija sin mí —susurró en voz tan baja que Francisco no la oyó.

—La pequeña Sofía, nuestra hija... —Tomó a Sissi de la mano—. ¿No es maravilloso tener un bebé? Y tú querías una niña.

Sissi se acordó de su hermana pequeña, que estaba en Possi. Una niña alegre y preciosa que se llamaba Sofía Carlota. Pensaría que su hija se llamaba Sofía por su hermana Sofía Carlota.

—Desde luego. Es maravilloso. —Logró sonreír. No permitiría que nada empañara la alegría de abrazar a su hija, ni siquiera el egoísmo de su suegra

—. Por favor, Francisco, tráeme a mi pequeña Sofía. Quiero tener a mi niña en los brazos.

Tardaron una hora en llevarle a la princesita desde la habitación infantil, ya que su tía Sofía había prohibido que la sacaran del moisés hasta que se despertara de la siesta por sí sola.

Sin embargo, cuando por fin le llevaron a la niña, algo que hizo una llorosa Ágata, y se la pusieron en los anhelantes brazos, la alegría de coger a su hija por primera vez desterró el dolor que le había provocado la espera.

—Mi pequeña —susurró Sissi, sorprendida por lo instantáneo y apremiante que era el impulso de amar y proteger a ese ser diminuto. Se le llenaron los ojos de lágrimas, cual gotas de rocío, y lloró de felicidad—. Sofía. —Sissi rio al ver que la niña bostezaba y le acercó el dedo meñique a los labios para que se lo chupara—. Ágata, ¿puedes decir a mi esposo que venga?

La doncella asintió en silencio y salió del dormitorio, dejando solas a la madre y a la hija.

—Hola, chiquitina. Me alegra mucho conocerte por fin.

Al cabo de unos minutos Sofía bostezó de nuevo, separando sus labios rosados hasta conformar un pequeño círculo.

—Eres perfecta, cariño mío. Perfecta. —Sissi se echó a llorar y cubrió los mofletes de su hija con besos húmedos. Se le había ocurrido algo y le daba igual que alguien se opusiera. Sin pérdida de tiempo, se levantó el camisón—. ¿Tienes hambre, chiquitina? —Le ofreció el pecho a su hija.

Al principio Sofía no aceptó el pezón que su madre le puso en los labios, pero al cabo de unos cuantos intentos abrió la boca y empezó a mamar con alegría.

Era una sensación extraña y novedosa que su hija se alimentara de su pecho, si bien le provocó un alivio casi inmediato. Mientras la pequeña mamaba, tuvo la impresión de que tanto esta como ella estaban sumidas en un agradable y placentero duermevela.

—Isa. —Francisco apareció en la puerta sin hacer ruido. Se acercó a su mujer y a su hija con una expresión aprensiva en la cara—. ¿La estás amamantando?

—Sí, Francisco. Solo esta vez. Por favor, no te opongas. —Sissi empezó a llorar, abrumada por las emociones—. Solo quería experimentar qué se siente al alimentar a mi propia hija.

—Supongo que por una vez no pasa nada —cedió Francisco, y se sentó a su lado.

Guardaron silencio unos minutos mientras observaban a Sofía, que seguía mamando.

Sissi atisbó en el rostro de su marido el mismo amor que sin duda reflejaba el suyo.

—Es perfecta, ¿verdad, Francisco?

—No puedo creer que sea nuestra, Isa.

Entrelazaron las manos mientras Sissi lloraba, ambos con los ojos clavados en la pequeña. Un ser que ellos juntos habían creado. Sin embargo, la paz de ese sereno momento fue interrumpida por una nueva voz.

—¿Francisco? —La archiduquesa entró por la puerta por la que acababa de entrar él, ya que seguía abierta. Sofía también había estado contemplando la escena—. Ya hemos hablado de esto. Pero estás contraviniendo mis... las órdenes del doctor.

—Madre, Isa y yo solo estamos... —Francisco se levantó y se colocó delante de su mujer, como si de esa forma pudiera ocultarla a los penetrantes ojos de su madre.

—Ya veo exactamente lo que estáis haciendo. Tu mujer está amamantando a la niña. Isabel, esto es... Así no es como se hacen las cosas.

—¿Por qué no? —replicó Sissi. La serenidad que la había embargado hasta entonces se transformó en ira.

—Es la costumbre. Una emperatriz no amamanta a sus hijos.

Sissi, furiosa por la inoportuna presencia de tu tía y también por la ridiculez de la «costumbre» a la que siempre se aludía como justificación para todo aquello que le provocaba infelicidad, soltó:

—Tía Sofía, es mi hija. Y mi pecho, además. Creo que puedo decidir qué hacer con ambas cosas.

Sofía, que se quedó momentáneamente muda por la oposición de su sobrina, parpadeó. Y, después, cuando recuperó la compostura, entrecerró los ojos y replicó:

—Isabel, tal vez desconozcas cómo se crían a los niños en la corte imperial, ya que te has criado en un entorno provinciano y tú misma eres casi una niña. Permíteme ilustrarte.

Sissi aferró con más fuerza a su hija, apretándola contra su pecho, mientras su tía seguía hablando.

—Supondrá un esfuerzo demasiado grande para tu cuerpo. Necesitas recuperarte. Deja que sea otra mujer cuyo trabajo es el de... ser la nodriza. He encontrado a una muchacha muy agradable del Tirol. Es más fuerte que tú. Tú eres la emperatriz, y todos tus esfuerzos deben estar dirigidos a concebir otra

vez.

Lo que su tía decía era tan ridículo que Sissi no pudo contener una carcajada.

—Acabo de coger a mi hija en brazos por primera vez. Por favor, no me hables del siguiente parto ni del siguiente niño. —Miró de nuevo a su hija y sintió que la ira se evaporaba mientras contemplaba esa carita suave y rosada.

Sofía se mantuvo en silencio y apartada de ellos, apretando y aflojando los puños con gesto petulante. Cuando habló de nuevo lo hizo con voz serena e incluso dulce.

—¿Qué opinas del nombre, Isabel?

—Me gusta. Mi hermana pequeña se llama así y tengo buenos recuerdos de ella.

—He ordenado que lo tallen en el moisés —comentó—. En la habitación infantil. Que está justo al lado de mi dormitorio.

Sissi alzó la vista.

—Por favor, ordena que traigan aquí el moisés. Quiero que mi hija duerma a mi lado.

—Ni hablar —rehusó Sofía con un deje desafiante.

Cuando Sissi la miró de nuevo, lista para replicar, captó la mirada cómplice que intercambiaron Sofía y Francisco. El gesto indicó a Sissi que mientras ella dormía habían acordado otro asunto importante.

—Isabel, tu cuerpo ha sufrido mucho. —Francisco se inclinó hacia ella y le colocó una mano en el brazo con gesto inseguro—. Necesitas descansar, necesitas dormir. Lo último que te hace falta es un recién nacido junto a tu cama, despertándote cada dos por tres.

—Pero eso es ridículo. ¿Dónde va a dormir sino al lado de su madre?

—He ordenado que preparen la habitación infantil para ella —terció Sofía—. No le faltará de nada. Estará acompañada por las niñeras en todo momento, y yo estaré en la puerta contigua. Saben que pueden llamarme sea la hora que sea.

Eso era más de lo que Sissi podía soportar. Le daba igual quién escuchara sus protestas.

—Francisco, ¿cómo es posible que aceptes algo así? ¿Es que no quieres que nuestra hija esté a nuestro lado?

—Francisco tiene un imperio que gobernar —le recordó Sofía, que dio un paso hacia la cama—. ¿Crees que puede permitirse un sinfín de noches en vela? Desde luego que no. Ambos necesitáis descansar. Ambos tenéis deberes que cumplir.

—Madre, por favor. —Francisco levantó una mano para pedirle que guardara silencio. Después se volvió hacia su mujer y suspiró—. Isa, quiero lo mejor para ti. Y por ahora los médicos dicen que lo mejor es que duermas.

Sofía, segura ya en ese momento de la cooperación de su hijo en el asunto, se sentó en la cama con ellos.

—Querida, no puedes llegar al palacio y cambiar tradiciones seculares. Así es como se hacen las cosas. —Sofía sonrió a Sissi con dulzura, como si fuera una madre abnegada—. No te preocupes tanto ni seas tan susceptible. Van a salirte arrugas.

Sissi miró a su suegra con expresión asesina.

—Verás a tu pequeña Sofía a menudo. Pero no tendrás que despertarte cada poco tiempo en plena noche. Hazme caso, criatura. —Le dio una palmadita en la mano que quería decir: «No se hable más»—. Niña, hazme caso, os hago un favor a ti y a tu marido.



Lo que restaba del mes de marzo Sissi lo pasó en una nebulosa de descanso impuesto por prescripción médica y de apertura de regalos. Su primo Luis le envió un baúl lleno de ropa de bebé confeccionada al estilo bávaro. Elena le mandó una muñeca de porcelana con tirabuzones rubios oscuros, como los suyos. Y Ludovica le hizo llegar baúles y más baúles a rebosar con los vestidos, la ropa de dormir y los gorros con los que había vestido a sus hijas.

Gracias a su juventud y a su fuerza, el cuerpo de Sissi no tardó en recuperarse, de manera que tras varias semanas de descanso se sentía inquieta y preparada para retomar sus quehaceres habituales.

Era una tarde gris de primavera. El palacio estaba en silencio, ya que los cortesanos cumplían a rajatabla los rituales de la Cuaresma, una época del año en la que no se permitían bailes, conciertos ni otro tipo de entretenimientos. Ese día Sissi decidió hacer caso omiso de las órdenes del doctor Seeburger y, en vez de descansar, convocó a sus aposentos a la condesa María Festetics y a herr Lobkowitz.

—¿Cuántas cartas hemos recibido? —les preguntó.

Estaba sentada en un canapé tapizado con satén azul, en su gabinete. Volvía a sentirse ágil y liviana de nuevo, ya que la abultada barriga casi había desaparecido.

—Cientos —contestó herr Lobkowitz con el ceño fruncido mientras hojeaba las pilas de notas, felicitaciones llegadas de todo el imperio y también procedentes de las familias reinantes europeas.

—La reina Victoria y el príncipe Alberto acaban de enviarle esto. —La condesa María señaló una cesta llena de bombones, peras y diminutos *macaroons*.

—¡Madre mía! —exclamó Sissi mientras la miraba—. Que la lleven a la cocina y que repartan su contenido entre los criados, María. Que no se me olvide que debo enviar a Sus Majestades una nota de agradecimiento.

—También debemos recordar que el hijo más pequeño de la reina Victoria, el príncipe Leopoldo, cumple dos años el siete de abril —comentó herr Lobkowitz como si tal cosa—. Sería adecuado enviar algún caballito de juguete junto con la carta para felicitarlo. Le encantan los caballos.

Sissi y María lo miraron, impresionadas.

—¿Qué ocurre, majestad? —Su asistente se removió, inquieto, y se ajustó el monóculo, sujeto a un lado de la nariz—. ¿Por qué me mira de esa manera?

—Herr Lobkowitz, su ayuda es inestimable para mí. —Sissi sonrió y asintió con la cabeza en señal de aprobación. Una de las pocas sorpresas agradables que había recibido desde que se convirtió en emperatriz era que ese hombre de mediana edad, que tal vez fuese un aliado de Sofía en Bad Ischl, hubiera acabado sirviéndola con semejante devoción—. Es una idea brillante, herr Lobkowitz. Incluiremos un caballito de juguete y un mensaje especial deseando un cumpleaños feliz al pequeño príncipe inglés.

—Es muy amable, majestad. —Herr Lobkowitz hizo una reverencia y esbozó una modesta sonrisa.

—Y ahora, vamos a empezar con las cartas que debo enviar a Baviera, a mi familia. Me encantaría explicar todo sobre mi preciosa Sofía a mi madre y a Elena.

Tras varias horas, la mente de Sissi empezó a divagar y tuvo la impresión de que estaba dictando la misma carta una y otra vez.

—¿Hemos acabado ya?

—Es el precio que hay que pagar por ser tan querida. —Herr Lobkowitz alzó la vista del escritorio de palisandro al tiempo que agitaba la muñeca, que empezaba a dormírsele—. Demasiadas cartas.

—Me gustaría ir en busca de Sofía. No he visto a mi hija desde ayer.

—Creo que hoy hemos progresado mucho, majestad. Si desea descansar durante la tarde, seguiremos mañana. María, ¿me ayudas a colocar todas estas cartas?

Herr Lobkowitz y María comenzaron a cerrar los sobres donde ya estaban incluidas las misivas dictadas.

Sissi se levantó y fue en busca de Ágata a fin de ponerse un vestido



adecuado para la tarde.

Una vez que salió de sus aposentos, ordenó a la condesa Esterházy y al resto de sus damas de compañía que no la siguieran.

—Pero... majestad... —balbució la condesa Esterházy al oír la orden, y después intercambió una mirada reprobatoria con Karoline.

—Lo sé, no es la costumbre —replicó Sissi—. Pero quiero que se queden aquí. Voy en busca de mi hija. Deseo estar a solas con ella.

La expresión del rostro de la condesa Esterházy, que tenía los pálidos labios apretados, le hizo gracia en cierto modo.

Subió la escalera a fin de ir en busca de su hija a la habitación infantil, junto a los aposentos de la archiduquesa, ya que allí era donde por lo general estaba la niña cuando su abuela no la sacaba para presumir de nieta por el palacio y sus alrededores.

Sin embargo, la habitación infantil estaba vacía, al igual que los aposentos de Sofía. Sissi solo descubrió a una tímida criada en el dormitorio de la archiduquesa.

—Disculpa. —Sissi carraspeó.

—¡Majestad Imperial! —La criada soltó las sábanas y se quedó blanca mientras saludaba a Sissi con una genuflexión.

—Por favor, ¿dónde está la archiduquesa?

—La archiduquesa ha llevado a la niña... quiero decir, a la princesa Sofía, a la hija de Su Majestad Imperial, a dar un paseo por los jardines.

—Gracias. —Sissi se volvió y salió del dormitorio con los dientes apretados mientras se dirigía a los jardines.

Había discutido un sinfín de veces sobre ese ridículo acuerdo. ¿Por qué tenía que encargarse su tía de la responsabilidad de su hija? Tal vez las anteriores emperatrices Habsburgo habían estado encantadas de relegar la agotadora y ardua responsabilidad de atender a sus hijos, pero si ella aseguraba que estaba preparada para asumir la tarea de despertarse con su hija, alimentarla y satisfacer sus necesidades, ¿quién era Sofía para decirle que no podía hacerlo? Sabía muy bien lo que la archiduquesa estaba diciendo a la gente, que estaba difundiendo rumores sobre su incompetencia como madre. Había obligado a Ágata a contárselo y se había negado a dejarla tranquila hasta que la criada confesó lo que se comentaba en los círculos de la servidumbre.

—Afirma que... que Su Majestad Imperial... es...

—¿Qué, Ágata? Dímelo. No voy a enfadarme contigo.

Ágata bajó la mirada al tiempo que sus regordetas mejillas se ponían

coloradas como manzanas.

—Bueno, dice que solo es una niña. Que no está preparada para la tarea, majestad.

La ira provocó a Sissi un nudo en el estómago. Y lo que fue peor: un agudo dolor en el corazón. Estaba perdiéndose unos momentos muy valiosos de la vida de su pequeña Sofía. Su primera sonrisa, el nacimiento de sus primeros rizos castaños. Esos rollitos de carne que aparecían en su cuerpo. No soportaba más la separación.

Abordaría de nuevo el tema con su marido esa misma noche y no cejaría en su empeño hasta que Francisco accediera a que les devolvieran a su hija.

El jardín estaba húmedo debido a la fría bruma primaveral. Los coloridos tulipanes relucían en los parterres de flores, allí donde los habían plantado los jardineros una vez que los bulbos llegaron desde los invernaderos de los Habsburgo. Los senderos de gravilla estaban resbaladizos, y Sissi se dijo que su tía Sofía no se habría demorado mucho rato en el exterior con ese tiempo. Cambió de opinión y regresó al palacio para buscar a su hija por las estancias.

En ese momento Francisco apareció en el sendero de gravilla, escoltado por un cortejo de criados ataviados con librea y de guardias de expresión seria. Junto a él iban Grünne y, para desánimo de Sissi, una sonriente mujer morena. Aquella dama tan alta que Francisco aseguró no haber visto en Navidad. Sissi se aferró el vestido con fuerza y se detuvo en mitad del camino.

—¡Isa, aquí estás! —Francisco, que acababa de ver a su mujer, se adelantó y dejó atrás a sus acompañantes para acercarse a ella a toda prisa.

—Francisco, hola. —Sissi se había detenido, sorprendida por ese extraordinario encuentro en pleno día. Llevaban una temporada en la que no se veían hasta la hora de la cena, si acaso entonces. Sin embargo, allí estaba, y en compañía—. ¿De dónde vienes? —La mirada de Sissi abandonó a Grünne y se posó directamente en la dama.

—Una reunión del consejo. —Francisco miró a Grünne y después al tercer miembro del grupo—. Querida, ¿conoces a Isabel, duquesa de Módena? Nos la hemos encontrado por casualidad cuando salíamos.

Esa mujer se llamaba como ella. Sissi la miró. Tenía los ojos oscuros, del mismo color que el café. Y unos labios carnosos que en ese momento esbozaban una sonrisa comedida. Saludó a Sissi con una genuflexión.

—Emperatriz —dijo con un levísimo acento—. Mis más humildes felicitaciones a Su Majestad Imperial por el nacimiento de la princesa.

Sissi asintió en silencio tras levantar la cabeza y dijo con voz arrogante:

—Gracias, duquesa. Es muy amable. —Sissi captó un delicado aroma floral procedente de la piel de la mujer y reparó en el saludable brillo de su lustroso pelo oscuro—. Debe de ser nueva en la corte.

—Lo soy, emperatriz. —La mujer clavó los ojos, rodeados por unas largas pestañas, en el suelo.

—Dejaremos que Sus Majestades Imperiales hablen a solas. —Grünne se adelantó y ofreció un brazo a la duquesa, que esta aceptó.

Sin otra palabra más, la pareja continuó su camino, acercando las cabezas para charlar de forma amistosa mientras seguían por el sendero de gravilla.

Francisco y Sissi los observaron mientras se alejaban.

—¿Vamos? —sugirió Francisco al tiempo que ofrecía un brazo a su esposa para andar en el sentido opuesto al de la pareja. Caminaron en silencio unos minutos.

—¿Grünne la está cortejando?

Francisco se volvió.

—¿Eh?

—A la duquesa de Módena. A Isabel. ¿Grünne la está cortejando?

—No. —Francisco negó con la cabeza. Tal vez con demasiado énfasis—. Sissi, es viuda. El duque de Módena murió hace poco.

Sissi sopesó la información.

—No parece estar de luto.

—Acaba de abandonarlo. La duquesa ha venido para cambiar de aires. Solo se quedará unos meses. Nadie la está cortejando.

Sissi tardó unos minutos en ordenar sus pensamientos, tan dispersos como las semillas de un diente de león esparcidas por el viento. Parpadeó y desterró de su mente a Grünne y a la duquesa. Sabía que había un motivo mucho más importante del que quería hablar con su esposo. Y entonces lo recordó.

—Francisco, ¿por casualidad no habrás visto a tu madre durante la reunión del consejo?

—No. Ya apenas asiste, solo cuando nuestra hija está durmiendo.

Sissi frunció el ceño.

—Estoy buscando a la pequeña Sofía. ¿Sabes dónde puede estar?

—En los aposentos de mi madre, probablemente.

—No, vengo de allí ahora mismo.

Francisco se encogió de hombros.

—En todo caso, te estaba buscando, Isa.

—¿Ah, sí?

—Sí. ¿Cómo te encuentras?

—He recuperado las fuerzas, gracias. He tenido una tarde muy productiva respondiendo montones de cartas.

—Bien. —Francisco asintió con la cabeza, aún distraído, como si su mente fuera una cuerda tensada en numerosas direcciones—. Veamos, ¿te apetece salir?

—Tal vez. —Sissi ladeó la cabeza, intrigada—. Pero me gustaría ver a la pequeña Sofía. ¿Es una salida a la que puede acompañarnos?

—No en esta ocasión. Me gustaría llevarte a la ópera esta noche.

—¿A la ópera?

—Sí, van a estrenar *Don Juan*. Se han enterado de que disfrutaste mucho con tu viaje a Salzburgo y han proyectado una ópera de Mozart.

—Claro, Salzburgo era la ciudad de Mozart. —Sissi sonrió, halagada. Un poco abrumada por el hecho de que la ópera imperial planificara su programación para satisfacerla—. Una noche en la ópera para escuchar a Mozart me parece una idea maravillosa. —Sissi aceptó la invitación y el brazo de su marido mientras seguían andando por el camino de gravilla—. ¿Nos acompañará tu madre?

—Evita todas las obras de Mozart escritas en italiano. No entiende por qué la gente va a la ópera a menos que esté escrita en alemán. Se niega en redondo a asistir.

—Mucho mejor.

—¡Isa!

—Es una broma, amor mío —replicó Sissi, y le sonrió con dulzura para suavizar el dardo.



El teatro de la Ópera de Viena deslumbró de nuevo a Sissi cuando entró, sobre todo después de haber pasado tantos meses encerrada en sus aposentos. El interior, con sus altos techos abovedados y sus molduras doradas, estaba iluminado por miles de velas. Las hileras de arañas estaban tan bajas que rozaban las altas plumas que se elevaban desde los tocados de las damas. Una escalera privada conducía al segundo piso, desde donde Sissi y su marido fueron escoltados a través de un pasillo secreto al palco imperial, emplazado justo frente al escenario y al foso de la orquesta.

Cuando la pareja imperial entró en el palco todos los asistentes se volvieron, boquiabiertos. Francisco y Sissi eran, al fin y al cabo, el verdadero espectáculo. Los hombres ataviados de etiqueta y las mujeres cubiertas de diamantes estallaron en aplausos. Muchos de ellos deseaban una larga vida al

emperador, y todos se pusieron de puntillas para ver mejor a la joven que acababa de dar a luz a la primogénita de Francisco José.

Al día siguiente en las cafeterías de Viena, en las columnas de los periódicos, en las tertulias políticas y en los parques solo se hablaría del aspecto de la emperatriz y se describiría hasta el último detalle. Sissi se había arreglado para la ocasión. Había elegido un vestido con un abultado miriñaque confeccionado en satén y de un oscuro tono escarlata. Llevaba los hombros desnudos, tal cual quedó patente cuando Francisco la ayudó a quitarse la estola de color crema, y lucía los rubíes de los Habsburgo en el cuello, en los dedos y en los lóbulos de las orejas. Ágata y ella habían pasado dos horas completas sujetando los tirabuzones y adornándolos con brillantes para que relucieran tanto como las arañas que colgaban del techo.

—Eres la mujer más deslumbrante de la sala y todos los hombres lo saben.

Francisco se sentó a la derecha de su esposa mientras saludaba a la audiencia, como era su obligación, para agradecer la ovación de sus asombrados y entusiasmados súbditos.

—Gracias, querido.

Sissi sonrió al tiempo que movía la cabeza a fin de que los tirabuzones, adornados con los brillantes, captaran el reflejo de la luz de las velas del techo. Era consciente de que todos la observaban. La obra que estaba a punto de dar comienzo en el escenario importaba menos que la asistencia al acto del emperador y su esposa, quienes se dejaban ver poco, de manera que Sissi se aseguró de mantener la sonrisa en los labios hasta que las velas se apagaron.

La orquesta interpretó los primeros acordes y se abrió el telón para que diera comienzo *Don Juan o el libertino castigado*. La escena tenía lugar en los jardines del acaudalado don Pedro, el comendador. Sissi contuvo el aliento, encantada y sorprendida al ver que el fondo del escenario parecía estar lleno de arbustos naturales y senderos flanqueados por plantas en flor.

—Qué habilidosos son los artistas —susurró a Francisco, sentado en silencio a su lado con la expresión severa en el rostro que siempre lucía cuando estaba en público.

La melodía preferida de Sissi aparecía en el primer acto. Era el dueto que interpretaban el despreciable don Juan y la ingenua Zerlina. Sissi se compadecía de Zerlina, la doncella inocente destinada a casarse con otro hombre pero que acababa seducida por ese libertino. Mientras le cantaba a Zerlina «Là ci darem la mano» («Entrelaza tu mano con la mía»), Sissi sintió el abrumador deseo de gritar a la muchacha, de advertirle que no se dejara

engañar por las palabras almibaradas de ese hombre pues le ocasionarían la ruina.

Sissi aplaudió más fuerte que nadie cuando la justicia divina se vengó de don Juan al final, cuando el espíritu de una de sus numerosas víctimas, el comendador, regresó del más allá para llevar al libertino al infierno.

—¡Bravo! —gritó Sissi, emocionada al final por el hecho de que el mal hubiera sido aniquilado. Esperaba que Zerlina y Masetto pudieran vivir juntos, libres por fin de la indeseada interferencia de don Juan.

—¿Lista para que nos vayamos, Isa? —Francisco le ofreció el brazo.

Sissi no estaba lista para irse. Podría haber seguido sentada durante horas, escuchando las maravillosas melodías y contemplando los angustiosos giros de la trama. Pero ellos debían ser los primeros en marcharse, y el resto de los asistentes seguirían en sus asientos hasta que la pareja imperial hubiera salido. De manera que sonrió por última vez mientras se inclinaba por encima de la barandilla del palco y se ponía en pie para abandonarlo.

—Salgamos por la puerta del público —sugirió Francisco—. Todos se mueren por verte. Bien podemos dejarlos echar un vistazo, ya que para eso han venido.

Guiñó un ojo a Sissi y, tomados del brazo, echaron a andar hacia la amplia escalinata a través de la cual se accedía al vestíbulo principal del teatro de la Ópera.

—¿Te ha gustado? —le preguntó mientras la guardia imperial se desplegaba delante de ellos, en los escalones, a medida que los emperadores avanzaban.

—¡Oh, me ha encantado, Francisco! —exclamó Sissi—. Si tuviéramos tiempo, vendría a la ópera todas las noches. ¿No te ha parecido terriblemente conmovedora?

Francisco ladeó la cabeza.

—Me ha resultado... impresionante, supongo. Aunque debo admitir que la ópera me parece un poco...

—¿Qué?

—¿Cuál es la palabra adecuada? ¿Tediosa? Todo es muy exagerado.

Sissi sonrió y miró a su marido de reojo.

—Vamos, querido. Sé que puedes ser romántico.

Francisco volvió la cabeza para mirarla.

—Solo tú despiertas esa faceta en mí. Pero si me dan a elegir, prefiero pasar la noche leyendo un informe militar antes que sentarme y escuchar durante horas a gente cantando. La ópera no es de mi agrado.

—Majestad Imperial, por favor, ¿podría esperar un momento?

Estaban a punto de llegar a la planta baja. Sissi se volvió y vio a un hombre alto y moreno vestido de etiqueta que bajaba la escalinata a toda prisa detrás de ellos. Aunque solo había pronunciado esas palabras, su acento delataba su procedencia extranjera, si bien fue incapaz de adivinar su nacionalidad.

A su lado, Francisco se tensó.

—No pasa nada, dejad que se acerque —ordenó a la guardia imperial. Dos de sus hombres ya se habían colocado frente a él para frenar el avance del caballero que se acercaba—. Hola, conde Andrásy.

Su voz había adquirido un deje repentinamente reticente cuando saludó al hombre que en ese momento estaba haciendo una reverencia. Hizo que Sissi se soltara de su brazo.

Andrásy. Sissi había oído ese nombre antes, pero ¿dónde?

—Majestad... —El caballero se había detenido en un peldaño superior al que Francisco ocupaba, de manera que lo miraba desde arriba cuando enderezó la espalda tras la reverencia—. Me alegré al enterarme de que iba a asistir esta noche a la ópera. Sabía que yo también debía venir.

—Un placer verlo, conde —replicó Francisco, cuyo tono de voz indicaba todo lo contrario.

—Y un placer verla, majestad, emperatriz Isabel. —El conde clavó su inquisitiva mirada en ella durante un instante más de lo adecuado antes de hacerle una reverencia.

El color negro de su pelo y de sus ojos, suponía todo un contraste con los ojos y el pelo claros de Francisco.

—¿Ha disfrutado de la obra? —preguntó el emperador.

—Mucho, majestad. —Andrásy asintió con la cabeza con una expresión afable. Su semblante carecía del servilismo quejumbroso que Sissi acostumbraba encontrar en las sonrisas de los cortesanos vieneses—. Soy un gran admirador de Mozart.

—Mozart es uno de los motivos por los que los austríacos nos sentimos tan orgullosos de nuestra nación —adujo Francisco.

—Por supuesto. Admiro sobre todo sus libretos italianos —añadió Andrásy.

Francisco no replicó, pero Sissi supuso que era consciente del dardo que escondían esas palabras.

—Majestad Imperial, tengo un mensaje de Budapest.

Tras oír esas palabras Sissi percibió que su marido se tensaba. Andrásy.

Reconoció el nombre en ese instante. Ese era el conde húngaro a quien su marido y sus ministros criticaban. Sofía, en concreto, siempre hablaba de él con gran desprecio. Sissi lo miró con más interés, analizándolo. Nunca había conocido a un rival político de su esposo, y mucho menos a uno que acababa de regresar del exilio hacía poco tiempo.

De repente la confianza que demostraba Andrásy, su osadía al acercarse a ellos de forma tan directa... Lo vio todo como una afrenta a su marido. Como una falta de respeto y de sumisión en un súbdito conquistado. Además, ¿hablaba el alemán con un acento húngaro tan atroz a propósito?

—El pueblo húngaro desea a Sus Majestades Imperiales mucha felicidad por el nacimiento de su hija, la princesa Sofía. Y queremos transmitir una cálida invitación a la familia real con la esperanza de que Sus Majestades puedan viajar a Budapest. —Andrásy hizo una pausa y tragó saliva antes de mirar a Francisco directamente a los ojos. Otro desafío—. Esperamos darle la bienvenida en nuestra ciudad de Budapest y comenzar las conversaciones en cuanto esté dispuesto a liderarlas.

En vez de esperar para recibir una respuesta, Andrásy hizo otra reverencia y subió la escalinata tan deprisa que los faldones de su frac se agitaban.

—Insolente. Intolerable. —Francisco hervía de ira mientras salían del teatro de la Ópera y se subían al carruaje en el que recorrerían el corto trayecto hasta el palacio—. Menuda desfachatez la de ese hombre... Asistir a mi propio teatro para ver la representación de mis artistas. Y después abor dame de esa manera.

—Debemos invitarlo a un concierto de vals es dirigido por el maestro Strauss, para ver si acaba con el arco de un violín en el...

—¡Isabel, por favor! —Francisco se cruzó de brazos ya que no estaba de humor para bromas. En cambio, se dispuso a mirar por la ventanilla con los dientes apretados mientras los caballos avanzaban por el bulevar empapado por la lluvia—. ¿Que me invita a ir a Budapest? ¡Pero bueno, si esa ciudad es mía! ¡Iré cuando me plazca! Iré con un ejército para conquistarla, como hice en el año cuarenta y nueve, por si necesita que le refresque la memoria. — Francisco, inusualmente furioso, pronunció el nombre del húngaro con desdén —: Andrásy... Un traidor recalcitrante. Mi madre tenía razón. No debería haber permitido que se fuera. Debería haberlo colgado hace años, cuando tuve la oportunidad.





Francisco seguía de muy mal humor cuando se acostaron esa noche.

—Siento mucho que nuestra velada en la ópera se estropease.

Sissi estaba sentada al lado de su marido, cepillándose el pelo. Las cerdas del cepillo se trababan en los últimos brillantes que aún le quedaban por quitarse.

—Todo iba bien hasta que me vi obligado a hablar con esa sabandija de Andrásy. —Francisco parecía enfadado mientras bebía vino de una jarra.

—¿Crees que la guerra con los húngaros es inevitable?

—No lo sé —respondió frunciendo el ceño de tal manera que parecía diez años más viejo.

—Por favor, cariño, habla conmigo —le suplicó Sissi, y le tomó una mano. No ignoraba que detestaba hablar de política y de temas militares mientras estaba con ella en el dormitorio, pero deseaba saber más sobre esas cuestiones que daban tantos quebraderos de cabeza a su marido.

Francisco bebió un largo sorbo de vino antes de dejar la jarra en la mesilla de noche. Tras suspirar, miró a Sissi.

—Las fuerzas extranjeras nos están presionando desde todos los flancos. Prusia está maniobrando para usurpar nuestra posición como el estado germánico más poderoso. Federico, su rey, no para de repetir la palabra «unificación». —La pronunció con asco—. Insiste en unir a los pueblos germánicos, Bohemia, Sajonia e incluso Baviera, para acaparar un poder que rivalice con el nuestro.

Sissi bajó la mirada, pero continuó aferrada a la mano de Francisco. Su marido siguió, algo inusual, y ella supuso que debía de estar muy preocupado si estaba dispuesto a hablar de esos asuntos.

—Y, además, estimulados por la insubordinación germana, los italianos están desafiando nuestra autoridad. Afirman que ya no desean permanecer bajo nuestro reinado. Y Francia, en fin, la posición de Luis Napoleón es tan inestable que seguramente los franceses nos declararán la guerra el día menos pensado. —Guardó silencio y cogió de nuevo el vino—. En cuanto a Rusia... —Suspiró—. Bueno, Rusia fue nuestro aliado más importante, pero el zar está furioso conmigo. No le presté ayuda en Crimea en contra de Inglaterra y de Francia. Y ahora me detesta. ¿Sabes lo que dice de mí?

Sissi negó con la cabeza.

—¿Qué?

Francisco usó un tono amargo cuando contestó.

—Afirma que soy un hombre en el que no se puede confiar.

Sissi veía con total claridad las presiones de las que su marido la había

estado protegiendo. Con razón tenía pocas ganas de hablar y parecía tan distraído, tan presto a mostrarse irritado. Le quitó la jarra vacía de las manos y se acercó a él para abrazarlo.

—Ay, mi pobre Francisco, querido esposo mío. Todo el peso del mundo recae sobre estos hombros. —Se pegó a él.

—Mi madre dice que no me preocupe. Que no necesitamos a nadie, me dice siempre. Pero... —Suspiró de nuevo y se frotó las cejas despacio con los dedos—. Pero, en fin, no puedo permitir que me desafíen desde dentro de mis fronteras. No cuando hay tantas amenazas externas. Debemos mantenernos unidos internamente. Un hombre enfermo no puede luchar con otro hasta que no goza de buena salud.

—Lo entiendo. —Sissi asintió con la cabeza sin dejar de abrazarlo.

Pensó en Andrásy, en su invitación para que visitaran Budapest. Y después pensó en Possi. Recordó que los habitantes del ducado adoraban a su familia. No porque el duque Maximiliano fuera un gobernante particularmente entregado o incluso competente. Más bien era todo lo contrario. ¿Por qué lo querían? Porque se mezclaba con ellos. Porque se mostraba cercano. Tenían la impresión de que los conocía y de que conocía sus problemas.

—Tal vez deberías ir a Hungría, Francisco.

Su marido la miró con los labios apretados.

—Piensa en lo que ha dicho Andrásy. —Se pegó aún más a él—. Tal vez deberías aceptar su oferta de iniciar conversaciones. ¿Es posible que haya una solución pacífica?

—Créeme, lo último que quiero es llevar a mi pueblo a la guerra. Es algo que deseo evitar en la medida de lo posible. Pero la paz tal vez sea un sueño ridículo.

—«No sueñes pequeños sueños, porque no tienen poder para mover el corazón de los hombres» —replicó Sissi citando a Goethe.

—No tengo tiempo para la poesía, cuando debo pensar en todas estas cosas.

Sissi suspiró al recordar la ocasión en la que Francisco corrió a buscar el libro de Goethe solo porque ella había mencionado su nombre. Cambió de estrategia.

—En ese caso, piensa en nuestra hija, en nuestra pequeña Sofía. No queremos que crezca en un país en guerra. —Se inclinó hacia delante y le frotó el cuello con la nariz, tras lo cual percibió que Francisco relajaba un poco los hombros.

Su marido se volvió hacia ella y se tumbó en la cama, apoyando la cabeza en la almohada.

—Sí, pensemos en la pequeña Sofía. Y en cosas felices. Como Bad Ischl.  
—Empezó a pasarle los dedos por el pelo.

—Será estupendo irnos a Bad Ischl para pasar el verano, ¿verdad, Francisco? —Sissi se apoyó en el cuerpo de su marido.

—Sí, lo será.

—Imagina cabalgar por las montañas como hicimos hace dos veranos, cuando nos conocimos.

—Isa, qué muchacha tan tímida y apocada eras.

—Ni hablar. —Ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa traviesa.

—Sí que lo eras. Fíjate, si cuando te pedí que bailaras conmigo en el cotillón echaste a correr llorando.

Sissi no pudo contener una sonrisa al recordarlo. Qué abrumada se había sentido inmersa en los entresijos de la corte imperial.

—Y ahora, mírate.

—¿Qué significa eso, Francisco? —Sissi se incorporó para apoyarse en los codos y lo miró a la cara.

—Ahora discutes conmigo como si yo no fuera el emperador.

Sissi sonrió.

—Es verdad. Ya no dudas a la hora de expresar tu opinión.

—Bueno, soy tu mujer. Y la madre de tu hijita. Supongo que me he ganado el derecho a expresar mi opinión de vez en cuando, ¿no?

Francisco atrapó un rizo suelto que le caía sobre la frente y se lo enroscó en el dedo índice.

—Y tienes el pelo más oscuro que antes.

—¿Ah, sí?

—Sí —respondió él—. En aquel entonces era dorado. Rubio oscuro. Ahora es castaño. Me encanta.

—Me parece que la pequeña Sofía va a heredar tu color de pelo.

—Espero, por su bien, que herede el tuyo tal cual es.

—Francisco, hablando de la pequeña Sofía. ¿Crees que sería posible que tu madre esté dispuesta a quedarse en Viena este verano para que podamos pasar unos meses solos en familia?

—¡Isa! —Francisco se volvió hacia ella sin saber si estaba hablando en serio. Sissi le sostuvo la mirada—. Isabel —dijo con un suspiro—, la simple sugerencia le partiría el corazón. Ya sabes lo encariñada que está con Sofía.

—¿Tan encariñada que no está dispuesta a apartarse de ella para que su

propia madre pueda cogerla?

—Isa, acabo de enumerarte todos los países que quieren pelear conmigo. ¿También debo pelear contigo? Te ruego que resuelvas el conflicto que tengas con mi madre, sea cual sea. Las dos sois mujeres buenas y razonables. Por favor, te suplico que dejes de agobiarme con este tema.

Sissi se tragó la protesta que ansiaba pronunciar y, en cambio, se obligó a sonreír mientras decía:

—Buenas noches, Francisco.

—Buenas noches, Isa.

Sin embargo, varios minutos después Francisco se sentó en la cama.

—No puedo dormir. Andrásy me tiene de muy mal humor.

Sissi entrecerró los ojos para distinguirlo en la oscuridad y lo vio apartar las mantas.

—¿Adónde vas?

—No lo sé —respondió él mientras se ponía la bata y las pantuflas.

—¿Quieres que te acompañe? Podríamos dar un paseo.

—No —respondió Francisco. Se volvió hacia la cama y se inclinó para darle un beso fugaz en la frente—. Duérmete.

—¿Debo hacerlo? Iré contigo.

Él sonrió.

—No, no. Duérmete, por favor. Es una orden.

Sin embargo, mientras salía del dormitorio, Sissi oyó que se dirigía al criado que siempre aguardaba junto a su puerta. Sin lugar a dudas, Francisco estaba dando la orden más habitual, más natural.

—Despierta a los ministros. Anúnciales que he convocado una reunión del consejo. Ah, y dile a mi madre que me gustaría que también estuviera presente.

## X

*Y entonces ¿cómo va a decirse que estoy sola,  
cuando está todo el mundo aquí para mirarme?*

WILLIAM SHAKESPEARE,  
*Sueño de noche de verano*, la obra preferida de Sissi

## Capítulo 10

*Palacio de verano de Schönbrunn, Viena  
Primavera de 1855*

Se trasladaron poco después de las fiestas de Pascua, cuando Sofía decidió que la corte abandonaría el palacio de Hofburg durante los meses más cálidos antes de establecerse en Bad Ischl. Sissi se alegró de la decisión, ya que prefería el palacio de verano con sus altos ventanales, sus lagos con sus cisnes y sus jardines llenos de flores a los fríos muros de piedra del palacio de Hofburg.

Mayo llegó a Viena con sus días más largos y agradables, más suaves y delicados, como los brotes que aparecían en las ramas de los árboles. El maestro Strauss le dijo a todo aquel interesado en escucharlo que estaba componiendo un nuevo vals para la pareja imperial. Sissi, encantada con el retorno del buen tiempo, pasaba cuantas horas podía en el exterior, cabalgando por las inclinadas colinas que rodeaban Viena y la abrazaban con su renovado verdor.

Era una mañana soleada y faltaban pocos días para que se marcharan a la villa de verano en Bad Ischl. Sissi estaba sentada en su dormitorio con Ágata, preparando el equipaje.

—Serán varios meses, así que tendrás que guardar al menos sesenta pares de escarpines. Ay, qué regla más ridícula, tener que estrenar calzado todos los días —refunfuñó Sissi al tiempo que anotaba que debía decir a herr Lobkowitz que se encargara de pedir más zapatos—. Fueron este tipo de extravagancias las que nuestros pobres primos franceses pagaron con sus cabezas.

—Y guantes, majestad —le recordó Ágata con la mirada gacha.

—Y guantes también. —Sissi suspiró y miró a su doncella—. Otra ridícula costumbre de la corte. Tener que llevar esas incómodas prendas en las comidas. Como si ensuciarme las manos fuera un delito.

La doncella asintió, pero no sonrió como habría hecho habitualmente.

—Me aseguraré de preparar sus guantes, emperatriz.

—Ágata, hoy estás espantosamente callada. —Sissi miró a la doncella mientras le ofrecía un vestido amarillo para que lo guardara—. ¿Te pasa algo?

—Majestad imperial... —La muchacha titubeó, sin alzar la vista—. Estaba esperando el momento para hablarle de una cosa.

—¿Sí? —Sissi sonrió por la inusual timidez de su doncella—. Sabes que puedes hablar conmigo de cualquier asunto, Ágata.

—Llevo un tiempo esperando comentárselo.

—Pues dímelo —la animó Sissi.

La doncella siguió en silencio mientras se afanaba con la cerradura del baúl, evitando la mirada de Sissi.

—Vamos, Aggie, soy yo. —Sissi se inclinó hacia delante y rompió el protocolo al cubrir una de las manos de la muchacha con la suya—. No debes mostrarte tímida conmigo.

—Esperaba hablarle de un... caballero.

De repente comprendió el motivo de la timidez de Ágata.

—Entiendo. —Sissi cruzó los brazos por delante del pecho y ladeó la cabeza—. Sigue.

—Es polaco, como yo. Trabaja en los almacenes del palacio.

—¿Y cómo se llama ese polaco que trabaja en los almacenes?

—Feliks. —Los rollizos mofletes de Ágata se alzaron cuando esta sonrió mientras pronunciaba el nombre—. Se llama Feliks.

—Feliks. —Sissi repitió el nombre—. Es bonito.

—Feliks me ha pedido que me case con él —soltó Ágata.

—¿Ah, sí? —Sissi se sintió culpable nada más hablar. La sorpresa reflejada en su voz no había sido muy sutil.

Jamás había imaginado que su doncella pudiera relacionarse seriamente con un hombre hasta el punto de que este le propusiera matrimonio. Puesta a pensarlo, jamás había imaginado a su doncella haciendo otra cosa que no fuera limpiar sus aposentos y atender sus necesidades.

En consecuencia se sintió como una tonta. ¡Qué egoísta había acabado siendo! ¿Por qué no iba a desear Ágata casarse? Tenía su propia vida. Esa mujer tenía anhelos propios, y esperanzas, y deseos, al igual que todos los aristócratas del palacio.

—Pues me parece maravilloso, Aggie —dijo mientras se sentaba con la espalda recta—. ¿Y a ti te gustaría casarte con Feliks?

—Sí, señora. —El rostro de Ágata esbozó otra vez una sonrisa tímida—. Me invitó a bailar después de la cena de Navidad. Desde entonces, sabía que estaba interesado en mí.

—Bueno, Ágata, son unas noticias alegres. —Sissi sonrió con franqueza—. Cuentas con mi bendición incondicional. Os deseo lo mejor a Feliks y a ti. Por supuesto, espero que ambos sigáis en el palacio.

—Por supuesto, majestad. Este es mi hogar.

—Bien. —Sissi sorprendió de nuevo a su doncella al cogerle la mano otra vez para darle un beso—. Porque no sé cómo sobreviviría sin ti. ¿Cuándo os gustaría casaros?

—Tan pronto como Su Majestad Imperial lo permita —respondió Ágata, cuyas rollizas mejillas adquirieron un involuntario sonrojo.

—Bueno, en ese caso, no deberíamos hacer esperar a la enamorada pareja. ¿Qué te parece si te quedas aquí cuando nosotros nos marchemos a Bad Ischl? Feliks y tú podéis casaros mientras estamos fuera y disfrutar del verano. Hablaré con herr Lobkowitz para asegurarme de que os instala en un apartamento del palacio apropiado para una pareja.

—Oh, majestad, es muy amable. ¡Gracias! —Ágata besó la mano de Sissi—. Pero todo el verano... ¿lejos de Su Majestad? ¿Sin trabajar?

—Considéralo mi regalo de boda.

—Oh, gracias, señora. ¡Gracias!

—No es necesario que me lo agradezcas, Ágata. Estoy deseando verte felizmente casada... Te lo mereces.

Ágata aún sonreía de oreja a oreja cuando se volvió para seguir doblando la ropa de Sissi.

—Espero que seamos tan felices como lo son Sus Majestades.

—Desde luego —replicó Sissi, sin saber por qué le había dado un vuelco el corazón al oír el comentario, aunque fue algo momentáneo.



Fue un verano jubiloso para Sissi. Llegar a Bad Ischl después del año tan difícil que había pasado fue como abrir una ventana en una tarde soleada y dejar que el sol entrara a raudales para desterrar el polvo y la oscuridad.

La *Kaiservilla* le parecía un sitio familiar, aunque el complejo había sido remodelado y ampliado. Francisco y ella ocupaban una suite enorme con grandes ventanales a través de los cuales disfrutaban de las vistas de las cumbres de los Alpes que se alzaban en el horizonte, más allá de los verdes campos. Lejos de la multitud de cortesanos y libre de las exigencias de sus compromisos habituales, Sissi podía disponer a su antojo de su tiempo para pasar como quisiera los largos y soleados días.

Durante las mañanas paseaba por los campos con la pequeña Sofía a la



espalda, cogiendo flores y almorzando en las orillas del río Traun. Aunque su hija todavía dormía en la habitación infantil situada junto a los aposentos de su abuela, la rutina informal de Bad Ischl permitía que Sissi pudiera comer con la niña, de manera que observaba encantada la evolución diaria de la pequeña: la aparición de un nuevo diente, de otro mechón castaño o incluso el balbuceo de algún sonido que Sissi esperaba que pronto se transformara en palabras.

Por las tardes, cuando la niña descansaba en la *Kaiservilla* Sissi salía a explorar las montañas a lomos de Diamant, a veces con Francisco. Si lograban despistar a la guardia imperial buscaban claros ocultos en mitad de los bosques, donde hacían el amor, dormían la siesta y reían mientras hablaban de los graciosos hábitos y habilidades que esa mañana en concreto había demostrado su hija durante el desayuno.

Sissi partió ese otoño de Bad Ischl más fuerte, feliz y embarazada.



—¡Esta vez seguro que será un niño! —predijo la archiduquesa Sofía.

Era un gélido día de Año Nuevo y Sissi acababa de regresar de misa con la corte. Antes del servicio religioso, Sissi y el sacerdote habían acordado que este pediría a los congregados que rezaran por la salud de su emperatriz, que esperaba al segundo hijo de Francisco.

El emperador lo sabía, al igual que Ágata y la condesa María, pero la archiduquesa Sofía se sorprendió por el anuncio tanto como el resto de la aristocrática multitud. La expresión que apareció en el rostro de su suegra era precisamente la que Sissi esperaba ver. El comienzo de año no podía ser mejor.

—Pero... Querida, ¿por qué me lo has ocultado durante tanto tiempo? —Lo que Sofía quería decir en el fondo, Sissi estaba segura de ello, era que cómo era posible que hubiera logrado mantenerlo oculto tanto tiempo. ¿Cómo era posible que los espías de su suegra, sobre todo la siempre presente, siempre vigilante condesa Esterházy, hubieran fracasado a la hora de descubrir tan jugosa noticia?

Era una hazaña de la que Sissi se sentía muy orgullosa, pues había ocultado su embarazo durante meses. Lo había logrado gracias al ingenio de Ágata y de la condesa María.

—Hay formas... —sugirió María cuando Sissi le dio la noticia a su dama de compañía preferida y añadió que le gustaría mantenerlo en secreto durante un tiempo, aunque era consciente de que era imposible—. La archiduquesa lo

sabría tan pronto como pase un mes sin que aparezca su menstruación, pero podemos engañarla. Hay formas.

—¿Qué formas, María? —le preguntó Sissi en un susurro. Paula y Karoline se encontraban en la antesala y bien podían haber pegado la oreja a la cerradura. La condesa Esterházy había ido a visitar a Sofía para lo que Sissi llamaba «su informe diario». Apenas contaba con un breve período de tiempo para tratar el tema con María y Ágata—. ¿Cómo se puede hacer?

—He oído que hay gente que recurre a métodos muy creativos. Ágata, ¿tú no? —María miró a la doncella.

—Sí, señoras. —Ágata asintió con la cabeza. La doncella también se encontraba en un estado de alegría perpetuo últimamente y no dejaba de tararear.

María siguió hablando.

—He oído que hay formas de engañar a la vista. Que suelen usarse casi siempre para convencer a alguien de la virginidad de una novia. No veo por qué no podíamos usar esos métodos en este caso.

Parecía algo ladino y muy arriesgado. Pero puesto que le garantizaría varios meses durante los cuales disfrutar de la alegre noticia solo con su marido, meses sin sufrir el fisgoneo y la intromisión de su dominante suegra, Sissi ordenó a ambas mujeres que pusieran en marcha el plan.

No preguntó cómo lo lograron María y Ágata. Lo único que Sissi sabía era que la condesa Esterházy y las criadas que cambiaban todos los días las sábanas habían informado durante los últimos meses, como las sumisas espías que eran, que la emperatriz no estaba embarazada del segundo hijo de Francisco.

—Tal vez no tengas a tu disposición tantos espías en el palacio como crees, madre —respondió Sissi en el soleado comedor matinal una vez acabada la misa de Año Nuevo—. ¿Te apetece más café? —Bebió despacio un sorbo, sonriendo mientras lo hacía.

—¿Espías? ¡Por el amor de Dios, niña! ¿Por quién me has tomado, por la zarina de Rusia? Yo no tengo espías.

—Muy bien, pues entonces correveidiles. A quienes les pagas con dinero y con favores. Llámalas como quieras. —Sissi se encogió de hombros y sonrió a su marido, sentado enfrente de ella.

—Estás describiéndome como si fuera un monstruo. —Sofía miró a su hijo—. Francisco, ¿vas a dejar que tu mujer insulte de esa manera a tu madre... cuando lo único que hago es ayudarlos a los dos?

—Madre, por favor. Isabel, cariño... —Francisco suspiró mientras cogía

un huevo pasado por agua y lo colocaba en la huevera de plata—. Acabamos de volver de misa, y durante la misma hemos rezado por la salud de nuestro hijo. ¿Podemos comportarnos de forma civilizada?

—No importa. Tendré que soportar el maltrato de Isabel, puesto que es evidente que no se encuentra bien. —Sofía extendió un brazo para coger un bollito y lo untó con una buena cantidad de mantequilla—. Aunque debo decir que me has sorprendido, Francisco. ¿Por qué no se lo has dicho a tu madre?

Francisco no respondió, ni tampoco miró a ninguna de las dos mujeres mientras cascaba el huevo con la cucharilla, tras lo cual un hilillo de la yema cayó por un lateral. Sus movimientos eran eficientes y prácticos. Con una compostura absoluta.

—Ah, no importa. —Sofía suspiró y agitó una mano, tras lo cual siguió untando mantequilla en el bollito—. Lo importante es que estás embarazada y que por fin tendremos un heredero.

—¿Por fin? Llevamos menos de dos años casados. He concebido con mucha rapidez en ambas ocasiones. Querida suegra, la paciencia es una gran virtud. —Sissi bebió un sorbo de café, disfrutando de la nueva posición de poder en la que de repente se encontraba. Ella era quien llevaba en su seno al hijo de Francisco, y él había guardado el secreto, accediendo a sus ruegos, durante varios meses.

—Ah, Isabel, hoy estás muy respondona. —Sofía se retorció las manos al tiempo que dirigía a su hijo una mirada frustrada. Había dado buena cuenta del bollito y se había servido un *macaroon*—. Pero no importa, ¿crees que es un niño?

—Sí. —Sissi se ablandó y extendió un brazo para tomar a su marido de la mano, que aferró haciendo caso omiso de la mirada reprobatoria de su suegra a causa de semejante despliegue de afecto en público.

Sofía asintió con la cabeza con gesto seco.

—Yo también lo creo. Sé que esta vez sí lo es.

Sissi desconocía la lógica que impulsaba a Sofía a hacer esa afirmación; pero, sin que sirviera de precedente, esperaba que la archiduquesa consiguiera lo que quería.



Sin embargo, ambas se equivocaban. Meses después y a medianoche, durante un caluroso día de julio, Sissi dio a luz a su segunda hija. Una niña que la archiduquesa se apresuró a tomar en brazos, a la que llamó princesa Gisela y que instaló en la habitación infantil que ya estaba bajo su dominio. Para haber

deseado un niño con tanta vehemencia, Sofía pareció encantada con la llegada de otra niña. La envolvió en un arrullo que ella misma había confeccionado e insistió en que su nieta, al igual que sucedió con su hermana mayor, pasara todo el tiempo a su lado.

Una vez que comprobaron que la pequeña había nacido sana y estaba en buen estado, su abuela se la llevó murmurándole encantada, y el médico preparó un brebaje para la agotada madre. Sissi, que estaba demasiado exhausta para protestar, se lo tomó y se sumió en un agradable sueño.

Cuando se despertó ya no hacía tanto calor. Parpadeó y reparó en que había un pajarillo posado en el alféizar de la ventana, trinando de una manera sencilla y sorprendente.

—¿Hola? —Cuando separó los labios para hablar notó que los tenía agrietados por la sequedad. Parpadeó otra vez. El sol entraba a través de las cortinas, que se mecían suavemente con la brisa. Estaba sola en el dormitorio—. ¿Hay alguien? —Parpadeó otra vez y tiró del cordón de la campanilla. Y entonces lo recordó. Había dado a luz. Un bebé del que no sabía nada—. ¿Francisco? ¿Francisco? —Empezó a llorar, frustrada por la sequedad que sentía en la garganta, por el dolor en el vientre. No entendía qué había pasado. Por qué se sentía tan débil y por qué se había despertado sola durante la que parecía una soleada tarde de verano. Cuando comprendió que llorando no iba a lograr que le llevaran a su bebé, intentó levantarse. Lo único que consiguió fue acabar cayéndose de rodillas junto a la cama. Descubrió que la madera era muy dura al golpearse con ella—. ¿Ágata? ¿Hola?

—¡Majestad! —La condesa María entró en el dormitorio procedente de la antesala—. Majestad, por favor, debe quedarse en el lecho. Está todavía débil.

Sissi permitió que la ayudara a levantarse y a acostarse. Aunque era julio, agradeció que María la arropara. Durante el breve período de tiempo que había pasado fuera de la cama, se había enfriado.

—María, ¿dónde está mi marido? ¿Y mi bebé?

—Se lo ruego... Debe descansar.

—María, por favor, mi bebé. ¿Fue...?

—Ha tenido una niña, majestad. Espere a verla, la princesa imperial es perfecta.

Sissi se echó a llorar de nuevo.

—Es una niña fuerte y sana, igual que lo estará Su Majestad cuando se recupere.

Sissi negó con la cabeza.

—No llore, por favor. Un bebé sano es un motivo de alegría, sin importar

su sexo.

—Una niña. María, ¿dónde están? Debo ver a mi hija y a mi marido.

—El emperador está en una reunión. Al parecer han llegado noticias desde Budapest.

—¿Desde Budapest? ¿Los húngaros? —Los pensamientos de Sissi se sucedían con rapidez, asombrada por el hecho de que el mundo hubiera seguido avanzando mientras ella dormía.

María ahuecó los almohadones en los que se apoyaba Sissi.

—Su Majestad Imperial solo consintió marcharse de su lado cuando el médico le aseguró que dormía plácidamente.

Sissi asimiló las noticias, pero no por ello se sintió menos desorientada.

—¿Cuánto tiempo he estado durmiendo?

—Se ha despertado en un par de ocasiones, pero no parecía capaz de ubicarse. Ha estado dos días durmiendo, majestad.

Sissi meneó la cabeza para desterrar la confusión que aún persistía como si fueran testarudas telarañas. ¿Tan potente era el brebaje que le preparó el médico?

—En un momento dado se despertó y pidió ver a su madre y a Elena. Y a Francisco. Y a la pequeña Sofía.

—No lo recuerdo —dijo Sissi.

—No se preocupe, majestad. —María le colocó una mano en la frente—. Su cuerpo ha sufrido mucho, pero recuperará las fuerzas en breve. ¿Cómo se encuentra?

—Tengo frío —respondió. Tenía frío. Se sentía sola. Asustada. Furiosa. Pero decidió no añadir más.

—Sí, emperatriz. Está pálida. Diré al doctor que se ha despertado y, si le parece bien, ordenaré a Ágata que le traiga un caldo caliente.

—No, antes quiero ver a mi bebé —insistió Sissi. Seguía teniendo la garganta tan seca que le dolía—. Una niña.

María guardó silencio y su expresión, siempre honesta y abierta, reflejó la incertidumbre que sentía.

—¿Qué ocurre, María?

—Majestad, me temo que su bebé... la princesa imperial no está aquí.

Sissi sintió que se le caía el alma a los pies.

—¿Qué quieres decir, cómo que no está aquí? Pero... pero me has dicho que es una niña sana.

—Por supuesto, la niña está perfectamente. —María parecía incapaz de mirar a Sissi a los ojos mientras hablaba—. Pero el clima ha sido muy

caluroso y casi toda la ciudad ha sido víctima de las fiebres. La archiduquesa temía que las princesitas corrieran algún riesgo. Se ha llevado a Sofía y a Gisela a Laxenburg. No regresarán hasta que le enviemos un mensaje tranquilizador cuando la epidemia de fiebre haya pasado.

—¿Gisela?

—Ese es el nombre que han decidido el emperador y la archiduquesa. Siento mucho que no la hayan aguardado, majestad. Sé que esperaba poder llamarla Elena.

—No importa.

Sissi meneó la cabeza. ¿Por qué se sorprendía de que su suegra se tomara la libertad de elegir el nombre de su segunda hija tal como había hecho con la primera? Pero ¿marcharse del palacio sin ella, llevarse a sus hijas de su lado? La audacia de Sofía le parecía increíble. Empezó a temblar de rabia, multiplicada por el hecho de que sus pequeñas estaban fuera de su alcance y de que no lograría recuperarlas.

—¿Francisco ha permitido que se lleve a nuestras hijas?

—Me temo que el emperador estaba tan preocupado con las conversaciones y los emisarios que pensó que era una buena idea.

—¿Cómo es posible que esa mujer crea que es seguro viajar con una niña pequeña y otra recién nacida...?

—Se ha llevado a la nodriza y a varias niñeras. Y a la condesa Esterházy.

—¿Así que todas esas personas han visto a mi hija y yo no? —Sissi apretó los dientes, y le tembló el mentón—. Esta es la gota que colma el vaso. Se acabó.

—Por favor, majestad. Quédese en la cama. —María impidió que se levantara empujándola con delicadeza—. Iré en busca del doctor Seeburger y le traeré un poco de caldo.

—Vas a llevar esto... —Sissi cogió papel y garabateó a toda prisa un angustiado mensaje—. Entrégaselo a mi marido ahora mismo. ¡Dile que venga a verme de inmediato!

María la miró de nuevo con el ceño apenas fruncido... ¿tal vez por la preocupación?

—Señora, no sé si es el mejor momento para que solicite ver al emperador.

—¿Por qué no? —inquirió Sissi—. ¿Me harás esperar hasta mañana? ¿Cuándo es el mejor momento para recriminar a tu marido que haya permitido que te roben a tus hijas mientras duermes?

—Majestad, debe descansar. Recuperar el color. Tal vez mañana sea un

momento más adecuado para pedir al emperador que la visite.

Irritada, Sissi cogió el espejito de marfil que tenía en la mesilla de noche. Cuando vio su reflejo estuvo a punto de soltar una exclamación, espantada.

El rostro que contemplaba estaba lívido, macilento. Sus ojos, otrora brillantes y de mirada alerta, del color del ámbar, estaban hundidos y rodeados por ojeras moradas. Había perdido la carne de los mofletes y los pómulos resaltaban el doble de lo que lo hacían dos días atrás. Además, tenía el pelo sin lustre y despeinado. No obstante, lo peor de todo era la expresión frenética y desesperanzada que asomaba a ese rostro grisáceo. Parecía un animal acorralado, dispuesto a luchar, pero agotado y abatido.

Suspiró y dejó caer los hombros mientras se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Tienes razón, María. Si Francisco me ve así, es posible que se sienta inclinado a llevarme a un manicomio. Parezco medio loca. —Se estremeció y devolvió el espejo a la mesilla de noche, donde lo colocó boca abajo—. Tráeme un poco de caldo de pollo y vino. Y que venga Ágata. Tengo que lavarme el pelo.

—Ahora mismo, señora. —María colocó las mantas de manera que Sissi estuviera bien arropada.

Incapaz de seguir mirando el dormitorio donde no estaba su hija ni había señal alguna de que el bebé hubiera existido siquiera, Sissi cerró los ojos. Al cabo de unos minutos se sumió en un misericordioso sueño.



El sol salió al día siguiente acompañado por una leve brisa que entraba con suavidad por las ventanas abiertas. Tras un desayuno consistente en caldo y tostadas, Sissi se sentía dolorida pero lo bastante fuerte para levantarse de la cama. Con la ayuda de Ágata y María, se vistió y envió un mensaje a Francisco, pidiéndole que almorzara con ella: «Hace un día maravilloso. ¿Qué te parece si nos vemos en la glorieta?».

Tal vez fuera el lugar más pintoresco de los jardines imperiales, compuesto por una galería de arcos de piedra que se alzaba en la cima de la colina, desde la cual podía admirarse la fuente de Neptuno y el sinfín de arriates cuajados de tulipanes.

Se encontraría con su esposo para almorzar, y aparecería alegre y recuperada, sin importar cómo se sintiera. La mejor manera de ganarse la colaboración de Francisco, según había aprendido, era conquistándolo, no recriminándolo. Al parecer solo obedecía a una mujer dominante y

prepotente, y dicha mujer era su madre, admitió Sissi con un nudo en el estómago provocado por el resentimiento. Bueno, si conquistarlo era su mejor arma, eso haría.

Eligió un vaporoso vestido veraniego de brocado rosa claro. Se lavó el pelo y se lo perfumó. Se sujetó las trenzas en la coronilla, conformando un recogido suelto que le enmarcaba la cara. El peinado que más le gustaba a Francisco. Se puso colorete en las demacradas mejillas y se aplicó un poco de grasa coloreada en los labios, que tenía muy pálidos. Acto seguido, se puso unas gotas de perfume de jazmín en el cuello y en las muñecas. Y se aseguró de llevar el colgante de oro que el emperador le había regalado la primera Navidad que pasaron juntos.

Francisco apareció por el camino sin hacer mucho ruido, llevando un montón de papeles y de mapas debajo de un brazo.

—¡Aquí está la madre de mis hijas! —Entregó los documentos al asistente que tenía más cerca y se inclinó para besar a su mujer—. Isa, emperatriz mía.

—¡Francisco! —Sissi esbozó una sonrisa radiante mientras aceptaba el beso y se contenía para no soltar una retahíla de insultos al hombre que había permitido que la separaran de sus hijas, al hombre cuyo cuerpo seguía siendo delgado y atlético tras el nacimiento de sus hijas mientras que el suyo parecía un despojo.

—Me alegro de verte tan bien, Isa. —Francisco se sentó a su lado y le aferró una mano desnuda.

Sissi había olvidado los guantes a propósito, ignorando la ridícula regla de Sofía.

Los ojos de Francisco volaron hacia el revelador escote del vestido de su esposa, deteniéndose en sus pechos, hinchados por la frustrante imposibilidad de amamantar a su hija. Tardó varios minutos en hablar.

—Estás... muy bien, Isa. Muy... saludable, realmente.

—Gracias. —Sissi se inclinó hacia él, logrando que se quedara boquiabierto—. Tengo la impresión de haberme pasado días durmiendo.

Francisco asintió con la cabeza sin apartar la mirada de sus voluptuosas curvas.

—Y cuando... ¿cuándo crees que podrás retomar tu rutina? —Tragó saliva y tartamudeó—. Bueno, ¿cuándo te ha dicho el médico que podrás hacer tu vida normal?

—Pronto —contestó sonriendo, ya que le había leído el pensamiento. Miró hacia la ladera de la colina, con sus parterres de flores pulcramente colocados entre la hierba, podada a la perfección. Miró el palacio, a lo lejos.



Y cuando miró a Francisco otra vez enarcó una ceja—. Me he despertado con las noticias de que nuestra pequeña se llama Gisela.

—Gisela, sí. —Los ojos de Francisco buscaron los de ella, y sonrió al pensar en su segunda hija—. Ha hecho mucho calor. Un calor espantoso. Por suerte, mi madre tuvo la acertada idea de llevarse a las niñas a Laxenburg.

—Sí, eso me han contado —replicó Sissi con un deje acerado en la voz—. Quería hablar contigo de eso, Francisco. Debes escribir a tu madre de inmediato para decirle que estamos todos muy bien y que quieres que tus hijas vuelvan. ¿De acuerdo, Francisco? —intentó suavizar el tono, pero sabía que era un poco desesperado.

—No nos apresuremos. Vamos a esperar hasta que recuperes las fuerzas. Es posible que el calor regrese, y nos han llegado informes de que la fiebre persiste en la ciudad.

—No, Francisco, no puedo esperar —le soltó—. Se me debe permitir tener a mis hijas cerca. ¿Es que no lo entiendes?

Francisco la miró fijamente sin parpadear... tal vez irritado por el evidente disgusto de su mujer. Pero en ese momento apareció Grünne.

—Disculpen la interrupción, majestades.

—Grünne, ¿qué ocurre? —Francisco hizo una señal a su general para que se acercara, apartando los ojos de los de Sissi.

Ella frunció el ceño y entrelazó las manos sobre la mesa mientras suspiraba a modo de protesta.

—Hemos recibido respuesta de los emisarios de París.

—¿Tienes las cartas? —Francisco soltó el tenedor y miró a su ministro.

—Aquí mismo, majestad.

—Excelente, llévalas al consejo. Congrega a todo el mundo, tendremos una reunión en cuanto acabe de almorzar.

—Ahora mismo. Ah, también nos han llegado noticias de San Petersburgo. —Grünne cambió el peso del cuerpo de un pie al otro.

—¿Y?

Grünne meneó la cabeza.

—Vamos, dímelo —le ordenó Francisco con un tono de voz que Sissi jamás le había oído.

—Nuestros temores se han confirmado.

—¿Qué han dicho los rusos?

Grünne miró un instante a Sissi, disculpándose por tratar un tema de política exterior en su presencia. Y después contestó:

—El zar está decidido. Rusia abandonará la alianza.

—¿No podemos convencerlos... de alguna manera?

Grünne negó.

—Me temo que estamos completamente solos.

Francisco agachó la cabeza y la sostuvo entre las manos, y Sissi se percató de que su pelo pelirrojo estaba veteado de gris. Un efecto de la edad y de las preocupaciones en el que nunca antes se había fijado.

—¿Es que no puedo almorzar un día con mi mujer sin la amenaza de que el mundo se derrumbe a nuestro alrededor?

—Siento las desagradables noticias, majestad.

—Déjanos, Grünne. Acabaré de comer y retomaremos este asunto dentro de una hora. Encárgate de reunir al consejo.

—Sí, majestad.

—Eso es todo, Grünne. —Francisco devolvió su atención al estofado de ternera, si bien lo hizo con expresión contrariada.

Grünne hizo una reverencia y se alejó de la glorieta sin mediar palabra, dejando atrás a Francisco sumido en un inquieto silencio y a Sissi cavilando. ¿Era mejor presionarlo en ese momento, mientras estaba distraído, o lo enfurecería más con sus ruegos domésticos?, se preguntó. ¿Qué importaban sus angustias personales cuando Rusia acababa de afirmar que Austria era su enemiga?

Sin embargo, no podía posponer el tema del regreso de sus dos hijas. Para ella, una madre, no había nada más urgente ni apremiante. Que los húngaros y los rusos siguieran hablando de guerra todo lo que quisieran. Para Sissi, lo único importante era reunirse con sus pequeñas.

Dos criados se llevaron el primer plato y dejaron frente a ellos dos más de perca empanada acompañada con ensalada de patatas y hojas verdes. Sissi no tenía apetito, pero jugueteó con el pescado de forma distraída mientras se preparaba para retomar el tema.

—Francisco, vamos a hablar de cosas bonitas —dijo con un tono alegre que contrastaba con el apremio insistente que la carcomía—. Como nuestras niñas. Qué ganas tengo de verlas. ¡Ni siquiera conozco a Gisela! Aún no la he cogido en brazos. ¿Te imaginas?

Francisco se encogió de hombros, pero mantuvo la vista clavada en la perca, que cortaba con movimientos rápidos y eficientes.

Sissi sabía que debía seguir.

—Gisela. ¿Cómo elegiste el nombre? ¿Fue idea de tu madre?

Francisco parpadeó y soltó el tenedor, que golpeó el plato con fuerza.

—Isa, así es como se hacen las cosas. ¿Por qué siempre tienes que

protestar tanto por el protocolo de la corte? Me gustaría que te limitaras a aceptar todo tal como es.

Sissi miró a su marido, muda de la impresión por la cortante réplica. Por la evidente frustración de Francisco.

—Muy bien. —Asintió con la cabeza y extendió un brazo sobre la mesa para tomarle una mano—. No pienso discutir. Me gusta el nombre.

Francisco la observó, sin saber si el tema estaba zanjado o no. Sissi le ofreció una sonrisa conciliadora. Él cogió el tenedor otra vez y empezó a dar cuenta del pescado.

Sissi carraspeó.

—Me encantaría ver a nuestra pequeña Gisela. Francisco, te lo ruego, escribe a tu madre y dile que vuelva con nuestras niñas.

—Isa... —Francisco soltó de nuevo el tenedor y apartó el plato—. Acabas de oír las noticias de Grünne. Y eso no es ni la mitad. La situación es... peligrosa.

—Rusia, ¿verdad? Están enfadados con nosotros.

Francisco resopló y soltó una carcajada amarga.

—Simplemente son los últimos en sumarse a una larga lista.

—Sé que también han sucedido cosas con Hungría. Me han dicho que has estado ocupado con el consejo, que os habéis reunido durante días. Antes de abordar ese tema, por favor, necesito que accedas al regreso de las niñas.

—Pero Isa... De eso se trata, precisamente. Han pasado cosas en Hungría, y no estoy seguro de que sea el mejor momento para que las niñas vuelvan a Viena.

—¿Qué quieres decir?

—Debo viajar a Budapest.

—¿Estamos en guerra con Hungría?

—No, todo lo contrario, de hecho. Hemos decidido iniciar las conversaciones.

Sissi se acomodó en la silla y entrelazó las manos sobre la mesa. No pudo evitar sonreír al escucharlo. ¿Acaso no había sido ella quien sugirió, meses antes, esa estrategia mientras que su suegra seguía apoyando medidas más contundentes?

—Bueno —dijo ladeando la cabeza—, me alegra oírlo.

Francisco asintió en silencio.

—Hay mucha hostilidad fuera de nuestras fronteras, con Inglaterra y Francia presionando para lograr un acuerdo con Rusia. Y Prusia sigue con sus amenazas. Estamos completamente solos. Mi madre puede decir que no

necesitamos a nadie, pero que me aspen si no necesitamos a Hungría. Así que debo hacerme con la lealtad de los húngaros, que forman parte del imperio. — Hizo una pausa, como si le costara divulgar la siguiente información—: Me voy a Budapest para sentarme a negociar con Andrásy.

Sissi guardó silencio para asimilar la noticia. Budapest. Estaba situada al este, a orillas del Danubio. Pero no sabía mucho más.

—¿Cuánto tiempo estarás en Budapest? —Ya se imaginaba el verano que tenía por delante: sola y pasando calor en Schönbrunn mientras Francisco estaba en Budapest. No podría soportar la soledad mientras Sofía se encontraba en Laxenburg, no sin que su esposo estuviera con ella.

—Meses, tal vez más. —Extendió un brazo por encima de la mesa para tomarla de la mano—. Tendré que quedarme tanto tiempo como sea preciso para restablecer las relaciones con los húngaros. No puedo permitirles que proclamen su independencia. Ahora no, cuando Prusia y Francia amenazan con declararnos la guerra.

—Meses, tal vez más. —Sissi repitió su indecisa respuesta. Su marido la dejaba sola durante un período de tiempo indefinido. Mientras estuviera lejos, no tendría la menor oportunidad de recuperar el control sobre sus hijas.

—Lo siento, Isa. Sé que será difícil. Pero será aún más difícil si te opones a mí. Por favor, apóyame.

En la mente de Sissi empezó a tomar forma una idea muy vaga. Al principio apenas alcanzaba a perfilarla y era tan frágil como una voluta de vapor. Pero a medida que la examinaba, la idea cobró forma y fuerza. Se aferró a ella. Sí, decidió, ya tenía la solución. Le pareció un propósito tan brillante que al principio dudó a la hora de exponérselo a Francisco. Si este se oponía, no sabía cómo iba a soportarlo. Pero era la única manera.

—Francisco, llévanos a Hungría contigo.

En ese momento le tocó a Francisco quedarse mudo.

—Isa... —dijo al fin, si bien negando con la cabeza.

Procedente del arco de piedra exterior, se escuchó a un pajarillo que entonaba su melodía, burlándose del silencio del emperador.

—Francisco, escúchame. —Sissi se sintió alentada por el hecho de no haber obtenido una negativa tajante—. Has dicho que es un viaje para restablecer las relaciones con Hungría. Suena como una estancia cordial. Llévanos contigo. A las niñas y a mí.

—Isa, no sé si entiendes la naturaleza de estas...

Sin embargo, debía aprovechar el elemento sorpresa, debía socavar la indecisión de su marido en su favor presentando los méritos de su plan.

—Francisco, será maravilloso para tu imagen. ¡Piénsalo! El joven emperador y su esposa van a Hungría con sus adorables princesitas.

—Pero todavía estás débil por el parto y además...

—Te ganarás el corazón de los húngaros. En vez de verte como a un conquistador extranjero, te verán como el maravilloso hombre hogareño que eres. Las niñas y yo haremos lo que sea menester para conquistarlos.

—Pero no sería...

—Tú piénsalo, será fantástico para nosotros. Y para tu imagen. Un viaje familiar a Hungría, ¡imagínatelo! Nunca he visitado esa parte de nuestro imperio.

—Pero no has pensado en...

—La emperatriz también debería visitar a su pueblo, ¿no? —Sissi esbozó la que esperaba que fuera su sonrisa más irresistible—. ¿Recuerdas cuánto me querían en Salzburgo y en Bad Ischl? A lo mejor también conquisto a la gente de Hungría.

—Supongo que sí, pero no en esta tesitura. No creo que...

—Francisco, sabes que gozo de mucha popularidad entre el pueblo. Permíteme ayudarte. Por favor, te lo suplico, llévanos contigo. —Se aferró a las manos de su marido mientras este la miraba, indeciso.

A la postre, él negó con la cabeza.

—No, lo siento, esta vez no.

—Francisco, si en alguna ocasión has deseado hacer algo que me haga feliz, que sea esto. —A esas alturas no ocultaba la desesperación de su voz—. Por favor... Te lo suplico.

Francisco soltó el aire despacio, una reacción que Sissi no supo interpretar.

—Amor mío, ¿cómo consigues lograrlo siempre? —Anunció su rendición con una sonrisa renuente—. ¿De verdad quieres venir a Hungría conmigo?

El corazón de Sissi pareció dejar de latir un instante.

—Si accedes a que las niñas nos acompañen, sí. De verdad que quiero ir, Francisco.

—Muy bien. —Se encogió de hombros—. Pues a Hungría... A Hungría iré con mi aventurera e indomable esposa.

—¡Gracias! —Sissi se inclinó hacia delante y depositó una lluvia de besos sobre el atónito rostro de su marido.

—No me des las gracias, Isa. El viaje no será cómodo.

Sissi sonrió.

—Francisco, se te olvida que no siempre he sido esta emperatriz

consentida. La idea de sufrir un viaje incómodo no me asusta ni lo más mínimo.

—Bueno, mi madre no querrá acompañarnos —añadió él, que devolvió la vista al plato. Al parecer, había recuperado el apetito—. Además de detestar a los húngaros, está enfadada conmigo por haber aceptado ir.

Sissi contuvo la carcajada que amenazaba con brotar de sus labios. Se inclinó hacia delante y colocó la mano sobre una de las de su marido.

—Creo que me van a gustar mucho los húngaros. ¿Cuándo podremos partir?



Sissi entró como un vendaval en su dormitorio. Jadeaba.

—¿Emperatriz? ¿Ha sucedido algo? —Su doncella se tensó, sorprendida.

—¡Ágata, todo es maravilloso! Debemos hacer el equipaje ahora mismo. Me marcho a Budapest.

Sissi estaba segura de que había recuperado el color que sus mejillas habían perdido; de que el brillo que había desaparecido de sus ojos ambarinos relucía de nuevo en ellos. La idea de ir a Budapest había renovado sus esperanzas. ¡Francisco, las niñas y ella iban a viajar solos! La familia, tal como debía ser. Y libres no solo de Sofía, sino también de la condesa Esterházy y de sus chismosas damas, así como del resto de la rígida, entrometida y solitaria corte.

No había tiempo para encargarse de vestidos nuevos. No, encargaría ropa para ella y para las niñas en Budapest. Seguro que herr Lobkowitz era capaz de encontrar modistas con talento en Budapest. Sus hijas estarían preciosas sentadas en el carruaje, entre su madre y su padre, saludando a las multitudes húngaras mientras se dirigían hacia el este siguiendo el curso del Danubio. Conquistarían a esos renuentes húngaros, Sissi estaba segura de ello.

Para que se ocupara de sus aposentos en el castillo de Budapest se llevaría a Ágata. A la doncella seguro que no le haría ni pizca de gracia dejar atrás a su flamante marido, pero solo serían unos meses, y Sissi necesitaba al menos un criado de confianza.

María también la acompañaría. Además de ser húngara de nacimiento, lo que le resultaría de gran ayuda para traducirle el idioma y también para explicarle las costumbres autóctonas, había demostrado ser concienzuda en el manejo de su correspondencia y en las tareas administrativas. Y seguro que estaba ansiosa por visitar su tierra natal.

Herr Lobkowitz se quedaría en Viena para encargarse de los aposentos de

Sissi durante su ausencia; se ocuparía de su correspondencia diaria, respondería peticiones en su nombre y la mantendría al tanto de las noticias de la corte. Y, con suerte, evitaría que las criadas aburridas fisgonearan y que Karoline o Paula toquetearan el joyero de la emperatriz.

Sofía fue convocada a la corte y regresó de Laxenburg con gesto avinagrado, mascullando con un hilo de voz lo «arduo que sería el viaje para las princesitas», y refiriéndose a la incapacidad de Sissi para estar al cuidado de las niñas.

Sissi pudo coger en brazos a Gisela, una chiquitina rosada que la miró con unos ojos del mismo color que los suyos en cuanto llegaron a Schönbrunn, pero desde entonces Sofía la había mantenido apartada de ellas. Siempre había una excusa, y jamás las encontraba en los aposentos de su suegra cuando iba a verlas. La archiduquesa las sacaba a pasear en carruaje, las llevaba a la iglesia, concertaba citas privadas con el médico de la corte. La puerta de los aposentos de Sofía estaba perpetuamente vigilada por la guardia imperial, de manera que cada vez que Sissi iba, la despachaban antes de que pudiera llamar siquiera. La excusa más habitual era que la archiduquesa y las princesas estaban durmiendo, aun cuando escuchaba a Sofía reír al otro lado de la puerta.

La separación era dolorosa, pero de algún modo el sufrimiento quedaba paliado por el hecho de saber que pronto acabaría. No merecía la pena declarar la guerra a su suegra, o arriesgarse a provocar la ira de Francisco, cuando ya había ganado. Las niñas y ella abandonarían la corte con él, y esa certeza elevaba el ánimo de Sissi a medida que las horas de luz menguaban y el frío alejaba los últimos días estivales.



Unas semanas después, Sissi descubrió su dormitorio vacío una tarde que regresó de cabalgar a solas por los bosques cercanos a Viena.

—¿Ágata? —Llamó a la doncella, la encargada principal de sus aposentos, pero esta no respondió. Tiró del cordón de la campanilla—. ¿Ágata?

Seguramente estaría disfrutando de un encuentro furtivo con su marido, pensó Sissi con humor. Que se divirtiera.

La estancia estaba limpia y en los jarrones había fragantes flores, recién cortadas de los invernaderos imperiales. La cama tenía sábanas limpias y sobre ella la aguardaba un vestido para la hora del té de color amarillo limón, listo para que se cambiara. A su lado descubrió una carta.

La cogió, y recordó en ese momento que debía una respuesta a su primo Luis y otra a Elena. Hasta las tareas mundanas como mantener la correspondencia le parecían mucho más amenas, ya que pronto partirían hacia Budapest.

Sissi miró la carta que tenía en las manos. Desplegó el papel y descubrió que la letra le era desconocida. La nota no llevaba firma. Intrigada, empezó a leer.

El destino de una reina es dar un heredero al trono. La ambición de la reina debería ser dar un príncipe heredero al Estado y contentarse con su suerte. No debería ni por asomo intervenir en el gobierno de un imperio, cuyo manejo no es una tarea para las mujeres...

La mano de Sissi temblaba mientras digería las palabras, haciendo que la carta se moviera entre sus dedos. Se obligó a seguir leyendo:

Si la reina no tiene hijos varones, solo es una extranjera en el Estado. Una extranjera peligrosa, además. Porque jamás podrá aspirar a que se la trate con benevolencia y siempre deberá temer que la envíen de vuelta al lugar de donde vino, y se verá en la tesitura de ganarse al rey por otros medios distintos a los naturales. Tendrá que luchar para mantener su posición y su poder recurriendo a las intrigas, sembrando discordias, para infortunio del rey, de la nación y del imperio.

Sissi acababa de leer el escrito cuando Ágata entró en el dormitorio tarareando una alegre melodía.

—Buenas tardes, emperatriz Isabel. No sabía que había regresado tan pronto.

—Ágata... —dijo Sissi con voz trémula mientras se volvía hacia la doncella—. ¿Quién ha entregado esta carta?

La doncella miró la nota, confundida.

—No estoy segura, majestad. He estado en... la cocina. —Ágata mentía, y eso enfureció aún más a Sissi.

—¿No has visto quién la ha dejado en mi cama?

—Lo siento, majestad, no lo he visto.

—Ágata, jamás vuelvas a abandonar mis aposentos si se quedan vacíos en pleno día. —Sissi se acercó a la doncella con la carta en la mano—. Te necesito, ¿no lo entiendes? Tu obligación es la de atender mis aposentos en todo momento, no la de irte a ver a ese marido tuyo.

—Sí, majestad.

Sissi se percató de la expresión dolida de Ágata y sintió una punzada de culpa. Pero no tenía tiempo para preocuparse. Su mente trabajaba a toda velocidad.

—¿Dónde está herr Lobkowitz?



—Ha ido a hacer indagaciones sobre las telas húngaras, tal como Su Majestad le ordenó.

—Que venga ahora mismo.

—Sí, majestad.

Herr Lobkowitz llegó y él también adujo desconocer quién había entregado la carta y quién era el autor. Tal como hicieron María, Paula, Karoline y la condesa Esterházy. Pero Sissi ya había supuesto su procedencia. Solo había una respuesta.

—Necesito ver a la archiduquesa —insistió ante la puerta de los aposentos de Sofía. Un guardia, de postura tensa y ataviado con su almidonado uniforme, le impedía la entrada.

—La archiduquesa está descansando en este momento con las princesas imperiales, majestad —le comunicó con una formalidad desquiciante.

¿Acaso no sabía ese hombre que esas dos princesas eran sus hijas?, se preguntó Sissi.

—En ese caso, esperaré.

Lo miró con expresión furibunda y se sentó en una de las sillas de madera de la antesala, que crujió cuando tomó asiento.

Al cabo de unos instantes la voz de Sofía, que estaba hablando con tono dulce, se filtró por las rendijas de la puerta de madera. Sissi se levantó de la silla, hirviendo de furia.

—Está despierta.

—Tenemos órdenes de no molestar a la archiduquesa ni a las princesas, majestad —replicó el guardia con voz serena al tiempo que su rostro mantenía una expresión de cuidada indiferencia. Ambas cosas aumentaron el enfado de Sissi.

—Esto es ridículo. Soy la emperatriz y exijo ver a mi suegra.

Sin embargo, él se mantuvo en su puesto, inflexible.

—Majestad, mis órdenes son que nadie la moleste esta tarde mientras duerme.

—¡Está despierta! ¡La oigo ahí dentro, en la habitación!

El guardia cambió el peso del cuerpo de un pie a otro y Sissi se percató de que su determinación flaqueaba un poco. Su obligación era cumplir órdenes, no mediar en una disputa entre los miembros de la familia imperial.

—Apártate. Por favor.

—Pero... mis órdenes están claras, majestad.

—Bueno, pues mis órdenes son superiores a las tuyas. —Sissi cuadró los hombros y enderezó la espalda—. La emperatriz te ordena que incumplas las

órdenes de la archiduquesa. Si ella te sanciona por permitirme la entrada, tendrás de inmediato un puesto en mis aposentos. O, mejor, en los del emperador. Y ahora déjame pasar. —Sissi no esperó a que el guardia asintiera, sino que se coló tras él y abrió la puerta.

La escena que encontró cuando entró bastó para que le fallaran las rodillas. Sofía no estaba durmiendo. Ni las niñas. Gisela, que llevaba un prístino vestido blanco, estaba acostada en una suave manta rosa extendida en el suelo. La pequeña Sofía se sentaba a su lado y jugaba con una muñeca mientras la archiduquesa se inclinaba hacia ella para decirle cuál era la mejor manera de cepillar el pelo rubio de la muñeca. Era un momento muy tierno, un momento precioso. Pero Sissi debería haber estado incluida. Era ella quien debería estar interpretando el papel de madre.

El dolor que sintió solidificó su determinación, de manera que cualquier deferencia que pudiera haber demostrado hacia su suegra se convirtió en una bola de hierro que se asentó en su estómago. El perrito de Sofía, que descansaba en un mullido almohadón en un rincón de la estancia, gruñó al verla entrar.

—Sofía, di a la niñera que se lleve a mis hijas. Las quiero en mis aposentos.

—¡Isabel! Qué sorpresa. —Sofía la miró desde el suelo y trató de enderezarse, si bien la parte central de su cuerpo, cada vez más oronda, se lo dificultó—. He ordenado que no dejen pasar visitas.

—¡Mamá! —Sofía sonrió a Sissi y le tendió las regordetas manos.

—Hola, cariño. —Sissi se inclinó para levantar en brazos a la niña, tras lo cual le plantó dos besos en los rollizos mofletes.

—Mi bebé —dijo Sofía, y le mostró orgullosa su muñeca.

—Es un bebé precioso, Sofía. —Sissi colocó a su hija un mechón castaño rojizo tras la oreja. Por dentro, lloraba en silencio mientras entregaba la niña a la niñera—. Por favor, llévatela mientras hablo con la archiduquesa.

—¡No! —protestó la pequeña Sofía, tratando de zafarse de los brazos de la niñera—. Abuela, ven conmigo. —La niña miró a Sissi con expresión dolida, sorprendida por la traición de su madre, tras lo cual extendió los brazos hacia la archiduquesa. La evidencia de que su hijita prefería a su abuela hirió a Sissi como si fuera una flecha.

—Ahora mismo voy, chiquitina. —Sofía se levantó y permitió que otra niñera se llevara a Gisela. Cuando se quedaron solas, desterró la falsa sonrisa—. Bueno, qué novedad, Isabel. ¿Te parece apropiado irrumpir de esta manera en mis aposentos y dar órdenes a mis criados?

—Creo que son los criados de Francisco.

—Estás asustando a las niñas. ¿Qué sucede, Isabel?

Sissi levantó la mano que aferraba la carta.

Sofía contempló sin inmutarse el papel que Sissi le mostraba.

—No sé quién ha escrito esa carta, Isabel.

—Yo no he dicho que sea una carta.

Sofía la miró y sus ojos traicionaron el miedo que sentía, pero no habló.

—Sospecho que sabes muy bien qué es esto, Sofía. Y que tú lo has escrito.

—Puedes creer lo que quieras. —Sofía se volvió y se acercó a un enorme escritorio de palisandro cuya llave se sacó de un bolsillo—. Hace mucho tiempo que aprendí a no malgastar saliva tratando de convencerte de algo. Eres tan indomable y tan terca como una mula. Igual que tu padre lo ha sido siempre.

Sissi siguió a su suegra hasta el escritorio con los dientes apretados mientras se esforzaba por mantener un tono de voz sereno.

—Sofía, ¿cómo te atreves a amenazarme con una carta de esta naturaleza?

Sofía abrió el escritorio y metió la mano en un cajón del que sacó unos anteojos que se colocó en la nariz.

—¿Puedo? —Señaló la carta.

Sissi puso el papel en la mano de su suegra, de dedos gruesos y adornados con anillos. Sofía leyó las palabras despacio, como si las viera por primera vez. Tras varios minutos, bajó la misiva.

—Tal como te he dicho, yo no he escrito esta carta. Pero no veo que sea amenazadora, a menos que consideres que la verdad es una amenaza.

—Me amenaza con el exilio de la corte si hablo de política internacional con mi marido.

—Isabel, en esta corte hay personas a las que les resulta sumamente inapropiado que intentes interferir en las relaciones con Hungría. Que hayas exigido viajar con el emperador a Budapest.

—¿No es el emperador quien gobierna, Sofía? ¿No es esa la... costumbre?

—Por supuesto, pero no pienses por un instante que yo... que la gente... no ve que estás tratando de dominarlo con...

—En ese caso, si mi marido aprueba que viaje con él, no me importa lo que piensen los demás. No tienes derecho a amenazarme de esta forma. ¿Cómo crees que se sentirá Francisco si lee esto?

—Creo que Francisco quiere un hijo varón. De hecho, sé que es así.

El argumento escoció a Sissi, porque también sabía que era cierto.

—Isabel, ese es el único propósito de esta nota. Alguien cree necesario recordarte cuál es tu lugar en la corte. Y tu propósito es dar hijos varones a Francisco. No irte de excursión a Hungría para cabalgar a placer.

Ese último comentario la sorprendió: alguien la había oído hablar en sus aposentos sobre lo mucho que le emocionaba la idea de cabalgar por las llanuras húngaras y había informado a Sofía de ello. ¿Acaso la informaban de todo lo que decía?

Sissi cuadró los hombros y miró a su suegra a los ojos sin flaquear.

—He dado dos hijos a Francisco en dos años.

—Dos niñas.

—No soy estéril... El niño llegará. No pueden exiliarme porque todavía no haya llegado.

—Cosas peores les han pasado en otros tiempos a las esposas del emperador. No serías la primera en quedar relegada a un segundo plano por no llevar a cabo tu parte del acuerdo.

—Recuerdo haber escuchado que tú tardaste... ¿cuánto fue? ¿Seis años en concebir a tu primer hijo? —le soltó Sissi, indignada.

La mirada atónita que compuso Sofía le provocó a Sissi una momentánea satisfacción.

—En fin, no creo que... —balbuceó su suegra al tiempo que se alisaba las faldas y clavaba la mirada en el suelo. Y, después, al cabo de un momento, se enderezó y levantó la barbilla—. Nadie en la corte puso jamás en duda mi férrea determinación a dar hijos a mi marido. Dejé bien claro que ese era mi más firme propósito. A ti te vendría bien hacer lo mismo.

—¿Te atreverías a poner fin a un matrimonio bendecido a los ojos de Dios, a un matrimonio que ha engendrado a tus dos amadas nietas?

—No haré nada de eso si empiezas a demostrar que te tomas en serio la tarea de tener un hijo varón. Pero sí te voy a decir que lo último en lo que deberías estar pensando es en salir corriendo a Hungría para cabalgar y entrometerte en conversaciones con gentuza como Andrásy. Deberías estar embarazada y deberías quedarte aquí para descansar.

—Francisco y yo seríamos mucho más felices, y sería más probable que yo concibiera un heredero, si dejaras de entrometerte en nuestro matrimonio. ¿Has pensado alguna vez en eso, Sofía?

Su suegra retrocedió. Se había quedado blanca. Sissi estaba segura de que la archiduquesa rara vez, si acaso lo había hecho en alguna ocasión, se enzarzaba en discusiones tan apasionadas como esa. Nadie se atrevería.

—Isabel, no pienses ni por un minuto que eres irremplazable. Puede que mi hijo esté enamorado de ti, pero hay muchísimas jóvenes en esta corte que estarían encantadas de llevar a cabo tu tarea. Y, a diferencia de lo que sucede contigo, no se pasarían el día quejándose y protestando.

Ese último punto era demasiado absurdo, demasiado doloroso para merecer una réplica. De manera que Sissi dio media vuelta dispuesta a salir de la estancia. Se sentía más aliviada que nunca por el hecho de abandonar la corte y partir a Budapest.

Embarazada a perpetuidad, ¿así era como esperaba verla Sofía? ¿Y solo con hijos varones en su seno, como si ella pudiera controlar eso? Sin embargo, algo la hizo detenerse un instante en el vano de la puerta, con la espalda muy recta, demostrando una confianza que no sentía.

—Sofía, ¿vas a echar al guardia que me ha permitido la entrada a tus aposentos?

La archiduquesa la miró mientras meditaba al respecto.

—Sí —balbució al cabo de un instante—. Sí, desde luego que voy a hacerlo. Tú, estás despedido. —Sofía señaló al guardia con un dedo amenazador.

—Muy bien, acompáñame. Acabas de encontrar otro trabajo —dijo Sissi agitando una mano—. Bueno, Sofía, debo irme. Debo hacer el equipaje para la estancia en Budapest. Las niñas van a estar preciosas con su padre y conmigo. Estoy deseando emprender el viaje.

## XI

*A su lado Francisco parece tranquilo. Incluso rígido. Pero Sissi detecta el cansancio que se esconde tras esa fachada de serenidad. La fragilidad humana que persiste, pese a todos los años de adiestramiento y control emocional. Por un brevísimo momento anhela arrancarle todas esas capas, liberarlo de esas cadenas para que se parezca por una vez al hombre que conoce, al hombre cuyas esperanzas estuvieron en otra época tan íntimamente ligadas a las suyas que era incapaz de diferenciarlas.*

*Pero ya es demasiado tarde para eso. Él ha tomado una decisión y ella la suya. Ella no puede deshacer el pasado de la misma manera que no puede variar el rumbo que ha establecido para el futuro. Lo admite una última vez, con tristeza, como si así estuviera despidiéndose de él. Como si se despidiera de una versión de ella misma.*

*A su alrededor, la multitud que abarrota la catedral aplaude y vitorea, una muchedumbre enloquecida que lucha por conseguir un lugar lo bastante cerca de ellos para tocarlos.*

*—¡Reina mía!*

*—¡Emperatriz!*

*—¡Larga vida a Sissi!*

*—¡Larga vida a Francisco José!*

*Es consciente de que la adoran, pero ¿le perdonarán lo que debe hacer a continuación?*

## Capítulo 11

*Castillo de Buda, Budapest, Hungría  
Primavera de 1857*

—Quédate quieta, Sofía. —Sissi intentó parecer firme, aunque no pudo contener la risa cuando miró a los ojos a su hija de pelo castaño, que le tiraba de las faldas y suplicaba subirse al regazo de su madre.

—¡Aúpa, mami! ¡Aúpa!

—Tengo a Gisela en brazos, amor mío. Debes quedarte quieta como una niña grande. Anda, mamá te cogerá de la mano.

Los cuatro estaban posando. Sissi en el centro con Gisela en el regazo y Sofía, que apenas tenía dos años, de pie junto a su madre. Francisco estaba de pie detrás de Sissi, con una mano apoyada en su hombro y pose orgullosa.

—¡Aúpa! ¡Aúpa, mami! —La pequeña Sofía golpeó el suelo con sus regordetes pies.

—Solo un poquito más, hija mía. —Sissi quería más que nada en el mundo subirse a Sofía al regazo y comérsela a besos; era prácticamente imposible resistirse a sus súplicas—. Herr Kriehuber casi ha terminado el boceto, ¿no es verdad? —Miró al artista de reojo.

—Si la princesita se queda quieta un poco más... —contestó el aludido con una sonrisa que no conseguía ocultar del todo la irritación.

—Haz caso a los adultos, Sofía —la reprendió Francisco, y Sissi se esforzó por no reír al escuchar el fallido intento de su marido por imponerse a su hija—. Queremos que el retrato de nuestra familia salga bien, ¿a que sí?

Sofía masculló algo y estampó de nuevo el pie en el suelo a modo de protesta, pero obedeció. Físicamente era igualita a su padre. Pelo del color de la canela, cristalinos ojos azules y piel blanca. Gisela se parecía más a ella, con el pelo castaño y los ojos ambarinos. Sin embargo, era Sofía quien albergaba su mismo fuego interior, un temperamento que a Sissi le resultó evidente desde sus primeros días de vida y del que Francisco no se responsabilizaba en absoluto.

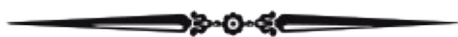
—Yo era una criaturita tímida y asustadiza, siempre pegado a las faldas de

mi madre. Sofía es igualita a ti, Isa. —Francisco hizo ese comentario al principio del viaje, cuando los dos disfrutaban del proceso de conocer a su hija mayor.

Aunque Sissi adoraba a sus dos hijas más de lo que había creído posible, la pequeña Sofía tenía algo que la hechizaba; sin embargo, tenía la sospecha de que Gisela era el ojito derecho de Francisco. Le había dicho que cuando miraba las diminutas facciones de Gisela y su pelo oscuro le gustaba imaginársela a ella de pequeña.

—Muy bien, ya tengo lo necesario. —Herr Kriehuber salió de detrás del caballete y dio una palmada con una floritura—. Sus Majestades Imperiales pueden marcharse.

Sissi se habría quedado tal como estaba, rodeada por su familia y disfrutando de su papel central como madre, durante toda la eternidad. Nunca se cansaría de sus hijitas: la forma en la que Sofía colocaba su manita en la suya, el olor a limpio y a polvos de talco de la piel de Gisela, los sonidos y las muecas que presenciaba a diario. Ese tiempo pasado con sus niñas solo había acrecentado el anhelo abrumador de estar con ellas, el ansia de respirar en su alegre y cantarina presencia. La idea de regresar a Viena, de que su tía volviera a dominar sus vidas, le revolvía el estómago. Y por ese motivo no se permitía pensar en dicho momento.



El viaje a Hungría había empezado más tarde de lo previsto en un principio. El otoño anterior la pequeña Sofía enfermó con un grave constipado y se quedó demasiado débil. Como se negaba a irse sin sus hijas, fue Sissi quien sugirió que permanecieran en el palacio de Hofburg durante la Navidad y los fríos meses de invierno, una época demasiado peligrosa para viajar con un bebé y una niña pequeña convaleciente.

Llegaron a Budapest a principios de la primavera y atravesaron la ciudad en un carruaje acristalado en dirección al castillo de Buda. La multitud se congregó a ambas orillas del Danubio, una marea humana que se afanaba por ver a su emperatriz, cuya belleza se rumoreaba desde antes de la boda. Cuando se dieron cuenta de que lucía el traje típico del país, un corpiño de terciopelo con mangas anchas de encaje, estallaron todos en vítores.

—Ponerte el traje local ha sido una idea brillante —le susurró Francisco mientras saludaban con la mano a la marea de espectadores que los aclamaba. Sin necesidad de un intérprete, tanto Francisco como Sissi sabían que eran gritos de felicidad.



—¿Cuánto tiempo llevan recibiendo órdenes desde Viena sin que la familia real les haga el menor caso? Solo desean tu amor y tu reconocimiento, Francisco. Dáselos y te querrán.



Francisco empezó a quejarse nada más instalarse en el castillo que llevaba tanto tiempo olvidado por los reyes Habsburgo. Le resultaba húmedo y mucho más incómodo que sus palacios vieneses, con sus paredes tapizadas de brocado y todo su esplendor lleno de oro. A Sissi le encantó. Debido a su abandono, el castillo de Buda le recordaba a Possi. Nunca se cansaba del paisaje que ofrecía: una vista perfecta del reluciente Danubio, con el flamante puente de las Cadenas y, más allá, las llanuras verdes que se extendían hasta llegar a Rusia.

El ritmo de vida de Budapest encajaba mucho mejor con Sissi que los tediosos días en la corte. Las niñas y ella realizaban excursiones en carruaje por las amplias avenidas flanqueadas por sicomoros que discurrían paralelas al Danubio, saludando a los pescadores y a los escolares, así como a los gitanos ataviados con alegres ropas que miraban boquiabiertos la procesión imperial, algo inédito en las calles húngaras.

Asistían a misa todos los días en el cercano templo de Mátyás, la catedral de San Mateo, y se sentaban en la banca imperial. Después aprovechaban la oportunidad para congraciarse con los lugareños y con el clero local.

Por las tardes, si el tiempo lo permitía y el sol brillaba en el cielo despejado, Sissi y Sofía salían a andar por el cerro de Buda hasta llegar a la antigua atalaya de Halászbástya, el Bastión de los Pescadores. Era un complejo laberíntico de piedra blanca que a ojos de Sissi parecía sacado de uno de los libros de cuentos de Sofía. Allí, entre los arcos y los muros tallados, y con las escaleras de caracol que recorrían el cerro en la ribera del río, observaban el Danubio y se imaginaban que eran las heroínas de esos relatos, dispuestas a enfrentarse a un peligroso dragón o a una malvada bruja.

—Nosotras no tenemos que fingir ser princesas. —La pequeña Sofía miró a su madre con una expresión sincera y pensativa en sus enormes ojos azules. Era una fría tarde de principios de primavera, y la gélida brisa le había provocado un precioso rubor en las mejillas—. Yo soy una princesa.

—Es verdad, lo eres, cariño mío. —Sissi abrazó con más fuerza a su hija y observó cómo la brisa que ascendía desde el Danubio le alborotaba el pelo castaño, que llevaba suelto.

—Y tú eres la reina. Pero no eres una reina malvada, mamá. Eres una

reina buena. O una reina guapa.

—Ay, gracias, amor mío.

Las palabras de su pequeña abrumaron a Sissi, haciéndola sentir en ese instante que había acabado en esa vida por casualidad. Era la reina. A veces, cuando se permitía disfrutar de una felicidad irreflexiva y sin reservas, como en ese preciso instante, se olvidaba de que lo era. Miró la majestuosa ciudad, reluciente por la gloriosa luz del sol vespertino en esa tarde de primavera, y la cabeza le dio vueltas al recordar que ese era el imperio de su marido.

—¿Dónde está el dormitorio de la abuela, mamá? —Sofía le tiró de la mano, sacándola de su ensimismamiento.

—¿Mmm? —Sissi miró a su hija—. ¿A qué te refieres, cariño?

—Si vamos a fingir que este es nuestro palacio y que vivimos aquí juntos, la abuela también tiene que estar. ¿Cuál será su dormitorio?

—La abuela se queda en su palacio de Viena. En este mundo de fantasía del que hablamos, solo estaremos Gisela, tú, papá y mamá. ¿Qué te parece?

—Pero echo de menos a la abuela.

Sissi abrazó a su hija y deseó poder silenciarla con un beso.

Sofía se zafó de sus brazos antes de soltar otra reflexión.

—Supongo que no pasa nada si la abuela no está aquí porque solo es un mundo de mentira. Nos estará esperando cuando el juego se termine.



A medida que la primavera se expandía por la ciudad y que el aire se impregnaba del olor de las acacias, Sissi presenció por qué esa estación en Budapest había sido immortalizada en poemas, en sinfonías y en cuadros. Las montañas y las llanuras que se extendían junto al río se llenaron de vida nueva, los capullos de flores aparecieron como retazos de tela en un tapiz en tonos verdes, rojos y amarillos recortados contra el azul del Danubio. Los mercados callejeros, así como los puestos de flores y de frutas, brotaron. Y las amplias y elegantes avenidas disfrutaron de la sombra que proyectaban los frondosos sicomoros y los nogales. Por primera vez desde hacía años, por primera vez desde que abandonó Possi, de hecho, Sissi sintió que era totalmente libre para disfrutar de la llegada de la primavera y de toda su gloria.

Para ella no había mejor manera de rendir homenaje a esa estación y a los indicios de nueva vida que salir al mundo a lomos de su caballo. Francisco no tenía tiempo para montar esos días; los documentos que le llegaban de Viena y los planes para promover el acercamiento con los húngaros ocupaban todas

sus horas. Sin embargo, eso no detuvo a Sissi y, de hecho, él la animaba a montar a caballo.

Fue durante esa época, durante ese delicado período entre principios y finales de primavera, un instante tan frágil como los capullos de las flores y la cálida luz del sol, cuando dijo a su marido que era más feliz de lo que lo había sido desde el día de su boda. Era la verdad.

Estaba enamorada de sus hijas y por fin sentía que correspondían ese sentimiento. Su esposo y ella disfrutaban de una renovada intimidad que le resultaba tan vigorizante como el sol de mayo. Francisco parecía agotado cuando llegaron a Budapest, desarmado por su posición, por más informal que fuera, de visitante y extranjero en ese país. Un grave constipado y la incomodidad del viaje parecían haberlo imbuido de cierta humildad, mientras que el amor instantáneo y el apoyo del pueblo húngaro a su esposa solo habían animado a Sissi. Parecían saber, sin que nadie se lo dijera, que ella se sentía una extranjera en la corte austríaca. Que ella, al igual que ellos, era extranjera, que nunca sería una auténtica Habsburgo.

Se corrió la voz por los restaurantes y las cafeterías de que la emperatriz favorecía a su dama de compañía húngara por encima de las demás, pues solo había llevado consigo a María Festetics en ese viaje. Sabían que a la emperatriz le encantaba montar a caballo por las llanuras húngaras, estaban al tanto de su fascinación por la poesía y la historia húngaras; sonreían al oír cómo se equivocaba mientras se esforzaba por hablar en húngaro en público. Y, lo mejor de todo, les habían llegado rumores, habladurías y susurros de comentarios procedentes de Viena de la mala relación que existía entre la emperatriz y la madre del emperador. Sofía, la persona que más crítica fue con los húngaros durante los terribles años de 1848 a 1849 y autoproclamada enemiga de cualquier aumento de los derechos de los húngaros, no era bien recibida en Budapest. Lo que quería decir que Sissi, como su oponente en la corte, fue recibida con los brazos abiertos al punto.

La forma en la que el pueblo húngaro acogió a Sissi instó a Francisco a verla con una creciente admiración. Se había convertido en su mejor amiga y mayor aliada. Sissi contempló ese cambio de comportamiento, por insignificante que les pareciera a otros, como un gesto milagroso de lealtad conyugal. Un gesto que había añorado desde los primeros días que pasaron juntos. Su esposo la veía, la necesitaba. Por fin era relevante.

Francisco y Sissi se convirtieron en inseparables, más unidos de lo que nunca lo habían estado. Sissi ya no estaba obligada a pasar los días sin ver a su marido. En Budapest, lejos de las incesantes exigencias de la corte y de los

cortesanos, comían siempre juntos. Las niñas también los acompañaban. Hablaban de la política en Hungría, y Francisco, tras el período de reposo que los dos embarazos bastante seguidos de su mujer requerían, regresó al lecho conyugal. Sissi disfrutaba porque hacía el amor con su marido una vez más, no porque le reportara un placer especial (seguía sin saber cómo realizar el acto para que le resultase más placentero), sino porque lo acercaba a ella de la forma más íntima posible.

Después, cuando terminaban y Francisco se tumbaba a su lado, con la cara a pocos centímetros de la suya sobre la almohada, disfrutaba de su compañía y de su conversación a medianoche, igual que hacía cuando estaba recién casada. Parecía que la distancia física que los separaba de la madre de Francisco permitía a este olvidarse de la archiduquesa... y concentrarse en su esposa como la mujer más importante de su vida. Por la noche, cuando compartían cama, Francisco volvía a ser suyo y se abría a su amor y a su anhelo de intimidad. Y respondía de la misma manera.

Tal vez fuera por el tiempo que de repente pasaba con sus hijas, pero de noche, mientras el resto del castillo dormía, Sissi y Francisco compartían anécdotas de sus infancias. Infancias que, al compararlas, no podrían ser más diferentes. Sissi le contaba a Francisco las excursiones a los Alpes bávaros a las que la había llevado su padre y en las que caminaban, pescaban y se relacionaban con los granjeros y los cabreros locales. Le contó que su primo Luis veraneaba con ellos y que se pasaban todo el tiempo al aire libre, sin apenas usar los zapatos, y a veces transcurrían semanas sin que asistiesen a una sola clase escolar.

Francisco, en cambio, le habló a Sissi de sus primeros tiempos en el aula infantil imperial. Le dijo que con cuatro años empezó a recibir clases formales. Le contó que se pasaba los larguísimos días bajo la tutela de sus severos tutores militares. Los días empezaban con baños gélidos antes de las seis de la mañana. Le confesó, por primera vez, el vacío que sintió cuando murió la única figura paterna que había tenido en la vida, su abuelo; un vacío que le habían enseñado a desdeñar, ya que las excesivas demostraciones de emoción se consideraban de lo más inapropiadas. Sobre todo para un futuro rey.

—Es raro, ¿no crees? —Era medianoche, a finales de mayo. Sissi estaba tumbada junto a su esposo, viendo su rostro gracias al resplandor de la última vela.

—¿Qué? —Francisco parecía adormilado y bostezó.

—Lo diferentes que fueron nuestras infancias. Aunque son hermanas, mi

madre y la tuya no se parecen en nada.

—En fin... —Francisco meditó el asunto—. Han llevado vidas muy distintas. Se separaron cuando eran muy jóvenes.

—Pero ¿por qué mi madre nos animó a leer cuentos de hadas románticos y a corretear al aire libre? —Sissi hizo una pausa, abrumada por lo mucho que echaba en falta a Ludovica—. Sin embargo, tu madre te enseñó a ser estoico.

—En fin, se convirtió en una Habsburgo. —Francisco cambió de postura, inquieto, y ahuecó la almohada de plumas—. Sabía lo que se esperaba de ella.

Sissi se había percatado de que cada vez que sacaba a Sofía a colación, Francisco se apresuraba a cambiar de tema con un deje defensivo en la voz.

—Supongo que sí. —Sissi suspiró. Por más que la frustrase la negativa de su marido a hablar de ese asunto en concreto, no estaba dispuesta a discutir. No cuando eran tan felices. Cambió de tema—: Francisco, he tomado una decisión. Se me dan muy mal los idiomas, pero voy a intentar con todas mis fuerzas dominar el húngaro.

—¿De verdad? —Francisco se volvió hacia ella, sorprendido—. ¿Por qué? Tienes a los intérpretes imperiales a tu disposición.

—Sí, lo sé. Pero me gustaría hablar directamente con el pueblo. En su idioma. Y es un idioma precioso... Puedo pedir a María que me enseñe.

—Quién lo iba a decir, una emperatriz Habsburgo que habla con los húngaros en su propio idioma. Desde luego que sería una novedad. —La voz de Francisco se había suavizado y sus ojos somnolientos la miraron con afecto—. Te querrán todavía más. Y yo te querré todavía más porque me harás parecer muy bueno.

—Si aprendo húngaro, ¿podemos quedarnos aquí para siempre? —preguntó Sissi con una sonrisa juguetona en los labios.

—¿Para siempre? ¿Te quedarías en este oscuro y cochambroso castillo antes que volver a nuestros enormes y elegantes palacios austríacos? —Francisco la besó en los labios y la pegó a su cuerpo bajo la ropa de cama.

—Es solo que somos muy felices aquí en Hungría. Toda la familia junta.

—Eres feliz, ¿a que sí? Hungría te sienta bien, me doy cuenta. —Se enroscó un rizo de Sissi en un dedo y le dio un tironcito—. Me encanta verte tan feliz, Isa.

—Pues claro que soy feliz. Tengo todo lo que podría desear. Te tengo a ti. Tengo a mis dos niñas conmigo cada día. Aquí soy libre. Yo controlo mis días. En Budapest no me siento encadenada por la rigidez... por las costumbres... por las reglas que rigen mi vida en Viena. —Suspiró—. Deliro de felicidad y no quiero irme. —Frunció el ceño al pensarlo y se apartó de

Francisco, que intentaba besarla.

—Vamos, vamos, Isa. No pienses en algo tan negativo, cariño mío, mi inquieta esposa. Ahora estamos juntos con nuestras hijas, ¿verdad? Y te quiero.

—Yo también te quiero, Francisco. —Suspiró y permitió que la besara. Tenía razón, de momento. Estaban juntos, de momento, de modo que se aferró a esos días en Budapest con un anhelo protector.



—*Van két kislány.*

—Que quiere decir...

—«Tengo dos hijas pequeñas.»

—Muy bien, emperatriz. Pero puede mejorar el acento. Recuerde que el golpe de voz siempre va en la primera sílaba.

—*Van két KIS-lány.*

—¡Eso es! —María aplaudió.

Sissi estaba en mitad de la clase de húngaro cuando le llegó la invitación. Era un enorme sobre lacrado que le entregó un criado con guantes. La letra en cursiva era alargada y elegante, una caligrafía preciosa, pero la nota estaba en húngaro.

—En fin, puede que esté practicando húngaro, pero esto me queda demasiado grande. —Sissi entregó el papel a María—. ¿Puedes traducírmelo?

María aceptó la tarjeta y la leyó. Puso los ojos como platos.

—Qué interesante, majestad.

—¿Qué? ¿De qué se trata, María?

—Es del conde Gyula Andrásy.

Sissi oía el nombre casi a diario desde que llegaron a Budapest. De hecho, ese era el motivo principal de su viaje a Hungría. El hombre alto y de pelo oscuro que había conocido en la ópera. El hombre problemático que había invitado al emperador a Budapest, pero que todavía no había pisado la ciudad para reunirse con Francisco.

—Vaya, así que Andrásy ha decidido venir a la ciudad para reunirse con mi marido por fin, ¿no? —masculló Sissi, que recuperó la invitación y la miró con renovada inquietud—. Dime, María, ¿qué quiere Andrásy?

—El conde Andrásy desea invitar a Sus Majestades Imperiales, a su casa para disfrutar de una velada en la que habrá cena y baile, según la invitación.

—¡Ja! Como si fuéramos viejos amigos.

—¿Asistirán?

Sissi sopesó la idea.

—Si el emperador lo cree conveniente, sí, supongo que asistiremos. — Sissi le dio la vuelta a la tarjeta—. Deprisa, María, tienes que enseñarme a decir: «Compórtese, conde Andrásy».

Las dos se echaron a reír.

—En fin, se acabó la lección por hoy. ¿Qué te parece si salimos de aquí y nos vamos con las niñas a tomar el té al cerro de Buda? Hace un día precioso y me gustaría que vieran los barcos en el Danubio.



—No entiendo por qué tenemos que asistir a la velada con Andrásy. Una cena tal vez. Pero una velada parece demasiado jovial.

—Créeme, Isa, no hay nada jovial en tu expresión.

Sissi se apeó del carruaje y aceptó el brazo de su marido. La noche era cálida y se detuvo para ajustarse las faldas de seda de su vestido de noche. Había escogido uno de sus preferidos, de color azul zafiro, con un tocado de plumas de pavo real a juego.

Los dos se quedaron un momento de pie enfrente de la casa de Andrásy, una elegante mansión de piedra caliza rodeada de sicomoros. El edificio se erigía en una extensa propiedad en Terézváros, una de las zonas más caras de Budapest. Sissi observó la mansión mientras los guardias imperiales se desplegaban frente a ellos para hacerles un pasillo. La música de los violines y la luz de las velas se derramaban por los ventanales de la planta baja y llegaban hasta el camino donde ella se encontraba, observando las alegres escenas de la fiesta que se celebraba en su interior.

—Me cae mal ese hombre y ni siquiera lo conozco —dijo Sissi—. No me gusta cómo te ha faltado al respeto, Francisco.

—Lo sé, Isa. Andrásy tampoco es santo de mi devoción. Pero es el hombre más poderoso de toda Hungría. Y si queremos alcanzar un acuerdo pacífico, necesitamos su visto bueno. Te pido por favor que te muestres cordial. Al fin y al cabo, es el motivo de que estemos aquí.

—Yo estoy aquí para alejarme de Viena... y de tu ma...

—¡Isa, por favor!

—Era broma. Seré amable. Solo esta noche. —Sissiladeó la cabeza y sonrió a su marido mientras subían los escalones de la entrada. Dos feroces leones, esculpidos en piedra blanca, los recibieron al llegar al último peldaño—. ¿Hay una condesa Andrásy? —preguntó al tiempo que se ajustaba el moño suelto una vez más, de modo que los zafiros que llevaba en las orejas

quedaran a la vista. Estaban delante de la enorme puerta principal.

—Andrássy está casado con la causa de la autonomía húngara. Salvo por eso, nunca he oído que mencionara a una mujer.

—Parece aburridísimo. —Sissi esbozó una sonrisa torcida.

Un criado muy tieso abrió la puerta y entraron en el vestíbulo principal de la mansión de Andrásy. Allí se quedaron a la espera de que anunciaran su llegada. La mirada de Sissi recorrió los espacios abiertos y luminosos de la primera planta, reteniendo todos los detalles. La mansión parecía girar alrededor de una enorme escalinata que ascendía hasta el piso superior. En el vestíbulo había cuatro arcos abiertos. El primero a la derecha daba a un espacioso salón donde hombres y mujeres muy bien vestidos se congregaban en corrillos, fumando, riendo y bebiendo champán. Los ventanales estaban abiertos para dejar entrar la fresca brisa y con ella disipar el ambiente cargado por el humo de los cigarros y de las pipas, así como por el perfume femenino. Al fondo de esa estancia se emplazaba una biblioteca oscura, llena de libros, donde se mantenían conversaciones más íntimas y privadas, algo alejadas de la música de los violines que tocaban al otro lado del salón, en un enorme invernadero. Y la primera habitación de la izquierda era un comedor, en el que se afanaban los criados que entraban y salían de la cocina con bandejas de comida que servirían de inmediato.

La mansión de Andrásy era acogedora y estaba decorada con muy buen gusto, admitió Sissi. Desde luego que no parecía pertenecer a un soltero empedernido. Se preguntó si Andrásy había escogido las alfombras, el reloj de pie y las elegantes arañas de cristal o los retratos de hombres serios y con bigote que adornaban las paredes.

En ese preciso momento anunciaron a Francisco y a Sissi, y la voz del mayordomo silenció todas las conversaciones.

—Sus Majestades Imperiales, el emperador Francisco José de Austria, rey de Hungría, y la emperatriz consorte, Isabel de Austria, reina de Hungría.

Todos los violines de la sala dejaron de tocar y las conversaciones cesaron. Todos los ojos se clavaron en la pareja imperial, dos figuras totalmente desconocidas en la alta sociedad de Budapest. Como dictaba el protocolo, les hicieron una reverencia. ¿Eran imaginaciones de Sissi o sus inclinaciones parecían menos entusiastas, y más renuentes, que las de Viena? Al cabo de un momento detectó el murmullo de las conversaciones, titubeante, como los brotes de las flores tras el gélido invierno.

—¿Y bien? —Francisco miró a Sissi y susurró las palabras en busca de alguna pista sobre cómo proceder. Seguían en el vestíbulo—. ¿Y ahora qué?



Sissi se dio cuenta de que Francisco siempre había sido el anfitrión. Las personas acudían a él, guardaban fila para recibir su saludo. No asistía como invitado a los eventos. Sonrió y movió la cabeza de modo que los zafiros y sus rizos se agitaron mientras susurraba a Francisco al oído:

—¿Dónde está Andrásy?

Sin embargo, en ese momento contestaron su pregunta.

—Majestades. —Un hombre alto y de pelo oscuro, ataviado con un frac, se acercó a ellos. Bajo el bigote sus labios esbozaban una sonrisa, pero no era la sonrisa cálida y despreocupada con la que un anfitrión recibía a unos invitados deseados. Era una sonrisa educada y formal, nada más. Les hizo una reverencia—. Perdonen a mis invitados. Deben de sentirse como unos actores en un escenario.

Francisco se tensó al oír el comentario y se irguió, molesto, junto a Sissi; no todos los días comparaban al emperador de Austria con un humilde actor.

—Los húngaros no acostumbramos ver a los monarcas Habsburgo. Han sido muy amables al venir, majestades —añadió—. Emperador...

—Andrásy, me alegro de verte. —Francisco dio un paso al frente y lo saludó con un gesto de la cabeza.

—Y, majestad, emperatriz Isabel... —Andrásy hizo otra reverencia, clavando sus ojos oscuros en ella, y Sissi captó el olor a tabaco en su aliento—. Es un honor recibirla en mi casa.

—Desde luego. —Francisco guió a su esposa con gentileza—. Veo que recuerdas a la emperatriz de la ópera. En Viena.

—Pero ¿cómo iba a olvidarme?

—Conde Andrásy, es un placer verlo de nuevo. —Sissi lo miró con una sonrisa torcida, esforzándose al máximo por mostrarse altiva y formal. Era algo que había visto hacer a su suegra en muchas ocasiones.

—Emperatriz Isabel, si me permite decirlo, el alcance de su belleza se ha extendido por todo nuestro país. Sin embargo, los rumores no consiguen hacerle justicia tal como la ven mis ojos esta noche.

Sissi apartó la mirada, molesta por ruborizarse al oír ese halago procedente del rival de su marido. Se había preparado para su grosería, incluso para su antagonismo; la galantería la pilló desprevenida.

Aun así, Andrásy continuó con su asalto. Sus ojos oscuros la miraban fijamente desde lo que Sissi tuvo que reconocer muy a su pesar como una cara atractiva de rasgos fuertes.

—Emperatriz Isabel, tengo entendido que está recibiendo clases de húngaro. ¿Qué le parece nuestro idioma?

Las demás conversaciones cesaron de repente, de modo que todos los presentes pudieron oír el intercambio de frases. Sissi tenía que responder, aunque le sorprendía lo mucho que Andrásy se había preparado para ese encuentro. ¿Cómo había conseguido enterarse de ese detalle?

—Adoro al pueblo húngaro y su idioma, conde Andrásy. Me parece muy hermoso y sutil, al igual que los propios húngaros.

—Ellos también la adoran, emperatriz. —Andrásy asintió con la cabeza y se pasó una mano enguantada por el pelo oscuro y rizado—. ¿Sabía que todas las mujeres de la ciudad llevan el pelo trenzado? Lllaman el peinado *à la Sissi*.

Sissi bajó la mirada, sin saber cómo responder. Una parte de ella quería sonreír, pero otra quería dar un buen pisotón a Andrásy por su comportamiento tan regio y educado.

El conde continuó.

—Como cualquier monarca inteligente sabe, la mejor manera de granjearse el amor de un pueblo es a través de las muestras de poder más sutiles: amor, palabras y pan. No con la espada.

—Por supuesto —repuso Sissi, que se preguntó al hacerlo si era una crítica velada a su marido. Un comentario a su brutal represión, auspiciada por Sofía, de las revueltas de 1848.

Andrásy se inclinó hacia ella.

—En ese caso, emperatriz, permítame ser el primero en decirle en mi lengua materna: *Jó estét, felség*.

—¿Qué significa? —preguntó Francisco.

—«Buenas noches, majestad» —tradujo Sissi a su marido.

—Muy bien, majestad. —Andrásy sonrió con un brillo travieso en los ojos.

Sissi no fue capaz de decidir si lo había dicho en serio o si se estaba burlando de ella... al usar un título que, sin duda, detestaba con todas sus fuerzas. Hungría no quería formar parte del imperio. De cualquier forma, Andrásy la ponía muy nerviosa, lo que afianzó su decisión de no ablandarse con ese hombre.

Se irguió, levantó la cabeza con gesto altivo y respondió:

—*Jó estét, gróf Andrásy*. —Se volvió hacia su marido y lo repitió en alemán—. He dicho: «Buenas noches, conde Andrásy».

—¡Bravo! —Una vez más Andrásy la miró con una sonrisa torcida y un brillo travieso en los ojos—. La única pega, si se me permite el atrevimiento de corregir a Su Majestad Imperial, es que habla húngaro con acento alemán.

—Y Su Excelencia habla alemán con acento húngaro.

Andrássy estalló en carcajadas, la clase de risotada que hacía que todo el mundo se volviera a mirar, con la seguridad de que, de todas las conversaciones que se estaban manteniendo, la que había provocado dichas carcajadas tenía que ser la más amena.

—Por favor, majestades, acepten una copa de vino. —Andrássy hizo un gesto con la mano y apareció un criado que le entregó tres copas, heladas y llenas de un líquido ambarino—. Es *tokaji*, nuestro vino dulce nacional. —El conde les ofreció las copas y luego levantó la suya para brindar con la de Sissi—. Por sus hijas, las princesas Habsburgo. Tengo entendido que ya se han ganado el corazón de nuestra nación.

Podría tratarse de un brindis bienintencionado. O, se dijo Sissi, de una pulla a Francisco, el hombre que tenía dos hijas pero que todavía carecía de heredero varón. Claro que tal vez estuviera atribuyéndole una maldad que no le correspondía.

—Gracias, Andrásy. —Francisco asintió con la cabeza, al parecer convencido de las buenas intenciones del conde.

—Y por la hermosa madre a la que se parecen. —Andrássy clavó sus ojos oscuros en ella una vez más.

—Gracias, conde. —Sissi se enfureció consigo misma por ruborizarse—. Aunque, en realidad, la mayor es el vivo retrato de su padre.

—¿El emperador Francisco José como una niña? Qué idea. —Una vez más Andrásy estalló en carcajadas.

Había caído en esa trampa, se dijo Sissi, y apretó los dientes. Francisco, mientras tanto, bebió un sorbo de vino y soltó una carcajada forzada. Varios de los presentes se acercaron a Andrásy con la intención de averiguar qué había provocado su hilaridad.

En ese momento Sissi comprendió lo formidable que sería Andrásy en una negociación. No se trataba de un hombre seco que se ganaba adeptos con amenazas o con promesas. Era un hombre que se ganaba a la gente. Era el líder porque lo amaban, las personas le exigían que lo fuera.

También era más joven de lo que ella esperaba. Al ser un conde que ostentaba semejante posición en su país natal, imaginaba que sería un anciano de pelo canoso y lleno de arrugas, o al menos un hombre de mediana edad. Sin embargo, Andrásy era joven y enérgico. Tal vez se acercaba bastante a su propia edad. Sería una espina en el costado de Francisco durante mucho tiempo si no conseguían atraerlo con una alianza.

Se oyó un gong, que anunciaba el comienzo de la cena, y Andrásy condujo al grupo al comedor. Allí los esperaba una comida tradicional

húngara, dispuesta en bandejas, enormes cuencos de porcelana y soperas, todo a rebosar.

El emperador se sentó en la cabecera de la larga mesa de roble, con su esposa a un lado y el aliado político, y abogado, de Andrásy al otro.

—Soy Ferenc Deák, majestad —se presentó el hombre tras hacer una reverencia a Sissi. Tenía el pelo tan oscuro como el de Andrásy, pero el suyo estaba veteado de plata y gris, indicando así su edad—. Bienvenida a Budapest, emperatriz Isabel.

—Un placer conocerlo, señor Deák. Gracias. —Sissi esbozó su sonrisa más dulce y se recordó que debía mantenerla durante toda la cena. Esa noche era, al fin y al cabo, una muestra de buena voluntad.

No obstante, le enfureció ver que Andrásy se sentaba a la otra cabecera de la mesa, una posición casi tan importante como la del emperador. «Al menos así no tendremos que hablar con él durante la cena», pensó.

Tanto Andrásy como Deák propusieron brindis. Los dos hombres comenzaron dando la bienvenida a los emperadores a Budapest antes de expresar su deseo de que la armonía reinase durante muchos años entre el pueblo austríaco y el húngaro. Siempre, se percató Sissi, se referían a los húngaros y a los austríacos como dos pueblos separados e independientes, no el mismo pueblo, aunque vivieran bajo el imperio de los Habsburgo.

La cena consistió en platos húngaros. Comenzaron con *húsleves*, un caldo de hortalizas y fideos finos muy ligero. A continuación llegaron los *hortobágyi palacsinta*, finas tortitas rellenas de carne y de verdura aderezadas con la especia preferida de los húngaros: el pimentón. El plato principal, *csirke paprikás*, empleaba dicha especia. Era pollo estofado con una cremosa salsa de pimentón y arroz.

Cada plato se sirvió acompañado por vino húngaro y Deák, que demostró tener tanta labia como Andrásy, resultó ser un compañero de mesa simpático con una conversación muy amena. Cuando por fin terminó de comer, Sissi se sentía muy bien y totalmente llena; tal vez un poco más cómoda de lo que había esperado sentirse.

En el otro lado de la mesa Andrásy levantó una mano y la música cesó. Los invitados se volvieron hacia él.

—¿Qué tal la comida? —Enarcó las cejas oscuras y miró a Sissi desde la distancia que los separaba. Ella desvió la mirada y se percató de que todos los comensales asentían con la cabeza en dirección a Andrásy para darle su aprobación—. Bien, bien. Me alegro de que hayáis disfrutado. ¿Y qué opina el emperador?

—Felicite al cocinero de mi parte. —Francisco asintió también y tamborileó sobre la mesa con los dedos.

—Es muy amable, majestad. —Andrássy soltó el humo de su cigarro y este se quedó alrededor de su cara relajada.

La mesa permaneció en silencio. Varios comensales aceptaron cigarros de los criados y el resto de los invitados miraron a Andrásy en busca de algún tema de conversación. El conde se mantuvo sentado, contento mientras fumaba. Tenía el aire de un profesor carismático, pensó Sissi, más que el de un político apasionado. Exigía que se le prestase atención. Incluso ella, por más que intentaba no hacerlo, se preguntaba qué diría a continuación.

—Tengo entendido que Sus Majestades Imperiales son grandes amantes de la música. —Andrásy sonrió, y una vez más clavó su alerta mirada en Sissi—. El nuevo compositor de la corte, el maestro Strauss, hace que Viena sea la envidia del resto de la corte.

—Desde luego. —Francisco tamborileó sobre la mesa de nuevo, su cuerpo estaba muy rígido y tenso en contraste con la relajada postura de Andrásy.

—Creo que, después de la emperatriz, el maestro Strauss hace que el emperador Francisco José sea el hombre más envidiado de toda Europa. —Andrásy sostenía el cigarro entre los labios y su mirada risueña iba de Sissi a Francisco. Sissi se removió, inquieta, en su asiento, incómoda por la franqueza del comentario, por la franqueza de su mirada—. He oído el *Elisabethklänge*, el vals de Su Majestad Imperial.

—Fue un regalo de mi marido —apostilló Sissi.

—Una belleza. —Andrásy movió la cabeza afirmativamente, y sus palabras quedaron suspendidas en el aire como el humo del cigarro—. Me temo que no puedo ofrecerle algo que iguale la maestría de Strauss. —Guardó silencio mientras daba otra calada al cigarro—. Pero ¿qué tal algo de música?

—Una idea espléndida —dijo Deák, y los comensales le dieron la razón, encantados al descubrir lo que había planeado su anfitrión.

Andrásy dio una palmada.

—Que pasen.

En ese instante un grupito de bailarines entró en el comedor procedente de la cocina, como un torbellino de color con sus trajes tradicionales. El rojo, el verde y el negro resaltaban en los vestidos de las mujeres, que llevaban el pelo recogido con unas cintas adornadas con piedras preciosas, a modo de coronas. Los hombres lucían chalecos que combinaban las mismas telas. Parecían hermanos, con el pelo oscuro de Andrásy y el grueso bigote. Pero, a

diferencia de Andrásy, esos hombres y esas mujeres iban vestidos como si acabaran de llegar de una de las aldeas más remotas de Hungría.

Andrásy asintió con la cabeza mientras sus invitados aplaudían.

—No podemos tener una velada húngara sin bailes tradicionales húngaros, ¿verdad? Por favor, ruego a los emperadores que disfruten del espectáculo.

Los comensales sentados a la mesa observaron mientras el grupo de bailarines formaba un círculo. Los músicos de Andrásy estaban preparados, con los violines dispuestos para empezar a tocar en cuanto el anfitrión diera la orden.

—Comencemos con un baile de origen moldavo —anunció Andrásy, e hizo un gesto al violinista principal.

La música empezó a sonar. Era una melodía muy rápida y alegre. Los bailarines se separaron. Los hombres y las mujeres se alternaban, apoyando los brazos sobre los hombros de sus compañeros mientras se movían como un solo ser en un gran círculo. Primero en el sentido de las agujas del reloj y después en sentido contrario, golpeando el suelo con los pies al ritmo de una tonada zíngara.

A medida que la canción continuaba, el tempo de los violines fue aumentado, al igual que los pasos. Sissi observaba a los bailarines, absorta en la alegre música y en los pasos que parecían entrelazados con las notas musicales.

—Muy divertido. —Francisco también miraba, marcando el ritmo con un dedo—. ¿Qué estamos viendo, Andrásy?

—Una de las danzas húngaras más antiguas —contestó Andrásy desde el otro lado de la mesa, pero sus ojos estaban clavados en Sissi—. Es originaria de una zona de nuestra región de Transilvania. —Andrásy bebió un sorbo de vino y se concentró de nuevo en el baile.

¿Qué había querido decir con «nuestra región de Transilvania»? ¿Se refería a una región de Hungría? ¿O reconocía el dominio de los Habsburgo sobre todas esas tierras?, se preguntó Sissi.

Aun así, volvió a concentrarse una vez más en la música, en las mejillas sonrosadas y en los ágiles pies de los hombres y las mujeres que bailaban delante de ella. El tempo aminoró un poco, al igual que los pasos. Pero tras varios segundos volvió a acelerarse. Poco a poco la música fue cogiendo velocidad hasta que los bailarines se movieron tan deprisa que sus piernas se veían borrosas. Por fin, cuando parecía que ya no podían bailar más rápido, se detuvo. Los comensales, así como los bailarines, estallaron en vítores, y Sissi

también lo hizo, incapaz de controlarse.

—¡Bravo! —exclamó Andrásy mientras aplaudía—. Fantástico. —Miró a Sissi y observó su reacción por encima de su copa de vino.

En ese momento los bailarines se dividieron en dos círculos, los hombres en el exterior y las mujeres en el interior, y empezaron a moverse en direcciones opuestas. La música comenzó y varios criados aparecieron alrededor de la mesa para llevar platos con queso y dulces.

Sissi disfrutó de una copa de vino de postre mientras observaba a los bailarines moverse en círculos. Junto a ella Francisco entabló conversación con Deák acerca de los mejores paisajes de Transilvania. Por toda la mesa los comensales, atiborrados de comida y muy relajados gracias al vino, conversaban o admiraban a los danzantes. La velada era todo un éxito, se dijo Sissi, que se concentró de nuevo en los bailarines mientras ejecutaban los últimos pasos de la canción. Cuando la música dejó de sonar, sintió una mano en el hombro.

Andrásy estaba junto a ella.

—Si me permite, majestad, ¿me concedería el honor de este baile? —Su aliento tenía un olor dulzón a causa del vino y del tabaco, y su repentina cercanía alteró a Sissi, que tensó la espalda en contra de su voluntad.

—¿Bailar?

Andrásy asintió a modo de respuesta, mirándola con expresión alegre y desenfadada.

—¿Aquí? ¿Ahora? —Sissi se apartó de la mano tendida de Andrásy como si le estuviera ofreciendo veneno. Pero al darse cuenta de la grosería, contestó—: Es muy amable, pero no. Gracias, conde Andrásy.

—Es una tradición... El anfitrión puede bailar al menos una vez con quien quiera.

Sissi lo miró sin dar crédito. Y dejó que su mano tendida siguiera vacía.

—Lo siento, pero no conozco los pasos.

Andrásy esbozó una enorme sonrisa y no se dejó amedrentar por su excusa.

—«Lánzate y la red aparecerá» —repuso él, citando a Goethe. Sissi se sorprendió tanto al oír las palabras de su escritor preferido de labios de su enemigo que se quedó boquiabierta, demostrando su asombro. Andrásy insistió—. Por favor, majestad, prometo devolverla a su esposo tal cual la encontré.

—Cariño. —Sissi llamó la atención de Francisco y le suplicó con la mirada que interviniese.

—¿Qué sucede? —Francisco abandonó a regañadientes la conversación con Deák.

—El conde me ha invitado a bailar.

—Ve, Isa. Te estaré observando. —El emperador dio su beneplácito con un gesto de la mano y se volvió hacia Deák.

Sissi contuvo una mueca irritada. En ese momento estaba casi tan molesta con Francisco como con Andrásy. Sin embargo, al no encontrar alternativa y con todos los ojos fijos en ella, observándola, aceptó la mano tendida de Andrásy y permitió que este la ayudara a levantarse.

—Tocad un baile de parejas —ordenó el anfitrión mientras conducía a Sissi al centro del comedor.

—No conozco los pasos de los bailes húngaros —protestó Sissi una vez más en voz baja.

Sentía que era el centro de todas las miradas, y odió a Andrásy por llevarla a esa situación, pero también a su marido, por entregarla de esa forma para continuar con sus movimientos diplomáticos.

—Mi trabajo será guiarla. Si lo hago bien, dará igual que Su Majestad haya bailado la pieza mil veces o que no la haya oído en la vida. —Andrásy la tomó de la mano y le guiñó un ojo.

«Por el amor de Dios, qué arrogante es», pensó Sissi.

—Relájese, emperatriz. —La miró con una sonrisa y, una vez más, Sissi creyó que se estaba burlando de ella—. Y no tense los hombros.

Sissi obedeció y se obligó a relajar el cuerpo, aunque solo fuera por negarle la satisfacción de verla nerviosa. No permitiría que ese hombre, ni ningún otro, tuviera semejante efecto sobre ella. Al fin y al cabo, era la emperatriz y estaba acostumbrada a que la observasen. Estaba acostumbrada a tener que interpretar un papel.

Los músicos empezaron a tocar una lenta y lánguida melodía, y sí, Andrásy la guio con buen ritmo. Sus brazos fuertes y seguros la llevaban mientras trazaban un círculo tras otro.

—Sienta la música. —La miró con una expresión risueña en los ojos oscuros—. «Si no lo siente, jamás lo comprenderá.»

—Es la segunda vez que recurre a una cita de Goethe en pocos minutos. —Sissi miró a su pareja de baile, sorprendida—. ¿Eso quiere decir que no critica a todos los alemanes?

—Ni mucho menos. —Andrásy la estaba mirando—. Y detestaría haberle dado esa impresión. —Meditó sus palabras un momento—. A veces tengo la sensación de que cualquier cosa que quiero decir ya la ha dicho con



mejores palabras Johann Wolfgang von Goethe.

Sissi asintió con la cabeza, ya que no quería darle la razón con demasiada efusividad. Aunque compartiera su opinión al respecto.

—Lo está haciendo, emperatriz. Está bailando. —Andrássy le dedicó una sonrisa y cambió la dirección de su círculo, sorteando con soltura a los otros bailarines. La miró fijamente. Al cabo de unos segundos volvió a hablar—. Se mueve con elegancia, majestad.

—Gracias, conde.

—Como verá, nuestros pasos son muy lógicos. Pero es nuestro entusiasmo lo que hace que resulten emocionantes. En los bailes húngaros puede considerar que el caballero es el sol y la dama la luna. La luna baila con el sol, ¿no es verdad?

—Parece una actividad agotadora para la luna. —Sissi dejó que la hiciera girar, le soltó una mano y se paseó alrededor de Andrásy.

—En absoluto. La luna debería sentirse muy especial. —Andrásy la atrapó tras el giro, colocándole la mano en la cintura una vez más—. El hombre no puede bailar si la mujer no se adapta a sus pasos, si no lo contrarresta y le ofrece un equilibrio.

Todo era muy cálido: el aliento del conde en su cuello, las manos que la sujetaban, ese cuerpo a escasos centímetros del suyo. Incluso el fresco vestido de seda se le antojaba muy pesado de repente.

—Sin la mujer, el hombre solo estaría dando brincos como un loco. Pero cuando una mujer se une a él, se armonizan... en fin, se convierte en algo de extrema belleza.

Sissi se encogió de hombros y siguió bailando en círculos con la mirada fija en los hombros de Andrásy. Miró a los músicos y a los otros bailarines, a cualquier parte con tal de evitar su escrutinio.

—Si no le gusta esa comparación, emperatriz Isabel, permítame explicarlo de otra forma. —Andrásy volvió a soltarle la mano y la guio en otro giro a su alrededor mientras hablaba en voz muy baja, acompañando los movimientos de Sissi—. Piense en el sol como en Austria. El líder. El corazón. La luna es Hungría. —Le soltó la mano izquierda y la dejó alejarse con la derecha antes de tirar de nuevo hacia él, instándola a dar una serie de vueltas que la sorprendieron y la emocionaron—. A veces nos ven como una piedra preciosa que ya resplandece en la corona del imperio. Nada más que un cuerpo que orbita y que depende por completo del sol central. Pero si nos vamos, el imperio se reduciría a la nada. —Andrásy la pegó a él, y sus cuerpos se rozaron mientras se movían entre el resto de las parejas.

Era una sensación extraña. Sissi miró a su alrededor para asegurarse de que las demás parejas también permanecían tan pegadas, y en efecto así era. Esos campesinos húngaros desde luego sabían cómo convertir una simple comida campestre en un cuadro lleno de emociones, pensó.

Mientras tanto Andrásy seguía explicándole su teoría acerca de la política húngara. O del baile húngaro. ¿O era de la luna? Sissi sentía el cuerpo muy cálido y la mente le daba vueltas.

—No habría baile. No habría armonía. No habría belleza. Esa pieza que parece la más insignificante se convierte de repente en la pieza crítica, esa sin la cual nada puede sobrevivir. ¿No se da cuenta? Ese es el papel de la mujer en cualquier unión. Lo es todo. Cualquiera que la subestime... En fin, cometería un error. Un error garrafal.

Sissi asintió y tragó saliva. Sentía las mejillas acaloradas mientras Andrásy la hacía girar antes de atraerla de nuevo a sus brazos.

—Y así es como me gusta pensar en Hungría en nuestra unión política. Si va a ser una unión feliz, algo de lo que la emperatriz sabe mucho, debemos poder vernos como una parte con plenos derechos. —Hablaban en voz baja, con el rostro a escasos centímetros del suyo. Sissi alzó la barbilla y lo miró a los ojos, cuya oscuridad parecía iluminada por el baile. O tal vez fuera por la pasión que le provocaba el tema—. Ahora, por supuesto, entenderá que no pretendía ofender a Su Majestad Imperial, una mujer hermosa.

La música cesó y los dos se quedaron muy cerca el uno del otro, sin más pasos de baile que dar. Sissi se percató en ese instante de que había estado conteniendo la respiración. Inspiró hondo, con el pecho agitado.

—Muchas gracias por el baile, majestad. —Andrásy le rozó el dorso de la mano con los labios, un beso breve y distante, antes de dar media vuelta y dejarla allí plantada, sola, en mitad de la pista de baile.

Ese punto donde sus labios apenas le habían rozado la piel le quemaba. No estaba acostumbrada a que la tocara alguien que no fuera de la familia. Miró hacia la mesa y se percató de que todos los ojos estaban clavados en ella, incluidos los de Francisco. Enderezó los hombros, se ahuecó las faldas del vestido de seda y cogió aire antes de cruzar la estancia hacia la mesa, hacia su marido. Nunca habría sucedido algo así en un baile en Viena.

—Bien hecho, Isa. —Francisco asintió con la cabeza, aprobando su actitud y complacido por lo bien que se había comportado su mujer.

—Desde luego. —Deák la miró desde el otro lado de Francisco—. ¿Está segura de que nunca ha bailado en los pueblos húngaros, emperatriz Isabel?

Francisco mordisqueó un trocito de queso de cabra.

—Segurísima. —Sissi apartó la mirada y apuró su copa de vino—. Ha sido mi primer y último baile de una melodía popular húngara.

La siguiente canción era solo para los hombres y Deák se reunió con Andrásy en la pista de baile. Los violines tocaron otra melodía rápida y los bailarines formaron un semicírculo tras Andrásy. Deák se cansó pronto y se disculpó, tras lo cual se sentó para tomar aliento cerca de los bailarines. Andrásy empezó a bailar en el centro, siguiendo el impetuoso ritmo mientras los hombres tocaban las palmas y vitoreaban tras él, instándolo a bailar más deprisa. Era una serie de saltos, de patadas y de piruetas, y Andrásy ejecutaba los pasos con una agilidad que impresionó a Sissi.

Los invitados que seguían sentados a la mesa, así como los bailarines que tenía detrás, animaban a Andrásy para que se moviera aún más rápido. Este obedeció, y los músicos tuvieron que tocar a un ritmo vertiginoso para acompañar sus pasos.

Sissi observó la escena, incapaz de apartar la mirada de su interpretación. Andrásy se había fundido con la música, y esos ojos oscuros brillaban en su cara ruborizada, que lucía una ancha sonrisa. Justo cuando parecía que su cuerpo no podría moverse más deprisa, sus piernas ejecutaron una serie de pasos finales, tras los cuales los violinistas bajaron los arcos, agotados. La canción terminó y Andrásy, exhausto, se dejó caer en una silla cercana.

—Ya no soy tan joven —dijo a los presentes al tiempo que aceptaba una copa de champán frío. Jadeaba y tenía el pelo revuelto, pero en sus ojos relucía un brillo despreocupado.

Sissi se percató de que todas las mujeres presentes, salvo ella, se habían acercado a Andrásy con la esperanza de que las escogiera como su siguiente pareja de baile.

Miró a su esposo, que se estaba comiendo un segundo plato de queso y no parecía estar por la labor de levantarse para bailar o para mezclarse con los invitados. Además, todos los presentes estaban congregados en torno a Andrásy, felicitándolo por sus dotes como bailarín y por su maravillosa velada.

De forma instintiva, sin pensar siquiera en lo que hacía, Sissi permitió que su mirada se posase en Andrásy una vez más y lo observó con atención. Lo vio aflojarse el nudo de la corbata que llevaba al cuello. Se percató de la sonrisa del conde mientras los demás bailaban y de que bromeaba con los criados que pasaban por su lado. También se fijó en la despreocupación con la que se pasó los dedos por el pelo ya revuelto, mientras su pecho subía y bajaba por el baile que acababa de ejecutar.

Andrássy se volvió y la descubrió observándolo, y Sissi le sostuvo la mirada, conteniendo la respiración un segundo. Los ojos del conde relucieron un instante con un brillo travieso. En ese momento, consciente de lo que hacía, Sissi se irguió en el asiento y apartó la mirada.

—Estoy cansada —susurró con la vista clavada en Francisco—. ¿Podemos irnos?

Andrássy, pensó Sissi, sería mucho más problemático de lo que Francisco y ella habían previsto.



—Anda, vete —dijo Francisco. Era una tarde de finales de mayo—. Al menos uno de nosotros debería disfrutar del día, y no seré yo. No con este montón de documentos.

Las ventanas del despacho estaban abiertas y el sol que se derramaba sobre los oscuros paneles de madera de la habitación hacía que Sissi anhelase obedecer.

—Detesto dejarte.

—Vete, habla con los comerciantes y acepta flores de los niños. Tus encantos son tan importantes para granjearnos el apoyo que necesitamos como cualquier discusión que yo mantenga aquí.

—¿Estás seguro?

—Sí. Vete, vete. Sabes que no puedo trabajar cuando estás tan inquieta.

Tras ese comentario Sissi se levantó de la silla que ocupaba junto a su marido y se despidió de él con un beso.

—Volveré para la hora de la cena. Si ves a las niñas, diles que les traeré flores.

Una vez fuera supo al punto que había tomado la decisión correcta al abandonar el lúgubre despacho de Francisco. Le encantaban los colores de Budapest a finales de primavera. Los intensos tonos parecían brotar de cualquier parte: los jardines informales, las riberas del Danubio llenas de flores, el extenso azul del cielo que solo se veía interrumpido por los altos puentes de piedra y por las torres del templo de Mátyás. Incluso los ramilletes que le entregaban niños ataviados con coloridos uniformes y las sonrientes ancianas zíngaras.

Todo lo relacionado con su estancia en Budapest había sido un éxito. No había vuelto a ver a Andrásy... y menos mal, se dijo, ruborizándose al recordar cómo la había obligado a bailar con él, aunque la cena había ayudado en las conversaciones entre Francisco y los opositores húngaros. Las

princesitas austríacas se habían convertido en heroínas nacionales, eran el objeto de oraciones en las misas dominicales y se ponían de ejemplo a los escolares húngaros como modelos de virtud infantil. Advertencias como «La princesa Sofía siempre obedece a su padre y a su madre, así que vosotros también tenéis que hacerlo» se habían convertido en algo habitual en Budapest.

Y la emperatriz era una especie de deidad en el imaginario colectivo de Budapest: cercana y abierta, pero sin los defectos humanos con los que los meros mortales tenían que lidiar. Los rumores que María le contaba eran tan exagerados e increíbles que Sissi se echaba a reír al oírlos.

«La emperatriz Sissi tiene el pelo tan largo que roza el suelo cuando anda.»

«La emperatriz Sissi es la mejor amazona de toda Europa.»

«La emperatriz Sissi nunca levanta la voz a sus hijas.»

«La emperatriz Sissi se baña con aceite de oliva y leche caliente.»

Su retrato estaba por todas partes. El retrato para el que había posado después de la boda había sido reproducido y repartido por toda Hungría. En él aparecía sentada con el pelo recogido en un moño suelto que le enmarcaba la cara, dejando a la vista sus brillantes ojos ambarinos y una sonrisa inocente y coqueta a la vez. Había copias en miniatura de él en todas las tiendas, lo colgaban sobre las chimeneas de las casas húngaras o adornaba iglesias, escuelas, oficinas y estaciones de trenes. A finales de mayo Sissi había visto tantas veces ese retrato que a veces se le olvidaba que era una imagen de su persona.

El amor y la lealtad que sentía por parte de los húngaros la habían rejuvenecido, le habían proporcionado renovadas ganas de vivir, algo que solo podía compararse con el amor renovado de su marido y de sus hijas. Pero ¿continuaría?

Francisco le había prometido que seguirían siendo felices, que podrían embotellar de alguna manera ese amor y esa felicidad para llevárselos consigo de vuelta a Viena a finales de verano. Y Sissi, al considerar que la alternativa era intolerable, se obligó a creer su palabra. Aunque Francisco se negaba a prometerle que su madre estaría alejada de las niñas. Aunque se negaba a explicar cómo mantendría Sissi el control sobre su educación, creía en su marido. No le quedaba alternativa, ya que la idea de volver a su anterior desdicha le resultaba insoportable.



Sissi descubrió el palacio muy oscuro y sumido en un extraño silencio al regresar por la tarde. Cuando las puertas se cerraron tras ella, aprisionándola en el vestíbulo vacío, se le erizó el vello de los brazos, pero no entendía el motivo. Algo parecía fuera de lugar, desequilibrado.

Y en ese momento reparó en las cortinas. Estaban todas corridas para impedir la entrada de la luz primaveral. Oyó el arrullo de una paloma y un mal presentimiento se apoderó de ella, calándole hasta la médula de los huesos como la humedad invernal más gélida.

Francisco estaba en su despacho cuando se fue, de modo que echó a andar hacia esa estancia mientras lo llamaba.

—¿Francisco?

Sin embargo, antes de llegar al despacho se encontró con María, cuyo diminuto cuerpo estaba encorvado. Lloraba. Sissi se quedó de piedra.

—¿Qué ha pasado, María? ¿Es Francisco? ¿Las niñas? —Sissi dejó caer los tulipanes que llevaba en las manos—. ¡Dímelo! Te lo ruego, María.

La dama de compañía tenía los ojos hinchados y enrojecidos cuando miró a su señora.

—Emperatriz...

—¿Le ha pasado algo a Francisco?

María negó con la cabeza.

Sissi se llevó una mano al pecho y le costó la misma vida susurrar:

—¿Las niñas?

María solo consiguió responder echándose a llorar de nuevo. Sissi corrió por el pasillo hacia la escalinata.

—¿Dónde están?

—En la habitación infantil.

María la siguió y subió con ella.

Sissi entró en tromba en la habitación infantil, que estaba a oscuras, con las cortinas corridas. El hedor agrio que la asaltó la golpeó con fuerza. Tragó saliva y contuvo las náuseas.

En un rincón de la habitación había un montón de sábanas sucias, la fuente del insoportable hedor. Ágata estaba en la cama más alejada, inclinada sobre un cuerpecito.

—Sofía. —Sissi corrió hacia la cama—. Ágata, ¿has llamado al médico?

—Sí, majestad. —La doncella se levantó de la cama a fin de que la madre tuviera espacio para sentarse junto a su hija inmóvil. Sissi cogió una manita de Sofía. La tenía helada—. Sofía, cariño, ¿me oyes? —La niña volvió la cabeza un poco y entreabrió los ojos como si mirara un instante a su madre,

para luego volverlos en la otra dirección—. Es como si no me viera. —Sissi colocó una mano en la fría y húmeda mejilla de su hija.

—Tiene mucha fiebre —dijo Ágata.

—¿Dónde está Gisela? —No necesitó respuesta, ya que al volverse vio a su hijita pequeña acostada en la cuna que estaba al lado.

—¿Qué ha pasado, Ágata?

—No lo sé, majestad. Se despertaron con buen humor de la siesta, pero hace poco la princesa Sofía empezó a llorar mucho. Intentamos dar con el problema, pero la princesa siguió llorando sin parar.

Sissi miró las sábanas sucias.

—Las acosté a las dos al darme cuenta de que tenían fiebre. Fue entonces cuando empezaron a vomitar. —Ágata tenía una expresión aterrada.

—Ay, pobrecilla. —Sissi colocó una vez más la mano en la pálida mejilla de Sofía.

—Emperatriz, han estado muy enfermas esta tarde y han manchado las sábanas más deprisa de lo que era capaz de cambiarlas.

—Abre las ventanas, María. Todas. Ahora mismo. No podemos permitir que respiren este ambiente enfermizo. Se pondrán peor.

María obedeció y abrió las ventanas a toda prisa, pero la brisa fresca apenas mitigó el repugnante hedor que reinaba en la habitación infantil.

—Tranquilas, tranquilas, pequeñas mías. Todo se arreglará. Mamá ya está aquí. —Sissi se levantó y se acercó a la cuna de Gisela para mirar a la niña—. Ágata, retira ese montón de sábanas sucias.

—Sí, majestad.

Ágata estaba recogiendo las sábanas para llevarlas a la lavandería cuando Sofía devolvió una vez más en su cama. Agotada e incómoda por estar sentada en su propio vómito, la niña empezó a llorar.

Sissi corrió hacia su hija mayor.

—Tranquila, tranquila, cariño, mamá te va a limpiar. —Se volvió hacia Ágata y le dijo—: Yo le cambio el camisón, tú llévate las sábanas sucias bien lejos. ¿Por qué no está el médico aquí? ¿Y dónde está Francisco? María, ve al despacho del emperador y tráelo ahora mismo.



Las siguientes horas transcurrieron de forma extraña. Todo parecía requerir de una eternidad: la espera para que llegase el médico, la espera para que apareciera Francisco, la espera para que calentasen el agua con la que bañar a las princesas.

Pero después, antes de que Sissi se diera cuenta, había anochecido y ella ni se había percatado de que el sol se había puesto para dar paso a la noche.

—¿Qué puede ser? —Francisco miraba fijamente al médico con las palmas húmedas de Gisela entre las manos.

El médico estaba palpando las mejillas de Sofía.

—La fiebre me preocupa. La de la princesa Gisela parece haber remitido un poco, pero me temo que no sucede lo mismo con la princesa Sofía.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Sissi con voz ronca por el agotamiento y la preocupación. Llevaban despiertos toda la noche.

—Creo que lo mejor que pueden hacer Sus Majestades Imperiales es cuidarse. Desayunar un poco y descansar. Llevan muchas horas en la habitación con las enfermas.

—No pienso irme —replicó Sissi con voz inexpresiva.

El médico insistió.

—Debo señalar que estar expuestos a la enfermedad supone un riesgo para la salud de Sus Majestades Imperiales.

—Isa, tenemos que hacer caso al médico. No podemos ayudar a las niñas si nosotros también enfermamos.

—¡Me da igual! ¡Quiero exponerme! Si ellas están enfermas, deseo sufrir a su lado. —Sissi se tumbó en la cama junto a Sofía y acunó el húmedo cuerpecito de su hija contra el suyo con la esperanza de que las caricias de su madre hicieran remitir la fiebre—. Mi niña, mi preciosa niña, mamá está aquí.

Siguió acunándola entre los brazos sin prestarle atención a los susurros de su marido y el médico. Sin prestar atención a la mirada aterrada de María, a quien le espantaba ver cómo su emperatriz se exponía a la fiebre de semejante forma. Los ojos de Sissi se desentendieron de todos los presentes en la habitación menos de Sofía. Pasaron horas.

—Mi niña, mi preciosa niña, mamá está aquí. —Repetía esas palabras con regularidad ya que le suponían cierto consuelo.

La noche cayó una vez más, y Sissi ordenó que encendieran velas y se negó a comer cuando María intentó que cenase algo.

Sofía tenía los ojos abiertos y de vez en cuando miraba a su madre, pero sus vidriosas pupilas azules no parecían enfocar nada de lo que tenía delante.

—Mi niña, estoy aquí. —Sissi besó la frente húmeda de su hija. Seguro que Sofía sentía sus caricias aunque no respondiera a ellas.

Cuando amaneció el segundo día trasladaron a Gisela a otra habitación, ya que el médico declaró que se estaba recuperando. En la habitación infantil el abismo que separaba a Sofía de Sissi parecía crecer cada vez más. La fiebre



era abrumadora y absoluta, no permitía que su pequeña víctima se concentrara en nada, ni en los abrazos, ni en los besos ni en las lágrimas que humedecían sus mejillas al caer de los ojos de su madre.

A la noche siguiente, con Francisco sentado en el suelo junto a ellas, Sissi se dio cuenta de que la respiración de su hija era muy dificultosa, incluso lenta.

—¡Doctor! ¡Doctor, venga! —Se alejó de su hija por primera vez en toda la noche para permitir que el médico se acercase a la niña—. ¿Qué pasa? ¿Por qué le cuesta respirar?

Las manos del médico se movieron por el cuello y el pecho de Sofía en busca de una explicación. Sissi lo observó mientras se abrazaba la cintura y contenía la respiración. No pensaba tomar el siguiente aliento hasta que su hija hiciera lo mismo.

Pero en ese momento el médico se volvió hacia Sissi y ella vio que la expresión de preocupación daba paso a la resignación y a una tremenda tristeza.

«No», pensó Sissi. «No lo diga. No pronuncie las palabras, es una orden.» Pero dicha orden sería inútil contra un súbdito tan rebelde como la propia muerte, hasta ella lo sabía.

El médico se dirigió en primer lugar a su ayudante.

—Anota la hora. Lugar: Castillo de Buda, Budapest, Hungría. —Después se volvió hacia Sissi, que seguía con la respiración contenida mientras su corazón bombeaba la sangre muy fría por todo su cuerpo. Meneó la cabeza—. Lo siento, majestad. La princesa está en el cielo.

## XII

*Viví y amé,  
y recorrí el mundo.  
Mas no hallé lo que buscaba.  
Engañé y fui engañada.*

EMPERATRIZ ISABEL, SISSI, DE AUSTRIA

## Capítulo 12

*Palacio de verano de Schönbrunn, Viena  
Verano de 1857*

—Es lo que yo decía desde el principio —susurró Sofía al tiempo que se limpiaba una lágrima de la mejilla con su pañuelo bordado. Era la primera vez, se percató Sissi con el cuerpo entumecido, que veía llorar a la archiduquesa—. No deberíais haberos llevado a las princesitas a ese viaje. Sabía que no saldría nada bueno de él.

Regresaban al palacio de Schönbrunn desde la *Kaisergruft*, la cripta imperial situada bajo la iglesia de los Capuchinos de Viena, donde habían dado sepultura al cuerpo de Sofía junto a sus antepasados Habsburgo. El interior del carruaje era tan reducido que Sissi sospechaba que su suegra pretendía que oyera sus comentarios. Se había preparado para eso. Sabía que la madre de Francisco actuaría mientras ella estaba en su momento más débil, con su confianza como madre por los suelos. Y ella, incapaz siquiera de hablar por el dolor que la embargaba, la dejaría ganar. Porque tal vez lo que su suegra decía era la verdad. Quizá ella fuera la culpable de que su querida hija hubiera muerto.

Si el viaje a Hungría fue el momento más feliz de su matrimonio y de su vida de adulta, el regreso a Viena fue el más triste. Sissi deseaba, en vano, que la fiebre volviera para cumplir su propósito y se la llevara junto a su hija. Pero el destino fue cruel con ella y vivió. Su cuerpo, por algún retorcido truco de la naturaleza, siguió fuerte y saludable. De manera que lo único que podía hacer era encerrarse en sus aposentos y fingir que había muerto. Mantenía las cortinas perpetuamente corridas para que no entrara el cálido sol del verano. El mundo exterior se burlaba de su dolor y desdeñaba a la mujer destrozada que se ocultaba en sus habitaciones, con sus preciosas flores y sus gordos abejorros, y con los criados afanándose para atender un palacio que seguía funcionando en su ausencia. Como si todavía hubiera una vida que vivir.

Francisco cejó en sus intentos por consolarla. Sissi se negaba a comer con él y con su madre. Se negaba a ver a los cortesanos que se acercaban a sus

aposentos con la esperanza de darle el pésame y de rezar por el alma de la princesita. Cuando Francisco sugirió que saliera a cabalgar de nuevo, llegando a decirle incluso que le compraría un caballo, Sissi se rio de él. Fue una carcajada hueca y ronca que no expresaba ni un ápice de alegría.

Las oraciones y las cartas de condolencia llegaban desde todo el imperio y se acumulaban en su escritorio, sin abrir y sin contestar. Ágata, María y herr Lobkowitz aprendieron a cumplir sus deberes administrativos sin tratar de llamar la atención ni de suscitar el interés de la emperatriz, que pasaba casi todo el tiempo en la cama, con los ojos abiertos pero sin expresión alguna. Sus únicas salidas eran sus traslados diarios en carruaje a la cripta imperial donde, cubierta por un velo negro, pasaba horas llorando delante de la tumba de su hija. Cuando las lágrimas se le secaban y la cabeza empezaba a dolerle regresaba al palacio, oculta tras las cortinas negras del carruaje.

Los únicos visitantes a los que Sissi les permitía la entrada eran el pintor a quien había encargado el retrato de su hija y el joyero que realizó el pequeño medallón con el rostro de la princesa. Sissi lo llevaba engarzado en una pulsera en torno a la muñeca y lo besaba con frecuencia.

Cuando el verano por fin se desvaneció y el húmedo frío de noviembre cayó sobre la ciudad se instalaron de nuevo en el palacio de Hofburg, con sus paredes frías al tacto y sus estancias oscuras, aun aquellas donde más luz penetraba. Los días menguaron, las noches se alargaron, frías y desapacibles, y Sissi sintió, por fin, que el mundo reconocía la gélida desesperación que ella percibía en su interior.

Apenas mostraba interés por la comida y se negaba a arreglarse. Protestaba cuando Ágata trataba de encender la chimenea en su dormitorio. La comida, los vestidos elegantes y el calor del fuego eran consuelos vulgares, mal recibidos por un cuerpo que no deseaba que lo consolasen. Quería pasar frío, hambre y sentir dolor, para poder redirigir momentáneamente sus pensamientos a esos malestares y así olvidar la desdicha infinita e implacable que latía en su interior.

Aun cuando el período de luto oficial en la corte llegó a su fin, Francisco le permitió dicho comportamiento aduciendo que se trataba de una madre inconsolable, rota por el dolor. Estaba demasiado ocupado para discutir con ella, ya que el regreso a Viena había coincidido con nuevos problemas en Prusia, en Hungría y, por último, en Italia. Francisco era un hombre estoico e indefectiblemente racional, curtido en los dogmas de la templanza y del deber, por lo que no sabía cómo apartar a su mujer de las garras de semejante oscuridad. De manera que la evitaba por completo.

Sofía parecía ver la reclusión de Sissi como el reconocimiento largamente esperado de su capitulación. Se hizo cargo de Gisela sin que ella presentara batalla. No iba a ver a su nuera, ni a Sissi pareció importarle que cortara toda comunicación con ella. El ostracismo de Sissi solo era un castigo justo. Por fin suegra y nuera estaban de acuerdo en algo.

Durante ese período, y de forma misericordiosa, Sissi fue eximida de todas sus responsabilidades sociales. Francisco asistía solo a cenas de Estado, a misas y a bailes. O tal vez no del todo solo. Sofía sin duda había percibido el vacío que producía la ausencia de su nuera, y Sissi sospechaba que su suegra se había apoderado alegremente del brazo de Francisco y lo acompañaba gustosa a todos los eventos, mostrándose otra vez como la mujer más poderosa de la corte.



La misa de Año Nuevo, sin embargo, era un acontecimiento al que la emperatriz no podía faltar, aunque tuviera la impresión de que Dios le había dado la espalda. La gente llevaba horas, incluso días, agolpada pese al gélido tiempo cerca de la alegre puerta de los Suizos con la esperanza de ver, aunque fuera un instante, a la emperatriz cuando pasara bajo ella. Y así, durante el día más frío del año, con un sol que parecía tan apagado como la expresión de su demacrado rostro, Sissi salió hacia la iglesia con su familia. La esposa obediente que acompañaba a su marido a rezar para que el imperio tuviera un año de bendiciones.

La multitud clamaba su nombre. Lanzaba flores al paso de su trineo, expresaba a gritos su deseo de que tuviera un heredero ese año. Ella lloraba en silencio mientras la comitiva avanzaba, murmurando los tristes versos de Goethe sobre una estrella fugaz: «En otro tiempo surcaba el cielo, dejando una estela reluciente. Pero caí al suelo y aquí estoy. ¿Quién me ayudará a levantarme de nuevo?».

Aquellos que los acompañaron a la iglesia pudieron ser testigos del cambio que Sissi había experimentado a lo largo de esos últimos meses. La observaron fijamente. No como solían mirarla, deseosos de darse un festín con el esplendor que irradiaba. No, la observaron con... ¿Con qué? ¿Con preocupación? ¿Con sorpresa? ¿Con regocijo? Tal vez con una mezcla de todo. Sissi sabía que su aparición podía suscitar una reacción extrema por parte de aquellos cortesanos que la habían visto en toda su gloria, vestida de novia y radiante por la maternidad. Su cuerpo voluptuoso era un saco de huesos en ese momento. Llevaba la melena castaña recogida con un moño tan

tirante que sus famosos rizos habían desaparecido. Ni siquiera fue capaz de esbozar una sonrisa cuando salió de la iglesia, rodeada por la multitud de personas que trataban de verla un instante antes de que subiera de nuevo al trineo. En su rostro no apareció ni el más leve rubor juvenil.

—¿Por qué has rezado durante la misa de Año Nuevo, cariño? — Francisco le ofreció el brazo para acompañarla al comedor del palacio de Hofburg, donde se celebraría el almuerzo de gala posterior a la misa. Hablaba con un tono de voz optimista, incluso alegre, que Sissi recibió con indiferencia.

—No hay nada por lo que rezar, nada que esperar.

Francisco se inclinó hacia ella para oírla porque hablaba con un hilo de voz.

—Una de mis hijas ha muerto; a la otra la he perdido, como si también hubiera muerto.

—Isa...

Francisco frunció el ceño, como si no supiera dar réplica a un comentario tan desprovisto de esperanza. Él, que había llorado la pérdida de Sofía y que después, de forma inexplicable, se había recuperado. Había regresado a su vida y había retomado sus deberes como emperador.

Sissi se percató de lo mal que habían sonado sus palabras y se obligó a participar en la conversación aunque fuera un poco.

—¿Por qué has rezado tú, Francisco? —preguntó, si bien la respuesta no le suscitaba ningún interés. Pero al menos había preguntado.

—He rezado por que llegue un heredero Habsburgo, Isa. Tal como estoy seguro de que ha hecho la iglesia al completo.

—Ah. Un hijo varón. —Repitió el deseo de Francisco con tono indiferente.

¿De verdad esperaba que tuviera más hijos?, se preguntó con cierta sorna. La vida, para ella, había acabado. ¿Acaso Francisco no lo entendía? Eso incluía vivir la vida, disfrutar de la vida y, sí, engendrar una vida. La idea de llevar a otro bebé en su cuerpo marchito y demacrado era tan ridícula que soltó una carcajada. ¡Pobre Francisco! ¡Qué pena le daba! ¡Menuda esposa se había buscado, él que podría haber conseguido a cualquier joven de Europa!

Sissi consiguió de alguna manera soportar el banquete sin ofrecer mucho en el terreno de la conversación. A su izquierda se sentaba María. A su derecha, Karoline. María hizo un valeroso esfuerzo para incluir a la emperatriz en la conversación, si bien esta se percató con gratitud de que en ningún momento le hacía una pregunta directa que la obligara a hablar. Sissi

miró a su alrededor y reparó con cierto desinterés en que el personal del palacio había puesto todos los medios para decorar el *Redoutensaal*, el espléndido salón con sus relucientes molduras doradas y sus altísimos techos decorados con frescos. Contempló las flores rojas y las bayas del jarrón que tenía frente al plato. Observó las oscilantes plumas que adornaban el peinado de Sofía. Se enteró, vagamente, de que Francisco se quejaba de que le dolía el pecho, los pulmones, de que la tos aún no había remitido. No sabía que estaba resfriado.

Dejó el escalope en el plato sin haberlo tocado, y vio que Sofía devoraba su comida y pedía una y otra vez que le rellenaran la copa de champán. Quizá debería ofrecer el escalope a su suegra, pensó. El apetito de la archiduquesa era tan voraz como de costumbre.

—¿Majestad? —María se inclinó hacia ella y pronunció su nombre en voz baja mientras Karoline se levantaba para saludar a su último pretendiente, un aristócrata de Cracovia—. Parece muy... distraída.

—María. —Sissi cubrió la mano de su amiga con la suya.

—¿Se encuentra bien, majestad?

Sissi soltó una carcajada carente de humor. ¿Cómo podía contestar a esa pregunta?

—Ay, María. Mi dulce y fiel María. Eres muy buena conmigo.

—Estoy preocupada por Su Majestad —confesó María, como si Sissi no lo hubiera advertido ya en la expresión sincera que lucía el rostro de su dama de compañía.

—Hola, condesa Festetics —dijo Francisco.

El emperador se había levantado de su silla, situada al otro extremo del salón de banquetes, y se había sentado en la silla que Karoline había dejado vacía. Aceptó que le sirvieran el postre, consistente en hojaldres rellenos de chocolate y cubiertos con *schlag*, nata montada, y un cuenco de fruta escarchada.

Sissi negó con la cabeza cuando el criado le ofreció un plato similar.

—No, gracias.

—Cómetelo, Isa —dijo Francisco.

—No tengo apetito.

—Te ayudaremos a comértelo. —Miró al confundido criado y le hizo un gesto afirmativo con la cabeza para que dejara el plato y el cuenco.

Sissi apartó la vista para posarla en el otro extremo del salón, donde la gente había empezado a bailar. El maestro Strauss dirigía la orquesta de la corte, moviendo los brazos con energía y señalando un compás de tres por

cuatro con el arco de violín que tenía en una mano.

—¿Te apetece escuchar algo en especial esta noche, emperatriz? —le preguntó Francisco, que se inclinó hacia ella—. ¿Tal vez tu vals?

Sissi negó, y el intento de conversación murió. Se hizo el silencio. Francisco probó de nuevo al cabo de unos minutos.

—Bueno, condesa Festetics, ¿ha disfrutado de la Navidad?

—Sí, majestad, gracias. —María clavó la vista en su plato, pero no tocó el postre.

—Me alegro. —Francisco asintió—. Espero que desee de mi parte a su familia en Hungría un feliz Año Nuevo.

—Es muy amable, majestad. Se alegrarán mucho cuando se lo diga. Deseo lo mismo a Sus Majestades Imperiales. —María inclinó la cabeza—. Que tengan un año lleno de bendiciones.

—Gracias, María. ¿Está pasándolo bien en la fiesta?

María miró a Sissi con esa expresión inquieta otra vez en la cara.

—Mucho, majestad. Gracias.

—¿Qué le parece? —Francisco cogió una cucharada de nata montada y se la llevó a la boca. Tras tragar, habló de nuevo—. ¿Cree que podremos devolver la salud a la emperatriz este año? —Miró a su esposa y la observó como si fuera un cuadro que no acabara de entender. Sissi quiso decirle que tenía un trocito de chocolate en el bigote.

—Eso espero, majestad —respondió María.

—Majestad, ¿me permite desearle un feliz Año Nuevo?

Era una voz que Sissi no conocía. Alzó la vista, interesada por primera vez esa noche. ¿Quién se atrevía a romper el protocolo para conversar con Francisco sin que él le hubiera hablado en primer lugar?

La mujer se encontraba a su espalda. Y era muy llamativa. Atractiva, que no guapa. Pero tenía una figura voluptuosa y unos labios gruesos de expresión sensual. Era mayor que ella y que Francisco. A Sissi no le gustó que mirara a su marido desde arriba, directamente a sus ojos azules. Ni tampoco que se hubiera dirigido a él de esa forma, interrumpiendo incluso su conversación.

—¿Quién es? —preguntó Sissi mirándola a la cara. Se fijó en que llevaba los pómulos y los labios muy pintados. Como si fuera una actriz de teatro.

Francisco soltó el tenedor, se limpió la boca y se enderezó en la silla.

—Ah, hola, sí. Por favor, le presento a la emperatriz. —Se volvió hacia la mujer con una expresión abochornada.

—¿A quién tengo el placer de conocer? —insistió Sissi, cuyo rostro permaneció impasible mientras miraba fijamente a la recién llegada.



—Frau Roll. —La mujer asintió e hizo una genuflexión sin esperar a que el emperador la presentara—. Un placer conocerla por fin, emperatriz. He oído muchas cosas sobre Su Majestad.

—Tiene gracia... Yo no puedo decir lo mismo. —Sissiladeó la cabeza—. ¿Cuándo ha llegado a la corte, frau Roll? —Enfatizó el nombre para recordar a los presentes que esa mujer no poseía título alguno. Sabía que estaba siendo muy grosera, pero le daba igual.

—Isa —dijo Francisco al oído de su esposa—. Frau Roll no es miembro de la corte.

—¡Ah! —Sissi miró a su marido con las cejas enarcadas—. En ese caso, ¿qué hace aquí?

Francisco se dio un tirón a la chaqueta del uniforme, como si de repente le quedara estrecha.

—Frau Roll llegó este otoño pasado. Es una actriz con mucho talento y actualmente trabaja en el teatro Imperial.

—¿Ah, sí? —Sissi miró de nuevo a la mujer. «Una actriz con mucho talento.»

Frau Roll seguía mirando a Francisco, con una expresión infantil por su desconocimiento.

—Debo llevarte algún día para que veas la obra, querida. —Francisco golpeó el postre con el tenedor.

—¿Y dónde vive, frau Roll?

—Aquí mismo, en Viena. —La mujer la miró directamente a los ojos con una actitud casi desafiante.

Era bonita, reconoció Sissi. Sin embargo, su cuerpo al completo parecía un cuadro pintado al óleo. Desde los tirabuzones rojizos que le enmarcaban la cara, pasando por sus mejillas con exceso de colorete, hasta llegar al color morado de su ceñido vestido de satén. Ese pelo demasiado rojo y ese vestido demasiado estrecho exudaban sensualidad como si fuera miel.

—¿Ha venido esta noche para representar algo, frau Roll? Por lo que se ve todavía lleva parte del maquillaje para salir a escena. —Sissi se sorprendió al comprobar lo amargada e hiriente que parecía de repente, pero también le daba igual.

—No. —Frau Roll se llevó una mano a la cara y sus mejillas se colorearon aún más—. No, he venido para disfrutar del banquete. El emperador ha sido muy amable al invitarme.

—Lo ha sido, ¿verdad? —Sissiladeó la cabeza y miró a su marido.

—He invitado a todos los miembros de la compañía que ha estado

trabajando este otoño —se apresuró a añadir Francisco, demasiado rápido.

«Pero solo frau Roll ha sido tan osada como para acercarse y hablarte directamente delante de tus cientos de nobles invitados», pensó Sissi.

—Nunca había visto el interior de un palacio —confesó la mujer, que miró a su alrededor y parpadeó, enfatizando sus largas pestañas.

—Bueno, ha sido un placer, frau Roll. Me encantará asistir a alguna de sus representaciones. —La emperatriz sonrió, una sonrisa forzada, mientras pensaba: «Yo también puedo ser una actriz con talento».

—Feliz Año Nuevo, majestades. —Frau Roll habló despacio, con deje perezoso, y esos labios pintados del color de las frambuesas parecieron burlarse al pronunciar la palabra «majestades».

Sissi la observó mientras se alejaba. El vestido que llevaba frau Roll se le ceñía al redondeado trasero de manera que cada paso que daba ofrecía la oportunidad de ver sus curvas en movimiento.

Nadie habló durante unos minutos después de que la mujer se fuera.

A la postre, Francisco soltó el aire, como si hubiera estado reteniéndolo.

—Isa, has sido terriblemente grosera con ella.

—Pues tú tal vez hayas sido demasiado educado, Francisco.

Su marido resopló y soltó una carcajada.

—Es una actriz. Admiro su trabajo. Y tú también lo harías si alguna vez me acompañaras al teatro.

—Creo que me retiro por esta noche.

—Isabel. —Francisco se inclinó hacia ella y, cuando habló de nuevo, su voz fue severa, algo inusual—. Has estado... indispuesta durante demasiado tiempo. Pero el hecho de que hayas decidido olvidar cuáles son tus deberes no significa que a mí se me permita hacerlo. Yo no puedo permitirme ese lujo. —Le colocó una mano enguantada en el brazo y la obligó a mirarlo—. Alguien debe continuar al timón de todo esto. Te agradecería muchísimo que regresaras a mi lado.



Por motivos que Sissi no podría haber explicado, cuando su marido llamó esa noche a la puerta de su dormitorio le permitió pasar. Quizá porque carecía de la energía para negarle lo que deseaba. O tal vez fuera por las palabras que le había dicho durante el banquete, sobre el deber que él cumplía y sobre el que ella debía cumplir. O a lo mejor porque sintió la comezón de los celos al ver cómo miraba frau Roll a su esposo, lo que le había recordado que había mujeres en la corte cuya intención era reemplazarla. Si no suplantarla en su

papel de emperatriz, sí al menos ocupar el puesto de amante imperial.

Mientras Francisco se quitaba la bata y se acostaba a su lado con los movimientos rígidos y formales de un soldado, Sissi comprendió que su esposo había tardado meses en pedirle algo que era su derecho. Durante todo ese tiempo dormía en la pequeña estancia adyacente a su gabinete. La última vez que yacieron juntos como marido y mujer fue en Budapest. Cuando eran felices. Cuando su familia estaba completa. En aquel entonces hicieron el amor con ternura y con frenesí. Francisco demostraba a su mujer la pasión que no podía demostrarle durante el día.

En ese momento su comportamiento era distinto. No la miró a los ojos. Teniendo en cuenta que había aguardado pacientemente durante tantos meses, Sissi esperaba que demostrase cierta urgencia, cierto ardor, pero el acto fue casi protocolario y en absoluto memorable. Ella era la culpable, no lo ignoraba. ¿Cómo iba a despertar la pasión de un hombre si se sentía entumecida?

De haber sabido que permitir a Francisco el acceso a su cama de nuevo habría conllevado su tercer embarazo, Sissi lo habría rechazado. La idea de engendrar un bebé no se le había pasado por la cabeza, dado su mal estado físico y mental. Las noticias la sorprendieron tanto como a todos los demás.



—Sí, majestad, está de unos tres meses según mis cálculos. Definitivamente está embarazada. ¡Felicidades!

Sissi apenas fue capaz de aguantar hasta que el doctor Seeburger se marchó de sus aposentos para empezar a llorar. La primavera acababa de llegar y las señales de la vida que se desarrollaba en su interior eran inequívocas: necesitaba ensanchar los vestidos, tenía los pechos muy sensibles. Había un nuevo bebé en su seno, creciendo con la misma determinación e idéntica paciencia que los brotes nuevos que surgían de la tierra helada, los frágiles heraldos de la inminente estación.

La condesa Esterházy cumplió su papel de correveidile imperial, y al cabo de poco tiempo todas las caras del palacio la miraban sonrientes y todo el mundo le daba la enhorabuena. Un nuevo bebé era lo que necesitaba para superar la pérdida de la princesa Sofía, le decían. Al fin, susurraban, la emperatriz volvería a ser la misma. No sabían cómo había logrado concebir, pero agradecían que Francisco hubiera sido tan paciente y tan leal; todos convenían en que la actitud del emperador era encomiable.

En el caso de Sissi, las noticias la sumieron en una depresión aún más

profunda. Los bebés, para ella, suponían un sufrimiento. No, no el dolor físico del parto en sí. Eso era intrascendente. Lo que Sissi temía era el dolor agudo, intolerable y desgarrador que lo seguía. Tendría seis meses más para pasar con su bebé y, después, cuando abandonara su seno, lo perdería para siempre. Su suegra lo tomaría entre sus garras y lo ocultaría a sus ojos. Consciente de ese hecho inevitable, carecía de la vitalidad o del interés para otra cosa que no fuera quedarse en la cama.

En caso de que estuviera preocupado, el doctor Seeburger no lo demostró. Al contrario, alabó la prudencia de la emperatriz.

—Hace bien en no arriesgarse. Ahora carece de la fuerza que tenía durante los dos primeros embarazos. El descanso es lo que le conviene, emperatriz Isabel.

Francisco la visitaba una vez al día y se sentaba a su lado en la cama, sosteniéndole la fría mano mientras le hablaba con afabilidad. Evitaba discutir de política exterior con ella, porque las noticias que llegaban del extranjero no eran buenas y no quería preocuparla. Italia amenazaba con luchar por su independencia, según había oído Sissi, pero Francisco no le contaba nada. En cambio, le hablaba de los avances de Gisela en sus clases de baile y de las plantas que se habían sembrado en los jardines de Schönbrunn, que se preparaba para el traslado de la familia imperial y del resto de la corte, programado para después de Pascua. Preguntó a Sissi si echaba de menos salir a cabalgar, si tal vez le gustaría que le comprara un caballo nuevo una vez que hubiera dado a luz.

¿Acaso no comprendía que a ella no le importaba? Parecía que las dos únicas personas que entendían el deseo de autodestruirse que albergaba la emperatriz eran Ágata y María, las dos mujeres que pasaban los días a su lado animándola pacientemente y suplicándole que comiera. Cuando hablaban del bebé como si su llegada fuera un motivo de felicidad para ella, Sissi lloraba y les pedía que salieran del dormitorio.

La tierra se calentó y los árboles se llenaron de hojas, devolviendo el color a los jardines. Una semana antes de la Pascua, Sissi cayó presa de la fiebre. La sentía ir y venir, pero no se molestó en luchar contra ella. De hecho, se descubrió abrazando gustosa la debilidad que llevaba consigo. La fiebre y el sueño significaban un retiro para ella. De manera que, como si fuera un espectro, se dejaba arrastrar y sufría pesadillas que la desorientaban y confundían. Sin embargo, hasta las pesadillas eran menos dolorosas que su vida real.

Por lo general soñaba que estaba en Possenhofen y que tenía doce años.

Esa edad perfecta, ese momento en el que comenzaba a descubrir la independencia, lo bastante mayor para vagar sola, pero no tanto como para tener que fingir que era una mujer. Montaba a Bummerl. Su caballo galopaba a través de los prados, por las orillas del lago Starnberg. Sola. Siempre estaba sola. Y después montaba a Diamant, y subía por las empinadas montañas de Bad Ischl. Y acto seguido iba a lomos de un purasangre húngaro y atravesaba al galope las llanuras de Pest, rodeada por el olor de la tierra húmeda del Danubio, mientras el viento le azotaba la cara, sonrojándole las mejillas.

Y luego se caía, sin saber si el caballo que montaba era Bummerl, Diamant o el purasangre húngaro. Se caía y se golpeaba contra el duro y frío suelo, y un dolor agudo se extendía por sus entrañas.

—¡Mamá! —gritó Sissi—. ¡Mamá! —Y ya no sabía si era la pequeña Sofía agonizando por la fiebre o si era ella misma, que se había caído de un caballo. Lo único que sabía era que estaba muy asustada y que necesitaba a su madre.

—Tranquila, tranquila, mamá está aquí. —Era una voz reconfortante. Una voz sin rostro que la llenaba de una calidez conocida.

—¡Mamá! —volvió a gritar Sissi, abrumada por el deseo de oír esa voz otra vez y de sentir la caricia en la frente que siempre la acompañaba.

—Mamá está aquí, Sissi. Mamá está aquí.

La voz parecía distinta de la del sueño, como si se encontraran en un mundo diferente del prado con el caballo y el olor a tierra mojada. Sissi abrió los ojos y descubrió que había pasado de un sueño a otro, porque de repente se vio en su cama de Possenhofen, con su madre sentada a su lado. Parpadeó. No, no era Possenhofen. Era otro lugar. El palacio de Hofburg. Pero su madre estaba a su lado. Sissi parpadeó de nuevo.

—Por fin te despiertas. —Ludovica se inclinó sobre la cama. Tenía los ojos cansados y rodeados por unas arruguitas que no estaban ahí la última vez que Sissi los vio, años antes—. Hola, cariño mío.

Sissi sintió la cálida mano de su madre en la mejilla.

—¿Mamá? —Trató de sentarse, porque no sabía si seguía soñando—. Mamá, ¿de verdad eres tú?

Ludovica sonrió en ese momento. Fue una sonrisa cansada que expresaba su alivio y su preocupación.

—Ya no tienes fiebre, menos mal.

—Mamá, ¿estás en Viena?

—Eso parece.

Ludovica soltó una carcajada familiar y ronca. Un sonido que la consoló y

que la caló como si fuera una lluvia purificadora.

—¡Mamá! —Sissi extendió los brazos hacia su madre y al cabo de un instante sintió sus fuertes y conocidos brazos rodeándola. Las lágrimas brotaron de sus ojos—. ¡Mamá! —Se aferró a ella, disfrutando del roce de la piel de su madre, petrificada por la posibilidad de que si se apartaba, ella se alejara y la dejara sola de nuevo—. ¡Mamá, qué contenta estoy de verte! ¡En la vida me he alegrado tanto de ver a alguien! ¿Cuándo has venido?

Sissi seguía llorando. Eran lágrimas de alivio y felicidad. Ya no estaba sola.

—Tan pronto como Francisco me mandó llamar. Has estado muy enferma, cariño. Has estado a punto de perder al bebé.

Eso hizo que Sissi recordara. Estaba embarazada. Recordó los días previos a la fiebre. Su negativa a alimentarse, su insomnio.

—Cariño, tus preocupaciones han acabado enfermándote. Debes cuidarte. —Ludovica le colocó una mano en la frente en busca de alguna señal que indicara que la fiebre persistía—. Creo que ya no tienes fiebre, pero de todas formas me gustaría que te viera el doctor Seeburger. ¿Te encuentras con fuerzas para recibir al médico? ¿Cómo te sientes, cariño?

Sissi tomó la mano de su madre entre las suyas.

—Contenta —respondió, y se percató de que era la primera vez que se sentía así desde hacía un año.



Bajo los diligentes y decididos cuidados de Ludovica, Sissi recuperó poco a poco las fuerzas. Empezó a comer caldo, que su madre le daba a cucharadas tres veces al día. Al final su estómago comenzó a tolerar alimentos blandos, pan con leche y huevos. Al cabo de una semana había recuperado el apetito y comía con normalidad en su dormitorio, incluso ternera vienesa, mientras hablaba alegremente con su madre, que se sentaba frente a ella y cuya presencia disfrutaba al máximo cada día.

Por la noche Ludovica dormía con ella en la enorme cama con dosel, de manera que su cara era la primera que Sissi veía cuando se despertaba por las mañanas. Los terrores nocturnos que la asaltaban desaparecieron. Era un consuelo inconmensurable contar con su presencia, poder extender el brazo y acariciarle la mejilla mientras roncaba, saber que por fin no estaba sola.

El verano había llegado en todo su esplendor, y Sissi se descubrió disfrutando del aire cálido, de la brisa que entraba por las ventanas abiertas, del dulce aroma de las azucenas y de las lilas que le llegaba desde los

jardines.

—¿Te apetecería dar un paseo hoy, Sissi? Nada que sea extenuante, por supuesto, solo salir un rato a que te dé el aire.

Estaban almorzando en la sala de estar de Sissi, mirando por los ventanales abiertos y disfrutando de la luz del mediodía de finales de junio.

—¿Me acompañarás? —preguntó Sissi.

—Por supuesto que te acompañaré. —Ludovica siguió comiendo su caldo de ternera.

Sissi meditó al respecto. Al final, dijo:

—De acuerdo entonces.

—Bien. —Ludovica asintió con la cabeza.

Sissi devolvió su atención a la sopa mientras agradecía por enésima vez que su madre estuviera con ella.

—Sissi —susurró Ludovica—. He estado pensando en hacerte una pregunta.

—¿Sí?

La duquesa guardó silencio y tomó una honda bocanada de aire para infundirse valor.

—¿Ves a Francisco... al emperador a menudo?

Sissi negó con la cabeza y bajó la cuchara.

—Antes sí. Antes de que la pequeña Sofía... bueno, antes de que...

Ludovica extendió un brazo por encima de la mesa.

—Antes de eso... bueno, incluso cuando las cosas estaban bien entre nosotros, apenas lo veía. Mamá, se levanta muy temprano. Pasa los días leyendo noticias procedentes de todo el imperio, revisando informes y hablando con sus ministros. Recibiendo a los generales y a la policía. Cuando tiene tiempo libre sale a cazar. Así que, normalmente, no lo veo hasta la hora de la cena. O más tarde.

Ludovica asintió.

—Pero después, cuando la pequeña Sofía... —Se le quebró la voz—. Desde entonces —siguió hablando con voz temblorosa— me he portado muy mal con él. Me temo que le dije que no viniera más a verme.

—¿Y lo hizo? ¿Dejó de venir a verte?

—Al principio no. Al principio trató de hacerme entrar en razón. Se mostró muy paciente. —Sissi dejó la cuchara en el plato, sin apetito ya—. Pero supongo que al final me dejó por imposible.

—Obviamente no te ha dejado del todo. —Ludovica señaló el abultado vientre de Sissi y soltó una carcajada.

—Ah. —Sissi se llevó una mano a la barriga—. Solo fue una noche.

—Y después, desde esa noche, Francisco... ¿se ha ausentado? —preguntó Ludovica mientras daba buena cuenta de su sopa.

—Sí. —Sissi carraspeó—. Me he sumido en una terrible melancolía. Me quedo en la cama casi todos los días. Y no le permito la entrada al dormitorio, aunque quiera verme. Pero por suerte no lo ha intentado.

—Sissi... —Su madre no disimuló la preocupación que la embargaba—. Las cosas no pueden seguir así. No debes abandonar tu matrimonio de esta forma. Has de obligarte a seguir cumpliendo con tu deber para con Francisco.

Sissi alejó el plato y apoyó los codos en la mesa.

—¿Cómo, mamá?

—Obligándote, sin más. Cuando llame a tu puerta, lo recibes. En tu dormitorio. En tu cama.

«Cada cual deber cumplir con su deber.»

Sin embargo, Sissi negó con la cabeza. La simple idea la superaba.

—No.

—Sissi, escúchame —dijo Ludovica con un deje insistente en la voz—. ¿Crees que yo quería a tu padre? —Al ver que Sissi bajaba la mirada y se negaba a responder, suavizó el tono y cambió de estrategia—. Escúchame, Sissi. Todavía eres muy joven. Tienes mucho tiempo por delante para tener hijos y ser feliz. Estos son los años más importantes de tu matrimonio.

—Mamá, es demasiado duro. Lo he intentado, de verdad que sí. Pero Sofía siempre está con nosotros. Hasta cuando no está presente. Y metió a la condesa Esterházy en mis aposentos desde los primeros días de mi matrimonio.

Ludovica la escuchó en silencio con los labios apretados.

—Además —siguió Sissi con un nudo en la garganta—, la tía se llevó a las niñas y cuando la pequeña Sofía... ya sabes, bueno, pues desde entonces apenas me deja ver a Gisela. Temo que está malquistando a mi pequeña en mi contra, asegurándole que soy descuidada y frívola. ¿Sabes lo que me dijo cuando exigí tener el control de mis hijas?

Ludovica negó con la cabeza.

—¿Qué dijo?

—Que por supuesto que no podía tener a mis hijas. Que yo misma era solo una niña, demasiado imprudente e inconsciente para cuidarme, mucho menos para cuidarlas a ellas. Como si no fuera capaz de atender a mis propias hijas. Pero ya me da igual, mamá. —Unas lágrimas ardientes se deslizaron por sus mejillas mientras miraba a su madre a los ojos. Era la primera vez que



expresaba en voz alta sus pensamientos al respecto—. Es demasiado doloroso. Querer a Francisco. Querer a Gisela. Incluso a este bebé. Es mejor apartarme, alejarme para no sufrir más.

Ludovica también parecía haber perdido el apetito. Siguieron sentadas a la mesa, sumidas en un incómodo silencio mientras Sissi lloraba sin hacer el menor ruido. A la postre, Ludovica colocó los codos en la mesa y, tras suspirar, dijo en voz baja y ronca:

—Pero si tienes un niño, todo cambiará, Sissi. Entonces serás la madre del príncipe heredero. ¿Entiendes el poder que eso te otorga?

—No si la tía Sofía lo aparta de mí.

Ludovica unió las yemas de los dedos frente a la cara.

—¿Cómo es posible que se los lleve? ¿Por qué no protesta Francisco?

—Le he pedido tantas veces que proteste que al final acaba frustrado, y exasperado, conmigo. —Sissi soltó una carcajada amarga—. Al principio luché por ellas, te aseguro que lo hice. Y también luché por Francisco. Y creo que, durante un tiempo, gané. El tiempo que pasamos en Hungría fue el período más feliz de nuestras vidas. Pero cuando la pequeña Sofía... Después de eso... creo que Francisco de verdad creyó que Gisela estaría mejor en manos de su madre. Y yo accedí. No me encontraba en un estado apropiado para atenderla. Me rendí. Y ahora es demasiado tarde.

—No es demasiado tarde, Isabel. —Ludovica estampó un puño sobre la mesa, haciendo que Sissi se sobresaltara—. Tu hija sigue viva y se encuentra solo a un par de puertas en este mismo pasillo. Y puedes recuperar a tu marido. Pero eso depende de ti. Debes luchar, Sissi.

—Mamá, no tengo fuerzas para luchar por ellos. No le veo el sentido.

—Esperemos que sea un niño. Un niño que querrá mucho a su madre. Esa es nuestra mejor esperanza. Eso lo cambiaría todo.

—Deseo que sea un niño, créeme, mamá. No soporto la idea de tener más niñas. Es demasiado triste para mí.

En el pasillo se oyó una voz.

—¡Déjame pasar ahora mismo!

En ese momento Sofía entró en los aposentos de Sissi sin llamar a la puerta.

—Hola, Sofía. —Ludovica miró de reojo a Sissi y susurró—: Sigue sentada. Termina de comer. Yo me encargo de ella. —Con esas palabras se puso en pie y atravesó la estancia para acercarse a su hermana, a la que saludó con el obligado abrazo—. Buenos días, Sofía. Estábamos acabando de almorzar.

—Pues yo he venido a ver a la futura mamá... —Sofía apartó la mirada de su hermana y la clavó en Sissi con una sonrisa forzada en los labios—. Ya que habéis hecho caso omiso de mis notas y de mis invitaciones. Os habéis atrincherado aquí y habéis dado la espalda a la corte entera. ¿Cómo te encuentras hoy, Isabel?

—Recobra las fuerzas día a día —contestó Ludovica, que se interpuso entre ambas.

Sofía se apartó y rodeó a su hermana para poder mirar a placer a su nuera.

—Parece que te has recuperado. Menos mal. Francisco y yo estábamos en vilo por la preocupación.

—Sofía, puedes visitarnos siempre que quieras —dijo Ludovica, y entrelazó las manos a la altura de la cintura—. Francisco se ha mostrado muy solícito y ha venido a menudo. La puerta está abierta, ya lo sabes.

—Sí, claro —replicó Sofía, cuya mirada volaba de su hermana a su nuera—. Pero Ludie, ¿por qué no has respondido a mis notas? Te he mandado llamar varias veces. Toda la corte sabe que estás aquí y, no obstante, no has asistido a una sola cena, ni a un almuerzo, ni a una velada para jugar a las cartas. —Se inclinó hacia delante y enarcó las cejas con gesto iracundo—. La gente es consciente del poco respeto que tu hija me demuestra... y ahora tú también lo haces. Están murmurando.

—La gente siempre murmura. —Ludovica susurró y ladeó la cabeza.

—Sí, pero no pienso tolerarlo, no cuando...

—No quería dejar sola a mi hija cuando estaba tan enferma. Pensé que te vería aquí, en los aposentos de Sissi. Pensé que estarías a su lado, consolándola. Y que traerías a la pequeña Gisela para que consolara también a su pobre madre.

—¿Que trajera a la niña? ¿Aquí? —Sofía se llevó una mano regordeta y cargada de anillos a la boca, demostrando el espanto que le provocaba la sugerencia—. Jamás expondré a la niña a la enfermedad.

—Sofía, ya está recuperada. Creo que una visita de Gisela beneficiará a Sissi.

—El doctor Seeburger me informa diariamente de su estado. Por supuesto que estaba preocupada.

«¿Demasiado preocupada para venir a verme?», se preguntó Sissi. Pero a esas alturas no necesitaba enfrentarse a su tía, no cuando su madre estaba presente. Su madre la protegería, y esa certeza alivió de inmediato la tensión que se había apoderado de ella nada más ver a la archiduquesa.

—Me alegra saber que estabas preocupada, Sofía. Al fin y al cabo, es tu

futuro nieto el que lleva en el vientre.

—¿Crees que no lo sé? —Sofía entrecerró los ojos, pero se percató y recuperó la compostura. Su expresión se tornó serena—. ¿Y cómo está el bebé?

—El bebé de Francisco y Sissi está muy bien. Hoy mismo nos lo ha confirmado el médico. Puedes contárselo a Francisco. Dile que venga. De hecho, dile que traiga a Gisela.

—¿Ahora vas a dictarme los mensajes que debo trasladar a mi hijo? —Sofía se echó a reír, si bien no lo hizo de buen humor—. Vaya por Dios, Ludie, veo que no has entendido lo que significa ser una invitada en casa ajena, ¿verdad?

—Lo siento, Sofía —replicó Ludovica, y volvió a entrelazar las manos a la altura de la cintura—. Tenía la impresión de que esta era la casa del emperador.

—Ay, Ludie, no discutamos, ¿quieres? —Sofía sonrió y colocó a su hermana una mano en el hombro—. De todas formas, me alegra haber venido para comprobar con mis propios ojos que estáis muy bien. Ahora que Sissi... Isabel... está en vías de recuperación, ¿cenarás una noche conmigo? A muchos cortesanos les gustaría conocer a la madre de la emperatriz. Es una grosería que te encierres aquí y te comportes como una ermitaña. Que te comportes como... —Sofía dejó la frase en el aire, pero su mirada se desvió hacia Sissi, que seguía sentada, y eso completó el pensamiento sin necesidad de palabras.

El gesto hizo que Ludovica cuadrara los hombros y enderezada la espalda, de manera que su delgada y alta figura se opuso a la de su hermana.

—Sofía, escúchame bien. —Levantó un dedo y miró a la archiduquesa con desdén—. Puedes dar todas las órdenes que quieras a todos los habitantes de esta casa, pero a mí no me controlas.

—Ludovica, no te atrevas a alzarme la voz. O dejas de hacerlo ahora mismo o...

—No, Sofía, no me detendré hasta haber acabado. Me he enterado de lo que has hecho sufrir a mi hija y voy a dejarte una cosa muy clara: se acabó. —Ludovica no hablaba con su habitual tono sereno y paciente. Su ira era evidente y clara, tanto en sus palabras como en sus sonrojadas mejillas.

Hasta Sissi se echó a temblar. Nadie, ni la misma Sissi, había hablado de esa manera tan beligerante a Sofía.

—Ludie, la he querido como a una hija.

—¿Como a una hija? A una hija, dice. —Ludovica miró a Sissi y se echó

a reír.

Sissi no habló, se limitó a contemplar atónita lo que sucedía delante de ella.

—He dado a tu hija todo lo que podría desear, incluso después de que me haya desafiado una y mil veces.

—Sofía, lo único que has hecho es darle órdenes, desde el día que llegó desde Possenhofen. Escúchame bien: Isabel está embarazada del hijo de tu hijo, y no voy a permitir que nadie la atormente o la amoneste. —Ludovica siguió, aunque le temblaba el labio inferior—. Sissi no tuvo la culpa de que tu hijo se enamorara de ella en contra de tus deseos. Ni tampoco tiene la culpa de que su hija fuera víctima de una fiebre. ¿Me oyes?

La archiduquesa, que parecía intimidada por la figura erecta de su hermana, se removió, pero no contestó.

—Sofía, ¿me estás oyendo? Porque si no lo haces, tal vez tenga que mandar llamar a Francisco para que él me lo explique. Ojalá tu hijo supiera todo lo que ha sufrido su mujer. La culpa con la que ha cargado. Isabel ha estado a punto de perder a este bebé en una ocasión. Si lo pierde... —Ludovica se santiguó—. Bueno, estamos hablando del futuro heredero. De manera que todos debemos hacer lo posible para que sienta cómoda y segura. ¿Me estás escuchando?

Sofía siguió sin contestar.

—Te he hecho una pregunta. —Ludovica parecía incluso más alta que un momento antes.

—Te he escuchado, Ludie. Desde luego que estás hablando bien alto.

—Perfecto. Pues a partir de hoy Gisela visitará a su madre. Todos los días. No vamos a tolerar más esta separación. No es bueno para Isabel que eche de menos a su hija, y no será bueno para el bebé nonato que su madre esté tan triste. ¿Estamos de acuerdo en esto?

—Estamos de acuerdo —respondió Sofía, cuya mente estaba distraída tratando de asimilar lo que acababa de suceder.

—En tal caso, asunto arreglado. —Ludovica dio la espalda a su hermana y se sentó de nuevo a la mesa. Se llevó una cucharada de sopa a la boca, como si acabaran de acordar que hacía un día precioso—. Y, además, me gustaría ver a mi nieta.



Ya fuera por la severa advertencia de Ludovica o por la superstición de que podía perturbar al bebé que crecía en el vientre de Sissi, la archiduquesa Sofía

cambió su comportamiento por completo durante el resto del embarazo. Se mostraba distante, pero educada. Enviaba regalos y fruta, tal como había hecho en los otros dos embarazos. Relevó a la condesa Esterházy de su puesto en los apartamentos de Sissi, explicándole que la emperatriz quería intimidad mientras estuviera su madre. Aconsejó a Francisco que visitara a su mujer, y él la obedeció. Y aceptó que Sissi pasara un rato con su hija todas las tardes.

Ludovica se encariñó de Gisela al punto.

—Sissi, tú eras exactamente igual. Mira esos rizos castaños. Tenemos que encargarle lazos nuevos de inmediato.

—Eso mismo dice Francisco, que Gisela se parece a mí. —Sissi se removió en su silla, acomodando sobre su regazo a la niña, que no paraba de retorcerse contra su abultado vientre.

—Es tu hija, sí señor. —Ludovica sonrió.

—Abajo, mamá —dijo Gisela con un hilito de voz y se deslizó por las piernas de su madre.

Sissi se percató con una punzada de tristeza de que su hija no aguantaba mucho tiempo entre sus brazos.

Se encontraban en los jardines, disfrutando de un almuerzo en el *tapis d'herbe* que se extendía bajo ellas como si fuera una alfombra. Gisela caminó por la manta tambaleándose y pisó la hierba con su zapatito antes de volverse hacia ellas para que le dieran su apoyo.

—Vamos, cariño, puedes andar. Nosotras te miraremos. —Sissi se echó a reír mientras su inestable hija se aferraba a un seto para guardar el equilibrio.

—¡Flores! —Gisela señaló con un dedo regordete los cercanos parterres de tulipanes, con sus intensos tonos de rojo y amarillo.

—Flores, muy bien. —Ludovica sonrió a su nieta y se levantó de la manta—. ¿Quieres que nos acerquemos a las flores y busquemos mariposas, cariño?

Gisela se dio cuenta de que su abuela se acercaba a ella y regresó corriendo junto a su madre, dejándose caer sobre sus faldas.

—¿Dónde está la abuela? —preguntó. Le temblaba el labio inferior.

—¿Tienes miedo de la abuela Ludovica? —La duquesa ladeó la cabeza y miró a la apocada niña—. Es muy tímida. En eso no ha salido a ti, Sissi, tú no eras tímida. Un poco soñadora. Y a veces temperamental, pero tímida no.

—Eso lo ha heredado de Francisco —replicó Sissi, que cogió a su hija en brazos para darle un beso.

—Desde luego —convino Ludovica—. Era un niño muy tímido, lo recuerdo. Claro que Sofía provoca esa reacción en casi toda la gente.

Sissi cambió de postura.

—Ojalá hubieras conocido a la pequeña Sofía, mamá. Era tan...

—Te aseguro que me habría gustado, cariño. —Ludovica cubrió una de las manos de Sissi con la suya y se percató de que su hija tragaba saliva y se esforzaba por contener las lágrimas—. Pero no debes permitir que el dolor por la pérdida de esa niña te impida querer a la niñita perfecta que tienes aquí.

—¿Crees que Gisela recordará a su hermana? ¿Recordará siquiera cuánto la quería?

La mirada de Ludovica se suavizó, reflejando la tristeza que sentía su hija.

—Tal vez. O tal vez no. Pero desde luego que sí va a conocer a este bebé —respondió al tiempo que señalaba la barriga de su hija—. Y a los hermanos que vengan después.

Sissi suspiró y acarició la medalla con el rostro de Sofía que llevaba en la muñeca. Tras un largo silencio, preguntó:

—¿Cuánto dura?

—¿A qué te refieres, Sissi?

—Al dolor. Por la pérdida de un hijo. ¿Cuándo deja de doler tanto?

La expresión de Ludovica se tornó triste mientras sus hombros se elevaban y después bajaban tras haber tomado una bocanada de aire.

—No desaparece nunca.

—Pero, mamá, no te recuerdo sufriendo así. Incluso después de perder...

Ludovica dio un respingo y Sissi dejó la frase en el aire, sin acabar. A la postre, su madre habló.

—Se convierte en algo con lo que aprendes a vivir. Siempre lo llevas contigo, pero aprendes a disfrutar la vida que tienes por delante. Aprendes que un precioso día de verano en los jardines con tu hija es un regalo de Dios, creado para que lo disfrutes. Y eso es lo que haces: disfrutarlo.

Esos momentos, cuando las tres generaciones de mujeres Wittelsbach (Ludovica, Sissi y Gisela) estaban juntas eran muy tiernos para Sissi. La presencia de su madre las envolvía en un capullo protector, como si fuera una reliquia sagrada cuya presencia alejara a los espíritus malignos. Sissi se sentía a gusto, a salvo de nuevo en sus aposentos. Descubrió que sus días volvían a ser muy atareados. Contestaba las numerosas cartas que había ido acumulando, encargó vestidos para después del parto, salía del palacio para repartir limosnas, iba a misa y deseaba que llegara el momento de pasar las tardes con Gisela.

Francisco había empezado a visitar otra vez sus aposentos, y aunque normalmente no dormía con ella, Ludovica se trasladó al dormitorio adyacente a los aposentos de su hija, ya que consideraba apropiado que Sissi

tuviera intimidad cuando su marido la visitaba.

Por suerte, aunque dormía en una habitación separada de la de Sissi, Ludovica oyó sus gemidos la noche que se puso de parto, a finales de verano.

—¿Ha llegado la hora? —Ludovica entró corriendo en el dormitorio con los bigudíes de papel en el pelo, totalmente espabilada.

—Ha llegado la hora. —Sissi torció el gesto, asaltada por un repentino espasmo—. Mamá, llama al médico.

Ágata, María y Ludovica estuvieron al lado de Sissi durante todo el parto, mientras que Francisco caminaba nervioso por la antesala acompañado por sus ministros, su madre y una jarra de café. Cuando el bebé llegó al mundo horas después, una criatura rosada con el pelo negro y llorando a pleno pulmón, Sissi oyó las palabras que ni siquiera se había atrevido a soñar.

—Un niño. ¡Ha dado a luz a un varón, majestad! —El doctor Seeburger levantó al pequeño para que Sissi lo viera, como si blandiera a la llorona criatura a modo de prueba—. Un niño saludable. ¡Larga vida al príncipe heredero!

Ludovica y María estallaron en vítores de alegría, abrazadas la una a la otra mientras saltaban. Sissi dejó caer la cabeza sobre la almohada y, aunque agotada, se permitió soltar una carcajada alegre.

—Un niño —susurró al tiempo que cerraba los ojos para dar las gracias a Dios—. Un niño. Un niño. Un niño. Por favor, que alguien traiga a mi marido.

Ágata corrió hacia la puerta de la antesala. Al cabo de un momento Francisco entró en tromba en el dormitorio con el rostro tenso y el pelo despeinado.

—¿Qué es? ¿Es un niño? —Miró a su mujer y después al médico.

El doctor Seeburger tenía entre sus brazos al pequeño, que seguía llorando.

—Enhorabuena, emperador Francisco José. Su esposa acababa de dar a luz a su heredero.

—¿A mi heredero? —Francisco repitió sus palabras con un deje incrédulo.

El doctor Seeburger, por lo general un hombre muy estoico, no pudo contener una sonrisa mientras asentía con la cabeza. Francisco se acercó a él. Animado por el gesto del médico, tomó a su hijo en brazos, aferrando su cuerpecito y mirándolo sin pronunciar palabra. Una vez en las temblorosas manos de su padre, el niño agitó las piernecitas en el aire. Sissi contemplaba la escena, contemplaba a su marido mientras este miraba a su hijo y veía su

rostro por primera vez.

—Vaya, hola, hijo mío. —Los ojos de Francisco examinaron al recién nacido de la cabeza a los pies para asegurarse de que todo era como debía ser—. ¿Está bien? ¿Es fuerte?

—Desde luego, majestad. —El doctor Seeburger asintió con la cabeza con una sonrisa satisfecha en su severo rostro—. En la vida he visto a un niño tan sano.

Francisco se echó a reír y miró de nuevo la carita rosada de su hijo.

—¡Un niño!

—La emperatriz Isabel ha hecho un trabajo encomiable, majestad —dijo el médico, tal vez al percatarse de la expresión que lucía el rostro de Sissi—. Ha sido un parto difícil. Quizá el más difícil de los tres. Pero tanto la madre como el niño gozan de perfecta salud.

—¡Gracias, Isa! —Francisco corrió hacia su mujer, extendiendo los brazos para que ella pudiera ver a su hijo.

—Tenemos un niño. —Sissi no trató de contener las lágrimas, las dejó fluir a placer—. Gracias, Dios mío, gracias.



Se declararon tres días festivos y se decretó que todo el imperio disfrutara de tres jornadas de celebraciones, pagadas por los Habsburgo. Vino, cerveza, salchichas, fuegos artificiales y más cerveza se repartieron por los pueblos y las ciudades en nombre del sucesor. El primer regalo del príncipe heredero Rodolfo a su pueblo. Aquellos que no participaron en el consumo de vino y cerveza regalados por los Habsburgo asistieron a las misas que se celebraron en las iglesias y catedrales por todo el imperio para rezar por la salud del nuevo príncipe y por la pronta recuperación de su madre.

Sissi oyó la salva de ciento un cañonazos para saludar al pequeño heredero de los Habsburgo cuando se hizo el anuncio en la ciudad de Viena. Ciento un años más de reinado de los Habsburgo. El sonido de los cañones resonó en la calurosa noche de agosto como una tormenta estival seca.

«¡Larga vida al príncipe Rodolfo!»

«¡Viva la emperatriz Isabel!»

«¡Que Dios bendiga a la emperatriz y al príncipe heredero!»

—Escucha lo que dicen, pequeño Rodolfo.

Los cañonazos, seguidos por los ensordecedores gritos de la multitud que festejaba al otro lado de las puertas del palacio, se colaban por las ventanas abiertas del dormitorio de Sissi e incluso hacían que retumbara la cama.



Rodolfo gimoteó, molesto por la ruidosa interferencia en su toma de la tarde y con los puños apretados, con los que golpeaba el pecho de su madre. Sissi, que estaba amamantando a Rodolfo, no pudo evitar reírse al ver el temperamento de su hijo.

—Esos vítores son por ti, príncipe mío. Son por ti. —Besó su suave cabecita, cubierta por ese pelo tan sedoso, disfrutando del olor a limpio de su hijo y del ritmo de sus labios mientras se alimentaba de su pecho.

Ludovica estaba sentada, como si montara guardia, a la puerta de sus aposentos, preparada para advertirla en caso de que Sofía apareciera para ver a su nieto. Sin embargo, Sofía no iría esa noche. Estaba con su hijo y con sus consejeros, celebrando y brindando por la llegada del nuevo príncipe con el resto de la corte. Una celebración a la que Sissi había declinado asistir gustosa con tal de disfrutar de ese momento de intimidad con su bebé.

«¡Larga vida a la emperatriz Sissi!», se oyó a través de la ventana, un grito que arrastró la cálida brisa.

Sissi sonrió. Usaban su diminutivo. El amor de su pueblo era tan cierto como la continuación del linaje de los Habsburgo. Al parecer, todo el imperio había suspirado aliviado tras el nacimiento del príncipe heredero Rodolfo. Así pues, ella también podía hacerlo.

El nacimiento de Rodolfo había sido largo y laborioso, de manera que Sissi no protestó cuando su madre se ofreció a llevárselo para que ella pudiera dormir.

—Debes descansar, cariño mío. Ya has hecho bastante. Ahora duerme tranquila, sabiendo que Rodolfo está a salvo con su abuela.

—No se lo entregues a Sofía. Mamá, ¿me lo prometes?

—Te lo prometo, cariño mío. No lo soltaré en ningún momento. Ahora duérmete.

—Creo que voy a hacerlo, sí...

Sissi bostezó y apoyó la cabeza gustosa en la almohada mientras cerraba los ojos. Sabía que su hijo estaría allí cuando despertara. Y que su marido iría a verla. Y que su madre estaba cerca. Y esa certeza era tan maravillosa que ni los cañonazos ni los cada vez más estentóreos gritos de la multitud impidieron que se sumiera en un sueño profundo y reparador.

Cuando despertó, Viena amanecía en silencio. Era un soleado día de verano. Después de haber festejado hasta el agotamiento, la ciudad dormía los excesos.

Tenía un hijo. Un hijo sano, hambriento y con un color saludable. Sissi reflexionó al respecto y esa certeza le provocó una oleada de alegría. Llamó a

su madre para que le llevara al niño.

—¿Cómo está? —preguntó al tiempo que cogía en brazos al pequeño.

—Perfectamente. Es fuerte. Ha dormido casi tanto como tú, Sissi. — Ludovica miraba a su nieto como si nunca pudiera cansarse de hacerlo.

Sissi se bajó el camisón para que su hijo pudiera alimentarse de sus doloridos pechos.

—Ese asunto de nacer es agotador, ¿verdad, Rodolfo, mi chiquitín?

Francisco había elegido el nombre, un nombre familiar, y Sissi había aceptado de buena gana. En su opinión, emperador Rodolfo de Habsburgo-Lorena sonaba estupendamente.

Llamaron a la puerta y, acto seguido, Francisco asomó la cabeza.

—¡Francisco! —Sissi le hizo un gesto para que se acercara a la cama—. ¡Pasa!

Entró con timidez, demacrado por lo que parecía haber sido una larga noche de celebraciones. Pero cuando vio a su mujer en la cama, con su hijo en brazos, sonrió con orgullo.

—Estás despierta.

—Lo estamos, y nos hemos despertado con mucha hambre —replicó Sissi con alegría.

Ludovica se alejó hasta un rincón, donde procedió a doblar y colocar los arrullos de Rodolfo.

—Es un momento maravilloso. —Francisco extendió los brazos e hizo un rectángulo con los dedos, como si quisiera enmarcar la imagen de la madre amamantando a su hijo—. No quiero interrumpirlo de ninguna manera.

—Es un precioso retrato de familia —terció Ludovica.

—Sí, pero falta el papá. Ven, Francisco —replicó Sissi al tiempo que hacía un gesto de dolor por la succión de Rodolfo.

—Isa, ¿no te parece increíble que sea nuestro? —Francisco se sentó junto a su mujer en la cama y, al igual que ella estaba haciendo, examinó la carita de su hijo.

—Todo nuestro —repuso Sissi—. Lo hemos hecho nosotros.

—Sabes que si estás cansada podemos traer a una nodriza para que lo amamante.

—No —rehusó Sissi con firmeza—. Quiero amamantar a mi hijo.

—Bueno, si eso es lo que quieres, digo yo que te lo has ganado.

Sissi sonrió.

—¿Eres feliz, Francisco? —Se volvió hacia él, interesada realmente en la respuesta de su marido una vez más.

—Lo soy, Isa. ¿Y tú?

—Más de lo que creía posible.

Sissi sonrió y buscó la mirada de su madre, que seguía en el rincón, antes de mirar de nuevo a su hijo.

—¿A quién se parece? —Francisco ladeó la cabeza.

—Mientras tenga el pelo tan oscuro es difícil de decir —respondió Sissi—. Creo que se aclarará, hasta tener un tono castaño rojizo como su papá.

Francisco sonrió al oírla.

—Te he traído una cosa, Isa. Un regalo.

—¡Oh!

Francisco se sacó un estuche de cuero del bolsillo y se lo ofreció a su mujer.

—Ábrelo por mí —dijo ella, que no quería soltar al niño.

Francisco levantó la tapa del estuche para revelar un collar consistente en tres magníficas sartas de perlas.

—¡Francisco! —exclamó Sissi, que desvió la mirada del collar y la clavó en su marido.

—¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? ¡Es magnífico!

—No es nada comparado con lo que me has dado —replicó él, y miró de nuevo a su hijo.

—Pónmelo. —Sissi se inclinó hacia delante para que su marido le colocara las perlas en torno al cuello.

Los tres siguieron allí sentados en silencio, abrazados en familia, mientras Rodolfo se alimentaba a placer. A la postre y con el último despliegue de energía que le quedaba, el principito soltó un eructo petulante y se durmió.

—Me pasaría el día mirándolo. Ojalá no tuviera que marcharme —dijo Francisco con un suspiro.

—Pues no lo hagas. —Sissi habló en voz baja para no despertar a su hijo.

—Tengo que hacerlo. El emperador no puede disfrutar de los tres días de vacaciones de los que disfruta su pueblo. No cuando los italianos están intentando dejar el imperio.

—Pobre Francisco... Siempre cargando con el peso del mundo sobre los hombros.

—¿Ves lo que te espera, Rodolfo?

Sissi frunció el ceño al pensar en eso. Al pensar en ese bebé tan diminuto, en su hijo, que un día estaría tan agobiado y tan ocupado como su padre lo estaba en ese momento.

Francisco besó a su hijo en la frente y después hizo lo mismo con su esposa.

—Adiós, amores míos. —Se marchó sin insinuar siquiera cuándo podría regresar.

Tan pronto como Francisco se fue, Sissi se arrepintió de no haberle preguntado si iría a verla esa noche. Ya lo echaba de menos.



Sissi recobró las fuerzas poco a poco durante los días siguientes. Al final decidió que estaba recuperada para levantarse, vestirse y responder la correspondencia, una tarea que comenzó con las notas que le habían enviado sus familiares bávaros. Una semana después del nacimiento de Rodolfo, mientras estaba sentada en la cama escribiendo cartas, Sissi vio entrar a su madre. Rodolfo dormía a su lado.

—Buenos días, mamá —susurró Sissi, ya que no quería despertarlo—. Me han llegado noticias de Baviera. De hecho, estoy leyendo ahora mismo una carta de Luis. Ha enviado un trenecito de juguete para Rodolfo.

—¿Cómo está? —Ludovica se acercó a la enorme cama y se colocó al lado de su hija.

—¿Quién, Luis o Rodolfo?

—Los dos, supongo. Pero me refería a mi nieto. —Ludovica guardó silencio mientras observaba al niño, que seguía dormido. Movía los labios como si estuviera alimentándose en sueños—. Es realmente perfecto, ¿verdad?

—Sí que lo es —convino Sissi.

Ludovica se sentó en la cama, al lado de su hija.

—¿Cómo te encuentras?

—Muy bien, mamá. Más fuerte cada día. —Miró de reojo a su hijo. Su presencia era como un imán que la atraía de forma constante—. Aunque no soy capaz de escribir más de una carta a la hora. Me distraigo mucho con él aquí. Pero es una distracción maravillosa. —Sonrió y se sintió pletórica de amor por su hijo, tras lo cual siguió leyendo la correspondencia—. Y tú, mamá, ¿cómo estás?

—Bien. Estoy bien. —Ludovica se alisó las amplias faldas de su vestido, aunque no había ninguna arruga en ellas—. Sissi, cariño, tengo que hablar contigo de una cosa.

—¿Ah, sí? —Sissi soltó la pluma al percatarse de la seriedad del tono de su madre.

—Rodolfo y tú gozáis de buena salud, y Francisco y tú parece que volvéis a ser felices. —Ludovica guardó silencio y Sissi la miró a tiempo para atisbar la tristeza que asomaba a sus ojos antes de que se aprestara a disimularla con una sonrisa—. Creo que mi estancia ha llegado a su fin. Es hora de que me marche.

Sissi se tensó por entero, como si fuera un puño apretado. Ludovica siguió hablando.

—Llevo meses aquí. Muchos más de los que pensaba quedarme en un principio. Y me han llegado noticias de Possenhofen. Necesitan que regrese a casa. Los pequeños me necesitan. Pero los mayores también. Elena todavía tiene que aceptar alguna propuesta de matrimonio, y ahora es medio año mayor que cuando llegué. Y tu padre. Ya sabes que no siempre está... bien.

La felicidad que Sissi había sentido al despertarse se evaporó como si fuera un charco de agua tibia bajo el abrasador sol estival. Por supuesto que comprendía que su familia necesitaba que Ludovica regresara a Baviera. Su madre se encargaba tanto de la casa como de los asuntos del ducado. Pero ¿cómo podría ella sobrevivir sin su presencia? ¿Cómo iba a regresar a la vida tal como era antes de que su madre llegara, rectificando errores y dando de nuevo un sentido a su existencia?

Sissi conocía la respuesta: no podría hacerlo. Solo había una solución.

—Llévame contigo, mamá.

Ludovica la miró con los ojos abiertos de par en par.

—Calla, niña, no seas tonta.

—Me iré a Possenhofen contigo.

Su madre habló con tono severo, pero en voz baja, como si le asustara lo que Sissi sugería. Miró por encima del hombro para comprobar que estaban solas en el dormitorio, temerosa de que alguien las oyera.

—Isabel, tu lugar está al lado de tus hijos. Ya lo sabes.

—Nos llevaremos a Gisela y a Rodolfo —replicó ella, insistiendo.

Ludovica soltó una carcajada incrédula.

—Cariño, vamos a ser serias.

—Estoy hablando en serio, madre —repuso Sissi como si tal cosa.

—Isabel, no puedo llevarme a la emperatriz y a sus hijos, uno de los cuales es el heredero del imperio, de la misma manera que no puedo llevarme las piedras del palacio de Hofburg. Se desataría la guerra antes incluso de que llegáramos a las puertas exteriores. Es una locura.

—No puedo quedarme aquí, mamá. —Sissi meneó la cabeza—. No puedo quedarme sola.

La expresión de Ludovica se tornó triste.

—Sissi.

—Mamá, por favor.

—Niña.

Sí, «niña», pensó Sissi. Era poco más que una niña petrificada.

—No puedo estar sin ti, mamá. No puedes irte.

—Sissi... —Ludovica levantó una mano y miró a su hija a los ojos, tras lo cual añadió con tono firme y decidido—: Todos tenemos dificultades a las que enfrentarnos. Pero tú formas parte de esta familia y tienes derecho a estar aquí. Y ahora que tienes un hijo varón, las cosas no serán tan difíciles como lo eran antes de que yo llegara.

—Lo serán. —Sissi se echó a temblar, aunque la mañana era cálida—. Empeorarán, de hecho, madre. Sofía se saldrá con la suya y me castigará por haberla desafiado durante todos estos meses. ¿Es que no lo ves?

—En ese caso solo puedes hacer una cosa, Isabel. —Ludovica enarcó las cejas y miró a su hija con severidad—. No se lo permitas.



Si hubieran librado una batalla en campo abierto, Sissi podría haber empleado una estrategia, podría haberse enfrentado a su tía con todas las armas a su alcance y con su determinación para ganar. Pero sus enfrentamientos nunca se llevaban a cabo de esa manera. No eran batallas que se libraran a plena luz del día. Eran luchas silenciosas; enfrentamientos que tenían lugar sin una declaración de guerra formal; ataques sibilinos llevados a cabo con la misma suavidad de la seda de los vestidos que lucían, de manera que Sofía siempre atacaba antes de que Sissi se percatara siquiera de la existencia de la trampa.

En esa ocasión sucedió en plena noche, mientras Sissi dormía. Se despertó una mañana, unos días después de la marcha de su madre, mucho más tarde de lo que era habitual. El sol brillaba bien alto en el cielo, iluminando el dormitorio, donde la aguardaba la bandeja del desayuno, intacta. Los pájaros, que se mostraban letárgicos a medida que avanzaba el día, se habían retirado a sus nidos y ya no cantaban.

La habitación daba vueltas a su alrededor. Se sentía mareada y desorientada. Las noches previas, las noches inmediatamente posteriores a la partida de Ludovica, no había dormido nada. La ausencia de su madre la había desestabilizado mucho. La noche anterior, sin embargo, había recuperado todas esas noches de insomnio y se había sumido en un sueño profundo y sin pesadillas.

Había dormido más de lo que recordaba haber dormido en la vida, tan agotado estaba su cuerpo a causa de la demanda de alimento de su hijo y de la falta de descanso. Pero ¿cómo era posible que el llanto de Rodolfo no la hubiera despertado? Se levantó de la cama y notó que le temblaban las piernas mientras andaba hacia el moisés. Tenía la impresión de estar enferma, de que su cuerpo estaba luchando contra algo.

Se enderezó, apoyándose en el moisés antes de mirar al bebé. Pero el moisés estaba vacío. Rodolfo no estaba allí dormido. Corrió hacia la sala de estar adyacente. No había ni rastro del niño. Tampoco estaba en su gabinete, ni en el comedor. Soltó un chillido tan desgarrador que María irrumpió jadeante en los aposentos, procedente de la antesala.

—¡María, no está! ¿Dónde está mi bebé? ¡Rodolfo no está!

—Majestad... —María la miraba sin pestañear.

—María, ¿dónde está Rodolfo? ¡No está! ¡Alguien se lo ha llevado!

María, con el rostro tenso, le preguntó:

—Emperatriz, ¿no lo recuerda?

—¿Qué debo recordar?

—El príncipe Rodolfo estaba llorando esta mañana, pero se encontraba demasiado cansada para levantarse. La archiduquesa vino a buscarlo para que Su Majestad pudiera dormir.

Era imposible que eso hubiera sucedido. Sissi siempre se despertaba en cuanto el niño empezaba a llorar. Y jamás lo habría dejado al cuidado de Sofía. Entrecerró los ojos y miró furiosa a su mentirosa dama de compañía.

—María, ¿qué estás diciendo?

—Majestad, eran sobre las seis de la mañana. Vine a su dormitorio porque oí llorar al príncipe heredero. Intenté despertarla, pero parecía muy cansada. Y después llegó la archiduquesa y se ofreció a llevarse al príncipe Rodolfo para que pudiera seguir durmiendo. Le pedí que no lo hiciera sin pedirle antes permiso. Me sorprendió que Su Majestad se lo diera, pero lo hizo.

—¿Se lo di? —Sissi se apoyó en el moisés, ya que el mareo había empeorado—. ¿Accedí a que Sofía se llevara a mi hijo? ¿Presenciaste todo eso, María?

—Sí, majestad. Y, tal como le he dicho, me sorprendió, pero es lo que Su Majestad quería.

—¿Qué dije? —Sissi se llevó una mano a la sien donde había empezado a sentir un dolor palpitante. El mareo no cesaba.

—¿Se siente bien, majestad? Tiene muy mala cara.

—Estoy bien, María, pero recuérdame qué le he dicho a Sofía.

—No le dijo nada. La archiduquesa se acercó a su cama y susurró que Rodolfo estaba despierto y que iba a llevárselo. Y Su Majestad asintió con la cabeza y se dio media vuelta para seguir durmiendo. Nunca la he visto en un sueño tan profundo, emperatriz.

Sissi rebuscó entre su ropa y se puso el vestido más sencillo que encontró. Sin tocar siquiera el desayuno y sin esperar a que Ágata le cepillara el pelo, corrió a los aposentos de su suegra, evitando las miradas de los sorprendidos y curiosos cortesanos que se encontraba por los pasillos.

—¡Bendito sea el príncipe heredero, emperatriz Isabel! —exclamó una mujer de cara redonda que Sissi recordaba que era de Bohemia y que se detuvo para hablar con ella.

—Gracias —replicó Sissi, si bien siguió avanzando por el pasillo con sus guardias intentando seguirle el paso.

Tras ellos iba la condesa Esterházy, que trataba de mantenerse también a la altura. A Sissi le daba igual. «Que me siga», pensó. «Que todo el palacio vea cómo recupero a mi hijo.» Solo se detuvo, jadeando, cuando llegó a las habitaciones de Sofía. Exigió que la dejaran pasar.

—La archiduquesa ha salido. —Los guardias vigilaban la puerta siempre cerrada de los aposentos de Sofía.

—¿Dónde están? —preguntó Sissi sin aliento. El corazón le latía muy deprisa y sentía el pulso en el cuello, efectos de la necesidad instintiva de presentar pelea—. ¿Dónde están mis hijos?

—La archiduquesa Sofía se ha llevado a Sus Altezas Imperiales la princesa Gisela y el príncipe heredero Rodolfo a dar un paseo en carruaje.

Sissi estampó un pie en el suelo, consciente al ver que pasaban varios cortesanos de que estaba comportándose tal como Sofía había comentado por el palacio: como una mujer demasiado joven, demasiado inmadura, demasiado influenciable por las emociones para ser capaz de criar al príncipe y a la princesa.

—Pues decid a Sofía... a la archiduquesa, que la estoy buscando ¡en cuanto regrese! De hecho, decidle que le ordeno que lleve a mis hijos a mis aposentos. ¿Lo habéis entendido? —Sissi señaló a uno de los guardias con un dedo amenazador.

—Trasladaré el mensaje a la archiduquesa, emperatriz Isabel. —Las palabras insinuaban que estaba por verse si la archiduquesa haría caso o no.

Sissi sabía tan bien como el guardia que Sofía no se lo haría.

Francisco tampoco recibía visitas, tal como le informaron sus guardias imperiales en la puerta de sus aposentos oficiales.



—Emperatriz Isabel, las órdenes son esas. Nada de visitas ni de peticiones.

—Soy su esposa, no un molesto cortesano con una petición. ¡Dejadme pasar!

—Emperatriz, están reunidos con el embajador italiano. Se nos ha advertido explícitamente de que es una reunión muy importante. No se permiten interrupciones. Órdenes del emperador.

Sissi apretó los dientes y regresó a sus aposentos, donde escribió una furiosa carta a su marido. Había vuelto a un terreno conocido. Sola y sin poder para recuperar a sus hijos. Únicamente le quedaba esperar.



La fiebre se extendió por la ciudad poco después de que Francisco partiera hacia Italia, un apremiante y último intento por detener a los italianos antes de que declararan la independencia. Sissi no sabía si su susceptibilidad a contraer la fiebre se debía a su estado de desesperación. Y tenía muchos motivos para desesperarse: Francisco había abandonado Viena con poco menos que un beso y un adiós distraído, sin decirle cuándo regresaría; su madre se había ido; y lo peor de todo era que sus dos hijos estaban de nuevo completamente alejados de ella.

La enfermedad llegó pisando los talones a todos esos golpes, y su cuerpo parecía tan impotente ante la fiebre como ella misma se sentía ante su triste situación. Aunque la calentura de su cuerpo acabó desapareciendo, la tos persistió. Una tos dolorosa, aun cuando estaban en plena canícula.

Las palabras de su madre resonaban en sus oídos, eran una advertencia y un salvavidas: «No dejes que Sofía gane. No te rindas. Lucha por tu familia».

Sissi estaba decidida a recuperar a sus hijos, pero sabía que mientras el doctor Seeburger no declarara su total recuperación su empresa no tendría éxito. De manera que obedeció las órdenes del médico como la mejor de las pacientes. A medida que el calor del verano daba paso al frescor del otoño y que los días menguaban, llevando consigo la amenaza del frío y húmedo invierno, Sissi guardaba cama bajo montones de mantas, sudando a través de las capas de seda, lana y cachemira, tal como le había ordenado el doctor Seeburger. Bebía cuencos y cuencos de caldo y tazas de té muy calientes, de modo que temporalmente se le descongestionaban los pulmones. Sin embargo, la tos persistía. Descansaba tanto que no podía conciliar el sueño, pero fingía dormir cada vez que el médico entraba en su dormitorio.

—¿Qué más puedo hacer? —Era un día grisáceo de principios de

invierno. Los pulmones de Sissi ardían por culpa de la persistente tos.

—Nada, emperatriz. Está haciendo todo lo que yo le aconsejo. Sin embargo, siento mucho que la tos no desaparezca. —El doctor Seeburger se dio unos golpecitos en la barbilla, abandonados ya sus intentos por enmascarar el desconcierto mientras llevaba a cabo su visita diaria—. Su respiración sigue siendo demasiado laboriosa para hacerme pensar que se le han descongestionado los pulmones.

—Pero llevo meses así —protestó Sissi. Meses que para un bebé y una niña de corta edad eran una eternidad. ¿Qué acontecimientos importantes de sus vidas se habría perdido?

A medida que los días menguaban su salud se deterioró aún más. Mientras la tos persistía aparecieron nuevos síntomas más preocupantes si cabía. Sissi observó espantada que se le hinchaban las muñecas y las rodillas, como si fueran frutas maduras, una hinchazón que iba acompañada de un dolor palpitante, día tras día. Le habían arrebatado su cuerpo. Su figura, otrora perfecta y tan alabada, estaba cambiando y transformándose delante de sus atónitos ojos.

—Emperatriz, debo confesar que esto me supera.

El doctor Seeburger se encontraba en su dormitorio, palpándole y pinchándole la hinchazón de las rodillas y de las muñecas. No podía hacer nada. Evitar los líquidos no había logrado reducir la inflamación. Los masajes diarios que había prescrito solo ocasionaban a Sissi un dolor insoportable. Y mientras tanto sus articulaciones seguían aumentando de tamaño, como si fueran odres de vino que amenazaran con reventar por el exceso de líquido que contenían.

—¡Debe hacer algo! ¡Con este aspecto estoy para que me lleven a un circo! —Sissi empezó a llorar y rehuyó la mirada del médico. Evitaba ver su desfigurado reflejo en el espejo—. No puedo salir del dormitorio. No puedo ver al emperador.

—Si Su Majestad Imperial me lo permite, me gustaría consultar a un especialista pulmonar, el doctor Skoda. He trabajado ya en otras ocasiones con él y creo que podría facilitarnos un diagnóstico y un tratamiento más acertados.

—Lo que me aconseje, doctor —replicó Sissi con un deje de desesperación en la voz—. Solo quiero que me ayude a ponerme bien otra vez. Debo recuperar a mis hijos.

El doctor Skoda era un hombre muy envarado, más severo aún que el doctor Seeburger, y se puso manos a la obra nada más llegar. Auscultó el

pecho de Sissi y después examinó sus inflamadas articulaciones.

Tras su examen, él se apartó de la cama para comunicarle sus hallazgos al doctor Seeburger, y Sissi fingió sumirse en un sueño tranquilo. Al cabo de unos minutos los dos médicos, a todas luces perplejos, mantenían una conversación en voz baja.

—Una sintomatología poco frecuente, de hecho —oyó que comentaba el doctor Seeburger, su frase preferida—. ¿Qué puede ser?

El doctor Skoda respondió susurrando. Sissi no entendió qué decía, pero el jadeo que dejó escapar el doctor Seeburger le resultó inconfundible. Su corazón empezó a latir más rápido, si bien se obligó a mantener los ojos cerrados.

—Pero ¿cómo es posible que se haya contagiado? —El doctor Seeburger estaba tan alarmado que olvidó la precaución de bajar la voz, un hecho que Sissi le agradeció.

—A través de él, por supuesto —respondió el doctor Skoda con tranquilidad.

¿Quién era ese «él»? se preguntó Sissi. ¿Rodolfo? ¿Tal vez se trataba de alguna complicación posterior al parto?

El doctor Seeburger puso en entredicho la teoría, fuera la que fuese.

—Pero, doctor Skoda, esa es una afirmación peligrosa, como estoy seguro de que ya sabe. Semejante suposición implica que el emperador también ha contraído...

La reacción del doctor Skoda se produjo en voz demasiado baja para que Sissi la oyera. Tal vez ni siquiera fue una respuesta verbal, quizá solo se trató de un asentimiento con la cabeza o de una mirada, un mensaje silencioso cuyo significado únicamente ellos podían comprender.

—En ese caso, ¿por qué él no demuestra ningún síntoma?

—Su cuerpo es más fuerte que el de la emperatriz. Es probable que esté luchando contra la enfermedad. Pero ¿ella? Bueno, ha tenido tres hijos en cuatro años. Está débil y consumida. Su estado mental, tal como me ha comentado, doctor, no siempre ha sido... En fin, que ha padecido episodios de melancolía y ansiedad. Su dieta es muy pobre, apenas tiene apetito. Además del problema pulmonar, también he descubierto que tiene anemia. Es lógico que su cuerpo haya demostrado antes los síntomas.

Sissi apenas podía seguir manteniendo la farsa del sueño. Ansiaba saltar de la cama y exigirles que le explicaran de lo que estaban hablando. ¿Qué grave enfermedad la aquejaba?

—Por suerte, con el tratamiento adecuado, no es una enfermedad mortal.

La emperatriz no tendrá complicaciones a largo plazo —afirmó el doctor Skoda.

—Pero ¿cómo la tratamos, Skoda?

—Aconsejaré que la emperatriz se marche de viaje, a algún lugar situado en el sur, donde el clima sea más suave. Desde luego que no debe pasar el invierno en Viena. Prescribiré una temporada en algún lugar de la costa. Si sigue el tratamiento, y descansa, podemos estar seguros de que Su Majestad Imperial se recuperará por completo.

De ninguna manera dejaría la corte sin sus hijos, pensó Sissi, que ya estaba preparada para enfrentarse al médico a ese respecto.

—Pero ¿y si el emperador se niega a que ella se marche? —El doctor Seeburger parecía incómodo con el tratamiento que prescribía su colega—. Su Majestad Imperial está muy unido a la emperatriz.

—Debe hacer lo que sea mejor para su esposa —respondió Skoda con un tono adusto—. Al fin y al cabo, él es el responsable de que ella se haya contagiado.

—¡Chitón! ¡Skoda, cuidado con lo que dice! No puede hablar así en el palacio. Siempre hay alguien escuchando.

«Si supiera...», pensó Sissi, que sentía el atronador latido de la sangre en los oídos.

Los dos médicos guardaron silencio un instante, y Sissi supuso que la estaban mirando. Que estaban contemplando su serena estampa mientras dormía. Esa pobre emperatriz, seguro que estaban pensando, compadeciéndola por su enfermedad. Pero ¿qué mal la aquejaba?, se preguntó. ¿Francisco también lo sufría? ¿Cómo había enfermado él?

La siguiente pregunta que el doctor Skoda hizo al doctor Seeburger confundió aún más a Sissi.

—¿Quién? —preguntó en voz muy baja—. ¿Quién puede ser?

Sissi no sabía a qué se refería. Pero oyó la respuesta. Fue tan clara como si el doctor Seeburger se la hubiera gritado a ella. Y de repente la certeza cristalizó en su mente, obligándola a abrir los ojos tras conocer la respuesta.

—Cualquiera de ellas. —El doctor Seeburger suspiró y siguió hablando en voz baja—. Pero, normalmente, el conde Grünne se asegura de que estén limpias, de que no padezcan enfermedades. Sin embargo, hay una. Esa actriz, frau Roll, ¿la conoce?

—Sí —respondió el doctor Skoda—. Siga.

—Detesto dar pábulo a los rumores y las habladurías del palacio, pero seríamos tontos si no consideramos lo que cuentan: que ella sufre la misma

enfermedad.

Ya no había confusión posible. Lo único que quedaba era un corazón destrozado. El último síntoma que Sissi añadió a su lista de padecimientos.



—¿Por qué no me lo has dicho nunca? —Sissi miraba furiosa a María, su dama de compañía predilecta, su aliada más leal y fiable—. Es lo que esperaba de la condesa Esterházy, o de Paula y Karoline, aunque normalmente sean incapaces de estar calladas si se han enterado de alguna habladuría. ¿Pero tú, María? ¿Desde cuándo lo sabes?

María miró la puerta del dormitorio con expresión anhelante, cual animal atrapado ante la puerta de su jaula.

—Majestad, no sé de qué está hablando.

—María, ni se te ocurra. Vi cómo lo miraba el día de Año Nuevo, y sé que todo el mundo está al tanto... menos yo. ¿Cuándo empezó?

María la miró entonces, reteniendo el aliento como si estuviera a punto de echarse a llorar. Al final contestó con renuencia:

—Los primeros rumores me llegaron más o menos cuando regresaron de Budapest. El verano pasado. Cuando Su Majestad estaba de luto por la princesa Sof... —María dejó la frase en el aire con los ojos llenos de lágrimas y se cubrió la cara con las manos.

—Ahórrate el llanto, María, no tienes derecho alguno a fingirte la víctima de esta situación —dijo Sissi con voz fría—. Y, al parecer, esta es la más reciente. El médico dijo que había otras. Ay, María, ¿por qué no me lo has contado?

—Lo siento mucho, majestad. —María sollozaba con la cara oculta tras las manos.

—Qué tonta soy. —Sissi golpeó el escritorio con la palma y se puso en pie para empezar a pasear por la estancia—. Ahora todo cobra sentido, claro está. Su disposición a no pisar nuestro dormitorio, porque declinaba el ofrecimiento incluso cuando yo lo invitaba expresamente. Creía que el pobre hombre tenía la paciencia y la templanza de un monje. Pero no, ¡es que tenía de amante a esa actriz de pelo escarlata! —Sissi echaba humo por las orejas mientras su cuerpo se revelaba contra los confines del corsé cada vez que resoplaba—. Ese hombre, que prometió serme fiel, que prometió acudir todas las noches a mi cama... —No podía llorar, estaba demasiado furiosa para hacerlo—. Y tú, María, tú también me has traicionado. Y Ágata. Ni siquiera intentas convencerme de que no lo habéis hecho. Esta corte está tan plagada

de correveidiles que estoy segura de que todo el mundo se enteró la primera noche que estuvieron juntos.

—Majestad, por favor, compéndalo. Estaba enferma. Tan enferma que temía por su vida. Y luego se quedó embarazada. Y después de dar a luz al niño estaba muy feliz. ¿En qué momento debería habérselo dicho? No soportaba la idea de destrozarle el corazón después de todo lo que había sufrido.

—No concedas tanto mérito al emperador, María. ¿Destrozarme el corazón? —Sissi se echó a reír. Fueron unas carcajadas desagradables y furiosas—. Demasiado tarde. Ya me lo habían destrozado mil veces antes. Poco a poco, ¿no te has dado cuenta? Un trocito de corazón por aquí, un moratón por allá y un desgarró por otro lado. Así que ya no sirve para nada. No, no se puede destrozarse algo que ya estaba roto y sin posibilidad de remiendo.

La mirada de María, una mezcla de temor y compasión, bastó para que Sissi perdiera los estribos. Sin embargo, se obligó a seguir hablando para no empezar a chillar.

—Sabía que Francisco se había alejado emocionalmente de mí. De hecho, nunca fue del todo mío en ese aspecto. Siempre lo he compartido. Con su madre, con el imperio, con Grünne... —añadió Sissi con patente disgusto—. Siempre. Desde el día que nos casamos. —Rio de nuevo. Fue una risa amarga y carente de humor. Sabía que parecía estar loca—. ¿Qué más da si también ha entregado su cuerpo a otras?

Se sentaron en silencio. La mente de Sissi rememoraba de forma vertiginosa los días en los que Francisco había rechazado las invitaciones a visitar su dormitorio. Siempre con alguna excusa: los italianos, los húngaros, los ministros. Los había nombrado a todos salvo a su amante. Y en ese momento allí estaba sentada, con el cuerpo deformado y el corazón convertido en un trozo de carne marchito y frío.

Al final, María habló.

—¿Qué va a hacer, majestad?

Sissi enderezó la espalda y se llevó las manos a las doloridas rodillas para masajearse las con firmeza.

—Haré lo que los médicos me han prescrito que haga. Me iré al extranjero. Francisco no está. Me ha abandonado. ¿Por qué no puedo yo hacer lo mismo?

## Tercera parte

### XIII

*Sale de su habitación con paso vivo y pronto se queda sin aliento. Pero no está cansada, todo lo contrario. Se siente bien despierta y viva, como llevaba años sin sentirse.*

*Sabe cuál es su puerta. La asistente, por suerte, ha sido lo bastante discreta para no preguntar para qué necesitaba la emperatriz esa información. Se escabulle por una salida trasera y recorre, sin que nadie la vea, los pasillos a oscuras. «No está bien que una emperatriz se escabulla por los pasillos sin compañía.» Ay, si ella lo supiera, piensa Sissi.*

*Llama a la puerta despacio. Mira por encima del hombro, por si hay guardias apostados en algún rincón cercano. Pero está totalmente sola.*

*Y en ese momento él abre y una delgada línea de luz procedente de las velas asoma al pasillo junto con su cara. Él la mira fijamente, con la camisa desabrochada y el pelo alborotado. Su cara denota sorpresa. No es ese el rostro que él había esperado ver al otro lado de la puerta.*

*—Sissi...*

*—¿Puedo entrar? —Aunque es una pregunta, no aguarda una respuesta. Pasa junto a él y accede al dormitorio.*

*—¿Te has dado cuenta de la hora que es? —Su aliento huele a vino y la habitación está muy desordenada. Es evidente que ha estado escribiendo, trabajando o paseando de un lado para otro. Algo que la mente desasosegada de Sissi comprende a la perfección—. Es más de medianoche, ¿verdad?*

*Ella se encoge de hombros. No contesta.*

*—¿Es prudente? —Aparta la mirada de ella y la clava en la puerta, que ella acaba de cerrar. Encerrándolos a los dos juntos.*

*Sissi echa a andar hacia él con el corazón desbocado. Le parece indomable, y más guapo de lo que jamás lo ha visto. «¿Es prudente?», le ha preguntado él. No, desde luego que no lo es.*



## Capítulo 13

*Palacio de verano de Schönbrunn, Viena  
Agosto de 1862*

—¿**A** que son una preciosidad? ¡Míralos, tan pequeños! —Sissi dio una palmada e instó a María a acercarse donde ella estaba sentada, iluminada por el sol vespertino que se filtraba por el ventanal de su dormitorio palaciego—. María, tráemelos. Deja que los toque.

—Majestad, por favor, quédese quieta.

—Lo siento, Franziska.

Sissi se echó hacia atrás para permitir que su peluquera, Franziska Feifilak, pudiera manejar mejor su abundante melena. Mientras los habilidosos dedos de la mujer engarzaban las sartas de perlas en ella, captó el aroma del pelo limpio, recién lavado con agua de rosas y aceite de almendras.

—María, tráemelos ahora mismo.

La condesa obedeció, para lo cual tuvo que dejar de deshacer el equipaje que estaba sobre la cama. Se acercó a la emperatriz con los dos corsés nuevos y puso uno de ellos en las manos extendidas de Sissi.

—Acaban de llegar de París, emperatriz.

—Es la última moda —dijo Sissi mientras acariciaba las delicadas ballenas. Miró a su dama de compañía con las cejas enarcadas—. ¿Qué te parece? ¿Crees que puedo reducir mi cintura a menos de cuarenta y cinco centímetros?

María no se molestó en ocultar el ceño fruncido ni la mueca disgustada de sus labios.

—Lo sé, lo sé, lo desapruebas, María. Pero no arrugues la frente así, que te quedarán marcas. —Sissi suspiró. Despuésladeó la cabeza para hablar a su peluquera—. Franziska, ¿tú también desapruebas, como María, que me ciña tanto los corsés?

—Solo deseo que sea feliz, emperatriz Isabel —contestó Franziska, cuyas palabras sonaban extrañas por el marcado acento polaco. Franziska, al igual que María y la propia emperatriz, era extranjera en Austria. Una ventaja, casi

una necesidad, para Sissi esos días.

Sin embargo, a María no le gustó la respuesta de la peluquera.

—Recuerdo que solía molestarle incluso el corsé más suelto, majestad. Además, no estoy segura de que reducir la cintura a cuarenta y cinco centímetros o menos sea saludable para una madre de tres hijos.

—Dos —corrigió Sissi de malos modos.

—Cierto, pero quiero decir que ha dado a luz a...

—Sí, he dado a luz a tres hijos. Una está muerta. Y los otros dos no están conmigo. Así que no entiendo qué tiene que ver ser madre con todo esto, María.

Sissi se arrepintió de su tono hiriente al ver la expresión desolada de María. Suspiró y clavó la mirada en su reflejo.

A la postre, Franziska rompió el tenso silencio.

—Creo que Su Majestad Imperial tiene derecho a divertirse un poco.

Sissi captó otra vez el ceño fruncido de María a través del espejo. La condesa se preocupaba por muchas cosas esos días: su obsesión por la dieta, su interés compulsivo por la ropa y por las rutinas de belleza... o su absoluto desinterés por la vida en la corte. La incipiente relación de Sissi con la nueva peluquera, una mujer que se había ganado su reputación peinando a actrices de teatro, era sencillamente el último motivo de preocupación de la dama.

—Déjalo en la cama, María. Me lo pondré para la cena de esta noche. — Sissi le devolvió el corsé y volvió la cabeza para mirar por la ventana.

Un niño pequeño de pelo oscuro apareció de repente, haciendo que la emperatriz se concentrase en el lugar donde correteaba en el patio. Llevaba un peto, una gorra y una chaqueta ligera. Se alejaba corriendo del palacio, detrás de un perrito blanco, que no era otro que la espantosa criatura que pertenecía a su suegra. A Sissi se le paró el corazón.

—¿Rodolfo? —Se inclinó hacia la ventana y pegó los dedos al cálido cristal. Pero el niño había desaparecido tras un arbusto. El corazón le latía con fuerza en el pecho.

—Majestad, por favor, no se mueva. —Franziska sujetó la cabeza de Sissi entre sus fuertes manos enguantadas, guiándola de vuelta a su posición recta en la silla.

—Lo siento —se disculpó Sissi sin pensar. Su mente ya no estaba en ese dormitorio, ya no estaba ocupada en corsés, distraída en su pelo limpio ni en el vestido que se pondría esa noche para la cena. ¿Había vuelto ya Francisco con los niños al palacio?—. ¿María? —Cambió de postura en la silla y se desentendió del suspiro de Franziska—. ¿A qué hora se esperaba la llegada

del emperador?

La aristócrata húngara dejó lo que estaba haciendo y soltó uno de los vestidos de noche de Sissi en la cama. Se sacó un pequeño reloj del bolsillo.

—Supongo que en cualquier momento —contestó la condesa.

Sissi apretó los puños, demasiado inquieta de repente para permanecer sentada.

Franziska dijo:

—Casi he terminado, emperatriz. Solo queda sujetarlo todo con horquillas. Ya le he dicho que no tardaría tanto si me permitiera cortarle el pelo unos centímetros.

Sissi no tuvo que meditar la respuesta.

—No.

La peluquera terminó de hacerle las gruesas trenzas, que caían por la espalda de Sissi y le llegaban por debajo de la cintura. Había tardado casi medio día en llegar a ese punto. La rutina siempre era la misma: una vez cada quince días se lavaba el pelo con una mezcla de su invención que se había perfeccionado para resaltar el brillo de su lustrosa melena castaña, y como ingredientes llevaba aceite de almendra, brandi, agua de rosas, coñac y yemas de huevo. A continuación, el pelo debía secarse, algo que teniendo en cuenta su volumen y su largura requería de varias horas, incluso durante un día estival tan cálido como ese. Una vez seco, Franziska, muy cotizada entre todas las aristócratas de Viena antes de empezar a trabajar para la emperatriz, realizaba una serie de elaboradas trenzas que recogía en torno a la cabeza de Sissi como una corona. Por último, Franziska añadía joyas, flores y plumas, sujetándole el pelo de modo que pareciera suelto, pero que no pudiera soltarse de verdad. Sissi inspeccionaba el recogido final, y si encontraba algún pelo fuera de lugar o que parecía que pudiera soltarse, la peluquera recibía una severa crítica.

—¿Qué opinas? —preguntaba Sissi mientras se examinaba en el espejo de marco dorado, estudiando cada ángulo.

Franziska siempre sonreía y contestaba de la misma forma:

—Creo, majestad, que hacéis honor a vuestro título: la mujer más hermosa del mundo.

Y tras eso la peluquera se marchaba, lejos de su vista, para limpiar los peines. Franziska había descubierto hacía bastante que ver pelos sueltos alarmaba a Sissi, incluso le provocaban una especie de pánico. Como si al perder uno o dos cabellos corriera el riesgo de perder la belleza.

Todo el proceso duraba varias horas; los días en los que la emperatriz se

lavaba el pelo, sus ayudantes sabían que se saltaría el almuerzo y que estaría ocupada durante gran parte de la jornada.

En circunstancias normales era un proceso del que Sissi disfrutaba, y ansiaba que llegase el conocido ritual. Mientras Franziska trabajaba tras ella, masajeándole el cuero cabelludo y tocando sus gruesos mechones, Sissi dictaba cartas a María o supervisaba la limpieza de su dormitorio: la colocación de sus lociones y ungüentos, la organización de su armario y la de sus tónicos y sus perfumes nuevos, así como de la ropa que aún no había estrenado.

Sin embargo, esa tarde se sentía inquieta. Estar de vuelta en Viena le provocaba una tremenda inquietud, incluso cierto miedo. Sobre todo una vez que sabía que Francisco y los niños habían regresado a Schönbrunn.



Francisco no estaba en el palacio de verano cuando Sissi llegó unos días antes. Había esperado, incluso se había preparado, para verlo tras el largo viaje desde Possenhofen. Pero cuando llegó, cansada, ansiosa y llorosa, fue a herr Lobkowitz a quien encontró aguardándola.

El asistente, que la recibió con menos pelo y con una postura más encorvada que cuando ella se marchó, informó a su señora de que el emperador, junto con los niños y su madre, la archiduquesa, todavía no había vuelto del retiro estival de Bad Ischl. ¿Alguna de las damas de la corte había pasado el verano en la *Kaiservilla*?, preguntó Sissi. El asistente agachó la mirada como si estuviera avergonzado y le dijo que sí, que creía que era bastante posible que varias de esas aristócratas hubieran viajado con la familia imperial a las montañas. Sissi ya lo suponía.

Varios días más tarde el somnoliento y vacío palacio era un hervidero de actividad con los preparativos para el regreso del emperador. Y la llegada de la corte imperial era precisamente el motivo de que Sissi planease dedicar casi todo el día a sus rituales de baño y de belleza. Se esperaba su presencia en las estancias del emperador esa noche, le indicaron, donde se reuniría con su marido para disfrutar de una cena privada. Tenía que presentar su mejor aspecto, dijo a Franziska. No porque albergase la esperanza de que Francisco volviera con ella, de que regresase a su matrimonio y de que recuperasen la relación que tuvieron en otro tiempo. Esa esperanza infantil se desintegró años antes, cuando su esposo la abandonó por la campaña de Italia, dejando a sus hijos con su madre y a su ella con nada más que la enfermedad de su amante.

Y, sin embargo, Sissi sintió cierta emoción por reunirse con Francisco. No todos los días cenaba con su marido tras una larguísima separación. Quería que viera que era fuerte, que era la dueña de su propio destino, incluso que era deseable. ¿Por qué seguía ansiando la aprobación de Francisco? ¿Por qué seguía anhelando su atención? No lo sabía, pero así era.

Tal vez quería que supiera que se había equivocado al permanecer lejos de ella. Quizá quería atormentar a su marido al presentarse ante él como un objeto muy atractivo que ya no podía poseer. Sí, admitió, quería excitarlo para poder rechazarlo. Deseaba hacerle daño. Y aunque lograra ese objetivo, no bastaría para mitigar el dolor, y los años de rechazos, que había tenido que soportar.

No obstante, ver a Rodolfo la había alterado muchísimo. Había destrozado la tranquila determinación de esa mañana como un tren de mercancías que dispersara un montón de semillas por el aire. Rodolfo ya tendría cuatro años, lo sabía bien. Estaba totalmente distinto de como lo vio por última vez. La figura que había visto en el patio no era la de un bebé, sino la de un niño que corría, reía y perseguía a su perro. ¿Reconocería a su madre?

Sissi creyó que en cualquier momento podría desmayarse, y estaba a punto de decir a Franziska que necesitaba un respiro cuando herr Lobkowitz apareció en la puerta.

—¡Buenos días, emperatriz! —Era ya por la tarde, pero el secretario estaba siendo amable, como bien sabía Sissi, ya que no quería que creyese que estaba juzgando el hecho de que pasaban de las doce del mediodía y la emperatriz aún no se había vestido—. ¿Me concede un poco de su tiempo, majestad?

Sissi parpadeó y se apoyó en el brazo de la silla.

—Emperatriz, ¿se encuentra bien? —Herr Lobkowitz dio un titubeante paso hacia ella, pero se detuvo para no saltarse el protocolo. No lo había invitado a entrar.

—Estoy bien. —Sissi tomó una bocanada de aire—. Adelante, adelante. ¿Tiene noticias del emperador?

—Desde luego, majestad. De hecho, esperaba poder hablarle de ciertos asuntos antes de que se reúna con Su Majestad Imperial esta noche. Seré muy breve.

—De acuerdo. ¿De qué se trata? —preguntó Sissi, aunque su mente seguía concentrada en la imagen de Rodolfo. Y en Gisela... Todavía no había visto a su hija. ¿Qué aspecto tendría Gisela en ese momento? Ya no era una criatura, sino una niña muy crecida. Una niña que ni siquiera reconocería a su

madre.

—Puedo volver en otro momento si le viene mejor, emperatriz.

—No hay mejor momento que el presente.

—Tal vez Su Majestad Imperial necesite un refrigerio —dijo María al tiempo que se acercaba a ella. Siempre solícita, siempre con sugerencias maternas para Sissi—. ¿Ordeno que suban un poco de caldo de pollo?

—No —contestó Sissi, y miró al secretario—. Dígame qué noticias son esas.

—Como desee, majestad. —Herr Lobkowitz se colocó el monóculo en el ojo y miró los documentos que llevaba—. Como sabe, la corte imperial ha regresado del retiro estival esta tarde.

—Creo que he visto a Rodolfo en el patio —comentó Sissi.

—Oh. —El asistente siguió su mirada hacia el ventanal—. ¿El príncipe heredero estaba ahí fuera?

—Sí, perseguía a un perro.

Herr Lobkowitz cruzó la estancia para mirar los extensos jardines formales: muy verdes y amplios, iluminados por la luz de la tarde.

—No veo al príncipe heredero. De todas formas, me aseguraré de que las institutrices no hayan estado desatendiendo sus obligaciones.

—Sí. Dígame, herr Lobkowitz, ¿de qué asuntos quería hablarme?

—Por supuesto. —El asistente se ajustó el monóculo y revisó sus notas—. Como sabe, el emperador ha ordenado una cena privada en sus habitaciones para esta noche. El menú, que el secretario de Su Majestad Imperial me ha enviado, incluirá...

—¿Cuándo puedo ver a los niños?

Herr Lobkowitz alzó la vista sin saber muy bien qué decir.

—No me han informado sobre ese particular. Tal vez Su Majestad pueda abordar el tema durante la cena de esta noche con el emperador...

—De acuerdo. —Sissi asintió.

Notó que Franziska le sujetaba largos mechones de pelo por encima de la nuca, y la cabeza ya le pesaba por la corona de trenzas.

Herr Lobkowitz continuó.

—He creído prudente, majestad, advertirle que el emperador no ha tenido un buen verano en cuanto a política exterior se refiere.

—Lo sé.

—¿Sabe que los reinos italianos se han independizado de los territorios del imperio?

—Sí, lo sé —aseguró Sissi. Habían derrotado a Francisco en Italia. Una

derrota total. A juzgar por lo que ella había leído aquel verano durante su estancia en Possenhofen, la popularidad de Francisco a lo largo del imperio, así como la suya propia, aunque eso le daba igual, había caído a mínimos históricos—. ¿Qué más, herr Lobkowitz?

El secretario jugueteó con su monóculo.

Sissi suspiró.

—¿De qué se trata, herr Lobkowitz? —Cambió de posición en la silla mientras se colocaba los pliegues de las amplias faldas.

—Como sin duda Su Majestad Imperial sospecha —contestó el asistente antes de hacer una pausa—, se ha corrido el rumor de vuestra llegada por toda la corte.

—Por supuesto que sí. Los rumores se difunden en esta corte con más rapidez que la fiebre. —Sissi dejó escapar una carcajada seca y amarga—. La reina desgraciada y despechada ha regresado para enfrentarse a su marido, a las amantes de su marido y a los hijos que sin duda se han olvidado de ella.

—No, majestad, ¡qué broma más espantosa! —Herr Lobkowitz intentó quitarle hierro riéndose—. Todo el mundo se alegra de tenerla de vuelta, por supuesto.

Sissiladeó la cabeza hacia su secretario.

—Seguro que sí.

—Por favor, emperatriz, quédese quieta —pidió Franziska.

—Lo siento.

—De verdad que estamos todos muy contentos... delirantes de felicidad, diría, por tenerla de vuelta —prosiguió herr Lobkowitz, ruborizado—. Le ruego humildemente que me crea.

—Creo que se alegra de tenerme de vuelta, herr Lobkowitz, lo creo.

—Mucho, majestad. Sobre todo tras su prolongada ausencia.

—Es muy amable al decirlo, pero estoy convencida de que quiere llegar a alguna parte.

—Sí. —El asistente se inclinó hacia delante y bajó la voz—. Le aconsejo que, teniendo en cuenta la duración de su estancia lejos de su familia y de sus... obligaciones oficiales... En fin, tal vez lo mejor sea que tenga una explicación preparada. Para que pueda contestar si alguien se atreve a preguntar... bueno, si alguien se atreve a preguntar por el motivo de que haya estado lejos... ejem... tanto tiempo.

¿Además de que era imposible vivir con su suegra? ¿Además de que había tenido que recuperarse de una enfermedad que le había contagiado su marido, quien a su vez se había contagiado de su amante? ¿Además de que su marido,

que la había abandonado, y de que sus hijos, que le habían arrebatado, eran los únicos lazos que la ataban a esa sofocante e insoportable corte?

Pero no, no podía hablar con tanta franqueza. No se hablaba de verdades tan crudas, no en Viena. No delante del piadoso y timorato herr Lobkowitz. Y desde luego no en la rígida corte de los Habsburgo.

—Ya se lo he explicado, herr Lobkowitz. He estado enferma... —Sissi alargó la última palabra, todavía amargada—. Y al ver que mi marido seguía en Italia luchando, los médicos de la corte me aconsejaron que viajara por los países del sur durante un largo período para descansar y recuperarme. De modo que, como buena paciente que soy, obedecí. He viajado por Madeira, Grecia y Corfú. ¿Qué le parece? ¿Servirá como excusa?

—Sí. —Herr Lobkowitz meditó la respuesta—. Y me aseguraré de hacer llegar esa información a todo aquel que pregunte.

—Estoy segura de que habrá muchas preguntas.

El asistente se removió, inquieto, cambiando el peso del cuerpo de un pie a otro.

—Pero eso solo explica los dos primeros años. —Hizo una pausa—. ¿Qué pasa con los dos siguientes? Ha viajado por toda Baviera y ha disfrutado de una larga estancia en Possenhofen. ¿Tiene...? ¿Su Majestad Imperial tiene la intención de decir que el clima de Baviera es cálido y saludable?

—Estaba visitando a mi familia —masculló Sissi—. No los veía desde mi boda. No estaba en mi hogar desde hacía años. Además, quería quedarme en Possi para asistir al enlace de mi querida hermana Elena.

Herr Lobkowitz asintió con la cabeza mientras asimilaba sus palabras.

—Sí, con eso debería bastar.

Y eso había bastado. Porque así fue como Sissi convenció a sus padres para que le permitieran quedarse todo el tiempo que había pasado allí. Pero incluso con la alegría de tener a su hija en casa, y la indulgencia con la que habían escuchado sus críticas hacia Viena y hacia la corte de los Habsburgo, todo tenía un límite.

—Hija mía... —La expresión del duque Maximiliano pareció avinagrarse con el transcurso del verano, al darse cuenta del deseo de Sissi, de su intención, de quedarse en Possi todo el tiempo que le permitieran—. Por más maravilloso que sea verte... tu sitio está con tu marido y con tus hijos. ¿No añoras ver a tus hijos? ¿No crees que el emperador merece tener a su mujer al lado mientras se enfrenta a los desastres que suceden en su imperio? —Esas preguntas se repitieron a menudo, tanto de labios de Max como de Ludovica.

Las insinuaciones de su madre se convirtieron en abierta insistencia una



vez que Sissi vio que Elena se casaba con un príncipe alemán de la casa de Thurn.

—Sí, se quedó para asistir a la boda de su querida hermana. La gente recuerda a Elena, una muchacha muy dulce. —Herr Lobkowitz escribió algo en sus notas, planeando ya la estrategia para enfrentarse a la inquisitiva y crítica corte—. Bien, pues ya está listo este asunto.

—Me alegro de que se sienta mejor —repuso Sissi, y miró con una sonrisa torcida al correctísimo asistente.

—Si me permite el atrevimiento, emperatriz Isabel, ¿cuánto tiempo piensa quedarse en la corte? —El hombre sostenía la pluma en alto a la espera de la respuesta.

—Supongo que hasta que me echen —respondió Sissi con voz lúgubre.

—Emperatriz, está muy graciosa hoy. —Herr Lobkowitz la miró con aprobación—. En ese caso, ¿puedo decir que ha regresado de forma... indefinida? —Su tono delataba que esperaba que la respuesta fuera afirmativa.

—¿Adónde podría ir? —Sissi suspiró—. He estado varios años viajando. Mis padres me han enviado de vuelta. Supongo que tendrá que soportarme.

—Me alegro muchísimo de oírlo. —Herr Lobkowitz sonrió y Sissi supo que era sincero—. En fin, en ese caso... —Golpeó el papel con la pluma—. En ese caso, tal vez ahora que se ha instalado oficialmente en la corte de nuevo, y dado que el emperador ha vuelto para el otoño y el invierno, tenga a bien añadir alguna persona a su servicio. Esperaba que encontrase a alguna dama de compañía adicional.

Sissi miró a María, que seguía deshaciendo su equipaje y organizando todo el contenido de los baúles de viaje. Desde que se marcharon a Madeira cuatro años antes, Sissi había tenido a María a su lado todos los días, pero a nadie más. Ella había sido la única dama que se había llevado consigo cuando se fue de la corte. Franziska era una contratación reciente, cuando descubrió a la mujer y la convenció para que abandonara su puesto en el teatro.

En ese momento, de vuelta en el palacio, Sissi sintió la ausencia de Ágata tras llevar años desentendiéndose de su pérdida. La doncella había renunciado a su puesto hacía algún tiempo, cuando la emperatriz anunció la intención de marcharse de la corte durante una larga temporada para viajar. Era demasiado para Ágata abandonar a su flamante marido, le confesó la mujer entre lágrimas y con las mejillas sonrojadas. Sissi, todavía enfurecida por la infidelidad de Francisco y por el mutismo de Ágata sobre el tema, la había dejado marchar sin abrazarla siquiera. Se había dicho que era lo mejor. Que

no echaría de menos a Ágata. Pero todavía había momentos en los que soñaba con la cariñosa polaca, imaginando que estaban en Baviera, riéndose con Elena y compartiendo cotilleos sobre Carlos. Aggie era el último vínculo con su vida anterior.

—Sí. —Sissi accedió en ese momento, pero tuvo que tragar saliva con fuerza mientras asentía con la cabeza, ya que tenía que desterrar los recuerdos de Ágata, su vieja amiga—. Voy a necesitar una doncella. Alguien que se ocupe del cuidado de mis aposentos. Pero nada más. Ya le tengo, herr Lobkowitz, para ayudarme con mis obligaciones. María, la condesa Festetics, es mi dama de compañía. Y Franziska se encarga de arreglarme el pelo. Prefiero mantener un número reducido de personas a mi alrededor.

Sissi se estremeció al recordar a las cortesanas que la seguían a todas partes, analizando su espacio privado con ojo crítico, llenándolo con las murmuraciones: la condesa Esterházy, la condesa Karoline y la condesa Paula. Las había despachado el mismo día que decidió abandonar la corte para irse a Madeira y no había hablado con ellas desde entonces.

—No me gusta estar rodeada de personas en quienes no puedo confiar.

—Una idea muy razonable, emperatriz Isabel. Y algo que ya había anticipado. —Herr Lobkowitz rebuscó en sus documentos, ojeando sus notas—. Me he tomado la molestia de buscar entre las cortesanas a jóvenes damas con la mejor personalidad y una discreción absoluta. —El asistente hizo una pausa para darle mayor emoción, y Sissi no replicó—. Teniendo en cuenta que ha regresado tras una larga ausencia, debe de estar muy ocupada, majestad. Recomendando encarecidamente que acepte algo de ayuda. —Ante el silencio de Sissi, añadió—: He encontrado a dos damas que estoy seguro de que recibirán su aprobación.

—Oh. —Sissi extendió un brazo y cogió de la cómoda un botecito con su crema preferida, elaborada con cera de abejas, fresas trituradas, miel y esperma de ballena—. ¿Y quiénes son esas jóvenes que se han granjeado su alta estima, herr Lobkowitz?

—Una es la condesa Frederika von Rothburg, una dama muy tímida del reino de Wurtemberg, en el norte, y la otra es Ilse von Bittel, la hija del vizconde Von Bittel. Esta última es una mujer de una virtud, según me cuentan, incuestionable.

Sissi conocía muy poco de las damas que habitaban la corte esos días.

—No quiero ser objeto de rumores.

—Me han asegurado que ninguna de las dos participa de esas cosas.

A la postre, mientras se frotaba las manos con la crema, Sissi contestó:

—Me lo pensaré.

—Es muy amable, majestad.

—En cuanto a la doncella... —Sissi levantó una mano y el asistente le ofreció un paño con el que se limpió el exceso de crema—. Es el puesto más importante para mí. Estará en mis aposentos durante todo el día.

—Sí —convino herr Lobkowitz moviendo la cabeza.

—No quiero que sea austríaca —sentenció Sissi sin rodeos.

—¿Oh?

—No —insistió Sissi—. Nadie de la corte.

—En ese caso, ¿quién? Si se me permite preguntar.

—Quiero a una extranjera. De hecho, he pedido a María que busque a alguien. A ser posible, húngara. Si no habla una sola palabra de alemán, mejor. ¿No es verdad, María?

La condesa Festetics, que estaba en un rincón organizando los chales de la emperatriz, asintió.

—Muy bien. Por favor, dígame si puedo ser de ayuda en la búsqueda, por supuesto. —Herr Lobkowitz dio otro golpecito sobre el papel con la pluma—. No la importunaré más.

—¿Se ha encargado de los regalos de los que le hablé? —preguntó Sissi.

—Desde luego, majestad. La casa de muñecas ya está en la habitación infantil para la princesa Gisela y el tren de juguete para el príncipe heredero se haya en los aposentos de la archiduquesa.

—¿En los aposentos de la archiduquesa? —preguntó Sissi con el estómago encogido.

Herr Lobkowitz cambió el peso del cuerpo de un pie a otro.

—El príncipe heredero y la princesa siguen durmiendo en la habitación infantil situada junto a los aposentos de su abuela.

Sissi se mordió el labio inferior. La certeza de que sus hijos querían, incluso preferían, a su suegra hizo que la envidia la corrojera.

El asistente, al darse cuenta de que había terminado con él, retrocedió hacia la puerta del dormitorio.

—Herr Lobkowitz, una cosa más.

—¿Sí, majestad?

—¿Sabrán que los regalos son de mi parte?

—Me he asegurado de incluir una tarjeta en la que se indique que los juguetes son un obsequio de su devota y amante madre.

—Con suerte se lo dirán —comentó Sissi al tiempo que se retorció las manos sobre el regazo—. Muy bien. Puede marcharse. Eso es todo.

El asistente se despidió, pero regresó poco después.

—¿Emperatriz?

En esa ocasión apareció en el vano de la puerta cargado con algo voluminoso.

—¿Qué pasa?

—¿No le he dicho que se había corrido la voz de su feliz regreso? —Entró en la estancia con una sonrisa contenida en los labios—. Parece que la corte está encantada de tenerla de vuelta. —Herr Lobkowitz soltó en la mesa una caja bastante grande con mermeladas, salchichas y flores.

—¿De quién es? —preguntó Sissi, cuyo pelo seguía en manos de Franziska.

—La nota es del barón Von Bach —contestó herr Lobkowitz—. Desea dar una calurosa bienvenida a Su Majestad Imperial. Ha sido muy amable. ¿Quiere que le mande una nota de su parte?

—Sí, por favor —contestó Sissi—. ¿Y qué me dice de eso? ¿Qué es?

Señaló el segundo objeto que había llevado a su habitación: una pesada caja de madera. Herr Lobkowitz llamó a unos criados que esperaban en la antesala para que la abrieran.

—Son botellas de vino húngaro —respondió el secretario al tiempo que se rascaba la frente con la vista clavada en la caja de madera.

—¿De quién? —preguntó Sissi.

—Es curioso —contestó herr Lobkowitz mientras ojeaba la nota antes de entregársela a Sissi—. No está en alemán, no entiendo qué dice.

Sissi leyó la nota escrita con una caligrafía alargada y elegante, en un idioma que ella sí comprendía: «El pueblo húngaro se alegra enormemente de que su amada emperatriz haya regresado al lugar que le corresponde».

—Qué amable —dijo Sissi, conmovida. Y después vio la firma: «G. Andrásy».

Tomó una bocanada de aire al recordar una noche de hacía varios años, cuando bailó con él en un cálido salón de Budapest, rodeados por los acordes de los violines. De repente y sin motivo aparente, se sintió mareada una vez más.



El dormitorio de Sissi seguía iluminado y cálido cuando abandonó sus aposentos para reunirse con Francisco esa noche. Herr Lobkowitz y María la seguían, acompañándola hasta las estancias oficiales de su marido, cuyas paredes estaban forradas con paneles de madera.

—No está bien escabullirse por los pasillos sin compañía, ¿a que no? — Sissi hizo una mueca burlona al repetir la crítica de su suegra.

Mientras avanzaba por esos corredores, con la larga hilera de ventanales relucientes a su izquierda, rodeada por el dorado de los marcos de los cuadros y los espejos, Sissi intentó aparentar tranquilidad y compostura. Se le había olvidado la opulencia de los pasillos de los Habsburgo tras su larga estancia en Possenhofen, un lugar muy acogedor por su aspecto desvaído y humilde. Incluso la ropa de los cortesanos de Viena parecía un elemento decorativo, y Sissi se recordó que tenía que encargar vestidos nuevos mientras saludaba con un gesto de la cabeza a las personas con las que se cruzaba.

—Emperatriz, bienvenida. —Un joven aristócrata ataviado con el uniforme militar apartó la vista de su guapa acompañante para hacerle una reverencia.

—Gracias —repuso Sissi, y siguió su camino.

—Emperatriz, que Dios la bendiga y la proteja. —Una cortesana entrada en años y en carnes a quien Sissi reconoció como la esposa de un conde bohemio se inclinó ante ella.

—Gracias, condesa.

—Y que Dios proteja al príncipe heredero —añadió la mujer a su espalda.

¿Eran imaginaciones de Sissi o se habían quedado de piedra al toparse con su ausente emperatriz? Para algunos habían pasado cuatro años desde la última vez que la vieron. ¿Tanto había cambiado?

La hicieron pasar de inmediato a los aposentos privados del emperador. Francisco se había mudado a esas estancias, o eso le habían dicho, cuando le contó sus planes de abandonar la corte para viajar. Y menos mal, porque la idea de compartir sus habitaciones con él hacían que vivir en la corte fuera todavía más insoportable.

Los aposentos del emperador tenían un estilo espartano, mucho menos decorados que las estancias oficiales y que los salones de recepciones. En el interior Sissi encontró a Francisco solo, sentado en una sencilla silla de madera junto con varios guardias. Respiró aliviada al ver que no había ni rastro de Sofía.

Sissi hizo una reverencia cuando anunciaron su entrada.

—Emperador. —Bajó la vista. Ansiaba que él hablase, que le dijera que se levantara para poder verlo bien. ¿También había cambiado en esos años?

—Emperatriz. —Francisco replicó con un tono muy formal, impersonal. Sissi mantuvo la mirada gacha. Tras unos momentos, él se levantó y se acercó a ella—. Isabel, por favor, álzate.

Se acercó hasta ella y le tomó las manos enguantadas para ayudarla. Y por fin la miró a los ojos mientras se quedaban plantados el uno delante del otro, en silencio.

Francisco aún llevaba el uniforme militar, seguía manteniendo esa pose tan erguida. Sin embargo, los indicios de la edad eran incontestables. Su cabello castaño rojizo, en ese momento veteado de gris, escaseaba con unas entradas considerables sobre la frente amplia y arrugada. Sus ojos, del mismo azul cristalino que ella recordaba, parecían hundidos y estaban rodeados de arruguitas, causadas sin duda por las preocupaciones, el cansancio y las pérdidas. Su bigote, que en otro tiempo lució fino y bien recortado, se había convertido en un poblado mostacho, una barba y unas patillas gruesas que le cubrían las mejillas como enredaderas salvajes. ¿Acaso una amante le había dicho que prefería esa imagen más seria?, se preguntó Sissi. No lo sabía. Sabía muy poco de cómo había pasado el emperador esos últimos años.

Él fue el primero en hablar, y sus rígidas facciones se suavizaron con el atisbo de una sonrisa.

—Me alegro de verte, Isabel.

—Lo mismo digo, Francisco. —Sissi se dio cuenta de que el corazón le latía muy deprisa.

—Estás deslumbrante, como siempre.

Parecía sincero, de modo que Sissi recibió con satisfacción el cumplido. Al fin y al cabo, se había pasado todo el día preparándose para esa reunión. Había escogido un vestido de noche de seda crema con rosas bordadas con hilo de plata. Gracias a la ayuda de su nuevo corsé parisino, había conseguido cerrar la diminuta cintura del ceñido vestido. También lucía diamantes en las muñecas, el cuello y los lóbulos de las orejas. Se había aplicado colorete en las mejillas. Llevaba la melena castaña perfumada y recogida en una especie de corona informal, decorada con perlas y pétalos blancos.

Sus tratamientos de belleza eran muy estrictos y exigentes desde hacía años, pero los había seguido más por la rutina y por la paz que le proporcionaba el proceso. Hasta esa noche no había anhelado de todo corazón estar guapa. Sospechaba que había conseguido que así fuera.

—No has envejecido un solo día.

Francisco seguía mirándola, y Sissi se dio cuenta de que la observaba con deseo. Los hombres eran muy débiles, pensó con amarga satisfacción.

—Ojalá fuera verdad. —Entornó los párpados para ocultar su mirada.

—Pero no estoy diciendo que parezcas la misma. —Francisco la observó—. Esto es nuevo. —Le señaló la cabeza.

—¿Ah? —Sissi se acarició el pesado recogido con los dedos enguantados —. Ah, sí, me he dejado crecer el pelo.

—Tengo entendido que has contratado a otra peluquera. Y que, tal como te arregla el pelo, eres la envidia de toda la corte, incluso de otras cortes europeas. —Francisco seguía mirándola con una sonrisa deseosa en su seria cara—. Ya no eres una chiquilla con trenzas.

—No.

—Te sienta bien.

—Gracias. —En ese momento se preguntó si recordaba la discusión que mantuvieron en una ocasión por una peluquera.

Francisco señaló un rincón de la estancia donde los esperaba una mesa cubierta por un mantel de damasco y unas velas.

—¿Quieres cenar conmigo?

—Por supuesto. —Aceptó el brazo que le ofrecía y dejó que la acompañase a la mesa, dispuesta para dos comensales.

—¿Qué tal el viaje? —Francisco rechazó la ayuda del criado y se encargó él mismo de acomodar a Sissi en su asiento.

—¿Cuál de ellos?

—Es verdad. —Francisco se echó a reír—. Ahora eres una trotamundos. Nunca sabía de dónde llegaría tu siguiente carta. ¿Corfú? ¿Egipto? ¿Madeira? Pero me refería al viaje más inmediato, al que te ha traído desde Possenhofen.

—Bien. Agotador pero bien. ¿Y el tuyo, Francisco?

Se sentó enfrente de ella a la mesita redonda y cogió la prístina servilleta, que extendió con una floritura.

—Ya sabes cómo es viajar con niños.

—No, la verdad es que no lo sé.

—En fin, nunca es un evento tranquilo. Pero lo hemos conseguido, es lo importante.

—Espero poder verlos pronto —comentó Sissi, que ocultó la ansiedad que sentía al decirlo. Francisco nunca había respondido bien cuando se mostraba insistente con él.

Francisco asintió con la cabeza y apartó la mirada.

—Les gustaría mucho.

Un criado apareció en ese instante para llevarles dos platos de estofado de hortalizas y cerdo.

—¿Cómo está tu familia? —Francisco se colocó la servilleta en el cuello de la camisa y se inclinó sobre su plato.

—Están todos bien, gracias. —Sissi miró el estofado, pero no tenía mucho

apetito. Su corsé era demasiado ajustado. Y de un tiempo a esa parte prefería una dieta blanda, si acaso comía algo, por la noche: pollo cocido y caldo sin condimentar.

—¿Qué noticias me traes de Possenhofen, Isabel?

—Carlos se ha casado con una muchacha muy agradable. De hecho, creo que ha conseguido mejorar su carácter. En mi opinión, ella es la culpable de la mejora de su comportamiento. —Sissi sonrió al recordar a su hermano y el cambio que había sufrido su relación—. No, gracias. —Meneó la cabeza para rechazar la copa de vino que le ofrecía el criado.

—Sí, mencionaste en una de tus cartas que tu hermano se había casado.

—Desde luego. —Sissi asintió.

—Creo recordar que Elena también, ¿verdad?

—Elena se ha casado con un buen hombre, un príncipe de Thurn —contestó Sissi—. No ganó la discusión de entrar en un convento, pero sí se ha buscado un marido amable y gentil.

—Espero que recibiera el regalo que le mandé. —Francisco se limpió el caldo rojo de las comisuras de los labios, allí donde manchaba su barba canosa.

—Desde luego, y te lo agradece mucho. Era un servicio de plata precioso.

—Estupendo. —Francisco asintió con la cabeza y se sirvió otra copa de vino—. Me alegro por tu hermana. Elena se merece ser muy feliz.

Los dos se quedaron callados y Sissi se preguntó si Francisco pensaba, al igual que ella, en aquella época en la que él estuvo comprometido con Elena. En cómo su amor por ella, por Sissi, había evitado el enlace. ¿Había tomado la decisión correcta?, se preguntó. ¿Habían hecho bien al actuar de forma tan impulsiva? ¿Al actuar guiados por lo que creían, siendo apenas unos niños, que era amor?

Guardaron silencio un momento más. A la postre, Francisco le puso fin con unas palabras tan débiles como una hebra de hilo mientras intentaba enlazarlas.

—Me he enterado de que tu primo Luis ha subido al trono de Baviera.

—El rey Luis también es primo tuyo, ¿no es verdad, Francisco? —Sissiladeó la cabeza—. No te olvides de que tu madre es bávara, al igual que la mía, aunque jamás se atrevería a admitirlo.

Francisco sorbió una cucharada de sopa y se quedó callado de nuevo.

Una vez que se llevaron el primer plato, Sissi habló.

—Siento lo de Italia.

Francisco tosió contra su servilleta mientras se limpiaba la barba.



—Ha sido un duro golpe, desde luego. —La miró a los ojos y cambió de tema—. ¿No te ha gustado la sopa, Isabel?

—Ah, claro. —Asintió al tiempo que tamborileaba sobre la mesa con los dedos—. No hablamos de política. Ni de asuntos militares. Ni de nada de importancia. —Lo dijo con una sonrisa, pero en sus palabras no había asomo de alegría.

—Por favor, no te enfades. —Francisco se inclinó hacia ella—. Solo quería saber si no te había gustado la cena.

—Apenas como por la noche.

—¿Cómo es posible? Recuerdo que tenías muy buen apetito. Veo que eso ha cambiado.

«Han cambiado muchas cosas», quiso replicar Sissi. Pero se limitó a decir:

—Me revuelve el estómago. —Vio que varios criados aparecían con platos de ternera empanada, remolacha, ensalada, rollitos, patatas cocidas y peras caramelizadas.

—En fin, siento haber pedido tanta comida. —Francisco miró con expresión pesados los platos que dejaron en la mesa. Señaló la ternera—. Hemos preparado *wiener schnitzel* para conmemorar tu regreso. ¿No quieres probarla siquiera?

Sissi le dio el gusto y se cortó un trocito de la ternera empanada. Los criados se marcharon, y se quedaron a solas una vez más, sentados en un incómodo y desconocido silencio.

—Te agradezco que me hayas invitado a cenar —dijo Sissi a la postre mirándolo a la cara.

—Por supuesto. —Francisco tragó las patatas que estaba masticando—. Me moría por verte. Ha pasado mucho tiempo. —Hizo una pausa—. Demasiado.

—Cierto —convino Sissi.

—Cuatro años —apostilló Francisco, como si ella no lo supiera.

¿Hasta qué punto tratarían lo que había pasado entre ellos? ¿Hablarían del motivo de su marcha? Sissi decidió que tal vez debería ser él quien sacara el tema, quien se excusara por su parte de culpa.

—Espero que hayas vuelto... para quedarte. —Francisco clavó la vista en su plato mientras cortaba la ternera con ayuda del tenedor.

—Eso pienso hacer. He echado muchísimo de menos a los niños. Espero poder verlos mañana...

Sin perder un solo segundo, Francisco contestó:

—Lo hablaré con mi madre por si había planeado hacer algo con ellos.

Sissi dejó el tenedor en el plato e intentó mantener la calma. Fue la forma en la que lo dijo: al descuido, como si no importase. Sin ser consciente del doloroso anhelo que la carcomía, a ella, la auténtica madre. Antes de que pudiera contenerlas, las palabras brotaron de su boca como un chorro de bilis.

—¿Permites que tus cortesanas estén con nuestros hijos?

Francisco se atragantó con un trozo de ternera y empezó a toser sobre su plato. Varios criados entraron a toda prisa y se quedaron cerca como solícitas institutrices. El emperador bebió varios sorbos de vino. Cuando por fin remitió el ataque de tos, con los ojos vidriosos y la cara enrojecida, preguntó a su mujer:

—¿Cómo dices?

—¿Lo permites, Francisco?

Aunque la emperatriz no había hablado con nadie de la corte durante su ausencia y carecía de espías que le proporcionasen información acerca de los nombres de las damas, así como la posición de cada una, no albergaba la inocente esperanza de que su esposo hubiera renegado de la compañía femenina mientras ella estaba de viaje.

—Isabel, por favor. —Miró por encima de su hombro, avergonzado por la presencia de los criados, y se inclinó hacia Sissi para susurrar—: Nuestros hijos pasan el tiempo con su abuela, mi madre. Así como con sus institutrices y sus tutores. Y conmigo, por supuesto. Ninguna... ninguna persona de la corte tiene mucha relación con ellos, salvo en situaciones muy controladas.

Sissi se acomodó en la silla y apartó el plato de comida que no había tocado. Ya se había cansado de la costumbre de los Habsburgo de soslayar los temas: siempre con insinuaciones y acusaciones veladas, pero nunca con sinceridad.

—Ah, por favor, Francisco, no seas tan tiquismiquis. Todo el mundo sabe que estuve enferma. Y que ese fue el motivo de que tuviera que marcharme a Madeira. Tu amante te contagió y tú me contagiaste a mí.

Francisco lanzó otra mirada nerviosa al criado que estaba en el rincón antes de inclinarse hacia delante para replicar:

—Fuiste al sur para curarte, Isabel, eso es cierto. Pero nadie, ni siquiera los médicos, puede aclarar el motivo de tu enfermedad. Y desde luego que nadie te dijo que debías mantenerte lejos tanto tiempo.

—No, eso fue decisión mía —repuso Sissi—. En eso te doy la razón. De la misma manera que espero que tú me la des en el hecho de que tu amante fue quien hizo que yo enfermase. Nunca te oí disculparte.

—Isa, por supuesto que lamento que acabaras enferma, pero si pudieras...

—¿Isa?

—No puede decirse que no tuvieras parte de culpa —añadió Francisco con un extraño deje de emoción, tal vez de irritación, en la voz—. Me abandonaste mucho antes de que eso sucediera. Y luego te fuiste. Me preguntaba cómo eras capaz de pasar lejos tanto tiempo. Se me antojaba muy... antinatural.

—¿Antinatural? ¿Y qué tenía de natural nuestro acuerdo para mí? ¿Perder a mis hijos? ¿Pasar los días atormentada por esa... por esa mujer, por la condesa Esterházy?

—Isabel, por favor...

—¿Por qué iba a volver? ¿Para compartirte con las demás mujeres? Con tu madre la primera. Solo Dios sabe con quién más.

—Ya basta. —Francisco hizo una mueca—. Por favor.

—Ah, lo siento, ¿estoy siendo demasiado vulgar? Estas cosas pueden hacerse, pero es decoroso hablar de ellas, ¿es eso? ¿Cómo lo llamaste? *Repräsentations-pflicht*. Mantener la fachada. Es lo que me dijiste en nuestra boda, ¿no es verdad?

—No pienso intentar razonar contigo, Isabel. —Su frustración, su condescendencia... Se parecía muchísimo a Sofía.

—¿Qué hay que razonar? —preguntó ella con un deje amargo.

—El hecho de que... —Francisco hizo una pausa—. El hecho de que un emperador tenga... tenga acompañantes es una tradición de lo más normal. Una tradición tan antigua como la vida misma. Sobre todo después de que me alejaras de tu lado. Da la sensación de que nunca lo has reconocido, pero tengo ciertos... derechos como emperador. Todo el mundo parece entenderlo menos tú. —Apretaba la servilleta y la retorció, pero no miraba a su esposa a los ojos—. No tiene nada que ver con lo que siento por ti, Isabel. Seguro que ya lo sabes.

Sissi soltó una carcajada iracunda.

—Vas a tener que perdonarme, Francisco, pero nunca he terminado de entender las costumbres de los Habsburgo.

Se quedaron sentados el uno frente al otro, sumidos en un tenso silencio. Al cabo de un rato Francisco se sirvió otra ración de ternera. Sissi casi no era capaz de mirar el plato: tan cargado, tan pesado, tan austríaco.

Después de que Francisco diera buena cuenta de la segunda ración y de varias copas de vino, rompió el silencio.

—Lamento muchísimo lo sucedido entre nosotros.

Sissi no contestó. Que le dijera algo más, pensó mientras bebía de una copa de agua fría.

El emperador apoyó los brazos en la mesa y se incorporó un poco.

—Espero que, ahora que has vuelto a casa, las cosas mejoren entre nosotros.

Miró a su marido con la cabeza ladeada.

—¿A qué te refieres, Francisco?

—En fin, sigues siendo mi esposa. —Entrelazó los dedos y dejó que esas palabras flotaran entre ellos. Como Sissi no respondía, bebió un largo sorbo de vino y siguió—: He estado pensando mucho en el asunto. —Agitó una mano entre ellos—. Me he preguntado: ¿qué es lo mejor para ambos? ¿Qué es lo mejor para los niños? —Ella lo miró fijamente, sin parpadear—. Isabel, me gustaría mucho retomar las cosas tal como eran entre nosotros. Darnos... dar a nuestra relación... otra oportunidad. Si estás dispuesta a hacerlo.

Sissi se lo pensó: «Retomar las cosas tal como eran entre nosotros». Pero ya no era la muchacha con la que él se había casado. Ya no lo quería. De hecho, ya no se creía capaz de amar a un hombre. Y no era por no haberse esforzado lo suficiente, era todo por culpa de Francisco.

—¿Retomar las cosas tal como eran entre nosotros? —Lo miró a la cara con expresión gélida mientras repetía la proposición.

—Sí. —Francisco se apoyó en el respaldo de la silla, con la barriga llena poniendo a prueba la resistencia del rígido uniforme militar—. Sigues siendo mi esposa. Y yo sigo teniéndote mucho afecto. —Sus ojos recorrieron los hombros desnudos de Sissi, sus brazos.

Ella reprimió un escalofrío. Cuando habló, lo hizo a la ligera. No podía ofenderlo hasta haberse asegurado de que vería a sus hijos.

—Estoy aquí, Francisco, ¿no es verdad? Pienso retomar mis deberes como emperatriz. Pienso retomar mis deberes como madre. ¿Qué más te imaginas que va a suceder?

Daba la sensación de que a Francisco empezaban a pesarse los párpados, tal vez por el exceso de vino y de comida.

—Esperaba que estuvieras dispuesta a... a volver al matrimonio.

Sissi sabía cómo irritarlo.

—¿Eso quiere decir que estás dispuesto a renunciar a tus amantes?

Francisco bajó la mirada y apoyó los codos sobre la mesa, confirmando así lo que Sissi sospechaba: no esperaba tener que renunciar a sus «acompañantes». Los emperadores siempre tenían amantes, ¿no? Eso era lo que su madre le había dicho cuando ella lloró al descubrir la infidelidad de su

esposo. El hecho de que su marido hubiera esperado tantos años para tomar una amante había sido una muestra de lo mucho que amaba a su emperatriz. ¿Acaso el padre de Sissi, un duque, no tenía bastardos por todo su ducado?

Francisco cambió el vino por una copa de oporto.

—Por favor, no seas vulgar, Isabel.

Ya no era el muchacho sensible y tierno que se había embelesado con ella. No era el imprudente pretendiente que la había sacado a bailar y que le había regalado flores en el cotillón de Bad Ischl. No era el novio enamorado que le había susurrado al oído el día de su boda. Sissi era consciente de ese hecho. Los años en el poder sometido a presiones lo habían endurecido: años de guerras, años discutiendo con el consejo de ministros, años yaciendo con amantes complacientes.

De algún modo se había vuelto impenetrable. Altivo. Buscaba la sumisión de los demás. Era más rígido y mucho más consciente de su exaltada posición como el emperador Francisco José.

Al ver que Sissi no pensaba contestar a su proposición, cambió de tema.

—Rodolfo me recuerda a ti, Isabel. Deberías verlo.

La emperatriz no contestó, pero el corazón le dio un vuelco.

—¿Qué? Deseas ver a tus hijos, ¿no es eso? —Levantó la vista de su copa de oporto.

—Añoro tanto verlos que me duele, Francisco, más de lo que puedas imaginar. —Sissi se aferró a la mesa y se inclinó hacia delante—. Por favor, dime cuándo.

Él asintió con la cabeza, sorprendido por la intensidad de su respuesta.

—No tengo la menor duda de que en cuanto veas al pequeño Rodolfo ansiarás como yo tener más niños. Más varones en especial.

Sissi hizo una mueca que a Francisco no le pasó desapercibida.

—Ah, ¿es una idea muy dolorosa para ti?

Sí, solo pensar en tener más hijos le helaba la sangre a Sissi. No lo haría. Sería incapaz. Y no solo por los motivos que Francisco podría esperar: sentimientos heridos y resentimiento por la separación forzosa de los tres primeros. No, Sissi dudaba mucho poder llevar a término otro embarazo. Había contratado los servicios de su propio médico, un tal doctor Fischer, mientras estaba en Baviera para ayudarla a comprender por qué transcurrían meses sin que apareciera su menstruación. María le había dicho que se debía a su estricta dieta y a las horas que pasaba montando a caballo y paseando a pie por el campo. Pero eso daba igual. Había cumplido con su deber: había dado a luz al heredero. Ya no tenía deseos de compartir la cama con su marido, no

cuando él había invitado a otras mujeres a su lecho. Era él quien había cortado los lazos, no ella.

—Francisco, solo prométeme que podré ver a los niños, por favor.

Él apuró la copa y la dejó en la mesa con gesto cansado.

—Puedes verlos, Isabel.

—¿Mañana?

—Mañana.

—¿Dónde?

—Ven después del desayuno. Ordenaré que me los traigan en vez de que asistan a clase.

—Por favor... —A Sissi se le quebró la voz—. Por favor, solo ellos. Que no esté tu madre.

Francisco suspiró como si quisiera decir: «¿Otra vez con lo mismo?». No obstante, asintió con la cabeza.

—Gracias, Francisco.

Terminaron la cena charlando cordialmente. Sissi estaba decidida a no enfurecer a su esposo por temor a que retirara el consentimiento para que se reuniera con los niños. Y Francisco estaba adormilado por la cena y el vino.

La oscuridad y el silencio se apoderaron de los jardines, y el único sonido que entraba por las ventanas era el del borboteo del agua en las fuentes. Sissi bostezó, ansiosa por acostarse para que el día siguiente llegara antes.

—Has hecho un viaje largo hoy, Francisco. Tal vez debería dejarte descansar.

—Gracias, creo que es lo mejor.

El emperador se levantó de la mesa y se puso en pie, aunque en esa ocasión no ayudó a su esposa. Se besaron en la mejilla antes de dirigirse a puertas opuestas.

Francisco se detuvo en el extremo más alejado de la estancia un momento. Sissi se dio la vuelta.

—Buenas noches, Isabel.

—Buenas noches, Francisco.

Mientras Sissi salía de la habitación, oyó claramente la orden que su marido daba a su ayuda de cámara:

—Que me preparen el carruaje. Voy a visitar a frau Anna Nahowski.



Sissi recorrió deprisa el largo pasillo iluminado por las velas mientras sus tacones resonaban, furiosos, sobre el suelo pulido. La cabeza le daba vueltas.

Apenas unos minutos después de proponerle una reconciliación conyugal, Francisco se marchaba para visitar a una mujer. ¿Pasaba todas las noches con esa dama tal como lo había hecho con ella años antes? Se estremeció al imaginarse su cuerpo, conocido antaño, entre las sábanas, abrazando a otra. Sabía que pasaba tiempo con otras mujeres, incluso había llegado a resignarse ante ese hecho, si bien no lo había aceptado. Así que, ¿por qué la torturaba tanto ver confirmadas sus suposiciones?

Estaba muy enfadada, y agradecía que los pasillos se extenderían ante ella, vacíos y en penumbra. No se cruzó con nadie, salvo con un alarmado criado que encendía las hileras de candelabros que flanqueaban el corredor.

—Emperatriz. —El criado hizo una rápida reverencia y casi tiró las velas.

Sissi no se detuvo, siguió andando. Sola. «Escabulléndose por los pasillos a solas.»

Ya era bastante tarde. La cena se había alargado tanto que el resto de la corte ya se habría retirado a sus aposentos; reirían mientras jugaban a las cartas, entonarían canciones acompañados por el piano o buscarían amantes para una aventura ilícita. Cómo echaba de menos Possenhofen y su familiaridad tan callada y oscura. Allí tenía más probabilidades de que la despertase el lejano aullido de un lobo que las risotadas de una duquesa borracha que regresaba de los aposentos de su amante.

Sissi no se percató del hombre que se acercaba, no hasta que casi chocó con él.

—Perdóneme —murmuró, sorprendida por la alta figura envuelta en la penumbra, puesto que el criado de las velas no había logrado disipar del todo la oscuridad—. No lo había visto.

—¿Majestad? —Era una voz ronca, con un acento extranjero que Sissi reconoció al punto como húngaro.

—¿Sí? —Sissi entrecerró los ojos y observó la cara que tenía delante mientras sus ojos se acostumbraban a la escasa luz—. ¿Conde Andrásy?

—A su servicio, emperatriz Isabel.

Andrásy cogió su mano enguantada y se la besó mientras hacía una profunda reverencia.

—Hola, conde.

Sissi realizó la genuflexión de rigor antes de darse cuenta de que, como emperatriz, no tenía que inclinarse ante él.

—Es una sorpresa verla, emperatriz. Y un placer.

—Lo mismo digo, conde.

Andrásy era un antiguo rival de su marido, el líder de los húngaros que

habían ansiado la independencia. ¿Qué hacía en Schönbrunn?

—Muchas personas se alegran de su vuelta, emperatriz.

—¿De mi vuelta? Pero ¿cuánto tiempo lleva aquí? Me sorprende verlo en la corte, conde Andrásy.

Él se echó a reír por su franqueza.

—¿Por qué lo dice, emperatriz? Los húngaros y los austríacos ya somos amigos, ¿no es verdad?

Sissi meditó sus palabras.

—¿Lo somos?

—Eso espero, desde luego. Al fin y al cabo, fuimos su marido y yo quienes trabajamos con ahínco para asegurarnos de que así fuera. —Andrásy la miró con una sonrisa, y en sus ojos oscuros se reflejó el brillo de las lejanas velas. En ese momento le susurró—: Mientras, yo mantengo en secreto la esperanza de que algún día mi país será libre.

—Ah. —La fuerza de la costumbre la llevó a mirar por encima del hombro antes de sonreír y de inclinarse hacia él para susurrar—: «Adoro a quienes anhelan lo imposible».

Andrásy enarcó las cejas, impresionado.

—Se me olvidaba que Su Majestad Imperial lee a Goethe.

—Todos los días —respondió Sissi, impresionada por el hecho de que él hubiera reconocido la cita. Echó a andar hacia sus aposentos. Andrásy se colocó a su altura.

—En ese caso, insisto en que seamos amigos.

—Bien —dijo Sissi, y lo miró de soslayo. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad y se había percatado de que Andrásy estaba tan guapo como aquella noche en Budapest, tantos años antes. Vestía un sencillo traje negro un poco más oscuro que su pelo y lucía un bigote muy bien cuidado. Llevaba el pelo un poco más largo que la mayoría de los hombres de la corte y las ondas le ocultaban las orejas—. Me alegro de que así sea, conde Andrásy. Es demasiado amable para despreciarlo.

—Pero ¿me despreciaba antes? —preguntó él al tiempo que la miraba con una sonrisa alegre.

—Supongo que solo hasta que lo conocí.

Él aceptó la respuesta con un gesto de la cabeza. Tras una pausa, dijo:

—La veo muy bien, emperatriz.

—Gracias, conde.

—Espero que el viaje haya cumplido su propósito. Y que se haya recuperado de lo que fuera que la aquejase.



Sissi se mordió el labio inferior, pero no contestó. Agradeció la perspicacia de Andrásy, ya que cambió de tema enseguida.

—Me enteré de su regreso hace unos días. Dígame: ¿ha recibido las botellas de vino que mandé a sus aposentos?

—¡El vino! —exclamó Sissi al tiempo que se acercaba una mano a los labios al recordar la caja que herr Lobkowitz había llevado a sus aposentos—. Seguro que cree que soy una desagradecida. Sí, las he recibido. Gracias, conde.

—De nada —dijo Andrásy—. El regalo no es solo de mi parte, sino de parte de todos los húngaros. La hemos echado de menos en la corte. Creo que hablo por todo el país al decir que se ha convertido es una especie de paladín en el imaginario colectivo. —Susurró la última parte—: Es la Habsburgo más popular en Hungría.

Sissi sintió que le ardían las mejillas.

Andrásy enarcó las cejas con un gesto socarrón.

—¿Debería decir la única Habsburgo popular en Hungría?

—Pero la Habsburgo menos popular entre los Habsburgo —repuso Sissi, y los dos se echaron a reír.

—Es el mismo vino que se sirvió en la cena que celebramos en mi casa. —Andrásy se inclinó hacia ella, como si estuvieran en una habitación atestada en vez de en un pasillo desierto—. La noche en la que me honró con un baile.

Sus ojos oscuros relucían con un brillo travieso y Sissi se obligó a apartar la mirada.

—Me temo que ese hecho se me ha escapado, conde. Me concede demasiado crédito. En realidad, no sé nada de vinos.

—En ese caso, ¿por qué no hablo con los cocineros a fin de que organicen una cata para nosotros mañana durante el almuerzo? Cuenta con una condesa húngara en su séquito, María Festetics, ¿no es así? Sería divertido para nosotros, y el emperador debería unirse si está disponible, claro.

Sissi meneó la cabeza.

—Mañana será imposible, conde. Tengo pensado ver a mis hijos por la mañana y, si todo va como espero, la reunión no terminará para el almuerzo.

—Por supuesto que esa debe ser su prioridad, emperatriz. —Andrásy asintió en un gesto elocuente—. Estoy seguro de que han echado de menos a su madre tanto como ella ha echado de menos a sus hijos.

Sissi sopesó esas palabras y aminoró el paso.

—Me temo que no —replicó, sorprendida por la abrumante necesidad de

confesar lo que sentía—. Me temo que ya no queda un rincón en sus corazoncitos para mí.

Andrássy se detuvo delante de Sissi y la miró mientras meditaba su comentario.

—Pero nadie podrá jamás llenar el hueco de una madre, emperatriz. Estoy seguro de que solo es cuestión de tiempo. Ahora que ha vuelto, podrán conocer a su mamá y enamorarse de ella, como hace todo aquel que la conoce.

Miró a Andrásy, agradecida por sus amables palabras aunque solo las pronunciara por cordialidad. Siguieron andando en silencio mientras dirigía miraditas de reojo al conde. Parecía muy gallardo a su lado, tan alto, tan fuerte y tan moreno. Pero era un rasgo intangible lo que lo convertía en un hombre muy atractivo: esa confianza tan serena y sencilla. La confianza de Andrásy en sí mismo no se la confería un uniforme militar ni un título nobiliario, era algo mucho más profundo e inmutable. Era un líder aclamado y respetado, un buen hombre, y él lo sabía. Lo sabía sin necesidad de que se lo recordasen constantemente, algo muy inusual en esa corte.

—Gracias por sus palabras —susurró Sissi a la postre.

—Me he marcado como objetivo decir la verdad —repuso Andrásy.

—¿Y qué me cuenta de nuevo? ¿Le han ido bien las cosas, conde?

—Desde luego. —Andrásy afirmó con la cabeza al tiempo que se llevaba una mano a un bolsillo y sacaba una miniatura. Se la tendió a Sissi—. Me casé hace poco. Esta es mi Katinka.

Sissi miró la cara seria de la mujer, con un mentón poderoso y el pelo oscuro recogido en un práctico moño. Llevaba un vestido cuajado de piedras preciosas, sin duda su vestido de novia. Parecía mayor que Andrásy, y con una personalidad más apocada.

—Enhorabuena, conde. —Y después, para ser educada, añadió—: Es muy guapa.

—Gracias, emperatriz Isabel. —Andrásy se guardó la miniatura en el bolsillo y miró a Sissi—. Se ha quedado en Hungría.

—Seguro que añora a su esposa mientras está aquí en Viena.

—He estado ocupado —repuso Andrásy.

Sissi lo miró al darse cuenta de que no había calidez ni orgullo en la voz de Andrásy al hablar de su mujer.

—¿No desea ver la corte? La recibiría gustosa. Podría sumarse a mi séquito si lo ve conveniente, conde.

—Una oferta muy generosa, majestad. —Andrásy frunció el ceño—. Y

se la agradezco. Pero a Katinka no le interesan la política ni los viajes. —Se volvió hacia ella y dijo—: Se ha convertido en toda una viajera, ¿me equivoco, emperatriz?

—Así es.

—Madeira. Grecia. Corfú... He seguido sus viajes lo mejor que he podido. Tal parece que ha visitado algunos lugares muy salvajes.

—Ninguno tan salvaje como esta corte, eso se lo aseguro, conde Andrásy.

Él se echó a reír y Sissi lo imitó.

—¿Piensa marcharse pronto o va a quedarse en Viena una temporada?

—Pienso quedarme tanto tiempo como aguante.

—Así veo yo también mi estancia en Viena, emperatriz.

Siguieron caminando el uno junto al otro, sumidos en un cómodo silencio. Tras unos minutos Andrásy habló de nuevo.

—En fin, tenga presente que siempre será bienvenida en Budapest. Después de todo, es su reino. Por favor, hágamelo saber si quiere ir a la ciudad y estaré encantado de encargarme de los preparativos.

Sissi se detuvo y lo miró. Recordaba la libertad que sintió al recorrer las llanuras, abrazando el Danubio a lomos de un caballo. Tenía la sensación de que fue en otra vida. De hecho, lo fue.

—Sería divertido enseñar a montar a mis hijos allí —dijo.

—Las llanuras de Pest —convino Andrásy—. No hay mejor lugar.

Sissi asintió y echó a andar de nuevo.

—Estoy buscando una criada húngara, conde Andrásy. Alguien discreto. Alguien en quien pueda confiar para que tenga acceso a mis aposentos. Cuanto peor le caiga Austria y esta corte... mejor.

—¿Le gustaría a Su Majestad Imperial contar con mi ayuda para encontrar a alguien que ocupe el puesto?

—Le he pedido a mi dama de compañía, la condesa María, que me ayude. Hable con ella.

—Conozco a la condesa Festetics. Estoy convencido de que, entre los dos, podremos dar con una candidata apta para el puesto.

—Gracias, conde Andrásy.

—Soy yo quien debe dárselas, emperatriz. Honra enormemente a Hungría. Y mi pueblo se da cuenta y lo aprecia.

Llegaron a la esquina que los conduciría por el pasillo hacia los aposentos de Sissi.

—Aquí es donde debo marcharme, emperatriz.

—Espere. —Sissi se detuvo y agarró a Andrásy del brazo para que él se quedase junto a ella.

—¿Sucedo algo, majestad? —Sus ojos oscuros la taladraban, y la preocupación era evidente en su cara.

Sissi negó con la cabeza. No estaba preparada para doblar la esquina y enfrentarse a los guardias que había delante de su puerta. Y más allá, al otro lado de la misma, María y Franziska la estarían esperando para hacerle un sinfín de preguntas: ¿Había sido un éxito la cena? ¿Iba a reconciliarse con Francisco? El corazón le latía muy deprisa. Ah, no estaba preparada para renunciar a ese momento de paz y tranquilidad. No estaba preparada para abandonar la compañía de Andrásy y el respiro que esta había conseguido proporcionarle.

Antes de saber siquiera lo que hacía, se inclinó hacia delante, cogió las dos manos de Andrásy y se las llevó al cuerpo, apretándoselas. Se aferró a él, como si le diera pavor que se marchara. Fue un movimiento repentino y brusco. Una imperdonable violación del protocolo.

Andrásy se quedó paralizado. Tras un momento también él le apretó las manos. Un gesto silencioso, pensado para ofrecer consuelo. Luego se las soltó.

Observándola con esa intensa e inquisitiva mirada, Andrásy entrelazó sus dedos a la espalda, como si quisiera ocultar un delito.

—Lo siento. —Sissi se llevó las manos a la cara, ocultándose el rostro, mientras deseaba que se abriera un agujero a sus pies y se la tragase—. Lo siento mucho. No sé por qué lo he hecho. Creo que me he vuelto loca durante un segundo. Ver a Francisco... al emperador por primera vez después de varios años. Y pensar en mis hijos, saber que están en algún lugar de este palacio pero que no puedo llegar a ellos. Y saber que tendré que enfrentarme a ella... a la archiduquesa de nuevo. Y preguntarme a cada segundo si me tropezaré con una de las amantes de mi marido. Me he vuelto completamente loca. Y ahora le estoy contando todo esto, como si le importase. Seguro que solo he conseguido convencerlo de mi absoluta locura. Ay, lo siento muchísimo.

Sissi se descubrió el rostro y miró a Andrásy, avergonzada por un comportamiento tan poco apropiado para una reina. Cogerle las manos a un hombre semejante, aferrarse a él como una casquivana en un baile. Andrásy la observó con expresión interrogante unos segundos. Y después el sonido de sus carcajadas resonó en el silencioso pasillo. Intentó contenerse, pero sus esfuerzos solo consiguieron que se riera todavía más, y Sissi se sintió tan

aliviada que empezó a reírse con él y permitió que su estómago se tensara contra el corsé con las carcajadas. Se aferró los costados, haciendo una mueca, pero fue incapaz de contenerse. Cuanto más se reía Andrásy, más se reía ella. Se quedaron así, el uno frente al otro; eran dos personas impotentes contra las carcajadas histéricas.

Al cabo de un rato Andrásy habló:

—«No hace falta visitar un manicomio...

—... para encontrar mentes alteradas». —Sissi terminó la cita de Goethe —. «El mundo es el manicomio del universo.»

—Un palacio no es la excepción a esa regla. —Andrásy asintió con la cabeza. Tenía un brillo travieso y bienintencionado en la mirada.

—Aun así, me siento avergonzada. —Sissi se llevó una palma a la mejilla, convencida de que la tenía colorada.

—Cuando me ha cogido las manos, emperatriz, creía que tal vez quisiera bailar conmigo de nuevo. Como hicimos en Budapest hace varios años.

«De modo que también recuerda aquella noche», pensó Sissi. Sintió que, ahora sí, le ardían las mejillas y que el rubor se extendía por su cuello y por su pecho.

—Pero, por desgracia, nos falta la música —continuó Andrásy sin perder el brillo travieso de los ojos.

Sissi tragó saliva y procuró recuperar la compostura, adoptando una expresión serena.

—Gracias, conde Andrásy. De corazón.

—¿Por qué?

—En fin, por su comprensión, supongo.

—No era mi intención reírme de sus tribulaciones, emperatriz, se lo aseguro. Solo me ha parecido... inesperado.

—¿A qué se refiere?

—Aquí está nuestra hermosa y querida emperatriz. La mitad de sus súbditos húngaros cree que es de origen divino. Y yo la tengo delante de mí, contándome sus preocupaciones. Me consuela saber que Su Majestad también sufre las mismas penas que el resto de los mortales.

—Ah, si supiera, conde Andrásy...

—Me temo que si me lo cuenta, me cogería las manos de nuevo. —Esbozó una sonrisa agradable—. Y después, como buen caballero que soy, me sentiría en la obligación de besarla.

A Sissi le dio un vuelco el corazón y se le hizo un nudo en la garganta que le impidió replicar.

Andrássy hizo una reverencia y se llevó su mano a los labios antes de susurrar:

—Buenas noches, emperatriz Isabel.

—Buenas noches, conde Andrásy. —Permitió que se la besara. Otra violación del protocolo. Un gesto bastante inocente, pero que le provocó un escalofrío.

El rostro del conde estaba muy cerca del de Sissi cuando, en un susurro, le dijo:

—¿Tendría la amabilidad de llamarme Andrásy, solo eso, Andrásy? Nunca me ha gustado la idea del título.

—Pues ya somos dos.

## XIV

EL TUTOR DE SISSI: *Su Majestad Imperial luce el pelo como si fuera una corona en lugar de llevar corona.*

SISSI: *Con la salvedad de que cualquier otra corona se quita más fácilmente.*

## Capítulo 14

*Palacio de Hofburg, Viena  
Octubre de 1862*

—Buenos días, Isabel —la saludó la archiduquesa sin alzar la vista del plato del desayuno después de que anunciaran la llegada de Sissi.

Sofía estaba sentada comiendo tostadas y dulces con sus nietos. Tenía una cintura oronda y voluminosa en comparación con la mesita de la habitación infantil. Su perro roncaba a sus pies.

—Buenos días, Sofía. He venido a ver a los niños.

Era una mañana otoñal cálida y soleada, de las últimas que verían ese año, y Sissi deseaba llevar a sus hijos a los jardines.

—Todavía no han acabado de desayunar. —Sofía bebió un sorbo de café. A menudo se resistía a esos encuentros matinales.

—Bueno, esta es la hora convenida. No debería sorprenderte.

Sofía suspiró y dejó la taza en la mesa. Tras murmurar algo para corregir a Gisela, advirtiéndole que se sentara más erguida, se volvió para mirar a su nuera por primera vez.

—No estoy segura de que hoy sea el día más apropiado para que salgas a corretear con los niños. He acordado con el tutor de Rodolfo que esta mañana le impartiría una lección.

Sissi resistió el impulso de fruncir el ceño y se recordó que debía mantener la calma.

—Tiene cuatro años, Sofía. Puede jugar cuando quiera con sus soldaditos. Estoy segura de que su tutor no necesita supervisar semejante actividad.

—Mi hijo... el emperador comenzó su entrenamiento militar cuando tenía la misma edad. Incluso lo vestíamos con uniforme militar. No espero que entiendas la importancia de su educación, ni la presión que el príncipe heredero soportará en el futuro. No cuando tus días consisten en lavarte el pelo, montar a caballo y... escribir poesía.

La pulla le escoció. Además, no le había hablado a su suegra de su último entretenimiento, escribir poemas, y se dijo que debía acordarse de pedir a



María que descubriera quién podía ser la nueva espía de la archiduquesa. De todas formas, dejó pasar el comentario sin replicar. Las palabras hirientes de Sofía tenían poco efecto sobre ella desde que Francisco había accedido a sus visitas diarias, y tanto ella como su suegra lo sabían. Dio unas palmadas y se acercó a la mesa.

—Vamos, niños, mamá ha organizado un paseo a la charca. Vamos a dar de comer a los patos.

—Pero estoy desayunando —protestó Gisela alzando la vista. Llevaba el pelo recogido en dos tirantes trenzas. A sus seis años se parecía mucho a su madre, si bien se resistía al intento de acercamiento que ella hacía.

—Mamá ha preparado un almuerzo al aire libre, cariño. Podremos comer en cuanto salgamos. Vamos a disfrutar del sol.

—¡He acabado, mamá! —Rodolfo se levantó de la silla y se acercó con pasos tambaleantes a Sissi. Se lanzó a sus faldas para que lo abrazara.

—Hola, cariño mío. —Sissi se inclinó y pasó los dedos por su pelo castaño y ondulado.

Sofía la miraba atentamente, fijándose en la diminuta cintura de su nuera, reducida gracias al corsé. Sissi se alegró por dentro. La delgadez era la manera de desafiar a su suegra. Con una cintura de cuarenta y cinco centímetros estaba anunciando a todo el mundo, sobre todo a la archiduquesa, que no llevaba ningún hijo de Francisco en el vientre. Volvía a ser la dueña de su cuerpo y ya no vivía como una yegua de cría cuyo único propósito era el de aumentar el linaje de los Habsburgo.

Sissi evitó la mirada de Sofía y dijo:

—¿Gisela?

La niña se volvió hacia su abuela, a la espera de su decisión.

La mujer suspiró.

—Vete, cielo.

—Es que quiero quedarme contigo, abuela.

—Pero tu padre dice que debes irte.

Sofía frunció el ceño y bebió un sorbo de café, ya sola en la habitación infantil.



Fuera, en el *Burggarten*, la amplia extensión de terreno que ocupaban los jardines imperiales reservados para el disfrute de la familia real, la hierba estaba caliente gracias al sol. Sissi extendió una manta grande a unos cuantos metros de la charca. Acto seguido sacó de una cesta una hogaza de pan de la

que partió pequeños trozos que dio a Rodolfo.

—No te alejes de mí, ¿me oyes, cariño?

Rodolfo asintió con la cabeza y corrió hacia el agua. Los fragmentos de pan se le caían de las manos antes incluso de llegar a la orilla.

Gisela se había sentado en el extremo más alejado de la manta y observaba cómo su hermano perseguía a una fila de patitos.

—Hija, ¿quieres pan para echárselo a los patos?

La niña negó con la cabeza, sin mirarla siquiera. Era dolorosa la frialdad de su hija, pero la entendía. Esa criatura había pasado prácticamente sus seis años de vida bajo la continua supervisión de su abuela. Sissi tenía pocas esperanzas de que los comentarios que hubiera oído sobre su madre ausente fueran positivos. Incluso era posible, y más doloroso si cabía, que no hubiera oído nada sobre su madre.

—¿Te apetece comer, entonces? En la habitación infantil dijiste que querías desayunar algo más.

Gisela se volvió hacia su madre, aunque tenía el ceño fruncido en un gesto de desconfianza.

—De acuerdo —contestó al tiempo que asentía.

—¿Qué prefieres? He traído huevos cocidos. —Sissi echó un vistazo al contenido de la cesta que le habían preparado para almorzar—. Y pepinos del huerto.

—Quiero una tartaleta de queso —respondió Gisela, y atravesó la manta para acercarse a ella.

Sissi negó con la cabeza.

—No hay tartaletas de queso.

—Pues quiero *strudel* de manzana con nata montada.

—No he traído dulces.

—¿Por qué no? —Gisela cruzó los brazos por delante del pecho e hizo un puchero.

—¡Mamá! —Rodolfo corría hacia ellas con una expresión aterrada en la cara.

—¿Qué pasa, cariño mío? —Sissi extendió los brazos y lo estrechó. Vio que lo seguían varios patitos—. Ya está, ya está, cielo. No te asustes. Es que tienen hambre.

Rodolfo la miró. No estaba muy convencido.

—Vamos, dales de comer. —Sissi puso en sus manos otro puñado de trocitos de pan, y el niño se dirigió hacia los patos, si bien de mala gana.

Gisela seguía mirando a Sissi, renuente a acercarse más a ella y a la cesta.

—La abuela siempre trae dulces cuando comemos al aire libre.

Sissi meditó al respecto.

—Gisela, en Inglaterra hay una reina que se llama Victoria. Ha comido tantas salchichas y dulces a lo largo de su vida que ahora dicen que... —Dejó la frase en el aire y miró los ojos ambarinos de su hija, quien la observaba con atención por fin. De repente, cayó en la cuenta de algo. ¿Estaría mal compartir sus propios temores con su hija, su temor a engordar?—. En fin, da igual. —Suspiró y agitó las manos—. A ver qué te parece esto: ¿y si cuando Rodolfo acabe de echar pan a los patos vamos al invernadero? ¿Ves aquel edificio de allí? ¿El que está hecho de cristal?

Gisela se volvió en la dirección que le indicaba su madre.

—Sí.

—¿Qué crees que hay dentro, corazón?

—No lo sé.

—Mariposas. Mariposas de todos los colores que puedas imaginar. ¿Te gustaría verlas para decidir cuál es tu preferida?

Gisela sopesó la respuesta, aún con los bracitos cruzados por delante del pecho. A la postre, aceptó. Sissi se habría puesto de buena gana a dar saltos de alegría. Una pequeña victoria.

En ese momento un carruaje apareció por el camino y se detuvo en la entrada principal del palacio. Sissi vio que se apeaba un hombre de pelo oscuro y que extendía un brazo para ayudar a descender a una mujer.

Pese a la distancia, Sissi lo reconoció.

—Andrássy.

Justo entonces él miró por encima del hombro para decir algo al lacayo. Pero era imposible que la viera, a menos que supiera que se encontraba en el otro extremo de los jardines. Se cubrió los ojos con una mano para protegérselos de la intensa luz del sol y así poder observarlos mejor, a él y a su acompañante. No reconoció a la dama, una mujer rubia con un vestido mañanero de brocado en un tono beis amarillento. Llevaba el pelo recogido en la coronilla y cubierto en parte por un sombrero a juego. Sissi estaba segura de que no era la esposa de Andrásy, cuyo retrato en miniatura este le había mostrado. Katinka, había dicho que se llamaba. La mujer de pelo rubio sonrió al conde una vez que echaron a andar hacia el palacio.

—¿Rodolfo? —Sissi llamó a su hijo, que se volvió al oír su nombre—. Rodolfo, ven un momento.

—Estoy echando pan a los patos —protestó su hijo.

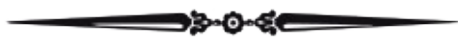
—No vamos a tardar nada, pero quiero que veas a alguien. —Sissi se puso

en pie y cogió a sus hijos de la mano—. ¿Veis a aquel hombre que está allí? No olvidéis su nombre. Es el conde Gyula Andrásy. Recordadlo, porque es un buen hombre y creo que todos debemos aprender de él.

Como si hubiera oído que alguien pronunciaba su nombre, Andrásy volvió la vista hacia los jardines y se fijó en Sissi. Ella le sostuvo la mirada, intensamente, y permanecieron así un instante, como si la distancia que había entre ellos hubiera desaparecido de pronto.

A la postre, Andrásy la saludó con una inclinación de la cabeza y una sonrisa. La dama rubia que estaba a su lado se percató y también miró a Sissi. Después susurró algo al oído de Andrásy, quizá con el propósito de desviar su atención de la emperatriz a fin de hacerse con ella.

¿Por qué de repente estaba celosa de una mujer que no había visto jamás?, se preguntó Sissi.



Sissi visitaba la habitación infantil dos mañanas a la semana y asistía a misa con sus hijos y con su marido todas las semanas. Las mañanas que no dedicaba a sus hijos permanecía en sus aposentos, disfrutando de un frugal desayuno en la cama, leyendo poesía y acicalándose. Se cepillaba el pelo, disfrutaba de masajes con aceites y experimentaba con nuevas cremas y ungüentos que prometían mantener su piel joven y su cintura estrecha.

Dedicaba horas y horas a sus tratamientos de belleza, y descubrió que se aburría mientras esperaba a que Franziska le cepillara y trenzara la larguísima melena. Por ese motivo escribía poesía y había vuelto a retomar sus estudios de húngaro.

—He tenido mis estudios muy abandonados —confesó con un suspiro a María, que de nuevo ejercía de profesora. También había encargado a Andrásy la tarea de buscarle una doncella húngara con la que pudiera practicar.

Apenas pasaba una tarde sin que realizara algún tipo de actividad física extenuante al aire libre, sin importar el tiempo que hiciera. Su preferida seguía siendo la equitación, de modo que los guardias imperiales asignados a su escolta se vieron obligados a mejorar sus habilidades ecuestres a fin de no perderla de vista cuando salía de los muros del palacio. Una vez que se percató de que Diamant ya no respondía a sus severas exigencias, Sissi adquirió una nueva potrilla lipizzana de dos años a quien llamó Vándor, un nombre húngaro que significaba «vagabunda».

Juntas, su compañera y ella, vagaban durante horas, galopando a orillas

del Danubio y por los bosques de Viena, y a menudo regresaban al palacio cubiertas de sudor y rodeadas por la oscuridad del crepúsculo.

El doctor Fischer, a quien Sissi había ordenado que se trasladara de forma permanente a la corte para reemplazar al aliado de Sofía, el doctor Seeburger, la advirtió en contra de su rutina de ejercicios.

—Emperatriz, dado el nivel de extenuación que sufre su cuerpo por el régimen físico al que lo somete y por la dieta inadecuada que lleva, es poco probable que pueda concebir. Creo que está poniendo en riesgo su capacidad para tener otro hijo.

—Bien —replicó Sissi, impávida. No se molestó en explicar al médico que la concepción era imposible porque Francisco y ella no compartían jamás el mismo lecho.

Sissi veía a su marido solo en actos oficiales: aparecía a su lado en el deslumbrante y atestado *Spiegelsaal*, en el frenético entorno del *Burgtheater*, en el recogido momento de la misa. Cuando estaban juntos era fácil mostrar cordialidad. Habían llegado a un acuerdo, a una forma de convivir dentro de su matrimonio. Ella, más popular y más querida por el pueblo, acompañaba a Francisco cuando este la necesitaba. A cambio, él se aseguraba de que tuviera libre acceso a sus hijos. Aunque a veces lo sorprendía mirándola con evidente deseo, Francisco no había vuelto a sacar a colación la posibilidad de retomar sus relaciones en el plano físico.

Las noches que por suerte se libraba de acompañar a Francisco durante las tediosas cenas de Estado, Sissi se encerraba en sus aposentos. Combatía la soledad y la melancolía con una lista infinita de pasatiempos y tareas, una agenda que la mantenía ocupada y que también mantenía ocupados a sus asistentes. Las velas seguían encendidas y sus asistentes cumplían sus órdenes sin dilación hasta que estaba lista para dormir. Sin embargo, el insomnio hacía que pasara las noches en vela. Las horas que seguían a la medianoche la aterraban. El hecho de estar sola en la cama, sin otra cosa que hacer más que pensar, le resultaba peor que cualquier pesadilla. A veces, a fin de luchar contra la inquietud que se apoderaba de ella, tiraba del cordón de la campanilla para llamar a Franziska o a María mucho antes de que amaneciera.

Herr Lobkowitz había cumplido su promesa de buscar en la corte a dos jovencitas calladas, poco agraciadas y discretas que atendieran a la emperatriz. La condesa Frederika von Rothburg hablaba en voz tan baja y a veces con un acento del norte tan marcado que a Sissi le costaba entenderla en ocasiones. E Ilse von Bittel era tan tímida que Sissi estaba segura de que la reservada y frágil jovencita carecía de la capacidad para ejercer de

correveidile. Andrásy también había cumplido su promesa y le había encontrado a una mujer de rostro amable llamada Ida Ferenczy, una húngara que se encargaría del mantenimiento de sus aposentos.



La primavera llegaba a su fin y faltaba poco para que la corte imperial se trasladara a Schönbrunn. Era uno de los escasos días previos a que las tardes se volvieran tan calurosas que cabalgar resultara desagradable. Sissi se había detenido para permitir que su yegua descansara. Se encontraba en una zona rural, a una hora a caballo de la ciudad de Viena y del palacio. Se acostó sobre la hierba fresca de la orilla del Danubio y contempló el cielo azul sin nubes mientras su respiración se ralentizaba y su cuerpo se refrescaba. Tendría que llevar a Rodolfo a merendar a ese lugar, se dijo, y se imaginó lo mucho que el niño disfrutaría viendo las florecillas que salpicaban los verdes pastos.

Y entonces, como siempre sucedía, el hecho de pensar en sus hijos la entristeció. Le provocó un sentimiento que le causó dolor en un punto intermedio entre el corazón y las entrañas. Era tristeza por lo poco que los veía y por lo poco que había intervenido en su crianza. Por el hecho de que en un par de meses su dulce y cariñoso hijo abandonaría la habitación infantil y lo obligarían a llevar el uniforme, tras lo cual lo someterían a las primeras fases de instrucción militar de la que se encargarían unos tutores militares severos e inflexibles. Esa no era la forma de educar a un niño tierno e independiente. A un niño que compartía su amor por la naturaleza y los animales, por los besos y los cuentos.

Sissi metió la mano en la alforja y sacó su cuaderno de notas. En él confesaba sus desengaños y componía versos sobre su soledad. Era el mejor bálsamo que tenía. El único compañero que no se inquietaba, que no fruncía el ceño por la preocupación como María, cuando se desahogaba con ella. Un aliado que jamás traicionaría sus secretos, como tal vez lo hiciera un asistente o un criado. Esa tarde, con el sol brillando pero con el alma presa de la oscuridad, las palabras fluyeron fácilmente.

Sintió la vibración de los cascos de un caballo, y el suelo tembló bajo ella al mismo tiempo que los oía. Alzó la vista del cuaderno de notas y se protegió los ojos con una mano para mirar hacia la dirección por la que se acercaba el jinete. El caballo aminoró su paso, y Sissi reconoció a quien lo montaba. Sonrió, pese a la melancolía que la atenazaba poco antes.

—Hola, Andrásy.

—Emperatriz Isabel, me alegro de haberla encontrado. —El conde detuvo el caballo y saltó con agilidad de la montura, tras lo cual lo ató a un arbolillo situado junto al lugar donde estaba Vándor—. Por favor, por favor, no se levante. —Caminó hasta Sissi y se sentó en el suelo, a su lado—. Hace un día precioso para cabalgar, ¿verdad?

—Desde luego. —Lo miró.

Andrássy llevaba unos pantalones ligeros, si bien se había quitado la chaqueta a juego, y una camisa blanca con el cuello desabrochado. Ella lucía un traje de montar fresco de seda azul varios tonos más claro que el cielo y se había recogido las trenzas en un moño sencillo.

—Veo que ha despistado a la guardia imperial —comentó el conde, que miró a su alrededor con la cara sonrojada por la calidez de la tarde y por el esfuerzo de la cabalgada. Tenía el pelo alborotado por el viento y enredado.

—Poco después de salir de Viena —replicó Sissi con una sonrisa—. Es verdaderamente asombroso que sean tan lentos.

—En el infortunado caso de que nuestros pueblos vayan a la guerra, tendré que advertir a mis compatriotas húngaros que es a la emperatriz a quien no deben perder de vista. Ni siquiera la veremos acercarse y entonces, de repente, la descubriremos en la colina del castillo, reclamando tanto el palacio como las tierras de Buda y de Pest.

—¿Nuestros pueblos? —Sissiladeó la cabeza.

—Los austríacos y los húngaros.

La emperatriz esbozó una sonrisa torcida.

—No estoy del todo segura de que no me pusiera del lado de los húngaros.

Andrássy se inclinó hacia ella.

—Esperemos que nunca tenga que tomar esa decisión.

—Desde luego, esperemos que no haya que hacerlo.

—¿La he interrumpido? —Andrássy miró hacia su cuaderno de notas, en el cual acababa de escribir unos cuantos pareados.

—¡Oh, no! —exclamó al tiempo que cubría la página, avergonzada.

Andrássy empezó a recitar unos versos.

—«Todos los días deberíamos escuchar una cancioncilla, leer un buen poema, ver un bonito cuadro y...

—... y si es posible —lo interrumpió Sissi, completando la cita—, pronunciar unas cuantas palabras sensatas.»

Andrássy la miró, impresionado.

—Creo que es la única persona de la corte que tal vez conozca a Goethe

mejor que yo, Andrásy.

El conde sonrió y replicó:

—Siento decirle que tal vez no me escuche pronunciar ni una sola palabra sensata. Pero veo que está escribiendo un poema y esto... —Señaló el río—. Esto es más bonito que cualquier cuadro.

—Solo nos falta la música.

—No me ofrezco a cantar —replicó él guiñando un ojo—. Bueno, ¿qué ha escrito?

Sissi miró el cuaderno y trató de ocultar los versos.

—Unos pareados de escaso valor poético.

—¿Puedo? —Andrásy enarcó las cejas.

—Le aseguro que no van a impresionarle en absoluto.

—Lo dudo mucho. Siempre me impresiona, emperatriz.

Sissi titubeó.

—De acuerdo. —Suspiró.

Andrásy cogió el cuaderno y leyó en alto el poema que ella había empezado.

—«Como las aves marinas volaré sin descansar. La Tierra carece de un rincón donde yo pueda anidar.»

Sissi no se percató de la íntima naturaleza de los versos hasta que los escuchó. Mostraban un atisbo de su alma solitaria y desarraigada. Sintió que el rubor se extendía por sus mejillas, a causa de la vergüenza que la abrumó por el hecho de que Andrásy hubiera visto esa confesión escrita, y le quitó el cuaderno de las manos. Siguieron sentados, el uno al lado del otro, sumidos en el silencio.

A la postre, Andrásy alzó la vista y la miró con seriedad.

—Emperatriz Isabel, soporta una enorme tristeza.

Sissi meditó al respecto. Mentirle sería inútil ahora que había leído el poema. Parpadeó y clavó la vista en el río.

—Sí, supongo que sí.

Andrásy asintió con la cabeza. Y, después, con una expresión reflexiva añadió:

—Hungría.

—¿Cómo dice?

—Hungría es mi... ¿Cómo lo ha llamado? Mi rincón para anidar. Mis raíces están en Hungría.

Sissi reflexionó sobre sus palabras. Possenhofen ya no era el lugar donde estaban sus raíces. Elena se había ido. La salud de su padre empeoraba. Su



madre le había dicho que ya no tenía derecho a huir a Possenhofen. No, ahora era el nido de Carlos, como siempre había sabido que sucedería.

—Pero claro, supongo que para los hombres es distinto. —Andrássy miró hacia el río. Al parecer le estaba leyendo la mente—. No estamos obligados a abandonar nuestro hogar, nuestra familia, para unirnos a un nuevo clan.

Sissi asintió y exhaló un suspiro audible.

—E imagino que su clan no es precisamente el más afectuoso. —La miró con expresión pensativa y curiosa.

—Pero lo sabía de antemano —replicó, incómoda con esa percepción intuitiva, con esa aparente habilidad para desentrañar sus pensamientos más íntimos—. Cuando me casé, sabía lo que me esperaba.

—¿En serio? ¿A qué edad? ¿A los quince años? ¿De verdad lo sabía, emperatriz? —Andrássy parecía escéptico, y Sissi pensó que tal vez fuese mejor abandonar la conversación sin contestar sus preguntas.

—¿Y qué hay del conde, Andrásy?

Él ladeó el rostro.

—¿Qué sucede conmigo?

—¿Cómo está la condesa Andrásy?

El conde no se movió siquiera, siguió contemplando las mansas aguas del Danubio.

—Katinka es una buena mujer. —No añadió nada más.

—Vamos, estoy segura de que muchas damas desde Budapest hasta París le han entregado su corazón —repuso Sissi—. Debe de amarla con locura para haberse casado con ella, ¿me equivoco?

Andrássy frunció el ceño mientras meditaba.

—Espero que Dios... y Katinka me perdonen algún día.

—¿Mmm? —Sissi enarcó una ceja—. Vamos, acabo de confesarle mis pensamientos íntimos, explíqueme qué quiere decir con eso.

Andrássy arrancó una brizna de hierba y la lanzó al río.

—No debería haberme casado con ella.

—¿Por qué no? —quiso saber Sissi.

Sin mirarla a los ojos, el conde contestó:

—No soy un buen marido.

—Estoy segura de que lo es —afirmó Sissi—. Tal vez pase más tiempo lejos de casa de lo que a ella le gustaría...

Andrássy meneó la cabeza y arrancó más briznas de hierba.

—Eso no la molesta. De hecho, creo que ambos preferimos que exista distancia entre nosotros. No siento el menor deseo de regresar a su lado. Y, al

parecer, ella no desea recibirme en casa. —Tras una reflexiva pausa, añadió —: Mi problema, tanto en lo referente a la vida como a las mujeres, es que dejo que la perfección sea enemiga de lo bueno.

Sissi meditó al respecto.

—Entiendo que si lo que busca es la perfección, encuentre defectos a su mujer. Pero debe recordar que nadie es perfecto. Ni siquiera el conde Andrásy.

—Hubo una muchacha, hace años. Se llamaba Kati. Quizá por eso me casé con Katinka, porque se llamaban igual. O tal vez porque todo el mundo me decía que ya era hora de que buscara una esposa. —Andrásy se mordió el labio con una expresión meditabunda en el rostro—. Pero parece que eso sucediera en otra vida —dijo a la postre con un deje melancólico en la voz al tiempo que acariciaba con la palma de una mano la hierba, templada por el sol—. La conocí cuando estaba en París.

Eso fue muchos años antes de que ella lo viera por primera vez, pensó Sissi, cuando Francisco José envió al exilio a Andrásy.

—Me habría casado con Kati —siguió el conde—. De hecho, deseaba casarme con ella y se lo dije.

—¿Qué sucedió? —quiso saber Sissi, ignorando por qué de repente sentía celos de una muchacha sin rostro.

—Kati rechazó casarse conmigo.

«Qué tonta», pensó Sissi, pero se guardó expresarlo en voz alta. En cambio, preguntó:

—¿Adujo algún motivo?

—Había un príncipe húngaro que seguía en nuestra tierra y que era mayor que yo. Tenía más posesiones y un título más importante que el mío. Poseía casi toda Transilvania y no era peligroso. No lo habían exiliado del imperio. —Andrásy esbozó una sonrisa triste.

—Estoy segura de que ella se arrepiente de su decisión cada vez que lee alguna noticia acerca de su persona, conde, en los periódicos. O que ve una imagen suya.

Andrásy sonrió.

—Lo dudo muchísimo.

—¿La añora desde entonces?

—Tal vez. —Andrásy la miró sonriendo—. No, no. —Negó con la cabeza—. Estoy demasiado ocupado para añorarla.

Continuaron sentados en silencio, observando una embarcación que se deslizaba por el Danubio hacia el este. Hacia Hungría. Al cabo de un rato,

Andrássy miró a Sissi y cambió de postura para colocarse frente a ella.

—Ha habido otra desde Kati. Otra mujer de quien me he dicho que podría amarla.

—¿No es su esposa? —preguntó Sissi.

Andrássy negó con la barbilla.

La rubia con la que lo había visto en los jardines, pensó Sissi. Sin entender por qué, sintió de nuevo la punzada de los celos. Pero se obligó a sonreír y a preguntar con educación:

—¿Y cuál es su historia?

Andrássy se mordió el labio y sopesó la respuesta.

—En fin, es muy hermosa. Y buena. Y cada vez que hablo con ella mi mente acaba siendo un torbellino. Me hace reflexionar sobre muchas cosas.

Sissi apartó la mirada y arrancó una brizna de hierba del suelo que después soltó para que se la llevara la brisa.

—Parece encantadora. En ese caso, ¿por qué no se enamoró de ella en cuanto la conoció?

—Porque no era libre para estar conmigo. Por desgracia, otro hombre la había reclamado antes.

Sissi lo miró y se percató de que sus ojos castaños tenían un brillo dorado a la luz del sol.

—Andrássy, qué historia tan triste.

—Supongo que lo es, sí.

—¿Y cómo se llama... esa criatura perfecta, esa dama inalcanzable a la que admira?

—El nombre de la dama no tiene importancia —contestó él al tiempo que desviaba la mirada y ponía fin a la tensión que se había instalado entre ellos un momento antes—. Y jamás será mía.

Sissi asintió. No encontraba palabras. Por un instante su mente regresó a la noche que pasó en Budapest tantos años antes. La noche que bailó con él, con Andrásy. Lo había hecho delante de Francisco y en una estancia repleta de personas. Un acto inocente, carente de significado y de relevancia. Sin embargo, sentada ahí, en el suelo al lado de Andrásy, sintió que sí tenía significado. Allí mismo, aunque no se rozaran siquiera, y solo hablaran. Hablar era un acto inocente, ¿verdad? No obstante, por algún motivo que no alcanzaba a entender, no le gustaría que Francisco fuera testigo de ese momento.

A la postre parpadeó a fin de despejarse la mente de la ofuscación que la embargaba.

—Pronto oscurecerá. Deberíamos regresar al palacio.

—Hágalo, emperatriz —convino Andrásy—. Yo no voy en esa dirección.

—¿Ah, no? ¿Adónde va?

—Esta noche dormiré en el pueblo más cercano y esperaré la llegada de mi personal de servicio. Vamos a pasar el verano en Budapest.

—¡Ah! —exclamó Sissi. No había mencionado su partida hasta ese momento—. ¿Para ver a su esposa?

Andrásy negó en silencio.

—Ella seguirá en el norte. Detesta mi ciudad en verano tanto como yo detesto su remoto y solitario refugio.

—¿Por qué tiene que marcharse? —quiso saber Sissi.

Andrásy suspiró y se pasó los dedos por el pelo oscuro.

—Hay cierto descontento en casa. Al parecer, existe un límite para las libertades y los derechos. Todavía ven con rencor que el regente sea un emperador extranjero. Deák ha exigido mi regreso para ayudarlo a lidiar con la situación.

El punto de vista de Andrásy resultó a Sissi más sensato que cuando su marido se quejó, tantos años antes, del antagonismo húngaro.

—¿Cuánto falta hasta que sus compatriotas empiecen a reclamar la independencia de nuevo?

—Debe recordar que yo también soy húngaro, emperatriz.

—Ah, sí, por supuesto.

Andrásy suspiró.

—Espero apaciguar los ánimos, por ahora. Indicaré a Deák que defienda la armonía y no la discordia. Aunque no sé cuánto tiempo seré capaz de mantener la paz para su marido.

Sissi meditó al respecto.

—No podría soportar verlo de nuevo como a un enemigo. Espero que siga siendo nuestro amigo.

—Yo también lo espero.

—Y voy a echarlo de menos.

Tras decirlo le pareció un comentario muy egoísta, cuando el conde volvía a su casa para defender la causa de su familia ante un pueblo descontento. Y, además de egoísta, terriblemente atrevido.

Él la miró y esbozó una sonrisa fugaz.

—¿Puedo escribirle mientras estoy lejos?

El hecho de escribir en sí mismo era inocente. Ella mantenía correspondencia con cientos de personas todas las semanas. Sin embargo,

sospechaba que ese era el momento en el que debía responderle que no lo hiciera. Tal vez fuera la última oportunidad para decirle que no. Si Andrásy le escribía, ¿llegaría a ansiar sus cartas? Esa era la oportunidad para detener el deseo que sentía por él antes de que se apoderara de ella. Consciente de ese hecho, abrió la boca para contestar. Y lo hizo con una sonrisa.

—Espero que lo haga.

## XV

*Hace un día estival y el sol reluce en Budapest, arrancando destellos al Danubio, que brilla mientras rodea la base de la colina. El nuevo Széchenyi Lánchíd, el puente de las Cadenas, se extiende sobre el río como una cinta de encaje de hierro.*

*Están de pie en la cima. La multitud los rodea, agitando banderas y bailando al son de las bandas de zíngaros que se congregan en pequeños grupos. El clamor del pueblo es tan ensordecedor que Sissi juraría que los edificios tiemblan a su alrededor. Se oye una salva de cañonazos.*

*—Éljen Erzsébet! ¡Larga vida a Isabel!*

*Un hombre se acerca, se abre paso entre la muchedumbre guiado por un ministro. Su melena castaña está veteada de gris y la lleva peinada con la raya en medio, dejando al descubierto un semblante serio. Es el único que no luce una sonrisa en mitad de todo el gentío.*

*—Emperatriz. —El ministro insta al hombre a que se adelante, pero este parece tímido, demasiado para dar un solo paso más—. Por favor, permítame el honor de presentarle a nuestro compositor más querido, un hombre que...*

*—Franz Liszt. —Sissi asiente con la cabeza mientras termina la frase del ministro e indica al compositor que se acerque—. Un hombre que no necesita presentación. Maestro Liszt, ¿cómo podemos agradecerle que compusiera nuestra Misa de Coronación?*

*Sissi lo mira a los ojos, totalmente asombrada por su presencia. Le encantaría poder estrecharle la mano, acariciar esos dedos que tocan el piano con un virtuosismo sin igual. Sin embargo, cuando él levanta la vista y le devuelve la mirada comprende algo. Franz Liszt, el músico más aclamado del mundo, tiene los ojos llenos de lágrimas. Entreabre los labios y habla en voz queda. En húngaro, en su idioma materno.*

*—Éljen Erzsébet. Larga vida a Isabel.*

## Capítulo 15

*Balneario de Bad Kissingen, Baviera  
Junio de 1866*

Sissi recibió dos cartas durante el desayuno esa mañana: una de su marido y otra de Andrásy.

La primavera en Bad Kissingen había sido una época difícil para la emperatriz. Echaba muchísimo de menos a Rodolfo. Sin embargo, la idea de volver a la corte le provocaba una tremenda ansiedad y, de un tiempo a esa parte, espantosos dolores de cabeza. Su suegra, aunque pasaba temporadas en cama por culpa de los catarros y dolencias varias, había acrecentado su control sobre la educación de los niños, en especial la del príncipe heredero. En vez de permitirle disfrutar un poco más de la infancia, tal como Sissi había defendido, y proporcionarle una educación integral en la que se incluyeran idiomas, poesía y bellas artes, Rodolfo se pasaba los días estudiando historia, estrategia militar y el protocolo de los Habsburgo. Sus piernecitas y sus bracitos ya estaban embutidos en el rígido uniforme militar austríaco, como si estuviera jugando a los disfraces en una especie de juego del que no podría escapar jamás.

Las misivas de Francisco señalaban las «dificultades» del niño para adaptarse a su nuevo tutor militar, un general inmisericorde llamado Leopold Gondrecourt. Sissi ansiaba abrazar y consolar a su dulce niño. Sin embargo, como sabía que era algo imposible, ya se quedara en la corte o viajara, había seguido el consejo del doctor Fischer y había accedido a pasar el invierno lejos de Viena, en el pueblo residencial de Bad Kissingen.

Oculto en el frondoso bosque bávaro, en las faldas del sistema montañoso de Rhön, con sus pinares y sus cimas blancas, Bad Kissingen fue al principio un lugar ideal para que Sissi recuperase las energías y el ánimo decaído. El aire era fresco y limpio; el paisaje, salvaje; y su agenda estaba totalmente libre de los actos oficiales que se esperaban de ella en la corte. Al haber dejado atrás a herr Lobkowitz, a la condesa Frederika y a la joven Ilse von Bittel, pasaba los días en compañía de María, de la nueva doncella, Ida, y de

Franziska, la peluquera. Allí, lejos de las multitudes y del protocolo que empeoraban su ansiedad y que incrementaban su incomodidad, podía descansar y tomar las aguas terapéuticas del cercano río Saale, en Franconia.

Y sin embargo su mala salud no la abandonaba. Si bien María aplaudía el talento de su cocinero bávaro, a Sissi la comida le resultaba desagradable y se quejaba todos los días de que no tenía apetito. Los dolores de cabeza solían acompañarla durante los largos y monótonos días en la villa alquilada. Por la noche se sentía agotada, pero el sueño la rehuía. Se sentía inquieta, y sin embargo era incapaz de concentrarse en una tarea concreta, de modo que montaba a caballo siempre que las jaquecas no se lo impidieran.

Las cartas de Andrásy fueron lo mejor de ese invierno y de esa primavera. El conde le escribía a menudo, hablándole de su vida en Budapest, donde Ferenc Deák y él intentaban aplacar a un populacho impaciente y agitado. Sus misivas siempre trataban asuntos de política y a menudo le pedía su opinión sobre asuntos de esa índole, pero contenían mucho más. Le preguntaba por su salud y quería que le asegurase que estaba comiendo bien y descansando. Y finalizaba cada carta con unos versos o una de sus citas predilectas.

—¿No hay nada más en el correo, Ida? —Sissi apartó el plato del desayuno tras haber dado un par de mordiscos a una tostada.

—Los nuevos vestidos que encargó ya han llegado, emperatriz.

La doncella le había contestado en húngaro, tal como la emperatriz le había ordenado que hiciera. Entre su correspondencia con Andrásy y las conversaciones diarias con María y con Ida, Sissi se sentía tan cómoda hablando húngaro como cuando hablaba alemán.

—¿Qué hay de mis cremas?

—Todavía no, majestad.

Sissi frunció el ceño.

—Casi se han terminado. —La idea de pasar una noche sin aplicarse cremas y aceites con olor a rosa asustaba a Sissi; así era como las mujeres acababan con arrugas.

—Tal vez sus ungüentos lleguen mañana, emperatriz —replicó Ida, siempre tan diplomática.

Sissi se llevó la carta de Andrásy hasta una silla junto a la ventana. Allí, iluminada por el sol de abril, se sentó y abrió el sobre.

Sonrió al leer el encabezamiento: «Sissi...». La última vez que ella le había escrito le pidió que la llamara por su apodo preferido, y él la obedecía y se dirigía a ella por el título informal que el pueblo húngaro había adoptado.



De todas formas, se percató de que el apodo no llevaba adjetivo. No era «Querida Sissi». De la misma manera que él nunca era «Querido Andrásy» cuando le escribía. No hacían nada malo, solo eran dos amigos que se comunicaban por carta. Siguió leyendo:

La primavera ha florecido por toda la ciudad como los capullos de un tulipán. Ojalá pudieras verlo: los niños crean barquitos de papel con sus deberes y los hacen flotar por el Danubio. Tienen la cabeza puesta en los pájaros y en el sol, no en la escuela. Pero ¿cómo iban a tener la cabeza en otra parte? A nuestro alrededor florece la nueva vida. Incluso en este momento, mientras te escribo, tengo la ventana abierta y huelo las flores silvestres, las patatas fritas que sirve una cafetería cercana y el río. Deberías planear una visita a esta parte de tu reino para la próxima primavera. No hay nada comparable a la primavera en Budapest.

Deák y yo seguimos predicando una solución más moderada y pragmática a la relación tan tensa. Sé que en el pasado te dije que será cuestión de la independencia o la sumisión para mi pueblo. Pero creo que la gente empieza a entender nuestro acercamiento más moderado; tal vez no haga falta que se corten todos los lazos con Austria. Solo necesitaríamos que el emperador reconociera que nuestros derechos son soberanos e iguales, de modo que la unión entre nuestras dos naciones sería más parecida a una sociedad respetuosa que a la relación entre un amo y sus esclavos.

Pero ya basta de malgastar tinta en temas políticos. Leí tu última carta con ansia. Imagino las colinas, cubiertas de nieve y hielo mientras empiezan a derretirse. Los primeros indicios de verde ya se verán en las ramas mientras tú, envuelta en pieles de zorro, recorres los caminos. Tal vez el hielo se haya derretido para convertirse en un gélido y decidido arroyo que empieza su descenso por la ladera de la montaña. ¿Recorres a pie esas colinas boscosas? Ojalá que sí. El aire debe de sentarle bien a tus pulmones y el paisaje a tu alma.

En tu última carta no incluías información acerca de cuándo piensas regresar a Viena. Voy a permitirme la osadía de ofrecerte un consejo, aunque no me lo hayas pedido, pero lo haré en palabras de nuestro filósofo preferido, para no provocar tu ira:

«Las cosas más importantes nunca deben dejarse a merced de las cosas que no importan».  
Tu más leal y devoto siervo,

G. ANDRÁSSY

Sissi dobló la carta y la guardó en su sobre. Conocía bien la cita y sabía a lo que Andrásy se refería: la instaba a regresar a la corte. A regresar a su papel como emperatriz y como madre. Y como esposa. Ella le había confesado en su última misiva que la idea de volver a Viena le provocaba pánico y desesperación. Sin embargo, él la animaba a hacerlo.

Pidió a Ida que le llevase papel y tinta, y se sentó a su escritorio, dispuesta a responderle, si bien antes se quitó los pesados anillos de los dedos.

Andrásy:

Me ha encantado leer tus apuntes sobre Budapest. Creo que debo darte la razón en un punto: pasará la próxima primavera en esa parte del imperio. Recuerdo la magia de recibir la primavera en Budapest y es un despertar que deseo presenciar de nuevo.

Sissi ya sabía qué cita compartiría con él. La había buscado, haciendo que

el apellido Andrásy acudiera a su mente nada más verla.

Encontré esta cita anoche, leyendo a Goethe, y me acordé de ti:

«El mundo está muy vacío si solo se piensa en montañas, en ríos y en ciudades; pero si conocemos a alguien que piensa y siente con nosotros; alguien que, pese a la distancia, está muy cerca de nuestro espíritu, la tierra se convierte para nosotros en un jardín habitado».

Sissi dejó de escribir. ¿Se mostraba muy osada al escoger esa cita? ¿Le extrañaría a Andrásy esa confesión de lo mucho que valoraba sus misivas? Titubeó y empezó a golpear el papel con un dedo mientras sopesaba la idea de romper la hoja y empezar a redactar una nueva carta.

En ese preciso instante Ida entró en la habitación, haciendo que Sissi se olvidara de la carta.

—¡Emperatriz Isabel!

—¿Ida? ¿Qué pasa? Por el amor de Dios, me has asustado.

La doncella jadeaba mientras mantenía su cuerpo, alto y delgado, muy rígido.

—Por lo más sagrado, Ida, ¿qué pasa?

La doncella se acercó a ella con un trocito de papel en su temblorosa mano.

—Emperatriz, es un telegrama. De Viena, del emperador.

—¿Un telegrama? —Sissi cogió el papel, con manos igual de temblorosas, y leyó a toda prisa las líneas. Bajó el papel y miró a su doncella a los ojos—. Díselo a María —ordenó al tiempo que se levantaba de la silla—. Empieza a hacer el equipaje. Tenemos que marcharnos hoy.

—Sí, majestad. —Ida hizo una fugaz reverencia antes de salir corriendo de la habitación.

Sissi miró el papel una vez más y leyó la última frase en voz alta en mitad de la habitación vacía.

Por favor, vuelve a casa enseguida STOP Estamos en guerra STOP



Su marido había declarado la guerra y en ese preciso momento los austríacos intercambiaban disparos con las fuerzas conjuntas de los prusianos y los italianos. Prusia, que se había vuelto más beligerante durante la última década, había estado desafiando la supremacía de Austria en Europa Central desde la época de María Teresa. Pero ahora, con la peligrosa alianza entre Prusia e Italia, y el flagrante desprecio que demostraba por el resto de los

ducados y los reinos germanos, tierras estas que Francisco había jurado prometer, Austria ya no podía permanecer impasible.

El dormitorio de Sissi en el palacio de Schönbrunn no mostraba indicio alguno de la guerra. La estancia estaba immaculada: había flores frescas en los jarrones de porcelana, las repisas de la chimenea estaban limpias y las ventanas estaban entreabiertas para dejar pasar la cálida brisa y los trinos de los pájaros. Sobre su cama había un librito, lo único fuera de lugar.

El título estaba en húngaro. Sissi hojeó las páginas y se percató de que era una antología de poesía húngara. Una tarjetita cayó del interior del libro y Sissi la abrió, intrigada.

Tienes motivos para apreciar a Goethe, pero nuestros poetas húngaros se han ganado un lugar junto a los alemanes.

Espero oír tus comentarios.

Tu devoto y fiel amigo,

G. A.

¿Andrássy había vuelto a la corte? La idea hizo que le latiera muy fuerte el corazón. Dejó el libro en la mesita de noche. Menuda tontería, se reprendió. Su reino estaba en guerra ¿y ella solo pensaba en saber si Andrássy estaba o no bajo el mismo techo? En saber si tal vez pudiera verlo... ¡y esa misma noche! En un abrir y cerrar de ojos la ansiedad de haber regresado a la corte desapareció, reemplazada por la emoción. Incluso la esperanza.

—Franziska —dijo al oír los pasos de la peluquera en las estancias adyacentes.

—¿Sí, emperatriz? —La enjuta mujer asomó la cabeza desde el salón.

—Debemos empezar ya.

—Pero, majestad, solo son las tres de la tarde.

—Sé qué hora es. Pero he de lucir mi mejor aspecto esta noche.



Esa noche Sissi aceptó el brazo de su marido y se percató del alivio que se reflejó en la cara de Francisco cuando lo hizo.

—Hay que mantener la fachada, ¿no? —le susurró ladeando el rostro—. Sobre todo en tiempos de guerra.

—Gracias, Isa... Isabel —dijo él. La preocupación le tensaba las facciones, haciendo que sus cejas lucieran un ceño perpetuo.

—Allá vamos —replicó, y Francisco asintió con la cabeza.

Entraba del brazo de su esposo en el *Spiegelsaal*, de manera que se vio obligada a controlar la emoción cuando, ya en el reluciente salón, vio la alta figura de Andrásy en un rincón. Estaba de espaldas a ella y hablaba con un hombre fornido y bajito. Deák estaba cerca, prestando atención, pero Sissi no reconoció al otro hombre que participaba en la conversación. Andrásy se dio la vuelta solo cuando anunciaron la llegada del emperador. Él, al igual que el resto de los congregados en esa estancia, saludó con una reverencia a la pareja imperial.

De momento los combates tenían lugar en tierras muy lejanas con nombres apenas reconocibles, pero el grupo reunido esa noche para la cena parecía hervir por la tensión y el nerviosismo. Solo Andrásy se mostraba tranquilo, incluso contento.

—Emperatriz.

El conde atravesó el *Spiegelsaal* para hacerle una reverencia. Lucía un traje inmaculado y llevaba el pelo ondulado más largo y más alborotado que la última vez que lo vio. Sus ojos le sostuvieron la mirada y su expresión era vivaracha, franca, con un brillo travieso. Claro que tal vez los dos estuvieran inmersos en una travesura, teniendo en cuenta todo lo que se habían escrito.

—Conde. —La voz de Sissi sonó muy baja.

Era curioso que al verlo cara a cara se sintiera tímida, incluso formal. Después de haber mantenido correspondencia durante esos meses, con páginas y más páginas de pensamientos íntimos y confesiones sinceras.

—Se la ve recuperada, emperatriz. —Andrásy la miró más tiempo del apropiado, pero nadie se dio cuenta ya que la multitud se había congregado alrededor del emperador y del nuevo cortesano, a quien Sissi todavía no conocía.

—Gracias, conde. Su aspecto también es bueno.

—He dicho «recuperada». ¿Quién ha dicho nada de tener buen aspecto? —Andrásy le guiñó un ojo y ella no pudo contener la sonrisa, poco acostumbrada a semejante irreverencia en un cortesano.

Sissi estaba despampanante esa noche y lo sabía. Incluso Francisco, irritable y esquivo, se quedó boquiabierto nada más verla.

Había escogido un ligero vestido de seda marfil con pequeñas florecillas rosas bordadas en el escote y en las mangas. Un cinturón a juego le ceñía la cintura, famosa por su estrechez. Llevaba el pelo suelto, con unos mechones recogidos para apartárselo de la cara. Franziska le había colocado sargas de perlas y flores silvestres en él, y llevaba las mejillas y los labios pintados.

—¿Puedo acompañarla a su asiento, emperatriz? —Andrásy le ofreció el

brazo, y ella, aunque por dentro se estremeció, se recordó que tenía que moverse despacio y con elegancia, la imagen de la emperatriz impertérrita, al aceptarlo.

—¿Quién es el hombre con quien ha estado hablando? El mismo con quien Francisco habla ahora. —Sissi señaló con la barbilla ese rostro nuevo para ella.

—Friedrich Beust —contestó Andrásy—. Ministro de Sajonia. O, mejor dicho, antiguo ministro de Sajonia. Él, al igual que muchos otros líderes de los pequeños ducados germanos, ha sido expulsado de Prusia. Beust odia a Bismarck, y a todo el gobierno prusiano, tal vez incluso más de lo que lo odia su marido.

Sissi asintió con la cabeza y observó a ese hombre llamado Beust: su cuerpo robusto y fuerte; la forma en la que hablaba agitando las manos, como un director de orquesta que reclamaba la atención de todos los que se congregaban a su alrededor para que se sumaran a su canción. Se percató de que Francisco estaba muy pendiente de él, mirándolo con la misma expresión que en otro tiempo había reservado para ella.

La emperatriz tomó asiento en el extremo opuesto a su marido. Entre ellos se sentaba Sofía, que parecía irritable e inquieta, ataviada con un vestido de color calabaza. A su lado estaba ese aristócrata sajón, Beust, y enfrente de ella el envejecido ministro Von Bach. A la derecha de Francisco se sentaba el conde Alexander von Mensdorff-Pouilly, un ministro extranjero y un joven muy apuesto con bigote y raya en medio. Sissi tenía entendido que era un pariente lejano de la rechoncha reina Victoria de Inglaterra. Grünne se hallaba junto al ministro extranjero, y dos cardenales también se habían unido a la fiesta. Andrásy se las había arreglado de alguna manera para sentarse a la izquierda de Sissi.

El interior del palacio estaba muy caldeado y la cena se desarrolló en una atmósfera muy tensa. Sissi, a quien herr Lobkowitz había puesto al corriente de todo durante las horas que pasó preparándose para la cena, conocía el motivo. Hasta la fecha, los austríacos se habían enfrentado a Prusia y sus aliados en cuatro batallas. Tres de esos cuatro enfrentamientos habían sido, técnicamente, victorias austríacas. Sin embargo, Francisco no estaba satisfecho. Las victorias que deberían haber sido fáciles y decisivas acabaron siendo todo lo contrario. Y en la batalla más reciente, librada el día anterior en la ciudad bohemia de Gitschin, los prusianos habían vencido. Si ese patrón continuaba, los austríacos se quedarían pronto sin abastecimientos. Y sin hombres.

—Lo que más me preocupa es lo mal preparados que parecen estar —opinó Beust fumando durante la cena.

Francisco hizo ademán de replicar, pero Sofía se le adelantó.

—Cualquiera parecería mal preparado al lado de Bismarck. Ese hombre es un belicista.

Beust meneó la cabeza.

—No solo es un belicista. Es un estratega. Lleva preparándose para la guerra desde que lo nombraron canciller. Y estar preparado tiene sus ventajas, archiduquesa. Debo reconocerlo aunque deteste a ese hombre.

Francisco asintió al oír las palabras de Beust, pero Sofía tenía una réplica preparada, que expresó con voz adusta.

—Somos el Imperio austríaco. Ganaremos.

Sissi se dio cuenta a lo largo de la cena de que había dos posturas enfrentadas acerca de la marcha de la guerra. Sofía, con los comentarios para quitar hierro al asunto dirigidos a su hijo y las miradas condescendientes hacia Beust, no mostraba preocupación por la rápida movilización de los prusianos ni por su superioridad armamentística.

Ante la incrédula mirada de Sissi, Beust se oponía abiertamente. Y lo más sorprendente de todo era que el nuevo cortesano no se amedrentaba ante la archiduquesa. Beust dejó clara su preocupación e indicó a Francisco que hacía falta un cambio de estrategia, y de prisa.

—Las armas prusianas nos destrozan antes de que nuestros soldados tengan tiempo de recargar. —Beust miró al emperador a la cara durante toda la cena, evitando así la mirada de Sofía—. Tenemos que modernizar nuestras armas, majestad, se lo ruego.

—Tienen mejores rifles, eso es verdad. Pero nuestros cañones son superiores —repuso Francisco, y se volvió hacia su madre para que le diera la razón.

—Desde luego que sí. —Sofía agitó su regordete dedo índice, como una institutriz que diera el beneplácito a su alumno tras responder correctamente—. Y no hay que olvidar que en nuestras filas está la caballería austríaca.

—Dudo mucho que unos cuantos caballos bien adiestrados basten para compensar la falta de hombres, de trenes y de alcance de tiro. —Beust agachó la mirada al percatarse de que estaba agotando la paciencia de sus anfitriones. Cuando volvió a hablar, lo hizo en voz baja—. Bismarck tiene más tropas a su disposición que cualquier otra fuerza en Europa, incluso más que Napoleón III.

—Hablando de Napoleón, ¿hemos recibido noticias de París esta noche?

—Francisco se volvió hacia Grünne.

—Todavía no, majestad.

—Napoleón acudirá en nuestra ayuda dentro de poco. —Francisco se limpió el bigote con la servilleta y habló con forzado optimismo—. Los caballeros y los emperadores siempre se unen contra los advenedizos beligerantes y salvajes como Bismarck.

Sissi clavó la vista en Beust y le pareció que el hombre quería añadir algo más al respecto, pero acabó conteniéndose.



—¿Qué opinas de todo el asunto?

Sissi hablaba con Andrásy en voz baja. Había abandonado la cena con el emperador pero después se habían separado. Con la excusa de que debía reunirse con un ministro, Francisco había salido al patio, donde lo esperaba un carruaje, dejando a su esposa sola para que regresase a sus aposentos. De camino hacia ellos, Sissi se alegró mucho al ver a Andrásy.

Era la época del año de los días largos y un leve aroma a lilas se filtraba por las ventanas del palacio.

—¿Te apetece dar un pequeño rodeo? —sugirió Andrásy, que señaló con la cabeza las puertas que daban al jardín—. Hace una noche preciosa.

—No veo por qué no.

Salieron y enfilaron un sendero flanqueado por árboles perfectamente podados. El palacio estaba en silencio y los jardines se encontraban sumidos en las sombras. Sissi puso rumbo al invernadero, una enorme construcción de hierro y cristal.

—Me alegro de que Beust esté aquí, aunque tu suegra no sea de la misma opinión —dijo Andrásy mientras paseaban.

—Se ha mostrado muy valiente durante la cena, ¿no crees? —preguntó Sissi.

—Es demasiado nuevo en la corte para darse cuenta de que necesita un censor.

—Eso es bueno —repuso Sissi—. Dirá la verdad, que es lo que Francisco necesita oír.

Se detuvieron en la entrada del invernadero.

—Después de ti —dijo Andrásy al tiempo que le hacía un gesto con el brazo.

Sissi entró en primer lugar. Dentro el aire era cálido y húmedo, y en el ambiente flotaba el olor a tierra y a vegetación. Andrásy entró tras ella.

—Lo que nadie se ha atrevido a tratar durante la cena —comentó el conde— es el total abandono de nuestros supuestos aliados.

Sissi se detuvo y se dio media vuelta para mirarlo. Estaba a pocos centímetros de él y sus rostros quedaban iluminados por la luz de la luna, cuyos rayos se colaban por las paredes de cristal del invernadero.

—«No necesitamos a nadie.»

Andrássy enarcó una ceja.

—Es el lema de Sofía. «No necesitamos a nadie.» Al fin y al cabo, somos los Habsburgo. Eso es lo que siempre le ha dicho a su hijo. Después de perder la amistad de Rusia y también la de Inglaterra. Y luego la de Prusia. Y ahora, según parece, la de Francia.

Andrássy meditó esas palabras mientras se pasaba las manos por el alborotado pelo.

—Pero ¿quién creía Francisco que iba a ponerse de nuestro lado? —preguntó Sissi.

—En fin, no confío en que podamos esperar nada de Italia. No después de que acaben de luchar con Austria por su independencia. Tiene sentido que se hayan alineado con Prusia.

—¿Hay alguna esperanza de que Francia acuda en nuestra ayuda?

Andrássyladeó la cabeza mientras sopesaba la pregunta.

—No comparto el optimismo de tu marido al respecto.

—¿Por qué no?

—Corren rumores.

—¿Qué clase de rumores? —preguntó Sissi.

—Tengo entendido que Bismarck viajó a Francia para entrevistarse personalmente con Napoleón.

Sissi suspiró.

—Parece que ese tal Bismarck, a quien tu suegra considera un beligerante belicista, es de hecho todo un diplomático. Es tal como Beust ha explicado: Bismarck ha preparado a conciencia la guerra con Austria. Incluso la esperaba. Detesto tener que decirlo, Sissi, pero tu suegra se equivoca.

—No tienes por qué sentirlo —repuso Sissi al tiempo que cruzaba los brazos—. Eso significa que Francia apoyará a Prusia. —Por fin comprendía la situación tan delicada de Francisco y lo errónea que era la postura de Sofía—. ¿Cómo es posible que el emperador no lo sepa? —preguntó.

Andrássy sonrió, una expresión triste y arrepentida, y le recitó una línea que ella conocía bien:

—«Las personas escuchan solo lo que entienden».



—Goethe —dijo Sissi—. No entiendo que el emperador haya estado ciego ante estos acontecimientos...

—Cuando eres el amo y señor del estado más poderoso de toda Europa, ¿cómo vas a percibir la amenaza de un estado menor alemán? —Andrássy se inclinó hacia ella y continuó con un tono burlón—. ¿Qué ventaja puede tener quién cuenta con mejores armas, más hombres, líneas de ferrocarril, aliados dispuestos y mejor diplomacia cuando eres el rey Habsburgo, el escogido por Dios para ser el heredero del Sacro Imperio Romano?

—Una ventaja tremenda, supongo.

Andrássy asintió con la cabeza. Se quedaron el uno junto al otro en silencio varios segundos mientras la pálida luz de la luna se filtraba por el invernadero en sombras. A su alrededor los frondosos helechos y las hojas de las palmeras captaban la luz de la luna, mecidas por la suave brisa. Pese al ánimo tan decaído que imperaba en el interior del palacio, allí fuera, esa noche, costaba mucho mantener la tensión.

A la postre Andrásy volvió a hablar.

—¿Has visto el libro de poesía que te he dejado?

—Sí. —Sissi se volvió hacia él al presentir su cercanía en la oscuridad, aunque no lo veía bien.

—Pensé en ti cuando lo vi. Espero que lo disfrutes.

—Está escrito en húngaro.

—Puedes leerlo, Sissi.

—Tal vez pueda hablarlo. Pero ¿leerlo? Me concedes demasiado mérito.

—¡Siempre dices lo mismo! Solo te concedo el mérito que te mereces, ni más ni menos.

Sissi se ruborizó al oírlo y se le alteró la respiración. De repente deseó que esa estancia no fuera de cristal, que pudiera cerrar la puerta y olvidarse del resto del mundo. Incluso sumida en la penumbra, era muy consciente del hombre que tenía a su lado. De lo mucho que ansiaba besarlo.

—En fin, emperatriz, está muy oscuro. Creo que deberías volver a tus aposentos antes de que alguien nos vea. Detestaría ser el causante de manchar tu reputación si alguien te descubre deambulando por los jardines de noche.

—Por favor, Andrásy. —Se echó a reír con una carcajada afectada—. Dejé de preocuparme por mi reputación en la corte hace mucho.



A principios de julio los enfermos y los heridos comenzaron a llegar a la capital. En cuanto ese goteo de personas empezó, pareció que no habría de

terminar nunca. Era una especie de infame desfile sin fanfarrias ni clarines. Hombres vendados cojeaban por las avenidas de Viena flanqueadas por sicomoros en busca de hospitales y monasterios, suplicando comida, con unas cicatrices que hicieron que la guerra de Francisco pasara de ser un tenso tema de conversación a convertirse en una horrenda realidad de la que no era posible escapar.

Dentro del palacio el ambiente estaba enrarecido, sin brisa que moviera el aire. Todas las personas, en los pasillos y en las estancias oficiales, lucían un ceño irritado y la frente perlada de sudor. Tras una serie de escaramuzas sin importancia llegaron telegramas del frente anunciando que el ejército prusiano y el austríaco se habían encontrado en Bohemia, cerca de la antigua ciudad fortificada de Königgrätz. Era una batalla decisiva, que podría poner fin a la guerra.

Sissi, presa de los nervios en las calurosas habitaciones del palacio, preguntó a Francisco qué podía hacer para ayudar. Quedarse sentada ya no le era posible.

—Visita los hospitales —respondió su esposo. Estaba sentado a su escritorio detrás de un montón de documentos, mapas, informes y libros—. Consuela a los heridos y a los moribundos. Permite que vean a su preciosa emperatriz. Serás un bálsamo momentáneo en mitad de su sufrimiento.

De modo que una húmeda tarde de principios de julio Sissi ordenó que prepararan su carruaje y empezó una ronda de visitas por los hospitales. Fue un día que agotó tanto su energía como su ánimo, pero hizo todo lo que estuvo en su mano para no demostrar el espanto que sentía al conocer a sus súbditos heridos, al ver sus caras desfiguradas y los muñones de carne donde en otra época hubo extremidades.

En la última parada, exhausta, Sissi paseó entre los camastros de la enfermería. Intentaba mantener una fachada de serenidad contra el hedor de los vómitos y de la carne chamuscada.

—¡Emperatriz! ¡Emperatriz! —Una enfermera con un uniforme blanco y almidonado, con los puños remangados, corrió hacia ella.

—Sí, ¿qué sucede?

—Por favor, venga conmigo, deprisa.

La mujer condujo a Sissi hasta una sala de operaciones, donde un hombre yacía en un camastro retorciéndose de dolor. Sissi lo miró, espantada, mientras la sangre brotaba de la herida abierta que tenía en el hombro. El hombre gritó. Y lo hizo de nuevo, más fuerte.

—Es húngaro —dijo Sissi al comprender sus palabras angustiadas.

—Necesita una amputación, emperatriz Isabel. —La enfermera estaba a su lado y hablaba con un tono apremiante—. Pero se niega a que le realicemos la operación. Su Majestad Imperial habla húngaro, ¿no es verdad? —La enfermera se agitó, inquieta, como si anticipara la cara de asco que seguro que pondría su emperatriz.

En cambio, Sissi asintió con la cabeza mientras se remangaba el encaje de los puños.

—Sí —dijo, contestando en húngaro—. Hola, señor. —Se acercó al camastro para que el pobre hombre pudiera verla—. Al médico le gustaría ayudarlo. Debemos dejar que lo haga.

—¿Emperatriz Isabel? —El hombre puso los ojos como platos, distraído un momento del dolor—. ¿Estoy en el cielo? He muerto, ¿verdad?

—Si esto es el cielo, me estremezco al pensar cómo será el infierno —repuso Sissi con una sonrisa reconfortante.

El hombre seguía mirándola sin dar crédito.

—Está muy vivo, señor. —Sissi le cogió una mano—. Y no hay motivos para que no siga estándolo, siempre y cuando siga las indicaciones del doctor.

El hombre intentó, aunque no lo consiguió, incorporarse en la cama.

—Es más guapa de lo que dicen, majestad.

Sissi esbozó una sonrisa triste y miró a la enfermera. También miró al médico, que esperaba con su instrumental preparado.

—Por favor, ¿por qué no deja que el cirujano lleve a cabo la intervención para que pueda recuperarse?

El hombre lo miró con los ojos entrecerrados.

—Vamos. Terminará pronto —dijo Sissi junto al camastro—. Estaré a su lado. Podemos hablar húngaro entre nosotros.

—Ah... —El hombre miró una vez más con expresión desconfiada el instrumental quirúrgico. Pero después asintió con la cabeza—. Muy bien. —Se tumbó en el camastro.

Sissi no le soltó la mano derecha mientras el médico y la enfermera se acercaban a su lado izquierdo, allí donde estaba la herida abierta.

—Míreme —ordenó Sissi con la vista clavada en los ojos enrojecidos del hombre. Este titubeó al ver que el cirujano se acercaba empuñando un cuchillo—. Olvídese de eso —dijo Sissi mientras le daba un apretón en la mano. Hablaba con voz firme pero tierna, de la misma manera que le hablaba a Rodolfo—. Míreme. Conseguiremos que se recupere en muy poco tiempo. ¿Por qué no me cuenta cosas de su hogar? ¿De qué lugar de Hungría procede?

Mientras el hombre gemía y se retorcía, mordiendo un trozo de madera, el

cirujano llevó a cabo su sangrienta tarea.

Sissi estaba tan pendiente del paciente y del doloroso apretón de su mano que solo se percató de que se había congregado una multitud en el exterior de la sala de operaciones cuando ya había terminado la amputación. Allí, en primer plano, estaba Sofía. Su suegra había presenciado toda la operación y en ese momento asimilaba cuanto había visto con una expresión de absoluto espanto en la cara.

Cuando el hombre por fin se quedó dormido, Sissi se levantó, lo besó en la sudorosa frente y salió de puntillas de la estancia.

—Sofía —dijo al tiempo que saludaba inclinando la cabeza a la archiduquesa—. No me había dado cuenta de que estabas aquí.

Las dos mujeres echaron a andar la una junto a la otra, y Sissi fue consciente de lo agotada que estaba.

—Francisco me ha dicho que te mandó visitar los hospitales. Se me ocurrió acompañarte. —Sofía echó un vistazo por la sala de enfermería. Tenía las manos fuertemente entrelazadas y en su cara se atisbaban la tensión y la incomodidad que sentía—. Pensé que podría saludar a algunos de estos desdichados. Mostrar un frente unido, por el imperio, ¿no?

—Ah. Sí, sí, por supuesto.

Sissi se colocó bien el encaje de las mangas. Al hacerlo, se percató de que la sangre del hombre había manchado el prístino blanco del encaje, aunque estaba demasiado cansada para reaccionar.

Sofía seguía recorriendo con la mirada la sala, pasando la vista por las filas de cuerpos inválidos. Después se volvió una vez más hacia Sissi.

—Pero estás agotada. —Sofía separó las manos y se las llevó al pecho—. Deberíamos llevarte a casa. ¿Te parece que volvamos al palacio juntas?

—¿Cómo? Pero ¿no has dicho que querías saludar a...? —Sissi señaló a los hombres, demasiado cansada para terminar la frase.

—Ya volveré en otro momento. —Sofía meneó la cabeza y agitó una mano—. Otro día. Ahora es mejor que te llevemos a casa. —Volvió a mirar, con la tez muy pálida, la sala llena de heridos.

—En fin, de acuerdo —accedió Sissi en voz baja, fatigada. Había pasado allí todo el día—. Vamos.

Sofía se recogió las faldas al instante y buscó la salida a toda prisa.



Se sentaron frente a frente en el carruaje y soportaron el traqueteo sobre los adoquines en silencio. Sissi, con la vista fija en la ventanilla, se percató de la

intensidad con la que Sofía la observaba, pero no le devolvió la mirada.

—Había tanta sangre... —susurró la archiduquesa con un hilo de voz.

—¿Cómo dices? —Sissi se volvió hacia ella.

Sofía miró las manchas del vestido de su nuera y luego alzó la vista para mirarla a los ojos.

—Todos esos hombres... en el hospital... —La voz de Sofía se apagó porque tuvo que tragar saliva, con la vista clavada una vez más en las mangas con restos de sangre de Sissi—. Había tantos... Y solo era un hospital.

La archiduquesa se removió en su asiento y se alisó las arrugas del vestido de brocado. Sissi volvió a desviar la mirada hacia la ventanilla del carruaje. Al cabo de un momento Sofía carraspeó.

—¿Isabel?

Sissi miró a su suegra y se percató de la forma en la que se retorció los pliegues de la falda con las manos. Se fijó en la mueca que le tensaba los labios, en esas arrugas que se le habían formado tras tantos años de fruncir el ceño.

—¿Sí, Sofía?

La archiduquesa se mordió el labio antes de hablar.

—Ha sido admirable. Me refiero a lo que has hecho en el hospital. Visitar a esos hombres.

Se volvió de nuevo hacia la ventanilla. La noche era cálida y la gente se congregaba en las calles, aunque en sus rostros se veía la misma tensión que en los pasillos del palacio.

Sissi, asombrada por el inusual cumplido, dijo:

—Gracias.

—Sé que la idea de que lo hayas hecho ha sido de Francisco. Y no estoy segura de por qué te lo ha pedido a ti y no a mí. Me habría encantado visitar a esos pobres desdichados, de verdad que sí. —Sofía lo dijo como si necesitara convencerse a sí misma—. El asunto... el asunto es que ha estado bien que lo hicieras.

Sissi frunció el ceño.

—En realidad, fui yo quien preguntó a Francisco qué podía hacer para ayudar.

Sofía miró de nuevo a su sobrina.

—Ah.

—Sí, Sofía —dijo Sissi, demasiado cansada para ocultar su irritación—. Si yo, como emperatriz, puedo ofrecer un poco de consuelo a esos hombres, a los súbditos que han entregado tanto por el imperio, será un placer para mí

hacerlo. De hecho pienso visitar los hospitales todos los días, a partir de ahora hasta que la guerra acabe.

Sofía carraspeó y se removió en el asiento una vez más.

Sissi se dio cuenta, mientras la miraba, de lo mucho que su suegra había envejecido. Sí, los rasgos de su cara todavía eran reconocibles. Pero en ese momento se percató de lo poco que se parecía a la mujer que las había recibido, tantos años antes, en Bad Ischl. Sus ojos, en otro tiempo tan intensos, estaban medio ocultos por los párpados caídos. Tenía profundas arrugas en la cara, sobre todo alrededor de los labios, cuyas comisuras estaban curvadas hacia abajo. Reparó en que siempre estaba masajeándose los dedos, doloridos por la artritis. Sofía, sin que Sissi se diera cuenta, se había convertido en una anciana.

—Me alegro de que... —Sofía apartó la mirada—. Es un alivio para mí que Francisco cuente con tu apoyo en este asunto. Te quiere. Incluso después de todo... incluso después de... —Dejó la frase en el aire antes de continuar—. Ha sido... difícil.

Sissi asintió con la cabeza, ya que no sabía muy bien de qué estaban hablando. ¿De las últimas semanas de guerra? Esa guerra era el resultado de la política exterior que Sofía llevaba años promulgando. De la arrogancia austríaca. De que Austria estuviera sola. De que Austria no necesitase a nadie. De que Austria permaneciera estática, estancada; adormilada por la creencia de que, con Dios del lado de los Habsburgo, nadie suponía una amenaza. Esa política se había desmoronado, se había derretido como los cucuruchos de helado que ofrecían los vendedores ambulantes en las calurosas noches de julio.

—Es que... Ay, no sé —continuó Sofía, y se retorció los pliegues de la falda mientras cambiaba de postura una vez más—. Quiero lo mejor para Francisco. —Alzó la vista, y Sissi descubrió en sus ojos una expresión tierna que nunca había visto hasta el momento—. Lo sabes, ¿verdad? Siempre he querido lo mejor para Francisco, desde el mismo instante en que lo depositaron en mis brazos. Es mi objetivo sagrado. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, Sofía. —Sissi se irguió y separó la acalorada piel del pegajoso asiento—. Yo también soy madre. No ignoro lo que es querer lo mejor para tus hijos. Lo sabes, ¿verdad?



Daba la impresión de que la noche fuera más calurosa aún que el día. Sissi estaba sentada en el gabinete de Francisco tras desear dulces sueños a

Rodolfo y a Gisela con un beso. Las ventanas estaban abiertas, pero no entraba brisa alguna. Incluso los jardines, que por regla general suponían un alivio de la presión del palacio, se le antojaban inhóspitos.

Francisco estaba sentado cerca, repasando unos documentos en el enorme escritorio. Sissi esperaba allí todas las noches, a sabiendas de que si había noticias ese sería el primer lugar al que llegarían.

Se abanicaba y se apartaba el pelo de la nuca. Tal vez Franziska tuviera razón, tal vez debería cortarse el pelo, pensó con tristeza.

Los minutos pasaron, anunciados cada cuarto de hora por el reloj emplazado en la repisa de la chimenea de Francisco. Estaba a punto de ponerse en pie y de decir a su esposo que se retiraba a sus aposentos cuando Beust llamó a la puerta.

—¿Majestad?

Sissi lo supo al instante. Lo vio en la tensa mandíbula de Beust, en la rigidez de sus hombros. Las noticias no eran buenas.

—Beust, ¿qué ocurre?

El emperador lo invitó a entrar. Beust dejó el telegrama sobre el escritorio y Francisco lo cogió.

Beust se mordió el labio mientras observaba al emperador leer el mensaje. Tras lo que a Sissi se le antojó una eternidad, Francisco se movió. Dejó caer el papel y apoyó los codos en la mesa. Se cubrió la cabeza con las manos.

Beust fue el primero en hablar.

—Han atravesado nuestra línea frontal, majestad.

Francisco golpeó el duro escritorio con tanta fuerza que Sissi dio un respingo en su asiento.

—Retirada —dijo con voz ronca—. Ordena la retirada de inmediato, antes de que los maten a todos.

Sin embargo, Beust no se movió, no corrió a transmitir ese mensaje tan urgente. En cambio, permaneció inmóvil con la vista clavada en los ojos del emperador:

—No hay forma de retirarse, majestad. Los prusianos nos han rodeado.



Francisco se encerró en sus aposentos durante esa noche y todo el día siguiente. Sofía hizo lo mismo. Una calma extraña se apoderó del palacio.

Sissi ordenó un caldo ligero para cenar en sus aposentos y se sentó con el libro de poesía que Andrásy le había regalado. Más tarde empezó a prepararse para acostarse, quitándose el vestido y soltándose el pelo. Estaba

de pie delante del espejo, en mitad de su ritual vespertino durante el cual se embadurnaba de crema, cuando Ida apareció.

—¿Emperatriz?

—Dime, Ida.

—Ha venido alguien a verla.

—¿A estas horas?

Sissi miró el reloj y se percató de que eran más de la nueve de la noche. Quienquiera que fuese llegaba muy tarde y sin ser invitado. ¿Quién se atrevería a violar el protocolo de semejante forma?

—Es el conde, majestad.

—¿Andrássy? —El tarrito de crema que sostenía cayó al suelo.

—Sí, majestad. —Ida asintió y clavó la vista en la crema derramada—. ¿Le digo que vuelva mañana?

—Hazlo pasar a mi salita.

—Sí, emperatriz. —Ida hizo una genuflexión y salió de la estancia.

Sissi recibió a Andrásy varios minutos después, tras haberse puesto un sencillo vestido de algodón, blanco y amarillo. Se había dejado el pelo suelto.

—Andrásy. —Extendió una mano desnuda y él se la besó. Otra grave violación del protocolo, pensó—. Perdona mi atuendo —dijo.

Él lucía un traje formal con abrigo y llevaba un sombrero de copa en las manos. Sissi se preguntó con un aguijonazo de celos dónde había estado.

—Sissi.

Andrásy miró por encima del hombro para asegurarse de que estaban solos. Semejante visita provocaría un escándalo en palacio si llegaba a ser de conocimiento público. La emperatriz había recibido a un hombre en sus aposentos, sola. Y a esas horas de la noche. Pero ninguno de los dos lo dijo en voz alta.

—¿Quieres sentarte? —preguntó Sissi.

El conde aceptó.

Sissi se sentó en un diván de seda azul y él lo hizo en un sillón enfrente de ella. Era la primera vez que pisaba sus aposentos privados.

—¿Quieres algo de comer o de beber? ¿Vino? ¿Café?

—Nada para mí, gracias. —Hablaban con tono seco, y Sissi se percató de que estaba muy distraído, inquieto. Algo raro, dado que era él quien había acudido a su puerta a esas horas de la noche.

—¿Te has enterado? —preguntó Sissi—. Francisco se rendirá oficialmente.

Andrásy levantó la vista.



—Te agradezco que me recibas a estas horas.

Ella replicó sin pensar:

—Siempre me alegro de verte. —Se arrepintió al punto. Era la verdad, pero había parecido demasiado atrevida—. Andrásy, ¿va todo bien?

Él asintió con la cabeza y apoyó las manos en los muslos.

—¿Qué pasa?

—Tenía que verte. —La miró a los ojos por primera vez y Sissi sintió que le ardían las mejillas.

—¿Por qué?

—Tenía que verte una vez más... antes de irme.

La noticia la golpeó como un puñetazo.

—¿Antes de irte? Pero ¿cuándo te vas?

—Esta noche. En tren.

Sissi se volvió para mirar por la ventana hacia los jardines, envueltos en sombras. Esperó varios minutos antes de hablar, aunque la voz se le quebró de todos modos cuando lo hizo.

—¿Por qué tienes que irte de forma tan repentina?

—La guerra ha terminado tras el día de hoy. La batalla ha sido decisiva, pero no como esperábamos.

Sissi lo entendía, pero no comprendía el motivo de que eso significara que Andrásy tenía que marcharse.

—Hungria está al borde de una revuelta total. Han estado observando durante estos años. Mi pueblo ha permanecido fiel y ha esperado con paciencia, a diferencia de Italia y de los estados alemanes. Pero ya se ha cansado de esperar.

Sissi asintió al tiempo que entrelazaba las manos sobre el regazo.

Andrásy continuó:

—El emperador, tu marido, nos necesita ahora más que nunca. En vez de arriesgarse a perdernos, por fin estará dispuesto a negociar con nosotros. Como sus iguales. Deák y yo tenemos que volver a Hungría. Debemos evitar que nuestro pueblo se subleve. En cambio, hemos de establecer nuestras condiciones. Proclamar nuestras exigencias. Y demostrar a nuestro pueblo que puede hacerse de otra forma. Que nuestro emperador y, en especial, nuestra emperatriz desean escucharnos y trabajar con nosotros.

Sissi vio la esperanza en sus ojos. Vio que, aunque ella se sentía agotada, él vibraba de energía. La causa por la que llevaba toda la vida luchando, la causa que había provocado su exilio y que casi lo había matado, por fin estaba a su alcance.

Sissi sopesó el asunto y suspiró. Y después, porque no sabía qué otra cosa hacer, reveló la verdad.

—Andrássy... —Su voz estaba cargada de anhelo y se preguntó si él se daba cuenta—. Me alegro muchísimo por ti. Y haré todo lo que esté en mi mano para ayudarte. —En ese momento le tembló la voz—. Pero no sé cómo voy a soportar quedarme aquí después de que te hayas ido.

—Sissi...

Andrássy le cubrió las manos con la suya. Ninguno de los dos llevaba guantes. Era el gesto más íntimo que habían compartido jamás.

—Lo digo en serio, Andrásy. Eres mi único... —Se le quebró la voz de nuevo antes de terminar la frase y bajó la mirada.

—Lo sé.

El conde le colocó un dedo bajo la barbilla y la instó a levantarla para poder mirarla a los ojos. Sus labios quedaron a escasos centímetros de los de Sissi. Ella lo miró a su vez a los ojos, esos ojos oscuros y sinceros, y sintió ganas de echarse a llorar. Pero se negaba a hacerlo.

Cuando Andrásy le soltó la barbilla, le cogió la mano y la cobijó entre sus palmas. Le pareció diminuta entre las suyas. Sin pronunciar palabra alguna, se la acercó a los labios y depositó un lento beso en la blanca piel. Sissi cerró los ojos y se deleitó con esa caricia. Eso era lo único. Lo único que él podía darle. Y no era suficiente.

Cuando Sissi abrió los ojos, Andrásy estaba observándola.

—Tal vez, algún día, encontremos la manera de que puedas estar a mi lado —dijo.

—¿Cómo? —susurró ella.

—No lo sé. —Andrásy suspiró y la miró. Por primera vez vio una expresión triste en sus ojos—. Pero siempre he tenido debilidad por las vanas esperanzas y las causas perdidas.

## XVI

*Nosotros, y no solo Hungría sino también la  
monarquía, todavía podemos salvarnos... Por última  
vez te pido, en nombre de Rodolfo, que no dejes pasar  
esta última oportunidad.*

Carta de Sissi a Francisco José  
Julio de 1866

## Capítulo 16

*Palacio de Hofburg, Viena  
Febrero de 1867*

Andrássy no perdió el tiempo a la hora de dar el primer paso e invitó a Francisco José a Budapest para iniciar las negociaciones. Sissi recibió las noticias poco después de Año Nuevo. La corte estaba instalada en el palacio de invierno. En la capital reinaba un clima gélido que había llevado consigo suaves nevadas y la promesa de unas noches largas y frías.

Una noche de finales de febrero Sissi apareció del brazo de Francisco para asistir a una cena de Estado vestida con un recio vestido de brocado escarlata. Cumplió con sus obligaciones y conversó durante todo el evento con Beust, a quien Francisco había pedido que asumiera la posición de ministro de Exteriores tras las negociaciones de paz con Prusia. Una vez que acabaron con los postres, Sissi trató de encontrar el momento adecuado para retirarse a sus aposentos.

Cuando se levantó de la mesa, Beust la imitó.

—Emperatriz Isabel, ¿tiene intención de retirarse?

Sissi se volvió y se detuvo.

—Sí, canciller. —Y acto seguido, para evitar parecer grosera, añadió su excusa habitual—: Me duele la cabeza.

—¿Me permite el atrevimiento de ofrecer a Su Majestad Imperial el brazo para acompañarla? —preguntó Beust.

—De acuerdo, gracias.

Sissi lo miró de reojo con atención. Beust siempre parecía acelerado. Esa noche tenía los ojos entornados por el cansancio. Su pelo, rubio veteado de gris, estaba despeinado.

—Espero que haya disfrutado de la cena, emperatriz.

Los ojos del canciller volaban por la estancia, posándose en los rostros de las damas y los caballeros que se levantaban de la larga mesa y que poco a poco se congregaban en grupitos para beber vino e intercambiar chismorreos.

—Lo he hecho, gracias. ¿Ha disfrutado, canciller?

—¿Mmm? Ah, sí, por supuesto, majestad. —Beust agitó la mano como si quisiera señalar que la información sobre su disfrute no tenía importancia en comparación con el tema que quería tratar a continuación.

Sissi se percató de que el canciller colocó el cuerpo de manera que acabó dando la espalda a los invitados más cercanos, como si buscara un poco de privacidad.

—Emperatriz, tenía la esperanza de pedirle consejo sobre un tema en concreto.

Sissi enderezó la espalda. Los cortesanos de Viena rara vez, o más bien nunca, consultaban a su emperatriz sobre asuntos importantes. Buscaban sus consejos en cuestiones de moda y de peinados, a lo sumo. Resistió el impulso de sonreír.

—Estaré encantada de ofrecérselo, canciller.

Beust se detuvo al llegar al vano de la puerta del comedor y se inclinó hacia ella.

—Emperatriz, ¿puedo hablar con franqueza?

Ella asintió con la cabeza.

—Me han dicho que Su Majestad es amiga... —comenzó Beust antes de mirar hacia atrás, por encima del hombro— de los húngaros.

Sissi pensó en Andrásy, que se encontraba lejos de Viena, con añoranza. Sin embargo mantuvo la expresión serena.

—Continúe.

Beust miró a Francisco. El emperador estaba sentado, fumándose un puro y disfrutando de una copa de oporto, entre su madre y esa guapa duquesa llamada Isabel de Módena.

—Me han dicho que podría contar con su ayuda a la hora de defender la causa húngara frente al emperador.

A esas alturas Sissi estaba intrigada. Hacía años que no se sentía incluida en las decisiones que tomaba su marido. Que Beust, un hombre razonable y ladino, acudiera a ella en ese momento significaba que creía que gozaba de cierta influencia.

—¿Qué causa es la que quiere defender, canciller?

—El emperador debe comprometerse con los húngaros. Y ha de hacerlo cuanto antes.

Sissi meditó al respecto. De labios de Andrásy, semejante afirmación no sería sorprendente. Pero el canciller era tan leal a los Habsburgo como cualquier otro consejero de la corte. Al fin y al cabo, Francisco había invitado a Beust a Viena después de que los prusianos aniquilaran su propio reino.

Beust no defendería ninguna causa que no favoreciera a Austria.

El canciller pareció percatarse de la confusión de Sissi.

—Su Majestad Imperial se sorprende de mi revelación.

—No lo tenía por un adalid de la causa húngara, canciller.

—Soy un adalid del emperador —afirmó Beust con seriedad—. Y un defensor de la preservación del imperio. Al menos de lo que queda de él. Es la única manera de mantener el equilibrio de poder en Europa, de evitar que esos alemanes acaben sumiendo el continente en una gran guerra. —Guardó silencio para no exaltarse más y echó otra mirada en dirección a la mesa antes de susurrar—: Nos pulverizaron en Praga.

Sissi sabía que se refería a la Paz de Praga, el reciente acuerdo para finalizar la guerra con Prusia. Napoleón III había supervisado el proceso de paz y se había asegurado de que Austria, como parte perdedora, sufriera las consecuencias de su imprudente declaración de guerra a Prusia. Se disolvió la antigua Confederación Germánica, la unión de los reinos germanos y los principados anteriormente gobernados por el Imperio austríaco. En su lugar, Prusia estaba tratando de dar forma a una nueva Confederación Alemana, una alianza de la que Austria estaría explícitamente excluida.

Beust saludó con un gesto de la cabeza a un grupo de cortesanos que abandonaban el comedor y después siguió hablando con Sissi en voz baja, de manera que solo ella pudiera oírlo.

—Hemos perdido el Véneto. Napoleón, tan generoso él, se lo ha entregado a los italianos. Estamos perdiendo el control de Bohemia y de los pequeños estados del norte, y de Italia en el sur. El equilibrio de poder está cambiando. —Beust se acercó tanto en ese momento que Sissi le olió el aliento, que le apestaba a tabaco—. Si no tenemos cuidado, Hungría será la siguiente en marcharse. Es un castillo de naipes que se desmorona.

Sissi asintió con la cabeza, conocedora del complicado escenario gracias a sus conversiones con Andrásy.

—Tengo entendido que Su Majestad tiene lazos estrechos con los húngaros. —Los ojos de Beust se clavaron de nuevo en ella—. Y que su persona de mayor confianza es húngara.

Sissi se sintió incómoda de repente. ¿Tan conocida era su amistad con Andrásy que incluso un recién llegado como el canciller Beust estaba al tanto?

Beust enarcó las cejas.

—La condesa Festetics es húngara, ¿no es así?

—María. Ah, sí, María. Por supuesto. —Sissi se echó a reír, aliviada—.

La condesa Festetics fue mi primera amiga en la corte y es mi más leal asistente.

—Muy bien. —Beust se sacó un cigarro del bolsillo y se lo llevó a los labios—. ¿Puedo?

Sissi asintió.

—¿Qué opinión le merece el tal Andrásy? —Beust exhaló dos volutas de humo por la nariz—. No conozco bien a Deák, pero Andrásy siempre me ha parecido un hombre razonable.

Sissi moderó su respuesta.

—Sí. Yo he llegado a la misma conclusión.

Beust movió afirmativamente la cabeza y se le cayó la ceniza del cigarro.

Sissi siguió hablando.

—De hecho, he tenido la oportunidad de tratar el tema con Andrásy... con el conde Andrásy.

Beust ladeó el rostro, intrigado.

—¡Ah!

Sissi se apresuró a añadir:

—Nos conocimos hace años, durante la prolongada estancia que el emperador y yo disfrutamos en Budapest.

—Sí, por supuesto. ¿Y qué opina Andrásy?

—Coincido en la afirmación de que es un hombre razonable. De hecho, me ha comentado que últimamente Deák y él han modificado sus objetivos. Lo que buscan es un compromiso intermedio: no pondrían como condición la independencia total. Lo cierto es que son conscientes de los beneficios que supone mantener la antigua unión entre Hungría y Austria.

—¿Sí? —Beust la escuchaba con atención, con el cigarro sujeto entre los labios—. Entonces ¿qué van a pedir?

—No puedo hablar en su nombre, por supuesto —respondió Sissi—, pero según tengo entendido, buscan cierto grado de autonomía. Estarían dispuestos a reconocer el reinado de los Habsburgo en Hungría si Austria reconoce a Hungría como una nación en sí misma. Distinta y autónoma, sin ser súbditos.

Beust frunció el ceño.

—¿Y cómo funcionaría eso?

—Francisco les prometió una constitución en 1849, a cambio de su ascensión al trono. Todavía no la tienen. Y también les gustaría tener un Parlamento independiente, según me ha comentado el conde Andrásy.

—¿Y qué pasa con el primer ministro? ¿Me aceptarían como canciller de todo el imperio?

—Me temo que no puedo contestar esa pregunta —respondió Sissi—. Ya le he dicho todo lo que sé.

—Y estoy impresionado por todo lo que sabe. —Beust asintió con la cabeza al tiempo que daba una larga calada al cigarro—. Ha sido muy provechoso conversar con Su Majestad.

—Me alegro de haberle sido de ayuda, canciller. —Sissi estaba lista para retirarse, ansiosa por ir a su dormitorio y escribir a Andrásy para contarle la conversación cuando todavía estaba fresca en su mente. Pero Beust no parecía haber acabado de hablar.

—Emperatriz, tal vez la necesite en otro momento. —Se inclinó hacia ella—. ¿Estaría dispuesta a ayudarme? —Sissi miró al canciller sin responder y este continuó—: Ciertos miembros de la corte parecen pensar, aun en esta situación, que el pragmatismo y la necesidad de hacer concesiones no son necesarios. —La mirada de Beust se posó en un rincón de la estancia y Sissi la siguió. Miraba a Sofía, que estaba descansando con las piernas en alto en una mullida otomana. Estaba colorada y acariciaba a su perro mientras bebía champán y sermoneaba a un reducido grupo de cortesanos. Sissi no alcanzaba a oír sus palabras, pero estaba segura, dadas las caras de estos, de que ninguno planeaba interrumpir a la archiduquesa—. «Somos los Habsburgo, al fin y al cabo» —añadió Beust en voz baja y con un deje burlón.

Sissi fue consciente de los problemas que esa conversación acarrearía al canciller si alguien los escuchaba. Y a ella también.

—«No necesitamos a nadie» —apostilló Sissi con retintín mientras repetía el lema de su suegra—. ¿No es eso lo que lleva diciendo desde hace años?

Beust movió el cigarro con gesto impaciente.

—Y, por tanto, no contamos con nadie.

Sissi asintió con la cabeza.

—Está claro que es el momento de llegar a un compromiso antes que arriesgarnos a perder a otro aliado, canciller.

—Pero ¿alguien será capaz de hacerlo...? ¿Alguien podrá hacer que los Habsburgo entren en razón, que comprendan la urgente necesidad de llegar a un acuerdo?

—El argumento que acaba de exponer es muy convincente. ¿No cree que Francisco... que el emperador esté de acuerdo?

Beust suspiró.

—Todos somos víctimas del caos reinante en este mundo de locos. Lo aprendí de primera mano cuando vi a los prusianos asolar mi hogar. Ya no me queda orgullo, no albergo ilusiones acerca de una monarquía elegida por



Dios. —Beust miró a su alrededor. Los cortesanos, medio borrachos, se mecían entre risillas al compás de los violines. Se fijó en las molduras doradas de la pared, que reflejaban el brillo de cientos de velas. Observó la hilera de imperturbables guardias imperiales—. Pero me temo que aquí, entre los muros de los Habsburgo, tal vez aún persista esa ilusión de infalibilidad.

Sissi miró al canciller.

—¿Qué puedo hacer?

—Puede hablar con él de forma sincera, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Bien. Solo Su Majestad y otra persona de la corte son capaces de hacerlo. —De nuevo miró a Sofía—. Quizá pueda presentarle una alternativa, una forma más realista de ver las cosas. Pero ¿está dispuesta a enfrentarse a ella?

Sissi no necesitó meditar mucho la respuesta.

—Sí.



Sissi valoraba en gran medida la oportunidad de defender la causa de los húngaros ante su marido. No solo porque al hacerlo estaría desafiando abiertamente el desastroso rumbo impuesto por su suegra, sino también porque era una causa que sabía que beneficiaría a Andrásy y al pueblo que él, y ella, amaba.

La emperatriz puso al conde al tanto de la conversación que había mantenido con Beust, y en esos momentos su correspondencia era más activa que nunca. Para mantener la discreción, Sissi no enviaba sus cartas directamente a Andrásy, ni él tampoco se las enviaba a ella. En cambio, las escribían y las firmaban tanto María como Ida. Sissi había adoptado, al menos de cara a la galería, una imagen distante.

Sin embargo, la verdad era que su correspondencia había tomado un cariz urgente. Ya no solo eran amigos, eran aliados. El pueblo húngaro esperaba la Constitución que le prometieron en 1849. Sofía, enfurecida por su rebelión, había aconsejado a Francisco que no les permitiera tener una. Pero el mito de la infalibilidad de los Habsburgo se había desvanecido en los últimos años. Austria era vulnerable. Y muchos húngaros estaban preparados para la guerra, incluso estaban ansiosos por declararla.

De momento solo el amor y la confianza que habían depositado en sus héroes nacionales, Andrásy y Deák, contenían a los descontentos húngaros. Y les habían asegurado, algo que creían sin dudar, que la emperatriz amaba a

Hungría como ningún otro Habsburgo la había amado antes. ¿Acaso no estaba defendiendo su causa en Viena? Andrásy le decía en sus cartas que Deák y él estaban alentando la idea de llegar a un compromiso. Hungría parecía dispuesta a aceptar un lugar en el imperio de los Habsburgo, siempre y cuando la relación fuera de igualdad y se le reconociera su autonomía. Si Francisco no estaba dispuesto a tanto, se verían obligados a rebelarse. El emperador tenía la decisión en sus manos.

Sissi deseaba evitar otra guerra y mantener a Hungría, su región preferida, como parte del imperio que el pequeño Rodolfo iba a heredar. Pero se percató de que Francisco se encontraba bajo la influencia del bloque conservador de la corte. La archiduquesa alentaba a su hijo a dejar sin respuesta las propuestas de Andrásy. De modo que, a medida que avanzaba el invierno, Sissi comprendió que necesitaría una estrategia si quería oponerse a esas voces, o más bien a esa voz, que tanto tiempo llevaba hablándole a Francisco al oído.

Por más avasalladora y persuasiva que pudiera ser Sofía, Sissi poseía un arma de la que su suegra carecía, y esta lo sabía: Francisco aún quería a su esposa, incluso después de todos esos años de distanciamiento y separación. Disfrutaba cuando la tenía a su lado, disfrutaba cuando entraba en una estancia con ella del brazo y observaba cómo se volvían las cabezas para admirar a la bella emperatriz. Sissi decidió aprovechar todas las ventajas que ese hecho le presentaba.

Aceptaba todas las invitaciones para acompañar a Francisco: a la ópera, al *Burgtheater* y a las cenas de Estado, algo que normalmente rechazaba disculpándose de forma educada y con excusas que no siempre tenían fundamento. Francisco, encantado con su repentino acercamiento, reaccionó invitando a su esposa a más actos fuera del palacio. Sissi pasó la segunda mitad del invierno sumida en una vorágine de bailes, veladas y noches en el teatro, y estuvo todo el tiempo posible con Francisco. Cada vez que el tema político surgía, defendía con mesura pero con firmeza mantener la alianza histórica y estratégica con Hungría.

—Piensa en Rodolfo. ¿Qué imperio va a heredar si permitimos que se separe por culpa de nuestra testarudez?

El clima empezaba a templarse, se percató Sissi cuando regresaban al palacio después de sus salidas juntos. Si la guerra se declaraba, sería pronto. ¿No sería mejor que Francisco tendiera una mano a Andrásy y lo invitara a alcanzar un compromiso?



La corte se trasladó a Schönbrunn durante esos meses más cálidos. Sin embargo, Francisco seguía sin responder a las propuestas de Andrásy. Sissi, cada vez más inquieta por la pasividad de su marido, decidió intervenir.

Era una tarde de finales de primavera. Alrededor del palacio, los tulipanes se abrían entre la hierba y el sol brillaba sobre los árboles, llenos de brotes nuevos.

—Hace un día precioso para almorzar al aire libre. He pensado que sería agradable salir un poco —dijo Sissi con un tono alegre mientras contemplaba el exterior y la cercana fuente del obelisco, que destacaba en los jardines.

En la base de la fuente el agua brotaba de la famosa gruta de Schönbrunn, y su sonido se asemejaba al de decenas de fuentes. Los dioses de las montañas, con sus musculosos cuerpos esculpidos en la piedra, se retorcían y forcejeaban mientras de sus bocas manaba el agua hacia la pila. Los cisnes nadaban, y su majestuosa imagen era una estampa alegre después del largo y desapacible invierno.

—Una idea brillante —convino Francisco—. Me alegro de que la hayas propuesto.

Doce criados con librea se afanaron a su alrededor preparando los cubiertos, colocando una mantelería sobre la mesa y vaciando el contenido de las cestas llenas de viandas, queso, vino y pan. No era un almuerzo tan campestre como Sissi había imaginado, pero eso no importaba.

—Confieso que tenía un propósito en mente cuando te sugerí este almuerzo, Francisco.

Francisco la miró y enarcó las cejas.

—¿Ah, sí? ¿Y cuál es?

Sissi esbozó una sonrisa coqueta al tiempo que bajaba la vista y pestañeaba varias veces. Después sonrió abiertamente, alzó la vista y lo miró a los ojos sin flaquear.

—Tengo una cosa para ti.

Indicó a un criado que se acercara. El hombre llevaba un objeto de forma rectangular envuelto en una sábana.

—¿Qué es esto? —Francisco se acomodó en la silla, intrigado.

Sissi se levantó y se acercó al objeto. Con un rápido movimiento de muñeca y una floritura, como si fuera una artista, tiró de la sábana para revelar lo que había debajo.

Francisco jadeó al verlo y se llevó una mano enguantada a la boca para disimular que la había abierto por la sorpresa.

Era un retrato. De ella, de Sissi. Lo había encargado expresamente para

Francisco a uno de los retratistas más solicitados de toda Europa.

Herr Winterhalter la había pintado sola, en una pose muy íntima. Llevaba el pelo suelto, y su larga melena rizada le caía por los hombros tal como solo su marido tenía derecho a verla. Iba ataviada con una fina camisola que se asemejaba a un camisón. El delicado tejido se deslizaba y dejaba al descubierto un hombro y su pálido cuello.

Herr Winterhalter la había plasmado de tal manera que, al verlo, el observador tenía la impresión de que la camisola estaba a punto de resbalar del todo hasta acabar en el suelo y, de ese modo, revelar el magnífico esplendor de la famosa figura de la emperatriz. Sissi lucía en el lienzo una mirada intrigante y esquiva. No miraba directamente al observador, sino a un lado, como si lo tentara a tratar de hacerse con su atención, a lograr que ella volviera la cabeza.

Había posado para herr Winterhalter con un continuo sonrojo en las mejillas, y también se sonrojó en ese momento al ver el lienzo acabado. Sobre todo al ser testigo del mudo asombro con el que Francisco contemplaba su imagen.

Inspiró hondo y enderezó la espalda.

—He pensado que ya era hora de tener retratos nuevos. Y herr Winterhalter es el mejor maestro. —Sissi se sentó de nuevo en la silla, enfrente de su marido—. Es para ti, Francisco. Solo para ti.

—Isabel... —A Francisco se le quebró la voz mientras seguía hipnotizado y con los ojos clavados en el enorme lienzo.

—¿Te gusta?

Tardó varios segundos en contestar.

—Es... es exquisito.

Sissi sonrió y bajó la vista.

—Bien. Entonces es para ti. Aunque te suplico que lo coloques en un lugar privado.

—Por supuesto. —Francisco la miró. Sissi esperaba que su verdadera imagen no lo decepcionara después de haber contemplado durante tanto rato el retrato—. No lo compartiré con nadie, créeme. Lo quiero solo para mí.

—Bien.

En ese momento los criados sirvieron el primer plato, un estofado especiado de ternera. Francisco miró una vez más el retrato, como si sus ojos se negaran a apartarse de él. A la postre, hizo un gesto a un criado para que lo cubriera de nuevo. Tras mirar a la mesa con el rostro otra vez compuesto, cogió la servilleta y levantó el tenedor. Sissi se obligó a probar su comida.

Comieron en silencio durante un instante antes de que ella preguntara:

—¿Te gusta este estofado?

—Es muy sabroso.

—He pedido que nos preparen un menú húngaro.

—Desde luego —replicó Francisco, con la vista en el plato.

—Recuerdo que disfruté muchísimo de la gastronomía mientras estuvimos en Budapest.

Francisco asintió con la cabeza sin dejar de comer.

—¿Tú no, Francisco?

—Prefiero nuestra comida, la de Austria. —Francisco estaba mojando pan en la salsa—. Pero, de vez en cuando, la húngara supone un cambio agradable.

—Estoy de acuerdo —repuso Sissi, que ya estaba llena tras haber ingerido apenas unos bocados de ternera. Bebió un sorbo de vino—. ¿Cómo van las cosas al respecto? Con los húngaros, quiero decir. —Ella estaba al tanto de las últimas noticias, ya que Andrásy la mantenía informada de todos sus contactos con Viena. Pero esperaba escuchar la perspectiva de Francisco.

—Hemos llegado a un punto muerto —respondió Francisco, y guardó silencio mientras se limpiaba la boca con la servilleta de lino.

—¿En qué cuestión? —Sabía la respuesta, pero formuló la pregunta de todas formas.

—Deák y Andrásy... —Francisco dejó la frase en el aire y bebió un sorbo de vino para aclararse la garganta. Sissi fue consciente del aleteo que sintió en el estómago al oír que su marido pronunciaba el nombre de Andrásy. Francisco siguió—: Insisten en que Hungría tenga su propio primer ministro. Les gustaría deshacerse de Beust.

—Espero que no quieran un monarca propio. Seguirán reconociéndote como su rey, ¿no?

Francisco asintió con la cabeza.

—¿Y qué opina Beust al respecto? —se interesó Sissi, si bien conocía la respuesta.

—La apoya —respondió Francisco, y frunció el ceño con incredulidad—. Dice que mejor se las apañen ellos con sus propios asuntos, que lo importante es preservar el imperio.

—Ese es el quid de la cuestión. —Sissi se sentía llena por la especiada comida y soltó la cuchara—. Francisco, de todas formas, ¿qué interés tienes en verte involucrado en sus disputas domésticas? Que se encargue de ellas un húngaro. Hasta Beust está dispuesto a permitirlo. Siempre y cuando te

reconozcan como rey y sigan siendo miembros leales del imperio.

—Pero mi madre afirma que estaré cediendo mi poder si les permito tener un primer ministro.

—¿Tanto te subestima tu madre?

El emperador guardó silencio, reflexionando al respecto.

—¿Continuarán estando bajo el mando de tu ejército?

Francisco asintió.

—En ese caso, seguiremos siendo un imperio. Con un mismo rey. Tú. Y con un único ejército. —Sissi se obligó a guardar silencio, a mantener un tono de voz sereno. A no traicionar con el entusiasmo la pasión que sentía por el tema. Sin embargo, era emocionante poder expresar su opinión y que Francisco no la descartara de inmediato, como tantas veces había hecho en el pasado. Inspiró hondo y añadió—: Pero les permitimos encargarse de sus tediosos y agobiantes asuntos internos. Y ya no habrá más derramamientos de sangre. De esta forma da la impresión de que mantenemos el poder en los asuntos relevantes y de que se lo cedemos a ellos en lo más trivial.

Francisco reflexionó durante unos instantes antes de apoyar los codos en la mesa.

—Es un argumento convincente.

Sissi insistió.

—Beust parece pensar que es importante que actuemos, y que lo hagamos con rapidez. Cree que si perdemos a los húngaros, será el fin del imperio.

Francisco se acarició la barba pelirroja, veteada de gris, que le cubría la cara.

—Ya sé lo que opina Beust.

—Francisco, por favor, manda una carta a Budapest. Invita a Deák y a Andrassy a llegar a este acuerdo.

En ese momento la miró directamente y esos ojos azules tan claros la observaron con cierto recelo.

—¿Por qué pareces tan interesada?

La pregunta, tan directa, la desconcertó. No podía contarle toda la verdad. Ni siquiera estaba segura de que ella misma hubiera reconocido toda la verdad en su fuero interno. En cambio, aligeró su tono de voz y, mientras recorría el paisaje con la mirada, los jardines, la gruta y el obelisco, dijo:

—Ya sabes que siempre he adorado Hungría.

—Lo recuerdo. —Francisco asintió con la cabeza al cabo de unos segundos—. Tú adoras a los húngaros y ellos te adoran a ti.

Cierto, pero Sissi pensaba en un húngaro en particular. Apoyó la cara

entre las manos, con la esperanza de ocultar el rubor que había aparecido en sus mejillas.

—¿Sigues estudiando húngaro? —le preguntó Francisco poco después.

Ella asintió.

—Sí.

El emperador miró su plato, ya sin apetito.

—Francisco... —Sissi se inclinó sobre la mesa y cubrió con una mano enguantada una de las manos de su marido. Esos guantes tan ridículos, otra costumbre de los Habsburgo. Desterró el pensamiento—. Francisco...

Él la miró.

—Te ha tocado gobernar durante una época tumultuosa. —Hizo una pausa—. Pero espero decir algún día a Rodolfo... que hicimos todo lo que estuvo en nuestras manos para preservar su imperio.

Francisco suspiró.

—Has gobernado durante una época difícil y de muchos cambios. —El tono de Sissi era suplicante. Todo su cuerpo se inclinó hacia él tal como hacía años que no sucedía. Como una flor que buscara el sol—. No hemos podido evitar ninguna de esas calamidades. Pero esta... esta está desarrollándose justo delante de nosotros. —De repente y de manera inesperada se le llenaron los ojos de lágrimas. Y después, tal vez de forma premeditada, Sissi inclinó la cabeza y besó la mano de su esposo muy despacio—. Por favor, Francisco. Por favor, no permitas que el imperio pierda otra pieza.

El emperador, conmovido hasta el punto de quedarse sin palabras por ese inusual y voluntario despliegue de afecto, tardó unos minutos en hablar. Cuando lo hizo, su voz era serena. Incluso melancólica.

—Muy bien, Isa.

A Sissi se le aceleró el corazón mientras lo miraba a la espera de sus siguientes palabras. Era un signo positivo que la hubiera llamado Isa y no Sissi, como hacía en el pasado, cuando la adoraba y ella lo adoraba a él.

—Los invitaré a venir. —Francisco puso los codos en la mesa y encorvó los hombros—. Pero no te garantizo nada. Andrásy y los suyos tendrán que ganarse mi apoyo a este acuerdo.

Sissi se llevó las manos enguantadas a la boca para ocultar la enorme sonrisa que esbozó de repente. Cuando recobró la compostura, dijo:

—Eres un hombre inteligente, Francisco.

—Solo espero no arrepentirme de... En fin...

—¿Arrepentirte de qué?

Francisco suspiró.

—Invitar a Andrásy puede ser la decisión más imprudente que he tomado como emperador.



Andrásy llegó a Viena unas semanas después, tras sufrir un retraso de varios días debido a las fuertes tormentas. Sissi lo vio por primera vez durante la cena oficial que se celebró el día de su llegada, organizada por el emperador y la emperatriz en honor de la delegación húngara. Sissi pasó toda la tarde preparándose para la velada. Apareció con el pelo recogido en la coronilla, trenzado y adornado con piedras preciosas, y con su figura resaltada gracias a un estrecho vestido de satén de un oscuro color frambuesa.

—Bienvenido a Viena, conde Andrásy —lo saludó cuando él pasó por la línea de recepción, situada al fondo del *Spiegelsaal*. Era uno de los grandes salones del palacio de Schönbrunn, espléndido gracias a las molduras doradas y a sus hileras de relucientes espejos. Las arañas estaban encendidas, de manera que la oscilante luz de las velas iluminaba los frescos que decoraban el techo. Sin embargo, Sissi no había reparado en el esplendor de la estancia. Deseó poder sonreír mientras miraba a Andrásy tras la larga separación. Deseó poder preguntarle sobre el viaje tan difícil e inclemente a causa de la lluvia que había tenido. Deseó poder regocijarse del avance que juntos habían hecho en beneficio de Hungría. Pero era consciente de que Sofía estaba a su lado, escuchándolo todo.

La archiduquesa tenía el ceño fruncido permanentemente desde que Francisco anunció su intención de invitar a Andrásy y a Deák para negociar.

«¿No recuerdas lo que nos hicieron en 1848? ¿Y no recuerdas que fue un húngaro quien trató de matarte de una puñalada?»

A pesar de todo, Sissi venció, tal vez porque Francisco podía ver el retrato de su esposa con el hombro desnudo y el pelo suelto cada vez que entraba en su gabinete para reflexionar sobre política exterior.

—Gracias, emperatriz Isabel. —Andrásy le hizo una reverencia en la línea de recepción. Sus ojos oscuros relucieron al pronunciar su nombre. Su mirada de admiración cuando la recorrió de arriba abajo la llenó de satisfacción.

—Me alegra tenerlo de vuelta en Viena, conde. —Sissi trató de mantener una expresión serena mientras lo saludaba. Por dentro, el corazón le latía de forma atronadora, con tanta fuerza que mucho se temía que fuese más clamoroso que los violines.

—Emperatriz, el palacio es un lugar acogedor y cálido después de los días



que hemos pasado en los caminos.

Andrássy estaba tan guapo como lo recordaba, y en contra de toda prudencia, Sissi acabó sonriendo.

—Tengo entendido que ha sido un viaje agotador, conde Andrásy. Espero que haya descansado.

—Me encuentro perfectamente, majestad. —Andrásy se demoró delante de ella. Su mirada era tan sensual como el roce de la seda.

—Conde Andrásy... —Sofía se adelantó, impaciente.

—Archiduquesa Sofía, es un placer verla. —Andrásy apartó su mirada de Sissi y se volvió para presentar sus respetos a su suegra.

Y con esas palabras finalizó el encuentro. Durante la cena Andrásy ocupó una silla al lado de Francisco, en el extremo de la mesa opuesto al de Sissi. A lo largo del banquete se miraron de forma breve y disimulada. Sissi, por su parte, charló con Deák durante casi toda la cena. Aunque deseaba dejar que sus ojos volaran hasta el otro extremo de la mesa, se obligó a no hacerlo. No debía mirar al conde, y lo sabía. Alguien podría percatarse del magnetismo que existía entre ellos. Si acaso no lo habían hecho ya.

El día siguiente marcaba el inicio de las negociaciones, unas conversaciones a las que Sissi no estaba invitada. Pasó la mañana con los niños, intentando distraerse mientras ayudaba a Rodolfo a estudiar francés. Por la tarde, aunque la lluvia era intensa, salió a cabalgar. Fue un ejercicio largo y extenuante que esperaba que la agotara y acabara con la inquietud que la carcomía.

Esa noche Francisco cenó en sus aposentos y dejó claro que no quería visitas. Sissi, más relajada gracias a la salida y ansiosa por tener noticias de las conversaciones del día, se sentía tensa y sin apetito. Nerviosa, caminaba de un lado para otro en sus aposentos, mascullando órdenes a Ida y despachando a Franziska cuando perdió la paciencia después de llevar un rato sentada para que le cepillara el pelo. El crepúsculo había caído sobre la ciudad cuando decidió salir a pasear otra vez.

—Pero, señora, está lloviendo. —Ida, que estaba preparándole la cama para que se acostara, la miró con desaprobación.

—En ese caso, dame la capa.

Sissi se detuvo en el vano de la puerta y dejó que la doncella le pusiera la capa con capucha.

—Emperatriz, casi ha anochecido.

—Me quedaré en los jardines.

—¿Y si le preparo un baño?

—Esta noche estoy demasiado inquieta. No puedo quedarme aquí.

Sissi salió a los jardines, empapados por la lluvia. Ordenó a los guardias que no la siguieran y les prometió que no saldría de los alrededores del palacio. Estaba demasiado agitada para oír sus pasos tras ella, como el eco de los fantasmas que la visitaban por las noches.

Un trueno agitó las ramas de los árboles, y Sissi decidió ir a la columnata, ya que eran preferibles los senderos adoquinados a los caminos de tierra que estaban llenos de charcos y barro. Se arrebujó con la capa, agradecida por el hecho de que Ida hubiera insistido en que se la pusiera.

¿De qué manera podía enterarse del avance de las conversaciones?, se preguntó. El abrupto encierro de Francisco en sus aposentos parecía indicar que las negociaciones no habían ido bien. Pero ¿cuándo tendría noticias de Andrásy?

Tras arrebujarse de nuevo con la capa y calarse más la capucha sobre los ojos, abandonó la columnata y se dirigió a la colina. Subió por la empinada cuesta, que estaba empapada, y solo se detuvo al llegar a la cima, a la glorieta, una galería formada por arcos y bóvedas que se alzaban, triunfales, en lo alto de la colina. Sin aliento y calada hasta los huesos, se detuvo y se sentó en un escalón de piedra cubierto. Desde allí contempló las vistas, la lluvia que mojaba los extensos terrenos del palacio. Pese a todos los años que llevaba desempeñando su papel, le pareció ridículo que existiera todo eso para disfrute de un solo hombre, y para el suyo propio. Siguió sentada, no supo durante cuánto tiempo, mientras la oscuridad se apoderaba de los jardines.

De repente vio una silueta emerger a pocos metros de donde se encontraba. Al principio pensó que se trataba de un efecto de la cortina de agua. Pero después lo olió. Tabaco.

—¿Hola? —dijo en voz alta, si bien su voz apenas se oyó debido al estruendo de la lluvia que caía sobre el edificio de piedra que la rodeaba—. ¿Hola? —dijo de nuevo.

En ese momento vio una figura en el otro extremo de la glorieta.

—¿Andrásy? —La alegría de Sissi fue sincera, incluso a sus oídos, mientras se ponía en pie.

—¿Sissi? —Él parecía igual de encantado. Se acercó a ella en apenas dos zancadas y besó su mano, fría y sin la protección del guante.

—Andrásy. —Lo miraba fijamente—. Qué sorpresa.

—Desde luego. Me alegro de verte.

—Y yo a ti.

—Por favor... —La ayudó a sentarse de nuevo en el escalón de piedra y

él hizo lo propio a su lado—. ¿O hace demasiado frío aquí fuera? ¿Prefieres que entremos?

—He salido porque me apetecía respirar —contestó sonriendo.

—En ese caso, permíteme. —Se quitó su almidonado abrigo blanco y se lo colocó sobre los hombros.

—Gracias.

—He venido para ver esto —dijo el conde al tiempo que señalaba el edificio que los rodeaba—. Me parecía una enorme tarta nupcial emplazada sobre la colina.

Sissi se echó a reír y se arrebujó con su abrigo mientras contemplaba los oscuros jardines, emocionada por la cercanía de Andrásy. Por el hecho de estar a solas. Vivía únicamente para disfrutar de esos momentos robados de intimidad. Estaban mal, estaban prohibidos, pero de alguna manera se habían convertido en el sustento que la ayudaba a sobrevivir durante sus largas y dolorosas separaciones.

—¿Problemas para dormir?

Ella asintió con la cabeza.

—Yo también. Dudo mucho que pueda pegar ojo esta noche.

Sissi se volvió hacia el lugar donde Andrásy se sentaba.

—¿Cómo han ido las cosas hoy?

Andrásy suspiró y se llevó a los labios el cigarro a medio consumir que estaba fumando antes de verla.

—¿Tan mal?

—Parece haber llegado convencido de que tiene que oponerse a nosotros.

Sissi meditó al respecto con el ceño fruncido.

—¿Qué ha dicho? ¿Se ha enfadado?

—Al contrario. Ha estado muy callado. Y a veces daba la sensación de que ni le interesaba el tema.

—¿Quiénes estabais presentes?

—Él llegó con Beust. Yo fui con Deák.

—¿No ha defendido vuestra postura Beust?

—Desde luego que sí. Ha hecho un gran esfuerzo. —Andrásy dio una larga calada al cigarro—. El ambiente no era amistoso, pero sí cordial, durante la mayor parte del día. Hasta que llegamos a la cuestión de tener gobiernos separados.

—¿Qué ha pasado?

—Cree que estamos engañándolo de forma ladina para despojarlo poco a poco de su poder.

—¿Eso ha dicho?

—No exactamente.

Sissi rememoró la conversación que había mantenido al respecto con Francisco.

—Ya ha perdido mucho territorio.

—Por culpa de la guerra. Algo que nosotros intentamos evitar —señaló Andrásy.

—Estoy de acuerdo. —Sissi asintió—. Debemos evitar la guerra a toda costa. Pero el emperador no está seguro de ceder el control del gobierno de Budapest. Teme que eso proyecte una imagen de debilidad.

—Sí, pero no podemos ser miembros igualitarios del imperio si no se nos permite al menos gobernarnos.

Sissi se estremeció y se cubrió el cuello con el abrigo de Andrásy. Percibió su olor. Lana húmeda, tabaco y una nota dulzona... ¿el jabón de afeitar?

Andrásy suspiró, dio la última calada al cigarro y pisó la colilla con una bota.

—¿Es una diferencia insalvable? —preguntó Sissi.

—Espero que no.

Sissi soltó el aire.

—«Las dificultades aumentan a medida que nos acercamos al objetivo.»

Andrásy la miró con una sonrisa visible a la escasa luz del anochecer. Había reconocido la cita de Goethe.

—¿Quién más podría decir algo tan adecuado dadas las circunstancias? —Asintió con la cabeza mientras tomaba su fría mano desnuda entre las suyas.

Sissi percibió el increíble calor que irradiaba. Sabía que estaban cometiendo una indiscreción, pero era incapaz de resistirse a sus caricias. Se mantuvieron el uno al lado del otro en silencio durante un rato, contemplando la lluvia, y sin que él le soltara la mano.

No supo cuánto tiempo transcurrió. No el suficiente. A la postre, Andrásy la miró y le dijo:

—No esperaba encontrarme con la emperatriz de Austria aquí sentada, bajo la lluvia y en la oscuridad.

—Mi doncella me propuso que me diera un baño, pero no soportaba la idea de quedarme quieta en mis aposentos. —Se ruborizó en cuanto lo dijo, en cuanto se percató de lo indecoroso del tema de conversación.

Él encendió otro cigarro y la miró con expresión pensativa. Tras soltar el humo y sosteniéndole la mirada, le preguntó:

—¿Quién crees que posee el alma más desasosegada de los dos?

Sissi sonrió mientras le quitaba el cigarro para darle una calada.

—No sabría decirte.

—Pareces muy desasosegada. —Andrássy le sonrió a su vez y la observó fumar.

—Lo estoy. —Asintió con la cabeza y soltó el humo.

—No sabía que fumabas.

—Y no lo hago —replicó Sissi, cuya mente seguía procesando la pregunta que le había hecho—. Hubo una época, justo después de mi boda con Francisco, durante la que fui feliz. O al menos creí serlo. Salvando aquel momento, no recuerdo ningún período en el que no me haya sentido presa del desasosiego. Nunca he logrado encontrar un caballo que galope lo bastante rápido.

Andrássy desvió la mirada hacia la cortina de agua que empapaba los alrededores, sumidos en la oscuridad.

—Me pregunto si, después de que negociemos el tema de la independencia húngara, si acaso llegamos a hacerlo, encontraré cierta paz. En Hungría. Tal vez entonces pueda estar tranquilo.

—Yo fui feliz en Hungría —afirmó Sissi.

Andrássy la miró.

—En ese caso, deberías regresar.

Sissi se quedó sin aliento, se le atascó en la garganta.

—Me gustaría —replicó al cabo de unos segundos—. ¿Y a ti?

Andrássy se acercó a ella sobre la fría piedra. No habló, pero su mirada lo dijo todo.

—Sissi... —Estaba muy cerca y le tomó la cara entre las manos.

Tenía los dedos cálidos, casi tanto como el rubor que sentía ella en la cara. La miraba sin pestañear, desde arriba y casi rozándose. Sissi temía romper el hechizo que habían tejido si hablaba.

—Sissi, a lo mejor no quiero que vayas. A lo mejor no puedo sobrevivir si vas. —Mientras hablaba, ella percibió el olor a tabaco de su aliento—. Me pregunto si sería así. Tú siempre delante de mí. Pero siempre fuera de mi alcance.

—Andrássy, bésame —dijo con un deje suplicante en la voz que le sorprendió hasta a ella.

Él negó con la cabeza de forma casi imperceptible, pero bastó para romperle el corazón.

—No —dijo al final con firmeza, y apartó las manos de su cara.

Sissi bajó la mirada y se obligó a respirar mientras reprimía las lágrimas. Andrásy la quería, estaba casi segura. Y ella lo quería a él, negarlo sería inútil. Su pecho era un clamor, su corazón vibraba por el amor y la furia. ¡Qué broma más cruel les había jugado el destino!

—Debo irme. —Sissi se puso en pie, se quitó el abrigo y se lo devolvió. Sin él la noche le parecía insoportablemente fría, de manera que se rodeó la cintura con los brazos.

Andrásy también se levantó y le colocó una mano en el brazo. Tenía la carne de gallina.

—¿Puedo acompañarte de vuelta? —Parecía reacio a dejarla marchar.

—No, quédate aquí —respondió Sissi con un deje desesperado mientras se zafaba de su contacto.

—Al menos, permíteme explicarte... —Extendió el brazo de nuevo.

—Por favor, detente. Te lo suplico —dijo ella, obligándose a ser fuerte—. Debo irme. Buenas noches —añadió a modo de despedida al tiempo que daba media vuelta para volver al palacio.

Sin embargo, una vez en su interior no se dirigió a su dormitorio.

## XVII

*—Y así comienzan las festividades —dice cuando sube a bordo de la barcaza. La que la llevará al otro lado del río, a las llanuras de Pest, para la primera celebración oficial. Ha sido un alivio que le permitieran cambiarse de ropa, de modo que ha podido quitarse el pesado traje ceremonial de brocado y ponerse un liviano vestido de tul blanco.*

*En su honor han decorado la barcaza, cuya cubierta está adornada con flores blancas y azules. Un guiño a sus raíces bávaras. Nunca dejan de recalcar que ella, al igual que ellos, no procede de Viena.*

*Mientras tanto ya llegan informes desde la capital de Austria hasta sus oídos. Se entera de que uno de los ministros de Francisco se ha opuesto a lo que va a suceder ese día, argumentando que «Andrássy se merece la horca más que en el año 49».*

*Sonríe. Que se desgañiten en Viena. Por fin se han fijado en ella. Por fin se han dado cuenta de su error al ridiculizarla y obviarla durante todos esos años.*

*La orilla de Pest aparece ante sus ojos, diáfana. Ansía entrecerrar los ojos, ya que el sol brilla con fuerza en el cielo. Cuando la barcaza toca el embarcadero, provocando olas contra la orilla, lo ve. El corazón le da un vuelco y se queda sin respiración. «Andrássy se merece la horca más que en el año 49.»*

*Él la espera con la mano tendida. Sin importarle quién los observe, la acepta.*

*—Emperatriz. —La mira y en sus labios aparece una sonrisa bajo el bigote oscuro—. Está hecho.*

*—No está hecho —replica ella con la cabeza ladeada—. Solo acaba de empezar.*

## Capítulo 17

*Palacio de verano de Schönbrunn, Viena  
Primavera de 1867*

—¿Isabel?

—Hola, Francisco.

—No esperaba... a esta hora... ¿Va todo bien? ¿Están los niños bien?

—Los niños están bien, Francisco. He venido a verte.

—¿En... en serio? —Era la primera noche que llamaba a la puerta de su marido en muchos años, y la sorpresa que percibió en su cara era evidente.

—¿Estás solo? —Enarcó una ceja con gesto seductor.

—Lo estoy. Espera un momento. —Francisco susurró algo al oído a un criado, que salió a toda prisa... tal vez para interceptar a la joven cortesana que iba de camino a la cama del emperador. Pero Sissi desterró la idea.

—Esperaba poder entrar. —Pestañeó con coquetería.

—Por supuesto. —Francisco se hizo a un lado y abrió más la puerta. Aunque continuaba desconcertado, estaba más que dispuesto a recibirla.

—¿No estás demasiado cansado? —preguntó ella.

—No estoy cansado en absoluto. —Una vez que Sissi entró en el dormitorio, cerró la gruesa puerta y se quedaron a solas—. Furioso, pero no cansado.

Sissi se acercó a la mesa emplazada en un rincón y, sin esperar que se lo ofreciera, llenó dos copas de brandi. En el exterior la lluvia seguía golpeando los cristales y los muros del palacio como artillería líquida.

—¿No ha ido bien el día? —Sissi atravesó la estancia y le llevó la copa a su esposo mientras ella bebía de la suya.

Francisco dio un sorbo largo, más un trago que otra cosa, antes de contestar.

—Tendrán su propio Parlamento en Budapest. Un primer ministro y un Parlamento propios. ¿Para qué van a quererme? —Tras decir eso, Francisco apuró su copa.

—Pero seguirás siendo el emperador.



—¿Me van a castrar! —masculló Francisco, con el aliento apestando al licor, y su mujer supuso que no era la primera copa de brandi de esa noche.

—Lo dudo mucho, Francisco.

Sissi se levantó para rellenar las copas de ambos, ya que ella también se la había bebido en varios sorbos.

—Lo dices porque tú lo apoyarás mañana. Sé muy bien qué piensas al respecto.

—Pienso que Hungría es valiosa para el imperio —repuso manteniendo la calma—. Quiero que el reino de mi hijo incluya a Hungría, una tierra rica y hermosa. Pero espero que no se derrame sangre para obligarlos a quedarse en el imperio. Son un pueblo diferenciado y merecen ser reconocidos.

—Dividirían mi reino en dos.

—Al contrario. Así mantendrías tu reino completo. No desean abandonar el imperio a menos que les impongas que permanezcan en él... como súbditos.

—Así que quieren la opción de marcharse para poder escoger que se quedan. Parece una estupidez.

—Es cuestión de reconocimiento. Desean ser un socio igualitario en el imperio, no súbditos sometidos a él.

Francisco meditó la cuestión mientras apuraba la segunda copa. Al cabo de unos minutos dijo:

—Andrássy mencionó que habría otra coronación en Budapest, que nos reconocerían a los dos formalmente como rey y reina de Hungría. Ya no seríamos monarcas extranjeros, sino monarcas de Hungría por derecho propio.

—Eso parece muy tentador. —Sissi ladeó la cabeza mientras bebía de su copa.

—Claro que yo sería el Habsburgo débil al permitir que me impongan sus condiciones de esa forma.

—Todo lo contrario. —Sissi dejó la copa y miró a Francisco—. No hay debilidad en un líder sabio y justo con su pueblo.

—¿No crees que sea débil? —El emperador parecía cansado, incluso encogido.

—Sé que no eres débil.

Se colocó a su lado y levantó una mano para acariciarle la mejilla con los dedos. Dejó que descansaran en ella antes de descender por su cuello. Eran lo más cerca que habían estado el uno del otro desde hacía años.

—¿A quién admiras más, Francisco? ¿A tu abuelo? Él era Francisco el

Bueno. ¿A María Teresa? Ella era la pragmática. Nadie recuerda con cariño a los líderes que los queman, les disparan y los conquistan. —Se inclinó hacia delante y le colocó la mano en el pecho—. Tú serías el emperador sabio, Francisco José. El emperador que salvó el imperio. Te querrán en Hungría durante generaciones.

Se apartó un poco y lo miró con una expresión que esperaba que le recordase a la Sissi de otros tiempos, de su época feliz. Cuando habló, lo hizo en voz baja, susurrando.

—El emperador Francisco José y el Gran Compromiso.

Él suspiró.

—En fin, hoy ha quedado una cosa clara. Todos los presentes en la sala estábamos de acuerdo en algo.

—¿Sí? ¿De qué se trata? —preguntó ella.

—Tras siglos odiando a sus monarcas Habsburgo, los húngaros por fin han encontrado a un líder al que adoran. Un líder al que quieren conservar. —Francisco hizo una pausa con expresión alicaída. Derrotada—. A ti, Isabel.

—Ay, por favor, Francisco. —Habló en voz baja, aunque el corazón le latía desbocado—. No te alteres. Creo que hay esperanza para todos nosotros. —Hizo una pausa y entrelazó sus dedos, cogiéndole la mano. Algo que llevaba años sin hacer—. ¿Qué puedo hacer para... levantarte el ánimo?

Francisco la miró a los ojos, como si su pregunta lo hubiera sorprendido. Después de un breve titubeo, le rodeó la cintura con los brazos y la atrajo hacia sí. No apartó la mirada de sus ojos, como si no estuviera seguro. Pero Sissi no lo rechazó. Le permitió, incluso lo animó, al dar otro minúsculo paso hacia él. En ese momento sus cuerpos se tocaban.

Francisco se inclinó hacia ella y la besó, y Sissi cerró los ojos mientras saboreaba el brandi en sus labios, los mismos que había besado tan a menudo en otro tiempo. Deslizó una mano desde su cintura hasta su torso y se detuvo un instante por debajo del pecho. Sissi se pegó más a él, sin alentar otra caricia pero sin desanimarlo tampoco.

Francisco respondió besándola con más pasión, y ella mantuvo los ojos cerrados. Acto seguido la condujo hasta la cama. Sissi se dejó hacer, moviéndose con él cuando la depositó sobre los mullidos almohadones. ¿Sabía de antemano, al ir a su dormitorio, que harían algo más que hablar? ¿Sabía que Francisco querría hacerle el amor y que se lo iba a permitir? Sí, suponía que lo sabía.

Habían pasado siete años separados y sus cuerpos, que habían cambiado durante ese largo distanciamiento, ya ni se conocían. Fue un encuentro breve

y silencioso. Para Sissi el desafío no consistía tanto en participar, ya que Francisco no necesitó demasiados estímulos en cuanto ella permitió que la besara, como en conseguir que el rostro de Andrásy abandonase su mente. Cuando cerraba los ojos lo veía tal como lo había visto al salir al lluvioso jardín unos momentos antes. Esos ojos oscuros y expectantes. Esos labios, tan cerca de los suyos. De modo que abrió los párpados y dejó que su mirada vagase por la habitación que la rodeaba. Sin embargo, era incapaz de controlar sus pensamientos. ¿Qué pensaría Andrásy? Claro que no podía preguntárselo. Andrásy no tenía derecho a pensar nada. Francisco era su marido, tenía todo el derecho del mundo a desear las caricias de su mujer.

En ese caso, ¿por qué ella se sentía tan culpable?



El día amaneció cálido y soleado, y Sissi se escabulló de la habitación de Francisco antes de que este se despertara. De vuelta en su dormitorio se asomó a los jardines y vio que había dejado de llover. Un sol atrevido brillaba con intensidad en el cielo, secando los charcos, ansioso por reafirmar su presencia tras varios días de ausencia. Sissi pegó la frente al cristal con la esperanza de que las conversaciones de esa jornada imitaran la claridad del cielo azul, despejado de una vez por todas de los nubarrones y de la espesa niebla.

Ida entró en el dormitorio.

—Emperatriz, ha vuelto.

—Así es —confirmó Sissi, y se sentó a la mesita del desayuno.

Miró sin interés el plato que su doncella le colocó delante y acabó cogiendo la taza de café. Sentía los primeros indicios de un dolor de cabeza.

—Estábamos muy preocupadas. Anoche no regresó de su paseo.

—Estuve en los aposentos del emperador.

El semblante de Ida era tal como Sissi esperaba: una mezcla de incredulidad y estupefacción.

—Es verdad. —Sissi no pudo contener una carcajada al ver la expresión asombrada de su doncella—. Ve a por agua. Necesito un baño.

Sissi salió del palacio a última hora de la mañana a lomos de Vándor para recorrer el Danubio, en dirección a Hungría.

A última hora de la tarde se detuvo para descansar en su lugar preferido del río, el prado cuajado de flores silvestres a una hora de caballo del palacio. Se había escabullido de su guardia y agradecía la soledad, la libertad de poder fruncir el ceño y mostrar sus nervios sin preocuparse de los rumores que su

malhumor pudiera suscitar. La idea de regresar a Schönbrunn le provocaba un pánico atroz. Se sentía fatal esa tarde al recordar a Francisco y su engaño al hacerle creer que lo deseaba. Al recordar que se había agitado a su lado antes de quedarse dormido, rodeándola con un brazo mientras roncaba toda la noche. Al recordar que ella la había pasado despierta, deseando salir corriendo de su dormitorio, pero con la preocupación de despertarlo si lo hacía.

Sus pensamientos, sin embargo, se desvanecieron al ver a una figura conocida que se acercaba a caballo. Contuvo el impulso de ponerse en pie de un salto, de ir a su encuentro, y permaneció donde estaba, sentada junto al río, mientras el jinete se aproximaba. Se detuvo a unos pocos pasos de ella.

—Supuse que estarías aquí. —Andrássy se apeó del caballo, jadeando.

Sissi supo al momento que era feliz, que se sentía triunfal incluso. Un estado de ánimo totalmente distinto al que tenía la noche anterior.

—Hola. —Ocultó la mirada cuando Andrásy se sentó a su lado—. Pues yo no esperaba verte aquí. ¿Mi marido te ha despachado de nuevo?

—Lo hemos conseguido. —Andrásy se inclinó hacia ella y sonrió mientras le cogía la mano—. Francisco... el emperador ha accedido a nuestra propuesta dual. Ha cambiado por completo esta mañana, Sissi. Se ha mostrado decidido, seguro. Sissi, lo hemos conseguido. ¡Hungría será libre! —Andrásy le besó el dorso de la mano. No una vez, sino tres.

Sissi sonrió, y estaba feliz de verdad, pero apartó la mano.

—Me alegro mucho por ti, Andrásy.

—No solo por mí. Por nosotros. —Andrásy no cabía en sí—. Por todos nosotros. El imperio perdurará. Serás la reina coronada de Hungría. —Echó un vistazo a su alrededor, al prado y al río. Y luego la miró de nuevo—. Debería haber traído champán. Pero tenía que contártelo a ti en primer lugar.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme?

—Corrí a tus aposentos. Estaba tan contento que me daba igual quién me viera o lo que pensarán. Ida me dijo que habías salido a montar a caballo y, con el día tan espléndido que hace, supuse que habías venido aquí.

Sissi sonrió, aunque le daba vueltas la cabeza. Cuando estaba con Francisco la noche anterior tuvo la sensación de que traicionaba a Andrásy. En ese momento, cuando estaba con Andrásy, tenía la sensación de que estaba siendo injusta con Francisco. Era demasiado abrumadora esa inquietud que la asolaba. Una inquietud que no era capaz de calmar ni aunque fuera a lomos de un caballo que la llevara hasta los confines de la tierra.

Andrásy, que seguía emocionado, no se dio cuenta.

—Sissi, sabes que el pueblo... el pueblo austríaco y también el húngaro te debe a ti el mérito. Lo hemos conseguido gracias a ti.

«Si tú supieras», pensó ella al tiempo que agachaba la mirada.

El conde clavó la vista en el río. Se recostó sobre los codos en el suelo. No dejaba de sonreír. La causa por la que llevaba luchando toda la vida por fin se haría realidad. Era uno de los mejores momentos de su vida, comprendió Sissi, y lo observó mientras Andrásy disfrutaba de él tendido al calor del sol. Tuvo que apartar la mirada.

Pasó un buen rato antes de que él hablara.

—Estuvimos sentados aquí en otra ocasión, hace años.

—Lo recuerdo.

Sissi posó la mirada en el río. Fue el día que se marchó a Hungría y ella fue consciente de lo muchísimo que lo echaría de menos. Aunque no lo miró a la cara, se percató de que él sí la estaba mirando. ¿Qué pretendía?, se preguntó. ¿Le gustaba torturarse? ¿Le gustaba torturarla? No sabía cómo se las arreglaba Andrásy, pero sí sabía que ella no resistiría mucho más. Tal vez sería mejor que se marchase. Pero ella nunca le pediría que se fuera; de hecho, no quería que se fuera jamás.

Andrásy levantó las manos y formó un cuadrado con los dedos, encuadrándole la cara.

—Si pudiera tener este paisaje pintado en un lienzo lo admiraría todos los días. El río, tan azul al fondo. Y lo que hay delante... en fin, es lo más hermoso de todo.

—¿Qué haces, Andrásy? —La sequedad de la pregunta los sorprendió a ambos.

—¿A qué te refieres? —Andrásy se incorporó y bajó los brazos.

—¿Qué está pasando? —Agitó las manos entre ellos—. ¿Qué es esto? ¿Cómo puedes esperar que siga así? —Hablaban a voz en grito y estaba segura de que tenía una expresión desesperada.

Andrásy entornó los ojos y agachó los hombros. Asintió con la cabeza.

—Lo sé.

—¿De verdad? Porque parece no afectarte en absoluto.

—Sissi...

—¿Cómo lo haces? ¿Cómo puedes mirar un amor así y no permitir que te consuma o te destruya?

Andrásy cerró los ojos y en su rostro no se reflejó la serenidad que Sissi siempre había encontrado en él.

—También es difícil para mí —contestó en un susurro.

Pero Sissi solo tenía ganas de golpearlo, de gritarle hasta que confesara algo más.

—Te pedí que me besaras. Y parecías querer hacerlo. Siempre pareces querer hacerlo. Pero siempre te niegas.

—No puedo expresar lo que alberga mi corazón —repuso él en voz baja, controlada—. De la misma manera que no puedo preguntarte lo que alberga el tuyo.

—¿No es evidente? —Soltó una carcajada, pero era amarga.

—Sí, lo es. Pero no puedo decirlo.

—¿Por qué no?

—Porque sería traición. —Le cogió las manos en un intento por calmarla, pero ella se resistió. No era el tipo de caricia que anhelaba, no le bastaba—. Mírame, Sissi. Por favor, mírame.

Lo obedeció y clavó la mirada en sus ojos oscuros unos minutos, y allí vio la misma angustia que ella sentía. Antes de poder evitarlo, las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Y se dejó llevar, se permitió llorar con toda la fuerza con la que llevaba reprimiéndolo durante tanto tiempo. Andrásy la abrazó y la atrajo hacia sí.

Sissi se apoyó en él. Seguía llorando mientras susurraba:

—Es muy cruel. Es todo muy cruel.

—Lo sé. —Andrásy le acariciaba el pelo—. Lo sé.

La dejó llorar hasta que se quedó sin lágrimas.

—Podemos ser fuertes, Sissi.

Se apartó de él y lo miró con los ojos vidriosos.

—¿Debemos ser fuertes, Andrásy? ¿Y si en cambio decidimos ser sinceros? ¿Y si decidimos ser felices?

—Calla. —Le colocó un dedo en los labios para evitar que siguiera hablando—. No te pondré en peligro. No lo haré. No seré el motivo de que tu matrimonio fracase ni de que tu reputación quede arruinada.

Sissi se echó a reír al oírlo. Como si él pudiera tener la culpa del fracaso de su matrimonio.

—No puedo decirte lo que anhelo decirte. —Le quitó el dedo de los labios y se lo colocó bajo la barbilla.

A Sissi le encantaba que le tomase la cara entre las manos de esa forma, que la acercase a la suya. Ojalá le diera el beso que tanto ansiaba.

—En una ocasión te conté —comenzó a él, derramando su aliento sobre el rostro de ella— que cualquier cosa que yo quisiera decir Goethe ya había encontrado la forma de expresarla con mejores palabras. En fin, no creo que

citar a Goethe sea motivo de traición, ¿verdad?

Andrássy se sacó un librito del bolsillo y lo abrió por la página marcada con una esquina doblada. Sissi vio su elegante y conocida letra en los márgenes y supo que había repasado esos párrafos muchas veces. Al final del largo párrafo, Andrásy había escrito en letra grande y mayúscula «SISSI». El corazón le dio un vuelco.

Andrásy carraspeó y empezó a leer:

—«Ser amado por lo que uno es en realidad es la mayor de las excepciones. La inmensa mayoría ama a los demás solo por lo que le dan; su versión egoísta, la opinión que tienen de él...»

Sissi sintió que el corazón le latía con fuerza contra el pecho mientras él seguía leyendo.

—«Esta es la verdadera medida del amor: cuando creemos que solo nosotros podemos amar así. Cuando creemos que nadie ha amado de esta forma antes. Y que nadie amará de la misma manera cuando ya no estemos.»

Guardó silencio al terminar la cita y tomó una bocanada de aire. Cuando alzó la vista para mirarla, Sissi se dio cuenta de que él también estaba llorando.

## XVIII

*Durante tres siglos hemos intentado tener fe. Después,  
una y otra vez, intentamos tener esperanza, hasta que  
solo nos quedó una posibilidad: que la nación fuera  
capaz de enamorarse sinceramente de algún miembro  
de la familia real.*

Antiguo separatista húngaro, sobre Sissi  
Junio de 1867



## Capítulo 18

*Budapest, Hungría  
Junio de 1867*

Sissi no sabía cómo decir a Andrásy que estaba embarazada. Ni siquiera se lo había contado a Francisco, y suponía que él, siendo el padre, tenía que ser el primero en enterarse. Sin embargo, la conversación que más le preocupaba era la que debía mantener con Andrásy para comunicarle la noticia. Cada vez que pensaba en él recordaba la última ocasión que estuvieron juntos. La tarde que pasaron en la ribera del Danubio, cuando él le dijo que Hungría sería libre y que la quería.

Sissi había llegado triunfal para participar en la coronación que iba a celebrarse en la capital húngara. La gente se amontonaba en los bulevares y gritaba «¡Larga vida a Isabel!» de forma tan clamorosa que casi creía ver que los edificios se estremecían. A medida que el carruaje ascendía hacia la parte más alta de Buda caía sobre él una lluvia de flores. La coronación sería el momento más orgulloso de su vida como emperatriz, porque supondría su reconocimiento oficial por parte del pueblo al que amaba. Tanto los húngaros como ella sabían que había sido la emperatriz quien había conseguido que se produjera esa monarquía dual.

A pesar de todo, cuando se quedó sola para instalarse en sus aposentos del castillo de Buda estaba nerviosa e inquieta. No sabía por qué se sentía tan culpable, por qué albergaba ese temor a decir a Andrásy que había regresado a la cama de su marido. Solo fue una noche, aquella que presionó a Francisco para que llegara a un acuerdo sobre el tema de la autonomía húngara. Su esposo, que rara vez se había mostrado dominante en su matrimonio, había manifestado su capacidad marital esa noche, y lo hizo con consecuencias dramáticas. Era curioso que pudiera concebirse un niño durante esos breves y poco memorables minutos.

La existencia del bebé comenzaba a ser evidente: un leve abultamiento en el vientre, apreciable dada la extrema delgadez de Sissi. Mientras viajaban lo había ocultado bajo capas de prendas cómodas y amplias. Ida ya había sacado

tela a las costuras del vestido que planeaba lucir el día de la coronación para ensancharlo. Sissi había hecho jurar a Ida que guardaría el secreto, de manera que cuando llegaron a Hungría solo esta y María lo sabían.

Sofía, que cada vez se sentía más indisputada y se oponía abiertamente al propósito del viaje, había decidido no acompañar a su hijo a la coronación húngara. Sissi se alegró de que así fuera, aunque le habría provocado una enorme satisfacción ver la cara de su suegra mientras los húngaros veneraban a su amada reina.

Andrássy los recibió con un banquete formal la primera semana de junio, al que asistieron cientos de estadistas, ministros y aristócratas húngaros. Más allá de las murallas del castillo la ciudad vivía en un estado de euforia permanente, ya que los Habsburgo habían regalado barriles de vino y de cerveza para celebrar su coronación. En esa época los días eran los más largos del año, y las serpenteantes calles de la colina de Buda resplandecían a la luz del sol y las velas. La gente bailaba y cantaba, entonando un coro incesante de *czardas* húngaras y música zíngara. La multitud estallaba en repentinos vítores: «¡Sissi, la reina húngara!». Se había corrido la noticia de que la hermosa reina había apoyado su causa en Viena, de modo que Sissi se había asegurado un lugar en el imaginario húngaro como la más popular de los Habsburgo. Algunos incluso susurraban que la emperatriz se había enamorado del apuesto conde Andrásy y que él la correspondía. ¿Quién, se preguntaban, podría culparlos?

En el interior del castillo el ambiente era festivo, pero más calmado. Sissi vio a Andrásy durante la cena, y sonrió mientras él la presentaba a toda una hilera de personas que parecía no tener fin como «Nuestra reina de Hungría, Isabel».

Pero no esperaba hablar con él en privado hasta después del banquete, cuando paseara a solas por los terrenos del castillo. Había entregado a hurtadillas una nota al conde y esperaba que él acudiera al encuentro.



Las campanas de la cercana catedral de San Mateo dieron las doce sin que Andrásy apareciera. Por suerte la noche era cálida. Sissi recorrió los senderos de piedra escuchando el borboteo del agua en la fuente mientras temía y deseaba a la vez verlo aparecer en el oscuro jardín.

Seguían manteniendo correspondencia desde su último encuentro, pero el tema principal de sus cartas era el de la coronación y los preparativos del viaje de Sissi. Andrásy no había vuelto a insinuar siquiera el amor que sentía

por ella. No hasta su carta más reciente, que finalizó escribiendo: «Que sepas que pienso en ese pasaje de Goethe todos los días, por lo bien que expresa la maravillosa realidad». Sissi había guardado la misiva junto con otras de él en un cajón de su escritorio cerrado con llave.

—Sissi.

Oyó su voz y de inmediato se volvió en esa dirección.

—Andrássy.

Corrió hacia él, y las faldas se le ahuecaron a causa de la brisa. Llevaba un vestido vaporoso de gasa de color crema con un ribete dorado en el cuello y en las mangas. Sobre los hombros, una capa del mismo tejido. Como tocado, una delicada diadema con cientos de diminutos y relucientes diamantes.

—Aquí está mi reina. —Aferró sus manos enguantadas y se las llevó a los labios—. Sissi. —Le sonrió. Esos ojos oscuros parecían felices—. Sissi, estás más radiante que nunca. Te quieren, yo ya lo sabía.

Ella le sonrió a su vez, olvidada ya la ansiedad al percibir el amor que él sentía también por ella.

—Andrássy. —Su nombre era lo único que parecía capaz de pronunciar.

El conde, que aún le aferraba las manos, la miró a los ojos.

—Eres la reina por la que suplicábamos en nuestras plegarias.

Sissi tragó saliva. ¿Cómo se lo decía?

—Y mañana será un día... Ah, ¿sabes cómo te llaman?

Ella se encogió de hombros.

—Te llaman «la hermosa providencia húngara».

Sissi sonrió, pero se mantuvo callada. Jamás había logrado sentirse cómoda con la diáfana línea que separaba la divinidad que se le presuponía y la percepción de sus propios defectos.

—¿Puedes creer que lo hayamos logrado? ¡La autonomía húngara! Una monarquía dual. —Andrássy se emocionó un instante y guardó silencio mientras la contemplaba. Al cabo de un momento la tomó del brazo—. ¿Paseamos o nos sentamos? Me ha alegrado mucho que quisieras verme.

Andrássy la instó a caminar a su lado por el oscuro y silencioso jardín.

—Espera un momento. —Sissi se detuvo. El desasosiego que sentía se hizo patente en su voz—. Andrássy, debo decirte algo.

Él se volvió para mirarla.

—¿De qué se trata? —Le preocupó su tono de voz—. ¿Qué pasa? ¿Ha sucedido algo?

Sissi titubeó y se apartó de él.

—Sabes que puedes contármelo todo.

—Lo sé. —Se soltó de él y le dio la espalda.

—Me estás asustando. —Andrássy le colocó una mano en un hombro—. Por favor.

Sissi respiró hondo para infundirse valor y se alejó de él hasta un claro entre los árboles iluminado por la luz de la luna. Allí se quitó la capa de los hombros y se volvió para quedar de perfil ante él.

Andrássy, que la miraba con gesto preocupado, no se percató en un primer momento del cambio de su figura. Hasta que reparó en su cintura. Al cabo de un instante Sissi oyó que contenía el aliento, aunque fue una reacción casi inaudible.

No obstante, bastó para que a Sissi se le cayera el alma a los pies.

Andrássy la miraba boquiabierto. Después, negó con la cabeza y susurró:

—No.

Sissi lo observaba sin moverse mientras él trataba de asimilar la información. Al principio encorvó los hombros y ocultó el rostro entre las manos. Al cabo de unos segundos alzó la cabeza y la miró.

—En fin, reconozco que no me lo esperaba en absoluto. —Su voz tenía un deje irritado, indignado, y Sissi retrocedió un paso para alejarse de él. ¿Con qué derecho se enfadaba con ella?—. No sabía que el emperador y tú seguíais... —Levantó las manos y dejó la frase en el aire.

—No lo hacemos. Solo... —balbuceó, sin saber qué más podía decir.

—Pues parece que sí.

—Solo fue una vez.

Andrássy levantó las manos de nuevo, como si quisiera mantenerla alejada.

—Ahórreme los detalles, por favor, emperatriz.

—¿Emperatriz?

Él se encogió de hombros. Cuando habló, lo hizo con voz ronca.

—Enhorabuena a Sus Majestades Imperiales. Otro niño. Estoy seguro de que están encantados.

—El emperador todavía no lo sabe.

—¿Por qué no?

—No se lo he dicho. Quería que tú fueras el primero en enterarte.

—¿Por qué?

—¿Tú qué crees?

—Si te soy sincero, no estoy seguro. Creo que el hombre que ha tenido el honor de engendrar ese niño debería ser el primero en saber de su existencia.

Sissi cerró los ojos y extendió un brazo para apoyarse en un arbolillo

cercano.

—Haces que me sienta muy sucia por haber...

Andrássy la miró una vez más. La luz de la luna se reflejaba en sus ojos oscuros, que brillaban como si fueran dos llamas.

—¿Por qué has sentido la necesidad de explicármelo a mí primero? ¿Es algún tipo de malicioso plan para hacerme sufrir? ¡Por el amor de Dios, Sissi! Sabía que de un tiempo a esta parte habías perdido la paciencia conmigo, pero ignoraba que quisieras destrozarme.

«Porque te quiero», pensó. Pero se tragó las palabras.

Cuando Andrásy habló de nuevo su voz carecía de entonación.

—Tampoco entiendo por qué, hace meses, me pediste que te besara cuando está claro que tu matrimonio seguía siendo una realidad. No es eso precisamente lo que me hiciste creer.

—Eso no es cierto, Andrásy. Francisco y yo nunca... —Se acercó a él e intentó aferrarle las manos, pero él se las metió en los bolsillos.

—Tal parece que su vientre la desmiente, emperatriz.

—¿Quieres dejar de llamarme así y volver a tutearme? Por favor, créeme. Nuestro matrimonio no funciona desde hace muchos años.

—No, emperatriz. Está claro que no es cierto.

Sissi no sabía qué más decirle.

Andrásy habló de nuevo:

—Al menos en mi caso sé que jamás seré feliz en mi matrimonio. Lo he aceptado y pago mis culpas durante todos los días de mi vida. La he liberado, para que viva a su antojo, y yo hago lo mismo. No estamos juntos. Nos hemos separado.

—Andrásy, por favor, déjame que...

—Pero ¿tú? Me has engañado, Isabel. —Cerró los ojos y apoyó la cabeza en una mano—. ¿O acaso eres incapaz de elegir? ¿Estás dividida entre Francisco y yo? ¿Tal vez nos quieres a los dos?

—Eso es una crueldad y estás muy equivocado, Andrásy. Sabes que ya no quiero a Francisco de esa manera.

—Pero no has acabado con él, es más que evidente.

«Lo hice para poder estar contigo», pensó. La indignación y la rabia le provocaron un nudo en la boca del estómago. Apretó los puños, enderezó la espalda y se apartó del arbolillo. Tras mirarlo a los ojos, dijo con tono desafiante:

—Hice esto porque era lo mejor para el imperio. Lo mejor para el emperador. Sí, incluso era lo mejor para ti. ¿Es que no lo entiendes? Yo soy el

motivo por el que se ha firmado este acuerdo. Yo fui quien lo hizo posible.

Andrássy le miró el vientre con una angustia abrasadora en los ojos. Con amargura. Con envidia.

—Me he sacrificado por esta causa, ¿no lo ves? Y, sin embargo, me castigas. —Parecía estar al borde de las lágrimas, pero no pensaba echarse a llorar.

Andrássy apartó la mirada.

—Me siento engañado, Sissi. —Se retorció las manos como si estuviera aplastando un objeto invisible—. Los celos me están provocando tantas náuseas que una parte de mí ansía entrar corriendo en el castillo para retar a un duelo a Francisco. Sí, sueño con matar al hombre que he convertido en rey.

Lo que decía estaba penado con la muerte y ambos lo sabían, pero Andrásy no pensaba detenerse. Se acercó a ella y siguió hablando con manifiesta angustia.

—Mi peor pesadilla se ha hecho realidad: saber que ese hombre aún te posee. —La aferró por los brazos con fuerza y la atrajo hacia sí—. Al menos, si Francisco me mata, me libraré del dolor que me atormenta durante cada segundo de cada día. Y si no, bueno... si fuera yo quien lo matara a él, podría tenerte. Por fin. Podría amarte como sé que se supone que debo amarte.

Ambos tenían lágrimas en los ojos. Sissi apoyó la cabeza sobre un hombro de Andrásy y siguió llorando.

—Yo también deseo ser libre para estar contigo.

A la postre, Andrásy la obligó a levantar la cabeza para mirarla a la cara. En ese momento su expresión se había suavizado, pero aún mostraba su angustia.

—Sissi... —Suspiró, con los labios a pocos centímetros de los suyos—. ¿Me quieres?

—«Si te quiero, ¿qué te importa?»

Andrásy esbozó una sonrisa melancólica y torcida.

—¿Cómo me recitas eso en un momento como este?

—¿Qué más da si te quiero o no te quiero, Andrásy, cuando has dejado claro que nunca estaremos juntos?

Andrásy se pasó los dedos por el pelo mientras asimilaba sus palabras. Comenzó a pasear de un lado para otro frente a ella, soltando el aire como si estuviera debatiéndose consigo mismo. Poco después se detuvo y la miró. Estaba más tranquilo. La luz de la luna iluminaba sus ojos desde el cielo estival.

—Tienes razón. —Se encogió de hombros mientras lo decía—. Tienes

razón. —Se produjo una larga pausa—. Me aferraba a la disparatada esperanza de que, si lograba coronarte como reina de Hungría, vendrías. De que estarías aquí, a mi lado. Y de que de alguna forma... —Agitó una mano entre ellos—. De alguna forma se nos permitiría estar juntos. —Miró su vientre—. Pero ahora veo que fue una esperanza vana y ridícula.

Sissi asintió con la cabeza, aceptando su conclusión. Tras alejarse de él, tras alejarse de su alcance, dijo:

—Si me disculpas, Andrásy.

Él la observó mientras se marchaba, con una expresión angustiada en la cara. Sissi no le ofreció más explicación. Regresó al interior del castillo, pero no se dirigió a su dormitorio sino que echó a andar hacia los aposentos de Francisco.



La luz del dormitorio del emperador estaba encendida. Francisco estaba despierto y bebiendo vino, tal vez para relajarse antes del trascendental acontecimiento que tendría lugar al día siguiente.

—¿Isa? —Se sorprendió al verla entrar después de que el guardia le abriera la puerta. Sonrió con timidez. El vino le había manchado los labios.

—Necesito hablar contigo. ¿Puedo pasar? —Su tono de voz dejó claro que su intención para visitarlo a esa hora no era la misma que la impulsó la última vez que lo sorprendió al llamar a su puerta.

Francisco lo percibió y se sentó de nuevo al tiempo que le hacía un gesto para que se acomodara en el sillón situado enfrente del suyo.

—Por supuesto, siéntate. ¿Te apetece un poco de vino?

—Sí, por favor.

Francisco le sirvió una copa y se rellenó la suya. Despachó al guardia con un gesto de la cabeza. Sissi se percató de que era la primera vez que estaban solos desde la noche que concibió al bebé que crecía en su vientre.

—El día ha llegado, por fin. —Francisco clavó la mirada en su copa.

—Desde luego.

Tal vez al darse cuenta de la forma en la que se aferraba las faldas, Francisco le preguntó:

—¿Va todo bien?

Sissi no sabía cómo se iniciaba una conversación semejante con el marido. No se había preparado exactamente para ese momento. Sin embargo, ¿no llevaba años preparada? Hizo acopio de valor y empezó con brío:

—Francisco, sabes lo mucho que te quería cuando nos casamos, ¿verdad?

Francisco hizo un mohín con los labios y guardó silencio. Las emociones nunca habían sido su tema de conversación preferido.

—Sí, supongo que sí.

—Te adoraba, Francisco. Lo único que quería era ser una esposa entregada. Ser emperatriz. Y después ser madre.

Francisco asintió con la cabeza.

—«Tan presto caen en confusión las claras cosas.»

Francisco enarcó una ceja.

—¿Cómo dices?

—Es un verso... de una obra de teatro —le explicó Sissi—. Shakespeare. *Sueño de noche de verano*.

—¿La del burro?

—Sí, la que tanto te disgustó cuando la vimos en el teatro. En fin, da igual.

—¿Qué sucede, Isa? Estoy seguro de que no has venido a recitar versos.

—Francisco. —Bebió otro sorbo de vino y se detuvo para poner orden en sus aturullados pensamientos—. No sé si nuestro matrimonio fracasó porque permitimos que... que otras personas... se interpusieran entre nosotros. —Dejó la copa en la mesa situada entre ellos y bajó la mirada. No pretendía hacer una acusación. No quería que se convirtiera en otra discusión sobre una amante o sobre su suegra. Solo quería constatar los hechos—. O por nuestra culpa. Porque en algún momento ambos consentimos en alejarnos. —Hizo una pausa. El corazón le latía desbocado contra las costillas. Esa era la conversación más sincera que jamás había tratado de mantener con su marido. Francisco parecía dispuesto a dejarla continuar, de modo que siguió—. Francisco, pareces estar bien. De alguna manera siempre pareces estar bien. Pareces haber alcanzado una especie de paz. Lejos de nuestro matrimonio. —Lo miró y vio que Francisco quería hablar.

—Isa, yo no fui quien se marchó durante años.

Ella asintió con la cabeza. Era cierto.

—Y te he invitado varias veces a retomar nuestro matrimonio.

—Sé que lo has hecho, Francisco.

—Todavía te quiero. —Lo dijo como si fuera la cosa más evidente del mundo.

—Y yo todavía te quiero a ti, Francisco. Una parte de mí siempre te querrá. —Suspiró—. Pero hay un límite a las veces que una mujer puede permitir que el mismo hombre le destroce el corazón antes de que el amor... cambie.



Francisco se miró las manos y las entrelazó sobre la mesa.

—No tienes ni idea de las presiones que soporto.

—Porque no las compartes conmigo.

—Y tú no siempre has estado... presente. Tuve que buscar consuelo donde pude... a veces en otros lugares.

Sissiladeó el rostro.

—Es que tú nunca fuiste mío, no por completo, ni al principio.

Francisco asintió con la cabeza. Sabía que se refería a algo más, no solo a sus amantes. Había elegido a su madre, a sus ministros y a sus cortesanos antes que a ella en muchas ocasiones.

—Pero no quiero decir que tú tuvieras toda la culpa, Francisco. No es así. En cierto momento yo también tomé la decisión de dejar nuestro matrimonio. A mi manera.

Él asintió de nuevo mientras se acariciaba la barba con gesto distraído.

—Francisco, voy a tener un bebé.

El emperador la miró a la cara con sus ojos azules, tan claros, muy abiertos.

Sissi asintió con la barbilla, pero él movió la cabeza como si quisiera despejarse la mente.

—¿Un bebé?

—Sí.

—¿Es...?

—Es tuyo, por supuesto. No he estado con ningún otro hombre. Jamás.

—¿En serio? —Francisco, que había ladeado el rostro, pareció genuinamente sorprendido al escucharla—. ¿Nunca?

—Nunca.

—¿Ni siquiera durante tus viajes?

Sissi lo negó.

—Tú has sido el único.

El emperador parecía sorprendido. Incluso incrédulo.

—Bueno, me dejas sin palabras —balbució—. Son unas noticias sorprendentes. Pero maravillosas al mismo tiempo. Un bebé.

—Francisco, he venido a verte para hacerte una petición. No se trata de algo habitual, te lo garantizo. Pero... claro, en nuestro matrimonio nada ha sido habitual.

—¿Qué es? —La miró con el ceño fruncido.

Había llegado a la parte difícil y Sissi se obligó a continuar.

—Debo dejarte, durante un tiempo. Te lo suplico, Francisco. Si tengo una

niña, te ruego que me permitas criarla en Hungría. Al menos durante unos años. Debo criar a esta niña lejos de la corte vienesa. Al fin y al cabo, ahora somos la realeza también aquí. —Siguió hablando pese a la expresión atónita de Francisco—. Si es un niño, por supuesto que sé que no lo permitirás. Un príncipe que ocupa el segundo puesto en la línea sucesoria debe educarse en la corte imperial, lo sé. Pero si es una niña... —Dejó la frase en el aire y permitió que el anhelo fuera patente en su voz—. Si es una niña, quiero ser yo quien la críe. Quiero ser madre, por fin, de mi propia hija. Lejos de la corte, lejos de tu... —No acabó la frase—. Deseo tener una niña que me quiera y que piense en mí como en su mamá. Deseo tener una hija a la que entregar todo el amor que he sentido en tres ocasiones, pero que me han robado y negado.

Francisco apuró el vino de su copa mientras reflexionaba al respecto. A Sissi le pareció una pausa interminable y tuvo la impresión de que el corazón iba a destrozarle las entrañas. Pero después él la miró y asintió con la cabeza.

—De acuerdo —susurró.

Sissi se aferró a la mesa. Tenía los nudillos blancos.

—Sabes lo que eso significa. Estaré lejos de Viena. Quiero decir, que me quedaré aquí.

Francisco esbozó una sonrisa triste.

—Lo sé, Isabel. Sé lo que quieres decir.

Sissi se apoyó en el respaldo del sillón, aturdida por su consentimiento. Por lo... fácil que había sido que su esposo aceptara su propuesta. Pero claro, pensó, nada había sido fácil entre ellos durante los años que los habían llevado hasta ese momento.

Francisco tamborileó con los dedos sobre el reposabrazos del sillón y añadió:

—Isabel, me gustaría verte de vez en cuando. —Era una petición, no una orden—. Y conocer a mi hija —dijo al tiempo que señalaba su vientre con un dedo.

Sissi aceptó.

—Por supuesto que permitiré que veas a nuestra hija, Francisco. Yo misma la llevaré de vuelta, cuando regrese.

—¿De verdad crees que es una niña?

Asintió en silencio.

—¿Cómo es que estás tan segura?

«Porque ya he esperado bastante», pensó.

—No estoy segura. Pero no pierdo la esperanza.

Francisco asintió con la cabeza una vez más, despacio.

—¿De verdad quieres quedarte aquí? —la miró. Sus ojos azules y brillantes destacaban en marcado contraste con la palidez de su cara.

—Sí. —Sissi se limpió la lágrima que le caía por una mejilla.

—¿Tan lejos de casa?

—Francisco... —Sissi cubrió una de las manos de Francisco con la suya—. Estoy segura de que sabes que Viena nunca me ha parecido mi casa. Aquí... en Hungría me siento más a gusto de lo que jamás me he sentido en Viena, en la corte.

El emperador suspiró mientras reflexionaba al respecto.

—Bueno, supongo que este es el final, ¿no, Isa?

Sissi parpadeó para librarse de las lágrimas mientras lo miraba a los ojos.

Francisco enderezó la espalda y golpeó los reposabrazos del sillón con las manos.

—Supongo que nuestro matrimonio cambió hace años. Aunque creo que ahora somos capaces de entendernos. Todo será diferente para nosotros.

Sissi lo miró con los ojos empañados por las lágrimas.

—Francisco, has sido feliz durante años, ¿verdad?

—¿Feliz? —Ladeó la cabeza—. No creo que la felicidad haya sido mi prerrogativa en la vida. No creo que haya sido una opción viable en mi caso. —Cruzó los brazos por delante del pecho—. Satisfecho, sí. Supongo que he estado satisfecho. Y tranquilo, al saber que he cumplido con mi deber.

Sissi le aferró una mano y se inclinó hacia él.

—Eres un buen emperador, Francisco.

Él asintió con la cabeza y bajó la mirada. Teniendo en cuenta que se pasaba el día oyendo halagos, el comentario de Sissi pareció resultarle difícil de aceptar.

—Y siempre te querré. Pero has de entender lo que puedo ofrecerte y lo que ya no puedo ofrecerte. Necesito tu autorización.

Francisco sabía lo que estaba pidiéndole. Le pedía que la liberara, de la misma manera que ella le había concedido la libertad hacía años.

—Isa, ¿eres feliz?

—Todavía no —contestó—. Pero creo que puedo serlo. Aquí. Lejos de todo.

Francisco parecía triste. Suspiró antes de hablar.

—Espero que sepas que siempre he querido que fueras feliz, Isa. Aunque no siempre lo he dejado claro. Supongo que dejé de intentarlo una vez que comprendí que había fracasado estrepitosamente. Me rendí. Pero ahora tengo

la oportunidad de devolverte la felicidad y no voy a negártela. Tienes mi bendición.

—Francisco... —Sissi le besó las manos—. Gracias, gracias, gracias.

Ambos estaban llorando. Era el final de algo y los dos lo sabían. Pero también era el principio de otra cosa y eso hacía que el corazón de Sissi rebosara de alegría.



María le había dicho a Sissi qué puerta debía buscar. La condesa también se había mostrado discreta y no había preguntado el motivo por el que la emperatriz necesitaba dicha información. Tras escabullirse por una puerta trasera situada junto a su dormitorio atravesó los pasillos sin que nadie la descubriera, envuelta en una capa.

Se movía con rapidez y pronto se quedó sin aliento. Pero no estaba cansada, todo lo contrario. Dobló la esquina al llegar al final del pasillo, y sus pasos resonaron en los muros de piedra. Se sentía bien despierta y viva. Por fin llegó al lugar que María le había descrito. Por suerte pasaba de la medianoche y tanto los criados como los aristócratas se habían retirado a sus aposentos.

Llamó despacio a la puerta, por si acaso había algún guardia apostado cerca.

Andrássy entreabrió con la camisa desabrochada y el pelo alborotado. Su cara denotaba sorpresa. No es ese el rostro que él había esperado ver al otro lado de la puerta.

—Sissi...

—Andrássy. —Empujó la puerta para abrirla del todo y entró en su aposento.

—¿Te has dado cuenta de la hora que es? —Su aliento olía a vino y su dormitorio estaba muy desordenado. Era evidente que había estado escribiendo, trabajando o paseando de un lado para otro. Algo que la mente desasosegada de Sissi comprendía a la perfección—. ¿Es prudente? —Andrássy clavó la mirada en la puerta que ella acababa de cerrar.

Sissi se acercó a él y apoyó la cabeza en su pecho. Inspiró hondo antes de mirarlo a la cara. Le parecía indomable, y más guapo de lo que jamás lo había visto.

—Andrássy, te quiero. Te he querido durante años.

El conde le puso un dedo sobre los labios y la miró con tristeza.

—Sissi, ya hemos hablado de esto. Nuestros corazones no son libres para

amar.

Ella le retiró el dedo para explicarse.

—Pero esa es la cuestión, Andrásy. Mi corazón vuelve a ser mío después de todo este tiempo. Es mío, para hacer con él lo que me plazca.

Andrásy guardó silencio y le tomó la cara entre las manos. Sissi sintió que le ardía la piel bajo sus caricias. Cuando habló, confesó con voz ronca:

—Sissi, el mío ha sido tuyo desde hace años. Posiblemente desde la primera vez que te vi. Y por supuesto desde aquella noche, en Viena, cuando me cogiste las manos. ¿Te acuerdas? Me sorprendió la rapidez con la que me enamoré de ti aquella noche.

Tras oír esas palabras Sissi se inclinó hacia delante y lo besó, entregándose a aquel abrazo que anhelaba desde hacía tanto. Andrásy le devolvió el beso, la abrazó por la cintura y la pegó a su cuerpo.

—Te quiero, Andrásy. Te quiero desde hace mucho tiempo —susurró sin apenas apartar los labios de su boca. Y después se echó a reír, y repitió las palabras que acababan de pasar por su mente—: Me río de mi corazón y, sin embargo, sigo sus dictados.

—Sissi... Amada mía, mi querida Sissi.

Andrásy la alzó en brazos y atravesó el dormitorio con ella en dirección a la cama, donde la dejó con tanto cuidado que apenas fue consciente del momento en el que su cabeza se apoyaba sobre la almohada. En ningún momento dejó de abrazarla. La intensa mirada de esos ojos, que estaban tan cerca de los suyos, la dejó al borde de las lágrimas.

Andrásy le tomó la cara entre las manos un instante, tras lo cual le acarició el cuello, primero con los dedos y después con los labios. Sissi se estremeció de placer al sentir en él su delicado beso. Luego procedió a desabrocharle el vestido, apartando capas y capas de ropa. Ella lo ayudó y también le quitó la camisa, de manera que no tardaron en abrazarse desnudos. No hablaron sobre lo que estaban haciendo. El tiempo para hablar había pasado. Ambos eran conscientes del delito que estaban cometiendo de mutuo acuerdo, y sus cuerpos los guiaron gustosos en pos de esa deliciosa traición.

Extasiada por las caricias de Andrásy, Sissi rio sin poder evitarlo, presa de la euforia. Ella, que ya había aceptado que la flor de su juventud se había marchitado, que sus años de pasión eran cosa del pasado, se entregaba a un hombre con un ardor que jamás había imaginado poseer. Su cuerpo parecía despertar de una especie de letargo helado. Y ese despertar los enardeció a ambos, tanto a ella como a Andrásy. El deseo que la embargaba aumentaba por sus delicadas y expertas caricias. Solo estaban empezando, pero Sissi

supo que la noche no sería lo bastante larga. Que una sola vida no sería lo bastante larga.

En brazos de Andrásy comprendió lo que se había perdido durante todos esos años: ese momento de éxtasis glorioso durante el cual tanto el cuerpo como el alma atisbaban un instante de eternidad. Francisco nunca la había llevado a ese instante, aunque él siempre parecía alcanzarlo en sus encuentros amorosos. ¿Acaso no era el símil perfecto para entender el fracaso de su matrimonio? Anhelos, ilusiones, deseos, pero sin encontrar jamás la dicha. La promesa de Francisco de entregarse a ella, si bien de alguna manera siempre se había mantenido fuera de su alcance.

La noche hizo que Sissi descubriera un mundo cuya existencia jamás había imaginado. Andrásy le hizo el amor de una forma que dejó claro que le importaba más la satisfacción de Sissi que la propia. Y cuando ella le impidió alejarse y lo atrajo de nuevo hacia sí, no la miró con desaprobación, sino con regocijo juvenil, como si estuviera encantado con lo mucho que lo deseaba.



Sissi siguió acurrucada entre los brazos de Andrásy durante las silenciosas horas previas al amanecer. Suspiró al sentir que él la besaba en el hueco de la clavícula. Las primeras luces del alba se filtraban por la ventana. Cerró los ojos y deseó que desaparecieran; imploró que el mundo se mantuviera oculto por el oscuro velo que había permitido y protegido ese momento de perfección.

De repente se oyó un clamoroso estruendo al otro lado de la ventana, y los cristales se estremecieron. ¿Un trueno cuando el día prometía ser tan soleado y despejado?

—Ya empieza —dijo Andrásy.

—¿Qué?

—Una salva de veintiún cañonazos. En la colina de San Gerardo. El día de tu coronación ha dado comienzo de forma oficial.

Sissi gimió y se arrebujó aún más contra su cuerpo, escondiendo la cara contra su cuello.

—¿Por qué tiene que llegar el amanecer?

—El amanecer. El terrible amanecer. —Andrásy le acarició la espalda desnuda—. Me odio por haberte puesto en peligro.

Ella lo miró con las mejillas sonrojadas.

—Ah, pero ¿acaso no ha merecido la pena?

—Te has quedado atrapada en mi dormitorio, Sissi, y está amaneciendo.

—Su pelo se extendía sobre la almohada, enredado, y enterró los dedos en él.

—Pues ya que estoy atrapada, bien puedo divertirme, ¿no te parece? —Se movió para poder besarlo.

—Emperatriz, su vigor me asombra. —Andrássy rio con fingida indignación—. Este pobre conde necesita descansar.

Sissi introdujo las manos bajo la sábana para poder acariciarlo.

—Todavía no se te permite dormir.

—Sissi, en serio. —Andrássy le tomó la cara entre las manos—. ¿No sería mejor que te marcharas? Pronto habrá más luz.

—En ese caso, es mejor que no pierdas el tiempo discutiendo. Es una orden.



Andrássy, cubierto con una bata, la observaba vestirse a la mortecina luz del amanecer. Cuanto más se acercaban al momento de su partida, más ansioso parecía.

—¿Estás segura de que no quieres que te acompañe?

—Si lo haces, ya podríamos anunciarlo ante toda la corte durante la coronación de hoy —dijo ella—. ¿Y si alguien nos ve?

—Pero detesto la idea de que te escabullas sola por los pasillos.

—Siempre me he escabullido a solas por el palacio. A Sofía la sacaba de quicio. Me escabulliré de vuelta.

—No está bien. Debería haber sido yo quien visitara tus aposentos.

Sissi se echó a reír mientras se ajustaba las mangas del vestido.

—No creo que esté permitido que una emperatriz reciba a su amante en sus aposentos delante de sus guardias.

—¿Eso es lo que soy? ¿Tu amante? —Andrássy la pegó a su cuerpo y la besó a placer en los labios.

—Eres mi amante, y yo soy tu amante. —Le sonrió.

—Me gusta cómo suena. —La besó de nuevo—. Sin embargo, no me gusta la posibilidad de haberte puesto en peligro.

—Andrássy, por favor. —Sissi se retorció el pelo y se lo recogió en un moño suelto en la nuca.

—Lo digo en serio.

—¿Te arrepientes de la noche que hemos pasado?

—En lo más mínimo. Pero eso no cambia el hecho de que te he puesto en peligro. Jamás he querido ser un motivo de infelicidad para ti.

Sissi apoyó la mejilla en su pecho e inspiró su olor.

—¿No te has dado cuenta de que no he conocido la felicidad hasta que he pasado la noche contigo?

—¿Y si te he arruinado la vida, Sissi?

Ella suspiró, con la cabeza aún pegada a su torso.

—Andrássy, he perdido a mis hijos. Perdí a mis padres y perdí mi primer hogar. Mi marido nunca ha sido mío. ¿Y te preguntas si me has arruinado la vida? No. La verdad es que he decidido vivir.

Andrássy la miró en silencio durante un instante y después la besó en la coronilla. La estrechó contra su cuerpo.

—Una vez que te instales aquí ya no tendremos que preocuparnos.

Sissi sonrió.

—Si acaso me instalo...

—Debes hacerlo.

—¿Te imaginas? Por fin estaríamos juntos. —Sissi hizo una pausa—. Pero ¿no te cansarás de mí si me ves todos los días?

—Si te comportas como lo hiciste anoche, sí, a lo mejor acabo cansado.

Ella rio por el comentario y entrelazó las manos con las de Andrásy.

—No, querida Sissi. Al contrario. Te querré más con el paso de los días.

—Aunque... —Bajó la mirada hacia su vientre, que pronto sería más evidente—. ¿Engorde? —Era la primera vez que mencionaban su embarazo desde la discusión.

En ese momento Andrásy le colocó una mano sobre el abdomen y dijo en voz baja:

—Este niño forma parte de ti. Lo único que puedo sentir por él es amor.

—¿Me lo prometes, Andrásy?

—Te lo prometo.

—¿Seguirás queriéndome?

—Durante el resto de tu vida.

La respuesta no la satisfizo.

—¿Qué pasa? ¿Por qué frunces el ceño, Sissi?

—Porque otro hombre ya me hizo otra promesa que debería haber durado toda la vida. Y no ha sido así.

Andrásy le tomó las manos y se las acercó al corazón. Acto seguido la miró a los ojos con una expresión abrasadora.

—Sissi, escúchame. Soy consciente de todas esas heridas que arrastras. Y te quiero más si cabe.

Sissi bajó la mirada, embargada por el anhelo de oír esas palabras, pero también asustada.



—Mírame. Quiero que me mires a los ojos mientras te lo digo para que veas que estoy hablando en serio.

—Muy bien —susurró con la boca seca.

—Sissi, si me lo permites, mi mayor deseo es ser el hombre que te demuestre que es seguro volver a amar.

Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Sissi mientras lo escuchaba. Negó con la cabeza y apartó la mirada.

—Sissi...

—Es que...

—¿Qué sucede? —Andrássy le levantó la barbilla para que lo mirara a los ojos.

—Es que llevo tanto tiempo siendo fuerte... ¿Cómo voy a arriesgarme otra vez?

—¿Acaso no lo ves, cariño? —Le tomó una mano y se la acercó al corazón para que ella pudiera sentir sus latidos, tan rápidos como los cascos de un caballo al galope—. ¿No lo ves? Aunque creo que ya lo sabes muy bien. Nada requiere más fortaleza que permitirte la debilidad de amar a otra persona.

## XIX

*El viento que le azota la cara le alborota el pelo, pero sopla en consonancia con la urgencia de su respiración agitada. A su alrededor la tierra huele a primavera: a barro y a pétalos de acacia.*

*Bajo ella el caballo galopa con rapidez y majestuosidad. Se acopla a sus movimientos y sus cuerpos trabajan al unísono mientras el mundo pasa junto a ellos.*

*«Eso es lo que experimentan las golondrinas cuando vuelan en círculo, libres», piensa. La cinta azul que es el Danubio reluce a su lado, y sus aguas cristalinas son una invitación, una seducción. Delante se erige la colina de Buda y la aguja de la catedral se recorta contra el cielo azul. Alrededor de la colina se extienden las inmensas llanuras de Pest, un mar verde salpicado por los pétalos púrpuras de las flores silvestres.*

*«Mi reino», piensa ella al tiempo que azuza al caballo. A la postre su cuerpo se cansará. Pero ¿su alma? Bueno, su alma por fin ha despertado.*

## Capítulo 19

*Budapest, Hungría*  
*8 de junio de 1867*

—Deslumbrante. —Francisco murmuró el cumplido cuando su esposa entró en la pequeña antesala del castillo momentos antes de que empezara la procesión para su coronación—. Estás absolutamente deslumbrante, Isabel.

—Gracias, Francisco.

—Relajada y feliz —dijo él, como si hablara consigo mismo, con los ojos clavados en Sissi—. Como llevaba mucho tiempo sin verte. Como la muchacha con la que me casé hace años.

—Gracias, Francisco. —Sissi se ruborizó y bajó la vista. Estaba resplandeciente y lo sabía—. Me siento relajada y feliz.

«Pero te aseguro que no soy la misma muchacha con la que te casaste», pensó, no obstante.

—Tú también estás muy bien, Francisco.

—¿De verdad? Este orbe parece demasiado grande. Me da miedo tirarlo en mitad de la misa.

Francisco se obligó a esbozar una leve sonrisa, y Sissi se sintió mal por él. Las oscuras ojeras declaraban lo cansado que estaba. La capa de armiño que le cubría los hombros, que llevaba sobre el antiguo manto de san Esteban, parecía increíblemente pesada.

Según la tradición, el vestuario de Francisco consistía en las antiguas prendas que habían lucido los reyes húngaros en sus coronaciones. El punto álgido del día llegaría más tarde, en la catedral de San Mateo, donde Andrásy colocaría la sagrada corona de Hungría en la cabeza del emperador Francisco José, haciéndolo así rey de aquellas tierras por voluntad del pueblo húngaro.

Sissi, en cambio, había encargado prendas nuevas para la ocasión. Su vestido, una obra maestra confeccionada en París, llegó a Budapest tal como lo haría cualquier miembro de la casa real: fuertemente custodiado por su propia guardia imperial.

Era una obra de arte, mucho más hermoso que su vestido de novia, y Sissi

se sentía inadecuada ante semejante esplendor. Era de brocado de seda de color marfil y plata, con un ajustado corpiño de terciopelo adornado con diamantes y perlas. Las mangas surgían de la parte superior de los brazos, dejando a la vista la blanca piel de sus hombros y de su cuello. Lucía un collar de diamantes y llevaba guantes blancos. La falda era amplia, lo bastante para disimular su vientre, con una cola impresionante que se arrastraría tras ella mientras recorría el pasillo central de la catedral. La sobrefalda que envolvía la falda acampanada estaba decorada con un bordado de flores y hojas. Encima llevaba una capa de satén blanco.

Había tardado toda la mañana en arreglarse el pelo, algo que agradecía mucho ya que así había dispuesto de varias horas para estar sentada sin nada más que hacer que recordar la noche que acababa de pasar con Andrásy. Franziska, lo bastante discreta para no preguntar a la emperatriz por qué se ruborizaba después de no haber dormido en sus aposentos, recogió la melena rizada de Sissi en una corona de trenzas sueltas. El pelo le enmarcaba la cara y caía con elegancia por su espalda en un peinado sencillo que le permitía lucir la diadema de diamantes que, en una ocasión, había llevado la reina más amada de los Habsburgo, María Teresa.

Al otro lado de las recias puertas del castillo la multitud esperaba impaciente, congregada desde las primeras salvas de cañonazos al amanecer. Cuando esas puertas se abrieran, Sissi y Francisco cerrarían la procesión, en pos de una docena de aristócratas húngaros que portarían los pendones y los estandartes de sus casas reales. Los clérigos abrirían la marcha con sus cruces de oro y los cuencos adornados con piedras preciosas llenos de agua bendita para la pareja imperial. Y Andrásy... A Sissi se le aceleró el corazón por la idea de verlo. Andrásy iría justo delante de los monarcas, casi su igual, luciendo una túnica con la enorme cruz de San Esteban y portando la sagrada corona de Francisco en un cojín de terciopelo rojo.

—¿Cómo te sientes, Francisco? —Sissi se colocó bien la pesada falda, alisando el encaje y el satén que le cubría las piernas.

El emperador meditó la respuesta.

—Bien. Supongo que un poco impaciente.

Sissi asintió con la cabeza.

—¿Y qué me dices de ti, emperatriz Isabel?

—Me siento feliz —contestó al tiempo que lo miraba con una sonrisa—. Y llena de esperanza.

Francisco asintió con la cabeza y clavó la vista en las puertas.

—Eres un buen emperador, Francisco José —dijo ella, y le cogió una

mano enguantada.

—Y tú eres una buena emperatriz, Isabel.

Se miraron a los ojos, comunicándose en silencio. Incluso después de tantos años, después de todo el dolor que se habían provocado el uno al otro, solo ellos dos podían lograrlo. Lo que los esperaba al otro lado de las puertas era algo a lo que debían enfrentarse juntos.

—Ha llegado el momento. —Un sacerdote bajito entró en la antesala con la casulla arrugada por la velocidad de sus pasos. Tras la reverencia de rigor, se incorporó y les dio las instrucciones—. Cuando llame a la puerta, abrirán y saldrán directamente a la calle. La procesión los guiará. Pueden mirar a los lados si lo desean, pero no se detendrán hasta llegar a la catedral.

Los dos asintieron con la cabeza. Francisco se levantó de la silla y se colocó junto a Sissi. Ella aceptó la mano que le tendía y le dio un apretón, un último gesto de apoyo.

—¿Estás lista? —le preguntó Francisco.

—Lo estoy. ¿Y tú?

—¿Está alguien listo para dividir su imperio por la mitad?

—Francisco —dijo ella tras darle otro apretón en la mano—, estás manteniendo tu imperio intacto.

Francisco clavó la mirada al frente.

—Vamos.

Cuando las puertas se abrieron, Sissi se quedó de piedra por la explosión de color, por el sonido de los clarines. Cientos de cortesanos flanqueaban su avance, agitando banderas húngaras mientras los miraban con los ojos muy abiertos y moviendo los labios para pronunciar vítores que no alcanzaba a entender y plegarias. Vestían sus mejores galas, las mujeres lucían peinados perfectos en un intento por imitar el famoso estilo de Sissi. Tras ellos, la plebe se amontonaba entre codazos y vitoreaba, en una marea de mercaderes, campesinos, niños y comerciantes. Todos ellos atestaban la ruta procesional con un único propósito: atisbar a su rey y a su reina.

Delante de Sissi, los aristócratas húngaros enarbolaron sus pendones y abrieron el camino hacia la catedral que se erigía en la cima de la colina de Buda. Los clarines imperiales resonaban y brillaban al sol, mientras los guardias permanecían firmes, flanqueando el camino que iban a pisar los pies reales.

Sissi mantuvo la mirada gacha mientras caminaba, apenas unos pasos detrás de Francisco. Escuchó los gritos del pueblo, que coreaba su nombre.

—*Éljen Erzsébet!* ¡Larga vida a la reina Isabel!

El único sonido que se imponía al vocerío de la multitud era el estruendo de los cañones que disparaban una salva constante mientras los monarcas ascendían la colina.

Al llegar a las enormes puertas de la catedral, las campanas empezaron a repicar con tanta fuerza que Sissi creyó que el campanario se derrumbaría. En el interior el órgano empezó a competir con los clarines para ver qué instrumento tocaba la nota más alta.

—Vamos allá. —Francisco se volvió hacia ella y se ajustó la capa una última vez.

Sissi asintió con la cabeza.

—Sí, vamos allá. —Le temblaba el cuerpo, tal como le tembló el día de su boda, pero se obligó a sonreír—. Después de Su Majestad Imperial, rey Francisco José.

Y tras clavar la vista al frente, Francisco echó a andar.

Sissi se colocó a su lado sin alzar la mirada. Todavía no había visto a Andrásy, pero sabía que estaba allí. En algún lugar delante de ella. Sería el encargado de convertir a su marido en el rey de Hungría.

El trayecto hasta el altar duró una eternidad, y Sissi se recordó que debía mantener la mirada en el suelo y la expresión serena. La imagen de la humildad, aunque las personas que atestaban la catedral creían que era, en cierto sentido, divina.

Cuando llegaron al altar los esperaban dos tronos. Allí se sentarían, el uno junto al otro. Dos mortales imperfectos que serían recordados, juntos, en ese momento. Qué raro, pensó ella, formar parte de lo que sin duda pasaría a la historia y preocuparse al mismo tiempo de no tropezar por culpa de las pesadas faldas.

Su vestido era muy incómodo, de modo que Francisco la ayudó a levantarse las faldas para subir a la zona del altar. Y luego Sissi se volvió para mirar la nave de la catedral y recorrer con la mirada el mar de miles de caras que se fundían en un paisaje borroso. El ruido era tan atronador que deseaba poder taparse las orejas para acallar el estruendo, pero sabía que no podía hacerlo. Una deidad no se echaba a temblar solo porque la multitud jaleara. Una emperatriz permanecía inmóvil, inalterable; la calma imperturbable que no se inmutaba aunque el mundo rugiera. Aunque ella supiera, desde el primer día, que eso no era cierto.

A su lado Francisco parecía tranquilo. Incluso rígido. Pero Sissi detectaba el cansancio que se escondía tras esa fachada de serenidad. La fragilidad humana que persistía, pese a todos los años de adiestramiento y de control

emocional. Por un brevísimo momento anheló arrancarle todas esas capas, liberarlo de esas cadenas para que se pareciera por una vez al hombre que conocía, al hombre cuyas esperanzas estuvieron en otra época tan íntimamente ligadas a las suyas que era incapaz de diferenciarlas.

Pero ya era demasiado tarde para eso. Él había tomado una decisión y ella la suya. Sissi no podía deshacer el pasado de la misma manera que no podía variar el rumbo que había establecido para el futuro. Lo admitió una última vez, con tristeza, como si así estuviera despidiéndose de él. Como si se despidiera de una versión de ella misma.

A su alrededor, la multitud que abarrotaba la catedral aplaudía y vitoreaba, una muchedumbre enloquecida que luchaba por conseguir un lugar lo bastante cerca de ellos para tocarlos.

—¡Reina mía!

—¡Emperatriz!

—¡Larga vida a Isabel!

—¡Larga vida a Francisco José!

Sissi apartó la mirada de la multitud y la clavó en Francisco. Él también parecía asombrado y abrumado. La miró y musitó un «Por el amor de Dios». Sissi sonrió al recordar que ella, en otro tiempo, lo vio y creyó que era un dios entre los hombres. La guardia imperial, consciente de que el humor de la multitud estaba cambiando, empujaba a la creciente avalancha de personas hacia atrás para contener la marea de aquellos que se acercaban demasiado a los monarcas.

La mirada de Sissi no permaneció quieta mucho tiempo en el emperador. Con desesperación, recorrió las caras en busca de una en concreto. ¿Dónde estaba Andrásy?, se preguntó. Seguro que estaba allí. Después de ellos, era la otra figura central del día.

Por fin lo vio. Estaba cerca del altar, y su adorado rostro quedaba casi oculto por el recargado tocado del obispo que tenía delante. Lo encontró más guapo que nunca. Sus ojos oscuros brillaban y un abrigo ribeteado con piel cubría su alta figura. Había estado mirándola durante todo ese tiempo. Cuando sus ojos se encontraron, Sissi sonrió. Le daba igual que la vieran.

Y cuando Andrásy se acercó al altar, Sissi volvió a mirar a sus entregados súbditos. Gritaban llamando su atención. «Así que esto es lo que se siente al ser reina», pensó, con la sensación de que por primera vez en la vida estaba a la altura de la tarea que tenía por delante. Se encontraba en el reino que estaba destinada a dirigir.

—¡Sissi! ¡Sissi! —La multitud enloqueció cuando ella se arrodilló junto a

Francisco e inclinó la cabeza ante Andrásy para recibir la corona que este le colocaría sobre su famoso pelo castaño. Alzó la mirada para posarla una vez más en la multitud y esbozó una sonrisa seductora. Todos estallaron en vítores.

Sissi recorrió la catedral con la mirada para captar toda la escena, empeñada en que sus ojos reparasen en cada color, en cada rostro sonriente, mientras oía que sonaba con más fuerza la música que había compuesto especialmente para ese día el mismísimo Franz Liszt, hijo de ese país. ¿Lo recordaría todo? Lo dudaba mucho. Pero sí recordaría, durante el resto de su vida, lo que sintió al contemplarlo. Se sintió orgullosa de Francisco. Feliz por Austria. Y, por primera vez en muchos años, sintió que estaba en casa. En casa, con la gente a la que pertenecía. Más allá de esa multitud se extendían las llanuras de Pest, donde cabalgaría con sus caballos; la colina de Buda, donde pasearía para contemplar la cinta azul que era el Danubio y las alegres gentes la saludarían en la calle.

Y con el mar de caras que la rodeaba, su mirada se posó una vez más en el rostro que ansiaba contemplar. El único hombre que la conocía mejor que cualquier otra persona del mundo. El hombre que la conocía y que la quería, no porque fuera su reina, sino porque era Sissi.

Y allí, en ese altar, luciendo la corona por la que había luchado, Sissi tomó una decisión. No estuvo preparada para la primera corona que le impusieron; en aquel momento no comprendía lo que implicaba. Ni tampoco había luchado por ella.

Esa ocasión sería totalmente distinta. En esa ocasión estaba preparada. Se llevó una mano al vientre, allí donde el bebé crecía en su interior. Un hijo que por fin sería suyo.

Dios, por algún motivo inexplicable, le había concedido una segunda oportunidad y pensaba aprovecharla. Sería una buena reina. Una reina cariñosa. Una reina digna de la adoración que esas personas, por alguna razón incomprensible, le profesaban.

Sería la reina no solo de esa tierra, sino de su propia vida.



## Agradecimientos

Me siento en deuda con incontables historiadores, biógrafos, conservadores y admiradores de Sissi y de su fascinante vida. Los datos históricos y los textos escritos sobre ella son tan abundantes y complejos que literalmente me he dado un festín de fechas, personajes, rumores e informes gracias a los cuales he sentado las bases de esa novela de ficción histórica.

Siglos después, Sissi sigue siendo tal como fue en vida: carismática, inalcanzable, sorprendente e increíblemente fascinante. Fue una persona que inspiró un mito incluso en vida. Y puesto que todas las historias tienen al menos dos versiones, imagina cuántas versiones puede haber de la intensa y relevante historia que es la vida de la emperatriz Isabel del Imperio austrohúngaro.

Los libros en los que he basado mi investigación son: *The Fall of the House of Habsburg*, de Edward Crankshaw; *Twilight of the Habsburgs: The Life and Times of Emperor Francis Joseph* de Alan Palmer; *The Habsburg Monarchy, 1809-1918: A History of the Austrian Empire and Austria-Hungary* de A. J. P. Taylor; *Sissi, la emperatriz solitaria*, de Joan Haslip; *Sissi, emperatriz contra su voluntad*, de Brigitte Hamann; *Franz Joseph and Elisabeth: The Last Great Monarchs of Austria-Hungary* de Karen Owens; *A Nervous Splendor: Vienna 1888-1889* de Fredric Morton; *La Viena de fin de siglo (política y cultura)*, de Carl E. Schorske, y *The Swan King: Ludwig II of Bavaria* de Christopher McIntosh. Todos pertenecen al género de la no ficción, y en todos ellos aparecen extensas biografías y referencias bibliográficas. Me han resultado especialmente valiosos las cartas personales y los diarios de los miembros de la familia Habsburgo, así como los diarios de los miembros de la corte, traducidos e incluidos en el libro de Brigitte Hamann. Les doy las gracias a todos estos historiadores por haberme facilitado tanto el trabajo.

Fue en el palacio de Schönbrunn, hace una década, donde me topé por primera vez con el mundo de Sissi, y desde entonces no he dejado de visitarlo en mi mente. Ahora espero que los lectores deseen hacer lo mismo, a través de su imaginación y de las páginas de *Sissi, emperatriz accidental*.

Gracias a mi agente y amiga, Lacy Lynch. Gracias por tu instinto, tu

incansable ética, tu dedicación, tu integridad y tu buen humor. Gracias por acompañarme en este viaje, por la fe que has depositado en mí y por haberme ayudado a crecer desde aquel primer manuscrito «en bruto».

Gracias a mi editora, Beth Adams. Agradezco que mi trabajo haya vuelto a estar otra vez en tus manos. Gracias por haber tenido esa visión tan clara, y por querer a Sissi y a su historia tanto como yo. Gracias por capitanear el barco con elegancia, buen humor y lucidez.

Gracias a Lindsay Mullen, Katie Nuckolls y Alyssa VandeLeest, y a todo el fenomenal equipo de Prosper Strategies. Sois incansables e imperturbables. No hay nada que se os resista.

Mi más profundo agradecimiento a aquellos que hacen posible que me dedique a lo que adoro: a Jan Miller, a Shannon Marven y a todo el equipo de Dupree Miller & Associates; a Jonathan Merkh, Becky Nesbitt, Amanda Demastus, Brandi Lewis, Rob Birkhead, Jennifer Smith, Chris McCarthy, y a todo el equipo de Howard Books; a Carolyn Reidy y a todo el equipo de Simon & Schuster; a Judith Curr y a su equipo de Atria; a Kathryn Higuchi y a su equipo de meticulosos editores; a Daniel Decker por su específico conocimiento del mundo editorial; y a Rachel Cali por su experiencia a la hora de contrastar datos.

Quiero dar las gracias en especial a esos amigos que me han apoyado y que han trabajado conmigo durante este viaje: al embajador Earle Mack y su esposa; al embajador Hushang Ansary y su esposa; a Carolyn Rossi y a la familia Copeland; a Harvey Weinstein; a Kathie Lee Gifford; a las comunidades de Yale, Hackley y Putnam County, que se han movilizado encantadas para respaldar mi carrera; a Allison McCabe por su amistad y sus sabias palabras; a Leonard Riggio; a Pamela Robinson; a Lucy Stille; a Dana Spector y al equipo de Paradigm; a Pamela y David B. Ford y al equipo de Princess Pictures; a Steve Golin, Doreen Wilcox Little, Paul Green y al equipo de Anonymous Content; a Zenia Mucha; a Fred Newman; a Richard Farren; a Rabbi Jacob Freund; a Sheila Weber, y a Desiree Gruber.

Gracias a Mary Higgins Clark, Philippa Gregory, Lee Woodruff, Michelle Moran y Aidan Donnelley Rowley, escritores todos ellos veteranos a los que aprecio y admiro profundamente; valoro vuestro apoyo más de lo que imagináis.

Y también doy las gracias a toda esa valiosa red de amigos de toda la vida que me han inspirado y animado a superar los momentos más oscuros y los primeros manuscritos, y que han compartido los altibajos. Gracias a Marya Myers, a Charlotte Lamb, a Margaret Hunter, a Cristina Corbin, a Ali Reed, a

Cristina Scudder, a Kasdin Mitchell, a Liz a Steinberg, a Jackie Carter, a Emily Shuey, a Dana Schuster, a Shannon Farrell, a Alyssa Oakley, a Cornelia Kelly, a Dede Philbrick-Wheaton, a Katey McGarr, a Blair Golden, a Ashley Eklund, a Lizzie Garvey, a Carrie Wuellner, y a muchos otros.

Y por último, pero no menos importante, gracias a mis hermanos, a mis padres, a mi familia política, a mis abuelas, a mis tías, a mis tíos, a mis sobrinas, a mis sobrinos y todos los demás. Os quiero a los quinientos. Dave, me inspiras todos los días. Gracias por hablar mi idioma. Gracias por apoyarme y por acompañarme en esta fantástica aventura. Vamos a por la siguiente década juntos, tomados de la mano.

Mamá y papá, el único motivo por el que conocí a Sissi fue por los enriquecedores viajes que hacíamos en familia y porque vosotros nos inculcasteis la importancia de estudiar la historia, de hacer preguntas y de dedicarnos a aquello que nos apasiona. Papá, eres un soñador consumado. Admiro tu sabiduría y tu curiosidad intelectual, así como el amor que profesas a la familia. Mamá, eres imperturbable. La animadora más devota y entregada. Tu disposición a la hora de remangarte y trabajar me honra y me asombra.

Gracias a mis hermanos. Owen, Emily y Mike, Teddy y Emlid, hacéis que mi vida sea alegre y emocionante. Y gracias a mi segunda familia, a Nelson y Louisa, y a todos los Levy. No sé cómo he tenido la suerte de ganar la lotería familiar no en una ocasión, sino en dos. Os quiero a todos y me siento agradecida de teneros.